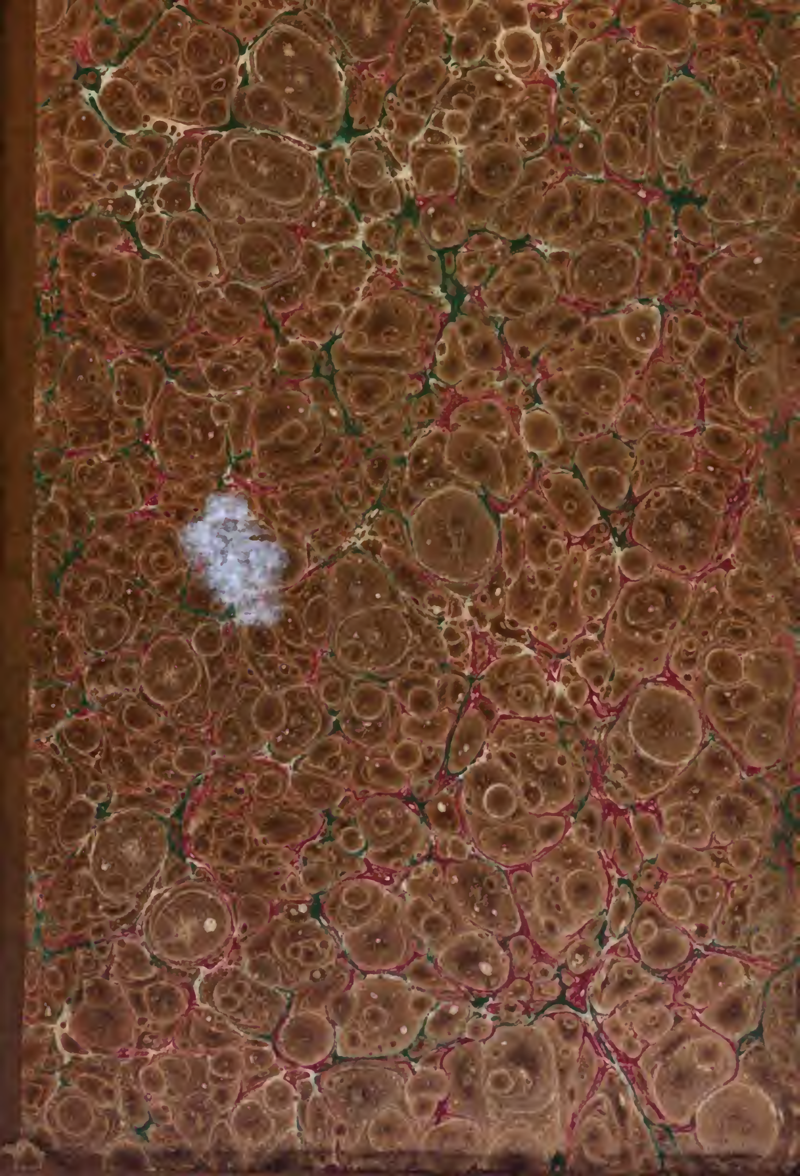
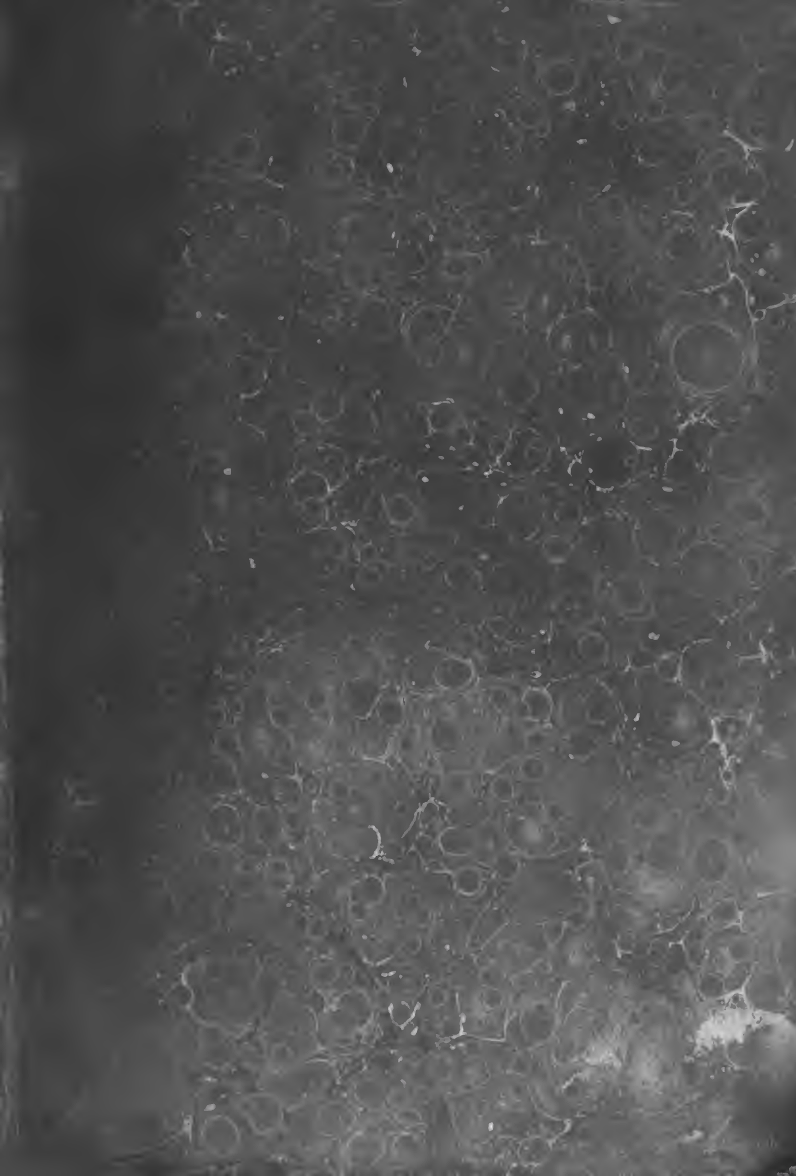
HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA Y DE SUS INDIAS: DESDE LOS TIEMPOS MÁS...

Victor Gebhardt





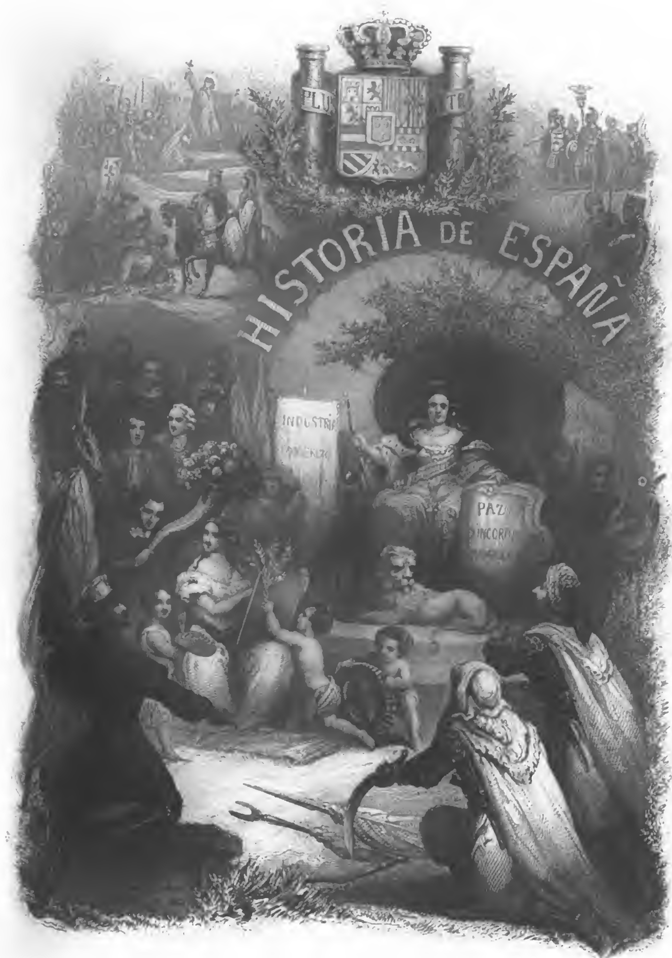


HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

Y DE SUS INDIAS.

TOMO PRIMERO.


HISTORIA DE ESPAÑA
INDUSTRIA
PAZ




HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

Y DE SUS INDIAS,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS.

TOMADA DE LAS PRINCIPALES HISTORIAS, CRÓNICAS Y ANALES QUE ACERCA DE LOS SUCESOS OCURRIDOS EN NUESTRA PATRIA SE HAN ESCRITO,

por

D. VICTOR GEBHARDT.

Justitia et veritas

SEGUNDA EDICION.



TOMO PRIMERO.

MADRID:
LIBRERÍA DE D. A. DE SAN MARTIN,
PUERTA DEL SOL, NÚM. 6.

BARCELONA:
LIBRERÍA DE EL PLUS ULTRA,
RAMBLA DEL CENTRO, NÚM. 15.

1867.

Barcelona. Imp. de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro, 21 y 23.—1867.

PRÓLOGO DEL EDITOR

EN ESTA SEGUNDA EDICION.

Al dar hoy la segunda edicion de la HISTORIA DE ESPAÑA Y DE SUS INDIAS, por D. Victor Gebhardt, cumple al Editor, no encarecer ni ponderar la obra, pues es, por su caracter, incompetente para ello; sino manifestar la buena acogida que del público ha merecido, por mas que sea de lo mismo irrecusable testimonio el hecho que motiva estas líneas. A pesar de los numerosos ejemplares de que consta la edicion primera, como así es preciso que sea en las publicaciones de la baratura de la presente, nos hallamos hoy imposibilitados de atender á los muchos pedidos que se nos dirigen, agotados ya enteramente los ejemplares de la primera edicion. Y esto que tanto dice en favor de la obra y del público que así ha correspondido á nuestros afanes, revelando claramente que aun encuentran las lecturas graves y provechosas gran número de adeptos en todas las clases, ha de ser para nosotros estímulo que nos haga reproducir la presente obra, seguros casi de que tendrá esta segunda edicion igual suerte que la primera.

En ella conservarémos la misma impresion, el mismo papel, el mismo tamaño en los tomos, en cuanto por diferentes conductos se nos ha manifestado haber satisfecho la parte material los deseos de la generalidad. En cuanto al texto, el autor, ha hecho varias adiciones y

ha enmendado algunas erratas, que son inevitables en toda publicacion.

No nos atrevemos á asegurar si con esta segunda edicion prestamos un servicio á la república literaria, pues, no sabemos el juicio que de ella formará la crítica; pero estamos confiados, sí, que satisfacemos los deseos de muchas personas.

El Editor.

Barcelona, setiembre de 1867.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

La idea de escribir la presente obra no fué nuestra. Aunque dados hace muchos años á los estudios históricos, y no apartando por lo mismo de nosotros el pensamiento de decir un dia una palabra sobre alguno de los sucesos que han pasado por la humanidad y sobre alguno de los problemas que en ella se han planteado, no pensábamos en escribir una historia general de nuestra patria, y menos en escribirla ahora. Empresa era que considerábamos superior á lo que de nosotros mismos nos era permitido esperar, y para la cual, además de condiciones intelectuales que, modestia afuera, confesamos no poseer, creíamos precisas circunstancias de posicion y de fortuna en que no nos encontramos. Conocíamos ser casi indispensables dilatados viages por las comarcas todas de España, tan variadas y de índole tan distinta; largas detenciones en nuestros abundantes archivos, profundo exámen de tanto libro antiguo y moderno como se ha escrito sobre los destinos de esta tierra, y nos hallábamos por diversas causas imposibilitados de hacer todo esto. Tentados estuvimos, pues, de contestar negativamente, cuando el editor, sin allanarnos el camino para realizar aquello, nos propuso escribir la presente obra. Reflexionamos, empero, que á desperdiciar la ocasion, quizás nunca volveria en nuestra vida á ofrecerse otra menos desventajosa entre la suma de inconvenientes que hemos apuntado, para escribir sobre los asuntos que mas halagaban nuestra inclinacion natural; dijimos que no seria la nuestra la única historia escrita en tales condiciones; nos sedujo la idea de poder tomar en su orígen la familia española y conducirla hasta nuestros dias, sin que así escapara á nuestra mirada incidente, peripecia, ni cuestion ninguna, presentando encadenados en el transcurso de los siglos los acaecimientos todos; pensamos que el estudio, la constancia, la asiduidad podian vencer en parte algunos de los escollos mencionados y en todo el tiempo escaso que se nos ofrecia; dudamos, consultamos autores, contamos y recontamos el caudal propio y el ageno de que podíamos disponer; vimos que reuniríamos casi todo lo bueno y útil que se ha publicado sobre historia de España, y acometimos la tarea, vacilantes y desconfiados al principio, mas resueltos despues, á medida que íbamos salvando distancias y descubriendo nuevos horizontes.

Explicada la historia del libro, pues no es indiferente al autor que sus lectores la ignoren, dirémos pocas palabras acerca de su espíritu, porque claro nos parece

que han de verlo los que lo lean, consignado como está mas ó menos explícitamente en muchas de sus páginas. En primer lugar nos lisongeamos de no haber escrito una descarnada crónica, un mero relato de sucesos. Tratándose de España, donde aquellas abundan tanto como escasean las historias en la acepcion que damos hoy á esta palabra, semejante obra casi no tendria razon de ser, y mucho menos en el dia desde que Bossuet y despues Hume, Hegel y Thierry han llevado al campo histórico la antorcha de la filosofía y de la crítica, y han enseñado á contemplar desde elevados puntos de vista al humano linage, á abarcar con una mirada todos los grandes acaecimientos que se han verificado en el transcurso de los siglos, á verlos en todo su grandor, en todo su encadenamiento, en todas sus fases, con todos sus efectos y sus causas, y á sacar de ellos lecciones para la enseñanza de príncipes y pueblos. A esto hemos aspirado; sino lo hemos conseguido, no será por no habérnoslo propuesto. Queremos advertir además que si bien partidarios en historia de la escuela filosófica, sabemos los inconvenientes que, mas que á ella misma á los autores que la siguen, ha señalado el ilustre Thierry: si la especie, la sociedad ha de ser el primer objeto de la historia, no ha de elevarse tanto la mirada que se pierda de vista al individuo; de estos se compone aquella, y explicando la existencia del uno, se explica en parte la existencia de la otra. Continuando nuestras advertencias, dirémos que dentro de la escuela filosófica, pertenecemos como católicos que somos mas á la escuela tradicionalista que á la racionalista, si por esta, como vulgarmente se entiende en las polémicas científicas, se quiere denotar la que excluye del terreno de la ciencia cuanto, sin oponerse á la razon, no estriba en monumentos que no dejan sombra de duda. Para nosotros la tradicion cuando no contradice los hechos acreditados, cuando no es contraria al sentido comun y á lo que la religion y la crítica enseñan, es otro monumento tan respetable como los de piedra y de pergamino, y jamás, solo por ser quien es, la excluirémos de nuestro relato. La filosofía que el catolicismo entraña, las soluciones católicas son las únicas que nosotros admitimos, las únicas que creemos verdaderas. La religion divina que no solo abrió las puertas del cielo á la redimida humanidad, sino que quiso darle la felicidad en la tierra, ha de tenerlas para todas las grandes cuestiones que interesan tanto á la vida moral de los hombres; en su espíritu, en las decisiones de la Iglesia, en sus naturales tendencias, en las obras de sus doctores se hallan; pero complexas, múltiples, oscurecidas algunas de ellas por las disputas humanas, ya que el Maestro y sus sucesores no han pronunciado sobre las mismas la última palabra, el católico las busca: no siempre las encuentra. Tambien las hemos buscado nosotros con todo el afan que cabe en nuestro corazon, con todo el amor que por la verdad abrigamos. «La verdad, ha dicho Thiers, ha de ser el fin, la obligacion, el placer de un historiador veraz: quien conoce toda su belleza, los compromisos que evita, pues solo ella lo explica todo; quien sabe esto, no desea, no busca, no ama sino la verdad, ó á lo menos lo que toma por ella.» Bajo este concepto no hemos de inclinar la frente ante el gran historiador que ha podido envanecerse de que *su siglo le ha leido*, y nos aplicamos aquellas palabras sin el rubor de la vergüenza.

Dicho se está que tampoco podemos conformarnos con los autores de la escuela, fatalista en unos, providencial en otros, que consideran como necesarios todos los pasos de la humanidad, y trasladan á esta lo que quizás en el individuo recha-

zan. No, admitiendo la intervencion de la Providencia en los grandes sucesos humanos, colocando á los pueblos bajo la guia de Dios, como Bossuet, no podemos negarles lo que en el hombre es el libre albedrío. El filósofo cristiano ha de mirar como disposiciones divinas esos terribles azotes, esas horrendas calamidades, esas espantosas revoluciones que caen sobre la familia humana: el historiador, al considerarlo asimismo, ha de ver en los pueblos la libertad del bien y del mal, la facultad de elegir el camino desoyendo la voz del Señor, y al propio tiempo que acatar la tremenda disposicion que castiga, abominar el instrumento si este pervierte y destruye. A la providencia de Dios está únicamente reservado sacar del mal el bien: á los ojos del hombre el mal ha de ser siempre el mal.

«Cada historiador, ha dicho M. de Chateaubriand, escribe la historia segun su propio genio... todos los modos son buenos con tal que sean verdaderos... Escriba, pues, cada cual como ve y como siente.» Estas palabras han de ser nuestra justificacion, si á pesar de habernos declarado partidarios de una escuela, nos apartamos á veces de la rigurosidad de sus preceptos.

En la parte expositiva existen dos maneras de escribir la historia: seguir el curso del tiempo exponiendo los acaecimientos por su órden cronológico, ó bien clasificarlos segun la naturaleza de los asuntos á que se refieren. El primero de estos métodos es el mas usado, y cuando la accion es una y no interrumpida, como en casi todas las biografías ó en el relato de un gran hecho histórico sobre el cual se concentra todo el interés, no deja de ofrecer grandes ventajas. Pero si la historia es mas complicada, si abraza un vasto campo y gran variedad de incidentes, el sistema cronológico estricto, mas cómodo para el escritor, se convierte en cansado y estéril para los lectores, que, pasando de pronto de una escena á otra, no pueden detenerse en ninguna, y que viendo romperse á cada instante por repentinas y frecuentes transiciones el hilo de la relacion, no retienen en la memoria sino fragmentos aislados, con los cuales es difícil formar un todo homogéneo. Algunos autores modernos, para evitar este inconveniente, han preferido mirar mas que á la época precisa en que se produjeron los sucesos, á la naturaleza de los mismos; pero agrupando así los hechos por el órden de su naturaleza, sin abarcar de una mirada lo que en la misma época sucedia en un órden distinto, se tropieza con el obstáculo que no deja de ser muy grave, de que pasen desapercibidas para el comun de los lectores, á menos de contínuas referencias, relaciones, causas y efectos de acaecimientos muy desemejantes, pero que por haberse producido al propio tiempo ó con corto intervalo, han ejercido unos en otros una influencia indisputable. Convencidos, pues, de los inconvenientes que ambos sistemas ofrecen, no hemos seguido ninguno de un modo exclusivo: hemos tomado el cronológico por base, como el mas claro, el que mas ayuda á las investigaciones, á las dudas que pueden ofrecerse; pero cuando nos exigia que truncáramos la relacion de un hecho que habia de comprenderse mejor contado desde su orígen que tomándolo luego en un punto intermedio; cuando de seguirlo podia introducirse confusion por haber de pasar de un asunto á otro sin el enlace que, á nuestro modo de ver, es el gran requisito de las obras históricas, lo abandonamos sacrificándolo á la claridad, á la hilacion de la materia. Cuantas obras antiguas y modernas hemos debido consultar, todas, á nuestro entender, ofrecen para el lector esa dificultad de retencion y de comparacion que hemos

indicado, segun adoptan sus autores el uno ó el otro método: quizás la nuestra las presentará mayores; sirva de disculpa el ser los primeros en seguir este camino, y sobre todo nuestra buena intencion.

Y la dificultad sube de punto, y la necesidad de evitar la confusion requiere particular estudio cuando de España se trata, á causa de la complicacion que en su historia introdujo su prolongado fraccionamiento en diferentes reinos y estados, regidos cada uno por leyes propias y distintas, y en contínuas relaciones de paz ó guerra. Asturias, Navarra, Cataluña, Aragon, Castilla, Portugal, el territorio musulman necesitan de una relacion separada, y así lo hemos hecho, avanzando y retrocediendo luego, fuera de los casos en que los sucesos de unos y otros estados corren tan unidos, que hacen indispensable la simultaneidad de la relacion. Realizada la unidad española bajo un solo cetro, el método cronológico recobraba mayores fueros; pero nunca tantos, repetimos, que nos hiciera interrumpir el relato de lo que habia de referirse de una vez, ni incurrir á sabiendas en oscuridad y confusion por exagerado deseo de ser claros.

La division general que hace el mas moderno historiador de España, don Modesto Lafuente, en *Edad antigua*, *Edad media* y *Edad moderna*, es indudablemente muy buena y la única que puede adoptarse en una historia universal ó en una general de Europa; mas por lo mismo nos parece inaplicable á la historia particular de una nacion, ó cuando menos creemos que pueden hallarse otras que aclaren, que sintetizen mas, cumpliendo así mejor el objeto de las divisiones. Es imposible que cada pueblo de los que constituyen la familia europea no tenga en su vida épocas mas precisas, mas determinadas, mas influyentes en su vida propia é íntima que las que determinan é influyen en la vida de la humanidad en general, ó de una gran porcion del linage humano. Por esto, sin adoptar una division defectuosa, á nuestro modo de ver, por lo general, nos hemos aplicado á buscar otra que expresara mas á su sola enunciacion la existencia de los moradores de España. Tampoco hemos seguido á Masdeu, que hace una época de cada pequeña revolucion que la modifica mas ó menos, y hemos atendido á formar una verdadera síntesis de la historia de España, es decir, á marcar donde acaba y donde empieza para ella una existencia nueva, por mas que, como todas las revoluciones, viniera el suceso preparándose desde mas léjos. Cinco son á nuestros ojos estas grandes épocas ó revoluciones: es la primera aquella en que la historia de la Península va envuelta entre las sombras de los siglos, que solo se desvanecen para mostrarnos á España presa y subyugada por otros pueblos mas comerciantes, mas guerreros, mas avanzados, en una palabra, por el camino de la civilizacion: á esta época hemos llamado *España primitiva, cartaginesa y romana*, sin mencionar la dominacion fenicia, en cuanto esta ni fué verdadera dominacion, ni casi dejó huellas por lo corta y por lo limitada á pocos pueblos. En la segunda, España, invadida y subyugada al fin por los Visigodos en el fraccionamiento del mundo romano, se constituye como otros pueblos de Europa en nacion independiente, llegando sus fronteras desde el Océano hasta la tierra de los Francos: *España goda*. Comienza la tercera con la irrupcion de otro pueblo extraño é infiel, que pone en cuestion por algun tiempo las conquistas realizadas por la nacionalidad española. La lucha empieza y dura siglos; cada pueblo, cada comarca, rotos en el general trastorno los lazos que á sus vecinos le unian, proclámase independiente para recha-

zar al enemigo de su fé; erígense señoríos, condados, poderosos reinos en lo que era antes una sola monarquía; ya aliados, ya enemigos entre sí, la reconquista avanza lentamente; otro pueblo de la misma fé y de distinto orígen ha sucedido al primer invasor; pero debilitado mas y mas, cede al fin, y los reyes católicos Fernando V é Isabel I clavan la cruz en los muros de Granada, el último baluarte moro. Pero con este hecho ha coincidido otro de no menor importancia: los matrimonios muchas veces, muy pocas la conquista, habian ido fundiendo los diversos estados, y solo quedaban en la Península los reinos de Navarra, Aragon, Castilla y Portugal: pasado el sacudimiento, tendian las cosas á tomar el estado de antes. Isabel era reina de Castilla; Fernando, que lo era de Aragon, invade á Navarra y la conquista, y el nieto de ambos, Cárlos I, ciñe en sus sienes todas las coronas condales y reales, y gobierna la España toda, excepto Portugal. Aquí empieza la cuarta época. Dos hechos culminantes se ofrecen, pues, en la tercera: la lucha con los infieles y su expulsion, y esto hemos querido significar con el título de *España árabe;* que si no fué siempre árabe el pueblo invasor, sino que le sucedió otra de raza africana; si desde el siglo XI las armas cristianas se hicieron dueñas de la mayor parte del territorio español para no volverlo á perder, no era todo esto sino peripecias de la lucha inaugurada en el Guadalete y terminada en Granada: el hecho era siempre el mismo; las circunstancias que lo acompañaban, distintas. El otro suceso de importancia que hemos mencionado ha de comprenderse tambien en esta época como sucedido al propio tiempo, como no dejando de tener con el otro estrechas relaciones: España vuelve á ser una sola monarquía, y esto lo comprendemos bajo el nombre de *Reinado de los Reyes Católicos.* En la época cuarta, regida España por la dinastía austriaca, se hace campeon de la idea cristiana combatida por el protestantismo; sus tercios invencibles pasean por Europa los colores de Aragon, que son ya los de España; la misma bandera ondea en Asia y en dilatados imperios conquistados en el Nuevo Mundo por un puñado de valientes; el Turco, sin que le valiera la proteccion encubierta ó declarada de Francia, ha de renunciar ante las armas españolas á su idea de avasallar á Europa; por todas partes resuenan los alborozados gritos de grandes victorias. Pero estas se truecan luego en derrotas; España agota sus fuerzas en la gigantesca lucha, y paso á paso, extenuada que no vencida, abandona el campo de batalla, en el que conserva aun desmembradas posiciones; enciérrase en su hogar, donde casi nada del movimiento exterior habia penetrado, y halaga aun su tristeza con ver adoptadas por sus mismos enemigos sus costumbres y su ejemplar literatura. Con la decadencia vino la corrupcion, y despues el sumo abatimiento, la postracion: llega el año 1700, y España agonizante da el postrer suspiro con Cárlos II, el último rey de su estirpe. A todo ello habia ido revelándose un hecho ya preparado desde la época anterior: la monarquía, que protegiera las libertades populares para derrocar el poder de los señores, habia comenzado á atacarlas á su vez; un gran interés civilizador parecia ir unido á la prepotencia del poder supremo; las ideas tendian todas á afianzarlo y robustecerlo; él, altivo con sus victorias y dilatadas posesiones, se arroja á hacer suyo lo que apenas se le disputa, y aun que conservándose en varios estados las formas del gobierno antiguo, aunque en apariencia quedase aun mucho de la libertad política de las instituciones de la pasada edad, conócese que se encuentra

aquella herida de muerte, que la monarquía, sin mas contrapeso que el que le oponian las ideas cristianas arraigadas en España, habia de ser al fin la que del todo prevaleciese. Dos siglos duró esta época que tan distinta se dibuja, y empezó la quinta con el entronizamiento de la dinastía borbónica. Felipe V, que importó á esta tierra las ideas francesas, consuma en el gobierno la revolucion que ya tanto avanzara: la monarquía queda omnipotente, y no solo sucede esto, sino que la revolucion se verifica en otros ramos de la política que quizás no la habrian experimentado á no acaecer la elevacion de la dinastía francesa. La administracion tiende á centralizarse y cambia de índole; desaparecen los postreros restos de los antiguos estados, convertidos en provincias; el absolutismo político se erige en sistema; cierta cosa del espíritu democrático y nivelador de Francia atraviesa el Pirineo; el trono se eleva sobre las masas populares sobre las cuales pasa el rasero de su omnipotencia, y como si aun todo ello no bastara para caracterizar una época, España deja en el exterior la política seguida hasta entónces: aliada de Francia, pierde ó abandona sus posesiones no peninsulares. A todo esto acompaña una resurreccion intelectual y material, en la que mas que en otra parte alguna pueden conocerse las ideas que tendian á sustituir á las antiguas, hasta que todo movimiento es interrumpido por una sangrienta guerra y por las discordias que origina el triunfo alcanzado en las esferas del gobierno por las doctrinas que, despues de combatir á las clases privilegiadas, volvian sus armas contra la monarquía. Esta se espanta de su propia obra, y apoyada por gran parte del pueblo, encariñado aun con lo antiguo, no retrocede delante de la lucha; transige al fin para salvar intereses dinásticos, y mientras con la agitada paz que esto produce se despierta otra vez la actividad nacional, ella y la nueva tendencia, entre revoluciones y reacciones, dominan en la region del poder. La posteridad dirá si esto es el comienzo de una nueva época ó solo la preparacion de otro suceso mas decisivo y determinante que la inaugure: en esta duda y casi al fin de nuestro trabajo, nosotros no podíamos hacer sino continuarlo en la época quinta, á pesar de los notables caracteres que distinguen el reinado de doña Isabel II del de sus antecesores.

Así trazado el plan del presente libro, así animados de las ideas antes vertidas, dimos principio á su redaccion. Los trabajos de Romey en el período primitivo, cartaginés y romano; los de Masdeu en el visigodo, y el completo de Lafuente, en todos, son casi los únicos de historiadores generales que nos han auxiliado; Ferreras y Mariana, útiles pocas veces á no ser para consultarlos como otras autoridades, en la frecuente divergencia de fechas que entre los autores se observa, aun en los coetáneos, nos han servido de poco: no es el nuestro su estilo histórico. Las crónicas, los anales, las historias particulares antiguas y modernas, españolas y extrangeras; las colecciones diplomáticas, las disertaciones de mil eruditos escritores, las investigaciones mas recientes sobre la dominacion árabe, aun tan oscura, esto, para comprender, corregir y suplir á unos autores por otros, ha sido el objeto de nuestros estudios y lo que forma, por decirlo así, la base de nuestro trabajo. No pretendemos con él, léjos de esto, haber dicho sobre aquellas obras la última palabra, ni tampoco haberlas tenido presentes todas; no profesamos la opinion de los que creen que en historia no ha de escribirse hasta que esté todo descifrado, todo descubierto, hasta que pueda pronunciarse el *ya no hay mas*.

Opinamos con Mariana que esta tarea fuera no acabar nunca, que ha de procurarse mejorar lo existente, ensanchar el edificio, engalanarlo si es posible, é imitando á Ambrosio de Morales decimos que es bastante impulso para escribir una historia que antes otros han escrito, el pensar si podrán presentarse las mismas cosas mas depuradas, mas ordenadas, bajo un aspecto mas verdadero, deduciendo de ellas otras enseñanzas, aun cuando no pueda abrigarse la pretension de descubrir en el terreno de los hechos nuevas latitudes, ni se quiera orgullosamente poner punto á lo que no lo tendrá jamás, á los estudios, á los descubrimientos, á las reflexiones de los hombres.

De buen grado, á poder interesar á los lectores, referiríamos los temores, los desfallecimientos que nos han asaltado en el curso de este trabajo, que nos atrevemos á llamar grande, sino por sus resultados, por los afanes que nos ha costado. Dotados únicamente entre las mil cualidades en el historiador requeridas, de aquel espíritu paciente, escrupuloso, que solo con la verdad se satisface, que la quiere en todo y que rechaza cuanto considera que de ella se aparta, hemos temblado muchas veces delante de la grandiosidad de la empresa. Los materiales que habíamos reunido nos parecian de pronto insuficientes; las dificultades de la parte relativamente material de la redaccion nos abrumaban, y solo á fuerza de constancia, pensando en el compromiso contraido, volvíamos á cobrar cierta confianza y á sentir la seduccion íntima y llena de suave melancolía que ejerce en toda alma delicada el estudio de la historia: él la atrae, la ilumina, y la alegra, produciendo en ella parecido efecto que en un anciano el oir la melodía que encantó sus años juveniles. No le devuelve su fuerza, ni su inocente virtud; pero le traslada, no sin consuelo de su alma, al seno de sus ilusiones y de sus esperanzas, le hace respirar el aura de su primavera. Asimismo el investigar esas profundidades tan oscuras que ocultan la cuna de una nacion, el seguir á esta en su vida agitada y tormentosa como la de los individuos, el evocar de la tumba á tantos y tan venerables espectros, el ver desfilar á aquellos sábios, á aquellos guerreros, á aquellos varones de claro entendimiento y de alma levantada, marchando de ellos en pos la muchedumbre de las generaciones que hoy duermen el eterno sueño, reanima al historiador, le devuelve el ardor que perdiera, y le llena de noble entusiasmo: entrevé su modesto y trabajoso destino en la larga série de su raza, reanuda la cadena de los tiempos, comprende mas su propia existencia, se inclina con amor y veneracion delante de un pasado que le abre la perspectiva de lo porvenir, se resigna, y vuelve poseido de nueva fé á la ímproba y agradable tarea. En estos tres años de incesante trabajo, cuyo recuerdo no se borrará nunca de nuestro corazon ni de nuestra memoria, hemos sentido el encanto del estudio profundo y de las obras concienzudas que eleva el alma y sostiene el corazon, y luchando siempre con la impaciencia de la imprenta, con las condiciones desventajosas en que nos encontrábamos, hemos dado cima á la vasta y complicada empresa, sino con el buen acierto por qué suspiramos, con la complacencia del que llega al fin. Y al decir todo esto no abrigamos la pretension de disculparnos de haber hecho mal lo que podíamos dispensarnos de hacer; pero solo sí la de que se sepa que esta obra es fruto de prolongados estudios, de detenidas reflexiones; que hemos querido escribirla con conciencia y buena fé, y que si son grandes sus defectos, no tiene á buen seguro

el de haber profanado el campo de la historia, tan poco frecuentado en España, con el espíritu bastardo y bajo de la literatura industrial. Diga sobre ella la crítica lo que crea acertado: sin espíritu de orgullo y animados del sublime amor de las letras, oirémos sus juicios; nada ha de importarnos que se nos diga que hemos copiado, con tal que hayamos copiado bien: esta era la índole de nuestro trabajo, y en nada rebaja la importancia que le damos, atendidas las condiciones en que se halla en España el terreno histórico. Premio suficiente de nuestros afanes será si en pocos volúmenes hemos acertado á presentar con mas órden, con mas claridad, bajo un aspecto mas verdadero, lo mismo que está escrito en muchos. A esto solo hemos aspirado.

V. Gebhardt.

HISTORIA GENERAL

DE

ESPAÑA Y DE SUS INDIAS.

PARTE PRIMERA.

ESPAÑA PRIMITIVA, CARTAGINESA Y ROMANA.

Desde el año 1600 antes de J. C. hasta el 413 de nuestra era.

CAPÍTULO PRIMERO.

Límites y situacion geográfica de España.—Nociones generales.—Poblacion.—Montañas.—Rios.—Orígen fabuloso.—Tarsis.—Tubal.—Etimología de los distintos nombres dados por la antigüedad á la Península.—Hispania.—Hesperia.—Iberia.—Primeros moradores.—Iberos y Celtas.—Pueblos de la Bética.—Turdetanos.—Tartesios.—Usos y costumbres de las naciones hispánicas en los tiempos anteriores á los Romanos.—Cinesios.—Usos y costumbres de los Lusitanos.—Galecios.—Asturos.—Cántabros.—Vascones.—Celtíberos.—Naciones del interior.—Valor guerrero de estos pueblos.—Sus diferentes armas.—Su modo de guerrear.—Naciones del Este.—Bastetanos, Contestanos, Ilercavones, Indigetas, Ilergetas, etc.—Habitantes de las islas Baleares.—Llegada de los Fenicios y sus primeros establecimientos.—Su comercio.—Fundacion de Cádiz.—Culto de Hércules.—Tradiciones gentílicas.—Colonias griegas, rhodias y fóceas.

Desde el año 1600 hasta el 450 de J. C.

La misma naturaleza ha señalado los límites del hermoso territorio que rodean por todos lados el Océano y el Mediterráneo, que los Pirineos enlazan con el continente europeo, y que separa el estrecho de Gibraltar de la vastísima península de Africa. No puede darse posicion geográfica mejor deslindada; jamas fueron mas claramente indicados los límites de un imperio, y sin embargo, este país que parece haber sido creado para la unidad, distó mucho de estar habitado por un solo y mismo pueblo reunido en cuerpo de nacion; aun hoy, sin contar Portugal que si bien comprendido en la península, ha sabido crearse una nacionalidad indestructible, la diversidad de orígen y de constitucion de las varias provincias de España, que hace muy pocos siglos constituian reinos independientes, se manifiesta de una manera notable á todo hombre que atentamente las estudie.

En el curso de esta historia se verá cuantos acontecimientos, cuantas transformaciones, cual mezcla de pueblos distintos han creado la nacionalidad española tan real y compacta, á pesar de la fisonomía y del carácter propio de los diferentes miembros que la componen.

Al contemplar la posicion intermedia y casi insular de España entre ambos mares, la configuracion de su suelo, el carácter de aspereza y de vigor impreso en su superficie, y la riqueza de sus producciones, compréndese que se hallaba destinada á ser la cuna de una gran nacion. Mas por desgracia, el pueblo se ha aprovechado poco de los dones de la naturaleza, y ha permitido que se le adelantaran últimamente en la carrera del progreso social é industrial naciones que no disfrutaban de iguales ventajas. Sus facultades se enervaron en la inaccion, ó se emplearon en empresas lejanas y casi siempre improductivas. El aumento de la poblacion se habia suspendido en medio de las mas favorables condiciones, y esta tierra de promision ha llegado á sentir escasez de hombres.

Aun cuando no sea este lugar á propósito para una descripcion geográfica y estadística de España, creemos necesario dar sobre ella algunas noticias para facilitar la inteligencia de los hechos. Imposible es entender en todas sus partes la historia de un pueblo á no tener ante todo una idea exacta del teatro donde vivió, donde combatió, donde sufrió, donde se han realizado sus humildes ó gloriosos destinos; y esto demuestra la indispensable necesidad de reunir al estudio de la historia, ya tan complexo, el conocimiento de la geografía.

La extension de la Península, de este á oeste, es de 220 leguas, y de norte á sur de 190; la superficie ofrece unas 28,900 leguas cuadradas; las fronteras continentales de la España propiamente dicha tienen una extension de mas de 200 leguas, y lindan con Francia, al norte, y con Portugal, al oeste. Las aguas del mar le sirven de límite y defensa en todos los demás puntos; 315 leguas de su costa están bañadas por el Mediterráneo, y 285 por el Océano, de modo que sus fronteras continentales están con sus fronteras marítimas en la proporcion de 1 á 2.

La superficie de la Península, incluso Portugal, forma á corta diferencia la vigésima tercera parte de la de nuestro continente. Excede á la de Italia y de Prusia en una sexta parte, en una tercera á la de Alemania propiamente dicha, y en lo mismo á la de los tres reinos unidos de la Gran Bretaña.

Exceptuada Italia, España es el país de Europa colocado bajo una atmósfera mas bella y dotado de mas suave clima. La temperatura media que en ella reina es menos elevada de algunos centésimos que la Grecia y Portugal, en Cádiz es de 20° 3', en Barcelona de 17° 50' y en Madrid de 15°. La gran elevacion de las llanuras castellanas, que es de unos 600 metros, modifica de tal modo el clima que se observa allí una temperatura media de 12° de Reaumur, mientras que la de la costa es de 14 á 16 grados.

Nada puede darse mas variado que las distintas comarcas de la Península; en ella vense heladas cordilleras, playas ardientes y llanuras templadas; fértiles campiñas y tierras estériles; regiones áridas devoradas por la sequía durante muchos meses del año, y otras en que abundan los manantiales y las corrientes de agua; terrenos afortunados, en fin, en que los frutos de toda clase son en cierto modo un don espontáneo de la naturaleza, y terrenos ingratos cuyos raros y mez-

quinos productos solo se obtienen á fuerza de industria y de sudores. Es tanta la diferencia climatológica de este país, que en él se encuentran los climas todos y las producciones de todas las latitudes. La cordillera de montañas conocida con la denominacion de las Alpujarras, es la que mas ofrece semejante fenómeno: en su cima hállanse las eternas nieves de los Pirineos y de los Alpes, y al pié de la misma el ardoroso clima africano. En aquellos montes confúndense la flora del norte y la del mediodia, y bajo la misma latitud y á una distancia de algunos centenares de varas, encuéntranse las plantas de Noruega y Dinamarca y hasta el líquen de Islandia, y las que florecen en la tierra de la Arabia y de la Palestina.

La poblacion de la Península es de una mitad inferior al número que harian suponer la extension y feracidad del territorio nacional (1). Calcúlase en diez y seis millones de habitantes, repartidos con muy poca igualdad entre las quince grandes provincias de la antigua monarquía.

Tres de estas grandes divisiones territoriales cuentan mas de un millon de habitantes, á saber: Galicia, Cataluña, y Valencia. La poblacion de las provincias vascongadas y de Navarra es de 700,000 almas que forma una vigésima sexta parte de la poblacion general.

Atraviesan la Península en todos sentidos, como líneas de circunvalacion, altísimas montañas que proyectan sus masas, inaccesibles á veces, entre las varias provincias. Las vascongadas sobre todo presentan una superficie extraordinariamente quebrada; situadas al norte de España, tienen por límites el Bidasoa, la Navarra Española, el golfo de Gascuña y Castilla la Vieja. Calcúlase que su superficie es de 450 leguas cuadradas.

Los Pirineos van siguiendo la frontera de Francia en una extension de 92 leguas poco mas ó menos, y al llegar á Baztan, dejan aquella línea á sus espaldas para prolongarse á través de las provincias vascongadas y del principado de Asturias hasta el extremo noroeste de la Península, donde extendiéndose en todas direcciones, divídense en ramales montuosos é irregulares por la superficie del país y penetran hasta Portugal. Guipúzcoa es entre las provincias vascongadas aquella cuyo terreno es mas quebrado, y no lo es menos el de Santander, Asturias y Galicia. En medio de aquellas montañas aparecen valles estrechos y profundos como desfiladeros, y las sinuosidades de la costa erizada de peñascos se prolongan en una extension de unas 130 leguas. Las numerosas ensenadas y los puertos que allí se encuentran son muy seguros y accesibles en todos tiempos, de modo que con dificultad puede existir otro país mas á propósito para las arribadas de las naves, para la guerra de emboscadas y para el ataque de partidas sueltas.

Sin entrar en difusas explicaciones acerca de la division de España por sistemas de montañas, como lo hace Malte-Brun, parécenos conveniente añadir algunas ideas generales á esta primera y rápida mirada que á los montes hemos dado, por ser lo que llama la atencion ante todo al considerar geográficamente la

(1) En su *Geografía universal* y en el artículo *España*, Malte-Brun se pregunta á sí mismo qué génio maléfico ha podido corromper tantas causas de prosperidad, y hacer la poblacion española inferior á la de Francia en mas de 11.000,000 de almas, siendo así que la superficie de la Península consta de 2,000 leguas cuadradas mas que la del territorio francés.

Península. Además de los Pirineos, que la ciencia moderna ha dividido en orientales ó aquitanos, en centrales ó cantábricos, en occidentales ó asturianos y en meridionales ó portugueses, otras cordilleras designadas bajo el nombre genérico de Sierras, dividen á España en infinitos valles y regiones diversamente caracterizadas. Los Romanos daban á la parte de cordillera pirenáica que linda con Francia el nombre de *Pyrenæi-Montes*, y á lo restante de la misma los de *Mons-Vindius* y de *Mons-Medullius*, sin sospechar, á lo que parece, que los montes cantábricos y asturianos correspondian al mismo sistema. La cordillera mas importante por su extension despues de los Pirineos, es el ramal conocido por los antiguos bajo la denominacion de *Idubeda Montes*, y por los modernos bajo los distintos nombres de Montes de Oca, de Sierra de Moncayo y de Sierra de Molina, de Albarracin y de Cuenca, que, desprendiéndose de los mismos Pirineos en las fuentes del Ebro, cerca de Reinosa, baja hácia el sur siguiendo casi igual direccion que dicho rio, á través de las dos Castillas y de Aragon, y termina en varios puntos de la costa de los reinos de Valencia y Murcia. Otra cordillera notable, de la que son parte Somosierra y Guadarrama, nace de la anterior á la altura de las fuentes del Jalon y del Tajuña, y, elevándose entre el Duero y el Tajo, separa á Castilla la Vieja de la Nueva y al reino de Leon de la Extremadura española; penetra en Portugal despues de tomar sucesivamente los nombres de Sierra de Béjar, de Peña de Francia, de Sierra de Gata y de Sierra de Estrella, y divídese por fin en aquel reino en otras varias cordilleras que se enlazan con la série de montañas calizas situadas á lo largo de la costa, desde Coimbra hasta Lisboa, siendo, por decirlo así, su último apéndice por la parte del oeste la Sierra de Cintra y el cabo de Roca, que forman el punto mas occidental de la Península. En ambas vertientes de aquellas montañas nacen los confluentes de los dos rios dichos siguiendo una direccion casi opuesta. La geografía moderna designa á esta cordillera con el nombre de Carpeto-Vetónica, y á ella sigue otra tercera que forma el sistema lusitánico. Los montes que la componen nacen aislados en las inmediaciones del Tajo, al sur de Toledo, cuyo nombre toman, se unen por medio de sus vertientes orientales con la gran meseta de Castilla la Nueva, elévanse y corren entre el Guadiana y el Tajo, así como lo hace la cordillera Carpeto-Vetónica entre el Duero y aquel rio, y penetran luego en Portugal, disminuyendo en altura á medida que están mas próximos al mar.

En la España meridional elévanse dos cordilleras no menos importantes; la primera fué llamada por los antiguos *Marianus-Mons*, y por nosotros Sierra-Morena, y prolóngase de nordeste á sudoeste, desde las sierras de Alcaraz, de Segura y de Sagra, que forman por la parte de oriente sus primeros estribos, hasta las fronteras de Portugal, donde con sus últimas derivaciones occidentales llega hasta el Guadiana, cuyo curso parece haber querido interrumpir por dos veces. Sin embargo, el rio lucha y vence los obstáculos, no sin gran dificultad la primera vez, pues ha debido abrirse paso á viva fuerza entre peñas escarpadas, á través de las cuales cae formando una rápida cascada, llevando sus aguas tan encajonadas que un lobo puede vadearlas de un salto (1). La série de rocas que se levantan mas allá del Guadiana, en el Alentejo y los Algarbes, pueden ser consideradas co-

(1) De esto ha tomado origen su nombre de *El salto del lobo*.

mo apéndice del mismo sistema; de suficiente importancia para formar sierras como las de Caldeira y de Munchique, cuya prolongacion final parece ser el cabo de San Vicente (el *Cuneus* de los antiguos), dichas rocas constituyen para ciertos geógrafos un sistema aislado, al que han dado el nombre de *Cunáico*.

En los confines orientales de Andalucía la cordillera Mariánica se divide en dos líneas que corren en irregulares ramificaciones por entre el Guadiana y el Guadalquivir formando varios valles y mesetas intermedias. De las dos líneas que forman, solo la superior ó la septentrional envia al Guadiana las aguas de sus vertientes; la inferior ó meridional ofrece la particularidad de ser en varios puntos cortada á pico por rios nacidos en la vertiente de la primera, y compónese en gran parte de montañas aisladas por corrientes de agua cuyo angosto cauce se asemeja al de los arroyos de los Pirineos franceses.

Finalmente, las montañas del sistema bético comprenden las sierras que bajo distintos nombres se prolongan á lo largo del Mediterráneo, desde la Sierra de Filabres hasta las fuentes del Guadalete. Parte de aquella cordillera se levanta á mayor altura que los mas altos picachos de los Pirineos, y por la perpetuidad de las nieves que la cubren en el clima mas caluroso de Europa, ha recibido el significativo nombre de Sierra Nevada. Entre ella y el mar se alzan otras montañas tambien de elevacion extraordinaria, llamadas Alpujarras por los Arabes. Otra cordillera del mismo sistema, formada por una especie de tierra rojiza, por lo que se llama Sierra Bermeja, aparece algo mas al oeste, y forma singular contraste con la blancura de las eternas nieves de Sierra Nevada; la Sierra de Antequera y la de Ronda, que son las últimas derivaciones de alguna importancia de la misma cordillera, dirígense hácia el sudoeste y van á perderse en el mar que baña su base cerca de Gibraltar.

Muchos y caudalosos rios nacen en el seno de esas grandes montañas y atraviesan la Península en todos sentidos. Son los principales el *Duero ó Durius* de los antiguos, que tomando orígen en el pico de Urbion y engrosado por varias corrientes tributarias, recorre un espacio de 165 leguas, y desagua en el Océano, cerca de Oporto;—el *Tajo*, cuyo cauce es el mas vasto de toda la Península y cuya desembocadura tiene unas tres leguas de ancho, nace en la parte occidental de la Sierra de Molina, y atraviesa en un curso de 225 leguas Castilla la Vieja, Extremadura y Portugal;—el *Guadiana*, que tomando orígen en varios estanques ó lagunas que comunican entre sí, á tres leguas de Lugar Nuevo, en el extremo meridional de la gran llanura de la Mancha, desaparece despues de un curso de cuatro leguas al llegar á una pradera cerca de Alcázar de San Juan, para reaparecer bajo la forma de lagunas á algunas leguas mas lejos, antes de emprender otra vez su curso hácia el mar. Estas lagunas ó fuentes llámanse por una metáfora popular, los Ojos del Guadiana. Engrosado con el caudal de Giguela que acude á él desde las montañas de Cuenca, corre el Guadiana 120 leguas á través de Castilla la Nueva, de Extremadura y de Portugal, antes de desaguar en el Océano, cerca de Ayamonte (1).—El *Guadalquivir*, cuya fama compitió en la antigüedad con la del Tajo y la del Ebro, navegable hasta Cór-

(1) El *Guadiana* es el *Anas* de los antiguos, nombre que ha entrado en la composicion del moderno, pues Guadiana significa en lengua árabiga *Rio Ana*.

doba ya en tiempo de Strabon y de Plinio, y llamado por los árabes á causa de su belleza, *Gran Rio* ó rio por excelencia, *Ouadi-al-Kibir*, nacido en las montañas de Cazorla, baña las ciudades de Córdoba y Sevilla, y desagua en el Océano en las inmediaciones de Sanlúcar de Barrameda, despues de un curso de 120 leguas por entre las mas feraces campiñas de Andalucía (1). Todos los rios expresados corren de oriente á poniente, describiendo en su curso inferior una curva mas ó menos pronunciada hácia el sur, y son tributarios del Océano Atlántico;—el *Ebro*, en fin, el único entre los caudalosos rios de España que desagua en el Mediterráneo, nace en Fontibre, en latin *Iberi-Fons*, es decir, fuente del Ibero, en el punto de union del Idúbeda con la cordillera que le da orígen; corre de noroeste á sudeste por entre las montañas que forman la mayor parte de los valles transversales que sirven de cauce á sus tributarios, y engrosado con las aguas de otros muchos rios, entre ellos el Jalon, el Guadalope y el Segre, atraviesa en un curso de 150 leguas Vizcaya, Navarra, Aragon y Cataluña y desagua en el Mediterráneo, á cuatro leguas de Tortosa.

Considerada físicamente y bajo un punto de vista general, la Península aparece dividida en cinco grandes regiones principales á las que corresponden otros tantos rios, á saber: el Ebro, el Duero, el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir, y puede además dividirse en otras cinco partes de menor importancia, formadas por cinco rios menos caudalosos tambien, que son el Guadalaviar, el Jucar, el Segre, el Mondego y el Miño.

Los cinco rios principales de que hemos hablado forman juntos una línea de 850 leguas, ó sea cuatro veces el diámetro medio del territorio. Por desgracia los bajíos que obstruyen el curso inferior de esas grandes vias fluviales y la escasa profundidad de su boca, no permiten abrir allí puertos. De cauce profundo y corriendo con rapidez entre escarpadas riberas, raras veces puede navegarse en su curso superior ni formar derivaciones para el riego de las tierras.

El Ebro, el Tajo, el Guadalquivir, el Duero, el Miño, y el Guadiana cuéntanse entre los rios navegables; pero únicamente los dos ó tres primeros llevan un caudal de agua bastante considerable para prestarse al paso de buques durante todo el año.

Dos comarcas largas y estrechas, la una al norte, cerca del Océano, y la otra al sur, cerca del Mediterráneo, parecen independientes del sistema de estas regiones. La primera de ellas se prolonga á lo largo de la costa del Océano Cantábrico; está formada por la vertiente septentrional de los Pirineos, desde las fuentes del Bidasoa hasta las del Eo, y comprende Vizcaya, Santander y Asturias; la segunda de menor extension, en el litoral opuesto, ostenta sus fértiles y deliciosos valles en la parte meridional de las Alpujarras, entre estas y la playa del Mediterráneo, desde la punta de Elena hasta la Torre del salto de la Mora.

Así pues, España se halla separada del continente europeo por una cordillera de nueve á diez mil piés de elevacion, y los dos mares la rodean y la aislan. Tal es lo primero que sorprende al observador que considera el sistema

(1) Es el Tartesio y el Betis de los antiguos. Véase lo que dicen sobre el mismo rio Avieno, Strabon, Ptolomeo, etc.

general y la constitucion física de la Península; pero al examinarlos de mas cerca, no le sorprende menos ver sus principales provincias separadas entre sí por otros montes que bastarian para formar las fronteras de estados del todo independientes. No cause admiracion que insistamos sobre este carácter distintivo del territorio español, porque lejos de ser indiferente á la historia de sus destinos, es quizás la clave de los mismos y su mejor explicacion.

A pesar de hallarse colocada por su posicion geográfica al extremo del mundo antiguamente conocido, España no tardó en ser poblada, y vióse frecuentada desde los mas remotos tiempos por los pueblos navegantes de Oriente. La benignidad de su clima, la fertilidad de su suelo, la fama de las riquezas que el mismo encerraba, todo contribuyó á atraerlos y á dar á aquel punto extremo del antiguo mundo una importancia relativamente igual á la que despues adquirió la América. Así recibió España los primeros gérmenes de la civilizacion y tomó parte en el general movimiento mercantil y político de los pueblos de la antigüedad.

El suelo de España era reputado entre aquellos pueblos como el mas fertil del mundo, si bien con alguna limitacion.—«Su parte septentrional, bañada por el Océano, dice Strabon, es en extremo fria; la tierra es áspera y no tiene comunicacion alguna con las demas comarcas, siendo por lo tanto la region de Iberia menos favorecida por la naturaleza. La parte meridional, por el contrario, es casi toda ella un país muy fértil, sobre todo el territorio situado mas allá de las Colunas (1).»

Sin embargo, aun aquella parte septentrional, tan poco conocida en tiempo de Strabon, quien nos la presenta aislada de las demás comarcas, no carecia de riquezas territoriales. La haya, el roble, el acebo, el laurel silvestre, el abedul y varias especies de encinas crecian allí en abundancia; aquellas montañas encerraban minas de oro, de plata y sobre todo de hierro (2), sus pastos alimentaban numerosas boyadas y piaras de cerdos. Estos, medio montaraces, poblaban los bosques del país, y mas parecian jabalíes que los animales domésticos que se crian en nuestros cortijos. El cerdo era de gran importancia y hasta orígen de riquezas para una parte de los habitantes de Hispania. «Entre los Cerretanos, dice Strabon, encuéntranse excelentes jamones que compiten con los de Cantabria y que procuran á aquellos pueblos muy lucrativo comercio (3).» Las medallas celtíberas llevan la imágen de un jabalí con igual frecuencia que la del toro ó del caballo, ya como tipo de la especie, ya se considerase á aquel animal osado y feroz como símbolo guerrero (4).

La gracia y agilidad de los caballos asturianos era proverbial, y aunque de poca alzada, eran tan famosos entre los Romanos que estos daban á sus caballos de guerra ó de regalo el nombre de *asturcones* (5). Posidonio compara los caballos de los Celtíberos á los de los Partos por la ligereza é impetuosidad de su

(1) Strab., l. III, c. 1.
(2) Plin., l. III, c. 4, y l. XXIV, c. 43.
(3) Strab., ub. sup.
(4) Florez, Medallas de España, etc , tabul. XX, fig. 4 et alias.
(5) Martial, *de Asturconibus*.

carrera (1), y no eran menos famosos los de Galicia y Lusitania. En algunos rios de la primera de estas provincias encontrábanse castores (2), y de allí se extraia el *castoreum*, muy usado en la medicina antigua, si bien el de España no poseia en tan alto grado, segun refiere Strabon, las propiedades medicinales que distinguian al de Ponto. Muchos de sus lagos estaban poblados de aves acuáticas, como cisnes y avutardas (3); gamos y caballos silvestres llenaban sus selvas, pues los bosques, tan raros hoy en España, cubrian entonces casi toda su superficie (4).

En el mediodía y en el oeste abundaban las producciones de todos los climas; pero el especial carácter de las regiones meridionales y occidentales era la abundancia de minerales (5). «En ningun país del mundo, dice Strabon, se ha encontrado aun el oro, la plata, el cobre y el hierro en tan gran cantidad ni de calidad semejante (6).» El oro sobre todo era en ellas muy comun, y no solo se extraia de las minas, sino que se recogia entre la arena de los rios. El Tajo, el Duero y el Mondego le ofrecian en abundancia, en especial el primero (7). En las márgenes del Miño hallábanse venas tan importantes de minio que el rio comunicó su nombre á este mineral, ó segun es mas probable lo recibiria de él (8). La parte del Orospeda, en el dia Sierra de Cazorla, en que nace el Betis, llamábase Montaña de Plata (*Argentarius mons*), ya á causa de la gran cantidad de plata que de allí se extraia, ya por las frecuentes eflorescencias de estaño que aparecian en su superficie y que la hacian brillar como si fuese de plata (9). Hasta el rio llevaba estaño en sus aguas.

Las montañas de los Contestanos daban jaspe, ágatas, granates, y hermosas cornalinas que los antiguos sabian grabar primorosamente; en algunas sierras de Lusitania se encontraban rubíes, zafiros blancos, esmeraldas y jacintos, y no eran menos celebradas las turquesas de las márgenes del Duero que se extraian de las cercanías de la ciudad llamada hoy Zamora (10). El cinabrio, el azogue, la platina, el ocre, el cobalto, el amianto, el atíncar, el lapislázuli, la marquesita se hallaban en varios puntos de España, y gozaban de gran estima

(1) Strab., ub. sup.
(2) Id., l. c.
(3) *Avistarda*, á causa de su andar dificultoso.
(4) Strab., l. III, lug. cit.
(5) Los antiguos se deshacen en elogios de las minas de Hispania. Véase á Herodoto, l. IV, c. 152; Arist., *de Mirab. Auscult.*; Diod. Sicul., c. 35.
(6) Strab., l. III.
(7) Tagus aurifer, auratus Tagus, Tagus opulentissimus.
(8) Quod etiam vicino flumini nomen dedit... Justino, l. XLIV; Strab., l. III; Plin., l. III, etc.
(9) Stanno iste namque latera plurimo nitet
Magisque in auras eminus lucem evomit,
Tum solis ignis celsa perculerit juga.
AVIEN., Oræ Marit., v. 292 y sig.
Idem amnis autem fluctibus stanni gravis
Ramenta volvit.....
Id., v. 296 y sig.
Véase tambien á Steph. Byz, en Ταρτησσός.
(10) Zamora, en árabe turquesa, llamada así por las piedras preciosas que en sus inmediaciones se encontraban.

Las producciones minerales no eran las únicas riquezas de este país privilegiado. El olivo, la vid, la higuera, y toda clase de cereales crecian en la Bética, en la Lusitania, en la Celtiberia y en las costas orientales hasta los Pirineos; recogíase allí en abundancia cera, miel, pez, un bermellon que en nada era inferior á la tierra de Sínope (1), y varias clases de tintes, entre los cuales era el mas estimado el *kermes* ó grana, de gran importancia en el comercio hasta el descubrimiento de la cochinilla. Otra produccion no menos importante era la lana de España, superior en finura y belleza á cuantas conocieron los antiguos; poseedores de merinos negros, como los Escitas pastores de la Colchida, de los cuales quizás descendian, llamados por los Griegos Coraxios (2), muchos pueblos del interior reportaban considerables ganancias de la lana, naturalmente negra, que sus rebaños producian. Los Romanos daban al color de estas lanas el nombre de *spanus* (3), y eran tan apreciadas en todo el Occidente que en tiempo de Strabon pagábase un talento por un morueco de raza española (4).

El orígen de los primeros pueblos que habitaron esta tierra tan vigorosamente caracterizada, en la cual se diria haber agotado sus dones la naturaleza, se oculta á las investigaciones del historiador, lo mismo que el de casi todas las naciones; mas por incierta que sea, por erizada de dificultades que esté esta parte de la historia que nos hemos propuesto relatar, no creemos deberla pasar en silencio. El orígen de los pueblos, investigado desde una época muy lejana, es indudablemente oscuro; pero como hasta en las fábulas y exageraciones se encuentra algo del carácter general de una nacion, procuraremos, en cuanto nos sea dable, descubrir el elemento histórico, ó de interés social positivo, entre las confusas noticias que pueden adquirirse acerca de los antiquísimos pueblos de que descienden los Españoles, y de las varias transformaciones que les han hecho sufrir la conquista, la mezcla de razas y el imperio de las ideas.

A prestar entera fé á los escritores de los primeros siglos de la era cristiana, sabríamos que los Españoles descienden de THARSIS, hijo de JAVAN, nieto de JAPHET, y biznieto de NOÉ (5); así á lo menos lo afirma mas de uno (6), y semejante opinion se apoya en lo que dice Moisés (7) relativo á haber sido Tharsis uno de los descendientes de Noé que salieron de la torre de Babel, despues de la confusion de las lenguas, dirigiéndose á remotos países para poblar el mundo. Añade Moisés (8) que Tharsis fué el propagador de la especie humana en una isla, y que, segun era costumbre entre los hombres que primero se establecian en un país, Tharsis dió á aquella su nombre, llamándose de ahí Tharseya. Obsérvese ahora que Polybio (9) designa con el nombre de *Tharseyo* al territorio

---

(1) Strab., l. III.

(2) Κοραξοί, llamados quizás Korakoxi en su misma lengua nacional. Aun en el dia *koci* significa carnero padre ó morueco, y *cara*, *cora*, segun las diferentes pronunciaciones, negro.

(3) Columella, de Re rust., l. VII, c. 2.

(4) Strab., l. III.

(5) Mariana quiere que desciendan de TUBAL, otro patriarca. Su *Historia general de España* empieza con estas palabras: *Tubal, hijo de Japhet, fué el primer hombre que vino á España.*

(6) Labb., Nova Biblioth., t. I; Chronicon Barbarum, l. I.; Euseb. Cæsariens, Ch. in fine; Gorgius Sincellus, Chronographia, etc.

(7) Genes., c. X, v. 5.

(8) Id. id. v. 4 y 5.

(9) Polyb., l. III.

de España situado en las costas de la Bética, al mismo que los mas antiguos historiadores griegos y latinos llamaron *Tarteso*, que corresponde en el dia á las dos islas conocidas con los nombres de *Mayor* y *Menor*, formadas por el Guadalquivir antes de desaguar en el Océano, y á las comarcas contiguas hasta el estrecho de Gibraltar. Tenemos, pues, que segun esta tradicion, Tharsis llegó á España, pobló aquellas dos islas y todo el territorio que se extiende hácia el estrecho, dió su nombre á los *Tartesios*, y fué orígen de la nacion española.

Lo que mas contribuyó á que adoptaran semejante opinion muchos historiadores, fué un pasaje de san Jerónimo en que se habla de un modo categórico del viage de Tubal á España, lo mismo que otro del historiador de los Hebreos en que dice haber sido la *Iberia* poblada por Tubal (1). Sin embargo hay en ello un error manifiesto; Josefo quiso hablar de la *Iberia asiática*, y esto es tan cierto como que al describir aquel país indica que su posicion geográfica era entre la Cólchida y la Albania. Luego no podia referirse á España.

Muchos fueron los nombres dados por los antiguos á la Península, entre los cuales el de *Spania*, que recibió de los Fenicios, ha prevalecido y atravesado los siglos casi sin alteracion (2). Innumerables conjeturas se han formado acerca de la etimología de este nombre, pero la mas probable, la que ha sido adoptada por los hombres de mayor autoridad, es la que lo hace derivar de la palabra fenicia *span*, que significa *oculto*, á causa de ser la España para los Fenicios un país lejano y como oculto en los confines de la tierra. Para comprender la posibilidad de que así sea, importa trasladarse á aquellos tiempos en que la navegacion se encontraba todavía en su infancia, en que las distancias se median por las dificultades del viaje, en que finalmente los descubrimientos de los primeros navegantes asiáticos se hacian en Europa, en el mismo teatro en que aparecen hoy nuestras modernas naciones. La Inglaterra fué para los mismos Romanos un país de difícil y peligroso acceso, y sabido es que daban á una isla allí inmediata el nombre de *ultima Thule*. Resulta pues, que la etimología del nombre España fundada en la palabra fenicia *span*, tiene muchos visos de ser legítima, no faltando quien haya dicho que los Fenicios dieron tal denominacion á la Península por el gran número de conejos que en ella encontraron (3). Los Griegos la llamaban vulgarmente *Hesperia*, país del ocaso, á causa de su situacion geográfica al oeste con relacion á la Grecia, pues *hespera* significa en griego tarde, occidente; y los poetas romanos, cuya lengua y literatura habian tomado mucho á las de la Grecia, le dan con frecuencia el mismo nombre. El de *Iberia* con que fué conocida mas comunmente aun, aparece por primera vez en el Periplo de Scylax de Caryanda (4), quien, hallando en la costa oriental un rio llamado *Iber*, *Ibris* ó *Iberus*, fué el primero en aplicar su nombre á toda la Península y el de Iberos á los pueblos que la habitaban.

---

(1) Joseph. Hist. Judæor., l I, c. 6.

(2) De *Spania* hicieron los Romanos *Hispania*, y los Españoles *España*.

(3) *Caniculosa*, abundante en conejos. El doble equivalente de la palabra *span* (oculto, conejo) se presta á ambas interpretaciones, y los Romanos adoptaron la última, como lo prueba una medalla de Adriano, en la cual está la España representada bajo la figura de una mujer teniendo junto á sí un conejo. (Flores, Medallas de España, t. I., pág. 109).

(4) Véase el Periplo de dicho navegante escrito 500 años antes de J. C.

Semejante denominacion, adoptada por los escritores griegos posteriores á Scylax, se acreditó é hizo creer que existian en Iberia pueblos que se daban á sí mismos el nombre de Iberos, naciendo de ahí el error vulgar que muchos siglos despues de la época en que Scylax escribia, supuso la existencia de una raza ó familia ibérica indígena ó aborígena en España. Para pensarlo así carecemos de datos ciertos, de modo es que, históricamente hablando, solo puede haber pueblos mas ó menos antiguos, anteriores unos á otros. Aunque no de un modo positivo, varios indicios hacen sospechar que unos pueblos, cuyos descendientes parecen ser los actuales Vascongados, entre los cuales se conserva en parte el antiguo idioma, se establecieron en Hispania, en una época que se pierde en la noche de la mas remota antigüedad; y tambien que estos pueblos podian pertenecer á la raza de los Indo-Escitas que, segun toda probabilidad, desparramó sus tribus por el Occidente en tiempos que se sustraen á toda investigacion cronológica; pero nada autoriza para considerar como iberos á los pueblos en los cuales los escritores griegos y romanos hallaron vestigios de las costumbres y de la fisonomía de las hordas indo-escitas, ni á constituir con ellos una familia ibera. Algunas tribus índicas, pastores ó guerreros nómadas, pudieron en remota antigüedad llegar desde la península de la India y de la Indo-Escitia hasta la region mas remota del Occidente de Europa, establecerse en ella y ocuparla en parte ó en todo; los hombres de esta raza podian distinguirse por la lengua, por las costumbres, por el carácter y por la fisonomía originaria de los hombres de raza gala que les precedieron ó siguieron, mas no por ello hay motivo para clasificar á los primeros, en oposicion con los segundos, en una supuesta familia ibérica. Para hacerlo con algun fundamento seria preciso á lo menos que en el idioma de los primeros, aun subsistente en sus presuntos descendientes, la palabra *ibero* no fuese á todas luces extranjera ó adoptada; seria necesario que los supuestos descendientes de los Iberos se diesen á sí mismo este nombre. Sin embargo, no sucede así; los Vascongados no conocen en su lengua mas nombre nacional que el de Euskaldunac, y su idioma no se llama el ibero, sino el euskara (1). Véase pues, como la denominacion de Iberos carece de fundamento, lo cual seria mas evidente y grave todavía á ser cierto que tal denominacion perteneciese á la lengua de los Galos, como lo hace creer encontrar bajo las distintas formas que permiten los numerosos dialectos gálicos, en todos los puntos en que residieron pueblos de aquella raza, ascendiendo de occidente á oriente, vestigios manifiestos de aquel nombre que, á causa de un significado que ha venido á quedar oculto, convenia, á lo que parece, á los grandes límites fluviales, á las tierras inmediatas á los rios, y sobre todo á los rios mismos (2).

Esto no obstante, es verdadera la diferencia característica de ambas razas (3), sean cuales fueren las denominaciones con que se las conozca. Creemos

(1) En otro lugar veremos las diferentes formas que ha tomado la radical de esta voz.

(2) Es sorprendente el gran número de rios de la antigua geografía en cuyo nombre aparece mas ó menos modificada en eufonía y en composicion, la radical *Iber*, del nombre latinizado del rio Iberus. Entre otros recordamos en este momento el Hebro de Thracia, el nombre de Iber dado al Rhin por Nonno (Dyonis., l. III, v. 397 y l. XLIII, v. 747), el C'Ebrus de la Mesia, el S'Iberis de la Sangárida, etc. Hasta el antiguo nombre de Tiber, Dehebris (Varro, de lingua latina) presenta algun vestigio de la misma radical.

(3) Véase la obra de M. Guillermo de Humboldt, titulada: *Prufung der untersuchüngen über*

empero, que habria de emplearse un nombre mas exacto que el indicado, y que la designacion vaga de raza ó familia ibérica podria sustituirse con ventaja con el de raza ó familia euskara.

Sentado esto, puede sin dificultad convenirse en que los pueblos de la última familia ocuparon la España en siglos muy anteriores á la época histórica; en que, segun la índole de su idioma, dieron á muchos lugares nombres que se han conservado hasta nuestros dias, y en que estos pueblos han de ser considerados como una de las mas antiguas capas de la poblacion española. Es cierto tambien
1600 a. ant. de J. C. sin embargo, que diez y seis siglos antes de la era vulgar los Vascones no eran ya en España la raza preponderante; un pueblo nuevo, de distinta raza, belicoso, bárbaro y semi-nómada aun, habia penetrado en ella por las gargantas del Pirineo; y ya fuesen los Euskarios poco numerosos para resistir á los recien llegados, ya hubiesen reducido su número encarnizados combates, es lo cierto que cedieron á los Galos sus tierras del norte, del oeste, del centro y del sur de la Península, que se sometieron á los nuevos conquistadores ó emigraron en parte bajo el nombre de Ligurios y Sicanios, no conservándose puros de toda mezcla sino los del valle del Ebro, desde las fuentes del rio hasta su confluencia con el Sicoris, entre los montes Idúbedos y los Pirineos.

Tampoco ha de atribuirse á esta época la célebre mezcla de razas de que hablan los historiadores, orígen de la nacion de los Celtíberos. Es un error señalarla en tan remota época, pues el acontecimiento que fué causa de la irrupcion de nuevos Celtas á esta parte de los Pirineos, llevando sus establecimientos hasta el valle del Ebro, es posterior de unos diez siglos.

Si hemos dividido los pueblos de la antigua Hispania en dos grandes masas, ha sido únicamente para conformarnos con el uso de la moderna crítica histórica, pues nada era menos homogéneo que los expresados pueblos antes de la llegada de los Romanos. La independencia, el movimiento espontáneo, la ferocidad guerrera eran su carácter distintivo, y se gobernaban sin ninguna unidad. Además, eran tan numerosos y distintos entre sí, que solo á fuerza de sutiles investigaciones aciértanse á descubrir los caracteres que les acercaban á uno ó á otro de los dos tipos conocidos bajo los nombres de céltico y de ibero, y algunos habia que en ninguno podian clasificarse con exactitud, sin contar que es ya gran fortuna encontrar su nombre en los autores griegos y latinos. Strabon solo cita á un corto número, excusándose en sus nombres bárbaros (1), y Plinio habla únicamente de aquellos cuyo nombre no repugna á la pronunciacion latina (2). Por lo general, esta eufonía real ó exagerada era en Roma llevada al extremo respecto de España, y Marcial se burla de ella; hablando de algunos lugares de su país, reputado por estar plagado todo él de nombres bárbaros, dice que prefiere pronunciar Vetoviso, Petucia y Mantinesio que la voz Bitunto (3). Este era un lugar

---

die Urbewohner Hispaniens, vermittelst der Vaskischen Sprache (Crítica de los estudios sobre los primitivos moradores de España, por medio del idioma vascongado). Berlin, 1821.

(1) Strab., l. III, c. 4.

(2) Latiali sermone dictu facilia. Plin., l. III, c. 4.

(3) Rides nomina? rideas licebit:
Hæc tam rustica malo quam Bituntum.
MARTIAL., EPIGR., l. IV, ep. 55.

de recreo para los Romanos opulentos, y no era su nombre muy armonioso á pesar de ser itálico.

Sin embargo, por bárbaros que parezcan los nombres de la mayor parte de los antiguos pueblos de Hispania cuya historia vamos á emprender, importa fijar su posicion y explicar bajo que aspecto les vieron primeramente los antiguos, y sobre todo los Griegos y los Romanos, únicos pueblos civilizados de la antigüedad que nos han legado sus escritos.

Al llegar los Romanos á la Península, hallábase esta dividida en gran número de naciones mas ó menos bárbaras pertenecientes, segun varias probabilidades, como acabamos de ver, á dos razas primitivas, y subdivididas entre sí en muchos pueblos y tribus cuyos nombres apenas conocemos. Strabon cuenta unos cincuenta pueblos distintos entre el Miño y el Tajo; Plinio enumera cuarenta y cinco solo en la Lusitania, pueblos que todos habian tenido sus emigraciones, sus revoluciones, y una historia que habria de ser muy interesante, pero que se ignora. Tres pueblos civilizados, esto es, los Fenicios, los Griegos y los Cartagineses habian estado en contacto con algunos de ellos; mas, establecidos en las costas, habian trabado pocas relaciones con los del interior, y ninguna con los que habitaban en las quebradas regiones del norte. Veremos tambien que, al paso que los moradores de las llanuras, en las inmediaciones de los grandes rios y en las costas, se humanizan, fundan ciudades, conocen las artes y el comercio, en una palabra, se civilizan, los habitantes de las montañas conservan una barbarie y una ferocidad de costumbres que sorprenden á los mismos soldados de Roma.

Entre las naciones hispanas de aquella época, merecen ser citadas unas veinte, á saber: los Cántabros, los Asturos, los Galecos, los Lusitanos, los Celtíberos, los Vaccéos, los Oretanos, los Carpetanos, los Turdetanos, los Bastetanos, los Contestanos, los Ilercavones, los Cosetanos, los Laletanos, los Indígetas, los Ausetanos, los Ilérgetas, los Euskarios ó Vascones y los habitantes de las islas Baleares. Las cinco primeras eran á no dudar escíticas y célticas, pero respecto de las demás reina alguna incertidumbre. La mayor parte eran consideradas como aborígenas; muchas eran de raza mezclada, ya de Celtas, ya de Fenicios, ya tambien de Tirrenos y Etruscos, como los Ilercavones; algunas en fin, tenian cierta fisonomía sarda y liguria que permite clasificarlas en una categoría distinta.

Exceptuando los Vascones y los Cántabros, los pueblos célticos eran los mas poderosos y guerreros; la nacion de los Galecos, por ejemplo, se subdividia en quince pueblos, la de los Lusitanos en cincuenta, los Celtas en dos y los Celtíberos en cinco. Poco es lo que sabemos de la mayor parte de estos pueblos; mas aunque poco es muy importante, como antes hemos dicho, para dar principio á esta historia.

Los Turdetanos eran los pueblos mas poderosos de la Bética, y ocupaban tan gran parte de ella, que recibió al principio el nombre de Turdetania, como que Estéfano de Bizancio y Strabon emplean indistintamente el uno ó el otro nombre para designar aquella parte de España. Los antiguos escritores ponderan las leyes, la poesía, las riquezas y la civilizacion de aquel pueblo (1); y Strabon

(1) Polyb., l. I, c. 3; Strab., l. III; Stef. Byz., etc.

(copiándolo sin duda de Asclepíades de Mirleo que, llegado á España con los ejércitos romanos en tiempo de Pompeyo, habia enseñado las ciencias á los Turdetanos y escrito una descripcion de las costumbres y cosas notables de aquel país) refiere que conocian las letras y poseian leyes escritas en verso hacia mas de 6000 años (1). Asclepíades escribió en la época en que Pompeyo fué vencido por César en Farsalia, es decir en el año 48 antes de nuestra era, de modo que, segun este cálculo, la civilizacion turdetana dataria de 6,048 años antes de J. C. y por consiguiente de 2000 antes de la creacion del mundo, segun el cómputo eclesiástico y la Sagrada Escritura. Sin embargo, es seguro que no se trata aquí de años solares de doce meses como los nuestros, pues los Turdetanos computaban el año á la usanza de muchos pueblos antiguos, esto es, por divisiones de seis, de cuatro, de tres y hasta de un solo mes (2), de lo que resulta, tomando por término medio el período ó año de tres meses, segun las estaciones en que se divide el año solar, que la civilizacion turdetana no reconoce mas antigüedad
1500 a. ant. de J. C. que la primera llegada de los Fenicios á España, es decir, unos quince siglos antes de J. C.

Los Turdetanos mas inmediatos á Cádiz, en la costa marítima, desde el Bétis hasta el estrecho, fueron llamados Turdulos (3) por los escritores romanos. Allí colocaban los Griegos su famosa Tartessia y la afortunada isla en que pacian los numerosos rebaños de Gerion, lugares celebrados por Homero (4), Stesícoro (5) y Anacreonte (6). Respecto á la misma ciudad de Tartessia, dice Strabon que en su tiempo se *pretendia* haber existido *antiguamente* una ciudad de este nombre en la isla formada por los dos brazos del Bétis, isla unida al continente desde que se secó uno de dichos brazos, el cual pasando por Lebrija y Asta, desaguaba en la bahía de Cádiz, delante de la ciudad. El territorio contiguo llamábase Tartessíaco y Tartessios los pueblos que lo habitaban, ó segun otros pretenden, la ciudad de Tartessia era la misma conocida en la geografía antigua de España bajo el nombre de Carteya (7), que parece haber estado situada en el fondo de la bahía de Gibraltar, donde existen aun algunos vestigios de ella bajo el moderno nombre de Rocadillo. Remóntase la existencia de aquella ciudad á la antigüedad mas oscura, y créese haber sido fundada por Hércules; habia en ella un arsenal de marina, y habíase llamado Heraclea, segun Thimosthenes, almirante de Ptolomeo II, que visitó sus ruinas; en aquel tiempo veíase aun su

(1) Strab. ub. sub.

(2) Diodoro de Sicilia, Varron, Plutarco, Suidas y Lactancio hablan de los diversos modos de contar el año, y Xenofonte trata de este punto refiriéndose especialmente á los Turdetanos.

(3) *Turduli.*—Propiamente hablando el nombre de este pueblo era Turdos, *Turdetanos* bajo la forma púnica (adoptada por los Romanos en su nomenclatura de casi todas las naciones hispánicas de la costa occidental, meridional y oriental y aun de algunas del interior), *Turduli* bajo una forma puramente latina.

(4) Strabon cita (l. III, c. 2) varios versos de Homero, que, segun su expresion, «supo y refirió tantas cosas» relativas á aquella parte de España.—Homer. Iliad., l. VIII. v. 485 y 486; Odyss. l. IV, v. 563 y sig.; id., l. XI, v. 567 y sig.; Strab., l. I., c. I, y l. III, lug. cit.

(5) Hablando de los bueyes de Gerion, dice Stesícoro (Strab., ub. sup.) «que habian nacido en las rocas, casi frente la célebre Erythia, cerca de las inagotables aguas del Tartessio, cuyo lecho es de plata»

(6) Strab., lug. cit.

(7) *Carpessus*, (Appian., Iberic. p. 425 y 490), de donde se deriva naturalmente *Tartessus*; *Carpia* (Pausan., l. XI, c. 19); *Calpeia*, *Carteia* (Steph. Byz., en la voz Καρπεια).

dilatado recinto y las dársenas donde se resguardaban los buques (1). El Bétis llevaba tambien el nombre de Tartessio, y quizás de la voz Turdetanos, pronunciada *Turdestan* ó *Turtestan,* se formaria la de Tartessios con que los escritores griegos, aun de épocas posteriores á la llegada de los Romanos, designaban comunmente á los pueblos de la Bética.

En su orígen eran sin duda los Turdos un pueblo celta, mas sus relaciones con los Fenicios establecidos en la costa les civilizaron y suavizaron sus costumbres. Al hablar de las cualidades que les distinguen, añade Strabon, siguiendo á Polybio, que lo mismo ha de entenderse de los Celtas, sus vecinos, «no solo á causa de esta vecindad, sino tambien porque les estaban unidos por lazos de parentesco (2).»

La frecuente mencion que de estos Celtas hacen los antiguos; las relaciones de consanguinidad que indica Strabon entre ellos y los Turdetanos, son, entre otras cosas, indicios del orígen céltico de los primeros habitantes conocidos de la España occidental y meridional (3). Hasta el nombre de estos pueblos y las fábulas de la antigua mitología contribuyen á demostrarlo; en efecto, Artemídoro da á los Turdetanos el nombre de *Turtos* y de *Turtetanos* y el de *Tyrtytania* (4) al país en que habitaban; y si se recuerda que los primeros moradores de la Grecia, los Pelasgos, á quienes los antiguos nos pintaban como hombres de una estatura extraordinaria, eran, segun todas las apariencias, individuos de la misma raza que habia diseminado sus tribus por el occidente y el mediodía de la Europa, y que se llamaban Titanes á causa de suponerse descendientes del dios *Tis* ó *Teut* (5); si se recuerda además que una antigua tradicion colocaba la derrota de los Titanes, en los mismos lugares que nos ocupan y atribuia la civilizacion de aquellas comarcas á los Curetas (6), los cuales eran los sacerdotes fenicios, aparecerá explicado el nombre de Turdetanos, bajo la forma producida por Artemídoro en Estéfano de Bizancio. Todo prueba, pues, que aquellos Turtos ó Turtytanos, como les llama el antiguo geógrafo griego, los mas civilizados y humanos entre todos los bárbaros cuando los Romanos los conocieron, eran en su orígen Celtas como sus vecinos del *Cuneus*, cuyas hordas errantes se habian detenido en aquel país, despues de sucesivas emigraciones, en tiempos cuya antigüedad se resiste á toda investigacion histórica.

---

(1) Strab., l. III, c. 1 y 3.

(2) Strab., l. III, c. 4.—«Hállanse sin embargo menos civilizados que estos últimos, añade, porque viven dispersos en aldeas.»

(3) Las pruebas históricas abundan.—«Los Celtas, dice Herodoto, habitan mas allá de las columnas de Hércules; son vecinos de los Cinesios, y el último pueblo establecido en Europa por la parte de occidente.» Herodoto, l. II, c. 33; cf. l. IV, c. 49.—Herodoto escribia en la 97ª olimpíada, 432 años antes de J. C.—Eratóstenes y Eforo son mas explícitos aun;—Galli occidua usque ad Gades incolunt secundum Eratosthenem. Strab., l. II, pág. 107.—Ephorus ingenti magnitudine facit Celticam, quod illi pleraque ejus terræ quam nunc Iberiam vocamus loca usque ad Gades tenuerint. Strab., l. IV, ub sup.

(4) Τούρτως, Τουρτουτανως, Τουρτυτανία, segun Estef. Byz., en Τουρδιτανία.—Algunos manuscritos antiguos dicen Tyrtytania (Τυρτυτανία), y Tyrtytanos (Τυρτυτανούς).

(5) Hered., l. V, c. 7.—Obsérvese que This, Teus, Teuth, Theos, (Θεός), Deus, Dios se derivan de una radical comun de orígen asiático.

(6) Saltus Carthesiorum, in quibus Titanos bellum adversus deos gessisse proditur, incoluere Curetes.... Justin., l. XLIV.

La benignidad del clima, la risueña naturaleza y los mil encantos de la Andalucía suavizaron sin duda alguna su ferocidad primitiva, y renunciando á la vida errante, estableciéronse en moradas fijas en las márgenes de los encantados rios de la Bética, el Anas, el Bétis y el Ibero Bético (1), donde vivian ya menos feroces quizás, y menos sedientos de guerra que sus compatriotas celtas de las demás regiones de Hispania, cuando un buque fenicio se acercó por primera vez á sus playas.

Así pues, es probable que los Fenicios no les hallaron sumidos en la barbarie primitiva que fué por largo tiempo el carácter principal de las otras poblaciones hispánicas, ni tampoco sin disposiciones, ó á lo menos sin gusto, para la vida civilizada. Esto no obstante serian muy ignorantes aun y obstinados en sus ideas, no tributarian culto sino á dioses desconocidos y sin forma humana, tendrian horror por los nuevos dioses que los extranjeros pretendian imponerles, y es posible atribuir á una lucha religiosa entre estos pueblos y los Fenicios, en la cual los primeros fueron vencidos por el Hércules tirio en quien se personificaba el Genio de Tiro, el orígen de la fábula de la derrota de los Titanes por los dioses, en las inmediaciones del estrecho de Hércules. Por igual motivo sin duda creíase teatro de este combate la Tracia, la Italia, el sur de la Galia, es decir, todas las regiones en que la religion de Tiro, al llegar á ser la de los Griegos, hubo de luchar con bárbaros de igual carácter y raza.

La civilizacion turdetana podia en rigor, como quiere la tradicion, datar de aquellos primeros tiempos; mas, al reflexionar en la natural obstinacion de los bárbaros, y en especial de los pueblos fraccionados en tribus independientes y las mas de las veces enemigas, como sin duda lo eran en aquella época remota las ocho décimas partes de las poblaciones del globo, adquiérese la casi seguridad de que semejante civilizacion habia de concretarse á algunas de las primeras artes de la industria humana, á las primeras leyes que hace indispensables la vida social, y á la adopcion de las creencias de la teogonia fenicia. Con todo, tal como era, esta civilizacion ha de considerarse como un progreso, si bien parece que penetró solo muy débilmente mas allá de la costa y de las poblaciones de que tratamos, en cuanto era excepcional en España, aun en tiempo de Strabon, quien habla de ella en términos que manifiestan cuan extraordinaria le parecia comparativamente con la excasa cultura de los restantes pueblos del país. La Turdetania, que era la provincia de España mas inmediata á las colonias fenicias, fué, pues, la mas pronto civilizada, y no de otro modo en siglos muy posteriores, la parte de la Celtiberia mas cercana á las colonias focias de que hablaremos luego, fué el único punto en que hallaron los Romanos débiles muestras de una civilizacion grosera ó imperfecta aun. Los Fenicios y los Griegos asiáticos fueron quienes libraron de su aislamiento á los primitivos Españoles haciéndoles tomar parte en el movimiento del mundo antiguo, y de ellos recibieron estos, lo mismo que los pueblos de las regiones marítimas del sur de la Galia, sus primeras artes y el conocimiento del alfabeto y de la escritura que es su base y su clave (2).

(1) En el dia Rio Tinto.—Avieno distingue expresamente este Ibero (Iberus) del de la España citerior. Oræ Marit. v. 248 y sig.

(2) Las medallas españolas llamadas *desconocidas* demuestran la doble influencia fenicia y

Mas allá de la cordillera mariánica, entre las montañas y el Anas, hallábase la Beturia, subdivision probablemente de la Turdetania; su poblacion era tambien céltica. Como hemos dicho, un rio llamado Ibero corria de norte á sur y fecundaba aquel territorio (1). Laconinturgis, Callenses-Emini, colonia, á lo que parece, de los Galacios ribereños del Miño; Celtum, ciudad situada en el camino de Hispalis á Emérita; Celtiaca, que en tiempo de los Romanos, formaba parte del *Conventus* de Hispalis, eran sus principales ciudades (2).

Mas lejos aun, en la costa occidental y septentrional, hallábanse restos de pueblos célticos, desde los Celtas del *Cuneus* hasta los Autrigones. Al oeste del Anas, en el territorio llamado por los antiguos *Cuneus*, y formado por el moderno reino de los Algarbes, moraban los Cynesios de Herodoto y de Avieno, á los cuales los historiadores mas modernos llaman *Cúneos* ó *Conionanos*, subdivision quizás de los Celtas occidentales que hemos encontrado al oeste de la Bética y en la Beturia, extendiéndose mas allá del Anas, en la actual provincia de Alentejo, al sur de Ebora, hasta la desembocadura del Tajo. Tambien allí es céltico el nombre de algunas ciudades; en la costa, desde el Tajo hasta el Guadiana, contábanse cuatro con la misma terminacion gala (3).

En el promontorio *Cuneus* (cabo de Santa María) (4) habian levantado aquellos pueblos singulares monumentos.

«Artemídoro, dice Strabon, explica que el supuesto templo de Hércules que allí se enseña no es mas que una ficcion imaginada por Eforo; que no existe altar alguno erigido en honor de Hércules ni de otra divinidad; que únicamente se hallan en varios puntos tres ó cuatro piedras una sobre otra; que los navegantes, segun una antigua tradicion transmitida de padres á hijos, las volvian cada vez que tomaban tierra en aquellas playas, y las hacian cambiar de posicion; que se limitan á dirigirles oraciones, sin estarles permitido sacrificar en aquel sitio, ni poner en él el pié mientras llueve, por creerse que entonces lo ocupan los dioses; que los hombres que quieren visitar aquel lugar atraidos por la curiosidad, han de pasar la noche en un pueblo inmediato, y no pueden ir allá sino de dia y llevando agua consigo, porque no se encuentran fuentes en parte alguna (5).»

Lo cierto es que semejantes piedras movedizas se encuentran aun en varias regiones de Europa y de Ásia; segun los geógrafos, son una especie de obeliscos de piedras enormes, cuyo extremo inferior, en vez de una superficie plana, presenta alguna convexidad; de modo que se hallan siempre inclinadas, y que el menor esfuerzo, el viento mismo, basta para cambiar su posicion, haciéndolas

---

griega en las poblaciones de Hispania. Basta mirarlas con atencion para conocer en ellas la diferencia del sistema de escritura propio á cada uno de dichos pueblos, uno de los cuales escribía de derecha á izquierda, y otro de izquierda á derecha. Flores, Medallas, etc.

(1) At Iberus inde manat amnis, et locos fecundat unda... Avieno, Oræ Marit., v. 248 y sig.

(2) Laconinturgis, Callenses-Emini, Celtiaca, oppid. Hispaniæ in conven'u Hispaliensis;— Celtum, urbs Hispaniæ, inter Hispalim et Emeritam. Plin., l. III, c. 1; Anton. Itiner.

(3) Lancobriga, Cetobriga, Merobriga y Lacobriga.

(4) La pintoresca descripcion que hace Strabon con referencia á Artemídoro, no deja duda alguna acerca de la identidad del Cuneo y del cabo de Santa María. Vense allí las tres islas situadas relativamente como el *Rostrum* y las dos *Epotides* de las naves antiguas.

(5) Strab., ub. sup.

girar ya á una parte, ya á otra, sin perder su centro de gravedad. Pausanias cree que tan extraños monumentos son altares elevados á los dioses que presiden los vientos; pero esto no pasa de ser una idea y una explicacion griega, y aunque tales monumentos no autorizan para creer que fuese el druidismo la religion de los Celtas, parecen con todo tener alguna analogía con los del antiguo culto de los Galos.

A algunas leguas de la orilla izquierda del Tajo, junto al país de los Celtas, empezaba el de los Lusitanos, limitado al oeste por el Océano, al norte por el Durio y al este por el Cuda (rio Coa). Su territorio comprendia la actual provincia de Beyra, la Extremadura portuguesa, la parte septentrional del Alentejo desde Ebora, y algunas partes de la Extremadura española y de la provincia de Salamanca. El resto de esta provincia y de la Extremadura española hasta el Anas pertenecia á los Vetones, á quienes los antiguos casi no distinguian de los Lusitanos, y que, á lo que parece, no eran mas que una subdivision de los mismos. Como provincia romana, la Lusitania se extendia mas lejos que el país habitado por los Lusitanos, y componíase del territorio de los dos pueblos expresados y además del de los Celtas del *Cuneus*, formado de la parte meridional del Alentejo y de todo el reino de los Algarbes.

Nuestra opinion es que los Lusitanos eran menos antiguos en España que sus vecinos los Turdetanos y los Celtas del *Cuneus;* su establecimiento hubo de verificarse casi al mismo tiempo que el de los Celtíberos en el valle del Ebro y en los llanos del interior, y todo induce á creer que formaban parte de la gran confederacion céltica que invadió la España seis siglos antes de J. C., chocando á la vez contra las naciones de raza gala y los pueblos de raza euskaria é indo-escita que la ocupaban desde la remotísima época de las primeras emigraciones de las hordas asiáticas á Occidente. En cuanto puede colegirse, careciendo de toda historia escrita, la primera emigracion gala en España hubo de coincidir con el establecimiento de los Ombrios en Italia, mas de quince siglos antes de J. C. ó quizás precederlo; la segunda, motivada por el movimiento que se operó entre las poblaciones galas de las Galias por la llegada de los Kimris, debió corresponder á las conquistas galo-itálicas de Sigoveso y Belloveso (1).

Los Lusones, cuyo territorio hemos señalado, refiriéndonos á Strabon, en las fuentes del Tajo (2), y que formaban parte de la nacion de los Celtíberos, eran probablemente una desmembracion de los Lusitanos; mientras estos, en el movimiento sucesivo de la conquista, bajaron desde el nacimiento del rio que vió sus primeros establecimientos hasta el extremo inferior de su curso y su desembocadura, ancha y profunda como un lago, aquellos, que quizás se llamaron antes tambien Lusitanos, permanecieron en los elevados valles del Idúbeda.

Resulta, pues, que la emigracion de los Lusitanos siguió en España el curso del Tajo del este al sudoeste, desde sus fuentes hasta su desagüe; pero quizás pueda ser tomada desde mas lejos, desde uno de sus altos en las Galias, compa-

(1) Por los años 587 antes de J. C.

(2) Strab., l. III, c. 4.—Appiano es el único autor de la antigüedad, además de Strabon, que haga mérito de los Lusones, Appiano, Iberic., p. 468.—El nombre de Luco, pueblecillo situado en las márgenes del Giloca, y el de este rio conservan aun algunos vestigios del de aquel pueblo.

rando el nombre de Elusatos, pueblos aquitanos, cuya capital era Elusa ó Losa (1), con los nombres de Lusones y Lusitanos (2).

Strabon describe muy por extenso las costumbres y el género de vida de los Lusitanos, y obsérvase en su relacion una notable analogía con lo que sabemos de los demás pueblos galos.

«Los Lusitanos dice, son tan diestros en preparar emboscadas como en descubrir y evitar las que se les tienden; son ágiles y ligeros, y verifican sus evoluciones militares con tanto órden como soltura. Usan en la guerra pequeños escudos cóncavos de dos piés de diámetro, colgados de correas, sin hebillas ni asas; sírvense además de una especie de puñal ó cuchillo; sus cotas de armas son por lo general de lienzo, y son muy pocos los que las usan de malla. Los capacetes de tres garzotas no son tampoco muy comunes, y por lo regular los forman con un tejido de cuerdas. Sus infantes calzan polainas; lleva cada uno varios dardos, y los hay que se sirven de lanzas armadas de cobre....

«Los Lusitanos, continua Strabon, gustan mucho de los sacrificios; examinan las entrañas sin arrancarlas del cuerpo de la víctima, y palpan con suma atencion las venas del pecho para sacar agüeros. En sus conjuros, sírvense de las entrañas de sus prisioneros, á quienes cubren con un velo antes de inmolarlos. Al recibir la víctima en el vientre el golpe fatal por manos del agorero, deducen sus primeros pronósticos del modo como cae. Cortan la mano derecha á sus prisioneros de guerra y los consagran luego á los dioses.

«Aquellos montañeses viven con frugalidad, beben agua y duermen en el suelo; dejan crecer su cabellera como las mujeres, y al disponerse para los combates, la sujetan con una cinta al rededor de su frente.

«Los Lusitanos prefieren á cualquier otra carne la de macho cabrío; los sacrificios que ofrecen á Marte (es decir, á uno de sus dioses á quien Strabon compara á Marte) consisten en cabras, en caballos y en prisioneros de guerra. A la usanza griega, hacen tambien hecatombes, semejantes á aquellas de que nos habla Píndaro, cuando dice: «Inmolad cien víctimas de cada especie de animales.»

«Pelean á pié ó á caballo, armados á la ligera ó de todas armas, á la desbandada ó divididos en numerosos grupos, y se ejercitan en el pugilato y en la carrera. Los montañeses se alimentan de bellotas durante las dos terceras partes del año; despues de seco aquel fruto, lo quebrantan, lo muelen, y amasan con su harina un pan que se conserva mucho tiempo. Beben una especie de cerveza, pues el excaso vino que su país produce es consumido en breve en los festines de familia; emplean manteca en vez de aceite; comen sentados en bancos apoyados en las paredes, y colócanse en ellos segun los años ó la dignidad. Los manjares van pasando por delante de los comensales, mientras que otros bailan al son de la flauta y de la trompeta, doblando las rodillas y saltando alternativamente.

«Visten todos de negro, y la mayor parte llevan mantos, con los cuales se

(1) Elusa, Lusa ó Losa hallábase situada, segun el Itinerario de Antonino, en el camino de Burdigalla á los Pirineos.

(2) Lusitanos, Lusones, Lusatos y Efusatos son á no dudar formas distintas de una sola voz radical.

acuestan sobre haces de heno; como los Galos, se sirven de vasijas de tierra, y las mujeres usan mantos y vestidos bordados. Los moradores del interior practican el comercio por medio de permutas, ó bien cortan pedacitos de una lámina de plata á medida que han de satisfacer lo que compran.

»Los condenados al último suplicio son ejecutados á pedradas, y los parricidas sufren esta pena fuera de las ciudades ó de las fronteras. Aquellos pueblos se casan á la manera de los Griegos, y exponen á los enfermos en los caminos, como practicaban antes los Egipcios, á fin de aprovechar los consejos de los transeuntes, si por casualidad se encontrase á alguno que conociese por experiencia propia la enfermedad y el remedio. Hasta que ocurrió la expedicion de Bruto, no conocian mas que barcos de cuero para atravesar los estanques y esteros, pero en el dia, aunque en corto número, emplean tambien las canoas hechas de un solo árbol.

«Tal es, dice Strabon, la vida de todos los montañeses del norte de Iberia, como los Galacios, los Asturos y los Cántabros, hasta el país de los Vascones y los Pirineos, pues todos aquellos pueblos observan un mismo género de vida.» Mas lejos añade «que no se atreve á recargar su descripcion con el catálogo de sus nombres que tan mal suenan al oido.» No imitaremos nosotros la exagerada eufonía del geógrafo griego; á pesar de su opinion, creemos que hay mucho interesante que decir acerca de cada uno de estos pueblos, así de los que él nombra como de aquellos que calla, y continuaremos por lo tanto su enumeracion y reseña.

Junto á los Lusitanos, al extremo noroeste de la península, entre el Durio y el mar, habitaban los Callæci ó Gallaici, como los llaman los escritores griegos. Los Galacios formaban, al parecer, una confederacion de pueblos ó de tribus, entre las cuales figuraban los Bracarios, los Celerinos, los Gravios, los Limicios, los Querquernios y los Artabros. Ptolomeo los divide en dos ramas principales, á saber; los *Bracarios*, que moraban al sur en las actuales provincias de Tras-os-Montes y de Entre-Douro-y-Miño, y los *Lucenses*, que habitaban al norte, en la Galicia propiamente dicha hasta el territorio asturiano. Su país encerraba minas de oro, de cobre, de plomo y de minio, y era allí tan comun entonces el mas precioso de dichos metales, que muchas veces se levantaban con el arado partículas auríferas. Segun una antigua tradicion, habia en las fronteras de la comarca un monte sagrado, en el cual estaba prohibido trabajar con hierro. «Solo cuando el rayo abria la tierra (lo que sucedia con frecuencia), era permitido recoger el oro puesto así en descubierto, como una dádiva de los dioses (1).»

Sea lo que fuere de esta tradicion, prueba cuando menos que no era raro encontrar el oro puro y mineralizado casi en la superficie de la tierra. En aquella tierra vírgen todavía, recogíase mucho de aquel modo en una época en que por otra parte se conocia mal el arte de extraerle de las minas. Aun en tiempo de los Romanos, buscábase el oro mas removiendo los terrenos auríferos que abriendo minas, y, como ya hemos dicho, recogíase tambien de entre las arenas de los

(1) Delectum aurum, velut dei munus, colligere permittitur. Justin., l. XLIV.

rios; el Mondego y algunos confluentes del Duero eran los que mas fruto reportaban.

Los Galacios no se distinguian en sus costumbres de las demás naciones de su raza; eran sin duda alguna una nacion gala, y el principal rio que atravesaba su territorio (1) ha conservado en su nombre el testimonio de que aquel pueblo hablaba el mismo idioma que los Galos de la otra parte de los Pirineos. En cuanto á religion, dice Strabon, que no tenian ninguna, probablemente porque no tributaban culto á los dioses de la teogonía gentílica. Los Artabros formaban una de las tribus mas importantes de la confederacion de los Galacios, y ocupaban el país mas inmediato al cabo, que llamado en un principio Céltico, tomó de ellos despues y conservó por mucho tiempo el nombre de promontorio artábrico (*Celticum vel Artabrorum promontorium*) (2). El puerto de Calle, situado en la desembocadura del Duero, cuyo nombre indica bastante su orígen (3), pertenecia al territorio de los Bracarios, y de este nombre dado por los Galos mas de diez siglos antes de J. C. combinado diez siglos despues de él con la voz latina *portus*, se formó el nombre moderno de Portugal.

Segun el testimonio de varios autores, los pueblos que habitaban cerca del Durio «vivian á la manera de los Lacedemonios; frotábanse el cuerpo con aceite dos veces al dia, calentaban sus habitaciones con guijarros caldeados, bañábanse en agua fria, y en todo el dia no hacian mas que una comida sencilla y frugal (4).» Semejanza de costumbres que ha sido invocada en favor de una tradicion acreditada en tiempo de los Romanos, segun la cual se atribuia á los Griegos la fundacion en aquellas regiones de colonias contemporáneas de la guerra de Troya. Tiempo despues, y amoldados á las costumbres romanas, los Galacios se atribuyeron á sí mismos un orígen griego (5), y el nombre de la tribu de los Gravios (*Graeii*) (6), que se consideró como corrupcion de la voz *Graii*, confirmó el lisonjero error de semejante orígen; en esto se fundan los Portugueses cuando atribuyen á cierto Luso, hijo ó compañero de Baco, el antiguo nombre de su país, y sin otras pruebas, la fundacion de muchas ciudades de Portugal y de Galicia á otros héroes griegos de la mas remota antigüedad, como por ejemplo Lisboa á Ulises, Tuy á Diomedes, hijo de Tydeo, etc.

Plinio distingue de los Artabros á un reducido pueblo al que muchos habian confundido con ellos, y cuyo nombre se prestaba en efecto á esta confusion; los Arotrebes moraban al norte de los Artabros, desde Brigancio hasta el Melso, y en su territorio se encontraba el promontorio Trileucum, llamado por Ptolomeo *Lapatia Cori promontorium* (7).

Los Pésicos, que se encuentran á continuacion en la costa septentrional que baña el Océano, ocupaban una península entre el Nœlo y la bahía de Gijon. Mela

---

(1) El Durio *(Durius)* de *dur*, que se pronuncia *dour*, agua, en lengua bretona, y de cuya voz los Portugueses han hecho Douro y los Españoles Duero.

(2) El cabo de Finisterre.

(3) Anton., Itiner.—*Cal*, *calle*, bahía, abra, en leng. gala.

(4) Strab., l. III, c. 3.

(5) Justin., l XLIV.

(6) Craigh, roca, en leng. gala.

(7) Cabo Ortegal.

da el nombre de promontorio Escítico (1) al cabo que termina dicha península por el norte (en el dia cabo de Peñas). Los demás geógrafos de la antigüedad no dan nombre alguno á aquel promontorio; pero todos, y en especial Plinio y Ptolomeo, colocan á los Pésicos en las costas del Océano, junto á los Asturos. Los Pésicos eran seguramente un pueblo escita, y quizás una desmembracion del pueblo del mismo nombre que menciona Plinio entre las principales naciones de la Escitia occidental, como los Saceos y Masagetas, que habitaba, segun Ptolomeo, en la orilla meridional del mar Caspio (2).

El territorio de los Asturos lindante con el de los Pésicos, era mucho mas vasto que el actual principado de Asturias, y comprendia la parte septentrional del reino de Leon; limitábanle al oeste los Galacios, y al oriente y al mediodía los Cántabros y Vascones. En tiempo de los Romanos, hallábanse divididos los Asturos en *Augustani* y en *Transmontani* ó *Lucenses*; estos poseian una selva sagrada, *Lucus Asturum*, y reuníanse en ella en épocas determinadas para celebrar los ritos desconocidos de una religion, de la cual no ha conservado vestigio alguno la historia. Por aquel bosque sagrado, donde despues se levantó Oviedo, lindaban los Asturos con los Pésicos, que no eran quizás sino una subdivision de los mismos. En la parte meridional de su territorio, en las márgenes del rio Asturis, encontrábase su principal ciudad, Astúrica, que recibió el sobrenombre de Augusta (3) despues de la conquista romana. La nacion de los Asturos estaba dividida en muchos pueblos ó tribus, diversamente apellidados; en una medalla de la época de Augusto, léense las palabras ASTURICA AMAKUR, que parecen indicar que la capital de los Asturos pertenecia á los pueblos llamados *Amaci* por Ptolomeo, los cuales formarian sin duda una de las probables subdivisiones de la nacion de los Asturos (4).

Los Asturos, dice Plinio, eran famosos por sus riquezas (5); á lo que parece, fueron los primeros entre los pueblos de España en entregarse á la explotacion de las minas y de los terrenos auríferos, granjeándose con ello una reputacion de codicia, de la que se encuentran muchos testimonios en los autores antiguos (6).

Los Asturos no pueden clasificarse de un modo cierto entre los pueblos de sangre gala, y, como los Cántabros, parecen pertenecer á una raza de orígen mas boreal; su aficion y el cuidado que tenian de los caballos, y muchas costumbres suyas indican un orígen escítico; y en efecto, al igual de lo que sucede

---

(1) Promontorium scythicum. Pomp. Mela, l. III, c. 1.

(2) Plin. l. VI, c. 17; Ptol., l. V, c. 12.

(3) Astorga.

(4) Ptolomeo nombra entre los pueblos de aquella parte de España á los Amacios, á los Brigetinos, á los Bedunecios, á los Orniáseos, y á los Selinos, pertenecientes todos, á lo que parece, á la misma confederacion nacional.

(5) Plin.. l. III, c. 3, y l XXXIII, c. 4.

(6) . . . . Astur avarus,
Visceribus laceræ telluris mergitur imis,
Et redit infelix effosso concolor auro.
SIL. ITAL., l. I, v. 231.
Non se tam penitus, tam longè luce relictâ.
Merserit Asturii scrutator pallidus auri.
LUCAN., l. IV, v. 298.

con los Pésicos, encontramos Asturos con una ligera modificacion de nombre, entre los pueblos Sármatas de las cercanías del mar Caspio (1). En las fronteras occidentales de su país, los Asturos se encontraban con los Galacios en la explotacion del oro (2), si bien los últimos no parecian buscarlo con igual avidez.

Al oriente de los Asturos seguian los Cántabros, quienes habitaban en ambas vertientes del Vindio, en el país que comprende en el dia las provincias de Santander, Guipúzcoa, Alava y Vizcaya, y, como algunos de los pueblos de que hemos hablado, formaban una confederacion nacional en la que entraban, segun todas las apariencias, los Autrigones, los Caristios ó Caristinos, los Vardulos, y algunos otros pueblos citados por Ptolomeo. Plinio dice que se dividian en cuatro pueblos distintos, pero no los nombra. Los Cántabros eran feroces, amaban con pasion sus montañas, y habian rechazado toda clase de civilizacion mientras que los habitantes de las playas del Mediterráneo habian adoptado costumbres mas suaves, leyes mas humanas y vida menos salvaje. En un valle del Vindio que desciende hácia el Océano, hallábase una tribu de su familia, cuya capital era Concana, en el dia Cangas de Onis; su bebida favorita era la sangre de caballo, y esto la habia dado cierta fama entre los antiguos (3). Semejante costumbre era comun á los Sármatas y Masagetas, con los cuales mostraban tener aquellos pueblos un comun orígen, segun asegura un poeta, no solo por aquellas libaciones, sino tambien por su extraordinaria ferocidad (4).

En lo demás eran sus costumbres semejantes á las de los pueblos de que hemos tratado antes de ahora, y, segun hemos visto, Strabon hace extensivo lo que refiere de los Cuneos y Lusitanos á cuantos montañeses habitaban las regiones del norte de Iberia, á los Galacios, á los Asturos y á los Cántabros, hasta el país de los Vascones y los Pirineos. Sus armas y su manera de hacér la guerra eran los mismos, mas se atribuia especialmente á los Cántabros la singular costumbre de limpiarse los dientes, hombres y mujeres, con orines que dejaban antes corromper (5).

Casi todos los moradores de aquella parte de España usaban antes del reinado de Tiberio de una especie de escudós llamados *peltas*, y de armas ligeras como el dardo, la honda y la espada, «á fin de encontrarse mas ágiles en sus correrías y salteamientos, segun dice Strabon. A su infantería unen algunos

(1) Asturicani, Sarmat. Asiaticæ gens. Ptol.

(2) . . . . . Quidquid tellure revulsâ
Callaicis fodiens rimatur collibus Astur.
CLAUD., IN PROB. ET OLYB. CONS.

(3) Et letum equino sanguine Concanum.
Horat., l. III, od. IV, v. 34.

(4) Nec quæ Dardanios post vidit Ilerda furores,
Nec qui Massageten monstrans feritate parentem.
Cornipedes fuso satiaris Concane vena.
Sil. Ital., l. III, v. 361 y si

(5) Strab. l. III, c. 4, y Diod. Sicul., l. V, c. 35.—Cátulo habla tambien de esta costumbre como observada aun en su tiempo, pero por un error suyo ó del copista la atribuye á los Celtíberos:

Nunc Celtiber, in Celtiberica terra
Quod quisque minxit hoc sibi solet mane
Dentem et russam defricare gingivam.

ginetes cuyos caballos están adiestrados á trepar por las montañas y á doblar las rodillas en caso necesario (1).»

La ferocidad de aquellos pueblos era proverbial entre los antiguos; su valor guerrero y su amor á la independencia excitaron mas de una vez la admiracion de los Romanos. «Los Iberos, dice Strabon, igualan en fuerzas á las fieras, y anímanles tambien su crueldad y ciega saña. En la guerra de los Romanos contra los Cántabros, hanse visto entre estos madres dar muerte á sus hijos, antes que dejarlos caer en manos de los enemigos; un niño empuña una espada por mandato de su padre y mata á sus hermanos y parientes encadenados; una mujer da muerte á cuantos estaban prisioneros con ella, y un hombre se precipita en una hoguera antes que rendirse á los deseos de sus vencedores que se habian embriagado en un banquete..... Como muestra del obstinado furor de los Cántabros, cítase el hecho de que algunos prisioneros condenados á ser puestos en cruz, no cesaron de entonar cantos de guerra aun en medio de su suplicio (2).»

El antiguo geógrafo no gustaba del heróico valor que distinguia á los pueblos del norte de la Península, y si habla de él es para vituperarlo. Infinitos son los actos extraordinarios que podrian citarse para caracterizar á aquellos hombres indomables: Tito Livio refiere que, al disponer Caton el desarme de los pueblos españoles de esta parte del Ebro, muchos hombres murieron de pesar (3). Sus armas eran para ellos mas preciosas que su propia sangre (4). Los Cántabros sobre todo eran una raza robusta y dura; sufrian sin murmurar el frio, el calor y el hambre (5), miraban con horror la ancianidad, y cuando habian pasados los años de ejercer las fuerzas viriles del hombre, cuando no podian marchar á la guerra, se precipitaban de lo alto de una peña (6).

Mas que las otras naciones persistieron tambien los Cántabros, como veremos despues, en su nativa ferocidad que es un perpétuo objeto de admiracion para los escritores romanos. En su resistencia salvage, multiplicaron los actos de heroismo, y casi todos los prisioneros cántabros á quienes Augusto mandó vender como esclavos, se dieron la muerte, á diferencia de los Asturos, los cuales, despues de la guerra de Augusto, dejaron que se les incorporase en las colonias militares, por cuyo medio la política romana logró sujetar las montuosas regiones del norte é introducir en ellas el idioma, la administracion y las costumbres de Roma (7).

---

(1) Strab., l. III, c. 4.

(2) Id. id.

(3) Consul arma omnibus cis-Iberum Hispanis ademit, quam rem adeo ægrè passi, ut multi mortem sibimet ipsis consciscerent Ferox genus, nullam vitam rati sine armis esse. Tit. Liv., l. XXXIV, c. 17.

(4) Arma sanguine ipso cariora. Just., l. XLIV.

(5) Cantaber ante omnes hyemisque, æstusque, famisque,
Invictus. . . .
Sil. Ital., l. III, v. 326.

(6) . . . Cum pigra incanuit ætas
Imbelles jamdudum annos prevertere saxo:
Nec vitam sine Marte pati.....
Sil. Ital., l. III, v. 328 y sig.

(7) Tit. Liv., l. XXXVIII, c. 22.—Appian., Iberic., c. 33; Dion. Cass., l. III, c. 29; l. V, etc.

«El carácter de los Iberos, dice Strabon, les es comun con los Galos, los Thracios y los Escitas, como tambien lo que se refiere del valor no solo de los hombres, sino tambien de las mujeres. Ellas cultivan la tierra, y luego que han parido, hacen acostar al marido en lugar suyo y le sirven. Despues de lavar á sus hijos de corta edad en algun riachuelo, los visten y fajan sin abandonar el arado.»

En otro lugar añade: «Otra costumbre les es igualmente comun con otros pueblos, y consiste en montar dos en un mismo caballo, á fin de que en caso necesario el uno pueda combatir montado y el otro á pié.»

La frecuente mencion que de los caballos se hace al hablar de los antiguos pueblos de la Península trae sin cesar á la memoria las costumbres de las naciones céltico-escíticas y sármatas, y hace concebir la idea de que quizás eran ellos los pueblos persas que, segun Varron, fueron los primeros en tomar posesion de la Hispania (1). El menosprecio de la vida era el distintivo característico de los Iberos, y no contentos con desafiar la muerte en los combates, quitábanse ellos mismos la vida luego que les era adversa la fortuna (2). Segun esto, y atendiendo á otra costumbre suya que nos explica Strabon, el suicidio habia de ser entre ellos muy frecuente.—«Otra costumbre de los Iberos, dice el nombrado escritor, es procurarse un veneno que extraen de una yerba semejante al peregil (la cicuta sin duda) y que ocasiona una muerte sin dolores. Todos lo tienen preparado para recurrir á él en caso de desgracias. Finalmente, les es tan familiar sacrificarse por aquellos cuya causa abrazan, que se libran por medio de una muerte voluntaria del pesar de sobrevivirle (3).»

La costumbre de morir por un caudillo estimado fué observada ya por César entre los Sociates, pueblos aquitanos. Hablando de los seiscientos *Soldurii* de Acantuanno, caudillo de aquel pueblo, dice: «Llámanse así unos hombres valerosos que se consagran á otro por durante su vida, que comparten su buena ó adversa fortuna, y que mueren con él, ya peleando, ya dándose á sí mismos la muerte.» César añade que no hay ejemplo de que ninguno de tales hombres se haya negado jamás á morir despues de su capitan (4). Atheneo dice que los hombres que así obraban llamábanse entre los Aquitanos *silódunes* (5), modificacion griega sin duda de la voz mas exacta ***saldunes***, y aun en el dia ***salduna*** significa en idioma vascongado ***hombre que posee un*** *caballo* (6).

Tan heróica costumbre fué particular, á lo que parece, á los pueblos de la Hispania que habitaban el valle del Ebro, en especial á la nacion de los Vasco-

---

(1) In universam Hispaniam M. Varro pervenisse Iberos, Persas, Phœnicas, Celtasque et Pœnos tradit. Plin., l. III, c. 1.

(2) Prodiga gens animæ et properare facillima mortem.
. . . .
Et fati modus in dextra est.
SIL. ITAL., l. I, v. 226 y sig.

(3) Strab., l. III, c. 4.

(4) Neque adhuc hominum memoriam repertur est quisquam, qui, eo interfecto cujus se amicitiæ devovisset, mori recusaret. Cæsar, l. III, c. 22.

(5) Οὓς καλεῖσθαι τῇ πατρίῳ γλώττῃ Σιλοδούνους. Athen., ap. Nicol. Damasc., l. IV, c. 13.

(6) De *zaldi* ó *saldi*, caballo; *saldi-a*, un caballo; *saldun-a*, hombre que posee un caballo; plural, *saldun-ac*.—Es fácil comprender como esta voz pudo sonar *silodounous*, como se vé en Atheneo, á los oidos de los Griegos, bajo cuya referencia escribia aquel autor.

nes, que ocupaba su mayor parte, desde el Agreda hasta el Sicoris, y á los pueblos de igual raza é idioma conocidos en la otra parte de los Pirineos bajo el nombre de Ausci (1). Tal era á lo que se cree la extension de los dominios y del idioma de los Vascones á principios de nuestra era (2).

Plutarco nos dice y nosotros repetiremos luego que Sertorio supo unir de este modo á su fortuna á muchos miles de *devoti*, Vascones todos, con cuya nacion habia pactado estrecha alianza, á juzgar por lo que refiere el mismo Plutarco acerca de sus relaciones con Osca y Calagurris (3). Despues de su muerte, aquellos valientes se inmolaron todos hasta el postrero *á sus manes, y á la Tierra, madre de todos los mortales*, y en los anales de Cataluña se ha encontrado el epitafio latino que los compañeros de Sertorio se hicieron á sí mismos, al darse la muerte para no sobrevivir á su querido capitan (4).

El carácter de los Vascones antes de sus relaciones con los Romanos parece haber sido en extremo feroz y belicoso (5). Los poetas é historiadores romanos los pintan con vivos colores; jamás llevaban casco (6); eran en la pelea ágiles y fuertes, é inspiraban espanto á sus enemigos (7). Sus relaciones con los Romanos, que datan de la primera entrada de los Escipiones en España, los modificaron sensiblemente sin despojarles en lo mas mínimo de su natural intrepidez. Es difícil fijar la época en que se introdujo entre ellos el politeismo, lo mismo que

---

(1) Pueblos de Auch.—*Vasco*, palabra latinizada (Αὐσκίων en griego) de la voz radical *Ask*, *Eusk*, *Osk*, *Ausk*, *Vask*, *Bask*, segun las distintas pronunciaciones. De ahí en formas mas recientes *Vasco*, *Basque*, *Basqueuz*, *Vizcaya*, *Gascuña*, y el nombre de *Vascongadas* con que se conoce á las tres provincias modernas en que residen los restos del pueblo vascon.

(2) Antes de que el frecuente comercio y la administracion de los Romanos hubiesen transformado á los Auskos aquitanos en pueblo de lengua latina, ó por mejor decir, de dialecto romano, y de que reducciones y luchas sucesivas hubiesen hecho abandonar á los Vascos hispanos la porcion media del valle del Ebro, retirándose á las montañas del norte de la península. Una vez confinados allí, los Vascos no han salido de aquellas asperezas, y aun en el dia hablan su antiguo idioma nacional, dialecto, á lo que se cree, de una lengua primitiva de Asia.

(3) Calagurris (Calahorra), ciudad de los Vascones. Strab., l. III, c. 4.—Plutarc., in Sert.

(4) Este epitafio que si no fué compuesto por los mismos *devoti* de Sertorio, lo fué á no dudar por algun poeta romano de entre los compañeros que sobrevivieron al ilustre general, dice así (V. Swinburne, Viaje á España, carta IX):

HIC MULTÆ QUÆ SE MANIBUS,
Q. SERTORII TURMÆ, ET TERRÆ
MORTALIUM OMNIUM PARENTI
DEVOVERE, DUM, EO SUBLATO,
SUPERESSE TÆDERET, ET FORTITER
PUGNANDO INVICEM CECIDERE,
MORTE AD PRÆSENS OPTATA JACENT.
VALETE POSTERI.

«Numerosos batallones se han sacrificado aquí á los manes de Q. Sertorio, y á la Tierra, madre de todos los mortales. Despues de la muerte de su general, la vida les era enojosa, y, combatiendo unos contra otros, supieron encontrar la muerte, objeto de sus deseos. Descendientes nuestros, adios.»

(5) En ciertos casos de absoluta necesidad no oponian dificultad en alimentarse de carne humana. Valer. Max., l. VII, c. 6.

..................Aliquid de sanguine gustat.
Vascones, ut fama est, alimentis talibus usi
Produxere animas.................
JUVEN., sat. XV, v. 92 y sig.

(6) Vasco insuetus galeæ... Nec tectus tempora Vasco... Vasco levis...

(7) ....Subiere leves quos horrida misit Pyrene populi....

decir si lo conocieron en un principio por los Griegos ó por los Romanos, ó si reconocia en su raza un orígen anterior; lo único que se sabe es que en tiempo de Sertorio, era entre ellos muy honrado el culto de los dioses, tal como lo practicaban los Romanos, gozando fama en Roma de ser muy entendidos en vaticinar lo porvenir por el vuelo de las aves (1). En época mas remota, y probablemente muchos siglos antes de nuestra era, practicaban como los Galos sacrificios humanos, con la particularidad, segun Prudencio, de que creian que las almas de las víctimas eran divinizadas por la inmolacion (2).

Tal era aquel pueblo que, segun todas las probabilidades, pertenecia á una de las primitivas capas de los pobladores de occidente; su orígen era á buen seguro índico-escítico, y de ella formaban parte quizás los Oscos itálicos y los primeros habitantes ignorados de las costas é islas del Mediterráneo occidental.

Al sur de los Cántabros, desde las fuentes del Ebro hasta Calagurris, entre aquel rio y el Idúbeda, moraban los Berones, cuya capital era Varca ó Varia (3); lindaban al sur con los Celtíberos, y dice Strabon que, como estos, descendian de los Galos que ocuparon aquella parte de España (4). El mismo escritor asegura en otro lugar que sin la desunion de las antiguas naciones hispanas no habrian llegado á establecerse en sus tierras los Tirios, los Celtas «conocidos (en su tiempo) bajo el nombre de Celtíberos y de Berones, ni los Cartagineses (5),» y parece con ello no considerar á los Celtíberos y Berones sino como un solo pueblo de orígen galo-céltico, perteneciente á una emigracion posterior á la de los Galecos y de otros pueblos de su raza (6). El territorio de los Berones, separado por el Idúbeda de los Celtíberos propiamente dichos, confinaba al este con la nacion de los Vascones, y encerraba varias ciudades cuyos nombres atestiguan un orígen galo, como eran, además de la capital Varca, Venna (7), á media legua de Logroño, Alba, Verela, Lueronio, Deobriga, Juliobriga, Tricio, etc.

El carácter de la raza gala, impreso en los Berones, hallábase otra vez en la parte opuesta del Idúbeda, en la poderosa nacion de los Celtíberos; cuatro pueblos la componian, pero el mas importante era el de los Arévacos. Su territorio se extendia desde el Idúbeda hasta las fronteras de los Vacceos y de los Vetones hácia el oeste, y lindaba al medio dia con las de los Carpetanos. En él nacia el Durio, en las inmediaciones de Numancia, ciudad de los Pelendones, otra de las subdivisiones de aquel pueblo, y le atravesaba en toda su longitud. Otros rios fecundaban aquella comarca, y entre ellos el Areva y el Pisórica. Visoncio, Soricia, Mediola, Uxama, Clunia, Palancia, Intercacia, Amalobri-

(1) Ορνεοσκόπος magnus (fuit Alex. Sever.) ut et Vascones et Hispanorum et Pannoniorum augures vincerit. Lamprid., in Vit. Alex. Sev.

(2) Prud., hymn. in hon. S. Mart. Hemeterii et Cheledonii Calaguritanorum, v. 190 y sig.

(3) Logroño.

(4) Strab., l. III, c. 4.

(5) Id. id.

(6) Creemos poder fijar aproximadamente la emigracion de los Galo-Celtas, llamados por lo comun Celtíberos, á España, á mediados del siglo VI antes de J. C., poco despues de la invasion de la Galia por las hordas kímricas, y casi en la época de la segunda irrupcion y establecimiento de los Galos en Italia, es decir entre los años 650 y 616 antes de la era vulgar.

(7) Ven, Aven, Avena, Eva, Avon, Aguen, Araguen, segun los distintos dialectos galos, agua. —En el dia Viana.

ga, Segubia y Albia eran sus principales ciudades, completando la confederacion celtíbera los Lusones, los Thittos y los Belos. Los primeros habitaban en el Idúbeda cerca de las fuentes del Tajo (1); los Thittos y los Belos entre el rio Hucha y el Guadalope hasta el Ebro, y á lo que parece, conservaban suyo hasta los Pirineos el camino por donde habian penetrado en la Península. En muchos nombres de ciudades y rios de aquel país encuéntranse aun vestigios de aquel pueblo; el Gállego, el Arva, el Aragon, confluentes septentrionales del Ebro, Villanueva cerca del primero; los nombres de varios pueblos como Mallen, Gallur, Magallon, Alagon, Sestrica, Munebrega y Gallocanta conservan manifiestas huellas de la permanencia en aquel país de un pueblo de raza gala. En la antigua geografía de la misma region hállanse nombres de lugares aun mas característicos, tales como Ebelino, Forum-Gallicum y Gallorum-Forum en la orilla derecha del Gállego, y Malia, Seguncia, Belia ó Belgada, Nertobriga, Arcobriga, Turbula, y algunos otros, entre el Ebro y el Idúbeda. Allí debieron de encontrarse y mezclarse los pueblos de raza vasca y de raza gala. Por el oeste y el sur, la confederacion celtíbera se extendia hasta los territorios de los Carpetanos, de los Aretanos y de los Olcades, y tambien allí se encuentran en la antigua geografía nombres importados de las Galias, con ligeras modificaciones de ortografía y de pronunciacion. Tales eran los de Segobriga, de Valeria, de Bigerra, de Turba, de Arbacala etc. Por aquella parte la confederacion galo-céltica cambió muchas veces de límites, y á lo que se cree, hubo época en que los adelantó hasta muy cerca de las playas del Mediterráneo (2).

Hemos dicho que los Celtas y las naciones aliadas suyas habian de ser distinguidos de los pueblos de la misma raza anteriormente establecidos en la Península; Strabon los designa, como hemos visto, con el nombre de Celtíberos y de Berones, y hace descender á los segundos lo mismo que á los primeros, « de los Galos que fueron á ocupar aquella parte de España;» fija además, de acuerdo en esto con Varron, la ocupacion de los Celtíberos despues de la de los Tirios (3), y suponiendo esto una doble emigracion gala á España, hemos procurado indagar sus causas probables y su época aproximada. Raciocinando por analogía, la misma causa que en el siglo VI antes de nuestra era, obligó á muchas naciones de esta parte de los Pirineos á emigrar impulsándolas desde el centro y el oriente de la Galia hácia la Italia, donde encontraron á otros pueblos de su raza establecidos hacia mas de ocho siglos mas allá de los Alpes, causa que fué la invasion de las hordas kímricas, hubo de producir efectos semejantes en la Galia meridional. La irrupcion de los Volkes-Tectosagos debió por fuerza alterar y trastornar allí la existencia de las poblaciones antiguas, y por esto hemos creido natural considerar la emigracion de los Celtíberos á España como una consecuencia del establecimiento de los Volkes-Tectosagos en las tierras que

(1) Strab., Appian., Steph. Byzant., y Ptol.
(2) Strab., l. III, c. 4.
(3) Insistimos en este pasage de Strabon porque bien comprendido aclara un hecho histórico hasta ahora mal explicado.—«Si hubiesen querido sostenerse mútuamente, dice el geógrafo hablando de la profunda division de los antiguos pueblos españoles:—Si enim sese mutuo tutari voluissent, necque Carthaginensibus, necque prius Tyrii plurimam eorum regionem per majorem potentiam incursantibus fuisset occasio, necque Celtis, qui nunc appellantur Celtiberi atque Berones.....» Strab., l. III.

riega el Garona. Los Celtas, es decir, los hombres de la raza gala establecidos en la Narbonense, Cevenas y Arvernia, puestos en movimiento y arrojados hácia el oeste y el mediodía por el torrente de las hordas kímricas, se precipitaron entonces en España por las gargantas de los Pirineos, y estableciéronse en ella de grado ó por fuerza. La tradicion conservada por un poeta nacido en España que pinta á los Celtas como hombres expulsados de su país, como fugitivos de la antigua nacion gala (1), viene en apoyo de la opinion que hemos emitido sobre este punto histórico; y cuanto se refiere acerca de las primeras vicisitudes de los Celtas en España, de sus guerras, de su alianza y de su mezcla con los Iberos, de donde tomaron el nombre de Celt-Iberos, bajo el cual fueron despues conocidos, parece verdadero, si bien no podamos entreverlo sino á la débil luz de las relaciones tradicionales. Segun la opinion comun, la mezcla de que venimos hablando se hizo pura y sencillamente, pero, segun otra opinion mas probable, no se consumó sin desórdenes y guerras, tanto que Diodoro de Sicilia, que escribia teniendo á la vista memorias cartaginesas y que por lo mismo podia saber la verdad sobre las cosas y los pueblos de la antigua Hispania, habla en términos explícitos de estas guerras y de la paz que las siguió (2). Natural era que así sucediese; como los Galos de Sigoveso y de Beloveso en Italia, los Galo-Celtas de la Galia meridional hallaron en España á pueblos de su raza y de su lengua establecidos en el país hacia muchos siglos y poseedores de las mejores habitaciones y de las mejores tierras; los nuevos emigrados querian tambien tierras y habitaciones, y durante un momento disputaron el país á sus antiguos moradores. Sin embargo, habia lugar para todos; no todas las tierras estaban ocupadas, y tratóse de la paz; entonces se reconocieron por hombres de igual orígen, los antiguos y los nuevos Galos españoles se aliaron, y del rio llamado Iberus por sus antepasados (3) tomaron el nombre de Celt-Iberos que les distinguia así de los Celtas que habian permanecido en la Galia meridional como de los otros pueblos de raza céltica establecidos anteriormente en España. Una mezcla, una reunion, por decirlo así, instantánea como la que se supone entre pueblos de idioma y orígen distintos, por ejemplo entre los Galos y la nacion euskara, es á todas luces forzar el sentido de la tradicion y deducir de ella una consecuencia humana é históricamente inadmisible.

Los Celtíberos se cubrian con grandes escudos como los Galos, cuya usanza fué adoptada en tiempo de César por toda la España oriental, mientras que en la parte occidental se conservaron los *peltas* (4).

Lanzaban contra los enemigos largos venablos armados con puntas de hier-

(1) .... Profugique à gente vetustâ
Gallorum, Celtæ miscentes nomen Iberis.

LUCAN, PHARSAL., l. IV, v. 9 y sig.

(2) Cum pridem de regione invicem decertassent Iberes et Celtæ, postea, pace facta, communiter eam inhabitaverunt, et connubiis mixti, ob eam commixtionem dicuntur hoc nomen accepisse. Diod. Sicul., l. V.

(3) La voz radical *ber*, *iber*, *ebro*, *euro*, en sus diversas formas, se encuentra en todas partes donde la raza gala ha formado establecimientos, y, como hemos dicho, iba á ella unida la idea de un rio ó de una situacion geográfica respecto del mismo.

(4) Cæs., de Bell. civil., l. I.—*Peltæ* vel *cetræ*, y de ahí *Hispania cetrata*.

ro, á los que llamaban *lanceæ,* y por ellos tuvieron noticia los Romanos del nombre y de la cosa (1).

Los Celtíberos, que sabian templar el hierro dejándolo enmohecer en la tierra (uso empleado aun en Alemania), usaban capacetes de bronce adornados con un plumage encarnado; además de la espada, iban armados de un puñal al que los historiadores griegos llaman *paraxiphides*, porque se llevaba al lado de la espada *(xiphos);* esta era corta, aguda y de afilados cortes, buena, dice Polybio, para herir de punta y tajo; los Romanos la adoptaron luego que la conocieron (2).

El puñal celtíbero era rayado y curvo, como el *cric* de los Malayos; á lo menos así parece que han de entenderse las palabras de Marcial:

Pugio quem curvis signat brevis orbita venis,
Stridentem gelidis hunc Salo tinxit aquis (3).

La manera de guerrear de los Celtíberos era conforme á su clase de armamento; mientras las demás naciones hispanas, parapetadas en sus montes y en sus selvas, limitaban sus campañas á rápidas excursiones y sorpresas, los Celtíberos salian á campo raso, y su *Cuneus* ú órden de batalla triangular hizo retirar mas de una vez á las legiones romanas. Sus capitanes mostraban de cuando en cuando el imprudente ardor que caracterizaba á las naciones galas, y todos daban prueba de nna disciplina militar poco conocida entre los antiguos Iberos.

Los Celtíberos habian aprendido de los Griegos el arte de construir torres y fortalezas (4); Tiberio Gracco se apoderó de mas de trescientas. Aun en el dia aquella parte de España está cubierta de lugarcillos fortificados á los que se da el nombre de *solares,* y sus poseedores son reputados por pertenecer á la mas antigua nobleza (5). Sin embargo Malte-Brun opina, y quizás con razon, que el nombre de estas torres es gótico, derivándose de la palabra sajona *soeller,* que significa vestíbulo ó balcon.

Como los Lusitanos, los Celtíberos gustaban del negro; llevaban de este color el *sagum* galo (6) y algunos el *sagum cucullatum*, que era una especie de manto cuadrado, en uno de cuyos ángulos habia una capilla que servia á un tiempo para sujetarlo y resguardar la cabeza. En tiempo de los Godos el *sagum* negro fué reemplazado por un manto mas corto, hecho por lo regular de tela listada, *virgata sagula*, semejante al *plaid* de los Escoceses (7); finalmente los calzones estrechos, parecidos al pantalon, completaban el traje del Celtíbero.

---

(1) Varro dicit *lanceam* non latinum sed hispanium verbum esse. Aul. Gell., l. XV, c. 30.—Los Galos usaban de la misma arma y la llamaban del mismo modo. Galli lanceas jaculantur quos λαγκίας vocant. Diod. Sicul., l. X, p. 213.

(2) Hispanus gladius. Tit. Liv., l. VII, c. 10; Polyb., l. III, c. 24. Vid. etiam Just.-Lips., de Milit. Rom., l. III, dial. 3.

(3) Mart., l. XIV, epigr. 33.

(4) Multas et locis altis positas turreis Hispania habet, quibus et speculis, et propugnaculis adversus latrones utuntur. Tit. Liv., l. XXII.

(5) Hijosdalgo y de solar conocido,—hidalgos de casa y solar conocidos.

(6) Celtiberi ferunt saga nigra..... Diod. Sicul., l. V.—Sae, en galo.

(7) Scotti sagati..... Isidor., Orig., l. XIX, c. 23.—*striges*, derivado de *strich*, en aleman raya.—Quibusdam nationibus sua cuique vestis est..... Hispanis striges. Isidor., Id. lug. cit.

En todos los bárbaros de la raza céltica-escítica que pobló el Occidente encuéntrase el uso de los calzones (1).

Los Celtíberos, lo mismo que los Cimbrios, consideraban afortunada y gloriosa la muerte en los combates, y como una desgracia y casi una deshonra morir de enfermedad (2). Su religion fué, á lo que parece, la de los primitivos Galos, mezclada quizás con algunas supersticiones traidas de Oriente. Lo que de ella sabemos queda reducido á muy poco: «Durante la noche de cada pleninio, dice Strabon, sacrifican delante de sus puertas á un dios que no tiene nombre y pasan allí la noche entera bailando con su familia (3).» Valerio Máximo les atribuye tambien de un modo expreso la heróica institucion de los sacrificios de que hemos hablado hace poco (4).

. Otro pueblo de familia céltica, si bien mas primitivo en sus costumbres, parece poder ser tambien clasificado entre las naciones galas de la segunda invasion; hablamos de los Vacceos que ocupaban las tierras situadas al norte del Duero entre los Asturos y los Arévacos. Este pueblo figura con frecuencia como aliado de los Céltiberos en sus guerras nacionales contra los Romanos (5), y parece cierto que si no formaron parte de la multitud de los segundos invasores galo-celtas, cuando menos reconocieron en ellos desde un principio á hombres de su raza, á hermanos, y se confederaron con los nuevos conquistadores. Arbocala, Helmantica, Viminiacum, Dessobriga, Lacobriga y Brigecio figuran entre sus ciudades en la geografía antigua. Los Vacceos conservaron por espacio de muchos siglos, aun en la misma España, las costumbres de la vida nómada (6); eran pastores y agricultores, y cada año cambiaban de tierra en la region que ocupaban al norte del Duero; es decir que habitaban anualmente una comarca de aquella, distribuyendo entre sí las tierras para el cultivo y repartiéndose luego su producto (7). Igual costumbre existia entre los Mysonios, pueblo escítico-céltico del Asia Menor (8). El que sustraia la menor parte de aquel producto era castigado con la muerte (9).

Los Vacceos encerraban sus cereales en graneros subterráneos á los

---

(1) Celtiberi oreas κνημῖδας é pilis contextas, cruribus circumligant. Diod. Sicul., l. V.—Los Persas llevaban calzones. V. Herodoto, l. VII, p. 61; id. l. I, 71—Persæ, Bactri, Parthi, et alii barbari femoralia habent. Dion. Chrysost., Oration., l. LXXI.

(2) Cimbri et Celtiberi in acie exultabant, tamquam gloriose et feliciter vita excessuri; lamentabantur in morbo, quasi turpiter et miserabiliter perituri. Valer. Máx., l. II, c. 6.—Celtiberis..... pugna cecidisse decus. *Sil. Ital.*, l. III, v. 341.

(3) Cuipiam deo cujus nomen non extat: rotunda luna tempore nocturno ante fores, per omnis domos pernoctant saltus agitantes. Strab., l. III, c. 4.

(4) Valer. Maxim., l. II, c. 6.—César y Atheneo atribuyen semejante costumbre especialmente á los Galos (l. III, c. 22 y l. VI, p. 249).

(5) Cum Vaccæis, Vectonibusque et Celtiberis signis collatis dimicavit. Tit., Liv., l. XXV.

(6) . . . . Latèque vagantes
Vaccæi. . . . . .
Sil. Ital., l. c.

(7) Vaccæi quotannis regionem dividentes, eam colunt, et fructus communes faciunt, suam cuique partem tribuentes. Diod. Sicul., l. V, p. 215.

(8) Nic. Damasc., apud Stobæ., serm. CLXV.

(9) Agricolas qui aliquid frumenti intervertunt morte plectunt. Diod. Sicul., ub. sup.—La costumbre de considerar el suelo como propiedad de todo el pueblo parece haber sido comun á muchas naciones del interior del Asia, y es prueba de una sociedad muy antigua.

cuales daban un nombre que parece orígen del moderno de *silo* (1); de aquel modo podia conservarse el trigo por espacio de muchos años (2).

Réstanos hablar de los Carpetanos para dar fin á la reseña de las naciones bárbaras del interior (3); su territorio comprendia las actuales provincias de Segovia, de Madrid y de Toledo. Poseian una ciudad llamada Mantua, cuya situacion no ha podido averiguarse; y Toletum (4), en las márgenes del Tajo, parece haber sido su capital. Entre los Carpetanos encontramos tambien muchos nombres de fisonomía gala; sus costumbres y género de vida, si bien mas sencillas á lo que se cree, eran idénticas á las de las otras naciones galo-hispanas. No se sabe á punto fijo en qué emigracion clasificarlos. Los Caracitanos, montañeses de que habla Plutarco, que no teniendo ciudades ni pueblos, residian al norte del Tajo en una colina de bastante extension y albergados en cuevas cuya entrada miraba al norte (5), eran sin duda una subdivision de los Carpetanos. Digamos ahora algo de las naciones del este y pondremos fin á la presente reseña, demasiado extensa quizás, pero indispensable, de las antiguas poblaciones de Hispania.

Partiendo otra vez del estrecho de Hércules, encontramos en primer lugar, delante del territorio africano, desde el cabo de Trafalgar, en la entrada occidental del estrecho, hasta los límites orientales de la Bética, á los Bastetanos ó Bastulos, considerados por Strabon como un solo pueblo, pero entre los cuales hace distincion Ptolomeo, dando el nombre de Bastetanos á los pueblos que ocupaban la parte oriental de aquel territorio, y el de Bastulos á los de la parte inmediata al estrecho (6); tambien se daba á estos la denominacion de Penos, porque su raza se hallaba muy mezclada con la de los Fenicios. Los Bastetanos se extendian por el interior de las tierras en direccion al nordeste hasta el Orospeda, confinando por aquella parte con los Olcades; su territorio comprendia, pues, toda la porcion superior del reino de Murcia.

En el territorio de los Bastulos-Penos, en la entrada oriental del estrecho, elevábase el famoso monte Calpe, una de las colunas de Hércules (*columna Herculeis Europea*). Aquel peñasco nace solo y aislado de la tierra y su altura es tanto mas notable en cuanto es positiva. «De reducida circunferencia, dice Strabon, es tan alto y escarpado que de lejos puede tomarse por una isla.» Uli-

---

(1) Siros (Plin. y Colum.), Siris (Varro, de Re rust., l. I, c. 631; Steph. Byz., de Urb., p. 683); Cire (Dion. Cass.), Sirrhos (Quint. Curt., l. VII, c. 4).—Utilissimè frumenta servantur in scrobibus, quos *Siros* vocant, ut in Cappadocia et in Thracia, in Hispania et Africa..... Plin., l. XVIII, c. 30.—Esta costumbre era comun á muchos pueblos, y en particular á los que habian sido antes y por mucho tiempo nómadas y guerreros. V. Columella, de Re rust., l. I, c. 6; Diod. Sicul., l. V; Varr., de Re rust., l. II, c. 57; Tacit. *de morib. Germ.*, c. 16, etc.

(2) Varro autor est, sic conditum triticum durare annis quinquaginta, millium vero centum. Plin., l. XVIII, c. 30. Vidi etiam Columella, ubi sup.—Véase en Vitruvio la descripcion de estos graneros subterráneos semejantes á aquellos en que los Frygios de su tiempo conservaban sus cosechas. Vitruv., de Archit., l. II, c. 1.

(3) Carpetani, Carpesani, Carpesii. Así les llama Tito Livio.

(4) Toledo.

(5) Plutarq., in Vitam Sertorii.

(6) Distincion arbitraria, á mi modo de ver. Con Bastetanos y Bastulos sucede lo mismo que con Turdetanos y Turdulos; no son mas que dos formas distintas de un mismo nombre modificado por la terminacion. El nombre primitivo parece haber sido Turdos y Bastos. Romey, Hist. de Esp. c. 1.

cio, en vez de νησοειδες, leia ςηλοιδες, por una coluna, y aunque quizás la correccion no es exacta, no deja de estar conforme con el genio de los antiguos en general y con el de Strabon en particular, en cuyos escritos se encuentran figuras y comparaciones tanto sino mas atrevidas; además tiene la ventaja de explicar con una sola palabra porque dieron los antiguos el nombre de coluna á aquella roca (1). En la orilla opuesta del estrecho, delante de Calpe, levántase otra montaña en forma de península, que, si bien no tan escarpada, puede justificar de lejos la comparacion de Strabon; era conocida con el nombre de Abyla ó Abylix, y formaba la segunda coluna de Hércules (*columna Herculeis Africana*).

Sin embargo, la denominacion de colunas de Hércules no se aplicaba de un modo exclusivo á Calpe y á Abyla. «Bajo el nombre de colunas, dice Strabon, entienden unos los cabos del estrecho, otros, la isla de Gades, y otros, lugares mas distantes aun. Algunos toman por colunas á Calpe (Gibraltar) y á la montaña de Lybia llamada Abylix (Ceuta), situada, segun Eratosthenes, en el territorio de los Metagonios, nacion nómada (2); tambien se da el nombre de colunas á dos islotes inmediatos á Abylix y á Calpe, uno de los cuales es conocido con el nombre de isla de Juno... Hay quien pretende que las colunas de Hércules no son mas que las colunas de bronce de ocho codos de elevacion que se ven en Gades, en el mismo templo de aquel dios, en las que se ha grabado en una inscripcion el coste del edificio (3).»

A lo que parece, era costumbre de los Fenicios señalar por medio de colunas los lugares en que se establecian, y adornar tambien con ellas los templos de sus dioses. Por lo regular grababan en las mismas inscripciones expresando en pocas palabras, además de la fecha y del coste, algunas circunstancias de la fundacion, muchas veces preciosas para la historia; y así es como refiere Procopio que aun en su tiempo se veian en Tengis de Mauritania (Tánger), dos colunas con una inscripcion en lengua fenicia que decia (4): *Somos los que hemos huido ante el foragido Josué, hijo de Navé.* En el templo del Hércules-Tirio, en Tiro, cuya magnificencia era célebre, elevábanse tambien dos colunas, la una de oro fundido, y la otra de esmeralda, que brillaban extraordinariamente durante la noche, si hemos de creer á Herodoto que las habia visto (l. II), entre las cuales se hallaba colocada la colosal estátua del dios. En todas las ciudades fenicias existian templos adornados con colunas mas ó menos notables, y esto hace plausible la última opinion que acerca de las colunas de Hércules se lée en Strabon. Ciertos eruditos creen que quizás en la aplicacion sucesiva del nombre de colunas de Hércules á distintos lugares, primeramente á Calpe y á Abyla, luego á otro punto del litoral mas al oeste, ya mas acá, ya mas allá de Cádiz, y por fin á las mismas colunas del templo de Hércules en dicha ciudad, no ha de verse mas que una imágen, y en cierto modo la historia simbólica de los repetidos esfuerzos de los Fenicios para llevar su colonia lo mas lejos posible por las costas del Océano.

---

(1) Véase el mismo Strabon (l. III), donde justifica esta comparacion de una isla ó de una montaña con una coluna.

(2) Esta fué en un principio la opinion comun entre los Griegos. En un pasaje de sus odas, citado por Strabon, Píndaro llama á Calpe y á Abyla *las Puertas Gaditanas*, denominacion que solo parece convenir á aquel supuesto primer término de las hazañas de Hércules.

(3) Strab., ub. sup.

(4) Procop., de Bell. Vandal., l. II, c. 10.

Despues de los Bastulos-Penos, en la costa del Mediterráneo, desde las fronteras orientales de la Bética hasta el Sucro, habitaban los Contestanos, de los cuales es su nombre lo único que sabemos; en seguida, desde el Sucro hasta los Pirineos, encontrábanse varias poblaciones que por la forma de sus nombres pertenecian sin duda alguna á un sistema de nomenclatura púnica; tales eran, subiendo del sudoeste al nordeste hácia la orilla izquierda del Ebro, los Suesetanos, los Lobetanos, un pueblo de Turdetanos distinto del de la Bética, y por fin los Edetanos. Mas acá del Ebro, desde este rio hasta el pié de los Pirineos, hallábanse los Cosetanos, en cuyo territorio elevábase una ciudad de fisonomía pelásgica ó tyrrena, que tenia por nombre Taraco, perdiéndose su fundacion en la noche de los tiempos; los Laletanos, los Lacetanos, los Ausetanos, y luego, en el nacimiento oriental de los Pirineos, los Indigetas, con una ciudad llamada Indica. Hasta en los Pirineos residian pueblos en cuyo nombre se hallaba tambien la terminacion *tan*, particular á las denominaciones de las antiguas naciones hispanas (1), y eran: al oeste del Sicoris hasta el país de los Vascones, los Cerretanos, los Lacetanos y los Volciones, cuyo territorio se llamaba Vescitania; Tito Livio les dá el nombre de Vascitanos, y eran probablemente el mismo pueblo de los Vascones, así como el nombre es igual si bien bajo la forma púnica. En su territorio que se extendia hasta el Ebro, hallábanse Osca, famosa por el comercio de oro y plata que en ella se hacia, y César Augusta, llamada Salduba antes de la conquista romana (2). A alguna distancia de aquella ciudad, hácia la confluencia del Cinca y del Sicoris con el Ebro, moraban los Ilergetas, cuya capital era Ilerda, y Octogesa y Celsa otras de sus ciudades. Entre los reducidos pueblos de la España oriental que acabamos de nombrar, habia uno mas insignificante aun que todos los demás, conocido con el nombre de Castelanos, del cual no puede creerse que hayan recibido el suyo los modernos Castellanos, como asegura un historiador. Los Ausetanos eran célebres entre los Romanos por la singular blancura de su lino, propiedad que le daban las aguas de un rio que atravesaba su territorio, el Subis ó Tulcis, hoy el Francolí, confluente del Rubricatus (Llobregat); los Laletanos y los Ausetanos son muchas veces confundidos por los geógrafos (3).

A lo que parece, algunos de los pueblos expresados formaban una confederacion bajo el nombre de Ilercavones (4), si bien los Ilercavones, llamados propiamente así, mezclados quizás con Pelasgos y Tyrrenos, habitaban mas especialmente, segun Ptolomeo, en las tierras inmediatas à la desembocadura del Ebro. El promontorio y el puerto de las Tinieblas (*Tenebrium promontorium et*

---

(1) La voz *tan* pertenecia á no dudar á un sistema de nomenclatura púnica, ya fuese propia del idioma de los Fenicios y Cartagineses, ya estos la hubiesen tomado de la antigua palabra persa é indica *stan* que significa país. Cuantas diligencias se han hecho para hacerla derivar de la lengua euskara han sido vanas (véase Astarloa, Apología de la lengua vascongada, c. 2, p. 200 y sig.). La Maurusia de los Griegos fué llamada por los Romanos Mauritania, tomando el nombre de los Cartagineses, y en España los países todos inmediatos á los Cartagineses, con cuyos habitantes habian estos teñido comercio, conservaron en tiempo de sus sucesores denominaciones compuestas con el antiguo nombre nacional de aquellos pueblos unidos á la terminacion púnica *tan*.

(2) Plin., l. III, c. 3.—Hoy Zaragoza.

(3) Plin. llama á los segundos *Ausetani latini*. Id., ub. sup.

(4) Los autores latinos les llaman Ilercaones, Illurcaones, é Ilercavones. Sus medallas dicen Ilercavonia.—V. Flores, Medallas, etc., t. II, tab. 28, fig. 10 y sig.

Tenebris portus) y el puerto de los Alfaques (*lacus Nacearorum*) formaban parte de su territorio, siendo su capital la antigua Dertosa. A lo que se cree, era aquel un pueblo marítimo; los buques representados en sus medallas, encontradas casi todas en la campiña inmediata á Tortosa, algunas de las cuales parecen de remotísima antigüedad, son de construccion primitiva, de dos puentes y un solo mástil con grandes velas cuadradas; algunos tienen velas latinas como las tartanas genovesas; otros se asemejan á galeras romanas con una sola hilera de cinco remos por banda (1). Varios indicios, harto vagos, es cierto, para guiarnos á una deduccion histórica, algunos restos de construcciones ciclopeas hallados en muchos lugares de Cataluña y sobre todo en Tarragona, hacen creer que los antiguos pueblos que moraban en aquella costa habian tenido relaciones con los de la opuesta costa de Italia, ya fuesen Etruscos ó Tyrrenos, ó quizás con las poblaciones marítimas del Lacio. Habian existido allí varias ciudades, de las cuales en tiempo de Avieno solo restaba el nombre y un confuso recuerdo; hablábase en particular de algunas ciudades marítimas, de Hylactes, de Hystra, de Sarna y de Tirychæ, cuyo nombre, de índole etrusca, fué quizás el primitivo de Taraco (2), ciudades todas que pertenecerian á una civilizacion ya extinguida aun antes de que apareciesen en la historia los pueblos á quienes nosotros llamamos antiguos.

Al oriente de España, en las inmediaciones de sus costas, encuéntranse varias islas, entre las cuales son las mas importantes las llamadas Baleares por los antiguos, y por los modernos Mallorca y Menorca. El orígen de su poblacion es incierto, y sábese únicamente que sus moradores se distinguian por su ferocidad. Ignórase en qué época y desde qué playa marcharon allí, sin duda en grandes balsas formadas por troncos de árboles unidos entre sí y sostenidos por pellejos llenos de viento, frágiles embarcaciones en las cuales en aquellos tiempos poblaciones enteras proscritas ó deseosas de encontrar fortuna, se abandonaban á las olas, emprendiendo al azar peligrosas emigraciones hácia regiones desconocidas. Los habitantes de las Baleares gozaban de gran celebridad por su destreza en el manejo de la honda, eran los mejores honderos de la antigüedad, y las piedras lanzadas por su mano atravesaban escudos, cascos y corazas, de lo que vino el nombre de Baleares que les dieron los Cartagineses. Baleares en lengua púnica, era la traduccion del nombre griego *Gimnesios*, (γυμνῆται), *honderos*, que les habian dado los Griegos, que primero los conocieron. Los Baleares, dice Strabon, marchaban al combate desnudos, llevando en la mano una pequeña adarga y una especie de palo quemado por un extremo, y casi nunca armado de hierro. Al rededor de la cabeza llevaban tres hondas de distintas dimensiones hechas de crines ó de tripa, y con ellas disparaban á distancias diferentes segun su alcance relativo.»

Diodoro menciona tambien las tres hondas de los Baleares, y dice que lle–

(1) Flores, ub. sup.

(2) Fuere propter civitates plurimæ,
Quippe hic Hylacles, Hystra, Sarna et nobilis
Tyrichæ stetere. . . . .
AVIEN., Oræ Marit., v. 492 y sig.

vaban una al rededor de la cabeza, otra ceñida á la cintura y la tercera en la mano (1).

Era tan general entre aquellos insulares el ejercicio de la honda, lo consideraban de tal importancia, que los padres no daban pan á sus hijos si antes no lo habian derribado de una pedrada de encima de un palo (2).

Los Baleares andaban desnudos en verano y tambien á los combates, si hemos de creer á Diodoro y á Strabon; Lycofronte dice que en todas las estaciones llevaban *sisyrnes*, esto es, pieles de animales sin curtir (3), y Strabon asegura que mas adelante tomaron de los Fenicios el uso de túnicas con muchos bordados, semejantes sin duda á las de los Egipcios, descritas por Herodoto (4), é imitadas tambien de las que usaba aquel pueblo.

Otras dos islas de menor importancia, situadas al suroeste de las Baleares, llevaban entre los antiguos el nombre comun de Pithyusas, á causa del gran número de pinos que en ellas crecian (5), y los nombres particulares de Ebusa la una y de Ofiusa la otra. Esta última hallábase desierta en tiempo de Strabon. Poco ó nada se sabe acerca de los antiguos moradores de la gran Pithyusa, que, segun todas las apariencias, procedian de una colonia griega, debiendo por consiguiente distinguirse profundamente de sus vecinos de las Baleares.

Estos eran los principales rasgos característicos y esta la situacion respectiva de los pueblos de la Península, tales como fueron observados por los Romanos y descritos en virtud de su testimonio; tócanos ahora decir algunas palabras de las naciones orientales, con las que tuvieron aquellos pueblos relaciones desde la mas remota antigüedad.

Los Fenicios son los primeros á quienes encontramos; pero antes de referir los sucesos referentes propiamente á España, diremos, segun el ordinario sistema cronológico, el orígen de los Fenicios al que va unido el de una parte del pueblo español.

Canaan, hijo de Cham y nieto de Noé, fué el padre de los Fenicios. Moradores de las llanuras Caldeas, entregáronse desde un principio al comercio, fueron los inventores de las artes, y se establecieron en las costas del mar de Siria, veinte y dos siglos antes de nuestra era (6). Allí les encuentra el historiador poco tiempo despues de su llegada en un estado de notable civilizacion; la tierra de Canaan, segun expresion de la Biblia, es decir, todo el país conocido bajo el nombre de Palestina y Siria, cubrióse de ciudades ricas y populosas, elevándose en particular las de la costa á un grado de riqueza y de esplendor extraordinarios por medio del comercio y de la navegacion. De este número fueron Tsidone

---

(1) Diod. Sicul., l. V, c. 18.

(2) Strab., l. III, c. 5; Diod. Sicul., ub. sup.; Lycophron, v. 637.—Floro (l. III, c. 8) traduce las palabras de Strabon: Cibum puer á matre non accipit nisi quem, ipsa monstrante, percussit.

(3) Σισύρνα.—Diod. Sicul., l. V, c. 16; Lycophr., v. 633.

(4) Herod. l. II, c. 81.

(5) En griego πίτυς pino.—Hoy Iviza y Formentera.

(6) El Génesis nos habla de ellos distintas veces, y dice que se dividian en once pueblos (c. 10, v. 18) en la época de su primer establecimiento en las costas del Mediterráneo. Este número no tardó en aumentarse al mismo tiempo que la prosperidad y la civilizacion de aquel pueblo, y en el siglo XIX antes de J. C. todo el país que fué despues la Judea se hallaba cubierto de ciudades y poblaciones fenicias. (Genes. c. 15, v, 19, 20 y 21).

(Sidon), la antigua Tyro, Biblos y Arade, que con frecuencia se mencionan en el antiguo Testamento.

En el siglo XIX antes de nuestra era, vemos ya á marinos de aquella nacion vender sus mercancías á un reyezuelo de la Grecia (1); pueblo marítimo y comerciante, sus buques transportaban á las islas y á las inmediatas playas del Mediterráneo, á Egipto, al Asia menor y á la Europa oriental, los productos que extraia del interior del Asia por medio de su comercio terrestre. A estas primeras expediciones fenicias ha de atribuirse, segun todas las probabilidades, el descubrimiento de la España por algun audaz aventurero; pero fué debido como tantos otros á la casualidad? Se ignora.

Las conjeturas tradicionales acerca del camino que siguieron los Fenicios al penetrar en la Peninsula, son muchas. Supónese que la descubrieron despues de algun penoso viaje, emprendido y realizado no sin peligro por las costas africanas, que sin duda no querian jamás perder de vista, como era natural en navegantes privados de los recursos con que el arte y la ciencia han dotado á la industria y al valor humano, y que por aquel camino llegaron al estrecho que separa á ambos continentes, y luego á las regiones meridionales de España. Su genio mercantil se complugo al aspecto de aquel nuevo país, cuyas riquezas no conocian, pero que se les ofrecia con todas las apariencias de un clima suave y de un terreno fértil, y segun esta version, muy verosimil, es probable que tomarian tierra en las costas de la actual provincia de Granada y de la Andalucía. Como atestiguan los escritores todos de la antigüedad, el poderoso móvil de aquellos audaces navegantes era el amor del comercio y del lucro; en sus buques, de construccion sólida y muy cargados de adornos, llevaban siempre objetos fabricados en su patria, los cuales, aunque por lo comun de excaso valor, eran á propósito para tentar á los hombres rudos é ignorantes á quienes buscaban á través de los mares; consistian en telas pintadas, en trages y joyas femeniles, y los cambiaban con los productos naturales, tales como el oro, la plata y las piedras preciosas. Los Fenicios se dirigian con preferencia á los pueblos hospitalarios y pacíficos á los cuales reducia la sola vista de los raros productos que les enseñaban, del mismo modo que las bujerías europeas han seducido hasta nuestros dias á los salvages de las varias regiones del globo. Entraba en su política no perder nunca la ocasion de entablar relaciones, ó de fundar establecimientos en paises que pudiesen reportarles ventajosos negocios, cuando podian hacerlo sin recurrir á las armas; su genio era, en una palabra, el de Holanda y el de Inglaterra, en la infancia aun, pero ya sagaz y atrevido, aunque no guerrero (2).

La tradicion oriental señala la bahía de Gibraltar como el punto á donde arribó Hércules, presunto jefe de aquella primera expedicion; allí, dice, sentó los fundamentos de una ciudad y puso límites al mundo. Pero, si es cierto que la fundacion de Carteya, de que hemos hablado ya, haya de atribuirse á los primitivos esfuerzos del genio fenicio, personificado y deificado bajo el nombre de Hércules, tambien lo ha de ser que circunstancias desconocidas debieron hacer que se abandonase la primera colonia. Pruébalo así, el que antiguos Tirios no con-

(1) El rey de Argos, Inacho, cuya hija llamada Io, robaron. V. Herod., l. I, c. 1.

(2) Sobre el carácter y la historia de las colonias fenicias, véase la excelente obra de Mr. Heeren titulada: *Ideen über die Politik*, etc. (Ideas sobre la política etc.)

servasen sino un vago recuerdo del viaje de Hércules, cuando un oráculo les mandó enviar una colonia á los últimos límites del Occidente donde se elevaban las colunas del dios. «Los enviados á la descubierta, dice la tradicion, llegaron al estrecho, cerca de Calpe, é imaginaron que los cabos que lo formaban eran los extremos de la tierra habitable y el lugar de la expedicion de Hércules, y por consiguiente lo que el oráculo llamara las colunas (1).» Así pues no existia ya en la bahía de Calpe ciudad alguna fenicia cuando los colonos de aquella nacion arribaron á España con la deliberada intencion de establecerse en ella.

De esta última expedicion datan, á nuestro modo de ver, las primeras relaciones, no vagas y misteriosas, sino contínuas y regulares de los Fenicios con el país que les debe su nombre, lo mismo que la fundacion de Carteya, la mas antigua, al parecer, de cuantas ciudades elevaron en aquel territorio. Respecto á la época de la expresada emigracion, es presumible que se verificó en el siglo XV antes de nuestra era, y un importante suceso de la historia nacional de los Fenicios nos manifiesta su causa política.

Llegada era la época del cumplimiento de las promesas hechas por Dios á Abraham; la posteridad del patriarca habia de entrar por fin en posesion de la tierra prometida, y aquella tierra no era otra que el rico país de los Fenicios. Josué, sucesor de Moisés y caudillo del pueblo elegido por Dios, le guió á él con las armas en la mano (año 1452 antes de J. C.). Jericó, Hai, Gabaon, Jerusalen, Bethel, Yerimoth, Hebron, Gader y Lachis, ciudades fenicias todas del interior del territorio, cayeron en poder del jefe hebreo (2); sus habitantes fueron expulsados, y por efecto de aquella invasion, que rechazó á la poblacion cananea hácia las grandes metrópolis de la costa, Sidon, la antigua Tyro, Biblos y Arade no pudieron contener á sus moradores. Semejante aumento de poblacion dió orígen á la idea de ir á fundar establecimientos en los paises que los Fenicios no habian visitado hasta entonces sino como simples mercaderes, y los buques de Sidon y de Tyro transportaron colonias cananeas á los salvajes pueblos del Atica y del Peloponeso, á las playas occidentales del Mediterráneo y hasta al sur y al oeste de la península española. Ya hemos dicho que un monumento material de esta dispersion del pueblo cananeo ante las armas de Josué subsistia aun en Tánger en tiempo del historiador de la guerra de los Vándalos, el cual, secretario del general de Justiniano encargado de combatirlos, acompañó á este á Mauritania y vió con sus propios ojos la inscripcion relativa á aquel acontecimiento (3).

---

(1) Strab., l. III, c. 5.

(2) Josué (c. XII, v. 9 y sig.) nombra á treinta y un jefes ó reyes de ciudades fenicias vencidos por Moisés y por él.

(3) Ἔνθα στῆλαι δύο ἐκ λίθων λευκῶν πεποιημέναι ἄγχικρήνης εἰσὶ τῆς μεγάλης, γράμματα Φοινικικὰ ἐγκεκολαμμένα ἔχουσαι τῇ Φοινίκων γλώσσῃ λέγοντα ὧδε, ἡμεῖς ἐσμεν οἱ φυγόντες ἀπὸ προσώπου Ἰησοῦ τοῦ λῃστοῦ υἱοῦ Ναυῆ.—Ibi ad fontem uberrimum columnæ lapidæ candido visuntur duæ, quæ incisam Phœnicum litteris et verbis sententiam hanc servant: Nos ii sumus qui fugimus á facie Jesu, latronis filii Nave. Procop., de Bello Vandal.. l. II, c. 10.—El orígen fenicio de los fundadores de Tánger está reconocido por Mela al tratar de su patria Mellaria, llamada tambien Julia Transducta, por haber recibido su poblacion, en tiempo de los Julios, de la opuesta orilla africana y aun del mismo Tánger: Et quam transvecti ex Africa Phœnices habitant atque nos sumus cingente freto Mellaria.... Pomp. Mella, de situ Orbis, l. II, c. 6.

El primer establecimiento de los Fenicios en España puede ser por lo tanto fijado con toda verosimilitud entre el año 1450 y el 1400 antes de nuestra era. 1400 a. ant. de J. C. La suerte y las vicisitudes de su colonia hállanse bastante bien explicadas por la tradicion referente á la fundacion de Cádiz citada por Strabon tomándola de los Gaditanos (1). Primeramente se establecieron mas acá del estrecho, en la costa meridional, ó quizás elevaron ya entonces los primeros edificios de las ciudades de Málaga y Abdera, que tan célebres fueron despues; allí sacrificaron á Hércules, dice la tradicion, pero los sacrificios no fueron favorables, lo cual ha de indicar sin duda que los primeros pasos de la colonia fueron difíciles y trabajosos, ya porque los habitantes del país correspondiesen mal á la amistosa actitud de los nuevos colonos, ya por otra cualquier circunstancia que se ignora. Como hemos dicho, habian en un principio imaginado, « que los promontorios que forman el estrecho eran los límites de la tierra habitable, y por consiguiente lo que el oráculo llamaba las colunas. » El deseo de encontrar mejor escala para su comercio y mas ventajosos puntos de establecimiento que aquellos en que se habian detenido en esta parte de las colunas, hizo que pasaran mas allá y recorriesen la costa occidental hasta el Anas; pero tambien allí experimentaron dificultades en establecerse y sus primeros sacrificios tampoco fueron favorables.

Sin embargo, observadas por los Fenicios en las inmediaciones de la costa dos pequeñas islas inhabitadas, de las cuales tenia la mayor cuatro leguas de circunferencia á lo mas, estableciéronse en la primera á la que dieron el nombre de Erythia, hasta que encontrándose estrechos en aquel primer establecimiento, trasladaron su colonia á la isla inmediata, en la cual quizás habian ya construido un templo dedicado á Hércules, y diéronle el nombre de Gades ó Gaddir, en el dia Cádiz (2).

Actualmente solo existe una de las dos islas, ignorándose lo que ha sido de la otra; creen algunos que habrá sido cubierta por el mar; otros, por el contrario, pretenden que las aguas se han retirado y dejado en descubierto una porcion de terreno que la habrá unido á aquella en que se levanta Cadiz, y otros por fin sostienen la opinion de que la isla de Erythia es la misma que la llamada hoy isla de San Pedro, situada á poca distancia al Oriente de Cadiz, y cubierta en gran parte por las olas. En efecto, durante las mareas bajas, descúbrense en ella vestigios de un templo y otros edificios que demuestran con evidencia que en el sitio

---

(1) Strab., l. III, c. 5.

(2) Gaddir, lugar rodeado de diques y aislado, segun el periplo de Himilcon; véase á Heeren: *Política y comercio de los pueblos antiguos*, t. IV, Ap.—Véase tambien á Bochart (Geog. sag., part. III), que da á este nombre púnico igual interpretacion que Plinio y Solin (c. 6): Quam..... Pœni linguâ suâ *Gaddir*, id est sepem, nominarunt. Cf. por Avieno:

............Gaddir hic est oppidum:
Nam Punicorum lingua conceptum locum
Gaddir vocabat......

AVIEN., Oræ Maritim., v. 267 y sig.

cf. en su Descrip. Orbis: Pœnus quippe locum Gadir vocat undique septum. En griego Γάδειρα. *Gader* significa en hebreo separacion, de *gadar*, separar. Entre las ciudades fenicias tomadas por Josué habia una llamada Gader (c. 12, v. 13). Respecto al nombre de Erythia puédese dar únicamente una explicacion griega; derivábase quizás de Ἔρα Θεῖα ó de Ἐρυθεῖα, en cuyo caso Erythia significaria *Isla de Juno*.

inundado hoy por las aguas existieron en otro tiempo monumentos levantados por la mano del hombre. Parece, pues, que el islote de Santi-Petri fué en un principio el asiento de la primera Gades antes de que los Fenicios hubiesen fundado la ciudad que, bajo el nombre de Cadiz, es aun famosa é importante, por cuyo medio pudieron ensancharse sucesivamente y establecer su imperio en los paises limítrofes.

La situacion de aquella isla, favorable para el comercio, la facilidad de establecerse en ella sin oposicion por parte de los pueblos bárbaros de las cercanías, con los cuales querian los nuevos colonos comerciar y no combatir; el aspecto de la isla semejante á aquella que en el mar de Siria, sirvió de asiento á un templo de Hércules levantado por la antigua Tyro, acabando esta por trasladarse á ella en masa; la proximidad de la tierra firme, en fin, de la que solo estaban separados por un simple brazo de mar, fácil de traspasar, y que servia tambien de reducto contra un ataque imprevisto, fueron otras tantas causas que determinaron á los Fenicios á preferir aquel lugar á cualquier otro para el establecimiento que proyectaban. Segun su costumbre, empezaron por construir un templo á Hércules en la parte oriental de la isla; la ciudad apareció despues, y se elevó en la parte occidental en la misma entrada de la magnífica bahía de Cadiz.

Su fundacion es atribuida por algunos eruditos á Arquelao, nieto de Cadmo; pero en los autores antiguos no se encuentra cosa alguna que manifieste las circunstancias particulares de esta fundacion, cuya fecha tampoco se sabe de un modo positivo. Velleyo Paterculo la fija en el reinado de Codro, rey de Atenas (1), es decir entre el año 1116 y 1095 antes de la era cristiana; pero es probable que fuese mas antigua, ó á lo menos que lo que él dice solo haya de entenderse de las renovaciones y del ensanche de la ciudad por la llegada de otra colonia de Tyrios. Lo cierto es que el establecimiento de los Fenicios en la Península data de una época mucho mas remota que la indicada por Velleyo Paterculo, y que Cadiz no fué mas que el segundo ó tercero de sus establecimientos importantes, habiendo llegado su fama hasta nosotros porque elevó rápidamente y de un modo decisivo las colonias fenicias de España á un grado de prosperidad que no habian tenido hasta entonces.

Sabido es que los Fenicios llevaron el nombre y el culto de Hércules á todos los paises en que se establecieron. Hércules era el símbolo particular de aquel pueblo, y á juzgar por el nombre de Melkarth (Melicertes) (2) que tenia en su idioma, debió de haber sido un poderoso rey de Sidon ó de la primera Tyro, y quizás el fundador de esta última ciudad, llamada por el profeta Ezequiel «la hija primogénita de Sidon.» Representábanle unas veces armado de flechas y cubierto con la piel de un leon, emblema de la fuerza, otras con los

(1) Vell. Paterc., l. I, c. 2.

(2) Así llamaban los Fenicios á su Hércules. Herculem enim suum Phœnices Μέλκαρθον (*Melcarthum*) appellabant. Philo Biblius ex Sanchoniatone apud Euseb., Præparatio Evangelica, l. I:—Τῷ δὲ Δημαροῦντι γίνεται Μέλκαρθος ὁ καὶ Ἡρακλῆς. En hebreo lo mismo que en fenicio Melech-Kartha significa Rey de la ciudad. La de Carteya, en el estrecho, fué llamada primeramente Melcartheya por los Fenicios, de cuyo nombre hízose por aféresis Cartheya ó Carteya. Respecto al nombre de Hércules, unos le derivan del hebreo Heir col, (todo lo ilumina) y otros del griego Ἥρας κλέος, gloria del aire

atributos de un piloto dirigiendo una nave; y puede ser muy bien que el primer caudillo de los Tirios, de aquel pueblo que aspiraba á la dominacion de los mares entonces conocidos y al poder que procuran el comercio y la navegacion, que el «Rey de la ciudad» por excelencia, divinizado desde la fundacion de la primera Tiro, hiciese en realidad el lejano viaje y el descubrimiento que se le atribuye del estrecho que lleva su nombre. El culto de Hércules pasó de los Fenicios á los Griegos, los cuales tuvieron tambien su Hércules nacional; varios esforzados varones llevaron entre ellos aquel ilustre nombre (1), y la historia del dios, aumentada y embellecida sucesivamente con la relacion de las hazañas atribuidas á los demás Hércules, llegó á los Romanos, quienes confundieron todos aquellos personajes y sus proezas respectivas bajo un mismo tipo conocido con idéntico nombre. De ahí los inmensos y multiplicados trabajos que llenan la historia mitológica del dios y los numerosos prodigios que se supone haber realizado en España.

Hay mas, el hecho de figurar la España en las relaciones de los Griegos como teatro de muchos sucesos de su mitología, se explica diciendo que los Fenicios empezaron á frecuentar la Grecia en la época probable de los viajes y trabajos de su Hércules, y hubieron de referir cosas maravillosas á los bárbaros con quienes comerciaban; despues, cuando introdujeron entre los mismos bárbaros su civilizacion y sus dioses, al propio tiempo que fundaban colonias en el extremo occidental del Mediterráneo, en un país desconocido y poblado por gentes feroces, las relaciones de los Fenicios relativas á aquella region, debieron de tomar naturalmente un color religioso; era natural tambien que la hiciesen teatro de las hazañas de algunos de los dioses que llevaban á los Griegos, y de ahí dimana que la España se encontrase mezclada desde la época mas remota á las antiquísimas fábulas del politeismo griego, y que existiese, por decirlo así, una mitología hispano-griega, mucho antes de que los Griegos hubiesen arribado á sus playas y fundado en ellas colonias.

Los Fenicios veian con gusto acreditarse acerca de sus viajes espantosas relaciones, y reinar una misteriosa oscuridad sobre los descubrimientos que explotaban en su exclusivo provecho, merced á aquellos superticiosos terrores. Así fué como se propalaron los cuentos de los bueyes de Gerion, de la llegada á España de Baco y de su compañero Pan, y de las conquistas que en ella hicieron, lo mismo que las hazañas de Hércules, los reinados de Hispalo, de Hespero y de Atlas, cuya historia refiere Mariana con tanta extension como lo hace despues con la de Carlos I ó del descubrimiento de la América, y otras mil fábulas que no debemos mencionar (2).

Sin embargo, algunas de estas relaciones son de un interés superior, por ser como la confirmacion figurada de una verdad física.

(1) Diodoro cuenta tres Hércules; Arnobio y Ciceron cuatro, y Varron eleva su número hasta cuarenta y tres. Hércules era símbolo de la fuerza y de la inteligencia; así *Ogmius*, *Hercules Celticum*, era el símbolo de la elocuencia. Sobre la tradicion especial de las hazañas de Hércules en España, véase á Diodoro de Sicilia, l. I. c. 15.

(2) Para los detalles mitológicos de los trabajos atribuidos á Hércules y á los demás dioses de la mitología griega, de que fué teatro la Península, véase á Mariana, á Velazquez, á Florian de Ocampo etc.—Mariana consagra cuatro largos capítulos de su historia á los reinados fabulosos de Hispalo, de Hespero y de Atlas. Hist. gen. de Esp. t. I. c. VIII, IX, X y XI).

Entre este número ha de contarse aquella segun la cual el Hércules Tirio, ú otro héroe del mismo nombre, despues de dar muerte á Busiris y de vencer á Anteo, pasó de Africa á España, abrió el estrecho, é hizo comunicar por allí el Océano y el Mediterráneo, que hasta entonces habian estado separados por un istmo, derribando con sus poderosos brazos cuantos obstáculos se oponian á la irrupcion de las aguas de aquel en las de este. Entre las ideas poéticas de que Hércules ha sido objeto, esta, decimos, es digna de particular consideracion, en cuanto enlaza la historia de los hombres con la del mundo y de la naturaleza. En esta apertura del estrecho atribuida al héroe, y en la separacion de los dos grandes escollos que impedian la comunicacion de ambos mares, y que recibieron el nombre de *Columnas de Hércules*, está indicada claramente, á nuestro modo de ver, una de las mas importantes épocas de la naturaleza, una de las mayores revoluciones del globo terrestre, el instante en que el mas poderoso de ambos mares salvando y derribando las montañas que contenian sus aguas, penetró con violencia en el otro, modificó de un modo notable la constitucion física de Italia, separó de ella á la Sicilia, hizo aparecer islas allí donde antes no se veia el menor indicio de tierra, sumergió á otras, quizás en otro tiempo florecientes, y con ellas muchas regiones mediterráneas (1).

Varias tradiciones, muy populares en las épocas antiguas, recordaban á los hombres aquel espantoso suceso; y era natural que la mitología, deseosa de simbolizar en la persona de Hércules la fuerza del alma y la fuerza del cuerpo, le atribuyese la apertura del estrecho, la cual no era otra cosa que una revolucion física del globo (2).

Supónese tambien, pero con menos verosimilitud, que el istmo que reunia el Africa á la Europa era una estrecha lengua de tierra desde Calpe hasta Abyla, y que su rompimiento se debe á la industria y á los trabajos de los Fenicios; de ahí las fábulas propaladas sobre este hecho atribuyéndolo á Hércules, símbolo de la fuerza y del genio del pueblo que fué capaz de dar cima á tan colosal empresa (3).

Para poner fin al capítulo de las tradiciones griegas y homéricas, cuyo teatro se creia haber sido la España, fáltanos mencionar el viaje de Ulises. En su larga Odisea, el caudillo griego recorrió muchas islas y continentes, y se supone

(1) Los naturalistas reconocen unánimemente en el dia que la tierra ha tenido su historia y sus revoluciones particulares, y dan el nombre de geología á la ciencia que tiene por objeto estudiarlas y describirlas.

(2) «Es probable, dice M. Brion de la Tour, que aquel estrecho es efecto de una irrupcion de las aguas del mar, y que en una época muy remota, la Europa estaba unida al Africa por medio de un istmo, así como el Africa comunica con el Asia por el lado opuesto por medio del istmo de Suez. Para convencerse de ello, basta examinar la igualdad de las capas de tierra en ambas orillas, como se ha practicado ya en el estrecho de Calais para probar la antigua union de la Francia con la Inglaterra.

(3) En apoyo de esta opinion se alega el sucesivo engrandecimiento del estrecho que en tiempo de Scylax, cinco siglos antes de J. C., solo contaba media milla de anchura, y al cual Euctumon señala cuatro un siglo despues; Turranio Gracillo, autor español, cinco, transcurrido otro siglo; Tito Livio, siete en el primer siglo de nuestra era, y por fin, Victor Vitensis, doce, cuatro siglos despues de Tito Livio. En el dia calcúlase en catorce millas la menor distancia entre las costas de España y de Africa.—Plinio (l. III, c. 1) habla de grandes bancos de arena á flor de agua y dice que los buques veian con espanto la espuma que los cubria (frequentes tæniæ caudicantis vadi carinas territant); de ellos no existe actualmente el menor vestigio.

que la España fué objeto tambien de sus peregrinaciones; que pasó el estrecho y se aventuró en las olas del gran Océano, llegando de grado ó á impulsos de una tempestad hasta la desembocadura del Tajo. Algunos autores poco escrupulosos llaman á Lisboa *Ulyssipona*, y le dan por fundador á Ulises, pero esto, como la Atlántida de Platon, misteriosa isla que tanto ocupó á la docta antigüedad, no es mas que una invencion griega moderna, relativamente hablando, á la cual es sensible que Strabon haya prestado asenso, como lo hace suponer el lugar que le ha dado en su obra.

Ninguna memoria conserva España de la presencia de Ulises, y si es cierto, como asegura Strabon, que existieron allí monumentos que atestiguaban su recuerdo, desapareció del todo aun á título poético, á diferencia del de Hércules, cuya fama y culto propagó la veneracion de los Fenicios hasta entre las tribus del interior (1).

Fundada Cadiz, á medida que su principal establecimiento hacíase mas floreciente, los Fenicios trataron ya por astucia, ya por fuerza, de extenderse por la costa, y poco á poco ganaron terreno y formaron alianzas con los antiguos habitantes del país, tanto que en corto tiempo multiplicáronse sus colonias en aquella tierra de portentosa feracidad, y nacieron ciudades y factorías. Muchas de ellas se hicieron famosas por su comercio, en especial Málaga y Córdoba, y la primera, tan conocida hoy por sus uvas y su vino generoso, lo era entonces por su pesca salada, en cuya busca venian desde muy lejos (2); este comercio no se hacia sin embargo en la misma ciudad, sino en una isla inmediata, siguiendo la buena costumbre de los Fenicios de establecer sus mercados fuera de las poblaciones. Si es cierto, como pretende el erudito Bochart, que el nombre de Córdoba se derive de la raiz hebraica ó fenicia *corteba*, que significa prensa ó molino de aceite, Córdoba fué quizás en su orígen un lugar en el cual habian obtenido los Fenicios, por medio de un tratado sin duda, la concesion de cultivar olivos y de establecer molinos para extraer el aceite del fruto de aquel árbol. Al contrario de los Romanos que, entregados á la guerra, imponian á sus colonias el nombre de sus legiones ó de sus capitanes, los Fenicios acostumbraban dar á las suyas los nombres de los objetos mas importantes de su comercio.

La enumeracion de las muchas ciudades de España, destruidas, ó existentes todavía, de fundacion fenicia, seria extensa por demás; entre otras que pertenecen á dicho orígen, cítanse Isbilia, en las márgenes del Betis; Lybistana, llamada por los Griegos Lygustana, situada en un lago formado por el Betis; Onuba, Nebrisa, Asta y Oripo, todas en las inmediaciones del mismo rio; Lœpa y otra Carteya en la desembocadura del Anas, Castulo en los confines orientales de Andalucía, Abdara, Salambina y Malaca en la playa del Mediterráneo, y otras muchas mas situadas casi todas en la costa ó cerca de los rios caudalosos,

(1) En el curso de esta historia veremos con cuanto trabajo se borró en España el recuerdo del dios fenicio. Aun despues de muchos años de la introduccion del cristianismo, su nombre estuvo en gran veneracion entre el pueblo y los señores, y en mas de una leyenda española de la edad media encuéntrase aquel antiguo recuerdo gentílico mezclado de un modo original con las nuevas ideas y el fervor religioso de la época.

(2) Malaca, en griego Μάλακα (aspiratione demptâ,) *la ciudad de las Salazones*; Malach, en hebreo, y sin duda tambien en fenicio, significa salar. V. á Bochart, Geogr. sag. part. I.

lo que prueba que los fundadores tenian por principal mira el engrandecimiento de su comercio.

Los Fenicios eran ante todo un pueblo comerciante, y aun transcurridos tantos siglos, encuéntranse en el carácter de los Españoles de esta parte de la Península, vestigios de las costumbres é inclinaciones de sus antepasados los Fenicios, así como en los moradores del norte se observa la altiva independencia y la indomable energía de los Celtas, sus abuelos.

En la época de aquella prosperidad, que Cartago y Roma habian de destruir en breve, el Betis era sin cesar surcado por los buques de los Fenicios, que subian por el rio hasta Hispalis (Sevilla); barcas mas ligeras transportaban sus mercancías desde allí hasta Ilipa (Alcalá del Rio, segun un autor), y desde este punto otras barcas, mas pequeñas aun, llegaban hasta Córdoba.

Los depósitos y los puntos de comunicacion para su comercio con los extranjeros se multiplicaron cerca de los esteros formados por el mar en las costas de la Bética. Strabon describe muy extensamente, y con detalles que son todavía de gran exactitud, las infinitas bahías que se encuentran á corta distancia en las sinuosidades de la costa, desde el promontorio Sagrado hasta las colunas de Hércules, y que muchas veces penetran en la tierra hasta asemejarse á grandes valles ó al lecho de un rio de muchos estadíos. Las mareas altas hacian muy cómoda y fácil la navegacion por aquellos canales, llegando las naves á su destino en pocos momentos por el empuje de las aguas que allí se precipitaban. Todo se encontraba reunido en las admirables costas de la Bética, con tanta justicia ensalzadas por el sabio geógrafo griego. Las islas que se elevaban en algunos de aquellos excelentes puertos naturales, y las circunstancias particulares á algunas de ellas que permanecian en seco al bajar la marea, mientras que otras conservaban parte de sus aguas, todo parecia dispuesto para la mayor prosperidad de los marinos y comerciantes fenicios, y como para favorecer igualmente las exportaciones y las importaciones mercantiles.

Dice además Strabon que en aquellas riberas se habian levantado ciudades que gozaban de iguales beneficios que las situadas en las márgenes de los rios, ciudades que fueron todas obra de los Fenicios. En el interior del territorio, allí donde no habia rios, los habian suplido por medio de canales artificiales y de depósitos, en los que introducian el agua de los torrentes ó de las mareas altas.

En su dilatada permanencia en la Península, los Fenicios no se limitaron á establecer y á propagar por aquellas fértiles comarcas colonias industriales en que se cultivaban todas las artes de la paz; lanzáronse á explorar el Océano y visitaron las costas de la parte occidental de la Península, llevando sus excursiones, segun varios testimonios contemporáneos, hasta las regiones septentrionales de Europa. Entonces, lo mismo que antes, que no habian revelado al Oriente la existencia del pais que en Europa visitaban, manifestaron el recelo y el afan de ocultar sus descubrimientos que fué tambien vicio de algunos navegantes modernos. Los únicos indicios de sus lejanos viajes que no podian menos de enseñar á todos, eran los objetos que de ellos traian, el estaño en especial, y el ámbar.

Llegóse á saber, sin embargo, que extraian el estaño de las islas Casitéridas; pero los antiguos y lo mismo nosotros ignoraban la precisa situacion de

aquellas islas. Segun todas las apariencias, debian de encontrarse en los mares de Galicia, si bien no falta quien suponga que serian las islas Sorlingas, en las costas de Inglaterra.

Es dudoso empero que los Fenicios llegasen hasta allí, y poco probable que llevasen sus expediciones mas allá de las costas de la Galia, pues sus medios de navegacion no estaban bastante perfeccionados ni eran bastante seguros para que se arriesgaran por mares tormentosos y desconocidos. El único testimonio de algun peso en esta materia, es el de Bochart, quien pretende que el nombre de *Siluras,* dado por los antiguos á las islas Sorlingas, se deriva de una raiz fenicia. En cuanto á lo que se ha sostenido mas recientemente, esto es, que los antiguos Bretones habian tenido comercio directo con los Fenicios y los Cartagineses, no parece apoyarse en prueba alguna digna de ser tomada en consideracion. Opónese, es cierto, la objecion de que las Casitéridas españolas no tienen minas de estaño, mas esto no puede destruir la opinion enunciada, en cuanto está demostrado que esta clase de productos de la tierra se agotan en ciertos paises con el transcurso de los años, sin que se encuentren ni vestigios de ellos. Es posible por lo mismo que en las Casitéridas españolas hubiese en otro tiempo minas de estaño que habrán sido agotadas, mientras que las Casitéridas británicas, explotadas mas tarde, las han conservado en abundancia (1). Respecto al ámbar, que en la época de los Fenicios se vendia á peso de oro, y con el cual hacian gran comercio, es inadmisible con mayor razon aun, que lo sacasen del Báltico y de las costas de la Pomerania, donde se encuentra en mucha cantidad, si bien así se ha dicho en un moderno tratado de geografía bastante apreciado; podian irlo á buscar mucho mas cerca, y las costas de Asturias y de Portugal, en las que se recoge aun, segun dice M. de la Borde, parecen haber sido el país mas lejano que se lo procuró. El subido precio á que se mantenia era efecto sin duda de su excasez, que es mucha en casi todas las regiones meridionales de Europa, en las que solo se encuentra en pequeñas porciones y á muy grandes distancias una de otra.—Resulta, pues, que el ámbar, que empleaban los antiguos para diferentes usos, pudo ser extraido por los Fenicios de la misma Península.

Parece igualmente que, seducidos los Fenicios por lo que se decia acerca de las ricas minas del interior, muchas de las cuales se hallaban al nivel del suelo, llegaron sino como conquistadores, lo que no es probable, como viajeros y comerciantes hasta muy adentro de la Península, y con el consentimiento de los habitantes sin duda, establecieron factorías que comunicaban con sus posesiones de la costa meridional, donde sus buques cargaban para Tiro (2) y para las demás regiones con quienes estaban en relaciones mercantiles.

Libres aliados de la metrópoli, y no sus súbditos, como despues veremos, hacian con ella la mayor parte de su tráfico, y si el comercio de Tiro fué tan flo-

(1) V. á Campomanes, Périplo de Hannon, Discurso preliminar, p. 44; Risco, t. XXXII, p. 33; Cornide y Quintero, Obras etc., etc.—*Cassiteridas*, islas de estaño, de Κασσίτερον (*plumbum album*), estaño. Las Casitéridas británicas son las islas Scilli ó Sorlingas, cerca del cabo Land's-End, el mas meridional y occidental á la vez de la Inglaterra.

(2) Los buques fenicios solo empleaban siete dias para ir con viento favorable, desde las costas de España á Tiro.

reciente y célebre en la antigüedad lo debió á sus relaciones con la Hispania.

Esta es, rápidamente bosquejada, la somera historia del comercio de los Fenicios, cuya existencia toda fué, por decirlo así, mercantil, y de sus establecimientos en la Península. Evitar las guerras, multiplicar las transacciones, tal fué su política, que practicaron mas de una vez con buen resultado en sus colonias de España, pues se habla muy poco de hostilidades con los pueblos que les rodeaban, á pesar de tener estos un carácter belicoso, como lo probaron despues hasta la evidencia á sus opresores Cartagineses y Romanos.

Pocos autores pueden instruirnos acerca de las condiciones de su existencia y de la constitucion política y civil de sus colonias, como tampoco de sus obligaciones respecto á su metrópoli de Asia; pero, por lo que nosotres hemos podido indagar, es de creer que no fuesen tales condiciones muy distintas de las de algunas colonias modernas.

A ejemplo de lo que una revolucion estableciera en su madre patria, las ciudades fenicias habian adoptado el sistema federal, y se gobernaban por sí mismas. Por una especie de piedad filial, conforme á sus intereses, conservaron las leyes fundamentales de la metrópoli, pero la dependencia en que de la misma estaban fué siempre voluntaria, y no recibian de ella otras leyes que aquellas que habian obtenido la sancion de su libre asentimiento.

Su gobierno era republicano; la colonia de Cádiz, la mas rica y floreciente, era como su capital, sin que por esto se entendiera que residiese allí poder central alguno. No tenia la menor prepotencia sobre los demás establecimientos marítimos, y el único lazo que entre sí los unia y los constituia en una libre confederacion era la comunidad de orígen é intereses (1). Sus magistrados eran resultado de la eleccion, y su autoridad y hasta sus nombres iguales á los de los magistrados de Cartago.

Los Fenicios se distinguian de todos los pueblos antiguos en que en sus diferencias, ya entre sí, ya con los extranjeros, recurrian con mas frecuencia y de mejor grado á la discusion como medio de alcanzar justas transacciones, que á las armas y á la violencia. Jamás intentaron los Fenicios ejercer una dominacion soberana sobre los pueblos de la Península; siempre, hasta la última y fatal contienda que ocasionó su ruina, y en la cual no fueron ellos los agresores, habíanse mostrado vecinos apacibles y aliados generosos. Poseedores de una civilizacion mucho mas adelantada que la de las diferentes naciones hispanas con quienes mantenian comercio, comunicáronles sus costumbres, su culto, sus usos, sus artes, y hasta su idioma (2); de ellos aprendieron los Turdetanos la escritura, y el alfabeto fenicio fué uno de los principales elementos civilizadores de este pueblo, al cual podemos considerar en cierto modo como una de las mas antiguas capas de la nacion española.

---

(1) M. Heeren (Ideen über die Politik, etc., t. II) compara la constitucion política de aquellas colonias á la liga de las ciudades Anseáticas.

(2) Silio Itálico observa en los Españoles de su tiempo varias costumbres del mismo orígen, y particularmente la de bailar armados al sonido de acompasados golpes dados con las espadas en los escudos de bronce, que dice haberles sido enseñada por los Curetas, que eran los sacerdotes de los Fenicios.

Así pues, la España, á la que la invasion de los Celtas y la mezcla que de ella resultó habian impreso un carácter de notable energía, y proporcionado un nuevo principio de progreso intelectual, al adoptar en parte las artes de los Fenicios y al enriquecerse con sus ideas, recibió un nuevo gérmen de prosperidad al propio tiempo que extendió el círculo de sus relaciones sociales. La gran influencia moral é intelectual de los Fenicios sobre la antigua Hispania no puede ponerse en duda, y sorprende que la mayor parte de los historiadores hayan relegado casi al olvido este importante período de la historia de la Península. Los gérmenes sociales que los Fenicios habian sembrado, aunque en gran parte destruidos por las guerras y calamidades que sobre España hizo pesar el genio opresor de Cartago y de Roma, fructificaron mas tarde, y, como hemos dicho antes, no habria de sernos difícil hallar aun en nuestros dias, en el carácter y en las costumbres de ciertas provincias españolas, vestigios de su orígen fenicio.

Tanta prosperidad habia de desaparecer á impulsos de una guerra y ante las fogosas pasiones de otra colonia de Fenicios, á la cual su permanencia en África habia comunicado un indomable valor. Nos acercamos á la época en que, en sus ambiciosos proyectos, ó para crearse extraordinarios recursos contra Roma, hácia la que abrigaban profundo aborrecimiento, los Cartagineses llevaron la guerra á la Península obedeciendo á los imprudentes que los llamaron, la conquistaron fácilmente, y consumaron la ruina de los pacíficos establecimientos que los buenos principios de los Fenicios habian hecho florecer por espacio de tantos años.

Antes de concluir el presente capítulo, y decir adios á los tiempos que precedieron á aquella invasion, antes de explicar las encarnizadas luchas que la siguieron, importa consagrar algunas palabras á otro pueblo que influyó casi tanto como los Fenicios en la primera civilizacion de la Península. Mientras estos se establecian, como acabamos de ver, y llegaban en el sudoeste de España á tan alto grado de prosperidad, otro pueblo navegante del Oriente aparecia por el este y fundaba colonias rivales. Hablamos de los Griegos, no de los Griegos europeos que jamás tuvieron posesiones en España, sino de los Griegos de Asia, de los Rodios y de los Fócios, quienes la conocieron desde muy antiguo, aunque con mucha posterioridad á los Fenicios.

Los Rodios fueron los primeros en llegar á ella. El orígen de la Grecia está envuelto como el de la mayor parte de los pueblos en profunda oscuridad, y en la época en què se fija la existencia de Danao y Cadmo, los primeros que trataron de llevar allí las artes y las luces del Egipto y de la Fenicia, el pueblo que habitaba el Peloponeso, el Atica y la Beocia, probablemente de la misma raza que habia dado habitantes al resto del Occidente hasta los confines de España, hallábase sumido aun en la mayor barbarie. Los Fenicios, á quienes no puede disputarse el honor de haber sido los primeros maestros de la Grecia, establecieron desde aquella remota antigüedad ilustres colonias en Tebas de Beocia, en Dodona de Epiro, y en las islas de Samotracia, de Creta, de Thasos y de Thera; desde allí fueron á establecerse sucesivamente en Atenas, metrópoli ya del Atica, y en otros muchos puntos del continente y del Peloponeso, y crearon en cierto modo la Grecia heróica, tal como la conocemos por los poemas de Homero y las relaciones de Herodoto.

Sin embargo, fueron necesarios dos siglos de comercio con los Fenicios para que los Griegos se lanzasen á los viajes marítimos; su primera expedicion fué la que emprendieron los Argonautas de Thesalia, 1261 años antes de J. C., penetrando por el mar Negro hasta la desembocadura del Faso, en la Mingrelia, viaje de tan fácil realizacion, dice un historiador, que en el dia lo verifican sin peligro barquichuelos turcos. Esta fué la primera tentativa de este género hecha por los Griegos, pero en el siglo siguiente realizaron una expedicion que supone ya cierto perfeccionamiento en la marina; tal fué la que, despues de grandes combates y esfuerzos, dió por resultado la ruina de Troya, 1184 años antes de J. C., segun el cómputo ordinario, 1209 segun los mármoles de Arundel. Diestros ya en la navegacion y familiarizados con el mar Egeo, los Griegos empezaron á enviar colonias al Asia Menor sesenta años despues de la ruina de Troya; ocuparon la Eolia, y en el transcurso de un siglo, hiciéronse dueños de la Jonia, de la Dórida y de las mas bellas provincias de aquella parte del Asia. Por los años 1000 antes de J. C. habia llegado á su apogeo aquella segunda Grecia asiática, y como cerca de sus nuevos establecimientos encontraron los Griegos á varias colonias fenicias establecidas allí desde una época muy anterior, principalmente en las costas de Cilicia, en las fuentes del Oronte, y en las islas inmediatas al mar Jónico, entraron en mas íntimas relaciones con sus primitivos maestros, y á ejemplo de estos, dedicáronse con mayor ahinco al comercio y á la navegacion. Sus progresos fueron rápidos y sobrepujaron en breve en ciencias, en industria y en riquezas á los Griegos de Europa, de los cuales fueron en cierto modo, los segundos maestros; Homero, Thalés y Herodoto, príncipes de la poesía, de la filosofía y de la historia griegas, nacieron en la nueva Grecia de Asia, y en ella tomó tambien orígen la arquitectura jónica y la dórica.

La marina de los Griegos insulanos fué entre todas la que mas perfeccion adquirió, y Rodas se hizo célebre antes que las demás ciudades griegas, por sus largos viajes por mar. En la misma época en que la Grecia europea enviaba colonias á Calabria y á Sicilia, las naves de la Grecia asiática llegaban hasta
900 a. ant. de J. C. España, y es probable que date de igual fecha el primer establecimiento de los Rodios en las costas de Cataluña, y la fundacion de Rosas, esto es, de nueve siglos antes de J. C.—«Refiérese de los insulanos ródios, dice Strabon, que sus expediciones por mar fueron muy felices y que no solamente fundaron á Rodas, que existe aun en el dia, sino que, mucho antes de la institucion de las Olimpíadas, verificaron muchas expediciones marítimas léjos de su patria, en una de las cuales llegaron hasta las costas de la Iberia donde fundaron la ciudad de Rhodé, ocupada despues por los Masaliotas (1).»

Algun tiempo despues navegaron los Fócios por los mismos mares, y segun dice Herodoto, á ellos debieron los Griegos nociones exactas sobre «las costas de Hadria y las de la Tyrrenia, sobre la Iberia y Tartesia (2).» El mismo órden

(1) Strab., l. XIV.—La fundacion de las Olimpíadas corresponde al año 776 antes de J. C. El viaje de los Rodios, segun Strabon, tuvo lugar antes de aquella fundacion en la época de la mayor prosperidad marítima de los Rodios; la crónica de Eusebio señala el principio de esta prosperidad un siglo y medio antes del establecimiento de las Olimpíadas, luego la llegada de los Rodios á España puede fijarse por los años 900 antes de J. C.

(2) Herod., l. I, c. 163.

con que nombra Herodoto los puntos á que llegaron sucesivamente los Fócios parece indicar que los paises inmediatos al Ibero fueron el término de aquellos primeros viajes, y que comerciaron con ellos antes de llegar hasta Tartesia, cuyo camino descubrieron casualmente otros Griegos algunos años antes.

Un buque de Samos, dice Herodoto, cargado de mercancías egipcias y mandado por un piloto llamado Coleo, atravesó el estrecho voluntariamente ó impulsado por un fuerte viento del nordeste, y llegó á Tartesia, nombre genérico dado á la Bética occidental. Herodoto no indica el puerto fenicio á que arribó Coleo, y limítase á expresar que ningun Griego lo habia visto antes que él. En aquel puerto, sea el que fuere, los Samios fueron bien recibidos, y vendieron sus mercancías en sesenta talentos; satisfechos con la ganancia, consagraron á Juno la décima parte, y mandaron hacer en honor suyo una gran copa de bronce de forma argólica, adornada lateralmente con cabezas de grifos, y sostenida por tres colosos de siete codos de altura, descansando sobre las rodillas; obra que fué una de las mas bellas joyas del templo de la diosa (1), y que supone en el país artistas entendidos como solo se encuentran en los pueblos muy adelantados. De la relacion de Herodoto no se desprende si los Samios encontraron en Tartesia un templo consagrado á Juno, ó si lo erigieron ellos, y el padre de la historia solo añade que los Samios llegaron á Tartesia al mismo tiempo que los isleños de Thera enviaban bajo la direccion de Batho una colonia para fundar á Cyrene de Africa, es decir por los años 704 antes de la era cristiana.

Los progresos de la navegacion y del comercio griego debieron de inspirar desde un principio recelos á los Fenicios, pero no parece que fuese causa de lucha alguna entre ellos; por una especie de tratado tácito, dividiéronse, por decirlo así, la explotacion del Mediterráneo, y mientras los unos se establecian en las costas meridionales de Europa, fundaban los otros ciudades y factorías en la costa septentrional del Africa y en la occidental de España, dando así la vuelta en sentido contrario al mar Mediterráneo. Tambien en la Península marcharon los Griegos en sentido inverso á los Fenicios, es decir de la costa oriental al mediodía y al occidente, al paso que estos refluyeron del occiden te hácia el oriente.

La época de la llegada de los Rodios á España coincidió con un acontecimiento famoso, el incendio de los Pirineos, cuyo recuerdo ha permanecido vivo por espacio de mucho tiempo, y del cual, segun opinion generalmente acreditada, tomó su nombre aquella cordillera (2). Otra creencia comun en los tiempos antiguos queria que dichas montañas hubiesen recibido su nombre de la ninfa Pyrene, amante de Hércules, que fué á morir en aquellas soledades; tierna fábula poética, solo la mencionamos á título de tradicion relativa á España, y como para completar la série de creencias gentílicas referentes á ella.

(1) Herod., l. IV, c. 152.

(2) A lo que se asegura, el descubrimiento de las primeras minas de España fué debido á aquel incendio, ocasionado por algunos pastores en los bosques que cubrian los Pirineos (900 años antes de J. C.); calcinada la superficie del terreno por la violencia del fuego, viéronse correr arroyos de plata, y dióse á los montes el nombre de Pirineos, derivado de la voz griega πῦρ, pyr (fuego). Véase á Arist., de Mirabil. Auscult., t. II, p. 1094, y Diod. Sicul., l. V, c. 35. Sin embargo, la verdadera etimología de la palabra Pirineos nos parece ser céltica y no griega, derivada de *Ber*, *Bir*, *Pir*, flecha, punta, altura ó cima, en leng. gala.; el plural es *Birennou*.

En cuanto á las relaciones de los Fócios con la Hispania solo puede decirse lo siguiente: Sabido es que antes de verse obligados á abandonar su patria, habíanse establecido ya en Calabria y en las costas meridionales de la Galia, donde fundaron Marsella, colonia que se elevó á un alto grado de prosperidad. El genio mercantil que les animaba impulsólos en breve á emprender expediciones marítimas por las costas inmediatas, y dirigiéronse por la parte de España, esta-
545 a. ant. de J. C. bleciendo algunas factorías hácia los Pirineos, y penetrando hasta Cataluña. Su primer establecimiento estuvo situado en una pequeña isla inmediata á Rosas, y no fué en su principio mas que una especie de depósito de mercancías ó de factoría, como parece probarlo su antiguo nombre de Emporium (1).

Los habitantes de las regiones cercanas (2), que habian visto ya con malos ojos establecidos en Rosas contra su voluntad una turba de extranjeros, se indignaron por la nueva usurpacion de los Fócios. Delante de su factoría hallábase en el continente una ciudad con un puerto muy bien resguardado, habitada por los Indigetas, á la cual Estéfano de Bizancio da el nombre de Céltica (probablemente la Indica de Ptolomeo); los Fócios intentaron hacer suyo el territorio de los Indigetas, estos los rechazaron, y no llegó á celebrarse un tratado entre ambos pueblos hasta despues de encarnizadas luchas. Los Indigetas cedieron á los Griegos parte de su ciudad, bajo la expresa condicion de que una muralla, construida entre las habitaciones de los extrangeros y las suyas, los separaria é impediria toda comunicacion entre los dos pueblos. Celebrada tan singular convencion, los Fócios se apoderaron de la parte de la ciudad que les habia sido concedida, que no tenia mas de cuatrocientos pasos de circunferencia, y los Indigetas conservaron el resto de la poblacion y del territorio inmediato, que contaba algunas leguas de circuito; pero lo mas singular aun es que semejante estado de cosas fué por ambas partes religiosamente respetado por espacio de muchos años. Cada una conservó sus propias leyes y se gobernó á su manera y con completa independencia, y cuando su llegada á España, los Romanos encontraron á los dos pueblos viviendo aun separados por una simple muralla. En los primeros tiempos, los Fócios que comprendian ser los mas débiles y que no se fiaban mucho de aquella defensa, manteníanse en vigilancia, y poco á poco se fortificaron en su posicion, sin que los Indigetas reclamasen contra ello; raras veces comunicaban con estos, y hacíanlo por una sola puerta, que de dia y de noche era guardada por un magistrado suyo. Durante la noche, la tercera parte de los habitantes velaba en la muralla y no permitian la entrada á ningun Español; y cuando los Fócios penetraban en la ciudad de los Indigetas, reuníanse en gran número y armábanse, temiendo un ataque imprevisto (3).

---

(1) Ἐμπόριον, el mercado, en el dia Ampurias.

(2) Los Indígetas, pueblo feroz, segun Avieno, vivian de la caza y habitaban en cuevas:

> Post Indigetes asperi se proferunt.
> Gens ista dura, gens ferox, venatibus
> Lustrisque inhærens. . . . .
>
> AVIEN., Oræ Marit., v. 523 y sig.

(3) Tit. Liv., l. XXXIV.—Strabon dice que en su tiempo los dos pueblos se habian confundido y vivian bajo leyes medio griegas y medio bárbaras (l. III). En la antigüedad y aun en los tiempos modernos se han visto muchos ejemplos de ciudades formadas por dos elementos extranjeros y hasta enemigos. En la época de Rómulo, hallábanse en el recinto de su ciudad Roma y Quiritium,

El nombre de Emporium ha contribuido á la formacion del moderno de Ampurias; la ciudad que los Fócios elevaron en la isla inmediata á la costa se llamó Palæopolis (la Ciudad Vieja), y aunque aquel reducido espacio no bastaba para contenerlos, fieles á los pactos celebrados, respetaron la ciudad inmediata, y se lanzaron por las costas. Apoderáronse de Rosas, fundada por los Rodios tres siglos antes; costearon la Cataluña y el país valenciano, donde hallaron menor resistencia que por parte de los Catalanes, y fundaron tres colonias y tres ciudades marsellesas mas allá del Júcar, siendo entre ellas la mas conocida, segun Strabon, la llamada Hemeroscopio (lugar desde donde se observa el dia). —«En el promontorio que ofrece, dice, elévase un templo á la Diana de Efeso, patrona de los Marselleses, segun añade en otra parte el mismo Strabon, l. IV, p. 179, el cual está en gran veneracion. Sertorio estableció allí su plaza de armas, pues está fortificado y en muy buena situacion para el corso, siendo divisado de muy lejos por los buques que vienen de alta mar. Es llamado Dianium, del nombre de Diana, á que está consagrado.» El templo de la diosa fócia se levantaba allí, como en Marsella, en un promontorio que se llama hoy cabo Martin, y el nombre de la moderna ciudad de Denia, situada en el recinto ó en las inmediaciones del templo, no es mas que la corrupcion del antiguo que llevaba.

«Mas allá del Sucron, continua el mismo geógrafo, adelantando hácia la desembocadura del Ibero, encuéntrase la ciudad de Sagunto, fundada por los Zacinthios; ella fué causa de la segunda guerra púnica, por haberla destruido Anibal contra la fé de los tratados que los Cartagineses celebraron con los Romanos.» Sagunto era célebre por el vidriado que en ella se fabricaba (1), y aun en el dia los utensilios de barro de Murviedro (á lo que se cree corrupcion de *Mur-Viejo)* son en España un artículo importante de comercio.

Tiempo es ya de abandonar esta curiosa época, de la cual hemos dicho cuanto nos ha parecido constituir los primeros é indispensables elementos de la historia del pueblo español, y sobre la cual toca, á nuestro modo de ver, á la arqueología, no á la historia propiamente dicha, llevar mas lejos las investigaciones. Hemos llegado al punto en que la historia conjetural acaba; sobre ella no puede decirse mas á no ser en disertaciones y aclaraciones especiales, y vamos á entrar sin mas preparacion en el período histórico en que la España fué presa de los Cartagineses y de los Romanos luego, quienes la incorporaron por gran espacio de tiempo á su imperio.

---

formando dos pueblos del todo distintos (V. á Niebuhr, Hist Rom., t. I, p. 408), uno en el monte Palatino, y otro en el Quirinal, divididos por medio de murallas, como el Emporium de los Griegos y de los Hispanos. M. Niebuhr cita además la ciudad getuliana de Gadames, habitada por dos tribus enemigas, la Trípoli fenicia de los Sidonios, de los Asirios y de los Aradios, y en la edad media la vieja y la nueva ciudad de Dantzig, y las tres ciudades independientes de Kœnisberg, las cuales se hostilizaban de muralla á muralla (Id., lug. cit.).

(1) Háblase varias veces de este vidriado en los autores antiguos. Marcial habla de *pocula Saguntina ficta luto* (lib. XIV, ep. 8), y Plinio (lib. XXXV, c. 12) de *Saguntinos calices*.

CAPÍTULO II.

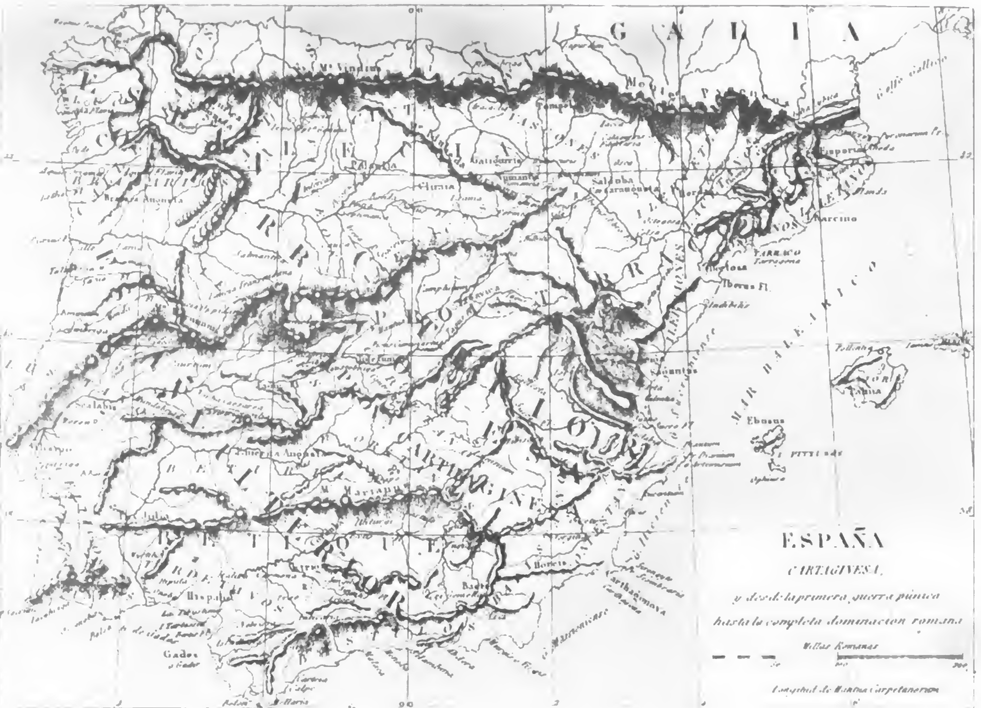
Consideraciones generales.—Llegada de los Cartagineses á España.—Sus primeras conquistas.—Sus guerras en Sicilia.—Segunda conquista —Campañas de Amilcar.—Funda á Barcelona.—Su muerte.—Asdrubal.—Fundacion de Cartagena.—Segunda guerra púnica.—Toma de Sagunto.—Expedicion de Anibal.—Los Romanos en España.—Cneyo Escipion vence á Asdrubal.—Alianza de los Celtíberos con los Romanos.—Victoria de Cneyo y P. Escipion.—Sagunto devuelta á sus habitantes.—Llegan á España los Númidas y Masinisa.—Los Cartagineses recobran la ventaja.—El ejército romano es abandonado por los Celtíberos.—Derrota y muerte de los dos Escipiones.—Grandes acciones de Marcio, caballero romano.—El pretor Neron.—L. Cornelio Escipion en España.—Toma de Cartagena.—Triunfo de L. C. Escipion.—Asdrubal pasa á Italia.—Los principales pueblos de España se declaran aliados de Escipion.—Masinisa abandona á los Cartagineses.—Conquistas de Marcio en la Bética.—Indibil y Mandonio.—Cadiz en poder de Roma.—Los Cartagineses son expulsados de España.

Desde el año 450 hasta el 201 antes de J. C.

Acerca de los antiguos pueblos occidentales de Europa no tenemos mas nociones que aquellas que nos han legado los historiadores griegos y romanos, lo cual equivale á decir que la historia de aquellos pueblos es la de sus conquistadores. Al escribirla, los Romanos se han acordado únicamente de su victoria; los Griegos solo han pensado en adular y lisonjear á un pueblo que los habia sujetado tambien á su yugo, de modo que sea cual fuere la mayor ó menor exactitud material de los hechos referidos por los historiadores de la antigüedad, no hay uno que no deba de ser rectificado bajo el punto de vista moral. Con facilidad habrá de comprenderse que todas las ideas fuesen invertidas, que todas las palabras recibiesen alteracion en su sentido; que para guerreros avasalladores y altaneros, la conquista fuese un derecho, la obediencia un deber, el amor á la tierra natal un delito. Hay mas: Roma tendia á la dominacion universal por espíritu de religion; su creencia, su fe era que le estaba destinado el imperio del mundo, y por espacio de setecientos años, aquel pueblo empleó en el cumplimiento de aquel oráculo del destino cuantas fuerzas ha dado al hombre la naturaleza.

Llegados á la época en que se convierte la España en teatro de la lucha entre los Cartagineses y los Romanos, y en que va á caer sucesivamente bajo la dominacion de aquellos dos pueblos poderosos, no podemos dispensarnos de comunicar al lector algunas reflexiones sobre la moralidad de la presente relacion.

Lo que los Rómanos llamaban *Destino*, el principio que les impulsó con fuerza irresistible contra todos los pueblos, ha sido erigido en dogma por la escuela histórica que hemos visto nacer en nuestros dias. El *Destino* de los antiguos ha sido consagrado bajo el nombre de *necesidad;* los acontecimientos todos han sido considerados como necesarios, y de su enlace se ha formado una ley de justicia. El derecho ha sido siempre justificado por el hecho, y por única diferencia se ha explicado por causas puramente humanas lo que era antes expresion de la voluntad divina.


ESPAÑA
CARTAGINESA,
y desde la primera guerra púnica
hasta la completa dominacion romana
Millas Romanas
GALLIA
MAR BALEARICO
Ebusus
Gades
Hispalis
Saguntum
Tarraco
Emporiae
Ibarus Fl.

Semejante sistema aplicado á todas las épocas es vicioso por demás, en cuanto destruye la moral en la historia de los hombres. Epocas hay en que efectos instantáneos producidos por una causa poderosa, que se manifiesta en toda su fuerza, pueden ser calificados de acontecimientos necesarios; pero si se reflexiona que el carácter de las revoluciones ha de ser la reparacion, y su objeto la restitucion á todos de lo que habia pasado á ser patrimonio de algunos; si, en una palabra, hay revoluciones, en el sentido filosófico de esta palabra, que son un bien inmenso, lo que las precede es un gran mal, y de que sea necesaria la reparacion no se sigue en buena moral que el mal que ha de repararse fuese tambien necesario. Si de este mismo mal nacen causas que producen el bien, ha de considerarse esto como una consecuencia afortunada y verdaderamente providencial para la humanidad, sin que por ello haya de aficionarse por todas las dominaciones que la han oprimido, ni reputar beneficio la imposibilidad en que se han encontrado de dar cima á su obra. El mal es siempre un mal, y la conquista es siempre una injusticia, porque es una violencia. Santifiquemos las épocas reparadoras para el género humano, pero no confundamos las nociones que nos han sido transmitidas del cielo sobre lo justo y lo injusto: no repudiemos los dos atributos mas bellos que nos han sido concedidos por Dios: la libertad y la razon.

Esta reflexion nuestra es indispensable en el punto á que de nuestra obra hemos llegado. El sistema fatalista que consideró el imperio romano como una necesidad, su ruina como una necesidad, la invasion de los bárbaros y la conquista de los Arabes como otras tantas necesidades, y que ha creado una justicia con esta série de violencias, jamás se revistió de tantas apariencias de verdad como en la época que vamos á explicar.

La España está próxima á caer bajo la dominacion cartaginesa para pasar luego á ser otra de las provincias romanas, y recibir bajo la unidad del gran imperio un nuevo principio civilizador que no pudieron destruir por completo los Godos ni los Vándalos; que por fortuna se identificó con las enérgicas costumbres de aquellos conquistadores, que despues sirvió de escudo contra los Sarracenos y sostuvo á la España en la memorable lucha que le asegura un lugar especial entre las naciones modernas. Si, no hay duda, la España, las Galias, la Bretaña reportaron algunos frutos del rasero que sobre ellas pasó la dominacion romana; pero no está probado que la humanidad hubiese de ser tan cruelmente atropellada por los vencedores para que nacieran fuertes naciones: no está probado que fuese necesario tanto mal para producir tan poco bien.

Sin embargo, no nos dejaremos cegar por la pasion mas legítima, la del bien; seremos justos para con todos, y nuestra simpatía por los pueblos sujetos á la ley de la fuerza no nos impedirá reconocer las buenas cualidades del vencedor, explicar las causas de sus triunfos y someter á las consecuencias de la lógica el curso de los acontecimientos.

Partiendo de los tiempos fabulosos, hemos visto nacer la historia con la llegada de los Fenicios á España; hemos bosquejado rápidamente los progresos de sus colonias, su estado social y su política, y hecho presentir la terrible catástrofe que iba á caer sobre ellas y á consumar su aniquilamiento.

El motivo de la guerra que produjo su ruina á consecuencia de la llegada de los Cartagineses, fué una contienda suscitada sin que se sepa el porqué, proba-

blemente por una causa liviana, entre los Fenicios y sus vecinos los Turdetanos.

Segun la version mas acreditada, los habitantes de Cadiz, á quienes amenazaba un movimiento verificado por los últimos, llamaron en su auxilio á los Cartagineses, originarios de Tiro, como ellos, los que, despues de fundar á Cartago (1), habian establecido colonias militares y marítimas en casi toda la parte del litoral africano que constituye hoy la Berbería. Imposible es señalar la fecha exacta de aquel acontecimiento, y lo único que por los relatos de los historiadores puede conjeturarse, es que la llegada de los Cartagineses á España ocurrió en el siglo VI antes de J. C., entre los años del mundo 3415 y 3460.

Como hemos dicho, Cartago era una colonia de Fenicios lo mismo que Cadiz, pero su índole se diferenciaba mucho del que tenian las colonias de igual orígen establecidas en la costa de España. Con el mismo espíritu mercantil que parecia peculiar á aquella nacion, los Fenicios de Africa manifestaron un ardor guerrero y un deseo de dominacion, que les llevó desde un principio no solo á extender y á defender sus establecimientos con la fuerza de las armas, sino tambien á atacar sin misericordia y á oprimir á las naciones que los rodeaban. El pueblo que oponia obstáculo á su engrandecimiento era para ellos un enemigo que habia de ser vencido y subyugado, y su política fué siempre la de los conquistadores; no abrian puertos sino para aumentar el número de sus plazas de guerra; no fundaban colonias sino para extender su soberanía y su dominacion; no se entregaban al comercio, en fin, sino para facilitar el camino de nuevas conquistas.

Este era el genio de Cartago, distinto en cuanto cabe del de los Fenicios de España que preferian la paz á la guerra, y solo recurrian á las armas para la defensa, jamás para la agresion.

Á la voz de sus hermanos de Cadiz y bajo pretexto de socorrerlos, los Cartagineses invadieron armados la Península, combatieron, vencieron, y encontrando el país á su gusto, apoderáronse de él por cuenta propia, en perjuicio de sus legítimos poseedores en cuyo nombre y por cuyo interés suponian haber vencido. Sin embargo, la metrópoli de las colonias hispano-fenicias resistió á la usurpacion, y los Cartagineses hubieron de sitiar y tomar á Cadiz por fuerza de armas, empleando por primera vez contra los muros de la ciudad tiria la máquina de sitio mas formidable de los antiguos, el Ariete (*Aries*), cuyo orígen cartaginés atestigua Vitruvio (2). No se limitaron á esto las empresas de los Cartagineses, y como para reembolsarse con usura los gastos de la guerra, pusieron guarnicion en la série de ciudades pacíficas y florecientes de que hemos hablado en el capítulo anterior, que adornaban el feraz litoral del mar desde Cadiz hasta Málaga.

Comerciantes y guerreros, tomaron una amenazadora actitud para con los pueblos del interior luego de haber despojado á los Fenicios de su supremacía, y con repetidas exacciones aumentaron en poco tiempo su riqueza, ya muy considerable. Varias naciones del centro y del norte tuvieron que sufrir sus atrope-

---

(1) Kartha-Hadath, en hebreo y en fenicio Ciudad Nueva; de ahí vino Καρχηδὼν, por una corrupcion de los Griegos Sicilianos que cambiaban la θ en τ, y Cartago en lengua latina.

(2) Vitruv., l. X. c. 19; Atheneo, in Turneb., l. XXIII, c. 31.

llos, y comprendese con facilidad que, dividida como lo estaba España en gran número de naciones con carácter y costumbres distintas, no era dable por falta de un lazo comun organizar una defensa eficaz. Esto no obstante, los Cartagineses no establecieron sólidamente entonces su dominacion en España, y distraidos de su conquista por otras empresas, dejaron en la Península oscuros gobernadores, quienes se limitaron á mantener á raya por espacio de muchos años á las poblaciones hispanas, sin emprender cosa alguna contra ellas, contentándose con extraer riquezas y soldados de sus propias posesiones (1).

Desde el año 550 hasta el 480 antes de nuestra era, los Cartagineses se dedicaron á extender su imperio por el Mediterráneo, y á entrar en relaciones con los pueblos que, por estar inmediatos á él, podian surcar sus aguas, en especial con los Tyrrenos y los Griegos, fundadores de numerosas colonias. Por la parte de España estableciéronse en un principio en dos reducidas islas situadas frente la costa y ocupadas por los Fócios massaliotas, entre dicha costa y las islas Gymnesias (2) (Mallorca y Menorca) donde los mismos Fócios tenian tambien establecimientos (3). Cuanto mas se acercaban, con mas recelo observábanse ambos pueblos; los dos envidiábanse mútuamente la posesion de los mismos depósitos, la explotacion de iguales riquezas y aspiraban á la dominacion del mismo país. Los Griegos, mas antiguos en aquellas regiones, veíanlas con pesar próximas á ser invadidas por un pueblo conocido por su crueldad fria y calculadora, siendo este el principio de la rivalidad de Cartago y de las colonias griegas de España, y la causa que convirtió á estas tiempo despues en útiles aliados de Roma. La historia nada dice acerca de las guerras que ya entonces hubieron de estallar entre ambos pueblos, pero vemos á las Gymnesias pasar en aquella época bajo la dominacion de los Cartagineses, quienes en sus guerras posteriores en Sicilia y en otras partes, se sirvieron con frecuencia de los honderos de aquellas islas (4). Aliados con los Tyrrenos de Italia y dueños ya de la Cerdeña en la segunda mitad del siglo VI antes de nuestra era, atacaron á los Fócios que se habian refugiado y establecido provisionalmente en Córcega despues de abandonar su metrópoli de Asia sitiada por los Persas, los expulsaron de la isla y los obligaron á refugiarse entre sus compatriotas de Massalia (5).

Cartago empero no podia tampoco ver con buenos ojos la prosperidad de los Tyrrenos; su marina era numerosa, poseian grandes conocimientos en navegacion, desempeñaban harto bien el oficio de piratas, y eran muy temidos en el Mediterráneo para no inspirarles envidia (6); atacólos á su vez, ignórase bajo que pretexto, los despojó de casi todas sus posesiones insulanas mediterráneas,

---

(1) Justin., l XLIV. c. 5.

(2) Gymnesiæ, despues las Baleares.

(3) Existe aun un vestigio de ellos en el nombre de un pueblo llamado Pantaleu, de Πεντε-λαω, los Cinco Pueblos, á dos leguas al sur de Palma.

(4) Diod. Sicul., l. V., c. 17; Strab, l. III, c. 5.

(5) Herodot., l. I, p. 79.

(6) Acerca de la marina y de las piraterías de los Tyrrenos, véase el Iconum de Filostrato, l I. —Un buque pirata y un buque tyrreno eran sinónimos en los tiempos antiguos. V. á Avieno, Descript. Orb., v. 624.—Plinio dice que fueron los inventores de las anclas, y atribúyeseles tambien la invencion del *rostrum*, ó espolon, que llevaban las galeras antiguas, y que hacia tan terrible el ataque en los combates navales.

derrotólos repetidas veces y hasta llegó á hostigarlos en sus propias tierras del continente.

508 a. ant. de J. C. De aquella época poco mas ó menos, datan las primeras relaciones de los Cartagineses con los Romanos, pues de un tratado copiado por Polybio de las tablas de bronce conservadas en el templo de Júpiter Capitolino en los archivos de los ediles, resulta que antes del Consulado de Junio Bruto y de Marco Horacio, creados cónsules poco despues de la expulsion de los reyes, los dos pueblos se habian encontrado mas de una vez en el Mediterráneo y en las islas del mar Tyrreno. En dicho tratado, el primero que la historia menciona, escrito en un latin bárbaro aun, y que data de mas de cinco siglos antes de nuestra era, estipulóse, entre otras cosas, lo siguiente: «Que los Romanos y sus aliados del Lacio se abstendrian de navegar mas allá del promontorio Bello, á menos de ser llevados por el temporal ú obligados por el enemigo; que en caso de arribada forzosa á aquellos puertos, no podrian comprar ni llevarse cosa alguna sino lo que les fuese absolutamente necesario para la reparacion de sus buques ó el culto de los dioses y que partirian al cabo de cinco dias; que los mercaderes que fuesen á Cartago no pagarian derecho alguno sino los que habian de satisfacerse al pregonero y al amanuense... Que por su parte los Cartagineses se abstendrian de causar daño alguno á los Anciatos, á los Ardeatos, á los Laurentinos, á los Circeos, á los Terracinios y á cualquier otro pueblo sumiso á las leyes romanas...» Segun Polybio, celebróse este tratado veinte y ocho años antes de la expedicion de Jerjes contra los Griegos, en el 508 antes de J. C., en el 245 de la fundacion de Roma y en el 513 de la de Cartago. Un segundo tratado confirmó despues las principales cláusulas del primero, y en él se nombran, además de los Cartagineses, á los Tirios, á los Uticenses y á los aliados de estos pueblos, estableciéndose nominalmente iguales garantías en favor de los aliados de los Romanos, los pueblos de Ancio, de Ardea, de Circeo, de Laurencio y de Terracina. Dícese en él: «Que los Romanos no verificarán captura, ni tráfico alguno, ni construirán ciudad alguna mas allá del promontorio Bello, de Mastia y de Tarseyo... (1)»

En ninguno de aquellos pactos de alianza se habla de España de una manera explícita, y traslúcese el receloso cuidado con que procuraban los Cartagineses ocultar su existencia á los Romanos para reservarse su explotacion exclusiva. Esto era muy conforme con el carácter de aquel pueblo cuyos pilotos varaban á propósito sus embarcaciones para hacer perder la pista á los buques extranjeros que querian seguirlos por mares en que solo ellos habian penetrado hasta entonces (2).

El año 480 antes de J. C. fué célebre en la historia del mundo por la expedicion de Jerjes; envidiosos siempre del poder marítimo de los Griegos, así de Asia como de Europa, los Cartagineses no desperdiciaron tan magnífica ocasion para engrandecerse á sus expensas; aliáronse con el gran rey, proporcionáronle naves y tropas, y desembarcaron por su propia cuenta en Sicilia, donde

(1) Polyb., l. III, c. 5.
(2) Strab., l. III, c. 5.

dieron principio á la larga série de guerras, en cuyos detalles no hemos de ocuparnos aqui.

En todas ellas sirvió España de poderoso auxilio á los Cartagineses, y los historiadores todos dicen que en sus diferentes expediciones á Sicilia, tomaron con frecuencia á su servicio tropas españolas, á cuyo valor debió Cartago la mayor parte de sus triunfos. Vémosla en el año 398 antes de J. C. unirse por medio de un tratado con muchos pueblos españoles que le proporcionaron un considerable ejército para reparar las pérdidas que habia experimentado en Sicilia (1); y desde aquel año hasta el 238, contentáronse los Cartagineses con recibir de España iguales socorros, sin hacer en ella ninguna nueva conquista. En el largo transcurso de mas de ciento cincuenta años hicieron en la Península mucho comercio y ninguna guerra, habiendo de conservar la historia el recuerdo de dos largos viajes de exploracion emprendidos en aquel intervalo de tiempo por la marina cartaginesa en buques construidos en Cadiz, cuya relacion ha sido escrita por los mismos capitanes de ambas expediciones en dos notables periplos. Himilcon y Hannon, dichos capitanes, salieron de Cadiz, dirigiéndose Himilcon hácia el norte para reconocer las costas de la Europa occidental y septentrional, y Hannon hácia el sur, á lo largo de las costas africanas, en aquel tiempo del todo desconocidas. Se cree que estas importantes expediciones marítimas se verificaron por los años 400 antes de J. C., si bien es imposible fijar precisamente su época, y los periplos de Hannon y de Himilcon son aun dos preciosos monumentos de la geografía antigua (2). Data tambien de aquel período una embajada de los Tirios gaditanos á Alejandro, en ocasion en que este sitiaba á Tiro, ya temiesen, á pesar de la distancia, el enojo del rey griego en su cualidad de descendientes de aquellos mismos Tirios que le habian resistido, ya quisieren trabar con él relaciones de comercio marítimo. La embajada de los Gaditanos debió de ser muy bien recibida por Alejandro, á juzgar por el honor que á su regreso le tributaron colocando su busto en el templo de Hércules de Cadiz (3).

398 a. ant. de J. C.

324 a. ant. de J. C.

El año 264 vió el principio de una lucha de la que habia de depender mas tarde la suerte de España. Los Cartagineses peleaban hacia cerca de dos siglos para alcanzar la posesion de la Sicilia, y solo habian podido dominar en una parte de ella, cuando se presentaron los Romanos, llamados por los Mamertinos, quienes pidieron su auxilio contra el rey Hieron y los Cartagineses, que unidos los atacaban. Este fué el orígen de la primera guerra púnica, que duró veinte y cuatro años, desde el 264 antes de J. C. hasta el 241, y costó á Cartago Sicilia y Cerdeña.

264 a. ant. de J. C.

Celebrada la paz con los Romanos, Cartago hubo de terminar una guerra con las naciones vecinas de Africa, y hecho esto, pensó en desquitarse en España de las pérdidas que le habia causado su primer encuentro con los Roma-

238 a. ant de J. C.

(1) Diod. Sicul., l. II, c. 41.

(2) Del Periplo de Hannon tenemos una traduccion griega, y algunos fragmentos del de Himilcon; los originales se han perdido como todos los libros escritos en lengua púnica. (Véase el Apéndice).

(3) Aquel busto es el que tuvo el privilegio de hacer derramar lágrimas á César. Sueton. in Vit. Cæs.

nos, enviando para ello á Cádiz sus mejores tropas al mando de Amilcar Barca que acababa de distinguirse en la guerra de Africa.

Del año anotado antes al márgen data la verdadera conquista de España por los Cartagineses, los cuales no se limitaron ya á fundar colonias en la costa, á celebrar alianzas con los pueblos vecinos, para emplearlos útilmente en sus lejanas expediciones; quisieron dominar el país, y lo intentaron abiertamente y sin rebozo.

La infinita division de los pueblos españoles, las pocas comunicaciones que existian entre las ciudades, la inferioridad de su táctica, de sus armas y de su disciplina, daban gran ventaja á los Cartagineses, cuyos mas aguerridos soldados habian desembarcado en España con el mejor general de la república.

Amilcar mostróse muy activo en sus operaciones, y durante el primer año de su mando recorrió toda la Bética, es decir el país que constituye en el dia las provincias de Sevilla, de Córdoba y de Málaga, imponiendo á los pueblos contribuciones de guerra y exigiendo tributos en nombre de Cartago.

237 a. ant. de J. C., Llegado el siguiente año, dirigió todos sus esfuerzos contra los pueblos que ocupaban la costa del este y puso á contribucion á los Bastetanos y á los Contestanos (Murcia y Valencia), llegando así delante de Sagunto, que era desde muchos años aliada del pueblo romano. Antes que el general cartaginés penetrase en su territorio, los Saguntinos le enviaron una embajada para manifestarle la alianza que con Roma tenian celebrada, y Amilcar, que en el odio que á los Romanos profesaba solo fué sobrepujado por Anibal, no creyó sin duda favorable el momento para dar otra vez principio á la guerra, y quiso antes llevar hasta los Pirineos la dominacion de Cartago. Continuó, pues, sus conquistas, respetando al pueblo de Sagunto, y aquel mismo año llegó con su ejército á las márgenes del Ebro.

El general cartaginés empleaba con igual fortuna la fuerza y la astucia; su mayor interés era la ocupacion de las costas, pues el comercio marítimo era para Cartago la principal fuente de riqueza, y afianzaba su posesion con la fundacion de nuevas ciudades. En cuanto al interior del territorio, bastaba á los Cartagineses tener allí aliados, ó bien pueblos que no fuesen enemigos; así es que Amilcar solo atacaba á las ciudades que se negaban á aceptar la alianza y la paz, y dejó tambien á su derecha, sin pedirles cosa alguna, á las colonias massaliotas de Denium, á las que habria sido peligrosa hostigar en aquel momento.

Evitaba tambien exigir demasiado de los españoles que militaban bajo sus banderas, y acostumbrábalos poco á poco á una alianza que debia para ellos terminar en la servidumbre, valiéndole semejante conducta la adquisicion de aliados en muchos puntos de la costa oriental de España hasta la desembocadura del Ebro. Es fama que en aquella expedicion fundó Amilcar una ciudad ó factoría cartaginesa, que llegó á adquirir gran celebridad, y que de su sobrenombre de Barca, fué llamada Barchino (Barcelona) (1); pero existen muchas razones para creer que concibió únicamente el proyecto y que la fundacion ó cuando menos la renovacion de Barcelona es debida á Anibal.

---

(1) Barcino (absque aspiratione); Barcilona en Jornandes y en Avieno.

En el oeste, al norte del Betis, encontró Amilcar mayor resistencia. Los Iberos de la Bética y los Tartesios, segun les llama Diodoro de Sicilia, que eran sin duda los Turdetanos y los Celtas del Cuneo, mandados por Istolacio, caudillo de los Celtas, y por su hermano, levantáronse al aproximarse los Cartagineses; pero fueron vencidos, y Amilcar asoló sus tierras, dispersó á toda la nacion, y mandó dar muerte á los dos jefes, conservando de aquella únicamente tres mil hombres que tomó á sueldo de la república (1). Segun los historiadores consultados por Strabon, el general cartaginés encontró á los Turdetanos tan ricos que se servian de copas y toneles de plata (2). Prosiguiendo su marcha contra los pueblos del interior que rechazaban la alianza de Cartago, penetró en el territorio de los Lusitanos y de los Vetones, á quienes encontró armados en número de cincuenta mil combatientes, bajo las órdenes de un jefe á quien Diodoro de Sicilia da el nombre de Indortes (3). Aquella segunda campaña fué para los Cartagineses tan afortunada como la primera; Amilcar atacó á los Hispanos en su campamento y alcanzó una victoria decisiva; pero fué la lucha tan terrible y los bárbaros mostraron tanto valor, que el general cartaginés quedó tan asombrado de su triunfo como de una derrota, y dió libertad, sin que se sepa el motivo, á mas de diez mil prisioneros españoles que tenia en su poder. Sin embargo, al mismo tiempo que daba tal muestra de piedad, mandaba crucificar al rey ó caudillo del ejército, á Indortes, que habia caido prisionero (4); esta era la política cartaginesa.

Amilcar volvió triunfante y cargado de botin á la costa oriental donde habia establecido el centro de sus operaciones; luego de su entrada en España habia hecho construir en la misma playa, y en una escarpada roca frente á la mas pequeña de las Pythiusas, una ciudadela que recibió el nombre de Acra-Leuke (5), desde cuyo punto contrarestaba la influencia de las colonias griegas en los pueblos de aquella parte de España y comunicaba libremente con Cartago. Allí tenia sus cuarteles, sus elefantes, sus municiones de boca y sus almacenes de armas; desde allí enviaba anualmente á Cartago buques cargados de caballos, armas, hombres y dinero (6); en aquella roca crecia tambien y con él su odio á los Romanos, el jóven Anibal, su hijo á quien Amilcar llevó á España en su compañía cuando apenas contaba nueve años. El futuro vencedor de Italia tomaba parte en las expediciones guerreras de Amilcar, y formábase así para la dura y espinosa empresa á que su padre le habia consagrado desde niño.

Otro héroe, Asdrubal, su yerno, llenaba á su lado las funciones de lugar teniente. Amilcar no empleaba siempre la fuerza de las armas contra los pueblos bárbaros y las colonias griegas que le rodeaban, y en las negociaciones de otro

---

(1) Πολεμήσας δὲ Ἴβηρας καὶ Ταρτεσίους μετα Ιστολατίου στρατηγοῦ τῶν Κελτῶν καὶ τῦ ἀυτοῦ παντας κατέκρεψεν. Diod. Sicul., l. XXV, c. 5.

(2) Strab., l. III, c. 2.

(3) Ινδορτης; Deod. Sicul., l. XXV, c. 5.

(4) Id., ub. sup.

(5) Ἄκρα-Λευκη, la Roca Blanca. Diod. Sicul., ub. sup.

(6) At Amilcar..... in Hispaniam venit..... Maximas bellicosas gentes subegit equis, armis, viris, totam locupletavit Africam. Cornel, Nep., in Vit. Hamilcar.

género, su yerno se manifestaba tan sagaz diplomático como él esforzado general. Gran habilidad y singular vigilancia eran precisas para dominar desde aquel punto excéntrico y cimentar sólidamente en España la influencia de Cartago, y el general africano lo consiguió durante los nueve años que duró su mando. Su
228 a. ant. de J. C. fortuna sin embargo se estrelló ante una poblacion llamada Helice por Diodoro (1), Ilicis, sin duda, ciudad inmediata á Acra-Leuke, situada en las márgenes de un riachuelo al oeste de Alicante, no lejos del mar. Los habitantes rechazaron varios asaltos, y Amilcar, desesperando de hacerse dueño de la plaza durante aquella campaña, convirtió el sitio en bloqueo. La noticia de la empresa de Amilcar contra una ciudad que no debia carecer de importancia, á juzgar por el nombre de *Sinus Ilicitanus* que llevaba el golfo inmediato, despertó la indignacion de los pueblos vecinos, y llamando en su auxilio á los Olcades y Oretanos (2), que formaban parte de la confederacion celtíbera, á los habitantes de la cordillera mariánica y á los Vetones, hostigados por Amilcar en sus tierras cuándo su primera expedicion á Turdetania, reuniéronse y marcharon á socorrer á Ilicis. El caudillo ó rey (στρατηγός) de una nacion vecina de Ilicis, llamado Orisson, llevó en virtud de antiguos pactos un cuerpo de tropas auxiliares al campamento de Amilcar, con el designio empero de volverse contra él luego que juzgase la ocasion favorable. Los confederados se reunian de todas partes dirigiéndose á Ilicis, y advertido Amilcar de su marcha, salió de sus atrincheramientos y les presentó batalla. Los Celtíberos usaron entonces de una estratagema de que se aprovechó despues Anibal contra Fabio; colocarón al frente de su ejército gran número de carros tirados por bueyes, y en la cabeza de estos animales ataron haces de paja embreada; pusiéronlas fuego, y furiosos los bueyes, se precipitaron arrastrando sus carros por entre las filas cartaginesas, en las que introdujeron el desórden. En aquel momento, Orisson se unió á sus compañeros y completó la derrota de Amilcar, quien, despues de hacer cuanto podia esperarse de su experiencia y valor, fué arrastrado por los fugitivos y se ahogó al vadear un rio, si bien no falta quien diga que pereció en una batalla contra los Vetones (3). Los pocos soldados suyos que salieron con vida y libertad de la catástrofe fueron á reunirse con el resto del ejército cartaginés en Acra-Leuke, donde Asdrubal, yerno de Amilcar, fué proclamado por sucesor suyo, confirmando luego esta eleccion el senado de Cartago.

Al suceder á su suegro, Asdrubal se vengó cruelmente de lo que se llama la traicion de Orisson: pasólo todo á sangre y fuego en el territorio de Ilicis, tomó y saqueó la ciudad, se apoderó de Orisson á quien castigó con la muerte, y llevó la guerra hasta el país de los Olcades. Los pueblos del interior, de la otra parte del Oróspeda, se libraron de la dominacion cartaginesa; Asdrubal vióse obligado á celebrar un tratado de paz con los habitantes de aquel país, y

---

(1) Ἑλίκη, En el dia Elche.—Era una ciudad mercantil, probablemente medio griega y medio hispana. Los historiadores antiguos hablan de su riqueza, y era á lo que se cree una factoría massallota.

(2) Los Olcades habitaban en Castilla la Nueva y los Oretanos en las llanuras de la Mancha, cerca de las fuentes y del curso superior del Guadiana.

(3) In prælio pugnans adversus Vettones, occisus est. Cornel. Nepos, in Vita Hamilcaris.



DERROTA DE AMILCAR DE ILICIS.

como prenda de su fé, dícese que tomó por esposa á una Española (1).

Desde aquel momento la política de Asdrubal tendió ante todo á conciliarse el afecto de los pueblos inmediatos, y en cuanto se lo permitia su natural orgullo, procuró atraerlos á su alianza por medios pacíficos y conciliatorios. Sin embargo, su carácter se oponia muchas veces á lo que su política exigia.

Algunos pueblos ribereños del Mediterráneo y en especial las colonias griegas concibieron entonces vivos temores sobre su situacion, y harto débiles para afianzar por sí mismos su libertad, dirigiéronse á Roma, cuya proteccion y auxilio imploraron. Roma oyó sus súplicas; el senado envió una embajada á Cartago á fin de obtener un tratado favorable para los pueblos que se habian puesto bajo su amparo, y en efecto celebróse uno en el que se estipuló: 1.° que los Cartagineses no llevarian en caso alguno sus conquistas mas allá del Ebro; 2.° que tendrian por inviolables la libertad y el territorio de los Saguntinos y el de las colonias griegas. Los dos pueblos rivales, entonces en paz, obraron en esta ocasion sin faltar á ninguno de los principios de la diplomacia antigua, y como Cartago deseaba estar bien con Roma porque no se encontraba aun en posicion de resistirle, accedió á todos los puntos expresados, reservándose infringirlos uno á uno ó todos á la vez á la primera ocasion propicia: á esto se dió la calificacion de fé púnica (2). 225 a. ant. de J. C.

Dicho tratado, que Tito Livio inserta con largos comentarios, es curioso sobre todo en cuanto manifiesta cuan inexacta era la idea que en aquella época tenian los Romanos de la Península; revélase en él una ignorancia casi absoluta de la topografía de España, pues dividen esta en *Citerior* y *Ulterior* por medio del Ebro, como si fuesen dos partes iguales, mientras que una de ellas no llega á ser ni la sexta parte de la otra en poblacion ni extension. Esto no obstante, por errónea que fuese semejante division, subsistió por espacio de largo tiempo, hasta que los Romanos, instruidos por sus mismas conquistas, le sustituyeron otra, preferible sin duda, pero no satisfactoria aun bajo todos conceptos.

No satisfecho Asdrubal con asegurar las posesiones cartaginesas de que era gobernador, quiso tambien engrandecerlas y dejar en ellas un monumento útil y duradero de su administracion, y á él atribuye Polybio la fundacion de Cartagena, que es todavía uno de los mejores puertos del Mediterráneo. Asdrubal pretendia que su nueva ciudad fuese el centro del gobierno, y como sin duda esperaba ser nombrado su jefe en nombre de la república, mandó construir un magnífico palacio que ha subsistido por espacio de muchos siglos. Situada en medio de las costas españolas, Cartagena era digna de ser, como lo fué en efecto, una de las ciudades mas importantes de las posesiones cartaginesas en Europa (3). Construida la ciudad en el fondo de un golfo, como de dos millas de largo y una de ancho, defendido en su entrada por una pequeña isla, fué en tiempo de Asdrubal una plaza marítima cómoda y segura para los buques de Cartago. Por disposicion de Anibal convirtióse algunos años despues en una 224 a. ant. de J. C.

(1) Diod. Sicul., l. XXV, c. 2.

(2) Acerca de estos hechos, véase á Tito Livio, 3.ª década, l. 21, desde el c. 1 hasta el 56; Polybio, l. III, c. 3; Diod de Sicul., l. X, etc.

(3) Polybio llama á Cartagena Καινὴ πόλις, traduccion griega del nombre fenicio Cartha-Hadath (Ciudad Nueva), dado á la ciudad fundada por Asdrubal lo mismo que á la Cartago africana.

fortaleza que, si bien tomada por los Romanos, conservó su explendor y sus fortificaciones hasta la invasion de los Vándalos.

221 a. ant. de J. C. Cerca de ocho años mandó Asdrubal en España, y cayó en fin á los golpes de un asesino que quiso vengar en él la muerte de un caudillo español, políticamente sacrificado por el general extranjero, cuando tomó posesion del gobierno, y cuyo nombre no citan los historiadores. En aquella época, como siempre, caian pronto en olvido los nombres de los vencidos, y solo eran conservados los de los vencedores.

Muerto Asdrubal, los soldados se agruparon al rededor de Anibal, y por pluralidad de votos le eligieron capitan. El pueblo de Cartago se apresuró á confirmar la eleccion, y los intereses de la república quedaron confiados á un general de veinte y seis años.

Una vez investido del mando, Anibal se dispuso á la guerra. Desde la edad de nueve años, Amilcar, que le habia llevado consigo á España, habíale instruido á su vista en cuanto puede hacer un gran capitan; su indomable energía, su varonil entereza tenian necesidad de vasto campo para desplegarse; la calma era para él la muerte, y desde un principio pensó en preparar los medios de realizar sus proyectos contra Roma, á donde le llamaban á la vez su odio profundo y su personal ambicion. Habia de vencer á las legiones romanas y al partido rival que no cesaba en Cartago de maquinar contra él, y todo ello exigia algunos preparativos; habria sido una imprudencia arrojar de pronto la máscara, y así fué que procuró refrenar su ardor en los primeros momentos.

Sin embargo, tomó las armas, ignórase bajo qué pretesto, penetró con un reducido ejército hasta el país que forma hoy Castilla la Nueva, y subyugó á los Olcades, cuya capital tenia el nombre de Althea, preludiando así por la toma de varias ciudades y por la sumision de algunas naciones del interior las grandes batallas en que se colocó entre los primeros capitanes de las épocas todas. Aquellas primeras conquistas no eran el verdadero objeto que se proponia; su objeto era pelear primero con los aliados de Roma y llegar por este medio hasta los Romanos; en aquella época habia ya concebido Anibal su gigantesco proyecto de marchar á Italia por las Galias, y de vencer á Roma en la misma Roma. Entonces meditaba sin duda su plan, y solo esperaba una ocasion favorable para realizarlo.

Su mayor deseo era romper la paz que reinaba entre Romanos y Cartagineses en virtud de un tratado cuyas principales cláusulas hemos transcrito anteriormente; en su virtud los Cartagineses habian de dejar libre el territorio de Sagunto, pero sus habitantes tuvieron ciertas cuestiones con sus vecinos los Turboletanos, á quienes Tito-Livio confunde con los Turdetanos, y Anibal no necesitó mas. Hizo suya la causa de los últimos, y dispuso que algunos de ellos partieran á Cartago para manifestar al senado que los Romanos suscitaban turbulencias en España y excitaban en secreto á los Saguntinos á oprimir á los aliados de Cartago. La dignidad y el interés de la república exigian, segun él, que se pusiera un término á las maquinaciones romanas, y solicitaba por lo tanto autorizacion para obrar. El senado se apresuró á concederle facultad para hacer lo que juzgase mas conveniente, invistiéndole para ello de plenos poderes, y al recibirlos el animoso jóven
219 a. ant. de J. C. resolvió la toma de Sagunto. Tito Livio (l. XXI) dice que marchó al sitio de la plaza



LOS SAGUNTINOS SE SACRIFICAN EN ARAS DE LA PATRIA

con ciento cincuenta mil hombres, llevando consigo infinitas máquinas para derribar los muros. El número de ciento cincuenta mil hombres y aquellos preparativos parecen algo exagerados, dirigidos únicamente para el asalto de una ciudad, y es probable que han de ser disminuidos de mucho. Sea de esto lo que fuere, la noticia del sitio causó gran sensacion en Roma, pero en vez de un ejército, Roma envió diputados á Sagunto para disuadir de su ataque á Anibal, quien, mientras les daba evasivas contestaciones, adelantaba con gran ardor las operaciones del sitio. Los sitiados, empero, se defendian como leones, y en cuantas salidas practicaron quedó por ellos el triunfo; habian rechazado un furioso asalto, y Anibal, que con el impetuoso ardor de sus años y de su carácter, habia querido subir al muro, recibió una herida. Por un momento desesperó de la victoria, hasta que para vencer la obstinada resistencia de los Saguntinos, recurrió á una de aquellas máquinas que tan frecuentemente se empleaban en las guerras de la época: hizo elevar delante de Sagunto una torre que sobrepujaba en altura á las mas altas murallas de la ciudad, y desde allí dirigió contra los sitiados cuantos proyectiles se empleaban entonces; curioso capítulo del arte de la guerra entre los antiguos, del cual con dificultad podemos formarnos una idea en el dia, en que con la invencion de la pólvora, han variado totalmente las condiciones del arte de matar.

Mientras los sitiados no podian dar un paso sin exponerse á los dardos que desde aquella torre no cesaban de ser lanzados contra ellos, las ballestas, las catapultas, los arietes conmovian sus murallas; al fin abriéronse varias brechas, y los sitiadores se precipitaron por ellas en tropel; mas los sitiados, aunque extenuados hasta el exceso por nueve meses de sitio y de privaciones de toda clase, no se desalentaron; agrupáronse en el centro de la ciudad, y fortificados lo mejor que pudieron en las ruinas de sus casas, continuaron defendiéndose, hasta que al fin, privados de todo, y no esperando ya socorro alguno por parte de los Romanos, resolvieron de comun acuerdo morir antes que rendirse. En semejante situacion, reunieron cuantos objetos preciosos poseian, amontonáronlos en disposicion de pegarles fuego, y hecho esto intentaron una nueva salida durante la última noche de que podian disponer. Terrible noche! la matanza duró muchas horas; sitiadores y sitiados pelearon con ciego furor y bañaron la tierra con su sangre. El dia los sorprendió en aquella obra sin nombre, y las mujeres saguntinas al ver á los albores del alba y desde lo alto de los muros, á sus esposos, á sus hijos muertos ó espirantes, unieron á los prodigios de la defensa el heroismo de un tremendo sacrificio: incendiaron los objetos que sus maridos é hijos habian amontonado en la plaza, y despues de dar muerte á sus hijos de tierna edad, precipitáronse todas en la hoguera; algunas hubo que antes clavaron en su pecho un puñal, como si temiesen que el fuego no acabase sus dias antes de la llegada de los vencedores.

Tal fué la horrorosa escena que llenó de espanto al mismo vencedor, y cuyo recuerdo nos ha sido conservado por escritores que no pueden tacharse de parcialidad en favor de aquel heróico pueblo. Así cayó Sagunto, primer ejemplo de la intrepidéz superior á todos los peligros, del valor indomable que ha caracterizado siempre al pueblo español, y de que dió tantas pruebas durante la guerra de que fué el preludio, por decirlo así, la toma de Sagunto.

Segun la noble expresion de Floro, los Saguntinos, con sus cadáveres y su ciudad arruinada, dejaron un grande, pero triste testimonio de su fidelidad á los Romanos (1). En vano ha querido achacarse á las necesidades de la política la lentitud de Roma en socorrer á aliados por su causa comprometidos; la caida de Sagunto es un borron para el nombre romano.

Aun en la misma Roma, comprendieron muchos la vergüenza de semejante conducta, y un proverbio, aludiendo á aquel suceso, se conservó por mucho tiempo en la memoria del pueblo; aplicábase á los que no dan mas que consejos cuando se reclama su auxilio: *Dum Romæ consulitur, Saguntum expugnatur.*

Muchos años transcurrieron antes que los Romanos, avergonzados de dejar por mas tiempo en poder del enemigo los restos de aquella heroica ciudad, resolviesen su conquista, como veremos en su lugar oportuno, y colocasen de nuevo á Sagunto en el rango de las ciudades ilustres. Durante su dominacion en España se esmeraron en embellecerla, en adornarla, en enriquecerla, en prodigarle las magnificencias todas de la arquitectura romana, como para hacerle olvidar sus pasadas desgracias; pero su mas explendente aureola fué siempre el lúgubre y glorioso recuerdo de su heroica ruina. En Murviedro, la moderna ciudad que ocupa en el dia casi el mismo lugar en que estuvo situada Sagunto, vense todavía vestigios del antiguo explendor de esta, como son el famoso teatro descrito por varios autores latinos, los restos de un templo, los escombros de dos inmensas cisternas y de otros edificios suntuosos.

La caida de Sagunto habia de ser considerada como una calamidad tanto mayor en cuanto disminuia el respeto que los aliados de Roma habian tenido siempre en su fé y en su solicitud por sus intereses, y esto explica por que fué
218 a. ant. de J. C. inmensa la emocion en Roma al saberse la noticia. El senado reunió la asamblea popular, la guerra fué decretada por unanimidad, y señaláronse muy pocos dias á los cónsules para ponerse en campaña. Eran estos cónsules Sempronio y P. Escipion, padre de P. Cornelio Escipion, que fué despues el Africano; la España correspondió á Escipion, el Africa y la Sicilia á Sempronio, de modo que mientras Anibal marchaba hácia el Ebro para llevar la guerra á Italia, los Romanos enviaban un ejército á Sicilia para llevar la guerra al Africa.

Embajadores romanos, elegidos de entre los principales senadores, pasaron á España para celebrar alianza con los pueblos de aquel pais; los Bargusios, pueblo cuya capital se hallaba situada en las márgenes del Segre, fueron los primeramente visitados, y estos, cuyo territorio habia sido asolado por los Cartagineses durante las guerras de Anibal y de Asdrubal, recibieron con benevolencia á los emisarios romanos; otros pueblos de esta parte del Ebro, pertenecientes á la antigua liga celtibera, manifestáronse dispuestos, á ejemplo de los Bargusios, á abrazar el partido de Roma, pero al internarse en el país, los enviados del senado fueron rechazados con violencia. Nada mas natural que el discurso atribuido por Polybio al anciano presidente de la asamblea de los Volsceos, en contestacion á los que solicitaban que entrara su pueblo en la alianza romana; dice así: «¿Como no os avergonzais de ofrecernos vuestra amistad despues de los de-

(1) Fidei erga Romanos magnum quidem sed triste monumentum. Lucii Annæi. Flori Epitome Rerum Romanorum, l. II, c. 6.

sastres de Sagunto ? Dejando en abandono á vuestros aliados, los habeis tratado con mayor crueldad que Anibal su enemigo. Buscad aliados en los paises donde se ignore todavía la suerte de los Saguntinos ; las rninas de aquella ciudad son para todos los pueblos españoles una provechosa leccion para no fiar en vuestro senado ni en el pueblo romano.» El historiador griego ha puesto en labios de un anciano Volsceo los sentimientos que habian de reinar entre las naciones meridionales de España, y haya sido ó no pronunciado el discurso tal como él lo transcribe, es de creer que estas debieron de ser en el primer momento las impresiones producidas por la toma de Sagunto. Los senadores recibieron órden de salir cuanto antes del territorio de los Volsceos , é igual resultado produjeron sus tentativas entre los pueblos inmediatos. Despues de recorrer en vano la Península, pasaron á las Galias.

Los Galos, que dos siglos antes habian conquistado á Roma, veian entonces á los Romanos dueños de la Italia superior , de la Liguria y de los Alpes , con un pié en las Galias y un aliado en sus costas en el pueblo marsellés ; rechazaron con todo la alianza del senado, y dispusiéronse á guardar lo que en lenguaje moderno llamaríamos una neutralidad armada.

Tambien hallamos á Roma fiel á las antiguas máximas de su política, máximas que conservó hasta la caida de la república. Es de observar que el pueblo romano que hizo la guerra á todas las naciones del mundo conocido por los antiguos, nunca fué agresor ; al tomar las armas hacíalo siempre para vengar las injurias dirigidas á sus aliados ó las suyas propias ; pero como buscaba por todas partes aliados á quienes ofrecia su auxilio ó su proteccion , como sus ciudadanos se encontraban en todos los puntos en donde se agitaban cuestiones de conquista, era difícil que no tuviese á cada momento una ocasion ó un pretexto para empeñar la lucha allí donde juzgase que habia de serle favorable el resultado. Con el plan preconcebido de dominar en todas partes , supo poner de su parte las apariencias , y si bien Roma jamás violaba los tratados que celebrara con sus enemigos , reducia á estos á la dura necesidad de violarlos abiertamente ó de verse destruidos por las incesantes usurpaciones de la política romana.

En la primera guerra con Cartago, los Romanos desembarcaron en Sicilia con el modesto título de aliados de los Mamertinos, y al terminar aquella fueron dueños de la isla , de modo que así para sus amigos como para sus enemigos, sus conquistas mas preciosas solo aparecian como una indemnizacion justa de los esfuerzos hechos por la república y del desinterés que manifestara al tomar parte en la lucha. Despues del tratado que puso fin á la primera guerra púnica, los Romanos no se creyeron obligados á respetar la Cerdeña , y se apoderaron de ella en calidad de protectores, siéndoles luego cedida la isla por los Cartagineses en virtud de un segundo tratado. Cartago comprendió entonces no existir para ella mas recurso que aumentar sus fuerzas hasta el momento en que pudiere romper abiertamente la paz , y así se explican sus conquistas en España durante el mando de Amilcar ; cuando hubo robustecido su dominacion en la Península, y unido á ella por fuerza ó por seduccion los principales pueblos de aquel país, creyó que podia arrojar la máscara , y , dispuesta para una guerra decisiva , dió principio á las hostilidades con la toma de Sagunto.

Los Romanos se limitaron á pronunciar discursos, á enviar embajadores á

Anibal y á Cartago, pues así procedian siempre: á sus aliados tocaba sufrir los primeros golpes; pero en esta ocasion, al permanecer fieles á su política, fueron sorprendidos por la pericia y la actividad de Anibal. Esperaban sí, que este general atacaria á Sagunto; es probable que contasen en que esta infeliz ciudad habia de proporcionarles ocasion de disputar un dia España á los Cartagineses, pero no imaginaban una destruccion tan rápida, y nadie podrá acusarlos por no haber adivinado á Anibal.

En efecto, muy léjos estaban de pensar que en aquel jóven de veinte y seis años, que acababa de adquirir nombre por una empresa que revelaba mas ferocidad que genio, se ocultase el mas gran capitan de las épocas antiguas al propio tiempo que un profundo político, y no sospechaban sobre todo el formidable proyecto que contra ellos meditaba, ni el inmenso odio que germinaba en el alma del hijo de Amilcar. Este, ocupado siempre en sus secretos designios, habíalo preparado todo de antemano con tanto acierto como hubiese podido exigirse del mas experimentado capitan, y hallábase dispuesto para todos los acontecimientos.

Tomada Sagunto, Anibal se retiró á Cartagena, y supo allí lo que habia mediado entre Cartago y Roma; mas persuadido de haber obedecido á los mas caros intereses de su país, distribuyó ó vendió el botin que recogiera su ejército, y le anunció la gran empresa que para la próxima campaña meditaba. Deseosos de indicar, como es de nuestro deber, las costumbres de una época tan apartada de nosotros, diremos que Anibal, al participar á sus tropas la importante guerra que se disponia á sostener y que podria tenerlos por mucho tiempo ausentes de su país, permitió á cuantos quisieron visitar antes de su partida á sus familias y hogares aprovechar del invierno para marchar á Cartago, recomendándoles únicamente hallarse otra vez reunidos al llegar los primeros dias de la primavera.

Los Cartagineses pasaron el invierno en su patria, reparando allí sus fuerzas debilitadas por sus anteriores trabajos, y halláronse todos reunidos en la época indicada por Anibal. Este, despues de revistar á las diferentes naciones que marchaban con su ejército, dirigióse á Cadiz para cumplir los votos que á Hércules hiciera; hizo otros nuevos á aquel dios para el buen éxito de su gran empresa, y no olvidando la defensa de su patria al tiempo que se disponia á atacar á los enemigos, envió á Africa considerables fuerzas para defenderla contra la invasion romana. Sus medidas tuvieron despues por objeto á España, y encargó su defensa á su hermano Asdrubal, á cuyo efecto le dejó fuerzas suficientes, que consistian en once mil ochocientos cincuenta infantes africanos, trescientos Ligurios, quinientos honderos baleares, cuatrocientos cincuenta ginetes libi-fenicios, mil ochocientos Númidas ó Moros, y veinte y un elefantes. Estas tropas, cuyo total no excedia de quince mil hombres, era únicamente el núcleo de los ejércitos cartagineses en España, y el resto, que era muy superior á dicho número, componiase de tropas españolas. Finalmente, como Anibal creia que los Romanos guerrearian tambien por mar, dejó para la defensa de las costas cincuenta galeras de cinco órdenes de remos, dos de cuatro, y cinco de tres (1).

(1) Polyb., l. III, c. 7.—«He hecho esta enumeracion, dice el erudito historiador, solo por creer-

En la primavera de aquel año, partió Anibal de Cartagena llevando á sus órdenes mas de cien mil infantes, doce mil ginetes y cuarenta elefantes. Vadeó el Ebro, y con facilidad obtuvo paso por entre los pueblos que halló en su camino, no siendo probable que los subyugase, como manifiestan algunos historiadores, en cuanto habria sido una conquista inútil y muy difícil de conservar. Dió á Hannon el mando de un cuerpo de once mil hombres destinado á mantener las comunicaciones entre el Ebro y los Pirineos, y confióle los bagajes de su ejército; atravesó aquella cordillera y llegó hasta el Ródano, sosteniendo varios combates con los Galos que si habian rechazado la alianza de los Romanos tampoco querian la de los Cartagineses. Al llegar á las márgenes del Ródano, el ejército invasor solo contaba cincuenta mil infantes y nueve mil caballos.

El primer encuentro de esta guerra tuvo lugar entre trescientos ginetes romanos y quinientos númidas. El cónsul Escipion habia desembarcado en Marsella, y allí supo con sorpresa que Anibal se hallaba ya en el Ródano; sin pérdida de momento envió á la descubierta á trescientos caballos que se encontraron y lucharon con un destacamento númida encargado de igual comision, sin ventaja por una ni otra parte. Instruido del estado de las cosas, Escipion se dirigió con su ejército al encuentro de Anibal, pero á pesar de su diligencia, no consiguió llegar al Ródano hasta tres dias despues de haber pasado el rio los Cartagineses; no esperando entonces alcanzarlos, volvió á su escuadra y, dividiendo sus fuerzas, envió la mayor parte á España bajo el mando de su hermano Cneyo Escipion, y fué á desembarcar con las restantes en la capital de los Ligurios, Genebam, hoy Génova, á fin de reunirse con el ejército romano que ocupaba la Italia superior, y salir al encuentro de Anibal.

La conducta del general romano ha sido censurada por hombres de guerra experimentados; y al considerar que el momento era decisivo, que la suerte de la guerra podia ser decidida antes que el enemigo penetrase en Italia, y sobre todo al meditar en las terribles consecuencias que para los Romanos tuvo el paso del Ródano y de los Alpes, se comprende la conveniencia de examinar con cierta detencion la resolucion del cónsul.

Sin pretender decidir sobre aquello de que solo pueden juzgar los estratégicos, parécenos que Escipion cometió entonces una de aquellas faltas capitales que comprometen á los imperios; la simple lógica nos conduce á tan severo juicio. El fin principal del general romano era impedir que los Cartagineses penetrasen en Italia, y hasta su desembarco en Marsella, parece haber puesto en sus operaciones cuanta actividad é inteligencia podia exigirse de él. Su marcha desde la desembocadura del Ródano, siguiendo las márgenes del rio, fué un movimiento bien calculado, puesto que tendia á atacar por el flanco al ejército cartaginés, fatigado de marchas y combates, y ocupado en pasar un rio peligroso; con fundamento podia esperar, segun feliz expresion de Napoleon, que *le sorprenderia en fragante delito*. Sin embargo, ya fuese diligencia de Anibal, ya lentitud de

---

la muy auténtica, en cuanto la hallé en Licinio escrita en una tabla de bronce, por órden de Anibal, mientras se encontraba en Italia. No podia beber en mejores fuentes.»—Con igual esmero y escrupulosidad refiere Polybio todo lo demás, y para los hechos y detalles militares de nuestra relacion, aconsejamos que se vea su excelente historia, lo mismo que la de Tito Livio.

Escipion, es lo cierto que este llegó tres dias despues del paso del rio; gran desgracia sin duda, pero no irreparable, y nada puede justificar el singular regreso de Escipion á Marsella, y la division de sus fuerzas, mas singular aun, al embarcarse para Italia á fin de llegar al Po atravesando la Liguria.

Anibal no marchaba por un pais amigo, sus tropas habian sostenido varios combates con los Galos, el paso del Ródano habia costado una sangrienta batalla, y en aquel entonces no debian de tener los Cartagineses mas allá de sesenta mil hombres. El cónsul tenia fuerzas casi iguales; el ejército consular constaba de veinte y cuatro mil hombres, pero es sábido que los historiadores latinos solo cuentan los ciudadanos, y que al número de estos ha de añadirse siempre otro igual de aliados; veinte y cuatro mil hombres significan cuarenta y ocho mil, á los cuales han de añadirse la caballería y algunos auxiliares ligurios. Tres elementos constituian los ejércitos romanos: los ciudadanos, los aliados y los auxiliares; los ciudadanos eran los únicos mencionados en la distribucion de las fuerzas; los aliados eran los pueblos de Italia reunidos á Roma, que peleaban con igual valor y con la misma disciplina; estos eran en igual número que los Romanos, y por fin los auxiliares servian principalmente como tropas ligeras. Escipion se encontraba, pues, al frente de cincuenta y cinco ó sesenta mil hombres, y sabia que un segundo ejército defendia el territorio en la otra parte de los Alpes. Anibal le llevaba la ventaja de tres jornadas de marcha, es cierto; pero nada le impedia emprender su persecucion, tanto mas en cuanto el general cartaginés habia de encontrar un poderoso obstáculo en la valla de los Alpes. El cónsul podia recobrar la ventaja que perdiera por la diligencia de su adversario y colocar á este en situacion muy crítica, sin correr el menor peligro, pues en caso de una derrota, su escuadra, que no perdia de vista las costas de las Galias, podia siempre trasladarle á Italia. Si vencia, Anibal quedaba aniquilado, sus comunicaciones con la España cortadas, y dispersas sus tropas en un país enemigo, teniendo delante los Alpes y mas allá un ejército romano; si era vencido, Anibal no ganaba otra cosa que el paso de los Alpes, que Escipion le abandonaba con tanta facilidad al regresar á Marsella.

Así, pues, la conducta del cónsul ha de ser severamente censurada; su falta debia de tener para Roma tan terribles consecuencias, y ejercer tan gran influencia en la suerte de la guerra, de aquella guerra á la que estaba enlazado el destino de España entera, que ha de perdonársenos si entramos en algunos detalles acerca de las primeras operaciones. La segunda falta de Escipion (y esta quizás fué aun mayor que la primera) estuvo en dividir sus fuerzas en Marsella, y en enviar á España la mitad de su ejército bajo el mando de Cneyo Escipion su hermano. El cónsul debia haber comprendido que no tenia por enemigo á un general ordinario, y fué una fatal idea, al mismo tiempo que dejaba expedito á Anibal el paso de los Alpes, querer oponerse á su marcha con fuerzas inferiores; con ello logró preparar la batalla del Tessino, á la que siguieron las célebres jornadas del Trebbia, de Trasimeno y de Canas. ¿Qué podia proponerse Escipion enviando su hermano á España con la mitad de las fuerzas? únicamente conquistar un país lejano que podia ser del mismo modo amenazado á menos costa, mientras que la Italia se hallaba en peligro, y que Roma, atacada en sus mas inmediatos aliados, iba á estarlo hasta en sus propios hogares.



BATALLA DE CANNAS.

Lo que mas perjudicó á los Romanos durante los primeros años de la segunda guerra púnica, fué no apreciar el plan de Anibal como debia serlo; y es tan célebre esta guerra, distínguese de tal modo entre todas las guerras de la antigüedad, que á nuestro modo de ver no se ha dicho sobre ella cuanto puedè decirse. Parécenos que ni aun los modernos han comprendido la verdadera grandeza del héroe cartaginés, y ha sido preciso que el genio de Napoleon fuera explicacion del de Anibal. El mérito de este capitan no se cifra en la idea de llevar la guerra á Italia, idea que no era ya nueva: Agathocles de Siracusa habia invadido á Africa mientras los Cartagineses combatian en Sicilia, y en la primera guerra púnica, Régulo habia sitiado á Cartago; además, á querer atacar á los Romanos en su propia tierra, los Cartagineses, pueblo marítimo, podian, con gran facilidad, verificar un desembarco en Italia. Lo que hace á Anibal superior á los generales todos de la antigüedad, es haber considerado el plan mas difícil como el mas seguro, haber apreciado con exactitud la constitucion del pueblo romano, cuya fuerza residia en la alianza de los pueblos de Italia; haber querido llegar á aquel país con la aureola del vencedor y con un ejército aguerrido en cien combates; haber querido atravesar á Italia, á fin de reunir á él sus diferentes pueblos por medio de la victoria y de la seduccion; haber por fin intentado la destruccion del poder romano rompiendo los lazos de sus alianzas. Tan colosal proyecto podia, como hemos visto, ser frustrado en su orígen, de modo que, sin debilitar en lo mas mínimo la gloria del general africano, puede decirse que debió contar en las faltas de su adversario tanto como en su propio genio.

Las acciones de aquel gran guerrero, que se refieren al paso de los Alpes y á su admirable campaña de Italia, tocan menos directamente á la historia de España; pero importa consignar aquí que debió en gran parte sus triunfos á las tropas españolas que componian mas de la mitad de su ejército, y que secundaron eficazmente los esfuerzos del gran capitan. Siempre en la vanguardia, reportaron gran parte de gloria en todas las victorias alcanzadas sucesivamente contra los mejores generales de la república romana, los Sempronios, los Flaminios, los Metelos y los Escipiones, y la caballería ibérica, la infantería celtíbera y los honderos de las Baleares que figuraban en gran número en el ejército de Anibal, no fueron los últimos en recibir los elogios del general entre aquellos que vencieron á los Romanos en las memorables batallas del Trebbia, de Trasimeno y de Canas. En la última cuatrocientos Celtíberos, por medio de una estratagema que 215 a. ant.
solo podia ser empleada por hombres que profesasen un supremo desprecio de de J. C.
la muerte, pusieron en derrota ellos solos á casi todo el ejército romano, en medio del cual se precipitaron como fugitivos entre el tumulto del combate, y al que atacaron luego por retaguardia.

Dejemos, empero, á los Cartagineses continuar su marcha por Italia, y veamos lo que ocurria en España. Cneyo Escipion, salido de la desembocadura del Ródano, llega á Emporium; ataca sucesivamente á todas las ciudades de la costa hasta el Ebro, y se apodera de ellas, empleando la fuerza contra las que resistian y celebrando alianza con las que aceptaban la amistad romana. Como aquellas ciudades pertenecian á la liga celtíbera, y no habian sido sometidas á los Cartagineses, no fué difícil á Cneyo Escipion, que no llegaba al país con

proyectos de conquista, sino en calidad de vengador de los Saguntinos, granjearse el afecto de muchas y reunir á él varios pueblos celtíberos de esta parte del Ebro; sin embargo, los Cartagineses tenian un ejército no lejos de allí, y nada eran los progresos de Escipion á no ser consagrados por una victoria. Hannon, á quien Anibal dejara en el país, no se hizo esperar, y presentó batalla á los Romanos, siendo aquella la primera que se daba en España entre las dos naciones. Los Cartagineses fueron completamente derrotados, y los Romanos, que eran muy supersticiosos, debieron de mirar como de buen agüero aquel afortunado acontecimiento. Hannon fué hecho prisionero, y sus tropas dispersadas despues de dejar en el campo cinco ó seis mil hombres; y no fué este el resultado mas positivo para los Romanos, sino que penetrando en el campamento enemigo, se apoderaron de los bagajes que dejara Anibal antes de entrar en las Galias. El botin fué considerable y se dividió segun las reglas de la disciplina.

Al saber semejante desastre, Asdrubal, que defendia el territorio de la parte opuesta del Ebro, se dirigió hácia este rio, y lo pasó al frente de ocho mil infantes y mil ginetes. En un principio obtuvo algunas ventajas, pero no atreviéndose á esperar al general romano, retiróse hácia Cartagena, y tomó allí sus cuarteles de invierno. Escipion reunió sus tropas de tierra y mar y se dirigió á Tarragona (1).

Los Romanos espiaban entonces en Italia las primeras faltas de la guerra. Anibal habia vencido á P. Escipion en las márgenes del Tessino, á Sempronio en las del Trebbia, y á Flaminio en las orillas del lago de Trasimeno; habia atravesado los Apeninos, y avanzaba hácia el mediodía de Italia, amenazando á Roma con arrebatarle sus mas formidables aliados, los pueblos de la Apulia (en el dia la Pulla) y del Samnio. Por fortuna el dictador Fabio adoptó un sistema de guerra distinto al de los anteriores generales, y proporcionó á los Romanos algunos momentos de desahogo despues de tan repetidas pérdidas.

Asdrubal no permaneció mucho tiempo en inaccion, é hizo salir de Cartagena cuarenta naves, cuyo mando confió á Amilcar con órden de dirigirse hácia la desembocadura del Ebro, mientras que él, con su ejército, seguia las costas á la vista de la escuadra. Instruido Escipion de este proyecto, lo frustró por su actividad; embarcó en sus galeras sus mejores tropas, y atacó á la armada cartaginesa á la desembocadura del rio, antes de la llegada de Asdrubal. Los Romanos destruyeron la escuadra de Amilcar, capturaron todas las naves que no fueron echadas á pique, y Asdrubal fué testigo del segundo desastre de sus armas sin poderlo reparar. La pérdida de su escuadra le obligó á volver á Cartagena, al tiempo que los Romanos, dueños de las costas, adquirieron la amistad de cuantos pueblos habitaban en esta parte del Ebro. Los historiadores cuentan que ciento veinte ciudades españolas les dieron rehenes y aceptaron su alianza.

Los Celtíberos fueron los primeros en tomar las armas, y penetrando en las posesiones de los Cartagineses y derrotando á Asdrubal, abrieron á los Ro-

(1) Tit. Liv., Dec. III, y Polyb., l. III, c. 16.

manos el camino para el interior de España. De este modo, con una série de victorias, reparaba Cneyo Escipion los infortunios de Italia. El senado que tenia fija la vista en España, comprendió la necesidad de verificar allí una eficaz diversion, á fin de impedir que los Cartagineses dominasen el mar y enviasen auxilios á Anibal, y en aquella ocasion manifestó Roma la fuerza de su política. Envió nuevas tropas al victorioso general que mandaba en España, y no temió debilitar la Italia en una época en que los ejércitos romanos sufrian los mayores desastres. Treinta buques y mil hombres de desembarco á las órdenes de P. Escipion llegaron á Tarragona, y reunidos los dos hermanos, se adelantaron hasta Sagunto, por cuyo hecho puede venirse en conocimiento de cuanto deploraban los Romanos la ruina de aquella ciudad, y deseaban borrar la mancha que aquel suceso imprimiera en su fama. Los Escipiones se hicieron dueños de la ciudadela, y en ella encontraron los rehenes tomados entre los pueblos de España que Anibal habia mandado custodiar con gran cuidado; los Romanos no desperdiciaron tan propicia ocasion de bienquistarse con las poderosas familias del país, y diéronles á todos libertad despues de colmarles de presentes; generosidad bien entendida, pues nada tan vivo como las primeras impresiones de los hombres que se encuentran en el grado de civilizacion en que estaban los Españoles de aquella época. La conducta de los Romanos hizo variar en favor suyo los ánimos de todos, y á no estar tan adelantada la estacion muchos pueblos habrian tomado las armas sin pérdida de momento; el invierno, empero, suspendió las operaciones militares.

Los dos años siguientes fueron notables por los triunfos de ambos Escipiones. P. Escipion no se mostraba en España el indeciso capitan que no supo anticiparse, combatir ni detener á Anibal, sino que daba pruebas de un carácter enérgico, de una actividad prodigiosa, de una resolucion pronta, de un valor que rayaba en temeridad; sus primeras faltas quedaron reparadas, y quizás salvó en la Península á la república, que habia puesto en peligro con su campaña de las Galias. Cneyo y Publio, obrando de comun acuerdo, sentaron por medio de sus victorias y de su moderacion los fundamentos del poder romano en España, poder que sus derrotas pasageras no lograron destruir mas tarde, y que preparó la gloria del mas ilustre de los Escipiones y la ruina de Anibal. La batalla de Canas no pudo apartar de Roma á la liga-latina, á los extranjeros ni al Samnio, y los Romanos, concentrando entonces todos sus esfuerzos en Sicilia y España, limitáronse á hacer en Italia una guerra defensiva, siendo tan afortunados en el exterior como desgraciados habian sido hasta aquel momento en el interior. A principios de aquel año, los Escipiones consiguieron triunfos importantes, asolaron las costas de las posesiones cartaginesas, obligaron á Asdrubal á internarse en el país. Cartago hizo esfuerzos á su vez, desembarcó en Cartagena un numeroso ejército á las órdenes de Himilcon, y Asdrubal hubo de sujetarse á un nuevo plan de campaña, cuyos resultados podian ser mas peligrosos para los Romanos que las victorias del mismo Anibal, sucediéndole Himilcon en el mando, por haber él recibido órden de marchar á Italia con tropas escogidas. La diligencia de los Escipiones conjuró el peligro; atacaron á los Cartagineses antes de la reunion de sus fuerzas, y despues de ponerlos en fuga, se apoderaron de su campamento. Esta victoria fué decisiva, y cuantos

214 } a. ant.
213 } de J. C.

pueblos de España habian permanecido neutrales se declararon por los Romanos (1).

Gran honor es para Roma el desinterés de sus soldados durante tan encarnizada lucha; despues de tantas victorias, el ejército y los procónsules carecian de todo, y los Escipiones, al anunciar al senado los últimos triunfos de sus armas, decian que los vencedores no tenian dinero, víveres, bagajes ni vestidos. Semejante moderacion de los Romanos en un país de que eran dueños, no importa con qué título, contrastaba singularmente con las costumbres de los Cartagineses, cuyo duro gobierno no tenia mas norte que las implacables máximas de una nacion de mercaderes. El tesoro romano estaba exhausto, pero los ciudadanos aprontaron cuanto fué necesario, y dirigiéronse á España numerosos convoyes. En tanto llegaron de Africa nuevas tropas, y Asdrubal apareció otra vez secundado por un tercer caudillo cartaginés, por Magon, hermano tambien de Anibal. Sin embargo, los tres generales no tuvieron mejor fortuna; vencidos dos veces y obligados á levantar el sitio de Iliturgis, se retiraron á la Bética, no conservando mas posicion excéntrica que la de Cartagena.

Era un rasgo característico del pueblo romano sacar provecho así de sus derrotas como de sus triunfos. Sin desconocer el genio de Anibal, puédense señalar muchas causas parciales á la série de sus victorias; una de ellas era la caballería númida, muy superior á la romana, ya por la destreza de los ginetes, ya por la calidad de los caballos. Los Romanos procuraron, pues, tener en sus filas hombres y caballos númidas, y el primer uso que hicieron los Escipiones de sus victorias en España fué dirigir sus miras á Africa. Syfax, soberano de parte de Numidia, que hasta entonces habia estado á sueldo de los Cartagineses, acababa de declararse en hostilidad con ellos, y pocos dias despues recibió una embajada de tres centuriones (un centurion tenia mucha analogía á lo que llamamos en el dia un capitan), quienes le propusieron la alianza del pueblo romano. Aquel rey, príncipe ó jefe de bárbaros, quedó lisonjeado con semejante demanda, y como primera prenda de la amistad que le ofrecian, pidió á los embajadores que uno de ellos se quedase á su lado para instruir á los Númidas en el arte de pelear á pié. La historia ha conservado el nombre del centurion que fué el primero en llevar á los pueblos africanos la táctica romana; Q. Estatorio se quedó en Numidia, y Syfax envió á su vez una embajada á los Escipiones, embajada que tuvo para los Romanos inmenso resultado, cual fué atraer á sus filas gran número de ginetes númidas.

La contienda de ambas ciudades llevaba la guerra y las negociaciones á Sicilia, á España, á las Galias y á Africa; triste presagio para los demás pueblos! El combate era á muerte entre los dos pueblos y sus consecuencias debian sentirse por el mundo entero. En las vicisitudes de la guerra no puede mirarse sin admiracion la parte que en ella tomaron los pueblos españoles; aliados alternativamente de los Cartagineses y de los Romanos, obsérvase sin embargo que á pesar de la variedad de sus resoluciones, parecen guiados por una especie de aversion hácia el yugo cartaginés y por cierta confianza en la amistad ro—

(1) Tum verò omnes prope Hispaniæ populi ad Romanos defecerunt. Tit. Liv., l. XXIII.—Polyb., l. III, c. 20.

mana. Pocos detalles poseemos acerca de los pueblos de la Celtiberia, de la Bética y de la Aquitania, y los antiguos solo nos han transmitido lo que guardaba relacion inmediata con los acontecimientos de la segunda guerra púnica; pero á pesar de la esterilidad de aquellos documentos, puédese resumir aquella historia diciendo que la conquista romana usaba medios que debian seducir á los Españoles. Estos habian sido explotados por los Cartagineses, al paso que los Romanos por principio y por carácter nacional, solo pretendian ejercer una influencia política, dejando al país su religion, sus leyes y sus costumbres, y hasta favoreciendo su industria y su comercio, en lo cual jamás se ocupaban los ciudadanos de Roma. La superior opinion que de sí mismos abrigaban, y que formaba parte de sus creencias, debia de hacer gran impresion en pueblos poco civilizados, sobre todo cuando la conquista no siendo en nada material, no les afectaba inmediatamente. Cartago, mercantil, codiciosa, opresora, habia de ceder el lugar á una nacion que el gran poeta latino ha caracterizado en este magnífico retrato:

> Tu regere imperio populos, Romane, memento:
> Hæ tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
> Parcere subjectis et debellare superbos (1).

El pueblo romano fué entre todos el que empleó mas esfuerzos para lograr la conquista que en sus designios se propusiera; ninguno la quiso tan completa en cuanto al poder moral; ninguno quizás abusó menos de ella en cuanto á sus consecuencias materiales, y en esto consistió el secreto del imperio romano. Así fué como los pueblos de España no creyendo ser mas que sus aliados, al empezar por una sencilla amistad, se encontraron súbditos suyos, y súbditos de un pueblo tan orgulloso de su superioridad que ni siquiera se ponia en contacto con ellos y les abandonaba los bienes todos de la vida con tal que perdiesen su título de nacion. Estos son los caracteres generales de esta parte de nuestra historia, mas no se crea que no ocurrieran en ella accidentes particulares ni que todos los pueblos de España sufriesen con igual indiferencia el yugo de Roma. A su tiempo veremos las guerras parciales que se empeñaron á medida que se manifestó la dominacion romana, y cómo fueron necesarias la fuerza material y la fuerza moral para la sumision de la Península. Despues apreciaremos bajo el aspecto filosófico los resultados de esta conquista.

Al llegar á este punto hemos de observar uno de aquellos cambios de fortuna que no son suficientemente explicados por los historiadores. Los Escipiones, dueños de casi toda la Península, son derrotados y muertos uno en pos de otro, y sin la entereza de un simple caballero romano, Roma perdia á España. Los Cartagineses realizaron entonces el plan de los años anteriores: Asdrubal, reforzado con nuevas tropas y sobre todo con la llegada de Masinisa, príncipe númida, enemigo de Syfax, dividió sus fuerzas, confió el mando de la Bética á Asdrubal Gisgon y á Magon, hermano de Anibal, y emprendió su marcha hácia el interior de España. Los Escipiones se dividieron tambien, y esta fué la 212 a. ant de J. C.

(1) Tú, Romano, acuérdate de que estás destinado para regir el universo. Las artes que á ti serán propias consistirán en imponer la paz, en perdonar á los pueblos vencidos y en humillar á los soberbios.—Virgil. Æneid., l. VI, v.851 y sig.

causa de su pérdida; Cneyo, cuyo ejército se componia en sus dos terceras partes de Celtíberos, se vió abandonado por sus aliados, seducidos seguramente por el oro de Asdrubal, y se retiró á toda prisa hácia el norte, evitando entrar en combate. Mas fatal aun fué la suerte que experimentó Publio, y por un momento pareció conspirar todo á la buena fortuna de los Cartagineses. Masinisa y sus Númidas, la desercion de los principales caudillos celtíberos, todo se reunió contra Publio, quien con la batalla perdió la vida. Asdrubal Gisgon y Magon completaron su victoria reuniéndose con Asdrubal, y atacado Cneyo por tres ejércitos á la vez fué derrotado y muerto en su propio campamento. No existia ya en España ejército romano; mas por fortuna los tres generales, que habian empleado en sus movimientos una actividad poco comun, fiaron demasiado en sus triunfos: los restos de los dos ejércitos de Cneyo y de Publio pudieron reunirse, y confirióse el mando de ellos á un simple caballero romano, llamado Marcio, quien al frente de un cuerpo de tropas, compuesto exclusivamente de ciudadanos romanos, esperó el ataque de Gisgon, y le rechazó con gran vigor. Al dia siguiente, aquel mismo puñado de hombres asaltó el campamento de ambos generales, y dispersó sus ejércitos. Jamás hubo revolucion mas completa: Marcio restableció sus comunicaciones con Sagunto, Valencia y las demás ciudades de la costa; conservó sus aliados en aquel territorio, y Asdrubal, que marchaba hácia los Pirineos, volvió al centro, en cuanto los otros dos generales no eran ya capaces para defender el país.

Convertido por la fuerza de las circunstancias en general de dos ejércitos consulares, Marcio habia salvado á un tiempo á España y á Italia. Las victorias del general improvisado, pero digno de su fortuna, impidieron á Asdrubal pasar los Pirineos y penetrar en Italia en una época en que Anibal nada habia perdido aun de su ascendiente y en que los Romanos no eran definitivamente dueños de Sicilia. Sin embargo, Marcio pareció perder todo el mérito de sus victorias por una circunstancia independiente de su valor y de sus victorias; en su carta al senado, tomó el título de *pro-pretor*, como llamado por el ejército para reemplazar al pretor, y semejante eleccion excitó la susceptibilidad de la aristocracia romana. Tributóse justicia al talento de Marcio, reconocióse que habia realizado grandes cosas, mas su elevacion no fué confirmada; procediendo, empero, con cierto miramiento, no fué anulada de un modo expreso la eleccion del ejército, y no se hizo mas que dejarla sin efecto por medio del nombramiento de un nuevo pretor, de Claudio Neron, quien partió á España sin pérdida de momento. Esta conducta del senado y del pueblo romano puede ser diversamente apreciada, pero nosotros nos limitaremos á hacer observar cuan grandes eran entonces el respeto y la abnegacion de los ciudadanos delante de la patria. Marcio, tan mal recompensado por sus servicios, que habia reunido los restos de los ejércitos y vencido á los enemigos en un momento en que todo parecia perdido, entregó á Neron el mando que le confiaron las tropas, colocóse á las órdenes del pretor sin manifestar mas deseo que el de servir á su país en el lugar y empleo que Roma le designase.

211 a. ant de J. C. La campaña de Neron no reveló en él al esforzado y atrevido cónsul que tuvo el singular honor de vencer el mismo año á Anibal y á Asdrubal. Neron limitóse en España á marchas y contramarchas desde la Celtiberia hasta las

fronteras de la Bética y desde allí hasta el interior de la Península, é informado de que Asdrubal volvia de la Lusitania á la Bética, llegó con deligencia extremada al pié de las montañas llamadas hoy Sierra-Morena, y tomó posesion entre Mentesa, ciudad arruinada en el dia, y la antigua Iliturgis. El Cartaginés cayó en el lazo, pero al reconocer su falta, envió embajadores á Neron para tratar de la paz y de la evacuacion de España, sin exigir otra condicion que la conservacion de su ejército. Como prenda de su buena fé, presentóse él mismo al general romano, pero sucedió que durante las negociaciones, aprovechó la oscuridad de la noche para hacer que sus tropas desfilaran por entre los bosques y montes inmediatos, manteniendo las hogueras del campamento para mejor engañar á los Romanos. En cuanto á él, muy práctico del país, así que vió á sus soldados en seguridad, alejóse á la vista del pretor á uña de caballo dejando á Neron algo confuso de su candidez militar, y, segun los historiadores latinos, con un nuevo ejemplo de la *fé púnica*.

Sea como fuere, Neron fué llamado á Italia, y Roma consideró el nombramiento del nuevo general de sus ejércitos en España como de la mas alta importancia. El senado deliberó largo tiempo sobre este asunto, y acabó por abandonar la decision á la asamblea del pueblo; señalado dia para la eleccion del procónsul, creíase que, segun costumbre, se presentarian para obtener el mando gran número de candidatos, mas nadie tomó la palabra para solicitarlo. La suerte de los dos Escipiones, vencidos y muertos despues de tantas victorias, el último contratiempo de Claudio Neron, y el poderío de los Cartagineses que tenian entonces tres ejércitos en España, parecian quitar toda esperanza de establecerse sólidamente en aquel país. La asamblea iba ya á disolverse, cuando P. Cornelio Escipion, jóven de veinte y cuatro años, solicitó la confianza del pueblo, y pidió la direccion de aquella difícil guerra, presentándose como vengador de su familia y del nombre romano. Dotado de mucho valor personal, como lo demostrara seis años antes en la batalla del Tessino, habia salvado la vida á su padre P. Escipion, y su amor filial, llamado por los Romanos *piedad (pietas)*, le habia granjeado el favor del pueblo, quien le eligió por aclamacion. El nombre de Escipion hecho célebre por su padre y su tio, fué considerado como de favorable agüero, y el nuevo general se puso en marcha con un refuerzo de diez mil infantes y mil caballos.

Desde este momento la guerra de España va á tomar un aspecto del todo distinto. La llegada de Escipion inauguró una série de victorias que no fué interrumpida por derrota alguna, á pesar de las variaciones de los pueblos españoles; y como Escipion obtuvo en Africa triunfos aun mayores, fuerza es convenir en que no pudieron ser estos obra de la fortuna. Un general adocenado puede ganar una batalla; pero aquel que por espacio de muchos años, se mantiene superior á los hombres y domina los acontecimientos, es por precision un hombre dotado de cualidades extraordinarias y merece el título que se ha dado al vencedor de Anibal. 210 a. ant. de J. C.

Escipion era muy jóven, y así en él como en Anibal ha de observarse que obraron con gran madurez en la concepcion y ejecucion de sus empresas. Escipion desembarcó en Tarragona, que era la plaza de armas de los Romanos, no manifestando en un principio deseo alguno de comenzar la guerra; ocupóse sobre todo

en granjearse el afecto de los habitantes; reanudó las antiguas alianzas y contrajo otras nuevas, pero sus tropas no se alejaron de la ciudad. De este modo logró engañar á los generales cartagineses, cuyos tres ejércitos se hallaban diseminados por la Lusitania y la Bética, desde el Ebro hasta Cadiz; la aparente timidez y la extremada juventud del general romano inspiraron á sus enemigos una seguridad completa.

Sin embargo, Escipion meditaba una empresa importante por sus resultados materiales y sobre todo por sus consecuencias morales, y tomaba las medidas necesarias para asegurar su buen éxito; Cartago la Nueva, Cartagena, era el punto á que queria dirigir sus esfuerzos. Bajo la influencia del comercio, habíase elevado aquella ciudad al mas alto grado de explendor; era el centro del gobierno cartaginés en España, y el depósito de sus armas y riquezas. La ciudad estaba bien fortificada por la parte de tierra, pero muy poco por la del mar, y de ella nos ha dejado Polybio una descripcion de la cual transcribiremos algunos detalles por referirse á la geografía del país y ser la conquista de aquella plaza por Escipion uno de los acontecimientos decisivos que afianzaron en España la dominacion romana.

«Cartago la Nueva está situada en un golfo cuyo semicírculo da frente al territorio africano; la profundidad del mismo es de unos veinte estadios (es decir una legua poco mas ó menos) y su abertura de unos diez, formando una especie de puerto natural, en cuanto su entrada se halla casi obstruida por una isla que solo deja á cada lado un estrecho canalizo. Las olas del mar se estrellan contra dicha isla, de modo que en el interior del golfo reina una perfecta calma á menos que soplando directamente el viento de Africa, empuje las aguas por ambos canales. El puerto está cerrado á todos los demás vientos por el continente que le rodea, y al fondo del mismo se eleva una montaña en forma de península. Tal es la situacion de Cartagena, defendida por el mar por la parte de oriente y mediodía, y al occidente por un estanque, que toma la direccion del norte, de modo que el istmo que une la ciudad al continente no tiene mas que dos estadios (el estadio equivale á unas ciento cinco toesas). La ciudad es baja en su centro; por el lado del mediodía llégase á ella por una llanura y por los demás lados rodéanla colinas, dos de las cuales son ásperas y elevadas, y las otras tres de inclinacion mas suave, están llenas de precipicios y son de difícil acceso. Su recinto es de veinte estadios.»

La poblacion de Cartagena se componia de muchos ciudadanos de Cartago, mercaderes en su mayor parte, pero ejercitados en la guerra como los pueblos todos de la antigüedad; por esto las tropas que la ocupaban eran en muy corto número, y así por la fuerza y fama de la ciudad como por su poblacion, se consideraban al abrigo de cualquier ataque.

Escipion salió en secreto de Tarragona con veinte y cinco mil infantes y dos mil quinientos caballos, mientras que Lelio seguia la costa con la armada romana; empleando tanta diligencia en su marcha como lentitud empleara en sus preparativos, al cabo de siete dias presentóse delante de la ciudad al mismo tiempo que las naves entraban en el golfo. Como Cartagena no dista mucho del Océano, la marea se deja sentir en sus playas, y Escipion aprovechó esta circunstancia y explicóla á sus soldados por una causa religiosa. Colocado su

campamento al septentrion, es decir en el único punto por donde era accesible la ciudad por la parte de tierra, observó que durante algunas horas del dia podia vadearse el brazo de mar que en forma de estanque se extendia del mediodía al norte, y anunció á su ejército que el mismo Neptuno favorecia su empresa en cuanto les permitia atravesar el mar sin peligro. En efecto, Neptuno se retiró, y mientras Escipion daba el asalto por la parte del norte, penetró en el estanque un cuerpo de tropas escogidas, teniendo agua hasta la cintura, se acercó á las murallas, aplicó á ellas las escalas y llegó al muro antes que sus contrarios pudieran impedirlo. Entonces empezó el combate en el recinto interior, pero persuadidos los Romanos de que Neptuno obraba de acuerdo con ellos, dispersaron á los Cartagineses, abandonados por aquel dios á la venganza de sus enemigos. La ciudad fué tomada, y el gobernador Magon hubo de refugiarse en la ciudadela, que rindió á Escipion pocas horas despues. Lelio se apoderó tambien de la armada cartaginesa, y desde entonces quedaron los Romanos señores del mar.

Digamos algo aunque de paso para formarnos una idea de los principios que entre los antiguos regian en la guerra. Escipion que con razon es reputado por el guerrero mas humano y modesto de la antigüedad, no dió órden para que cesara el degüello hasta que Magon se hubo rendido, extendiéndose en aquel tiempo el derecho de matar á todos los habitantes de una ciudad tomada por asalto sin distincion de profesion, de edad ni de sexo. Las poblaciones así conquistadas pertenecian en cuerpos y bienes al vencedor, y en el caso presente, si cesó la matanza luego que las tropas hubieron rendido las armas, continuó el saqueo segun las reglas que le habian dado los Romanos. Las propiedades públicas y privadas pasaron todas al poder del vencedor, y cuantos conservaron la vida, merced á la clemencia del general, quedaron esclavos; si hemos de creer á Polybio, mas de diez mil personas libres fueron vendidas como parte del botin. Tales eran en aquel tiempo las leyes de la guerra. Las riquezas que en Cartagena se encontraron justifican plenamente la opinion que de aquella ciudad nos hemos formado. Escipion recogió en oro y en plata mas de dos millones, suma considerable, que atendida la diferencia en el valor de los metales, haria hoy una suma veinte veces mayor, debiéndose advertir que aquel tesoro estaba en gran parte labrado en copas ó en vagilla. Habia además en Cartagena grandes almacenes de mercancías y de provisiones de guerra; mas de ciento treinta naves y diez y ocho galeras. Qué diferencia entre la toma de aquella ciudad y la de algunas miserables cabañas rodeadas de un muro de tierra, como eran casi todas las ciudades de España y de las Galias! Escipion se indemnizó de todos los gastos de la guerra y tuvo de sobras con que continuarla.

El botin se repartió segun costumbre: el oro y la plata fueron entregados al cuestor, que era el cajero de la república, y el resto de los despojos dado por partes iguales á todos los soldados, despues de la valoracion practicada por los tribunos militares. Para que esta regla fundamental no fuese violada, los soldados romanos prestaban juramento antes de entrar en campaña, de no sustraer cosa alguna del botin, y conocida es la santidad del juramento entre los Romanos.

Si los Cartagineses fueron sometidos á todo el rigor de las leyes militares, no sucedió lo mismo con los Españoles, ya estuviesen en la ciudad como aliados de los Cartagineses ó como rehenes, ya hubiesen hecho traicion á los Romanos. Esci-

pion no hizo distincion alguna ; á todos dió libertad para volver á sus hogares, y entonces fué cuando se hizo célebre por un rasgo de moderacion que debió de causar vivísima impresion en el ánimo de aquellos pueblos bárbaros , que bárbaros y todo profesaban mayor respeto á las mujeres que otros mas civilizados. Los historiadores antiguos refieren todos que los soldados presentaron despues de tomada la ciudad una hermosa española á Escipion, quien en vez de hacerla su esclava , como le autorizaban las leyes de la victoria , devolvióla á su familia y á su prometido esposo , que era Alucio , caudillo de los Celtíberos. Se ha dicho que la política habia entrado por mucho en la generosidad del procónsul , y así puede creerse en vista de las palabras que él mismo pronunció en aquella circunstancia ; pero de todos modos fué la suya una política digna y pura que ha de merecer los elogios de todos los hombres de corazon.

« Os devuelvo vuestra esposa , dijo á Alucio , pues he creido ser ella un presente digno de vos y de mí. Lo mismo ha estado entre nosotros que si hubiera permanecido en la casa paterna , y en cambio de semejante don , solo os pido vuestra amistad para el pueblo romano. Si me juzgais honrado, como mi padre y mi tio lo fueron para los pueblos de vuestro país, quiero que os convenzais de que en Roma hay muchos hombres que se nos parecen , y de que no existe pueblo en el universo á quien mas hayais de temer por adversario y desear mas por amigo.»

De este modo expulsaban los Romanos á los Cartagineses de España ; además de emplear contra ellos todo el poder de sus armas , seducian á los Españoles con el prestigio de su superioridad moral. Fieles á nuestra promesa de ser justos con los vencedores sin dejar de anatematizar el principio de conquista, hemos de convenir en que , si los Romanos fueron despues tan inícuos dominadores como los Cartagineses , emplearon mejores medios para conquistar á España. La política de ambas naciones puede apreciarse por este solo hecho : los Cartagineses custodiaban en sus plazas fuertes á los rehenes que se hacian entregar por las principales familias, al paso que los Romanos, no solo les dieron libertad y colmáronlos de presentes , sino que no impusieron castigo alguno á los Españoles que los abandonaran para engrosar las filas de los Cartagineses. Jamás se preparó la opresion por medios mas seductores.

Satisfecho de su primera campaña , Escipion volvió á pasar el invierno á Tarragona.

209 a. ant de J. C. Deseoso Asdrubal de vengar la catástrofe de Cartagena , salió á campaña , y encontró á Escipion cerca de Baeza ; la suerte no le fué favorable, pero es de creer que no fué aquella batalla tan decisiva como pretende el historiador latino, puesto que no impidió al Cartaginés realizar el plan que Cartago le indicaba hacia muchos años , y que Publio y Cneyo Escipion, y despues Marcio , habian frustrado por dos distintas veces. Consistia dicho plan en pasar Asdrubal á Italia con un numeroso ejército español tomando el mismo camino que siguiera Anibal , y atacar á Roma, mientras que Anibal ocupase en el mediodia de Italia á los ejércitos de la república. Hemos, pues, llegado al momento mas peligroso para los Romanos ; y puesto que aquel peligro provino del ejército español capitaneado por Asdrubal, y que se desvaneció cuando la destruccion de aquellas fuerzas y la muerte de su general , doble catástrofe que tuvo gran influencia en la expulsion de los Cartagineses de España y en la definitiva ocupacion de su territorio por los Roma-

nos, creemos deber referir estos acontecimientos con algunos detalles, como que se refieren á la historia que estamos escribiendo por el doble título de causas y de efectos.

Lo que mas sorprende en aquella campaña es su grandiosidad; entre todas las guerras de los tiempos antiguos es la que mayor analogía guarda con el genio guerrero de nuestra época; creeríase al leerla asistir á las luchas que en este siglo han ensangrentado la tierra de Italia.

Diez años hacia que Anibal saliera de España, y en todo este tiempo habia acampado en territorio de la república romana, sostenido por sus propios recursos y por los que encontró en varios pueblos que abandonaron la alianza de Roma. Cartago, empero, nada habia hecho por él; concentrando sus esfuerzos todos en las posesiones españolas, no queria consagrarse á Italia antes de establecer su imperio en la Península de un modo definitivo. Los triunfos de ambos Escipiones hicieron que modificase en parte sus ideas, y dejando en España una fuerza respetable, mandóse á los generales cartagineses que enviaran su ejército á Italia. Asdrubal, hermano de Anibal, y sin disputa el segundo capitan de la república, se encargó de la invasion, que podia poner fin á la segunda guerra púnica con la destruccion de los Romanos. 208 a. ant. de J. C.

Aunque muy distante de Roma, aunque varias veces derrotado por Marcelo, Anibal parecia tan temible aun á la república, que esta tenia constantemente tres ejércitos escalonados desde el Brucio (Calabria) hasta Roma. Era evidente que el astuto Cartaginés no queria comprometer sus fuerzas, que evitaba las batallas generales y que esperaba un momento decisivo, sistema que quedó explicado al saberse que Asdrubal, despues de pelear sin resultado con Escipion, se habia retirado hácia el Tajo y la parte de Lusitania que forma hoy la Extremadura; que habia reunido allí gran número de pueblos españoles, hasta entonces muy poco interesados en la contienda de Cartago y Roma, y que habia tomado por fin el camino de los Alpes, dejando á Hannon el cuidado de continuar las hostilidades en la Bética.

Así, pues, Asdrubal marchaba hácia Roma, y fué tal su diligencia que á principios de la primavera que siguió á su vencimiento, habia pasado los Pirineos, atravesado la Galia y penetrado en Italia. Los Romanos se hallaron en un peligro mayor que el que les amenazara despues de la batalla de Canas; atacados por Anibal al mediodía, y por Asdrubal al norte, ambos entendidos generales y caudillos de tropas veteranas, el único capitan que hubiera podido oponerles la república, hallábase ocupado en España. Esto no obstante, Cornelio Escipion envió sus naves á Italia llevando algunos miles de soldados, dinero, víveres y armas; la mayor parte de aquellas tropas que eran españolas iban impulsadas por las vicisitudes de la conquista á combatir contra otros Españoles por una causa extraña á los unos y á los otros.

Otra desgracia para Roma fué la eleccion de cónsules. Acababan de ser nombrados Livio y Claudio Neron, y enemigos declarados, de un carácter del todo opuesto, eran mas propios para suscitar una guerra civil que para obrar de acuerdo contra los enemigos de la patria. Su enemistad estalló desde el principio de la campaña, y jamás habia sido tanta la ansiedad del pueblo y del senado.

Sin embargo, Livio marchó contra Asdrubal, y Neron se dirigió al Brucio al encuentro de Anibal. El ejército cartaginés del norte, que bajo las órdenes de Asdrubal, hacia en Italia diarios progresos, componíase casi exclusivamente de Españoles, mandados por jefes cartagineses; tal era desde la conquista la constitucion de los ejércitos cartagineses en España, y como los Romanos se habian apresurado á seguir este ejemplo, puédese decir, si nos es permitido servirnos de una locucion moderna, que los cuadros de aquellas legiones enemigas estaban cubiertos por reclutas, con frecuencia renovados entre los pueblos de las guerreras tribus de la Península. Hemos visto que ya por la astucia, ya por la violencia, ó quizás por el solo ascendiente de una civilizacion superior, los Cartagineses y los Romanos habian arrastrado en su contienda á las principales naciones hispanas, de las que sacaban, por decirlo así, á manos llenas, los hombres necesarios para las necesidades de sus guerras, oponiendo así casi siempre Españoles á Españoles. Solo teniendo en cuenta las levas voluntarias ó forzosas que en poco tiempo aumentaban los ejércitos de ambos pueblos rivales, puédense comprender las singulares vicisitudes de la lucha terrible empeñada en aquel vasto teatro, y el extraordinario número de muertos que mencionan las historias de aquella época, imposible como habria sido para Roma y Cartago bastar ellas solas para tan gran consumo de hombres. La explicacion de esto parece encontrarse en la docilidad y en el espíritu guerrero de la poblacion española, que, á lo que se cree, ascendia entonces á un número muy elevado.

Hasta el momento que nos ha sugerido las anteriores reflexiones, ambos pueblos habian sostenido la lucha con el auxilio de los Celtíberos y de los moradores de la Bética; pero Asdrubal hizo salir al campo á los Lusitanos, y con soldados de aquel país y cierto número de Galos, á quienes Anibal imprimiera el respeto de su nombre y de sus armas, pasó su hermano á Italia y puso sitio á Plasencia. Los historiadores de nuestra patria abandonan al llegar aquí tan gran expedicion, y limítanse á decir que Asdrubal fué vencido y muerto, lo cual, á nuestro modo de ver, es desconocer el carácter de la historia. Esta no ha de encerrarse en el espacio geográfico de un estado, sino que debe cuenta al país de la muerte de sus hijos, sea cual fuere la tierra á que su valor ó su destino los traslade, debiéndola sobre todo cuando ellos han puesto en peligro al mas poderoso imperio del mundo y han sucumbido con honra en una lucha desigual.

Asdrubal se habia mostrado digno hermano del gran genio militar de los tiempos antiguos: vencido por Cornelio Escipion y por los Celtíberos, supo encontrar nuevos recursos en la Lusitania, pues la España era entonces un semillero de soldados. Asdrubal reunió cerca de cincuenta mil hombres, y antes que Escipion pudiera oponer obstáculo á su marcha, pasó los Pirineos por la parte oriental, y recorrió el camino con tal celeridad, que llegó á la Italia superior antes de que los refuerzos enviados de España por los Romanos hubiesen desembarcado en el Lacio.

El cónsul Livio se dirigió por fin hácia el norte despues de reforzar su ejército con las tropas españolas de Escipion, y fué á reunirse con el pretor Porcio, á quien Asdrubal arrollaba sin cesar desde que atravesara los Alpes. Al aparecer el cónsul, Asdrubal levantó el sitio de Plasencia, y ambos adversarios hiciéronse una guerra de escaramuzas y sorpresas, para la cual se prestaba ad-

mirablemente la índole de las tropas españolas; parecia que ambos generales nada querian omitir en la preparacion de una batalla decisiva. De ella dependia en efecto la suerte, no de sus ejércitos, sino de toda la guerra; vencido Livio, sucumbia Roma; derrotado Asdrubal, era imposible que Anibal se sostuviese en Italia.

Neron, que habia avistado á Anibal al extremo de la Lucania, no lejos de Tarento, es decir á mas de cien leguas de los ejércitos del norte, dió principio á la guerra de un modo opuesto á su cólega; quiso desde el primer momento poner á prueba su ejército, y tuvo la fortuna de vencer á Anibal en batalla campal. Aquella era la vez primera que los Romanos reportaban semejante honor, en cuanto los triunfos de Marcelo no eran en cierto modo mas que victorias defensivas, y Neron se abandonaba á todo el placer de su buena fortuna, cuando el pretor Claudio le envió unos correos, despachados por Asdrubal á su hermano, á quienes habia hecho prisioneros. Los emisarios, que no dijeron la verdad hasta ser aplicados al tormento, habian de anunciar á Anibal el número y la cualidad de las tropas de Asdrubal, las emboscadas que este pensaba tender al cónsul Livio para vencerle, y la reunion que con él proyectaba luego que su victoria hubiese introducido el desaliento en el ejército de Neron. Al instante formó el cónsul un atrevido plan, cuya realizacion exigia toda la excelencia de la disciplina romana; hizo ante todo advertir á su cólega, y partió la noche próxima al frente de un cuerpo escogido de infantería y caballería, dejando su campamento á las órdenes del pretor. Marchando de dia y de noche, no concediendo á sus soldados mas que algunas horas de reposo, é inspirando confianza y valor á cuantas ciudades hubo de atravesar, dirigióse hácia la Umbria, y ¡cosa que parece increible! reunióse con Livio al octavo dia de su partida, de modo que su ejército hizo unas quince leguas diarias. Para encubrir mejor su proyecto procuró llegar de noche, y segun órden suya, el campamento de su cólega no fué ensanchado para recibir á los recien llegados.

Conocido es el esmero con que los Romanos establecian y fortificaban sus campamentos, que eran verdaderas plazas fuertes, rodeadas de una trinchera y de un foso, y con una distribucion interior muy regular y en un todo parecida en la alineacion de las tiendas, á las calles de una ciudad. En vez de ensanchar el recinto del campamento, colocáronse mayor número de soldados en una misma tienda, y Asdrubal no sospechó la llegada del cónsul así como su hermano no habia sabido su partida. Preciso es confesar que la concepcion y realizacion de este plan, consistente en trasladar de un extremo á otro de Italia, con la rapidez de una flecha, á la flor de un ejército victorioso, para caer sobre otros enemigos; en ponerse bajo las órdenes de un general que le odiaba, y en pelear como inferior, siendo así que era sin duda alguna el primero por el genio, hacen de Claudio Neron uno de los mas distinguidos capitanes de la antigüedad.

Sin conceder ni un dia de descanso á sus soldados, ambos cónsules salieron del campamento el dia siguiente y presentaron batalla á Asdrubal, quien manifestó en aquella ocasion su experiencia militar. Conoció al momento haberse aumentado el número de tropas; en medio de aquellas masas de hierro distinguió armas menos brillantes; vió que parte de la caballería montaba caballos extenuados de fatiga; supo por sus espias que en el campamento del cónsul Livio se habia da-

do la señal dos veces y una sola en el del pretor, y deduciendo de estas observaciones que ambos cónsules se habian reunido, rehusó la batalla. Fácilmente se comprenderá la zozobra de Asdrubal: habia dado en la verdad respecto á la reunion de Livio y de Neron; sabia el esmero con que los soldados romanos limpiaban y bruñian sus armas para los dias de batalla, y atribuyó la no observancia de esta regla esencial de la disciplina al deseo de sorprenderle y de aniquilarle con los refuerzos llegados la víspera. Por otra parte, Asdrubal exageróse naturalmente las consecuencias de la reunion de ambos ejércitos; creyó que su hermano Anibal habria muerto ó que al menos no podia continuar la campaña en Italia; ignoraba es cierto el número de tropas llegadas con Neron, pero la mera presencia del cónsul le parecia indicar que todo habia terminado para Anibal, y así fué como la misma audacia de Neron contribuyó á asegurar el buen éxito de su empresa.

El Cartaginés, poseido de sombríos presentimientos, volvió á sus reales y dió principio á su retirada así que llegó la noche; por desgracia suya habia de atravesar un país enemigo, fiado únicamente en sus guias, los cuales huyeron transcurridas algunas horas, por efecto del temor ó de la traicion, y su ejército se fatigó en inútiles marchas y contramarchas por las márgenes del rio Metauro, buscando un vado que le fué imposible encontrar, merced á cuya dilacion tuvieran los Romanos tiempo de alcanzarle. Aquellos que sepan cuanto debilita la moral del soldado un movimiento retrógrado y precipitado, conocerán que toda la ventaja estaba de parte de los cónsules; y sin embargo, la batalla allí empeñada no se decidió tan pronto como podria creerse por lo que acabamos de decir. Los Españoles del ejército de Asdrubal no desmintieron entonces su reputacion de no desalentarse jamás por una derrota, y sobre todo de no creerse deshonrados cuando la necesidad los obligaba á retirarse. Hasta en los pueblos modernos se encuentran muchos ejemplos de victorias alcanzadas por tropas en desórden y vivamente perseguidas, y así lo hemos visto en las guerras de la revolucion francesa, en el último y aun en este siglo. Las batallas de Crecy, de Poitiers y de Azincourt fueron ganadas por los Ingleses en una posicion semejante; y mas recientemente aun, en nuestra gloriosa guerra de la independencia, un ejército inglés, que desde Portugal penetrara en España en 1808, despues de perder sus bagajes y la tercera parte de su gente en una retirada de cincuenta leguas, se rehizo á la primera señal, y derrotó ó poco menos al mariscal Soult, al pié de las murallas de la Coruña el dia 15 de enero de 1809.

Segun el testimonio nada sospechoso de Tito Livio, Asdrubal se portó como digno hermano de Anibal, y con sus acertadas disposiciones, hizo por mucho tiempo incierto el resultado del combate. El mismo historiador habla con elogio del valor de las tropas españolas, y por su relacion puede venirse en conocimiento de la confianza que en ellas tenia el general cartaginés. Asdrubal en persona se puso á su frente para defender el puesto de mayor peligro, que era el ala derecha; colocó á los Galos á la izquierda en una eminencia, y á los Ligurios en el centro, sostenidos estos por sus elefantes. El Cartaginés no esperó á ser atacado y marchó hácia el cónsul; el choque entre las tropas romanas y la legion española fué rudo, y hasta mediodía sostuvo Asdrubal el combate sin la menor desventaja. A Neron tocaba decidirlo; viendo á Livio empeñado con Asdrubal en

tan furiosa pelea, envolvió al ejército cartaginés, y con la audacia temeraria y sublime á la vez que manifestara desde el principio de la campaña, atacó por retaguardia el ala derecha de los Españoles. Asdrubal quiso hacer frente á aquel nuevo ataque, y en aquel momento vió á los Ligurios dispersados por sus propios elefantes, á los cuales habian los Romanos asustado y dirigido contra las filas enemigas. Hizo frente sin embargo á ambas partes, procurando apoyar el centro con la masa compacta que formaba su ala derecha, pero su ala izquierda observó igual conducta que el centro. Como hombre que sabia sacar partido de un momento decisivo, Neron no se entretuvo en perseguir á los Ligurios y cayó sobre los Galos. Era entonces la una de la tarde (llamada por los Romanos la hora séptima del dia), y el excesivo calor que en aquel momento reinaba contribuyó no poco á la derrota de los Galos, que soportaban mal las prolongadas marchas; el calor, junto con la fatiga que anteriormente experimentaran, les permitia apenas sostener las armas, y viéndose atacados de frente y por la espalda, dejáronse matar sin oponer resistencia.

Obtenidos estos triunfos, no quedaba mas que el ala derecha, entonces completamente envuelta, en la que Asdrubal solo combatia para vender cara su vida. Él y sus valerosos Españoles no pudieron ser vencidos por el número, por el calor, por la sed, ni por el cansancio, y murieron noblemente en su puesto de combate. El ejército cartago-español quedó destruido, y Appiano considera aquella jornada como un desquite de la batalla de Canas. Los Romanos tuvieron ocho mil legionarios muertos y considerable número de heridos.

Aquel dia pudo decirse que en un rincon de Italia, á orillas del rio Metauro, habia sido conquistada la España por los Romanos; la prudencia y moderacion de Escipion hicieron lo demás en esta parte de los Pirineos. Para la gloria de Claudio Neron es sensible que tuviera la idea, digna solo de un bárbaro, de cortar la cabeza al general vencido y de enviarla al extremo opuesto de Italia para que fuese arrojada al campamento del hermano de Asdrubal. Anibal comprendió entonces que su mision habia terminado en Italia; que no solo quedaba España perdida para los Cartagineses, sino que Africa corria tambien peligro, y no pudo menos de manifestar en público su desconsuelo y sus temores.

Desde aquel momento la fortuna de los Cartagineses declinó constantemente en la Península; las costas del Mediterráneo y la parte oriental de la Bética se hallaban bajo la dominacion romana, si bien encontrábanse aun en España tres generales cartagineses. Hannon y Magon se reunieron y penetraron en la Celtiberia, mas Escipion envió contra ellos á Silano, quien los venció sucesivamente, é impidió, con la rapidez de su marcha, que estallase en aquel territorio una especie de insurreccion que los Cartagineses habian preparado. Deseoso de aprovechar los triunfos de su lugarteniente, Cornelio Escipion marchó contra Asdrubal, hijo de Gisgon, que habia permanecido en la Bética; pero este general no esperando la llegada de los Romanos, huyó á Cadiz, y Escipion que temia aun penetrar en el interior de la Bética, país habituado desde muchos años á la dominacion cartaginesa, y que no esperaba alcanzar á Asdrubal Gisgon, regresó á Cartagena. Dejó sin embargo considerables fuerzas á su hermano Lucio Escipion, y para sacar algun partido de la campaña, encargó á este el sitio de Oringis (despues Flavium Aurgitanum, luego Giene y en el dia Jaen).

208 a. ant. de J. C.

207 a. ant. de J. C.

La plaza fué tomada por asalto, no sin vencer la obstinada resistencia de los habitantes, muchos de los cuales eran Cartagineses, circunstancia que nos manifiesta que sus colonias no se limitaban al litoral, y que la Bética toda, ó á lo menos la parte mas meridional de aquel país, era una verdadera provincia cartaginesa. En la toma de Oringis, los Romanos pusieron en práctica los mismos principios que los dirigian desde su entrada en España; hicieron esclavos á los ciudadanos de Cartago, y dejaron á los Españoles sus bienes y su libertad.

Asdrubal Gisgon y Magon, casi sin tropas, hicieron sobrehumanos esfuerzos para reconquistar su influencia; la floreciente ciudad de Cadiz les ofrecia inagotables recursos, y los Cartagineses de la Bética, para quienes era aquella guerra de vida ó de muerte, secundaron á sus generales por todos los medios posibles. Esto se concibe con facilidad, pero es difícil de concebir como dos capitanes completamente derrotados, sin bandera, sin soldados, reaparezcan algunos meses despues con un ejército de mas de sesenta mil hombres. Estos golpes teatrales que tanto menudea Tito Livio en su elegante historia no se comprenden muy bien, y es preferible creer que el historiador aumenta en ciertas circunstancias el número de los enemigos de Roma, lo mismo que exageró, segun se asegura, los desastres de su patria en la batalla de Canas. Así sobresalen mas la entereza y constancia de los Romanos, y adquiere mayor realce el desenlace de sus guerras.

Sea como fuere, no tenemos mas recurso que decir con Tito Livio que al ver Magon y Asdrubal que su ejército ascendia á cincuenta mil infantes y á diez mil caballos, marcharon á poner sitio á Silipa, ciudad que, á lo que se cree, estuvo situada no lejos de Córdoba y Sevilla. Su campaña fué para los Cartagineses una série de desastres; despues de una guerra de emboscadas contra L. C. Escipion, en la que los Romanos llevaron siempre lo mejor, los dos generales cartagineses experimentaron por fin tan completa derrota, que ni restos quedaron de su ejército, y que Asdrubal se refugió por segunda vez á Cadiz. Acercábase el momento en que las mas antiguas colonias cartaginesas en España iban á pasar á otros señores.

La última victoria de Escipion tuvo para Roma importantes consecuencias: Marco Silano, lugarteniente del procónsul, logró separar á Masinisa de la alianza cartaginesa, siendo de creer que el mejor argumento del general romano para decidirle, fué la destruccion de los ejércitos cartagineses en España, y la excasa probabilidad de que se reconstituyeran. En aquel entonces varios caudillos españoles, aliados antes de Cartago, habian aceptado ya la amistad de los Romanos, y para completar la expulsion de los Cartagineses solo faltaba conquistar Cadiz y algunas plazas inmediatas.

206 a. ant. de J. C. El carácter de Escipion contribuyó tanto como sus victorias al establecimiento del poder romano. Hemos visto que varios jefes de las tribus de la Península habian celebrado con él voluntaria alianza, y si bien los hubo entre ellos que cambiaron muchas veces de partido, la simpatía general estuvo siempre en favor del jóven procónsul, quien supo aprovecharla como general lo mismo que como político. A principios de aquel año, Escipion pasó á Africa, dejando á Tarragona bajo el mando de L. Marcio, y á Cartagena y á su principal ejército á las órdenes de Marco Silano; su viaje tenia por objeto



granjearse la amistad del anciano Syfax, rey de Numidia, y obtener de él auxilios en hombres y caballos. Entre las anécdotas históricas mas curiosas ha de contarse la que refiere el encuentro en la corte del príncipe númida de Asdrubal, hijo de Gisgon, y de Cornelio Escipion, ambos animados de miras iguales, sentándose á la misma mesa y tratándose con exquisita cortesía. El Romano alcanzó el triunfo, y volvió á España satisfecho de los pactos que con Syfax estipulara.

Con un aliado en Africa que podia suscitar obstáculos á los Cartagineses en su propio país, ocupóse Escipion en reducir las plazas que el enemigo poseia aun en España. Desde Cartagena, donde habia desembarcado á su regreso de Africa, dió órden á Marcio de marchar con el ejército de Tarragona contra los pueblos de Castulon y de Iliturgis, de los cuales deseaban los Romanos tomar venganza, por haber sus habitantes abandonado á los Escipiones en la época de sus desastres despues de celebrar con ellos un tratado, y haber dado muerte los de Iliturgis á los fugitivos que buscaron un asilo en sus muros cuando la derrota de Publio Escipion. Reunidos los ejércitos de Marcio y de Escipion penetraron en la Bética, y allí el procónsul dispuso sus fuerzas: confió á Marcio la tercera parte del ejército para que sitiara á Castulon, y marchó en persona á poner sitio á Iliturgis. Hemos dicho cual fué la conducta de los moradores de dicha ciudad; veamos cual fué la de los Romanos.

La ciudad se defendió de un modo desesperado, mas preciso fué ceder á la disciplina, si no al valor de los Romanos. Los sitiados se alejaron demasiado en su última salida, y hubieron de retroceder en desórden; entonces Escipion aplicó la primera escala y las legiones subieron al muro y penetraron en la ciudad. Iliturgis sufrió en todo su rigor las leyes de la guerra; todos sus habitantes fueron pasados á cuchillo, sin distincion de edad ni de sexo, y para hacer lo que se llama un ejemplo en el estilo de los vencedores, la ciudad fué arrasada y reducida á cenizas. No quedó en pié ni una sola casa; pasóse el arado por el lugar que ocuparon sus murallas, y se sembró sal en él. Si los Romanos hubiesen hecho semejante expedicion en la Península, en la época en que los Cartagineses eran todavia en ella fuertes y numerosos, es probable que toda la virtud, moderacion y continencia de Escipion no le habrian librado de la suerte de sus tios.

La matanza y el incendio de Iliturgis parecieron saciar la venganza romana, y Escipion trató de muy distinto modo á la ciudad de Castulon, que Marcio tenia bloqueada. Sus puertas se abrieron con las solas condiciones de quedar prisionera la guarnicion cartaginesa y de ser castigados los cuatro principales autores del asesinato de los Romanos.

Terminada aquella doble expedicion, el procónsul volvió á Cartagena, donde mandó celebrar juegos fúnebres en honor de su padre y de su tio, si bien aquella ceremonia tenia muy distinto objeto que dar á la piedad filial de Escipion ocasion de manifestarse. Con aquel motivo reunió á los principales caudillos españoles, y erigióse en protector de los unos, en amigo de los otros y en árbitro de todos.

En la historia de dichas fiestas hallamos una particularidad digna de ser observada, tal es el primer ejemplo de lo que se conoció en la edad media con

el nombre de *juicio de Dios*. Dos jefes españoles, llamados Orsua y Corbis, parientes entre sí, se disputaban la posesion de la ciudad de Iba, cuya situacion se ignora en el dia; Escipion procuró ponerles de acuerdo, pero Orsua propuso á Corbis terminar su diferencia por medio de un combate singular. Corbis aceptó, y ambos campeones se batieron (1), quedando Orsua sin vida y su adversario con la ciudad disputada. Rara vez, por no decir nunca, se encuentran en la antigüedad ejemplos de estos duelos jurídicos, y nos costaria dar asenso al que hemos referido, á no verlo acreditado por un historiador digno de fe. El duelo judicial es una institucion moderna, que reconocia su orígen en una falsa apreciacion del espíritu del cristianismo; entre los antiguos, así los pueblos civilizados como los bárbaros parecen haber ignorado el duelo, y no haberlo practicado bajo ninguna de las diferentes formas que le han dado las preocupaciones religiosas y sociales de las naciones modernas.

Mientras Escipion dirigia sus esfuerzos á captarse el afecto de los principales del país, Lucio Marcio, el mismo que reparara las desgracias de los dos Escipiones, se apoderaba de las últimas plazas de la Bética, ocupadas aun por los Cartagineses. Córdoba, Ilípula, Sevilla y todo el territorio inmediato cayeron en su poder, y dirigióse luego contra Astepa. Era esta ciudad aliada de los Cartagineses, mas no tenia guarnicion; pero esto no obstante, como siempre habia manifestado una extraordinaria adhesion á Cartago y habia hostigado varias veces á los aliados de los Romanos, Marcio la sitió y se dispuso á tratarla con el mayor rigor. Los habitantes de Astepa dieron entonces un segundo ejemplo del heróico valor que ilustrara á Sagunto; reunieron en la plaza pública á sus mujeres é hijos, amontonaron cuanto poseian, y formaron una inmensa hoguera, encargando á cincuenta jóvenes resueltos que en caso de penetrar el enemigo en la ciudad diesen muerte á sus familias y prendiesen fuego á la hoguera, á fin de privar al vencedor del provecho que de su victoria esperaba.

Tomadas estas disposiciones, los moradores hicieron una salida general y atacaron el campamento romano con tal impetuosidad, que desbarataron las primeras cohortes que encontraron á su paso. Sin embargo, en vez de oponerse Marcio á aquel choque desesperado, dejólos avanzar hasta que estuvieron completamente envueltos; entonces mandó cargarlos por todos lados, y acabaron por caer todos no sin vender muy cara su vida. Los Romanos marcharon hácia la ciudad, pero la tragedia no habia hecho mas que empezar en el campo de batalla; el incendio, la matanza no dejaron á los Romanos un esclavo ni un mueble, y los habitantes encargados de aquella mision diéronse á sí mismos la muerte despues de pasar á cuchillo á las mujeres y á los niños y de poner fuego á la hoguera. La España en toda la antigüedad fué la única que ofreció, con pocos años de intervalo, dos ejemplos de tan heróica resistencia; resistencia feroz sin duda, pero que atestigua en alto grado el horror que á aquellos pueblos inspiraba la esclavitud. Sagunto y Astepa tuvieron igual suerte, por aliados distintos, pero en el fondo por una misma causa; si hubo error en sus alianzas,

(1) Cum verbis disceptare Scipio vellet, ac sedare iras, negatum id ambo dicere communibus cognatis: nec alium deorum hominumve, quam Martem, se judicem habituros esse. Tit. Liv., l. XXVIII.

permanecieron fieles á ellas porque libremente las contrajeron, y supieron perecer para conservar en toda su integridad la independencia que les era propia.

Sin embargo, el destino de Cartago habia de cumplirse, y consecuencia de los triunfos de Escipion fué amenazar los Romanos á Cadiz, la primera colonia fenicia y el último asilo de los Cartagineses. Aquella plaza, cuya situacion era muy fuerte, habria costado grandes esfuerzos al ejército romano á tener que tomarla á viva fuerza; pero no sucedió asi: los mismos habitantes ofrecieron á Escipion entregarle la ciudad, la guarnicion y el general que la mandaba. Magon, retirado á Cadiz despues de su última derrota, habia reunido en aquella ciudad algunas tropas africanas, á las que unió un cuerpo lusitano; llamó al puerto á varias naves é hizo cuanto le fué dable para conservar los escasos restos de la dominacion cartaginesa en la Península; en su crítica posicion hubo de emplear todos los medios á fin de sacar dinero á los Gaditanos, y resueltos estos á sacudir el yugo, ó por mejor decir, á cambiar de dominadores, enviaron diputados á Escipion para que trataran con él. Escipion nada les negó de cuanto le pidieron, y en virtud de los pactos que con ellos celebrara, ordenó la marcha de un ejército de tierra á las órdenes de Marcio y de una escuadra mandada por Lelio.

Aquel primer movimiento de los Romanos contra Cadiz se frustró por distintas causas; la conspiracion de la ciudad fué descubierta por el general cartaginés, quien aumentó la guarnicion y envió presos á Cartago á los directores de la trama. Adherbal, encargado de trasladarlos allí, encontró la escuadra de Lelio, quien, avisado de los últimos acontecimientos, le esperaba cerca del punto en que está situada Algeciras; muchas naves cartaginesas fueron apresadas ó echadas á pique, pero, favorecido Adherbal por una tempestad, pudo salvar la galera que montaba y llevar sus prisioneros á Cartago.

Lelio y Marcio que no esperaban tomar una ciudad cuyos defensores estaban prevenidos, regresaron á Cartagena con el ejército y la escuadra.

Por aquel tiempo ocurrió un suceso que pudo destruir en España el poder romano en el momento en que parecia mas sólido que nunca. Escipion cayó enfermo de gravedad y hasta se propaló el rumor de su muerte, á cuya noticia Indibil y Mandonio, caudillo el primero de los Ilergetas y de los Ausetanos el segundo, aliados todos de los Romanos, levantaron tropas en la Celtiberia, y se presentaron en actitud hostil entre los pueblos de la parte opuesta del Ebro. ¿Cuál era el verdadero designio de ambos jefes? Difícil es en el dia apreciarlo; los Romanos los han calificado de rebeldes, y los escritores españoles los consideran como ambiciosos que pretendian establecer su propia dominacion expulsando á los Romanos despues de haber auxiliado á estos para expulsar á los Cartagineses. La segunda interpretacion no es muy probable, pues dividida la España en varios pueblos casi iguales entre sí, los jefes de aquellas especies de tribus no pensaban en conquistar lo que llamamos nosotros una autoridad soberana. Mandonio é Indibil, que, segun se dice, eran hermanos, reunieron á su alrededor á gran número de soldados luego que se difundió la noticia de la muerte de Escipion, y el único sentimiento que manifestaron fué el deseo de librar á España de los ejércitos romanos.

Si la lucha hubiese durado mas tiempo, si los pueblos todos de la Península se hubiesen acostubrado por espacio de muchos años á agruparse al rededor de

ambos caudillos ó de uno solo, quizás Mandonio ó Indibil habria acabado por concebir la idea de transformar su influencia accidental en un poder duradero y por formularla de un modo mas ó menos usurpador; pero nada en verdad justifica la mancha lanzada por los historiadores españoles sobre dos hombres que hicieron realmente esfuerzos contra los conquistadores de su país, y cuya conducta en nada autoriza para considerarlos como ambiciosos. A ambos los veremos sucumbir en su segunda lucha contra los Romanos, y su muerte afirmar en la parte oriental de España la dominacion de los invasores; y aun cuando los tiempos de que tratamos aparezcan muy distantes de los nuestros, y sean los pueblos cuya historia referimos muy distintos de nosotros por sus costumbres, sus leyes y su estado social, no podemos menos de manifestar el afecto que nos inspiran los hombres que protestaron á su modo contra el derecho del mas fuerte, creyendo que la causa de aquellos dos jefes de pueblos llamados bárbaros es tan digna de interés como la de las naciones modernas que han obrado con igual objeto.

Sea como fuere, Mandonio é Indibil tuvieron aliados que no esperaban. Ocho mil Romanos acampados en la otra parte del Ebro, encargados de combatir ó por mejor decir, de vigilar á los aliados, se sublevaron contra la autoridad del procónsul, bajo el pretexto de que no les pagaba el sueldo; expulsaron á sus tribunos, en cuyo lugar eligieron á simples soldados, y persuadidos de que Escipion habia muerto, dirigiéronse hácia Cartagena, llegando hasta el rio Sucron, hoy el Jucar, á poca distancia de Cullera.

Escipion mostró gran habilidad en la represion de aquel movimiento; esperó á los sublevados, dejólos adelantar hácia Cartagena y luego hizo envolverlos por todo su ejército. Sin embargo, como no queria aniquilarlos ni tampoco diezmarlos, redújolos á la obediencia por medio de un elocuente discurso, prometióles dinero, y satisfizo la disciplina militar con el suplicio de unos pocos.

La proximidad de Indibil y de Mandonio y el ejemplo que daban á los Españoles, aliados ó no de los Romanos, entraron por mucho en la clemencia de Escipion, el cual dijo á sus soldados que les pagaria el sueldo que pedian con los tesoros de los dos rebeldes Españoles, y los condujo á su encuentro.

Estos, que supieron á la vez el restablecimiento de Escipion y el fin de la sublevacion de los ocho mil Romanos en quienes tanto confiaban, pasaron otra vez el Ebro al frente de un ejército de seis mil infantes y dos mil quinientos caballos, pero Escipion los alcanzó en breve. El general romano pasó á su vez el Ebro, y despues de cuatro dias de marcha hallóse en presencia de los Celtiberos. Dos dias duró la batalla; los Españoles perdieron toda su caballeria y las dos terceras partes de su infantería; pero Mandonio é Indibil pudieron escaparse seguidos de algunos soldados. Para formarse una idea del encarnizamiento del combate, no hay mas que considerar la pérdida de los Romanos mejor armados y disciplinados; el número de muertos y de heridos se elevó á mas de cinco mil hombres.

Convencido Indibil de que le era imposible luchar contra el ascendiente de Escipion, recurrió á la astucia, y resolvió pedir humildemente perdon y una paz que no pensaba conservar, puesto que la rompió luego que Escipion hubo salido de España para pasar á Africa. Para ello envió al general su hermano Man-

donio, quien prosternándose á los piés del procónsul, atribuyó su rebelion á una especie de sino fatal que parecia pesar entonces sobre los paises aliados de los Romanos. Como prueba de aquella influencia emponzoñada que estaba como en el aire, adujo la sublevacion de los mismos soldados romanos que habian desconocido la autoridad de tan ilustre capitan, y rogó á Escipion que no fuera con los Ilergetas y Ausetanos mas severo de lo que habia sido con sus conciudadanos. Declaróle tambien que, penetrados él, su hermano, sus amigos todos y cuantos los reconocian por jefes, de la falta cometida, estaban resignados á morir, si así lo mandaba; que ponian en sus manos su suerte y que no esperaban sino en su bondad.

Tito Livio nos ha conservado este discurso y es probable que el historiador ha puesto en su relacion mayor buena fe que el caudillo de los Ausetanos en sus protestas, suponiendo que sea verdad que dijese una cosa semejante, pues no ha de olvidarse que Tito Livio se complace en poner en boca de sus personajes históricos discursos de su invencion, y de ellos están llenas sus Décadas. La respuesta de Escipion no es menos curiosa; segun el mismo Tito Livio, empezó por decir á Mandonio «que así él como Indibil habian merecido la muerte, pero que el pueblo romano, siempre generoso y magnánimo, les otorgaba la vida. Añadió que, á pesar de la costumbre practicada por los Romanos de privar al menos de las armas á los pueblos vencidos, les dejaria las suyas, en cuanto no temia su rebelion y sabria vencerlos otra vez si necesario fuere; no les pedia rehenes como fiadores de sus promesas, pues en caso de que faltasen á su palabra no pensaba castigar su traicion en cabezas inocentes, sino que ellos mismos serian objeto de su venganza.»

Nada en verdad mas diplomático que estos dos discursos: las protestas de fidelidad del Ilergeta no eran mas sinceras que la generosidad de Escipion. El procónsul á quien habia asustado aquella especie de insurreccion y que sabia que el suplicio de ambos jefes no extinguiria el amor de la patria en todos los pueblos celtíberos, prefirió intentar el medio de la conciliacion, aun con riesgo de volver á empezar la guerra, no ocultándosele que seria preciso mas de un combate para que fuesen los Romanos definitivos poseedores de la Península, mas fácil de ser arrebatada á los extranjeros que á sus propios habitantes.

Aunque exponiéndonos á engañarnos, nos atrevemos á atribuir á otro motivo la magnanimidad de Escipion en aquella circunstancia. El general creia haber hecho ya bastante en España, y desde mucho tiempo le absorvia la idea de llevar la guerra á Africa, esperando que semejante expedicion haria abandonar la tierra italiana á Anibal y á su ejército. Su mayor deseo era, pues, poner fin á los asuntos de España, y si bien harto sagaz para no prever una próxima insurreccion en la Celtiberia, importábale poco que estallara cuando se encontrase en Africa, contando no sin razon en que sus lugartenientes bastarian para reprimir aquellos movimientos. Su propósito era poder salir de la Península, y asegurar la paz por algun tiempo á fin de realizar sus proyectos contra Cartago.

Restablecido el órden en la Celtiberia, Escipion envió á Marco Silano á Tarragona con parte del ejército y dirigió la otra hácia Cadiz á las órdenes de Marcio, al cual siguió en persona poco tiempo despues.

Masinisa habia presentido hacia mucho tiempo que Cartago sucumbiria

en su lucha con Roma, y Silano no tuvo que esforzarse mucho para inspirarle gran confianza en la amistad de los Romanos. El viaje que hiciera Escipion al Africa el año anterior, habia manifestado á Masinisa que los Romanos buscaban un apoyo en aquel país, y como era soberano de parte de la Numidia, pensó que era preferible para él engrandecer su imperio á expensas de Syfax que exponerse á ver pasar sus estados á manos de este último.

El jefe númida solicitó, pues, entrar en tratos con Escipion, pero solo con él y sin intermediarios de ninguna clase. Masinisa se hallaba entonces en Cadiz como aliado de los Cartagineses, y Escipion se dirigió hácia aquel importante punto con gran parte de su ejército. Así que Masinisa supo la llegada del procónsul, expuso á Magon, gobernador de Cadiz, que sus caballos no podian permanecer en la isla (1), que la falta de pastos les era perjudicial, y que hasta sus ginetes perdian sus brios en tan prolongada inaccion, por lo cual solicitaba verificar una expedicion al continente para tener en movimiento á sus soldados y recoger botin entre las poblaciones inmediatas. Una vez fuera de la isla, Masinisa envió tres ginetes á Escipion para concertar con él el tiempo y lugar de la entrevista.

El tratado quedó estipulado en breve, como que era ventajoso para ambas partes contratantes, y luego que hubieron estas dado y recibido mútuamente su palabra, Masinisa volvió á la isla, despues que de acuerdo con los Romanos, hubo merodeado por aquellos pueblos para no inspirar al gobernador sospecha alguna.

Este no pensaba, empero, en defender á Cadiz. El senado de Cartago habia tomado por fin la resolucion de abandonar á España, de retirar de allí todas las tropas activas y de hacer un supremo esfuerzo en Italia. Magon recibió, pues, la órden de partir de Cadiz con su escuadra, de dirigirse á Génova, en la Liguria, de atraer á sí á los Galos y á los Ligurios y de marchar luego contra Roma. Como primer preparativo de su expedicion, el general cartaginés exigió á los moradores de Cadiz cuanto oro y plata poseian, apoderóse del tesoro público, y despojó los templos de los dioses sin exceptuar el de Hércules. Embarcóse luego con toda la guarnicion, no dejando en la ciudad sino á Masinisa y á sus Númidas, con los cuales creia poder contar todavía.

Magon desembarcó cerca de Cartagena é intentó sorprender la plaza, en la que los Romanos no tenian entonces mucha gente; su empresa no dió resultado alguno, y tuvo que volver á sus naves. Supo entonces que la armada romana estaba cerca, y no atreviéndose á continuar su camino, volvió á Cadiz; mas como habia sucedido que durante su ausencia los habitantes abolieron la autoridad de Cartago, las puertas de la ciudad se mantuvieron cerradas en su presencia. Desembarcó, pues, en Ambis, reducido puerto inmediato á Cadiz, y desde allí envió diputados á la isla para quejarse de la traicion de los habitantes. Estos achacaron el caso al populacho, y Magon manifestó entonces deseo de hablar á los magistrados; estos fueron bastante cándidos para presentarse en su campamento, y luego que el general los tuvo en su poder, mandólos crucificar y azotar de un modo cruel: esta fué la despedida de los Cartagineses á España. Despues de tan gran hazaña, Ma-

(1) La isla de Leon.

gon volvió á embarcarse precipitadamente y tomó tierra en una de las Pityusas, ocupada por los Fenicios (1), en la que recibió cuantos auxilios necesitaba en hombres, armas y provisiones. Desde allí pasó á las islas Baleares (Mallorca y Menorca), situadas á cincuenta millas de las islas Pityusas.

Rechazado por los habitantes de la mayor de las dos (Mallorca), en la cual quiso desembarcar, vióse obligado á salir otra vez al mar. En la segunda (Menorca) fué mas afortunado: los isleños no manifestaron contra él la menor intencion hostil, y hasta le permitieron reclutar soldados. Magon alistó bajo sus banderas á dos mil hombres aguerridos, y para romperles mas aun en la disciplina, enviólos á pasar el invierno á Cartago. Él y sus tropas invernaron en Menorca, y, segun costumbre de los antiguos, hizo sacar sus naves á tierra, dándose despues el nombre de Mahon al lugar donde lo verificó. Los historiadores y geógrafos derivan el nombre de dicho puerto del de Magon: *Portus-Magonis*, por corrupcion Puerto Mahon.

Entregada Cadiz á los Romanos, sometiéronse á Escipion las demás ciudades de la Bética, de modo que en cuatro años quedaron despojados los Cartagineses de todas sus posesiones en España, sin que no por ello se convirtiese esta en provincia romana. Los Romanos solo habian conquistado la Bética y las ciudades situadas en el litoral desde Cadiz hasta Tarragona, mas el interior del país solo los conocia en calidad de aliados, y Lusitania que comprendia gran parte de la Península, no los habia visto aun bajo título alguno. La Celtiberia, así en aquella como en esta parte del Ebro, encerraba varios pueblos aliados de los Romanos, y otros en mayor número todavía que no los amaban como á vecinos ni como aliados. Entonces empezó para España la prolongada lucha que no terminó hasta los tiempos de Augusto, y es seguro que el país que forma en el dia Galicia, Asturias y la provincia de Tras-os-Montes en Portugal, no quedó hasta mucho despues sometido del todo al imperio. 205 a. ant. de J. C.

Los Cartagineses habian sido expulsados de la Península; los pueblos de España estaban subyugados ó intimidados por las armas romanas, y la república habia llamado al vencedor á Roma para conferirle los honores del triunfo. Antes de separarse de los soldados á quienes confiaba en nombre de Roma la custodia de su conquista, y con el designio de recompensar á los veteranos del ejército, Escipion reuniólos en una ciudad de agradable aspecto y de benigno clima, cerca del sitio en que se levanta hoy Sevilla; llamóla Italica, y sus ruinas se ven todavía cerca del recinto conocido con el nombre de Sevilla Vieja (2).

Dos generales enviados de Roma, segun unos, y segun otros, nombrados por el mismo Escipion, recibieron el gobierno de las ciudades subyugadas y el mando del ejército. Cornelio Léntulo rigió el país que se extiende desde los Pirineos hasta el rio Sucron, y Manlio Acidino las provincias situadas entre el Sucron y el Océano. Parte de las legiones se embarcaron con Escipion para Roma, y el primer cuidado del cónsul fué depositar en el tesoro público, como trofeo de sus victorias, 14,342 libras de plata y gran número de objetos preciosos que reve-

(1) Como hemos dicho, habia dos islas llamadas así por los antiguos (islas de Pinos), que llevan hoy los nombres de Iviza y Formentera.

(2) En los llamados *Campos de Talca*, corrupcion de *Campi Italici*.

laban las riquezas naturales del país nuevamente conquistado. El senado y el pueblo, siguiendo la religiosa costumbre de la época, se dirigieron al Capitolio para tributar gracias á los dioses.

104 a. ant. de J. C. Todo parecia favorecer á la república. Desde la campaña de Livio y de Neron parecia haber vuelto el rostro á Anibal la fortuna de las armas; los Romanos le estrechaban cada dia mas en el Brucio, y aunque no hubiese dejado de ser terrible por sus pasadas victorias y por la experiencia militar de las veteranas tropas que conservaba bajo sus banderas, su presencia en Italia no era ya un peligro para Roma. Los recursos todos de su genio éranle necesarios para mantenerse en Italia, y en tanto agitaba Escipion al pueblo y al senado para obtener la órden de llevar la guerra á Africa, hasta que por fin, á pesar de la oposicion de Fabio, recibió el mando de Sicilia, con la facultad de disponer de su ejército para cualquiera expedicion que juzgase provechosa á la suerte de Roma.

Sus anteriores conquistas en España fuéronle entonces de gran utilidad, pues Acidino y Léntulo le remitieron dinero, trigo, armas y auxiliares. Sus victorias en Africa fueron rápidas y decisivas; allí encontró por enemigo al anciano Syfax, su aliado en otro tiempo, y amigo de los Cartagineses desde que Masinisa habia cambiado de bandera. Este, con su actividad, con su valor, con su conocimiento del país, con sus atrevidos ginetes, fué para los Romanos un poderoso auxiliar, y durante los dos años que hizo la guerra en Africa, Escipion destruyó los ejércitos de Asdrubal y de Syfax, incendió su campamento, y puso sitio á la
210 a. ant. de J. C. misma Cartago. Anibal fué llamado de Italia, y con su derrota en los campos de Zama puso fin á la segunda guerra púnica. Los Cartagineses se declararon tributarios de los Romanos, les entregaron sus naves y sus elefantes, y renunciaron para siempre á lo que poseyeran fuera de Africa.

Lo hemos dicho ya: una nueva era empieza para España; libertada definitivamente de los Cartagineses, no todas sus partes sufrieron con paciencia el nuevo yugo, y los Romanos hubieron de emplear muchos años y continuados esfuerzos para convertirla en una verdadera provincia romana, gobernada bajo el mismo pié que los demás paises que el gran imperio fué incorporándose sucesivamente, á los cuales comunicó sus leyes, sus creencias, sus costumbres, sus usos y sus ideas. La mezcla, la asimilacion, si es permitido expresarse así, no se verificó sin dolor y sin esfuerzos, así en España como en otras partes; y si bien sufriendo el yugo la mayoría de sus habitantes, la Península vió siempre á algunos de sus pueblos rehusar su sumision al extranjero, y protestar con las armas en la mano contra la usurpacion de la tierra natal. En todas épocas se ha encontrado vivo este espíritu de patriotismo y de independencia que parece propio del pueblo español, y que en dos grandes circunstancias de su historia se ha revelado con toda la fuerza de la pasion: en la guerra contra los Moros, en tiempo de Pelayo, y en nuestros dias en la guerra contra los soldados de Napoleon.

De la dominacion romana sobre los pueblos del occidente y del norte de Europa se originó un gran bien; bajo su influencia se operó en gran parte la transformacion en grandes unidades sociales de las numerosas tribus bárbaras ó semi-civilizadas que moraban en las Galias, en Germania, en España y en las islas Británicas; ella fecundó en cierto modo el gérmen de que

habian de nacer los grandes cuerpos de naciones formando un todo compacto de muchos pueblos en un principio de diverso carácter, y unidos ahora entre sí por un lazo comun de voluntades, de principios y de lenguaje. La conquista romana llevó consigo este elemento progresivo, aun cuando estaba destinada la conclusion de tan gran obra á otro principio de moral y de asociacion religiosa; magnífico resultado en verdad, que no ha de agradecerse, empero, á la voluntad de los conquistadores, quienes obedecian á un exclusivo patriotismo, al solo interés de Roma.

Así se realiza el progreso; agítanse los hombres á pesar suyo para el cumplimiento de un plan providencial, á cuya realizacion sucesiva contribuyen sus buenas y malas pasiones; y en verdad que es de inefable consuelo haber comprendido la eterna ley bajo cuyo imperio viven las sociedades, haberse convencido por medio de los estudios históricos, de la incesante y ascendente marcha de la humanidad hácia un estado de civilizacion cada vez mas alto, cada vez mas grande, cada vez comprensivo de mayor número de intereses morales y materiales, á un tiempo mas glorioso y próspero á medida que los siglos transcurren y que las generaciones crecen en su renovacion. Sí, gran consuelo es haber sorprendido, en medio de las mutaciones de los imperios, de los atropellos de las conquistas, el secreto del progreso de las sociedades humanas; y esta fe que la ciencia comunica, robustece al hombre al mismo tiempo que le alienta, mostrándole en un porvenir menos lejano cada dia, el establecimiento de la justicia en la tierra, es decir, de la igualdad en la mas lata y racional acepcion de la palabra; pero no es este sin embargo motivo suficiente para adorar el mal por sí mismo como lo ha verificado la escuela histórica contra la cual hemos protestado al principio de este capítulo; no es esta una causa para anteponer el hecho al derecho. No nos apasionemos jamás por la fuerza, por gloriosa y útil que haya podido aparecer en varias de sus aplicaciones; sino por la justicia, por la libertad, por el derecho, por la razon, por el débil que lucha contra el fuerte. Aun en igualdad de malas pasiones, los oprimidos son para nosotros mas dignos de interés que los opresores, y esto que hemos querido expresar en el preámbulo del presente capítulo, no nos ha impedido, como ha podido apreciarse, tributar á las cualidades del vencedor los elogios que á nuestro sentir merecian. Así es como, al referir los sucesos tales como nos aparecen en medio de los diferentes relatos que de ellos se han hecho, continuaremos escribiendo la presente historia y juzgando de los hombres y las cosas que se ofrecerán á nuestros ojos.

CAPÍTULO III.

Resistencia de los Celtíberos.—Caton en España.—Expedicion de los Turdetanos.—Los Lusitanos en Bética.—Marco Fulvio destruye la liga celtíbera.—Guerra de los Romanos en Lusitania.—Liga entre los Lusitanos y los Celtíberos.—Q. Crispino y C. Calpurnio, pretores.—Victorias y derrotas de los Celtíberos.—Triunfos de Quinto Fulvio.—Sempronio Graco en España.—Conquistas de los Romanos en Celtiberia.—Nueva insurreccion de los Celtíberos.—Riqueza de España.—Mala administracion.—Acusacion de los pretores.—Abolicion de la pretura en España.—Primeras colonias romanas en España.—Ligas de los pueblos del interior.—Orígen de la guerra de Numancia.—Derrota del cónsul Fulvio Nobilior.—Victorias de Marcelo.—Embajada de varias ciudades españolas al senado romano.—Expedicion de Atilio.—Escipion Emiliano en España.—Avaricia y crueldad de Lúculo.—Sitio de Intercacia.—Combate singular entre Escipion y un soldado español.—Galba vencido y puesto en fuga por los Lusitanos.—Perfidia de Galba.—Orígen de la guerra de Viriato.

Desde el año 201 hasta el 149 antes de J. C.

Los Españoles sintieron en breve todo el peso de la alianza de los Romanos, y así que Escipion hubo salido de la Península, Mandonio é Indibil renovaron la guerra. Como buen ciudadano romano, Tito Livio considera aquella insurreccion como un homenaje al procónsul, y señala como causa de lo que llama la rebelion de los Celtiberos el gran respeto que aquel general les infundia, creyéndole el único capaz de subyugarlos. Esto no obstante, el historiador latino pone mejores razones en boca de Indibil cuando le hace decir «que los Españoles habian sido hasta entonces esclavos de los Cartagineses ó de los Romanos, y á veces de ambos á un tiempo; que expulsados los Cartagineses del país por los Romanos, seria fácil á los Españoles unidos expulsar á los últimos, y recobrar sus leyes, su libertad y las costumbres de sus antepasados.» Con semejantes palabras sublevó Indibil los pueblos inmediatos y levantó un ejército de treinta mil hombres de infantería y de cuatro mil caballos.

Léntulo y Acidino reunieron sus fuerzas y saliendo al encuentro de Indibil, trabaron con él una batalla que fué larga, sangrienta y por mucho tiempo indecisa, hasta que herido y muerto el caudillo español por una jabalina, decidióse la victoria por las legiones romanas. Introducido el desórden en las tropas españolas no sabian, como los Romanos, reunirse y reparar un desastre por la fuerza de su disciplina, y buscaban su salvacion en la fuga, siendo de notar que en todas las guerras de los Romanos en España, cada victoria que alcanzaban ponia fin á la guerra por aquella campaña para volver á empezar á la siguiente, lo cual prueba dos cosas: que los Españoles carecian de disciplina, y que sus derrotas no eran ni podian ser tan sangrientas como refiere Tito Livio. Si se sumaran los miles de muertos que cuenta el historiador de Augusto, veríase que la España no habria podido bastar para tal consumo de hombres; y por otra parte no es posible que tropas tan ágiles como animosas é indisciplinadas fueran pasadas tan fácilmente á cuchillo en un campo de batalla. Las mas de las veces era una dispersion y no una



Entrada de un ejército romano en España

matanza, y si bien Tito Livio cuenta con mucha exactitud los muertos, es seguro que los partes de los cónsules exageraban algo sus victorias, y que varias veces combatieron con ejércitos que habian quedado ya destruidos en sus anteriores relaciones.

La suerte de Mandonio fué aun mas fatal que la de Indibil; los pueblos asustados le entregaron á los Romanos para librarse de sus furores.

De corta duracion fué la paz; los Celtíberos entraron en campaña poco tiempo despues, y experimentaron una nueva derrota al medir sus armas con las de Cetego. Tito Livio hace morir quince mil hombres en el campo de batalla; pero sea como fuere, es lo cierto que aquella victoria puso fin á la guerra. 200 a. ant. de J. C. 553 de Roma.

El resto de España gozaba de mayor tranquilidad. Los Romanos que no eran comerciantes, no se mostraban muy duros con los pueblos que habitaban en las costas orientales, y declararon á Cadiz ciudad libre por haberlo sus moradores reclamado del senado en su cualidad de aliados. Los Romanos tenian la buena política de empezar siempre por ser justos y por cumplir su palabra durante cierto tiempo á los pueblos á quienes combatieran. Establecian su dominacion poco á poco; en un principio tenian amigos, aliados luego, y súbditos despues, y empezando por declararse protectores, patronos en seguida y señores al fin, conquistaron el mundo sin haber pretendido jamás en parte alguna un palmo de terreno. Al sublevarse los aliados ó los pueblos de sus provincias, no les declaraban una guerra de exterminio; dispuestos siempre á concederles la paz, bastábales que quisiesen aceptarla de sus manos; preveian una guerra futura, pero jamás la temian. 197 a. ant. de J. C. 556 de Roma.

La justicia del senado para con la ciudad de Cadiz, puso muy alto el nombre romano á los ojos de los habitantes de la Bética, país que, acostumbrado ya á la dominacion cartaginesa, sufrió sin murmurar el yugo romano. No sucedió así en Celtiberia; Colcas, señor de diez y siete ciudades en el pais, y Lucinio, nombre, segun costumbre, latinizado, dieron de nuevo principio á las hostilidades. Aquella vez fueron mas afortunados; Tuditano, pretor de la Bética, marchó contra ellos, mas los Españoles envolvieron y destruyeron su ejército, y herido él en la accion, murió pocos dias despues. Esta victoria comunicó nuevos brios á la liga celtíbera.

Un año despues fueron enviados á España en clase de pretores Quinto Minucio Termo y Quinto Fabio Buteon, para la Bética el uno y para la Tarraconense el otro. El primero ganó una batalla contra Budaris y Busidades (estos nombres nos parecen mas españoles que los de Mandonio é Indibil), y sin embargo el ejército romano no se atrevió á penetrar en el interior. 196 a. ant. de J. C. 557 de Roma.

Disgustado el senado por el aspecto que tomaba la guerra en la Península, resolvió hacer un gran esfuerzo, y envió uno de los cónsules á España, mandando que le siguieran nuevas tropas. Era aquel cónsul Marco Porcio Caton, mas conocido por el nombre de Caton el Censor, y partió con dos legiones y cinco mil ginetes. Elevaríase aquel refuerzo á unos treinta mil hombres, pues segun el modo de contar las legiones romanas, cada una representaba en realidad dos, una de ciudadanos y otra de aliados. Apio Claudio Neron fué nombrado tambien pretor para reemplazar á Quinto Fabio Buteon en el gobierno de la Bética. 195 a. ant. de J. C. 558 de Roma.

Caton desembarcó en Rosas y obligó á la guarnicion española á deponer las

armas; pero los Celtíberos, cuya liga jamás habia sido tan poderosa, levantaron al momento un número considerable de tropas. Instruido de sus movimientos, pidió Caton á Claudio Neron una legion, y este le envió á Elvio al frente de seis mil hombres, los cuales, antes de reunirse con el cónsul, dispersaron cerca de Andújar á numerosas fuerzas que pretendian oponerse á su paso.

Los dos ejércitos acampaban cerca de Ilerda, y no tardaron en llegar á las manos. A lo que parece, debió Caton la victoria á su habilidad personal por el modo como fatigó á los Españoles durante la mayor parte del dia, no haciendo entrar en accion sino á la mitad de su ejército, colocada en una posicion inexpugnable; transcurrido algun tiempo lanzó su caballería y sus tropas descansadas contra el enemigo extenuado por muchos é infructuosos ataques, y le puso fácilmente en fuga.

Neron era menos afortunado contra los Turdetanos en las cercanías del Betis y de Sevilla. El pretor les dió una batalla de indeciso resultado, y creyóse en la obligacion de solicitar del cónsul el mismo favor que este le pidiera poco tiempo antes. Caton se dispuso para pasar á la Bética con todas sus fuerzas, pero antes de su marcha mandó destruir las fortificaciones de las ciudades conquistadas y privar de sus armas á los habitantes. Su expedicion no produjo grandes resultados, aun cuando hizo la guerra con mayor rigor que los anteriores generales, y mientras operaba contra los Turdetanos llamóle otra vez á la Celtiberia el levantamiento de los Jaccetanos, habitantes de Jaca, de los Oscetanos ó Vescetanos, cuya capital era Osca, en el dia Huesca, de los Ausetanos y de los Bargistanos ó Bargusios.

Obligado á retroceder, atravesó Sierra Morena, y quiso apoderarse de paso de la ciudad de Segontia, hoy Sigüenza, plaza importante y lejana de cuantas se hallaban bajo la dominacion romana. En ella habian encerrado los Celtíberos grandes riquezas, así es que los sitiados hicieron una vigorosa defensa, y Caton tuvo que levantar el sitio.

El cónsul tomó de ello cruel venganza en los pueblos de esta parte del Ebro; apoderóse á viva fuerza de muchas ciudades, las demolió y pasó sus habitantes á cuchillo. Los Oscetanos y los Ausetanos se sometieron, y Caton sorprendió luego á Jaca, á la que trató con igual severidad. En Bargusia, capital de los Bargusios, redujo á esclavitud á cuantas personas quedaron con vida despues del asalto.

Entre cuantos Romanos hicieron la guerra en España, es quizás Caton el que manifestó mayor rigor; á todas sus expediciones presidió la lealtad, pero muchas veces abusó de la victoria. Su patriotismo se avenia mal con los medios que emplearan los Escipiones, y durante su consulado pareció poseido de un deseo de exterminio mas que de conquista. Los Celtíberos, debilitados por tantas guerras desgraciadas, suspendieron por algun tiempo sus esfuerzos, y Caton marchó á Roma á gozar de los honores del triunfo.

194 a. ant. de J. C. 559 de Roma.

A su vez aparecen los Lusitanos en aquella interminable lucha. Si hemos de creer á Tito Livio ellos fueron los agresores, y penetraron en la Bética devastando las posesiones romanas; P. Escipion era entonces pretor en aquella provincia, y antes de la llegada de Cayo Flaminio, que acababa de sucederle, reunió el mayor número de tropas que le fué posible, y se dirigió á

marchas forzadas contra los Lusitanos. Alcanzólos en las cercanías de Ilipula, y despues de una sangrienta batalla, en la cual compró Escipion muy cara la victoria, los Lusitanos cedieron, y abandonaron el botin que habian recogido en aquel rico país. Cayo Flaminio sucedió inmediatamente á Escipion.

Fulvio, que acababa de encargarse del gobierno de la Tarraconense, se trasladó á la Carpetania, país que forma parte de la provincia de Toledo y que se extiende desde los montes de igual nombre hasta la cordillera que separa á las dos Castillas. Los Carpetanos habian celebrado alianza con los Celtíberos, y en la liga habian entrado tambien los Vacceos, que ocupaban la region llamada despues *Tierra de Campos,* y los Vetones, habitantes de una parte de la Extremadura. Los confederados levantaron un numeroso ejército que salió al encuentro del pretor, y que como tantos otros fué dispersado por la disciplina romana; el jefe que lo mandaba quedó prisionero.

Los pretores que continuaron en su mando durante el siguiente año, lle- 192 a. ant. de J. C.
varon de nuevo la guerra á las fronteras de Lusitania y tomaron algunas 561 de Roma.
ciudades, entre otras Litabro, que se cree ser Calatrava en la provincia de la Mancha.

De regreso á la Tarraconense, Marco Fulvio cayó otra vez sobre Celtiberia, ganó dos batallas, y rompió por algun tiempo la liga de aquellos pueblos. Estos triunfos le permitierbn volver al interior, donde se apoderó de Toledo, despues de derrotar á los Vetones (Extremadura), que se dirigian á socorrer la ciudad.

Dos años despues, el pretor Emilio, que habia sucedido á Fulvio en el 190 a. ant. de J. C.
mando de la Tarraconense, experimentó una completa derrota contra los Lusi- 563 de Roma
tanos; seis mil Romanos quedaron en el campo, y los demás emprendieron la fuga. Segun se desprende de la narracion de Tito Livio, en las primeras guerras de los Romanos con los Lusitanos sucedia que si penetraban estos en la Bética, eran vencidos, al paso que aquellos sufrian igual suerte si invadian la Lusitania. De ello tenemos muchos ejemplos, y á continuacion puede verse otro.

Vencido Emilio, entraron los Lusitanos en la provincia romana, y el pretor los derrotó completamente.

El siguiente año es notable por la liga que se formó entre los Lusitanos y 189 a. ant. de J. C.
los Celtíberos. La contínua insurreccion de la Celtiberia, aquellos ejércitos celtí- 564 de Roma
beros que aparecen con tanta frecuencia prueban que las victorias de los Romanos no tenian el carácter decisivo que les atribuyen los historiadores latinos. En la época de que hablamos, fueron muy felices los primeros resultados de la union entre ambos pueblos; y los Lusitanos se presentaron con tan imponentes fuerzas en las fronteras de la Bética, los Celtíberos en la Tarraconense, que los pretores no creyeron posible hacerles frente, así es que diseminando sus tropas por las plazas fuertes, dejaron á los Españoles devastar el país.

Algunas aisladas victorias del pretor Atinio no variaron el aspecto de las cosas, hasta que Manlio hubo tomado el mando de la Tarraconense, y ganado á los Celtíberos una gran batalla. Despues de él, Q. Crispino y C. Calpurnio alcanzaron la victoria mas considerable que obtuvieron los Romanos en sus guerras en España.

Ambos pretores habian dado principio á la campaña con escasa fortuna, 186 a. ant. de J. C. 567 de Roma.

y su ejército perdió cinco ó seis mil hombres en un encuentro con los Celtíberos; pero estos, sin saber aprovechar su ventaja, no persiguieron á los Romanos, y no tardaron en arrepentirse. Los pretores, despues de reunir todas las guarniciones y de levantar tropas en las ciudades aliadas, se dirigieron al encuentro de los Celtíberos acampados no lejos del Tajo en una posicion favorable. Los Españoles, viendo que el ejército romano vadeaba el rio y se formaba en batalla, cometieron la imprudencia de abandonar las alturas y de trabar el combate en la llanura, sin contar que el órden militar de los Romanos, la excelencia de su caballería, la facilidad que tenian las legiones de moverse en todos sentidos y de presentar por todas partes una masa imponente, les daban en campo raso una ventaja que perdian por necesidad en un terreno montañoso y quebrado.

Esto no obstante, la victoria fué disputada con empeño, y solo á inauditos esfuerzos de valor debieron los Romanos no ser aniquilados. Los Españoles emplearon en el combate una maniobra que en un principio desconcertó á sus enemigos; formáronse en dos líneas y se precipitaron haciendo un ángulo agudo contra las legiones romanas, formadas en línea recta, modo de ataque que rompió la disposicion rectilínea de estas, obligándolas á concentrar la defensa en un solo punto y cambió la faz de la pelea. Tan imprevista maniobra introdujo gran confusion entre las tropas romanas, y Calpurnio temia verlas dispersadas á cada momento, cuando empleó uno de aquellos medios siempre omnipotentes para con los soldados. Díjoles que no pensasen en volver á ver sus hogares, la Italia, ni aun la orilla opuesta del Tajo si no reportaban la victoria en la lucha; que habian de morir ó vencer, y que en cuanto á él no aceptaba otra alternativa. Y mientras sus lugartenientes corrian de fila en fila transmitiendo las palabras del general, él, al frente de dos legiones de caballería, se precipitó contra uno de los flancos de la falange española, y Quinto contra el otro seguido de unos pocos ginetes. Por medio de aquel simultáneo movimiento, restablecieron los pretores el equilibrio, y en especial fué tan impetuoso el ataque de Calpurnio y de los suyos, que desde aquel momento no pudo ya dudarse del éxito del combate; despues de una lucha cuerpo á cuerpo, en la que los Españoles llevaron lo peor, los Romanos quedaron dueños por fin del campo de batalla.

Segun dicen los historiadores, perdieron allí la vida mas de treinta mil Celtíberos, y solo pudieron salvarse algunos miles; la pérdida de los Romanos hubo de ser tambien considerable, y aunque Tito Livio no la expresa, es probable que ascendiese á una tercera parte de la de los vencidos.

Sin embargo aquella victoria dió igual resultado que las demás; los pueblos de España que combatian por la independencia de su patria, no se consideraron vencidos, y por pérdidas que experimentasen, su valor no se desalentaba y volvian á empuñar las armas á la primera ocasion.

184 a. ant. de J. C. 565 de Roma. A Quinto Crispino y á Cayo Calpurnio sucedieron como pretores Aulo Terencio Varron y Publio Sempronio Longo, el primero en el gobierno de la Tarraconense y el segundo en el de la Bética. Pocos acontecimientos importantes ocurrieron durante el tiempo de su mando; limitáronse á guerrear con los Celtíberos y á tomar algunas ciudades en el país de los Ausetanos. El año siguiente fueron mantenidos en sus puestos.

Quinto Fulvio Flaco fué nombrado pretor de la Tarraconense y Publio Manlio de la Bética. Durante el primer año de su gobierno, Fulvio no se distinguió sino por la toma de algunas ciudades, sin gran resultado para la completa sumision de la Península', y Manlio por su parte no hizo mas que comunicar nuevo vigor á la disciplina del ejército y reanimar el valor de sus soldados, quienes, en aquellos meses de reposo, habian perdido su energía y acostumbrádose á la ociosidad. En aquel entonces los Celtíberos se levantaron de nuevo, é informados de que Fulvio se hallaba en la Carpetania, ocupado sin duda en establecer allí la dominacion romana, reunieron un ejército y marcharon á su encuentro en número de treinta mil hombres. Advertido Fulvio de su marcha, se preparó para su ataque, y despues de reforzar su ejército con nuevas tropas, reclutadas precipitadamente por sus mejores centuriones en los pueblos aliados de la república, estableció su campamento cerca de Ebora (1), á orillas del Tajo, á algunas millas de Toledo. Desde su llegada, los Celtíberos se formaron en órden de batalla en las inmediaciones del campamento; mas el pretor que queria engañarlos y sorprenderlos, no aceptó el combate, como diríamos en lenguaje moderno, y no salió de su tienda. Por espacio de cuatro dias procuraron los Celtíberos trabar la lucha en campo raso, sin lograr que los Romanos la aceptasen, hasta que una mañana Fulvio y sus batallones se pusieron en marcha para atacar el campamento de los enemigos. Apenas estos los vieron abandonar sus trincheras, se precipitaron á su encuentro profiriendo agudos alaridos, y dejando un escaso número de los suyos para custodiar su campamento. El combate fué empeñado; pero el Romano esperaba el triunfo mas que del valor de sus soldados de una estratagema que no habia aun empleado en sus guerras contra aquellos pueblos; el campamento celtíbero habia de ser atacado é incendiado durante la lucha. 182 a. ant. de J. C. 571 de Roma

Los Romanos cedian ya ante la impetuosidad de sus enemigos, cuando atacados estos de flanco por un considerable refuerzo de caballería que Acilio guiaba en auxilio del pretor, y sobre todo á la vista de las llamas que devoraban su campamento, los Celtíberos quedaron como heridos de estupor, y estuvieron por un momento indecisos acerca del partido que habian de tomar. El incendio de sus reales les privaba de toda retirada, y no tomando en tanto apuro consejo sino de su valor, se precipitaron desesperados contra el enemigo, quien dió de ellos buena cuenta. Mas de veinte y cinco mil hombres de todas armas quedaron en el campo de batalla, y fueron hechos prisioneros cuatro mil ochocientos, apoderándose además los Romanos de mas de quinientos caballos y de ochenta y ocho banderas. Segun Tito Livio, los Romanos solo perdieron tres mil cien hombres, mas tuvieron gran número de heridos que fueron trasladados á Ebora. El botin fué considerable, y bastó para enriquecer á gran parte de los jefes del ejército, circunstancia que demuestra la gran riqueza del país en aquella época (2). Los procónsules

(1) Ferreras da el nombre de Ebura á la ciudad cerca de la cual estableció Fulvio su campamento, y á lo que parece, añade, es Talavera de la Reina. La batalla tuvo lugar á una jornada de marcha de Toledo, á orillas del Tajo, y no lejos en efecto del sitio que en el dia ocupa Talavera.

(2) A orillas del Tajo y como á diez leguas de Toledo, vénse todavía muchas ruinas y restos de templos y edificios que se cree haber pertenecido á la ciudad de Ebora. En las mas humildes cabañas de aquellos campesinos se encuentran capiteles y pedazos de colunas de precioso mármol.

y pretores destinados á aquellas guerras se enriquecieron casi todos en muy poco tiempo.

Aquella batalla fué sin duda una de las mas sangrientas que se dieron en España en tiempo de la república romana, pero es de observar que, como las anteriores, produjo insignificantes consecuencias por lo que toca á la dominacion del país. Los vencidos distaron mucho de creerse sujetados, y pocos dias despues de su derrota, lanzáronse de nuevo á la lucha con igual intrepidez y arrogancia, tanto que enviaron una diputacion al pretor, no para someterse, sino para pedirle irónicamente tantos vestidos, caballos y espadas cuantos habian sido los hombres muertos en la batalla, llevando su temeridad hasta intimarle que saliera de su territorio sin pérdida de momento, si no queria experimentar la fuerza de sus brazos y los efectos de su enojo.

El pretor contestó que deseaba cumplir en persona las órdenes que se le daban, y, poseido de cólera se dirigió á Contrebia, donde sabia haberse retirado los que se libraron de la pasada matanza; su imprevista llegada los desconcertó, y los habitantes de Contrebia que, á lo que parece, no hacian en aquella circunstancia causa del todo comun con sus compatriotas, abrieron sus puertas á los enemigos, sabiendo allí Fulvio que la atrevida amenaza que se le hiciera pudo haber tenido para él muy fatales consecuencias si no hubiesen llegado en su auxilio el mal tiempo y las inundaciones. Al saber la última derrota de los suyos, reunióse como por encanto un nuevo ejército en Celtiberia, y púsose en marcha hácia Contrebia, á donde quizás habria llegado ya entonces si no le hubiesen detenido en su camino copiosas lluvias é inundaciones. El cónsul distaba mucho de estar tranquilo con cuanto se le decia, y conoció haber cometido una imprudencia arriesgándose hasta Contrebia; la suerte empero le favoreció, y pudo repararla con honra. Unos quince mil Celtíberos que formaban una especie de vanguardia estaban próximos á llegar á la ciudad, é informado Fulvio por sus espías de que ignoraban la rendicion de la plaza, hizo que sus tropas se ocultaran el dia de su llegada. Como los Celtíberos nada sospechaban, entraron con plena confianza, y Fulvio, saliendo entonces de su emboscada, los acuchilló antes de que tuviesen tiempo para defenderse; muy pocos se salvaron para comunicar la noticia al resto del ejército. Su pérdida en aquel nuevo desastre se calculó en doce mil hombres muertos, y quedaron en poder de los Romanos cinco mil prisioneros y quinientos caballos.

180 á. ant. de J. C. 573 de Roma. Apesar de las victorias de Fulvio, la España se hallaba menos sometida que nunca; una especie de espíritu nacional se habia creado entre aquellos pueblos, en especial entre los Celtíberos que habitaban la mayor parte de la Tarraconense; y si los varios pueblos que combatian en defensa de su libertad hubiesen tenido un lazo comun y un centro de accion, no habrian caido á buen seguro bajo el yugo despues de hacer prodigios de valor para sustraerse á él.

Ya fuese cansancio, ya deseo de gozar en paz de las riquezas que recogiera en sus expediciones, Fulvio pidió á Roma su reemplazo, y la retirada de sus legiones, al mismo tiempo que intrigaba para obtener los honores del triunfo, que entonces empezaban ya á comprarse á precio de oro. El escándalo de algunos actos suyos no le hacia bienquisto de los ciudadanos romanos que suspiraban

por una república de costumbres puras, ni de aquellos que odiaban tanto como á los reyes á los oligarcas de la clase patricia.

Para la pretura de la Tarraconense acababa de nombrarse á Tiberio Sempronio Graco, padre de los Gracos, y para la de la Bética á Lucio Postumio. Al deliberarse en Roma sobre la peticion de Fulvio, levantóse el primero y dijo al orador Minucio: «A creer la relacion que nos habeis hecho de las proezas de Fulvio, no hay en España una ciudad que no obedezca á los Romanos; y sin embargo, sabemos que todas esas conquistas quedan reducidas á muy poco y no pasan de las regiones inmediatas á nuestros campamentos. Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que acampar en España; las comarcas interiores de aquel país sienten horror por la dominacion y el nombre romano, y si consentís en lo que Fulvio pide, habré de encargarme sin ejército del mando de una provincia que á duras penas ha sido contenida hasta ahora por fuerzas imponentes. Decid ¿con un puñado de soldados que habré de alistar á toda prisa en la misma España, podré refrenar la energía de aquellos bárbaros que han rechazado y puesto en fuga tantas veces á nuestras veteranas y mejores legiones? ¿Lo creeis así, Romanos? Aunque Fulvio hubiese subyugado á la Celtiberia toda ¿quién asegura que los Celtíberos permanecerán sujetos? ¿Creeis que pueda esperarse la paz y el descanso de un pueblo acostumbrado á renacer sin cesar de sus ruinas y á levantar el estandarte de la insurreccion siempre que es vencido y subyugado? Si nuestras legiones vuelven á Italia con Fulvio, como este lo solicita, sin duda para solemnizar su triunfo, juro ante vosotros todos que elegiré en España un lugar en que pueda permanecer tranquilo, y no seré tan temerario é insensato que ataque con soldados inexpertos, débiles y poco numerosos á un enemigo feroz y aguerrido.»

Lo que contestó á estas varoniles palabras, dictadas por la justicia y la severa razon, el enviado de Fulvio, á saber «que él habia vencido realmente á los Celtíberos é introducido entre ellos el terror, tanto que por poco razonables que fuesen, no se atreverian á hacer armas otra vez contra sus vencedores; que esto no obstante, sus designios eran impenetrables; que las consecuencias de su desesperacion y ferocidad eran superiores á la prevision humana; que seria imprudencia atacar de nuevo á aquella nacion valerosa y obstinada, y en fin que los soldados de Fulvio habian resuelto retener á su general en España ó seguirle á Roma por tierra ó por mar;» indica bastante las miras ambiciosas y personales del pretor, tan sin rodeos denunciadas por Sempronio Graco. Sin embargo no es esto lo que mas nos importa: el discurso de Sempronio Graco y el de Minucio son para nosotros interesantes sobre todo en cuanto expresan la opinion que de las naciones hispanas de la Tarraconense se tenia entonces en Roma, sirviendo mucho para dar á conocer el genio de aquellos pueblos y caracterizar el estado real de la Península en aquella época. El senado permitió á Fulvio regresar á Roma, acompañado únicamente de los veteranos que hubiesen cumplido los diez y seis años de servicio que la ley exigia, y de aquellos soldados que mas se hubiesen distinguido en la guerra. Al propio tiempo dió al nuevo pretor Sempronio Graco trece mil doscientos infantes y setecientos cincuenta ginetes.

Mientras esto sucedia en Roma, Manlio, acantonado en la Bética, hacia fren-

te á los Lusitanos, contra los cuales alcanzaba victorias sin resultado definitivo, como siempre, y Fulvio, que á fines de invierno habia dado de nuevo principio á las hostilidades y asolado la parte de Celtiberia á donde no llegara el año anterior, se disponia para volver á Italia. Despues de hacer los estragos posibles (así dice un historiador) dirigióse, al saber la llegada de Graco, á deponer en sus manos el gobierno de la Tarraconense, é instruidos los Celtíberos de su marcha y de que habia de pasar por una frondosa selva llamada Manliana, á lo que se dice, porque Manlio fué el primero que se atrevió á penetrar en ella, se apostaron entre la espesura, y cayeron como una nube sobre el ejército romano; en poco estuvo que pagase muy caro el pretor sus pasadas victorias, y solo debió su salvacion á su imperturbable firmeza.

Las tropas romanas se desbandaron, y sorprendido é ignorante el pretor del número de enemigos que le atacaban, parecia indeciso sobre el mejor partido que convenia tomar. Ante todo mandó hacer alto á los suyos, y reuniendo á su lado á sus mas resueltos veteranos, precipitóse contra el enemigo con tal impetuosidad, que se abrió un camino por entre sus filas. El resto de sus tropas, diseminado por el bosque, no tardó en volver á la carga, y los Celtíberos, ocupados únicamente en defenderse, cedieron el paso á los Romanos. La pérdida del pretor fué muy crecida, y muy grande el peligro que corrió; mas procuró disimularlo y al llegar á Tarragona solo habló de ello como de una aventura ordinaria y comun, de la cual habia salido con facilidad.

Entre los pretores romanos que tomaron parte en la conquista de España, fué Fulvio, sin duda alguna, uno de los mas notables, si bien careció de todo tacto político. De carácter altivo, no tenia fe sino en la fuerza de las armas, y exasperó á los pueblos celtíberos que eran los mas poderosos, en vez de atraerlos por medio de la noble conducta que tanta fuerza ejerce en las naciones naturalmente generosas y valientes como lo eran aquellos. Roma habria logrado la pacificacion del país si hubiese seguido la política de Cornelio Escipion, y esto que fué mas astuta que verdaderamente humana y conciliadora. ¿Qué necesitaban los Romanos en España? una posicion fuerte desde donde pudiesen imponer respeto á sus enemigos. ¿Qué deseaban tomar de aquel país? hombres y dinero. Pues bien, todo esto habrian podido lograrlo en la Península, si su orgullo de conquistadores y las desenfrenadas pasiones de sus patricios no hubiesen preferido dominar por la fuerza á las poblaciones. Hemos visto que á pesar de triunfos que en cualquier otra parte habrian sido decisivos, los Romanos distaban mucho, en la época de que tratamos, de haberse arraigado en el país, y todos habrán podido convencerse de que aquella conquista, dudosa aun, y que ocupaba á gran parte de las fuerzas de la república, habia de costarles rios de sangre antes de reducirla por completo al estado de provincia romana. Es cierto sí que los nobles encontraban en la Península con que satisfacer sus pasiones y en qué ejercitar útilmente su energía; en el vasto campo que á la codicia ofrecia, los patricios se enriquecian en medio de peligros que no carecian de gloria, y esto doblaba á sus ojos el precio de las riquezas, pues sabido es que entre los Romanos las malas pasiones fueron el gran móvil y auxiliar del valor militar y civil.

Hacia algunos años que Roma parecia haber perdido el carácter de virtuosa austeridad que le era peculiar; el poder del senado habia aumentado de un modo

excesivo, y casi todos los pretores romanos elegidos entre la aristocracia del senado, se habian hecho odiosos á los vencidos por sus violencias y excesos; este era el lado horrible de la conquista romana, en España lo mismo que en todas partes. Los pretores podian contar con la impunidad, pues lleno el senado de parientes, amigos y cómplices suyos, acababa siempre por absolverlos, cuando por casualidad se elevaba una voz atrevida que los acusara. Esto era efecto tambien de su política que habia sido hasta entonces la de todos los dominadores del mundo; la mayor parte de aquellas riquezas, producto del saqueo y de la violencia ejercida en los vencidos, pasaba á las familias patricias de que se componia casi exclusivamente el senado, y servia luego para organizar la opresion de las familias plebeyas de la república y para establecer mas y mas el gobierno oligárquico de los patricios. La enumeracion de las riquezas que algunos generales sacaron de España dará una idea del precio que habia de tener para conquistadores animados de semejante espíritu. L. Léntulo atesoró dos mil cuatrocientas cincuenta libras de plata, con las que pagó una ovacion y casi los honores del triunfo; al fin de su consulado Cneo Léntulo habia reunido mil quinientas libras de oro, veinte mil de plata y treinta y cuatro mil quinientas monedas tambien de plata; L. Estertinio, procónsul, hízose con cincuenta mil libras de plata, y á su regreso á Roma erigióse á sí mismo tres arcos de triunfo. Los pretores que sucedieron á los procónsules en el gobierno de las provincias españolas no observaron mas laudable conducta, y su avidez insaciable, su espíritu de rapiña excitaron en alto grado el odio de aquellos pueblos, indignados al ver que los Romanos se precipitaban sobre su país como sobre una presa dispuesta para ser devorada.

A su llegada á Roma, Fulvio entregó al tesoro público ciento veinte y cuatro coronas de oro, treinta y una libras de oro en barras y ciento setenta y tres mil monedas de plata de Osca, y esto sin contar las enormes sumas que guardaba para sí. Sus riquezas personales eran tan considerables, que una parte insignificante de ellas bastó para recompensar á los veteranos que le siguieran á Roma, para dar por espacio de diez dias fiestas y espectáculos al pueblo, y para la construccion de un suntuoso templo á la *Fortuna Ecuestre*, en cumplimiento de un voto que hiciera en España.

La conducta de Sempronio Graco, su sucesor en la Tarraconense, fué justa y equitativa aun cuando tuvo siempre á la vista los intereses de Roma mas que los de la humanidad. Despues de la toma de dos ciudades, llamadas por Tito Livio Munda y Certima, dirigióse Graco con sus mejores tropas al encuentro de los Celtíberos que permanecian armados y amenazadores en el interior del país. En la historia de las primeras operaciones de Graco se encuentran varios puntos muy oscuros geográficamente hablando, pero abundan los acontecimientos, y á este período pertenece un rasgo de costumbres característico de aquellos pueblos incultos. Mientras Graco merodeaba por los alrededores de una ciudad cuyo sitio iba á emprender, y cuyo nombre y situacion son para nosotros un misterio, presentóse á él una diputacion de sus habitantes y causóle no poca sorpresa al explicarle el objeto de su mision. Con palabras muy respetuosas para el general romano, los enviados le manifestaron que sus conciudadanos deseaban defenderse contra sus ataques, peró que siendo harto débiles en aquel momento para resistirle, le rogaban que difiriese sus operaciones hasta que hu-

179 a. ant. de J. C. 574 de Roma.

biesen recibido el auxilio que esperaban de sus aliados los Celtíberos. ¡Singular peticion que demuestra la sencillez y lealtad de los enemigos de Graco, y que tiene algo del caballeresco espíritu que tanto distinguió á la España de la Edad Media! Como la ciudad de que aquí se trata no recibió socorro alguno, rindióse por fin á Graco, quien la trató con generosidad.

En seguida puso sitio el pretor á la ciudad de Alce, situada en el límite que separaba la Oretania de la Celtiberia. La toma de aquella ciudad ocupó poco tiempo á Graco, y otras muchas ciudades le abrieron sus puertas sin intentar defenderse. Sempronio Graco fué el continuador del magnífico papel político y guerrero de que tanta gloria reportara Cornelio Escipion.

Mientras fué pretor en España, aquella mezcla de firmeza y de justicia sirvióle tanto como el valor de las legiones romanas, y no se crea que no recurriese á las armas siempre que el interés de Roma parecia exigirlo; pero unia á ellas, cuando lo creia posible, las negociaciones y la generosidad, y á esto debió la fama de moderacion que dejó por espacio de mucho tiempo en la Tarraconense. Llevó muy lejos sus expediciones al interior, siempre ofreciendo el combate, pero solicitando la paz; y si la mala fe y saña de que los Romanos habian dado antes tantas pruebas no hubiesen sido, por decirlo así, proverbiales en el país, es de creer que la prudencia y firme conducta del procónsul le habria inducido á aliarse con la república y á proporcionarle considerables socorros así en hombres como en dinero.

En aquella época era la España un país rico en extremo; las minas de oro y plata abundaban en él, sobre todo por la parte del norte. Osca, en el territorio de los Vescetanos, era célebre por sus minas de plata y por su fábrica de moneda; muchas ciudades de la region septentrional, en particular las situadas en las inmediaciones de las montañas, se dedicaban á la explotacion de las minas, y en casi todo el país comprendido entre el Ebro y los Pirineos, recogíanse en abundancia metales preciosos que eran empleados en los usos mas vulgares. Muchos de los utensilios comunes eran de plata, y aunque el oro se hallaba en menor cantidad, como sucede siempre, extraíase bastante para que se hubiese generalizado el uso de coronas de este metal. En la enumeracion de las enormes riquezas que los Romanos adquirieron en España, figuran con frecuencia coronas de oro, consistentes en un círculo de oro, sin liga, y de forma muy sencilla, que se empleaba por lo regular para el adorno de las imágenes sagradas. En distintos monumentos antiguos vemos que se hace mencion de estas coronas, que no solo se llevaban en la cabeza, sino tambien en las manos, en los brazos y á veces en el cuello, y varias estátuas de la época están adornadas de este modo. Llevábanse en los banquetes y en las fiestas, y servian como regalo entre parientes y amigos; no eran señal de poder, sino un mero adorno, un objeto de lujo y de capricho.

Las riquezas de España habian excitado en alto grado la codicia de los Romanos, y habian añadido un nuevo estímulo al amor de dominacion que los animaba. Hemos visto el desenfrenado ardor con que habian explotado á los vencidos despues de la partida de Escipion, y esta conducta sórdida y cruel de los primeros pretores habia enagenado á Roma la mayoría de los pueblos españoles, y hecho imposible la pacificacion del país por medio de la alianza romana.

Sempronio Graco hizo cuanto estaba en su mano para reparar las faltas y

hacer olvidar los crímenes de sus predecesores, y en parte lo consiguió, acreditando que por medio de un leal proceder podria Roma establecer su poderío en aquellas comarcas, pero que nada se lograria con la arrogancia y el orgullo. Numancia, capital de los Pelendones, y una de las mas importantes ciudades del norte de la Península, á la que veremos ilustrarse despues por su heróica defensa, cedió ante las demostraciones amistosas y aceptó la alianza de los Romanos. En todas sus relaciones con los supuestos bárbaros de Iberia, Graco guardó inviolablemente la fe jurada, y aunque en distintas circunstancias aplicó á los vencidos el derecho de la guerra en todo su rigor, especialmente al reprimir una insurreccion de los Celtíberos, su fama de hombre leal y probo conquistóle el respeto de sus mismos enemigos.

Los felices resultados de la conducta de Graco movieron al senado á confiarle la pretura para el siguiente año. Entonces dirigió todos sus esfuerzos á establecer en el interior, y no únicamente en las costas orientales, una buena administracion y una especie de gobierno, y procuró introducir en los paises aliados los principios y las ideas de la vida civil de los Romanos, á fin de unirlos á Roma por el poderoso lazo de pensamientos comunes. Semejante obra, empero, no podia hacerse en algunos meses; y para su realizacion era necesaria, aun con un gran talento administrativo, una larga série de años. 178 a. ant. de J. C. 575 de Roma

Para centro de sus operaciones eligió á Ilurcis, no lejos de Numancia y á una milla del Ebro, ciudad que mandó fortificar y embellecer, y á la que se dió el nombre de Graccuris, en memoria de lo que Graco hiciera por ella. Ningun pretor habia penetrado aun tan adelante hácia el norte, y en esto se distinguió principalmente la expedicion de Graco, quien entabló relaciones con pueblos hasta entonces casi ignorados por los Romanos; engrandeció y fortificó una ciudad inmediata al Ebro, á pocas millas del pais de los Vascones, montañeses temibles é indomables, y devolvió por fin cierto explendor al nombre romano que los pasados pretores habian hecho execrable.

Uno de los inconvenientes de la institucion de los pretores consistia en que no podian conservar su cargo sino un año ó dos á lo mas, y en tan corto espacio de tiempo era imposible realizar grandes cosas á no ser por medio de las armas. Así, pretores hubo que hicieron brillantes y rápidas conquistas, pero ninguno pudo civilizar á semejanza de Roma los paises conquistados; y si habia en España muchas legiones romanas, no se encontraba un palmo de tierra que acatase las leyes y los principios de la república. Sempronio Graco fué el único que intentó cambiar tal estado de cosas, pero faltóle tiempo, necesario elemento para toda reforma.

Los pretores que durante los dos años siguientes sucedieron á Graco y á Postumio, obraron sin plan alguno y abandonaron la marcha trazada por Graco. Incurrieron en los mismos antiguos errores, y su conducta distó mucho de ser leal y honrada; llamáronse Marco Ticinio y Tito Fonteyo. 177 a. ant de J. C. 576 de Roma

Este año llegó á España en calidad de pretor de la Tarraconense un hombre que adquirió una reputacion infame, y fué Publio Furio Filon. Los robos, las exacciones y el insulto fueron sus medios de gobierno; mas la opresion produjo sus efectos ordinarios, y una sublevacion general de las ciudades á las que despojara anuncióse con un caracter de gravedad tal, que Roma llegó á experimentar 175 a. ant. de J. C. 578 de Roma

serios temores. La incapacidad de Furio era tan notoria como su avidez, y solo á las intrigas de sus cómplices senadores habia debido la prolongacion de su pretura, de modo que comprendiéndose en Roma que no era capaz de reprimir el levantamiento que con sus excesos provocara, fué enviado á España Apio Claudio con el título de procónsul para destruir, segun se decia en el senado, y esto por centésima vez, á los Celtíberos rebelados.

Apio Claudio los venció en efecto, los dispersó y restableció la autoridad de la república en casi todas las ciudades sublevadas; pero ya hemos dicho lo que reportaba Roma de tales victorias y cual era su resultado seguro: gran pérdida de hombres, algunos meses de aparente paz, y un excesivo aumento de riqueza en la clase patricia.

Aquellas insurrecciones sin cesar renacientes, y los felices resultados de la conducta observada por los pocos pretores que no habian tenido ciega fe en el empleo de la fuerza, acabaron por demostrar á todos la verdadera naturaleza de aquellos sucesos, y no se consideraron ya efecto del carácter obstinado y rebelde que por lo general se atribuia á los pueblos de Hispania. Es cierto que no se cansaban aquellos habitantes de combatir la opresion, de protestar contra ella por todos los medios posibles, pero mas de una vez habia dado buenos resultados el empleo con ellos de la buena fe y de la conciliacion. Un partido generoso se habia formado en su favor en el seno de la misma Roma, y así como lord Chatam abogó por los Americanos en el parlamento británico, Escipion el Africano y Caton abogaron por los Españoles en el senado romano.

171 a. ant. de J. C. 582 de Roma. Como primer acto de reparacion, suprimió el senado las preturas de España; confióse á un procónsul ó propretor la direccion suprema de las fuerzas romanas en la Península, y se formó causa á los pretores que habian excitado la indignacion y el enojo de los pueblos de la Bética y de la Tarraconense, súbditos ó aliados de los Romanos. Hemos dicho que Escipion el Africano y Caton abogaron por los Españoles en el senado romano, y en efecto, en nombre de las principales ciudades que mas habian debido sufrir del furor de los pretores acusados llegó á Roma una diputacion, que, poco satisfecha del primer resultado obtenido, esto es de la abolicion de los pretores, insistió para la continuacion de la causa formada contra los tiranos, nombrando por abogados *(advocati)* á C. Escipion el Africano y á M. Porcio Caton, para la Tarraconense, y á Lucio Paulo y á Galba Sulpicio para la Bética. La mas oprimida de ambas provincias tenia los mas ilustres defensores. Escipion habló con su ordinaria rectitud, y Caton, en quien el orgullo de la sangre romana no habia ahogado las inspiraciones todas de la justicia, con la severidad y violencia acusadora que le distinguian entre sus contemporáneos.

Los crímenes que se imputaban á los acusados eran de notoriedad pública, y fueron además probados por numerosos testimonios; mas el crédito de los encausados fué superior á todo, y Marco Ticinio y sus cómplices fueron absueltos. Furio Filon, contra quien se elevaban cargos tales que el senado no pudo oirlos sin indignacion, no se atrevió á comparecer ante él y habíase desterrado voluntariamente. Verres es el único y digno émulo de Furio que se encuentra en la historia romana; el robo y el cohecho eran sus principales, pero no sus

mayores crímenes, y por ello puede juzgarse de la vergüenza que tales generales imprimian en el nombre romano.

A la instruccion de este proceso y á la divulgacion de los hechos de los pretores, debió España el vivo interés que excitó entre los hombres de bien de la república, y las ciudades querellantes ganaron en ello tres cosas: la abolicion de la pretura, la revocacion de los cuestores, y finalmente el derecho de fijarse á sí mismos la cuota tributaria y de establecer el modo de su recaudacion. Asimismo se fijó el número de hombres que podia exigir el vencedor á los paises vencidos; estos pudieron discutir con el procónsul los soldados que habian de aprontar, y prohibióse hacer levas de hombres sin esta prévia condicion. El temor que las armas de los Celtíberos inspiraban y la justicia de su causa fueron orígen de este primer triunfo; Roma cedió en todos los puntos, y no dejan de ser interesantes los gérmenes de libertad que en aquellas estipulaciones asoman en medio de los azares de un estado social insegura é incesantemente amenazado hasta en su misma existencia.

Dentro de pocos años veremos á España elevada á la categoría de provincia romana con todos los beneficios á esta calidad inherentes, y á varias ciudades de la Península dotadas de una organizacion municipal á semejanza de Roma, organizacion mezclada en algunas con elementos de las antiguas instituciones locales. Por ahora hemos de limitarnos á indicar el primer paso andado por este camino.

Durante este mismo año (1), fué erigida Carteya en colonia romana, y ella fué la primera establecida en España. Del comercio de los soldados romanos con las mujeres hispanas, entre quienes se hallaba prohibido aun el matrimonio por derecho latino, habian nacido muchos hijos, y estos, que se elevaban á unos cuatro mil, enviaron á Roma una diputacion pidiendo que en su calidad de hijos de Romanos se les concediese una ciudad y tierras para establecerse bajo la proteccion de las leyes de la república. El senado acogió favorablemente su demanda, y encargó á Lucio Canuleyo, á quien desde la supresion de las preturas se habia confiado el gobierno de la Tarraconense y de la Bética, que procurase el establecimiento de aquella colonia, reconocida al fin como necesaria. Para ello buscóse un territorio apartado del teatro de una lucha que se presentia no haber terminado entre los indígenas y los Romanos, y eligióse á Carteya, en las inmediaciones del estrecho, desde donde era fácil comunicar con Roma por la via marítima.

El impulso estaba dado, y bajo el consulado de Marco Claudio Marcelo, sucesor de Canuleyo, establecióse en España una segunda colonia romana. Algunos ciudadanos romanos fueron desde Italia á fijar su domicilio, á adquirir propiedades y á vivir bajo las mismas leyes de su país, á la region mas fértil de la Bética, á orillas del Guadalquivir, á una pequeña ciudad fenicia admirablemente situada. Córdoba, elegida entre las demás ciudades, fué embellecida con nuevos edificios; en sus alrededores construyéronse casas de recreo en las que se prodigaron el arte y lujo, que empezaban á invadir la civilizacion romana, y dióseles el título de colonia patricia. Tito Livio y Estrabon (2) hablan con muchos detalles del

169 a. ant. de J. C. 584 de Roma.

(1) Tito Livio, l. XLIII.
(2) Tito Livio, l. XLIII; Estrab., l. III.

embellecimiento de Córdoba por los patricios que en ella tomaron residencia, y parece que por aquel tiempo estuvo de moda en Roma poseer una casa en Córdoba.

Por desgracia no habia llegado aun para los Romanos el momento de habitar en España con entera seguridad ni de gozar en paz de la benignidad de su clima y de los productos de su tierra. Los pueblos de la Península no habian adoptado aun los vicios de sus conquistadores, y á estos les faltaba todavía mucho que andar por la senda de la corrupcion; Gades no proporcionaba aun á los teatros de la capital bailarinas que hechizaban al afeminado pueblo-rey convertido en esclavo de un déspota (1), y los esforzados peninsulares, con su viril entereza y su amor á la independencia, habian de turbar mas de una vez el sueño de los nobles moradores de Córdoba antes que se citase en Roma á los opulentos Españoles como libertinos de primer órden (2).

Antes de llegar á este extremo hiciéronse muchas tentativas para sacudir el yugo, y si los Españoles sucumbieron al fin, no fué á lo menos sin devolver á sus enemigos guerra por guerra, infortunio por infortunio.

164 a. ant. de J. C. 589 de Roma

Cuatro años estuvieron abolidas las preturas de España, y restableciéronse en el año de Roma 586. A los dos primeros pretores nombrados Cneo Fulvio y C. Livio, habian sucedido A. Licinio y P. Rutilio, cuando estalló un nuevo levantamiento de los Celtiberos, que se distinguió por su carácter particular, y en el que figura un nombre que ha conservado su fisonomía gala, aun bajo la forma latina en que nos ha sido transmitido. Es este nombre Salondico ú Olinico, dado á un Celtibero que desempeñó el principal papel en aquellos sucesos, y que, segun un historiador, era un hombre astuto y emprendedor que, fingiendo estar inspirado, excitó á sus compatriotas á la rebelion en nombre de una divinidad. Armado con una lanza de plata, que decia haberle sido dada por un poder superior, recorrió el país, semejante á un profeta, llamando á los pueblos á una especie de cruzada gentílica contra los Romanos, y mezclando á estas ideas religiosas palabras de libertad que no dejaban de conmover los ánimos (3). Por su influencia reunióse un ejército, ignórase en qué punto de la Celtiberia, y marchó al encuentro del pretor. Llegadas á la vista del campamento romano, las tropas se detuvieron, y como la noche estaba muy próxima, hubieron de esperar el dia siguiente para dar principio al combate. Salondico, empero, habia de morir sin gloria aquella misma noche; habiendo penetrado en el campamento enemigo bajo el traje de un Español del ejército del pretor para asegurarse por sí mismo de las fuerzas del enemigo, un soldado á quien pareció sospechoso, le mató de una cu-

161 a. ant. de J. C. 592 de Roma.

(1) Forsitan expectes ut Gaditana canoro
Incipiat prurire choro, plausuque probatæ
Ad terram tremulo descendant clune puellæ.
JUVEN., satir. XI, v. 159 y sig.

Nec de Gadibus improbis puellæ
Vibrabunt sine fine prurientes,
Lascivos docili tremore lumbos.
MARTIAL., l. VI, c. 71.

(2) De ellos decia Horacio:

Navis hispanæ magister, dedecorum
Preciosus emptor.

(3) Summus vir astu et audaciâ, si res cessisset, Salondicus, qui hastam argenteam quatiens, velut cœlo missam, vaticinanti similis, omnium in se mentes converterat. Flor., l. II, c. 17.

chillada. Cortáronle la cabeza, y formado el ejército romano á los primeros albores del dia, marchó hácia el enemigo precedido por un soldado que llevaba la cabeza de Salondico al extremo de su lanza. Al verla, apoderóse de los Celtíberos una especie de terror supersticioso, y abandonaron el campo sin haber empeñado la pelea (1).

Hemos visto los primeros esfuerzos de los Lusitanos frustrarse casi siempre fuera de su país; acércase el momento en que los habitantes de aquella region bajo las órdenes de un verdadero héroe, que de simple pastor se convirtió en general, lucharán ventajosamente contra los Romanos; pero antes tócanos indicar algunas tentativas que precedieron á la empresa de Viriato. Los pretores de la Bética, para quienes eran los Lusitanos temibles vecinos, creyeron que atacándolos en su propio país y en sus hogares lograrian quizás destruirlos, y mas de una vez penetraron de improviso en Lusitania y devastaron las aldeas y campiñas. Los habitantes de aquella parte de la Península habian conservado costumbres agrestes y sencillas, y por instinto temian y odiaban á los Romanos; las excursiones que hicieron estos por su territorio aumentaron su odio, y resolvieron vengarse de sus agresiones. Bajo el mando de un general improvisado, llamado Punico por Appiano (2), ya porque fuese este en realidad su nombre, ya porque fuese Fenicio de nacion, los Lusitanos, exasperados, atravesaron sus fronteras sembrando el terror en todas las comarcas habitadas por los súbditos de Roma. Manlio Calpurnio quiso oponerse á la marcha devastadora de Punico, que habia dejado tras de sí las márgenes del Guadiana, pero los Lusitanos se lanzaron contra sus legiones con indecible furor y le obligaron á tomar la fuga. 155 a. ant. de J. C. 598 de Roma.

Alentado por este primer triunfo, Punico penetró con extremada rapidez hasta el mismo corazon de la Bética, puso sitio á Asta y se encontró en tan arriesgada expedicion digno precursor de Viriato. Ignórase cual hubiera sido su destino si una pedrada no hubiese puesto fin á su vida en uno de los asaltos que dió á la plaza; su muerte introdujo el desaliento entre sus tropas, y hay motivo para creer que el sucesor que los Lusitanos le dieron, á quien los historiadores llaman Cesaron, juzgó mas prudente volver á Lusitania, conducta que parece manifestar haber hecho los Lusitanos aquella expedicion solo para amedrentar á sus enemigos y para que los dejasen tranquilos en su país. Sin embargo no gozaron de paz por mucho tiempo, como veremos mas adelante.

Este año fué célebre por haber principiado durante él la mas encarnizada lucha entre sus habitantes y los Romanos de que fué la Península teatro. Varios pueblos de la Celtiberia, cansados de la esclavitud, ó irritados de que las condiciones de los tratados que celebraran con Graco no eran fielmente observadas por los delegados de Roma, resolvieron acudir otra vez á las armas, y formaron entre sí una liga para vengar el agravio que se les inferia. Este fué el orígen de la guerra de Numancia, que fué la mas formidable que Roma hubo de sostener en España; cuando habia pacificado el norte, levantábase el centro ó el mediodía; cada año aparecian nuevos enemigos, y por espacio de un siglo puede decirse que 154 a. ant. de J. C. 599 de Roma.

(1) Aquí empiezan los vacíos de Tito Livio, y Floro, por medio del cual este acontecimiento ha llegado hasta nosotros, lo refiere muy confusamente. (Flor., l. II, lug. cit.).

(2) Appian. Alex., de Bel. Hispan., p. 483.

lo que extraia de la Península en oro y plata lo devolvia en sangre romana. Apenas se habia reprimido la insurreccion en un punto, habia de reprimirse en otro; era fuerza combatir siempre, y hasta pasado mucho tiempo despues de la expulsion de los Cartagineses, no pasó para la España un solo año sin que se guerreara en su territorio. De ahí la interminable série de batallas que llenan los libros de Tito Livio, de Polybio, de Appiano, de Floro, de Paulo Orosio y de otros.

En el movimiento intentado por Salondico solo habian tomado parte dos ó tres pueblos; mas esta vez declaróse la insurreccion en la parte mas poblada y belicosa del país, entre aquellas naciones de la Celtiberia (1), que habian podido ser vencidas, pero no domadas, á menos que se consintiese en tratar y negociar con ellas como practicara Graco.

Los agravios de los Españoles contra Roma debian de ser muy grandes y legítimos; mas por desgracia los historiadores latinos guardan sobre este punto absoluto silencio. Compréndese sin embargo que los lugartenientes de la república cometerian en el país enormidades sin cuento, y que hasta despues de sufrir la tiranía con mucha longanimidad, los Celtíberos del centro, famosos tanto por su moderacion como por su valor, no recurrieron á las armas, *ultima ratio populorum*.

Sea como fuere, es lo cierto que casi todas las naciones del interior y de las inmediaciones de los Pirineos, en la direccion del norte, entraron en la nueva alianza. De este número fueron los Segontianos, llamados así de la ciudad de Segontia, situada cerca del Ebro; los Beres ó Bergidas, cuyo nombre tomaban de su capital Bergido; los Tricianos, cuya capital era Tricio; los Pelendones, y los habitantes de Calagurris, de Palancia, de Intercacia, de Segisamo y de todas las ciudades de ambas márgenes del Ebro, á contar desde Segontia. Los Segontianos y los Arévacos eran los mas resueltos y temibles, así por su situacion como por la energía de que se mostraban poseidos. Enviáronse diputados en todas direcciones para explicar el objeto de la guerra y dirigir una general excitacion al valor y patriotismo de cuantos habian nacido en el territorio de España y tenian un comun interés en que fuese respetada la patria y la libertad de las naciones que en ella habitaban. Desde el cruel abuso que Cartagineses y Romanos hicieran de la sencillez de los naturales, el nombre de extranjero excitaba un odio universal; jamás en fin se habian ligado en España tan gran número de pueblos para rechazar la dominacion extranjera, y Roma, engañada y adormecida por aquellos á quienes interesaba la violacion de los tratados, despertó sobresaltada al estrépito de aquel formidable grito de independencia para el cual no estaba prevenida. El peligro era inminente, y para conjurarlo, antici-

(1) Como es sabido, los Romanos habian dividido á la Península en citerior y ulterior: la España citerior comprendia la parte septentrional desde los Pirineos hasta la desembocadura del Duero, en el Océano, y la ciudad de Murgis en la costa del Mediterraneo. El resto de la Península formaba la España ulterior, y comprendia Portugal, Granada y Andalucía. Los pueblos de la parte oriental y central llamábanse Celtíberos, y esta denominacion se aplicaba muchas veces á naciones separadas por grandes distancias y casi desconocidas entre sí, si bien se las creia originarias de la mezcla de los Celtas con los Iberos. La Lusitania, como antes hemos dicho, se extendia mucho mas allá de los actuales límites de Portugal hácia el norte, hasta á unas diez leguas de Toledo. Despues confundióse bajo la denominacion general de Bética todo el país conocido ahora bajo los nombres de Granada y Andalucía.

pó la eleccion de los cónsules para el siguiente año (1), lo que no se verificaba sino en muy críticas circunstancias.

Quinto Fulvio Nobilior y Tito Anio Lusco fueron nombrados cónsules, y contra lo acostumbrado, entraron á ejercer sus cargos á fines de enero para meditar con mayor detencion las disposiciones que convenia tomar relativamente á España. Los Lusitanos secundaban á los Celtíberos, y así es que la Península se hallaba sublevada en dos puntos que reclamaban igualmente los cuidados de Roma. El cónsul Fulvio, encargado del gobierno y de la guerra en ambas provincias, partió con treinta mil hombres de las mejores tropas de la república, y al llegar á su destino tomó para sí la direccion de la guerra que mas difícil parecia de llevar á buen fin, la del centro y del norte, y confió á su pretor Lucio Mummio la reduccion de la Lusitania. 153 a. ant. de J. C. 600 de Roma.

Reunidos los Celtíberos en número de mas de treinta mil hombres, sin contar unos cinco mil caballos, eligieron por su general á uno de ellos, á quien los historiadores llaman Caro; é informado este de que el cónsul avanzaba á grandes jornadas hácia el interior del país, y deseoso de llegar con él á las manos, le esperó al paso apostado á espaldas de un monte. Así que el Romano apareció en el punto en que le esperaba Caro seguido de los suyos, vióse atacado y puesto en desórden; la ventaja del terreno estaba toda para el general celtíbero, y despues de una lucha muy encarnizada por una y otra parte, los Celtíberos, cuyas filas aumentaban á cada momento, obligaron á sus enemigos á emprender la retirada. Las tropas del cónsul, poco aguerridas en aquella clase de pelea, se amedrentaron y tomaron la fuga; persiguiéronlas los Celtíberos, pero como lo verificaron sin órden, parte de la caballería romana volvió grupas de repente, y cargólos con tanta resolucion é impetuosidad, que á duras penas pudieron resistir al ataque. Entonces murieron muchos, y entre otros Caro, su general, quien cayó como un héroe. Las pérdidas sufridas por los Romanos en este primer encuentro fueron considerables, y el campo quedó por los enemigos. La batalla se trabó á pocas leguas de Numancia, y llegada que fué la noche, retiráronse á ella los Celtíberos para tomar reposo.

Los Romanos formaron otra vez sus filas sin dificultad, mas creyeron prudente no emprender cosa alguna sin proceder al reconocimiento del terreno y á algunas disposiciones preliminares. Era España un país nuevo para la mayor parte de los soldados del cónsul, y su primer contratiempo habia despertado su supersticion, creyéndolo de mal agüero. Los Celtíberos, reunidos en Numancia, eligieron por caudillos, los Arévacos y Segontianos á Ambon y á Leucon, y los Numantinos á Leuteon, si bien sostiene Masdeu que los últimos se mantuvieron neutrales.

Tres dias despues, marchó Fulvio hácia Numancia, é hizo abrir sus trincheras y plantar sus tiendas á pocas millas de la ciudad, sin que por aquel entonces se diese batalla alguna; pero como pasado algun tiempo recibiese de Africa un refuerzo de trescientos caballos y diez elefantes que le enviaba Masinisa, aliado del pueblo romano, creyó el cónsul ser aquella ocasion propicia para

(1) Epítome de Tito Livio, l. XLVII; véase tambien á Appiano, Floro, Paulo Orosio, etc.

intentar un ataque, y acercóse á la ciudad, confiando mucho en la fuerza de sus elefantes, bien dirigidos durante la pelea.

Esto fué precisamente su perdicion. Luego que estuvo empeñado el combate, mandó Fulvio soltar sus elefantes, los cuales se precipitaron á la refriega, sembrando el espanto entre los Españoles, pues los de aquella parte de la Península no habian sido acostumbrados por Anibal á la vista de aquellos animales. Todo cedia delante de ellos, pero herida de una pedrada en la cabeza una de las fieras, volvióse contra los Romanos; las demás la imitaron, y de auxiliares que eran, los elefantes de Masinisa se convirtieron en la principal causa de la derrota de Fulvio. Los soldados corrian azorados y en desórden, y repuestos los Españoles de su primer terror, lanzáronse en persecucion suya y completaron la derrota del cónsul; cuatro mil legionarios y tres elefantes quedaron en el campo de batalla, y el resto hubo de abandonarle á toda prisa.

Al retirarse halló Fulvio á su paso una ciudad llamada Uxama por los historiadores, y quiso apoderarse de ella, pero opusiéronle sus habitantes tan vigorosa resistencia, que el cónsul, que no sabia ya el terreno que pisaba, se retiró con grandes precauciones, aprovechando la oscuridad de la noche.

Prudentes eran sus precauciones, pero le sirvieron de poco. El país se levantaba en masa; todo era en él agitacion y movimiento; oíase un grito unánime de guerra contra los Romanos á quienes se queria expulsar de la Península; los Españoles obligados á marchar bajo el águila romana contra otros Españoles hacíanlo á pesar suyo y eran para el ejército un contínuo motivo de zozobra. Nuestros compatriotas habian conocido por otra parte cuanto terror introducian en las filas de sus enemigos los ataques imprevistos, usados en lo que se ha llamado guerra de emboscadas, y recurrian á ellos con mucha frecuencia; en uno de ellos quedó en manos del enemigo un convoy de caballería enviado al cónsul, y tales escenas se reproducian cada dia.

Para colmo de infortunio, la ciudad de Ocili, que era para los Romanos depósito de armas y de municiones de guerra, entregóse á los sublevados; y Fulvio, cuya crítica situacion agravó mas aun la llegada del invierno, no tuvo otro recurso que encerrarse en su campamento, á pocas millas de Numancia, esperando socorros, sobrellevando allí grandes sufrimientos por la falta de víveres y los rigores del frio que aquel año fué casi contínuo.

Mientras esto sucedia, guerreaba Mummio en Lusitania con mejor fortuna, si bien fué muy varia la suerte de sus armas. Despues de vencer al enemigo en un primer encuentro, abandonóse con sobrado ardor á la persecucion de los fugitivos, y Cesaron, que, como hemos dicho, habia sucedido á Punico, aprovechó el desórden de sus legiones para reunir á los suyos, volver al combate y alcanzar la victoria. Diez mil Romanos perecieron en aquella jornada, y aunque este triunfo reanimó el valor de los Lusitanos, no tardó la fortuna en volverles el rostro. El pretor reune á toda prisa cinco mil hombres, abandona las fortificaciones en que se habia refugiado y cae sobre los Lusitanos cuando recorrian en triunfo los caminos arrastrando en pos de sí las banderas y los bagajes tomados al enemigo. La carnicería fué espantosa, y el mismo Cesaron pereció en la refriega; los Lusitanos lograron á duras penas reunir los restos de su ejército, y dieron por sucesor á Cesaron al hombre que entre ellos juzgaron

mas digno; los historiadores dan al nuevo caudillo el nombre de Cantenon. 152 a. ant. de J. C. 601 de Roma.

En esto el senado envió á Marco Claudio Marcelo á la España citerior con numerosos refuerzos, pues tiempo era ya de que se socorriera á Fulvio. Ocili fué la primera ciudad que atrajo la atencion del nuevo cónsul, y viendo los habitantes, despues de inútiles tentativas para conservar su independencia, que les era imposible resistir á los formidables ataques de Marcelo, tomaron el partido de rendirse. Dirigióse luego el cónsul á Nertobriga, situada en las inmediaciones del rio Salo, y como la ciudad no se hallaba en estado de defenderse, envióle embajadores para negociar con él; pero Marcelo no quiso consentir en cosa alguna á no recibir en rehenes cien ciudadanos. La influencia de los principales habitantes hizo que se rompiera la tregua, é irritado el cónsul, vendió los cien ciudadanos que tenia en su poder, y dió principio otra vez al sitio. En la ciudad reinaba gran consternacion, y resolvióse enviar nuevos diputados á Marcelo; pero este declaró no poder acceder á los deseos de los habitantes sino con la condicion de que los pueblos inmediatos, que habian sido los primeros en sublevarse, fuesen tambien comprendidos en el tratado de alianza. Estos declararon estar dispuestos á la paz, con tal que no se los sometiese en adelante á las duras condiciones que les imponian los anteriores tratados, y no atreviéndose el cónsul á tomar sobre sí la celebracion de la paz á semejante precio, estipulóse por ambas partes una tregua durante la cual las ciudades españolas podrian enviar diputados á Roma para exponer sus agravios y defender su causa ante el senado, único juez soberano en tales materias.

Llegados á Roma, los diputados españoles fueron acompañados al senado sin pérdida de momento y explicaron el objeto de su mision; pero Fulvio Nobilior empezó á declamar contra lo que calificó de perfidia de los Españoles, y fué causa de que resolviera la asamblea contestar á los embajadores que la deliberacion quedaba suspendida y que por medio del cónsul se les transmitiria la voluntad del senado. Los diputados españoles no dejaron de comprender lo que significaba aquel lenguaje político, y regresaron á su pais, dispuestos á emplear todos los medios para sostener dignamente la lucha. 151 a. ant. de J. C. 602 de Roma

Por el lenguaje de los diputados habia comprendido Roma las dificultades de someter á viva fuerza el territorio español, y conociendo todo el peligro de semejante guerra para los que á ella se consagrasen, ofreció la expedicion á las legiones de buena voluntad, sin que ninguna se presentase. Jamás se habia visto un retraimiento igual por parte de la juventud romana, ganosa siempre de guerra, y solo se explicó por el terror que causaba la indomable energía de los Celtiberos. En efecto, por las relaciones de Polybio y de Appiano, por Quinto Fulvio y por los soldados que sirvieran con él en España habíase sabido en Roma que nunca habian podido soltar las armas de la mano, que habian debido sostener combates sin número, y que habian sufrido privaciones y trabajos superiores á las fuerzas humanas; y así debia de ser para arrancar tales quejas á tan aguerridos soldados curtidos en fatigas que habrian intimidado á cualquier otro hombre. El gran número de Romanos que quedaron sepultados en los campos de batalla de la Península habia llegado á conocimiento del pueblo, y estas noticias habian inspirado á la juventud romana un invencible horror por aquella guerra, de modo que aquellos á quienes el cónsul Licinio Léntulo,

que fué de ella encargado, designó por sus lugartenientes, se negaron á seguirle, y ya perdia la esperanza de poder marchar á España con las fuerzas necesarias. La consternacion del senado era indecible, cuando el jóven C. Escipion (1), el mismo que algunos años despues habia de asolar á Cartago, modificó las disposiciones del pueblo pidiendo servir en España en el lugar que el senado tuviese á bien designarle. Tan animosa resolucion comunicó valor á los mas pusilánimes, y fué muy grande el número de los que solicitaron formar parte de una expedicion, por la cual se sintiera en un principio tanta repugnancia.

Mientras esto acontecia en Roma, Marco Atilio se habia propuesto formalmente subyugar á los Lusitanos, y acababa de vencerlos en varios encuentros y de destruir muchas ciudades. La exasperacion de aquel pueblo, á quien los Romanos trataban siempre con indecible saña, habia llegado á su colmo, cuando el cónsul Lúculo se encargó del gobierno de la España citerior con su lugarteniente Escipion Emiliano; Sergio Galba recibió el de la España ulterior en calidad de pretor.

Luego de su llegada, dirigióse Lúculo á marchas forzadas hácia el interior, por la parte de Toledo, vadeó el Tajo, atravesó la Carpetania, y puso sitio á Cauca, situada en el territorio de los Arévacos, en las márgenes de uno de los confluentes del Durio. Los habitantes de Cauca que poseian cuantiosas riquezas, objeto de la codicia del cónsul, no pudieron resistir por mucho tiempo á las fuerzas sitiadoras, y se rindieron, pues Lúculo solo exigió en un principio un refuerzo de caballería, algunos rehenes y cien talentos. Celebrada la paz, Cauca recibió dentro de sus muros una guarnicion romana, y creíase en seguridad confiando en la lealtad del vencedor, cuando sin respeto á la fe jurada, los soldados de Lúculo precipitáronse á una señal convenida contra los indefensos ciudadanos, é hicieron entre ellos horrible carnicería, terminando tan desgarradora escena por un saqueo general. Aterrorizados los pueblos inmediatos, se retiraron con sus mujeres é hijos á lugares inaccesibles despues de entregar á las llamas lo que no pudieron llevar consigo; burlado Lúculo en sus esperanzas, marchó hácia Intercacia, ciudad situada allí donde se levanta hoy Benavente, á pocos pasos del rio Urbico (Orbigo), é intimó á los habitantes la rendicion con condiciones muy aceptables á no ser propuestas por Lúculo. Su reciente conducta hizo temer que ocultasen sus palabras una infame traicion, y los Intercacianos contestaron: « No aceptamos vuestras condiciones; para ello seria preciso que ignorásemos la buena fe de que en Cauca habeis dado pruebas. » Irritado Lúculo por semejante insulto, formó por única contestacion su ejército en batalla, y ofreció el combate á los sitiados, quienes tampoco lo admitieron, comprendiendo que les era mas ventajoso no salir de sus fortificaciones. Aunque con numerosas tropas de caballería é infantería, los Intercacianos no eran bastante aguerridos para combatir en campo raso con los Romanos, y se limitaron á arriesgarse en algunas escaramuzas, que no produjeron gran resultado.

(1) Era hijo de Paulo Emilio y nieto adoptivo de Cornelio Escipion. Fué nombrado cónsul antes de contar la edad exigida, en el año 606 de Roma, y en el siguiente tuvo la insigne honra de realizar el deseo de Caton: tomó é incendió á Cartago, y esto le valió el renombre de Africano, que obtuviera ya su abuelo adoptivo P. Cornelio, el mas ilustre de los Escipiones. (Véase á Eutropio, Appiano, Orosio, etc.)

Entonces ocurrió uno de los episodios mas curiosos de aquella guerra; aludimos al famoso y singular combate entre Escipion Emiliano y un Español de estatura y fuerza prodigiosas. Masdeu (1) copiándolo de los autores latinos, refiere del modo siguiente aquel duelo que nos parece muy verosimil atendido el carácter valiente y atrevido que tantas veces se manifestó despues en los Españoles de la Edad Media.

«Durante el sitio, un caballero español ricamente armado y montado en un arrogante corcel, presentóse varias veces en el sitio que mediaba entre el ejército y la ciudad, provocando á un Romano á singular batalla, y haciendo burla de ellos al ver que ninguno se atrevia á salirle al encuentro. Escipion Emiliano, airado por el deshonor que se inferia á los caballeros romanos, obtuvo permiso del consul, salió al campo á pesar de su extremada juventud, y venció á su adversario, lo cual causó gran maravilla á ambas partes por la desigualdad de estatura entre ambos combatientes, pues Escipion era pequeño y el Español muy alto y fornido.»

Sin embargo, el sitio se prolongaba; los Romanos sufrian grandes privaciones y no tenian mas provisiones que un poco de trigo y de cebada. Muchos dias habian de salir ellos mismos á caza para atender á su sustento; carecian de sal y de vinagre, del cual hacian mucho uso para corregir las aguas, y en aquel lance extremo, comun á sitiadores y sitiados, hablóse de celebrar un tratado. La perfidia de Lúculo era harto conocida para fiar en su palabra, así es que los Españoles reclamaron la de Escipion, que servia á las órdenes de Lúculo en calidad de tribuno, lo que equivalia al grado de teniente general, esperando que sabria obligar á aquél al fiel cumplimiento de lo prometido. Con gran pesar del codicioso cónsul, los habitantes de Intercacia no hubieron de entregar, en virtud de lo estipulado, sino diez mil sayos de soldado, de los cuales tenian las legiones gran necesidad, cierto número de cabezas de ganado mayor y menor que debieron de ir á buscar á los pueblos inmediatos, y además algunos rehenes. Las cláusulas del tratado habian sido redactadas por el mismo Escipion en interés de todo el ejército, y Lúculo, á quien la probidad, el valor y la reputacion de su jóven tribuno inspiraban tanto respeto como temor, no se atrevió á murmurar y ratificólo todo. La prolongacion del sitio habria comprometido gravemente al ejército romano, que sufria ya crueles privaciones y enfermedades, y preciso fué ceder ante la necesidad, si bien Lúculo vió con dolor que no habia oro ni plata con que aumentar su peculio.

Así terminó honrosamente C. Escipion Emiliano, siguiendo los ejemplos de su abuelo adoptivo, el sitio de Intercacia, del cual esperaba Lúculo un éxito mejor para su fortuna particular. La presencia del jóven tribuno fué durante la campaña un gran obstáculo para la avidez del procónsul. Sus sórdidas pasiones, contenidas á duras penas por un resto de respeto humano, buscaron inmediatamente satisfaccion por otro lado, y así que sus tropas hubieron descansado de las fatigas del sitio de Intercacia y estuvieron provistas de los objetos de primera necesidad que les faltaban hacia algun tiempo, llevólas á la conquista del único objeto de su ambicion. Tan codicioso como inhumano, encaminóse á Pa-

(1) Hist. crit. de Esp., t. IV— Epit. Liv., l. XLVIII, etc.

lancia, atraido por la fama que de opulenta gozaba aquella ciudad, pero Palancia no se amedrentó. Los Cántabros, que al saber la marcha de Lúculo, se habian reunido con los Palancianos, salieron al encuentro del consul así que le divisaron, trabándose una batalla que si bien quedó indecisa, impidió á los Romanos proceder inmediatamente á las operaciones del sitio. La caballería de los Palancianos estaba defendida por una vasta empalizada y acampaba fuera de la ciudad, de modo fué que despues de algunas vanas tentativas, comprendió Lúculo tener que habérselas con un enemigo formidable y levantó el sitio tomando el camino de la Turdetania; mas los sitiados no le dejaron marchar tranquilo, sino que hostigaron su retaguardia hasta llegar al Duero. El ejército de Lúculo señaló su paso por mil atrocidades que hicieron execrar su nombre, y encendieron odio universal contra los Romanos; el mismo general excitaba á sus tropas al pillage, y en la division del botin se apropiaba siempre la mayor parte.

Galba no se mostraba mas generoso y humano, y se entregaba en Lusitania á las mismas barbaries que acompañaron la marcha del cónsul; los pueblos que hallaba á su paso eran entregados á las llamas y sus habitantes pasados á cuchillo, hasta que viendo que semejante conducta no daba buenos resultados, y que los Lusitanos, por muchos que pereciesen, aparecian sin cesar en mayor número, fingió compadecerse de su suerte y comprender los motivos que les hacian empuñar las armas. Hizo mas; para reconciliarlos mejor con el pueblo romano, y en atencion á las grandes necesidades que parecian agobiarlos, queria concederles tierras y enseñarles todo el partido que de ellas podia sacarse por medio de un buen cultivo; hablóles en términos razonables y humanos, y les propuso por fin una sólida paz con tal apariencia de buena fe y de lealtad, que los Lusitanos preguntaban admirados si era aquel el mismo hombre que tan cruel se habia mostrado para con ellos, y accedieron á todo. Sin embargo, apenas se hubieron entregado y diseminado, siguiendo los consejos del pretor, por los distintos cuarteles que les señaló, cuando fueron pasados á cuchillo; mas de nueve mil perdieron entonces la vida con menosprecio de todos los derechos y de todos los humanos sentimientos. No se contentó Galba con tan infame traicion, que cubrió de indeleble vergüenza el nombre romano, sino que mandó prender á los mas jóvenes y robustos Lusitanos, y haciéndolos atravesar la España bajo buena escolta, vendiólos en las Galias como esclavos.

Algunos, sin embargo, habian sido bastante afortunados para librarse de la suerte funesta de sus compañeros, y de este número fué Viriato (1) que en breve habia de hacer pagar tan cara á los Romanos la inaudita perfidia de Galba. Él y los pocos que se habian sustraido por medio de la fuga á los furores del pretor, publicaron por todos los pueblos de Lusitania la infame traicion de que habian sido víctimas sus compañeros, pasando á ser los Romanos desde aquel instante objeto de la execracion universal.

(1) Estrab. (l. III, c, 4 le llama Ouriathous ó mejor Οὐρίαθω. Appiano le da igual nombre (de Bell. Hispan., p. 487). Diodoro de Sicilia le llama á pocas líneas de distancia (l. XXXII, eglog. 5), Ὑρίαττος y Οὐρίαττου.—Su verdadero nombre parece haber sido Viriats ó Viriat.—Las variaciones ortográficas de este nombre celta han sido en menor número entre los latinos. Tito Livio (l. LII) y Ciceron (de Officiis, l. II, c. 2) escriben Viriathus.

Al espirar sus poderes, Lúculo y Galba volvieron á Roma, enriquecidos con los despojos de las ciudades españolas saqueadas en virtud de sus órdenes; el primero hizo erigir un templo *á la Felicidad,* y con ello se atrajo el favor del público; mas el segundo, cuya conducta habia sido mas francamente horrible, fué residenciado por acusacion del tribuno popular Escribonio Estribo. Caton, que desde su consulado en España, se habia erigido en defensor y protector de este país, se presentó como segundo acusador (1), pero Galba contestó con su ordinaria mala fe, eludió la cuestion principal, y procuró con hipocresía atraer interés sobre su persona. Su traicion no tenia necesidad de ser probada, mas esto no obstante sus riquezas le habian creado un numeroso partido en el senado y fué absuelto. Con razon puede decirse aquí respecto de Caton el Censor, lo que Luciano dijo algun tiempo despues de Caton de Utica:

Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.

Aquella causa produjo, empero, un resultado favorable á España, y fué excitar en su favor vivas simpatías entre aquellos Romanos en quienes no se habia extinguido toda generosidad. Calpurnio Pison, tribuno del pueblo, hizo mas: compadecido del infortunio de los vencidos, propuso y pudo hacer que se adoptara una ley en virtud de la cual las ciudades sugetas ó aliadas de los Romanos eran investidas del derecho de acusacion contra las usurpaciones de sus magistrados, pudiendo reclamar ante el senado el reembolso de las sumas que arbitrariamente les hubiesen sido exigidas bajo el pretexto de una urgencia cualquiera.

Semejante ley era prudente y justa: su carácter de justicia era harto evidente para que insistamos en él; prudente porque ponia un freno á la codicia de los agentes de la autoridad romana en los paises conquistados, autorizando la denuncia pública de sus exacciones.

Las consecuencias de la conducta de Lúculo y de Galba en España fueron agriar la contienda entre los pueblos de aquel país y los Romanos, y este fué el verdadero orígen de la guerra de Numancia y de la de Viriato. El tratado de paz de Marcelo con los Numantinos y sus aliados, que Lúculo habia respetado para enriquecerse con mas rapidez en pueblos menos belicosos y temibles, no tardó en ser violado; la alianza que poco antes hiciera temblar á Roma se reanudó de improviso, y los Españoles se prepararon para la guerra con nueva resolucion.

Así tomaron orígen dos de las mas prolongadas guerras del período romano, las dos que mas esfuerzos exigieron y dieron resultados mas decisivos. Ambas se hicieron simultáneamente y ocuparon á un tiempo los ejércitos romanos en dos opuestos puntos.

Contra Viriato por una parte y contra los Numantinos por otra, hubieron de pelear las fuerzas todas de la república, y jamás fué la España como entonces tan pesada carga para los Romanos.

Roma se obstinó en aquellas guerras, que fueron las mas sangrientas de la época, porque conoció que se trataba de su honra, y que en caso de desistir

(1) Caton era entonces octagenario, y nada habia perdido de su rígida severidad. Acusator assiduus malorum, Galbam octogenarius accusavit. Aur. Victor, in Cat.

quedaria para siempre perdido el prestigio de sus armas. En las anteriores luchas no se habia hecho esperar el triunfo, pero entonces un héroe campesino, un simple pastor convertido en general, y una ciudad que solo podia armar á diez mil ciudadanos, resistieron por espacio de muchos años al genio de Roma, sin que se trate aquí de un héroe imaginario, ni de un sitio fabuloso como el de Troya. Durante doce años Viriato hostigó y venció á los Romanos; durante veinte Numancia resistió á sus ataques, mostrando uno y otra á cuanto alcanzan el valor y la firme voluntad de un pueblo al combatir por sus propios hogares.



CAPÍTULO IV.

Viriato elegido caudillo de los Lusitanos.—Sus triunfos.—Derrota y muerte de Vetilio.—C. Plaucio vencido por Viriato.—Muerte de Unimano.—Cayo Nigidio es desgraciado como sus antecesores.—Nuevas victorias de Viriato.—Primer triunfo de Lelio.—Fabio Emiliano marcha contra Viriato.—Intrepidez de los Lusitanos.—Metelo en Celtiberia.—Hechos curiosos.—Viriato reanima la liga de las ciudades españolas.—Derrota de Serviliano.—Generosidad de Viriato para con los Romanos.—Celébrase la paz.—Cepion renueva la guerra.—Vil conducta de Cepion.—Viriato muere asesinado.—Costumbres y carácter de aquel caudillo.—Empieza otra vez la guerra de Numancia.—Numancia sitiada por Q. Pompeyo.—Triunfos de los Numantinos.—Derrota de Mancino.—Consecuencias del tratado.—Vicisitudes de la guerra.—Decio Bruto en Lusitania.—Heroismo de las Gallegas.—Escipion el Africano emprende el sitio de Numancia.—Preparativos formidables.—Operaciones del sitio.—Heróica resistencia de los habitantes.—Varios hechos.—Glorioso fin de Numancia.

Desde el año 150 hasta el 133 antes de J. C.

Hemos dicho que Viriato despues de salvarse por milagro con algunos compañeros del degüello ordenado por Galba, habia recorrido las ciudades y campiñas de la Lusitania proclamando por todas partes la infame traicion del pretor; su relacion exasperó á sus compatriotas, y mas de diez mil Lusitanos se reunieron para tomar venganza, no en Galba, que acababa de abandonar á España, pero sí en sus cómplices, del horrible lazo en que habian perecido tantos compatriotas suyos. Resueltos á la lucha pasaron á Turdetania, donde el pretor C. Vetilio les salió al encuentro con fuerzas superiores, y despues de hacer en ellos cruel matanza, obligó á los demás á refugiarse sin órden en un escarpado monte, del cual no podian salir sin caer en sus manos. No se ocultaba á los Lusitanos la inminencia del peligro, y hablaban ya de enviar diputados á Vetilio en demanda de paz, cuando Viriato, el mismo que los excitara á tomar las armas, levantó la voz y disuadiólos de aquel proyecto. Recordoles la abominable conducta de Galba en una circunstancia semejante, la matanza que entre ellos hiciera, y preguntóles como habiendo experimentado tantas veces la perfidia de los Romanos, podia haber alguien que prestase fe á sus promesas. Celebrar pactos con los Romanos era lo mismo que tender el cuello á la cuchilla, y era mejor vender cara su vida ó abrirse paso con la espada por entre las filas enemigas. Además, el peligro no era tan grande como creian, y él tomaba sobre sí el cuidado de conjurarlo si se confiaban á él. Así sustancialmente habló Viriato á sus compañeros, y sus palabras no solo los reanimaron sino que les inspiraron gran aprecio por aquel que las pronunciara. Hasta aquel dia se le habia tenido por un soldado animoso; por su lenguaje se le consideró digno del mando, y por unanimidad aclamáronle todos por su jefe y capitan, diciendo estar prontos á ejecutar sus órdenes. Viriato mandóles formar en órden de batalla, y desbandarse así que le viesen montar á caballo, yen-

147 a. ant. de J. C. 606 de Roma.

do por diferentes caminos á esperarle á Tribola, mientras él al frente de mil ginetes quedaba delante del enemigo y le resistia en caso de ataque. Su atrevida evolucion tuvo un resultado excelente; Vetilio que vió huir á los Lusitanos en distintas direcciones y con una rapidez que le dejaba pocas esperanzas de alcanzarlos, creyó conveniente atacar á su caudillo y á los ginetes formados en batalla en la ladera del monte, si bien la elevacion en que estos se hallaban y la proximidad de la noche impidiéronle atacar con buen éxito. Viriato le hizo frente durante algun tiempo, y luego que creyó en seguridad á los que huian hácia Tribola, hizo volver grupas á los suyos y tomó á uña de caballo la misma direccion dejando al general romano lleno de vergüenza por haberse escurrido de entre sus manos un ejército que contaba en su poder.

Irritado por semejante contratiempo, resolvió Vetilio perseguir á Viriato y poner sitio á Tribola; pero el Lusitano que lo supo, marchó al encuentro del pretor, puso en emboscada en un espeso bosque inmediato al camino que habia de seguir el ejército romano á la mayor parte de sus tropas, y al frente de algunos miles de hombres, le esperó á pié firme, aparentando la intencion de empeñar la batalla, luego que se presentasen los Romanos. Apenas empezado el combate, fingió Viriato verse obligado á emprender la fuga, y adelantándose el ejército romano en persecucion suya, cayó en la emboscada que le habia preparado. De repente Viriato y sus ginetes suspenden su carrera y se vuelven contra el enemigo, de modo que, atacado de frente por la caballería y por sus flancos por la infantería, el ejército romano quedó completamente derrotado. Cuatro mil Romanos quedaron muertos en el campo y muchos prisioneros, contándose entre los primeros al pretor, á quien un soldado de Viriato hizo prisionero y mató luego por menosprecio, dice un historiador, á causa de ser muy panzudo (1).

Los seis mil que evitaron la muerte por la fuga entre los cuales se hallaba el cuestor (general de la hacienda, segun Mayerne de Turquet) se refugiaron y fortificaron en Tarteso temiendo ser sitiados (2). Desde allí pidieron socorro á los pueblos aliados, y sabedor Viriato de que se habian puesto en marcha cinco mil hombres para reunirse con el cuestor, los esperó al paso y los exterminó sin que quedara ni uno solo para anunciar el desastre. Esto no obstante, Viriato no atacó al cuestor en Tarteso, y le dejó allí en reposo durante todo el año (3).

146 a. ant de J. C. 607 de Roma. Cayo Plaucio reemplazó á Vetilio en calidad de pretor, encargado de continuar la guerra de Lusitania; pero no fué mas afortunado que sus predecesores. Al llegar supo que Viriato acababa de pasar el Tajo y se encontraba en Carpetania, y allí se dirigió sin pérdida de momento; alcanzó por fin á los Lusitanos, y Viriato usó entonces de un ardid que siempre le habia procurado la victoria: fingió temor, emprendió la retirada, y Plaucio cayó otra vez en el lazo. Avanzó en persecucion de los Lusitanos con cuatro mil hombres solamente, creyendo dar de ellos buena cuenta, pero así que aquellos le tuvieron en terre-

(1) Appian., de Bell. Hispan., p. 190.
(2) Segun Masdeu se retiraron á Carpeya, ciudad de los Carpetanos; segun otros historiadores á Carleya. Mariana y Ferreras, siguiendo á los historiadores antiguos, indican á Tarteso.
(3) Diod. de Sic., frag. del lib. XXXII, égloga 5.—Appiano, l. c.; Orosio, l. V, c. 4, etc.

no favorable, hiciéronle frente y le cargaron con impetuosidad, quedando el triunfo por Viriato.

Sin perder un momento, el Lusitano vadeó el Tajo y fué á acampar á un monte cubierto de olivos y de una situacion admirable á pocas millas de Ebora, y esperó allí á los Romanos. Plaucio no tardó en presentarse seguido entonces de todo su ejército, y empeñóse en la llanura la pelea mas sangrienta y obstinada que hubiesen tenido entre sí los soldados de las dos naciones. Así por el número de los combatientes como por las consecuencias de la victoria, tuvo todos los caracteres de una gran batalla, y despues de prodigios de valor por ambas partes, el triunfo quedó por los Lusitanos. Viriato mostró en aquel lance ser un gran capitan, de mirada segura, de resolucion incomparable, atendiendo á todo en el momento oportuno, de tal superioridad en fin que confundió á los mismos Romanos. Hasta aquel momento no habia tenido ocasion de desplegar sus altas cualidades, y los suyos no cabian en sí de contento al verse mandados por tan audaz y entendido jefe.

Entonces comprendieron los Romanos qué clase de enemigo se oponia á su paso; aquel capitan de bandoleros á quien tanto despreciaban habia de vencerlos así en batalla campal como en sorpresas y emboscadas, en las cuales únicamente le temian.

Despues de su derrota, los restos del ejército de Plaucio se refugiaron en desórden á las ciudades de la frontera donde habia guarnicion romana, y no se atrevieron á salir de allí durante lo que de la campaña quedaba, á pesar de que hubiesen transcurrido muy pocos meses del verano. Viriato en tanto penetró por la España citerior sin encontrar enemigos, y se limitó á exigir contribuciones de guerra en varias ciudades sujetas ó aliadas de los Romanos, en las que fué recibido como libertador (1).

Sucedia esto el año 607 de Roma, como ya hemos dicho, y llegado el si- 145 a. ant. de J. C.
guiente Cayo Unimano pasó á España en calidad de pretor en reemplazo de 608 de Roma
Plaucio, quien desde su derrota de Ebora habia caido en gran postracion y estaba como desesperado. Pocos dias despues de su llegada, Unimano encontró al ejército de Viriato que aumentaba sin cesar en espantosas proporciones, y su desgracia fué aun mayor que la de Plaucio. Vencido completamente desde el primer encuentro, quedó sin vida en el campo. Los Lusitanos se apoderaron de los bagajes enemigos y de gran número de banderas, las cuales pusieron de manifiesto en varios puntos con las insignias pretoriales de Unimano como trofeos de su victoria (2).

Cayo Nigidio, sucesor de Unimano, tuvo igual fortuna aunque empezó las hostilidades con considerables refuerzos de tropas; penetró es cierto con rapidez hasta el interior de Lusitania, pero con igual celeridad fué vencido; y en la batalla que perdió cerca del sitio en que se eleva hoy Viseo, al nordeste de Coimbra, perecieron muchísimos de sus soldados. Aun ahora se lee cerca de la ciudad que fué Lancia en Portugal una inscripcion dedicada por dicha ciudad á un Romano llamado L. Emilio, fallecido á consecuencia de las heridas que en la batalla recibiera.

---

(1) Appiano y Epítome de Tito Livio, l. LII.
(2) Flor., l. II, c. 19; Victor, de los Varones ilustres, núm. 7.

Cayo Lelio, sucesor de Nigidio, hizo que la fortuna se mostrase por un momento favorable á su causa; llegado á Portugal con importantes refuerzos, obligó á Viriato á atacarle en campo raso, y desplegó algo de aquella táctica romana cuyo secreto parecia perdido hacia muchos años. Lelio, á quien cupo el insigne honor de vencer á Viriato por primera vez, sostuvo con ventaja la campaña hasta la llegada de Fabio Emiliano, cuya mision expresa al dirigirse á España era reducir á todo trance á los rebeldes Lusitanos.

Los repetidos triunfos de Viriato habian causado profunda sorpresa en Roma, que en un principio llamara *guerra de salteadores* á las algaradas de los Lusitanos; el senado comprendió al fin tratarse de una guerra formal y ser necesario enviar á Lusitania un cónsul con fuerzas extraordinarias para sujetar á un enemigo que pareció antes tan despreciable. Fabio Emiliano, recien nombrado cónsul, fué investido de tan difícil mision (1).

Fabio partió llevando consigo quince mil infantes y dos mil ginetes, poseidos de gran ardor, muchos de los cuales habian hecho ya la guerra en la Península, y natural era pensar que no podria Viriato resistir á unas fuerzas que juntas con las que se encontraban ya en España, eran en realidad imponentes; sin embargo no fué así: Viriato se mostró como siempre al nivel de su gran fortuna y digno en todo de su fama; no porque fuese siempre vencedor de Fabio, sino porque desplegó en cada batalla una grandeza de carácter, un entusiasmo por la causa de la patria que rara vez se observa en semejante grado en la historia de las naciones.

Llegado á España, Fabio estableció su campamento en Urso, en el dia Osuna, no lejos de Astapa, y ocupóse en reunir además del ejército de Lelio, el mayor número posible de reclutas alistados entre los pueblos inmediatos, aliados de la república; hecho esto marchó á Cadiz para cumplir el voto que hiciera de implorar la proteccion de Hércules en favor de sus armas, mas en tanto permitia el dios que su ejército fuese derrotado. Sabedor Viriato de la llegada de Fabio, púsose al frente de todas sus tropas, y se encaminó á Urso para sorprenderle, y en efecto, fué aquella una cruel sorpresa para los soldados, no descansados todavía de las fatigas de un largo viaje. Algunos de ellos que ferrajeaban en la campiña de Urso fueron atacados de improviso y hubieron de volver mas que de prisa al campamento, no sin dejar en poder del enemigo los cadáveres de muchos compañeros. Así supo el lugarteniente de Fabio la proximidad de Viriato, y ganoso de adquirir gloria en ausencia del general en jefe, salió al encuentro del Lusitano con parte de su ejército. Sin embargo, no sucedieron las cosas como habia creido; sus tropas fueron dispersadas, y el botin que reuniera pasó á manos de sus contrarios. Al saber esta derrota, apresuróse Fabio á volver á su campamento, y no queriendo precipitarse ciegamente á un país hostil y poco conocido, creyó de su deber tomar ciertas disposiciones preliminares antes de ponerse en campaña.

Habian cobrado tal valor los pueblos lusitanos bajo el mando de Viriato, que no temieron trescientos soldados batirse contra mil Romanos, perdiendo únicamente en la accion setenta hombres mientras que costó la vida á trescientos veinte

(1) Era hijo de Paulo Emilio y hermano del segundo Escipion el Africano á quien hemos visto ya figurar en España.



La justicia de Viriato.—Asi perezcan los esclavos de los romanos.

de sus enemigos. En su retirada un rezagado fué envuelto por un peloton de caballería romana; pero sin desconcertarse, mató de una lanzada á uno de los caballos que le rodeaban, y abrió de un sablazo la cabeza del ginete. Su valerosa resistencia admiró tanto á los caballeros romanos que le permitieron continuar su camino sin inquietarle (1).

Fabio, harto escrupuloso imitador, á lo que parece, de su ilustre homónimo, pasó cerca de un año en preparativos, de modo que llegó el momento de espirar sus poderes sin que hubiese emprendido operacion alguna. Sin embargo, el senado que en ninguno de los nuevos cónsules reconocia las cualidades necesarias para continuar la guerra de España, prorogó por un año los poderes de Fabio, y este entró por fin en campaña.

A juzgar por los resultados, fueron muy acertados los preparativos de Fabio: 144 a. ant. de J. C.
alcanzó la victoria en la primera batalla que empeñó con Viriato, y el resto de 609 de Roma.
la campaña fué una série no interrumpida de triunfos. Fabio persiguió al general lusitano hasta Becor, que se cree ser la moderna Beja, y el pretor Q. Cocio le obligó á retirarse hasta los alrededores de Ebora.

Viriato, empero, no se desalentó; y levantando nuevas tropas é invadiendo en breve la Bética, venció otra vez á los Romanos, los bloqueó en sus cuarteles cerca de Córdoba, apoderóse de Ituca, y llevó sus excursiones hasta los confines de las actuales provincias de Granada y Murcia.

Al mismo tiempo procuró estrechar los lazos de una liga general de los pueblos españoles contra el enemigo comun. Instó á los Arévacos, á los Tricianos, á los Segontianos y á otras varias naciones ya aliadas que se unieran á él para la gran empresa, y se esforzó en hacerles comprender que la emancipacion de la patria seria muy fácil si se ponian de acuerdo y reunian sus fuerzas. Su deseo se cumplió en gran parte, prodigáronsele socorros en municiones y dinero, y la Celtiberia en masa dió otra vez principio á los preparativos de guerra.

Hemos dicho ya lo que ha de entenderse por Celtiberia. La geografía no presta su auxilio á la historia para darle á conocer las innumerables ciudades y aldeas que cubrian en aquella época el territorio español, y hemos de creer que serian aglomeraciones de casas groseramente edificadas, en las que vivian con la independencia de los pueblos salvajes hombres animosos é indomables, de un carácter muy singular. Excepto algunas ciudades mas ó menos populosas y opulentas, en las que florecian las artes de la paz y los primeros gérmenes de la civilizacion, la Península entera se hallaba cubierta de pequeños pueblos que ni siquiera recibian nombre en el idioma de los vencedores, á menos que á ellos fuese unido un interés romano ya de posesion, ya de gloria. Además en aquel tiempo se escribia poco; la memoria de las cosas humanas se transmitia con dificultad, se borraba pronto, la ciencia geográfica estaba en su infancia, y de ahí los muchos puntos oscuros que hallamos en las relaciones de los mejores historiadores. Al hablar, pues, de la Celtiberia, no ha de entenderse únicamente la reunion de ciudades cuyos nombres se encuentran en los antiguos mapas que es preciso examinar para formarse una idea de las cosas la mas próxima posible á la verdad; sino un número indefinido de pueblos, de aldeas, de casas ó chozas

(1) Orosio, l. V, c. 4.—Appiano refiere el mismo hecho.

si se quiere, donde moraban hombres altivos y valientes, muy rudos y fieros quizás, pero entusiastas por sus costumbres, por sus leyes, y sin mas sentimiento comun con los demás habitantes de la misma tierra que el odio á la opresion. Tal debia de ser la España en aquellos antiguos tiempos, y tal era sin duda la Celtiberia, que comprendia á las naciones todas que vivian en la parte nordeste central de la Península, habiendo de entenderse siempre por Celtíberos cierto número de aquellas naciones reunidas.

A pesar de sus diferencias características, los pueblos que habitaban en el territorio que los Pirineos y ambos mares separan del resto del continente europeo podian ya llamarse Españoles, y en ellos germinaba ya algo del espíritu de patria que crea las grandes naciones.

Haciendo vibrar este sentimiento, podia prometerse Viriato un feliz resultado, y aquellos pueblos abrazaron con ardor su causa que era la causa de todos.

142 a. ant. de J. C. 611 de Roma. El cónsul L. Cecilio Metelo llegó á España para continuar la guerra en la Celtiberia, muy complicada con lances y dificultades que es imposible circunstanciar, pues los relatos antiguos hablan de ello muy á bulto. Q. Cocio tomó el mando del ejército romano del oeste, y Metelo atacó á los pueblos que ocupaban el territorio llamado en el dia Castilla y Leon, partidarios todos de Viriato. Algunas ciudades le opusieron enérgica resistencia, y entre ellas Contrebia de que ya hemos hablado; sus habitantes se lanzaron contra los Romanos con tanto furor, que varias cohortes sitiadoras se negaron á marchar otra vez contra el enemigo. Metelo, empero, mandóles dar el asalto sin pérdida de momento, y dió órden al resto del ejército de pasar á cuchillo á cuantos volviesen el rostro á las murallas. Su firmeza produjo excelente resultado, y sus soldados, que habian ido al combate en busca de la muerte, volvieron de él vencedores (1).

Refiérese de Metelo un rasgo de clemencia que le enaltece sobremanera. Habia puesto sitio á Nertobriga, y los arietes jugaban ya contra los muros; algunos golpes mas y la brecha quedaba abierta, cuando de repente acordáronse los habitantes de que se encontraban en la ciudad los hijos de un español que servia en las filas romanas, á quien los historiadores llaman Retogenes, nombre que, segun costumbre, nada tiene de español. Irritados por la traicion de su compatriota, colocaron á sus hijos en el punto mas peligroso del muro atacado por los Romanos, de modo que habian de ser los primeros en perecer, en caso de que aquellos lograsen su intento. Sabedor Metelo del peligro que corrian los hijos de un centurion español, prefirió levantar el sitio á tomar la ciudad á costa de su vida, y si hemos de creer á Veleyo Patérculo, á Floro y al continuador de Tito Livio, produjo este hecho gran sensacion en los Españoles, quienes concibieron sincero aprecio por el carácter del general romano (2).

El cónsul Serviliano continuaba en tanto la guerra de Lusitania, obteniendo algunas ventajas. Habia recobrado á Ituca y otras ciudades antes tomadas por Viriato, y despues de recibir de Micipsa, rey de Numidia, é hijo de Masinisa,

(1) Perseverantia ducis quem moriturum miserat militem victorem recepit (Vell. Paterc., l. II, c. 5.)

(2) Tito Livio *Epitome*, l. LIII; Veleyo, l. II. c. 7.—Valerio Máximo; l. II, c. 16, y Victor, LXX refieren el mismo hecho y le atribuyen iguales consecuencias.

un considerable refuerzo de caballería, dió alcance al Lusitano y le llamó al combate. La victoria coronó el primer dia sus esfuerzos, pero como luego se lanzasen los Romanos en desórden en persecucion de los soldados de Viriato, estos volviéronse de repente contra aquellos que los perseguian y obligaron á tomar la fuga á los que poco antes eran vencedores.

Viriato era un adversario terrible, fecundo en ardides de guerra; con nuevas estratagemas desconcertaba siempre á los generales romanos, y sembraba en sus filas el desórden cuando mas seguros estaban de la victoria.

A pesar de sus triunfos, creyó prudente retirarse entonces á Lusitania por carecer de víveres ó quizás de tropas. Despues de sus campañas acostumbraba volver á su país natal para reparar sus pérdidas y reanimar el valor y la esperanza de los suyos. Serviliano aprovechó su ausencia para apoderarse de la Beturia, que confinaba con la Turdetania, y del país de los Cinecios ó Cuneos, de que habla Herodoto, y pasó allí el invierno, mientras Metelo cobraba aliento en la Tarraconense.

Sin embargo, con Viriato era imposible un prolongado descanso, y apenas acabó el invierno cuando al frente de nuevas fuerzas se apoderó sucesivamente de cuatro ciudades cuyo nombre nos ha sido transmitido, pero sobre las cuales no tenemos ningun dato cierto; sus nombres son Gemela, Escadia, Obolcola y Buccia ó Baccia, y estaban situadas, segun Masdeu, si bien esto no pasa de conjetura, en el lugar que ocupan ahora las modernas poblaciones de Martos, Escua, Porcuna y Baeza. Toda la geografía antigua está erizada de semejantes incertidumbres, y excepto los principales puntos de la ciencia, solo es posible discurrir por conjeturas en cuanto se refiere á particularidades. Serviliano puso sitio á la ciudad de Erisana, cuya situacion es tan incierta como la de las ciudades que poco há hemos nombrado; mas Viriato le obligó á levantarlo, asaltó su campamento y arrolló á los Romanos hasta la garganta de un monte sin salida donde los hizo rodear de trincheras y los tuvo varios dias encerrados á su merced. Segun el testimonio de sus propios historiadores, habria podido pasarlos todos á cuchillo, mas prefirió tratar de paz en aquella posicion favorable á aprovecharse de ella para exterminar á enemigos á quienes el hambre habia ya casi vencido, lo cual no habria sido mas que una represalia fácil de justificar, un desquite de la infame traicion de que estuvo próximo á ser víctima el mismo Viriato.

141 a. ant. de J. C. 612 de Roma.

Serviliano se apresuró á acceder á las condiciones del vencedor, justas y razonables todas ellas; en el tratado se partió en cierto modo del *statu quo,* y estipulóse que los Romanos se limitarian rigurosamente á sus posiciones anteriores, obligándose á no traspasar sus fronteras. Segun dice Appiano, el tratado fué solemnemente ratificado en Roma.

Hemos llegado al momento en que el recuerdo de la generosa conducta de Viriato y de los pactos celebrados hará mas infame y odiosa aun la traicion en que perdió la vida el caudillo lusitano. La ignominia del cónsul Cepion fué igual á la de Galba.

A Fabio Serviliano sucedió en el gobierno de la España ulterior Q. Servilio Cepion, quien poco despues de la ratificacion de la paz, supo persuadir al senado por miras de codicia y de ambicion personal de la necesidad de continuar la guerra contra Viriato. Echóse en olvido que la paz habia sido obtenida por

140 a. ant. de J. C. 613 de Roma.

la magnanimidad del Lusitano, que miles de Romanos debian la vida á sus generosos sentimientos y rompiéronla bajo el singular pretexto de que era indigna del pueblo romano.

Cepion entró en campaña sin pérdida de momento; y como podia disponer de municiones de todas clases y de tropas de refuerzo, dió principio á la guerra con gran resolucion. En aquel entonces, Viriato vivia tranquilo en una ciudad del interior de Lusitania, y sabedor de que las hostilidades habian empezado otra vez y de la marcha de Cepion, tomó sus disposiciones para recibir al nuevo cónsul; por desgracia podia disponer de muy poca gente, y atacado de pronto por los Romanos, emprendió la retirada corriendo á la Celtiberia para reclamar socorros á los pueblos que hacian causa comun con él. Cepion le persiguió, y mientras eran aun muy pocas las tropas que seguian á Viriato, le atacó de nuevo en la Carpetania, entre el Guadiana y el Tajo; el Lusitano empleó entonces el mismo medio que le sirviera once años antes para salvar su ejército en su primer encuentro con Vetilio. Deseoso de ahorrar la sangre de los suyos, y de que no corriera en lucha tan desigual, hizo marchar en secreto á sus soldados por un valle cubierto de bosques, y quedó solo con algunos ginetes para mantener á los Romanos en la persuasion de que aceptaba la batalla. Sin embargo, luego que pensó que su ejército no corria ya peligro, volvió grupas y corrió á reunirse con él, con gran sorpresa de los Romanos, quienes, embarazados con sus bagajes y fatigados ya por las marchas forzadas, no pudieron emprender su persecucion.

Cepion quedó exasperado por la fuga de Viriato á quien esperaba vencer fácilmente, habiéndole cogido de sorpresa; y dominado por el furor y la venganza, devastó sin piedad el territorio de los pueblos vecinos, pasó el Tajo, entró en Lusitania, llevándolo todo á sangre y fuego, y llegó hasta mas allá de Bracara, hoy Braga, sin mas objeto que llevar el exterminio á pueblos aislados y no preparados para la guerra, á los cuales por lo mismo vencia con extrema facilidad.

Acercábase, empero, para Viriato el momento fatal. No hallándose todavía en estado de defender con buen éxito su patria contra los furores del cónsul, intentó la via de las negociaciones, y esto le perdió. Cepion habia llegado á España con la firme resolucion de triunfar á toda costa y de reducir al jefe lusitano por todos los medios posibles, y como se le presentasen enviados de Viriato preguntándole la causa que impulsaba á Roma á violar el tratado con ella celebrado, el cónsul, en vez de responderles, trató de sobornarlos y lo logró. Dejáronse corromper por los presentes y las promesas del Romano, y cediendo á sus instancias, obligáronse á asesinar á su general.

De regreso al campamento á una hora muy avanzada de la noche, introdujéronse en la tienda de Viriato bajo pretexto de transmitirle el mensaje de Cepion, y hallándole dormido le dieron muerte.

Así murió vilmente asesinado el héroe Viriato, uno de los mas ilustres varones que hayan nacido en la Península. Su mérito militar nos es ya conocido, y á él no cedian en nada sus cualidades personales. El valor y la abnegacion constituian el fondo de su heróica naturaleza; repartia con igualdad el botin entre los voluntarios compañeros de sus expediciones, y pudiendo enriquecerse, jamás se cuidó de amontonar riquezas. General tantas veces victorioso, no se



[illegible] LA MUERTE DE VIRIATO.



enorgulleció nunca de haber vencido en cien batallas á los ejércitos consulares de Roma, y fué siempre tan humilde como el primer dia, sin cambiar cosa alguna en sus armas, en su vestido ni en las costumbres de su vida, que era la de un soldado de aquellos tiempos (1). Cuéntase que en la ceremonia de su matrimonio, luego de terminado el banquete de familia en el cual no comió mas de lo que tenia acostumbrado, tomó su lanza, y cogiendo en brazos á su nueva esposa, montó á caballo para dirigirse á su campamento, pues quiso aquella compartir con él las fatigas de la guerra.

Muerto Viriato, introdújose el desaliento en las filas de los Lusitanos, y despues de una desesperada tentativa contra la Bética, en la cual exterminaron á cuantos Romanos hallaron á su paso, dispersáronse por las inaccesibles guaridas de su país, conservando así en su infortunio la única independencia que podian hallar.

Durante el mismo año de la muerte de Viriato, los Numantinos se sublevaron de nuevo, y esta vez habia de derramarse mucha sangre por una y otra parte. Sometidos los Celtíberos por las armas de Metelo, los Numantinos y los Termesinos fueron los únicos entre aquellos pueblos que conservaron su plena libertad bajo la égida de tratados sancionados por el senado. Pompeyo, empero, cansado del reposo, solo buscaba un pretexto para romper la paz, y como los Numantinos habian dado muchas veces hospitalidad á los Celtíberos que seguian la bandera de Viriato, no se necesitó mas para considerarlos reos. Á las quejas de Pompeyo contestaron con francas y sinceras explicaciones, pero aquel repuso con altivez que no sabia tratar con una nacion enemiga sino hasta el momento de deponer las armas. Estas palabras fueron la señal de la guerra: los Numantinos reunieron sus fuerzas, insignificantes comparadas con las de los Romanos, pues solo constaban de ocho mil infantes y dos mil ginetes, y Megara fué nombrado general. Pompeyo nada olvidó tampoco por su parte: establecióse delante de Numancia con treinta y dos mil infantes y dos mil hombres de caballería, y se apoderó de las alturas inmediatas.

Numancia estaba situada en la ladera de un pequeño monte; rodeábanla por todas partes otras montañas mas ó menos elevadas; por el lado del mediodia llegabase á ella por un llano en el cual serpenteaba un riachuelo llamado Ter; ocupaba el centro del país de los Arévacos, en las fuentes del Douro, y aunque rodeada de fortificaciones y en una posicion muy ventajosa, parecia no cifrar su fuerza sino en su valor y en su amor á la independencia. En medio del recinto formado por las casas de los ciudadanos, elevábase una ciudadela considerada por ellos como el Paladion de su libertad; allí depositaban en épocas calamitosas sus objetos mas preciosos; allí celebraban las asambleas de su gobierno y sus consejos de guerra; y aquella ciudad, que en el dia nos pareceria tan poco importante, que contaba con tan escaso número de ciudadanos en estado de empuñar las armas, hizo frente á los Romanos por espacio de mucho tiempo y no sucumbió sino bajo los mas obstinados esfuerzos. Siempre independiente y

(1) Sus propios enemigos tribútanle este testimonio. Ciceron de Officiis, l. II, c. 11; Justino, l. XLIV, c. 2, y App., de Bell. Hispan.—Florus (l. II, c. 17) dice que habria sido Viriato el Rómulo de su país á haberle secundado la fortuna. Hispaniæ Romulus, si fortuna cessisset.

armada, habia tratado con los Romanos de potencia á potencia, y la constante altivez en que se habia mantenido aquel pueblo ante la república, humillaba á esta y la encendia en furor.

Pompeyo hubiera querido trabar una batalla y no dar el asalto, y para lograrlo recurrió á mil tentativas, pero en vano; limitábase todo á escaramuzas sin importancia entre sitiadores y sitiados. Los Numantinos habian adoptado un sistema de defensa que contrariaba en gran manera al general de la república; este habria deseado decidir la contienda en campo raso, y los Numantinos se negaban á ello obstinadamente; no es esto decir que no hiciesen salidas de cuando en cuando, pero limitábanse á empeñar combates parciales, y volvian á encerrarse en sus muros luego que el grueso del ejército enemigo se ponia en movimiento y desplegaba sus estandartes. Obrar de otro modo con fuerzas tan inferiores habria sido no valor, sino temeridad.

Cansado de semejante táctica, y siempre rechazado al intentar el asalto de las fortificaciones de Numancia, Pompeyo que gustaba de las conquistas fáciles, levantó el sitio para dirigirse contra la ciudad de Termes, llamada por Appiano Termencia, situada á nueve leguas de distancia. Los habitantes de Termes verificaron una salida y obligaron á Pompeyo á emprender la retirada por tortuosos y quebrados senderos, perdiendo gran número de gente, y los Romanos hubieron de pasar aquella noche sobre las armas, lo cual les estenuaba horriblemente por acostumbrados que estuviesen á las fatigas militares. Al dia siguiente volvieron á la carga, pero la victoria no se declaró tampoco por ellos. Para no permanecer ocioso, Pompeyo atacó á Manlia tambien sin resultado, hasta que por fin volvió contra Termes y entonces los Termesinos, cansados y en número harto reducido para resistir á sus fuerzas, se rindieron, pudiendo Pompeyo anunciar á Roma que acababa de apoderarse de una de las principales ciudades de España. Por desgracia no era Numancia.

De este modo ocupaba Pompeyo á sus soldados mientras volvia al ataque de la indomable ciudad para que se hablase sin cesar de sus hazañas y su gloria. Aquel Pompeyo, tronco de la familia del gran Pompeyo, era un hombre de mediana valía, pero de vanidad desmedida.

Sin embargo, con el numeroso ejército de que disponia sometió en efecto todas las ciudades vecinas y aliadas de los Numantinos.

Solo quedaba Numancia, y Pompeyo resolvió emprender el sitio de la misma con decision. Despues de rodearla por todas partes, mandó ejecutar ciertas obras que habian de impedir á los buques subir por el Douro hasta la ciudadela; mas los habitantes hicieron tan vigorosa salida contra los soldados que trabajaban en ellas, que dieron muerte al mayor número, al propio tiempo que caia bajo sus golpes un destacamento que protegia á los forrageadores. El invierno era riguroso, y eran tantas las pérdidas que experimentaba el ejército que Pompeyo levantó el sitio é hizo tomar á sus tropas sus cuarteles de invierno. Próximo á ceder el gobierno al cónsul M. Popilio Lænas, y no queriendo dejar á su sucesor la gloria de terminar aquella guerra, Q. Pompeyo propuso la paz, pero con condiciones expresadas con tanta vaguedad en las negociaciones, que á consentir los Numantinos en ellas, es casi seguro que su buena fé habria quedado sorprendida. Esto no obstante, enviáronse embajadores á Roma para negociar, y

en tanto Popilio, que habia declarado la guerra á los Lucones, fué vencido. Llegado el siguiente año, conservóle el senado en el gobierno, y otra vez fué derrotado por los Numantinos, que de nuevo empuñaron las armas. 139 } 138 } a. ant. de J. C 614 } 615 } de Roma.

Decio Bruto, uno de los nuevos cónsules, fué enviado á la España ulterior, y nada notable llevó á cabo durante el primer año de su gobierno. Quinto Hostilio Mancino tomó el mando de la España citerior, y vencido repetidas veces por los Numantinos, á quienes auxiliaron los Cántabros, retiróse á las ciudades sometidas á la república. Los Numantinos, empero, ignoraban su retirada, y la manera como lo supieron tiene algo de extraordinario que los historiadores parecen complacerse en referir con mas ó menos detalles. Dos mancebos amaban á una compatricia suya y pretendian su mano; convínose entre ellos en penetrar en el campamento de los enemigos uniéndose con la mujer, objeto de su rivalidad, el primero que daria muerte á uno de aquellos. Encontrando desierto el campamento vuelan á llevar la noticia á la ciudad, y reunidos los habitantes en la plaza publica, ármanse y resuelven marchar en persecucion de los Romanos. Lejos de contenerse dentro de los límites de su territorio, quieren atacar á su vez en campo raso á los que poco antes los tenian tan estrechamente bloqueados; y en efecto arrollan á Mancino y le colocan en situacion muy peligrosa. Desprovisto de todo, no le queda otro recurso que perecer con todos los suyos, y decide entablar negociaciones, consagrando un nuevo tratado la completa independencia de los Numantinos, y otros varios privilegios expresamente extipulados. 137 a. ant. de J. C. 616 de Roma.

Un autor (1) explica muy bien la historia de aquel tratado, de modo que lo mejor que podemos hacer es citar textualmente sus palabras.

«La ciudad de Numancia, dice, era célebre en España por sus riquezas y su poder, y mas que todo por el valor y la entereza de sus hijos, quienes sin haber armado sino á diez mil hombres, vencieron á los mas ilustres generales romanos, y obligaron á algunos á consentir en tratados indignos de la primera potencia del mundo. De este número fué el que hubo de firmar Q. Pompeyo despues de ser completamente derrotado, no siendo menos vergonzoso el que celebró el cónsul Hostilio Mancino; y como se hizo por dictámen y mediacion de Tiberio Graco, el mayor de ambos hermanos, y como aquí empieza mi historia (la de los Gracos), importa hablar de él con detencion y exactitud.

«Derrotado Q. Pompeyo y violado el tratado que celebrara con los Numantinos, Q. Hostilio Mancino, uno de los cónsules, fué enviado para apoderarse de aquella ciudad. Tiberio Graco, hijo de otro Tiberio Graco (aquel cuya noble conducta en España hemos explicado) servíale de cuestor en su expedicion, siendo este el primer cargo de importancia que desempeñaba despues de haber servido en Africa con gran reputacion á las órdenes del segundo Escipion.

«La fortuna no fué propicia á la empresa del cónsul Mancino, y ya dirigiese mal la guerra, ya causase su desgracia el valor de los Numantinos ó las disposiciones del azar, es lo cierto que despues de varios encuentros de resultado diverso, fué vencido en campal batalla, sucediéndole en su derrota lo que de ordinario sucede á todos los malos generales: perdió la cabeza; el peligro ó la mala fortuna le puso fuera de sí, é incapaz de tomar con acierto resolucion algu—

(1) San Real, Hist. de los Grac.

na, levantó el campo durante la noche y se retiró en el mayor desórden.

«Sabedores los Numantinos de su marcha y de las escasas precauciones que tomara, le persiguieron tan de cerca que despues de apoderarse de su campamento y de los bagajes de su ejército, le acorralaron en un lugar sin salida, tanto que no tuvo otro recurso que enviarles un heraldo para tratar de la rendicion.

«A pesar de sus victorias, hallábanse los Numantinos muy cansados de la guerra que desde tanto tiempo sostenian con la potencia mas formidable de la tierra, y deseaban ponerle fin, y esto sobre todo en un tiempo en que su triunfo y el estado á que habian reducido á los Romanos, les hacian esperar condiciones muy ventajosas. Toda la dificultad estaba en la confianza que mereciesen las personas que negociaran la paz y en que recibiese esta la ratificacion de Roma; y ya fuese que no reinase entre los Romanos una laudable lealtad, ya que pudiese el senado romper los tratados hechos por sus generales, los Numantinos solo quisieron fiarse del cuestor Tiberio Graco, recordando que su padre, en su expedicion á España, les habia dado la paz, ratificada y aprobada por Roma.

«Tiberio Gracco dirigióse, pues, á tratar de la paz con ellos, advertido de que en el estado en que se encontraba el ejército romano, habian de aceptarse toda clase de condiciones, y de que mas que á celebrar un tratado iba á recibir una gracia. Y en efecto, preciso fué ceder los efectos todos de campamento, los bagajes, y cuanto tenia de mas precioso el ejército en máquinas de guerra y en vasos de oro y de plata, único medio para salvar á mas de veinte mil ciudadanos y á muchos aliados y esclavos que componian las legiones, reducidas ya por el hambre á la mas lamentable situacion.

«Por necesaria que pareciese aquella paz al cuestor y á su ejército, fué considerada en Roma como la mas indigna y vergonzosa que jamás se hubiese hecho, y el senado, algo apasionado en su juicio, presentó aquel tratado al pueblo como un indeleble cartel de la ignominia romana. Confundiéronse las faltas y la escasa precaucion del cónsul con la vergüenza de lo pactado, y sin tomar en consideracion que habia debido salvarse á toda costa la vida á veinte mil ciudadanos, los padres conscriptos, libres de peligros y de privaciones, juzgaron preferible dejarlos morir á todos de hambre, antes que recibir tan odiosa ley.

«El pueblo participó de las prevenciones del senado, si bien no confundió las faltas del cónsul con la prudencia del cuestor; y haciendo distincion entre la mala direccion de la guerra y la necesidad del tratado, arrojó sobre Mancino toda la ignominia y no olvidó que Graco habia sido el valedor de los ciudadanos del ejército.

«El tratado fué solemnemente roto como indigno é injurioso, y se dispuso que el cónsul fuese entregado á los Numantinos atado de piés y manos á fin de que tomasen en él venganza del rompimiento.

«Considérese de paso la injusticia del senado y del pueblo que condenó con tanto rigor á un general cuya mayor falta habia sido su desgracia, y que no era culpable de traicion ni de cobardía. Antes que él, habia suscrito Q. Pompeyo á condiciones muy poco gloriosas sin experimentar la afrenta que se hizo sufrir á Mancino.

«Sin embargo, obsérvese tambien el afecto del pueblo por Graco, á quien no se quiso en manera alguna confundir con el cónsul. Al romperse antiguamente

los tratados celebrados por los generales, entregábanse los oficiales todos del ejército á la venganza de aquellos con quienes se celebrara el tratado; pero en el caso presente el pueblo salvó á todos los oficiales para no perder á Graco, y el senado que esperaba verle envuelto en la desgracia comun, vió con pesar que se perdia á Mancino y que se salvaba á un hombre que, á pesar de sus pocos años, daba ya seguras esperanzas de ser un dia dueño de la república.

«Tiberio Graco sintió el pesar que puede imaginarse por no poder librar al cónsul de una afrenta de la cual no le juzgaba merecedor y de la que al propio tiempo creia que alcanzaba algo á su propia persona, y decia en público á los autores del rompimiento del tratado que no era cosa nueva que la fortuna adversa obligase á recibir la ley del mas fuerte. «No veo vergüenza alguna, añadia, en ratificar una paz que no nos obliga á nada deshonroso; nos limitamos á ceder lo que ya no teníamos, y salvamos la vida á veinte mil ciudadanos que podrán conquistar nuevas provincias.

«¿Qué dirán los pueblos que pusieron en mí su confianza recordando la lealtad con que fué ratificada aquí la paz que mi padre les diera? ¿Cómo no han de ver gran diferencia entre aquellos tiempos y los vuestros?»

«Sus palabras fueron inútiles contra las maquinaciones tramadas; el tratado fué roto, y el cónsul enviado á los Numantinos, quienes se negaron á recibirle diciendo que la deslealtad de tantos hombres no habia de ser castigada en uno solo.»

En tanto Lépido habia marchado á su puesto, y sin órden alguna del senado habia llevado la guerra al país de los Vacceos, so pretexto de que habian proporcionado víveres á los Numantinos durante la última guerra. Cinna y Cecilio fueron enviados desde Roma en calidad de delegados para ordenar al cónsul que cesara en sus ataques contra los Vacceos; pero en aquel entonces habia ya asolado los campos de los alrededores de Palencia, recogido considerable botin y puesto sitio á la ciudad. Sin embargo, los habitantes le habian obligado á alejarse de sus muros, y cierto dia en que se ocupaba en forrajear por la campiña á poca distancia de la ciudad, se precipitaron contra él de improviso é hicieron en sus tropas horrible carnicería. Seis mil Romanos habian perecido en aquel combate y en los demás empeñados durante el sitio de la plaza, cuando llegaron los legados con las órdenes del senado, y Lépido fué destituido y encausado; mas afortunado, empero, que Mancino, fué acusado y condenado únicamente como reo de cohecho.

En tanto transcurria el segundo año del gobierno de Decio Bruto en la España ulterior; durante este tiempo habia sometido á los Galacios y Lusitanos que de nuevo se habian sublevado un año despues de la muerte de Viriato, sujetado á los Talabricanos, pueblos dispuestos siempre á levantarse, y habíales impuesto una crecida contribucion de guerra, obteniendo por sus triunfos el renombre de Galacio y la prolongacion de sus poderes (1).

---

(1) Refiérese de Bruto que en una de sus expediciones á Lusitania encontró en su camino un rio llamado Letheo ó *Rio del Olvido*, y viendo que sus soldados, sobrecogidos de supersticioso terror, no se atrevian á vadearlo temiendo de un eterno olvido de todas las cosas, tomó el estandarte de un teniente y fué el primero en entrar en el agua. El Letheo de que aquí se trata es el moderno Lima.

Tales resultados no se alcanzaron sin grandes esfuerzos, y por el solo hecho que vamos á referir puede juzgarse de la resistencia que experimentaron sus armas. Al sitiar á los Bracaros, estos marcharon á su encuentro acompañados por sus mujeres, y estas tomaron parte en la lucha lo mismo que los hombres acudiendo al punto en que el peligro era mas inminente y la pelea mas reñida. El número mas que el valor de sus enemigos acabó por vencer á los Bracaros, pero el general romano no pudo menos de admirar el heroismo de aquellas mujeres que, en medio del horror del combate, de la muerte, de la sangre y de las heridas, no tenian otra idea que la gloria de sus esposos y la libertad de su patria.

136 a. ant. de J. C. 617 de Roma. El cónsul Publio Furio Filon fué designado para sustituir á Lépido en la España citerior, y su nombramiento excitó la envidia de dos personages de la época, de Metelo y de Q. Pompeyo, que vieron con pesar confiado el mando de semejante expedicion á Furio, quien en su calidad de general, les mandó seguirle con el título de lugartenientes. Este cónsul, encargado de la ejecucion de la sentencia pronunciada contra Mancino, despojóle de sus vestidos al llegar delante de Numancia, hizo que tiznaran sus manos, mandó colocarle en la puerta de la ciudad antes de que asomara el dia, y luego de verificadas las ceremonias de rigor, entrególe á los Numantinos. Estos mostraron con Mancino mayor generosidad que los mismos Romanos.

Parece que la crueldad con que Furio tratara á Mancino indispuso contra él á sus propios soldados, y que en aquel tiempo se manifestó en el ejército romano una especie de interés y de prevencion favorable á los Numantinos, que en parte fueron causa de la inaccion en que se mantuvo el nuevo cónsul.

135 a. ant. de J. C. 618 de Roma. Furio no hizo dar un gran paso á los negocios de la república en la España citerior, y al ser relevado el siguiente año por el cónsul Calpurnio Pison, fué su marcha muy poco sentida. Sin embargo, no fué Pison mas afortunado, y sus triunfos se limitaron á recoger algun botin en el territorio de Palencia.

134 a. ant. de J. C. 619 de Roma. El senado veia con pesar la duracion de la guerra de Numancia, y despues de tantas pérdidas y de tantas esperanzas frustradas, resolvió recurrir á grandes medios y enviar á España al destructor de Cartago. Escipion Emiliano fué investido del consulado por segunda vez y preparóse al momento para pasar á España. Cuatro mil jóvenes voluntarios pertenecientes á las familias mas ilustres de la república, solicitaron seguirle, ganosos de combatir á las órdenes de tan afamado general, y con ellos se formó un cuerpo escogido que Escipion reservaba para los grandes trances (1).

Bajo el mando de los anteriores generales, el ejército romano de España habia contraido vicios y hábitos de lujo y de molicie, que Escipion trató de extirpar ante todo. Para ello expulsó del campamento á los mercaderes, á los vagos y á las rameras, que se hallaron ser en número de dos mil; hizo vender los carros y los animales de carga que no le parecieron de absoluta necesidad, y solo dejó á cada uno los utensilios de que se componia el bagaje ordinario de un soldado romano, á saber un asador, una marmita y un plato (2). Prohi-

(1) Dábase á aquel cuerpo de jóvenes patricios el nombre de Filónida *escuadron de los amigos*. Todos ellos iban montados. App., p. 304, c. 305.

(2) Montesquieu cita á Polybio y á Josefo, de *Bello Judaico*, l. III, c. 6, para que nos for-

bió los lechos para las comidas y dispuso que se comiera en una especie de gergones (1), apresurándose el mismo á dar el ejemplo; en una palabra, restableció la disciplina en su severidad primitiva, y ejercitó de nuevo á los soldados en los mas duros trabajos. Hacíales emprender largas marchas, cargados con sus efectos, con una provision de trigo para quince ó veinte dias y con estacas muy pesadas en número de siete; mandábales abrir fosos, elevar empalizadas, construir murallas, y un momento despues lo destruia todo, pues su objeto no era otro que avezarles á la fatiga: «Cúbranse de lodo, decia, puesto que temen cubrirse de sangre (2).» Presidia en persona á aquellos ejercicios, y exigia con extremado rigor el trabajo y la obediencia, diciendo «que los generales austeros y rígidos eran útiles á sus ejércitos, y los indulgentes á los enemigos; porque, añadia, el campamento de los últimos respira alegría, pero se desprecian en él las órdenes del general, al paso que el de los otros ofrece un aspecto triste, mas los soldados son obedientes y se hallan dispuestos para todo.» Junto á Escipion hacian entonces el aprendizaje del arte de la guerra dos hombres que fueron despues célebres por conceptos muy distintos, Yugurta y Mario.

Por medio de estos duros ejercicios se preparaba Escipion para el sitio de Numancia, y despues de reanimar así durante la mayor parte del año la energía de sus soldados, acercó su campamento á la ciudad, si bien no quiso atacarla antes de que sus tropas hubiesen medido sus fuerzas con algunos pueblos inmediatos. Para ello llevó la guerra al país de los Vacceos y de los Palantinos, mas allá del Duero, y alcanzó contra ellos distintas victorias.

Mientras duró el invierno se limitó á algunas insignificantes excursiones por los alrededores de Numancia. En una reducida aldea situada entre lagunas (3) y rocas, cuyo lugar lleva en el dia el nombre de Henar, ocultábanse los Numantinos en emboscadas y desde allí habrian acabado con cuantos destacamentos se dirigian hácia aquel lado, si el entendido general que supo su posicion, no hubiera intentado desalojarlos de aquel punto. Escipion hizo marchar contra ellos á tres mil ginetes, y mientras los Numantinos creyeron combatir con fuerzas iguales, sostuvieron el choque sin retroceder un paso; pero al ver desplegarse los estandartes de las legiones, tomaron la fuga y volvieron á sus muros. Aquella retirada tan pocas veces vista, aun que dictada por la prudencia, alentó á los Romanos, quienes decian «que de mucho tiempo no habian visto la espalda á los Numantinos.» Grande y merecido elogio en boca de un enemigo.

Por fin, llegada la primavera del siguiente año marchó Escipion contra Numancia con las banderas desplegadas y con todo su ejército compuesto de unos 133 a. ant de J. C.
sesenta mil hombres. Entonces estableció su campamento cerca de la ciudad, y 620 de Roma.
mandó empezar sin pérdida de momento las operaciones de sitio.

---

memos una idea cabal de las armas del soldado romano. Segun el último, existe muy poca diferencia entre las caballerías y los soldados romanos. «Llevan, dice Ciceron, su comida para mas de quince dias y cuanto necesitan para su uso y para fortificarse en caso necesario. Sus armas les estorban tan poco como sus manos.» (Tuscul., l. II, c. 15).

(1) Propiamente hablando eran hojas envueltas en una tela.

(2) Luto inquinari, qui sanguine nollent, jubebantur. Flor., l. II, c. 18.—Para lo demás véase á Tito Livio, Epit., l. LV; App., de Bell. Hisp.; Aurel. Victor, c. 58 y 59, etc.

(3) Appiano solo habla de un lago.

Ufanos con las victorias que contra los Romanos alcanzaron, los Numantinos reducidos á ocho mil combatientes, estaban resueltos á presentar el combate y á vencer ó morir antes que sufrir los rigores de un prolongado bloqueo; Escipion, empero, evitaba un encuentro general y deseaba terminar la guerra por cualquier medio que no fuese una batalla; sabiendo cuanto ha de temerse el valor desesperado, era su designio vencerlos sin acudir á la fuerza, y en consecuencia tomó sus disposiciones.

Conviene leer en Appiano y en Polybio los detalles de las operaciones del sitio (1), como Escipion bloqueó la ciudad y cerró su última salida por el lado del Duero «mediante cuatro fuertes que mandó construir en ambas orillas, entre los que hizo arrojar grandes vigas flotantes, unidas entre sí y armadas con gruesas puntas de hierro. La parte de estas que entraban en el agua, era empujada por la corriente y mantenia la máquina en perpétuo movimiento, de modo que por semejante medio el general romano cerró el paso del rio no solo á los refuerzos que pudiesen llegar del exterior, sino tambien á los buzos á causa de los hierros sumergidos en el agua.»—«Terminada la obra, continua el comentador de Polybio, levantáronse baterías de ballestas y catapultas en las torres y en los fuertes, y reuniéronse las municiones necesarias para el servicio de las máquinas. Los arqueros y honderos ocuparon los fuertes y de trecho en trecho, estableciéronse guardias que comunicaban entre sí por medio de avanzadas que no se retiraban de dia ni de noche. Los que se hallaban en las torres tenian órden de dar al menor peligro la señal convenida, y los vigilantes de los demás cuarteles de repetirla en seguida á fin de que se supiera en toda la línea cual era el punto amenazado.»

Durante estas operaciones, los Numantinos habian hecho mil esfuerzos para frustrar los proyectos de los enemigos; pero vencidos por el número, volvieron á la ciudad, no quedándoles sino la triste alternativa de morir por hierro ó hambre ó de capitular. En aquella situacion, Retogenes Caurino, seguido de cuatro conciudadanos suyos, escala las fortificaciones romanas por su parte mas débil, mata á los centinelas que encuentra á su paso, y se dirige al país de los Arévacos. Llegado allí, reune á los principales habitantes y les conjura para que marchen en auxilio de su antigua aliada; trázales un vivo cuadro de los peligros que corre la animosa Numancia; háblales de su amistad, de los peligros que tambien á ellos les amenazan, de la codicia, de la saña y de la mala fe de los Romanos; recuérdales la destruccion de Cauca, el último tratado estipulado con Mancino y les dice: «Nuestra causa es la vuestra; no separemos nuestros intereses; empuñad las armas y marchad á nuestro auxilio, pues al perderse Numancia os exponeis á perder la libertad de España.» Conmovidos á tales palabras, los Arévacos prorumpen en llanto, pero no eran lágrimas lo que habia de salvar á Numancia, sino brazos. Aquel pueblo, temeroso del resentimiento de los Romanos, no se atrevió á socorrer á su antigua aliada, é ignórase lo que fué de Retogenes. Solo una ciudad se apiadó de la infeliz Numancia: sin acordarse mas que del lazo que las uniera en los tiempos de explendor, Lucia no pensó en las calamidades que su proceder podia atraer sobre

(1) App. de Bell. Hisp.—Polybio, Com. de Folard.



ÚLTIMO DIA DE NUMANCIA.

ella, y trató de socorrer á los sitiados. Los Numantinos esperaban que tan buen ejemplo seria imitado por otras ciudades españolas; pero los habitantes de Lucia fueron vencidos por Escipion, y toda esperanza quedó desvanecida.

Solo quedaba abierta á los Numantinos la vía de las negociaciones, y quisieron intentarla. Introducido á la presencia del general romano, Aluro, presidente de la diputacion, tomó la palabra en nombre de sus conciudadanos, y dijo: «¿Has visto acaso hombres tan valientes, tan esforzados, tan constantes como los Numantinos? Ellos, pues, se confiesan vencidos ante Escipion. ¡Qué gloria para tu nombre poder envanecerte de haberlos sometido! Nosotros solo sobreviviremos á nuestro infortunio pensando que si hemos rendido las armas ha sido únicamente á un capitan como tú. Hoy que nos abandona la fortuna, venimos á tí; imponnos condiciones que podamos aceptar, pero no nos destruyas. Si rehusas la vida á los que de tí la imploran, sabrán morir peleando, y si les niegas el combate, tendrán valor para clavarse ellos mismos la espada en el pecho, antes que dejarse asesinar por tus soldados. Ten corazon de hombre, y condúcete de modo que la sangre no manche inútilmente tu estirpe.»—Escipion quedó admirado por el atrevimiento de estas palabras y la dignidad del que las pronunciara, y contestó con frialdad no poder tratar con ellos hasta que se hallase la ciudad en poder del vencedor. Al saber esta respuesta, los Numantinos se avergüenzan de una demanda que tanto les habia costado, y que tan poco efecto habia producido; poseidos de furor, y no pudiendo saciarlo en sus enemigos, precipítanse contra sus propios enviados, y los despedazan.

No les quedaba ya esperanza de salvarse ni de morir combatiendo, y sin embargo, intentaron un último esfuerzo. Despues de beber con exceso un licor fermentado extraido del trigo y llamado *celix* (especie de cerveza), salen de la ciudad y desde el pié de las fortificaciones romanas llaman al combate á sus enemigos; rechazados por el número, vense obligados á volver á la ciudad, y como carecian de víveres, como todas las provisiones habian sido consumidas, quedaron reducidos á alimentarse con la carne de sus cadáveres. Algunos propusieron tomar la fuga, pero esta era imposible, y resolvieron al fin darse la muerte. Unos se envenenaron, otros se atravesaron con sus espadas; muchos, despues de incendiar su propia casa, se precipitaron entre las llamas; otros se dieron muerte recíprocamente, y Numancia ofreció por algunos instantes el espectáculo de una ciudad entera agonizante. Los Romanos no tardaron en abrirse paso y en penetrar en su recinto, pero la muerte y el silencio reinaban por do quiera, y solo encontraron cadáveres, incendios y ruinas. Los edificios que el fuego respetara fueron arrasados, y el territorio que habia pertenecido á los Numantinos fué repartido entre los pueblos inmediatos. Así acabó Numancia, la única ciudad española que conservó intacta hasta el fin la independencia nacional.

«Nadie habrá, dice Rollin, á pesar de ser exclusivista admirador de Escipion y de los Romanos, que no se conmueva al considerar la deplorable suerte de aquel pueblo esforzado, cuyo único delito parece haber sido resistirse al yugo de una república ambiciosa que pretendia dictar leyes al universo. Floro sienta que jamás emprendieron los Romanos guerra mas injusta que la de Nu-

(.) Appiano le llama Abaro. Carecemos de elementos para descubrir la verdad de los nombres.

mancia; pero si es recusable el testimonio de este autor, español de orígen, y dominado por una imaginacion ardiente, no puede caber duda en que durante la guerra hicieron los Numantinos muchas proposiciones de paz razonables, y que manifestaron mas lealtad y rectitud que los Romanos. Por esto, pues, creo difícil justificar la completa destruccion de aquella ciudad. Que Roma destruyese á Cartago, se comprende; era una rival que se habia hecho temible y que podia serlo aun mucho mas si se la hubiese dejado subsistir; pero los Numantinos no se hallaban en el caso de causar á los Romanos temor por la ruina de su imperio, é ignoro en qué pudo fundarse Ciceron al compararlos á los Cimbrios (1), que trataban de invadir á Italia. El despecho, la venganza, ó quizás su política de conquistadores parecen haber sido los móviles que impulsaron á los Romanos á destruir á Numancia; con un ruidoso ejemplo quisieron mostrar que la ciudad ó el pueblo que les resistiese con obstinacion no habia de esperar sino una entera ruina.»

En Puente Garray, á unas cuatro millas de Soria, y á poca distancia de las fuentes del Duero, descúbrense á flor de tierra algunos restos de la heróica ciudad cuyo recuerdo hace palpitar aun con legítimo orgullo todos los corazones españoles.

Consumado aquel sacrificio, la Península quedó por algun tiempo sometida y tranquila, á la manera espresada por Tácito: *Ubi solitudinem faciunt pacem appellant.* Despues de subyugar á los Galacios, Decio Bruto acababa de triunfar en Roma, y Escipion, que añadió al título de Africano el de Numantino, marchó á recibir iguales honores.

(1) Sic cum Celtiberis, cum Cimbris bellum, ut cum inimicis, gerebatur, uter esset, non uter imperaret. (Cic., de Officiis, l. I, c. 38).



LLEGADA DE LOS ROMANOS À LA ISLA DE MALLORCA.

CAPÍTULO V.

La España desde la caida de Numancia hasta la guerra de Sertorio.—Piratas de las islas Baleares.—Levantamiento de los Lusitanos.—Invasion de los Cimbrios.—Tentativa contra los Romanos.—Astucia y perfidia de Tito Didio.—Llega Sertorio á España.—Vuelve á ella proscrito por Sila.—Pasa á Africa.—Es llamado por los Lusitanos.—Sus primeros hechos de armas.—Série de triunfos contra los Romanos.—Metelo es enviado contra él.—Gobierno establecido por Sertorio en España.—Establece un senado.—Escuela pública de Osca.—Afecto que á los Españoles inspira.—Unesele Perpenna.—Continuan las victorias de Sertorio.—Sitio de Lauron.—Vence á Pompeyo.—Reunion de Pompeyo y de Metelo.—Nueva campaña.—Toma de Contrebia.—Pompeyo es vencido por Sertorio en batalla campal.—Accidentes diversos de la guerra.—Extravagancias de Metelo.—Retirada de Metelo y Pompeyo.—Embajada de Mitridates.—Situacion de Sertorio.—Metelo pone á precio su cabeza.—Tristes presentimientos de Sertorio.—Conspiracion de Perpenna.—Sertorio muere asesinado.

Desde el año 133 hasta el 72 antes de J. C.

Destruida Numancia, quedó España por mas de veinte años en paz: no la paz de la conformidad y resignacion, ni menos la paz del contentamiento, sino aquella especie de inmovilidad en que queda un pueblo aterrado con ejemplos de altas venganzas.

Durante el mismo año de aquel acontecimiento, el senado ordenó una especie de averiguacion del estado del país, y comisionó á diez senadores para que le sometiesen las medidas mas conducentes para pacificarle, mas parece que su mision no cambió gran cosa en el modo de gobierno ya adoptado. La España permaneció sometida al mismo régimen militar; el sistema de ocupacion prevaleció sobre el sistema de civilizacion, y pàra establecer el órden en su conquista, dejóla Roma entregada á la soldadesca y á la avidez de los pretores.

En el decurso de veinte años, no ocurrió cosa alguna notable, si bien sucedieron ciertos hechos que no puede el historiador pasar en silencio. Tales entre otros la expedicion dirigida contra los habitantes de las islas Baleares, quienes unidos á otros piratas de las islas inmediatas, habian saqueado los establecimientos romanos de las costas orientales de la Península. Q. Cecilio Metelo recibió el mando de aquella expedicion marítima, y diéronsele fuerzas suficientes para reducir á los isleños. Temeroso el general de la destreza extraordinaria de los salvajes honderos á quienes iba á combatir, hizo extender alrededor de sus naves pieles de animales bastante fuertes para resistir al choque de las piedras, bajo las que estuviesen los soldados al abrigo de los proyectiles, y de este modo pudo desembarcar sin grandes dificultades. Empeñada la lucha en la playa, cayó sobre los Romanos una granizada de piedras, lo cual no dejó de desconcertarlos algo; pero sus arqueros hicieron jugar sus armas con una superioridad tal, que los honderos baleares hubieron de buscar un abrigo en sus riscos y cavernas de don-

123 á ant. de J. C. 630 de Roma

de costó mucho trabajo desalojarlos. Metelo negoció con ellos, les enseñó á llevar una vida menos salvaje é infeliz, los sometió á un gobierno regular, y estableció en la isla de Mallorca una colonia romana. Mas de tres mil Españoles de las colonias de España pasaron á la principal de las islas Baleares, y Palma y Pollenza se convirtieron en poco tiempo en poblaciones romanas.

Bajo el imperio del terror que generalmente inspiró lo que dió en llamarse el castigo de Numancia, la España estuvo algun tiempo tranquila, es decir, que no hizo movimiento alguno; pero no tardaron en formarse varias partidas guerreras que viviendo en los montes, sin la menor comunicacion entre sí, aparecian de vez en cuando para inquietar á los vencedores. Los autores latinos y los modernos que los copian se han engañado acerca de la naturaleza de las cosas y han calificado de malhechores á aquellos hombres que defendian su libertad del único modo que les era posible. En varios puntos de la Península, hubieron de rechazar los pretores varias agresiones de los supuestos foragidos, pero aquella guerra de sorpresas y emboscadas no adquirió jamás por una ni otra parte bastante importancia para merecer que fuese referida en todos sus detalles.

Aquella guerra, empero, fué preludio de nuevos movimientos de mayor importancia. Los gobernadores romanos no habian cambiado de conducta, y lejos de mostrar la menor solicitud por la felicidad de los vencidos, parecian proponerse únicamente exasperar los corazones con sus violencias y rapiñas: El senado toleraba tales desórdenes por doble motivo: porque así se llenaba el tesoro público y se aumentaban al mismo tiempo las riquezas de sus miembros, de modo que las causas que produjeran tantas sublevaciones mas ó menos formidables, no
109 a. ant. de J. C. 644 de Roma. tardaron en producir los acostumbrados efectos. Los Lusitanos fueron los primeros en cansarse de las exacciones de los pretores y se levantaron en masa.

Algunos antiguos restos del ejército de Viriato les transmitieron las tradiciones de su general; con vicisitudes diversas, aquella lucha ardiente duró quince años, y Licinio Craso no logró sujetar otra vez la Lusitania al yugo hasta que por una larga série de sangrientos combates, se encontró aquella tierra sin hombres que pudiesen empuñar las armas. Lo mismo habia sucedido cuando la guerra de Viriato; la Lusitania se habia entregado al vencedor casi desierta.

103 a. ant. de J. C. 650 de Roma. Duraba aun aquella guerra, cuando España hubo de combatir á un enemigo de distinta naturaleza; los Cimbrios, que desde las remotas regiones del Océano septentrional, descendian ó por mejor decir se precipitaban hácia Italia, dividiéronse en dos fracciones al llegar á las Bocas del Ródano, y tres mil de aquellos bárbaros se habian adelantado hasta los Pirineos, siguiendo las costas mediterráneas de las Galias. Al rumor de la irrupcion de los Cimbrios, los Celtíberos, aunque de igual orígen, auxiliaron á los Romanos, y á las órdenes de Fulvio, pretor de la Tarraconense, rechazaron á aquellos nuevos enemigos mas allá de los montes, despues de haber causado gran carnicería en sus filas.

99 a. ant. de J. C. 654 de Roma. Los mismos Celtíberos vencedores de los Cimbrios, concibieron cuatro años despues el proyecto de expulsar de España á los Romanos, resueltos á rechazar la opresion, fuese cual fuere la parte de donde procediese, y dirigieron sus armas contra Roma. El cónsul Tito Didio Nepote recibió el cargo de reducirlos, y saliendo á su encuentro les presentó batalla. La pelea fué reñida y se prolongó hasta la noche, con una pérdida igual por una y otra parte, mas la victoria quedó indeci-

sa. Cuéntase sin embargo que durante la noche mandó el cónsul retirar parte de los Romanos muertos en la accion, y el dia siguiente, al ver los Españoles el campo cubierto de cadáveres de los suyos, consideráronse vencidos y capitularon. Sea cierta ó falsa esta anécdota que podria muy bien haber sido inventada en un cuerpo de guardia romano, es lo cierto que las pérdidas de los Celtíberos fueron considerables, y que Tito Didio no logró subyugarlos enteramente sino deshonrándose con actos de la mas horrible barbarie. Destruyó las ciudades de Termes y Segovia; apoderóse de Colenda, que se cree ser la moderna Cuellar en Castilla, despues de un sitio de siete meses, é hizo vender todos sus habitantes como esclavos sin exceptuar las mujeres y los niños. Appiano le imputa un crímen mas detestable aun, y refiere que despues de despoblar Tito á Colenda llamó allí á muchos Españoles de las provincias inmediatas, que durante la pasada lucha habíanse mostrado dispuestos á declararse contra los Romanos, prometiéndoles distribuir entre ellos las tierras y casas de los vencidos y así que los tuvo en su poder, mandó pasarlos á cuchillo. Así era como en vez de civilizar á España, arrojaban en ella los Romanos gérmenes de odio y provocaban inevitables represalias.

Por aquel tiempo empezó á darse á conocer un jóven Romano que habia de aplicar á España un sistema del todo distinto, y llegar á ser por diversos títulos el árbitro soberano del país. Hablamos de Q. Sertorio, quien desde el principio de aquella guerra habia servido en calidad de tribuno de los soldados, y aunque se portó dignamente en todos los combates, no se le vió figurar de una manera mas notable hasta que dirigió la represion de un movimiento popular, en cual estuvo muy próximo á perecer. Hallábase en aquella época de guarnicion en Castulon, en el dia Cazlona, en la provincia de Jaen, y sus soldados ociosos y seducidos por la hermosura del país, se habian entregado á actos de licencia que su jefe no supo reprimir como debiera y que exasperaron á los habitantes. Indignados estos al verse dominados por una soldadesca insolente, resolvieron vengarse y se aliaron con los Gerisenos, que habitaban una pequeña ciudad inmediata que podia aducir iguales agravios. Puestos de acuerdo, dase la señal durante una noche de invierno, precipítanse contra la guarnicion, y esta, sorprendida en el sueño y cansada de los excesos de la víspera, hubo de buscar su salvacion en la fuga. El mismo Sertorio debió abandonar tambien la ciudad con riesgo de perder la vida, pero aun cuando habian perecido muchos soldados, vieron al contarse que eran todavía en bastante número para probar el desquite; Sertorio reunió, pues, su pequeño ejército, le condujo contra la poblacion donde no tardó en restablecer su autoridad, y, segun era costumbre, trató con excesivo rigor á los ciudadanos cogidos con las armas en la mano. 98 a. ant. de J. C. 655 de Roma.

Sin pérdida de momento hizo vestir á sus soldados los trajes de los vencidos, y se dirigió hácia la ciudad de los Gerisenos, hoy Jaen, y los habitantes, que creyeron ser sus compatriotas de Cazlona, abrieron sin desconfianza sus puertas; pero los soldados romanos se lanzaron contra ellos y los trataron segun las leyes de la guerra. Sertorio, el único Romano que intentó formalmente en el siglo séptimo de Roma establecer en España un órden regular y gobernar en ella sin violencia, empezó aquí su carrera por dos sangrientas ejecuciones militares; si bien es fuerza confesar que era entonces muy jóven

y que la gravedad de las circunstancias era tal, que cualquiera en su lugar habria obrado del mismo modo.

87 a. ant. de J. C. 666 de Roma. Transcurrieron algunos años sin acontecimientos de gran importancia, hasta que al fin estalló en Italia la guerra civil entre Mario y Sila, y la España no dejó de tomar parte en la contienda sufriendo por algun tiempo las vejaciones de uno y otro bando. Alternativamente sirvió de asilo á los proscritos de ambas facciones, mas no tuvo motivos para felicitarse por haber salvado al hijo de Licinio Craso, el vencedor de los Lusitanos, segun se llamaba él mismo. Durante el triunfo de los enemigos de su familia, Marco Craso fué ocultado en una cueva perteneciente á un rico Español, llamado Vibio Paciaco, la que, segun dice Masdeu, existe todavía entre Ronda y Gibraltar, y allí le trató su protector con los mas grandes cuidados, no sin que corriera graves peligros por su generosa hospitalidad. Plutarco describe dicha cueva y explica con muchos detalles las atenciones que prodigó Paciaco á su proscrito huésped, el cual permaneció allí por espacio de ocho meses, es decir hasta la muerte de Cinna. Finalmente, cuando la fortuna se hizo favorable á su partido, salió Marco á la luz del dia con el corazon lleno de hiel, y reuniendo algunas tropas por medio de los muchos amigos que dejara su padre en las ciudades romanas de la Bética, lanzóse en nombre de la buena causa á devastar el país que le salvara de la muerte. Alegando los infortunios que sufriera, extrajo de aquellos pueblos sumas enormes; Málaga, que se mostró algo lenta en satisfacer su insaciable avidez, fué entregada por él al saqueo, y en su expedicion de bandido reunió fabulosas riquezas que le alcanzaron la fama de ser el Romano mas opulento (1). Metelo Pio le llamó en breve á Africa y pasó allí con cuantos soldados le fué posible reunir.

España, empero, se apartaba cada dia mas del partido que triunfaba en Italia, y aquel cambio de fortuna condujo otra vez á su seno á un hombre que habia ya adquirido cierta reputacion, pero reputacion puramente militar, y que esta vez habia de ejercer en sus destinos una gran influencia social.

Despues de distinguirse, como hemos visto ya, en los sucesos de Castulon y de los Gerisenos, Q. Sertorio habia marchado á Italia. Plebeyo, aunque de una familia distinguida de Nursia (2), habia subido en poco tiempo desde los grados inferiores hasta los mas elevados de la milicia. Ardiente partidario de Mario, habia sido nombrado pretor, y desempeñaba aun este cargo cuando Sila, vencedor y dueño de Roma, le comprendió en las primeras proscripciones que inauguraron su elevacion al poder.

---

(1) Al acontecer su muerte en el año 700 de Roma, en ocasion en que hacia la guerra á los Partos, ascendia su tesoro á 7,100 talentos, es decir á 1.260,000 escudos El fué quien dió cierto dia al pueblo romano un festin en el que se distribuyó á cada comensal cuanto trigo podia consumir en tres meses. Despues de su muerte, los Partos le cortaron la cabeza y la presentaron á su jefe, quien hizo derramar en su boca oro fundido á fin, dicen sus biógrafos, de que así como su alma habia ardido en insaciable deseo de oro, fuese tambien abrasado su cuerpo por el mismo metal. Plut., in Vit. Crass.; y Florus, l. III, c. 2.

(2) «La familia de Q. Sertorio, dice Plutarco, era muy distinguida en Nuria, ciudad del país de los Sabinos; pero perdió á su padre, siendo aun muy niño, y fué criado honestamente por su madre llamada Rea, á la que amó y respetó siempre extraordinariamente. En su juventud, se dedicó á la profesion de abogado, de modo que su elocuencia le granjeó cierta reputacion en Roma; pero el honor y la fama que adquirió luego por las proezas que llevó á cabo le excitaron á dirigir sus estudios y á cifrar su ambicion en las armas y en la guerra.»

Sertorio se acordó entonces de España, donde dejara numerosos amigos, y alimentando tal vez la esperanza de suscitar obstáculos á Sila, contra el cual se habian declarado muchas ciudades de este país, se apresuró á tomar el camino de la Península.

Apenas hubo penetrado en la España citerior y dirigido su voz á los pueblos del interior que gemian bajo el yugo de los gobernadores romanos, cuando se encontró al frente de un numeroso partido, y en estado de tratar de igual á igual con el dominador de Italia. Desde un principio, se mostró solícito por el bienestar de los Españoles, á quienes trataba siempre como amigos y aliados voluntarios, empezando por aligerar sus cargas públicas; y con ello hízose muy bienquisto de las principales ciudades de la Celtiberia, al mismo tiempo que atrajo á sí, por la elevacion de sus miras y la prudencia de sus planes, á la mayor parte de los Romanos que se hallaban en España. En breve tuvo bajo sus órdenes un ejército de nueve mil hombres, y á fin de hacer frente á Sila lo mismo por mar que por tierra, hizo armar en Cartagena, que se habia declarado por él, cierto número de triremes prontos á salir al mar. 81 a. ant. de J. C. 672 de Roma.

Sabedor Sila de tales disposiciones, envió contra Sertorio á Cayo Annio, uno de sus lugartenientes, con fuerzas considerables y expreso encargo de perseguir sin tregua al proscrito que de aquel modo se atrevia á levantar la frente. Al tener noticia de la marcha de Annio á través de las Galias, envió Sertorio á uno de sus capitanes llamado Livio Salinator, para que le cerrara con seis mil hombres los pasos de los Pirineos; y en efecto, al penetrar C. Annio por aquellos desfiladeros, hallólos ocupados de tal modo, que no se atrevió á atacar á las tropas que los defendian; mas, como bajo el tirano á quien servia habia aprendido á no retroceder ante medio alguno, tuvo una conferencia con cierto Calpurnio Lenario, agregado al ejército de Salinator, quien, mediante una crecida recompensa, se obligó á dar muerte á su general. Como previera Annio, las tropas se desbandaron así que se vieron sin jefe; la mitad de ellas volvieron á Sertorio, la otra mitad se unieron con Annio, y el lugarteniente de Sila pudo entrar en España con fuerzas muy superiores á las del desterrado. Semejante contratiempo sorprendió y desalentó á Sertorio, y como no se hallaba bastante preparado para la defensa, aplazó la realizacion de sus proyectos para un porvenir mejor. Aquel hombre, á quien Salustio nos pinta dotado de todas las gracias del espíritu y del cuerpo, estaba sujeto, á pesar de sus grandes cualidades, á una singular melancolía que se retrataba en sus nobles facciones y que se mezclaba en todos sus pensamientos, así políticos como guerreros. Mas de una vez abandonó la partida antes de haberla perdido, no porque careciese de entereza y de valor personal, sino porque aquella disposicion, casi sentimental, triunfaba en él de los mas graves intereses. Era en otros términos de imaginacion ardiente y de sensibilidad excesiva, al mismo tiempo que emprendedor y osado, y en el momento de recobrar un poder que por cierto no habia de causarle remordimiento alguno, puesto que se le confiaba espontáneamente y que solo ejercia en beneficio de los pueblos, le veremos acariciar el proyecto de retirarse á las Islas Afortunadas, seducido por la descripcion que unos marinos le hicieran de las mismas.

El nos ofrece sin duda uno de los caracteres mas interesantes de la antigüedad: de elevadas miras, valeroso, enérgico, animado de profundo amor hácia

la humanidad, poseido del ardiente deseo de verla y hacerla feliz, y sin embargo, dispuesto siempre á desesperar del porvenir y no atreviéndose á fiar en su fortuna.

Tal fué Sertorio; á semejanza del leon, meditaba preso de indecible melancolía ú obraba por medio de saltos gigantescos. Tal fué el enemigo de Sila, el adversario de Pompeyo, el hombre que pensó antes que nadie en civilizar á España, y que á estar dotado del vigor de Mario, caso de que sea este vigor compatible con las cualidades sociales y humanitarias que constituian el fondo de la naturaleza de Sertorio, habria quizás, en las circunstancias favorables en que se hallaba colocado y por el mero ascendiente de su carácter, elevado á España al rango, no de provincia romana, sino de una nacion rival de Roma.

Es indudable que reducido á tres mil hombres habria podido con dificultad hacer frente á Annio, que disponia de fuerzas seis veces mayores, pero es casi seguro que habria podido encontrar en España aliados y socorros. Esto no obstante, prefirió pasar á Africa con su reducido ejército esperando el momento favorable de volver á la Península; allí sufrió varios vaivenes de fortuna cuya relacion nos ha sido diversamente transmitida, mas parece cierto que celebró alianza con unos corsarios cilicios, entonces muy temibles en el Mediterráneo, y que con su auxilio se apoderó de la isla de Ibiza, de donde expulsó á la guarnicion romana. Annio salió al mar con las principales fuerzas navales de Cartagena, y dispersó su escuadrilla despues de un reñido combate; por espacio de varios dias, Sertorio fué juguete de las olas entre Ibiza y el estrecho de Gibraltar, hasta que al fin logró tomar tierra en la Bética, en la desembocadura del Guadalquivir.

En semejante situacion nos le muestra Plutarco indeciso acerca del partido que habia de tomar, y mas amante de reposo que de gloria.

«Encontráronse allí, dice aquel historiador, unos marineros recien llegados de las islas del Océano Atlántico, llamadas por los antiguos *Islas Afortunadas*. Son dos islas inmediatas una á otra, separadas por un estrecho brazo de mar, y distan de la costa de Africa unas ciento veinte y cinco leguas (en griego diez mil estadios, ó sean 416 de nuestras leguas). En ellas llueve muy pocas veces y estas muy suavemente, pero un céfiro agradable lleva consigo un rocío al que se debe no solo que la tierra produzca cuanto en ella se siembre y plante, sino que dé por sí misma sin trabajo ni afanes del hombre tantos y tan buenos frutos, que bastan para alimentar al pueblo que allí habita, sin que haya de cuidar ni de apurarse por cosa alguna....

«Al oir esto, sintió Sertorio grandes deseos de ir á habitar á aquellas islas, para vivir en ellas tranquilo y apartado de las guerras y de las tiranías.»

Despues de una série de aventuras mas ó menos agenas á España, y cuyo
80 a. ant. de J. C. teatro fué Africa, á donde habia regresado, fué llamado Sertorio por los Lusita-
673 de Roma. nos, sublevados ya para defender la causa de su independencia contra las fuerzas que Sila enviaba contra ellos para sujetarlos.

Sertorio acogió sus súplicas con benevolencia, y aprovechó con placer la ocasion que se le presentaba para combatir de nuevo á Sila. Seguido de dos mil quinientos soldados y de setecientos auxiliares africanos, burló la vigilancia de Cota, que navegaba para sorprenderle por las inmediaciones del estrecho, y se reunió con los Lusitanos que le esperaban al pié de una montaña cerca de Tarifa.

En pocos dias incorporó á sus tropas cinco mil Lusitanos, y despues de tomar varias disposiciones para el buen éxito de la guerra, entró en la Bética, alcanzó al pretor cerca del Guadalquivir y le derrotó completamente.

Aquí, como en otros puntos, varian los historiadores en la relacion de los hechos, de modo que es difícil elegir entre los distintos relatos, si bien es cierto que las diferencias versan sobre algunas circunstancias que dejan intacta la verdad histórica en cuanto á los hechos generales. Fuese cual fuere el teatro preciso de sus triunfos en aquella época y el modo como las cosas hubiesen sucedido, es seguro que Sertorio fué muy afortunado en sus expediciones, y que en poco tiempo vióse dueño ó poco menos de la Lusitania y de la Bética.

Desde allí no tardó en extender su autoridad hácia el norte. Su carácter, su política, sus maneras, todo contribuia á que se declarasen por él no solo los pueblos de la España ulterior, sino tambien los de la Celtiberia; las victorias que coronaron sus primeros encuentros con los Romanos inspiraron legítimo orgullo á los Españoles, quienes unieron mas y mas su destino al de un general que, aunque extranjero, parecia tener por primer objeto la gloria y felicidad de España.

Sila veia con pesar á un antiguo enemigo combatir su poder con tales ventajas, y dió repetidas órdenes para conjurar la progresiva fortuna de Sertorio.

El pretor Lucio Domicio fué el primer enviado contra él, pero fué vencido y puesto en fuga por Hirtuleyo, cuestor del ejército de Sertorio. Manilio, pretor de la Galia Narbonense, recibió órden entonces de pasar á España, pero no fué mas afortunado que su predecesor; Hirtuleyo le presentó batalla y consiguió una completa victoria; Manilio pudo á duras penas evitar la muerte, y casi solo se retiró á Lérida.

Metelo Pio, famoso general del partido de Sila, fué enviado al fin contra Sertorio; pero su prudente lentitud, tan celebrada en aquella época, hubo de ceder al principio ante el impetuoso ardor de su enemigo, apoyado con eficacia por los habitantes del territorio en que operaba el ejército de la república. Sertorio atacó al Romano con tanto ímpetu, que en poco estuvo que con fuerzas inferiores le obligase á capitular, á pesar de su orgullo. Los soldados de Sertorio estaban acostumbrados á hacer la guerra sin provisiones, sin fuego y sin tiendas, y los Romanos, no habituados á las mismas privaciones, sin cesar hostigados en su marcha por las tropas ligeras de Sertorio, sorprendidos por enjambres de Españoles en los desfiladeros que habian de atravesar, vencidos al fin por Sertorio en batalla campal, no pudieron por mas tiempo sostener la campaña. Avergonzado Metelo, aparentó poner sitio á varias ciudades á fin de contemporizar y disimular en lo posible su vencimiento, y dirigió sus primeros ataques contra Lacobriga, en el país de los Vacceos. Sin embargo, tambien allí habia de experimentar una série de contratiempos, y esto que creyó por un instante conseguir el triunfo, pues Lacobriga estaba mal fortificada, recibia el agua del exterior y solo tenia víveres para cinco dias. Su primer cuidado fué desviar las aguas, pero Sertorio envió un destacamento de su ejército en auxilio de la ciudad, y sin que Metelo lo advirtiera, introdujeron en ella dos mil cueros llenos de agua y algunas provisiones de boca; de modo que el Romano no tan solo no tomó la ciudad, sino que, desprovisto de víveres, hubo de levantar vergonzosamente el sitio. Y no fué esto todo, ataca-

79 a. ant. de J. C. 674 de Roma.

do por Sertorio mientras devastaba los campos, tuvo que emprender la retirada á toda prisa dejando sus bagajes en poder del enemigo.

Vencedor por sus lugartenientes y por sí mismo, aclamado por la España citerior, ocupóse Sertorio con gran actividad no solo en reunir fuerzas considerables para hacer frente al enemigo, sino tambien en establecer un sistema de gobierno entre los pueblos que le debian su emancipacion y le reconocian por su caudillo. Segun refieren los historiadores, ciento veinte y ocho mil Romanos mandados por distintos generales de mérito fueron en aquellos primeros años rechazados ó vencidos por Sertorio, que ocupaba las plazas fuertes de ambas Españas; los Romanos no podian penetrar en ella sino por el Mediterráneo y los Pirineos á costa de mil peligros, pues no habia puerto importante que no estuviese armado, plaza que no se hallase á la defensiva, y en semejante estado de cosas intentó Sertorio con buen éxito lo que en la Península no habia logrado aun poder alguno. Bajo su gobierno, España estuvo muy próxima á ser una nacion, aun cuando entonces no podia tratarse de unidad política absoluta; y á pesar de la extremada diversidad de costumbres y usos locales, dió á cada una de las dos grandes divisiones territoriales de España un gobierno particular, fundado, empero, en los mismos principios y á semejanza de Roma. En la Lusitania y en la Celtiberia, reunidas bajo su protectorado, señaló dos capitales, en las que estableció el centro de dos gobiernos, y de Ebora y Osca partia el impulso regenerador. Ebora, donde residia ordinariamente, tuvo como Roma su senado, sus magistrados de todas clases y hasta sus tribunos; el senado, compuesto de Romanos, obligados como él á ponerse al abrigo de los furores de Sila, y de los Españoles mas ilustres, estaba investido de todos los poderes del gobierno; de él dependian los magistrados todos, los pretores, los cuestores y los ediles, quienes gobernaban las ciudades segun las leyes romanas con algunas ligeras modificaciones para acomodarlas mejor al carácter nacional. Estableció una escuela pública en Osca, donde maestros procedentes de Italia explicaban las letras griegas y latinas, é instó á los Españoles para que enviaran á ella sus hijos; al salir de dicha escuela, que parece haber sido una escuela superior, ó en cierto modo una universidad, los jóvenes Españoles eran reconocidos como ciudadanos romanos y podian aspirar á los empleos y cargos públicos. Dícese que para alentar los estudios y progresos de aquellos jóvenes, esperanza de España, Sertorio asistia de cuando en cuando á los exámenes públicos y distribuia por su mano premios de gran valor á los alumnos mas aventajados.

Ebora era, como hemos dicho, su residencia favorita, y en ella pasaba la mayor parte del año; á lo que se asegura, vense todavía restos de la casa en que habitaba, pero si es esto dudoso, es seguro que engrandeció y embelleció la ciudad con gran solicitud. Varios monumentos atestiguan el interés que la misma le inspiraba, y por una antigua inscripcion, sabemos que mandó elevar las murallas de Ebora y construir los magníficos acueductos que proporcionaban agua á la poblacion (1).

---

(1) En el *Viaje á Portugal* ha dado Murphy el dibujo del único de aquellos acueductos que subsiste todavía, y tambien el de un templo erigido por Sertorio, que es el resto mas magnífico de arquitectura antigua que existe en Portugal; su elegante estilo hácele suponer obra de un artista griego.

Aunque superior en las armas, Sertorio, dotado de un carácter por naturaleza afable y generoso, mostró mas de una vez durante la época de su prosperidad, que solo recurria á la guerra cuando se le obligaba á ello. El progreso de las artes de la paz, de la instruccion y del comercio le parecia íntimamente unido al adelanto de las naciones, y deseoso ante todo para su propia gloria, del bienestar del pueblo español, nada olvidaba de cuanto podia producirlo.

En medio de las dificultades de un poder naciente, amenazado sin cesar por las armas romanas y obligado por lo mismo á estar dispuesto siempre para los combates, su mente no olvidaba cosa alguna, y descendia á ocuparse hasta en los menores detalles. Enviaba operarios á trabajar en las minas de los Pirineos, y á su regreso distribuíalos en los bien dispuestos talleres donde se fabricaban las armas de sus soldados; el ejército español estaba vestido y armado á la romana, dividido en legiones y centurias, y colocado bajo el mando de prefectos y tribunos militares; y así mezclaba Sertorio las tradiciones de su patria con los nuevos elementos que España le ofrecia. Esto no obstante, en lugar de la severa sencillez de las armas y del traje de los soldados romanos, Sertorio introdujo entre los suyos cierto lujo; dábales con liberalidad oro y plata para que pudiesen armarse ricamente, y se ignora si se apartó en esto de la ley romana para halagar el gusto de los Españoles, amantes del lujo, ó por estar persuadido, segun han creido algunos, de que un soldado cubierto con una rica armadura combate con mas valor y con cierto orgullo que no deja de sostenerle en la lucha. Repetia constantemente que la felicidad de los Españoles era su mas ardiente deseo, que no conocia mas patria que España, que con el auxilio de la fortuna, sabria elevarla al glorioso lugar á que Roma habia llegado, y su conducta rara vez desmintió la sinceridad de sus palabras.

Por su parte los Españoles, que hallaron en Sertorio un caudillo como tantas veces pidieron, superior por su talento, amable por su carácter, y protector de su libertad, abrazaron su causa con el ardor y la lealtad que á ellos son peculiares, y aun cuando parezca extraordinario, es indudable que le amaron con una especie de pasion que los hacia capaces de los mas grandes sacrificios, hasta el punto que, como antes hemos visto (1), los soldados que estaban mas inmediatos á su persona, no pudieron sobrevivir á su pérdida, y diéronse entre sí la muerte.

Sertorio utilizó para su grandeza la credulidad de la época, y como le siguiera constantemente una cierva blanca que le regalara al momento de nacer un pastor de Lusitania, dejó creer que era la mediadora entre Diana y él (2). Diana gozaba entonces de gran veneracion en España lo mismo que en otras partes, y esto aumentó el religioso respeto que al general se profesaba.

La muerte de Sila ocurrida en Puzzolo libertó á Sertorio de su mas cruel enemigo, y España parecia haber de entrar en un período de tranquilidad. Su ejérci-

(1) Cap. I, p. 30.

(2) Ciertos autores, llevados por sus ideas filosóficas, han condenado á Sertorio por haber recurrido á semejante engaño, olvidando que no lo impuso, sino que lo dejó creer, y que aun cuando hubiese sido de otro modo, los primeros jefes, los iniciadores de la humanidad mas respetados, se han valido casi siempre de piadosas falsedades. Numa y la ninfa Egeria son conocidos de todo el mundo, y siempre que la credulidad ha sido bastante grande para dar asentimiento á semejantes fábulas, se ha recurrido á ellas, muchas veces en el propio interés de los pueblos.

to se aumentó con un refuerzo inesperado: Perpenna, que durante las persecuciones de Sila, habia permanecido oculto en Cerdeña, pasó á España con intencion de crearse un partido; habia logrado reunir unos veinte mil hombres, y al frente de estas fuerzas, con las cuales se exageraba mucho á sí mismo lo que podria emprender, desembarcó en la Península; mas los soldados que solo momentáneamente habian reconocido su autoridad, y casi todos partidarios y admiradores de Sertorio, pidieron á grandes gritos reunirse con él, negándose á servir los proyectos personales de Perpenna. Preciso fué ceder á su voluntad, y Perpenna adoptó el único partido que le quedaba, poniendo su ejército á las órdenes de Sertorio.

77 a. ant. de J. C. 676 de Roma

En esto, el senado romano salió de su letargo, y Pompeyo marchó con nuevas fuerzas contra lo que se llamaba los restos de la faccion de Mario, pues aunque Sila habia muerto, su causa, que era la de la aristocracia senatoria, no habia sucumbido con él, y hallábase entonces por el contrario en el apogeo de su poder. Los ejércitos reunidos de Metelo y de Pompeyo se elevaban á mas de sesenta mil hombres, y Sertorio contaba setenta mil, incluso un admirable cuerpo de ocho mil ginetes españoles; Metelo y Perpenna eran guerreros consumados, pero viejos ya, al paso que Sertorio y Pompeyo estaban en la flor de la edad, llenos de ardor y de resolucion.

Laurona, cuya posicion ignoramos, era habitada por algunos Romanos partidarios de Pompeyo, que habian comprometido en su contienda á los moradores. Sertorio puso sitio á la ciudad y allí acampaba cuando Perpenna y su ejército se reunieron con él. Metelo y Pompeyo resolvieron obligarle á levantar el sitio y concentraron sus fuerzas hácia aquel punto.

El jóven Pompeyo manifestó indecible jactancia en toda la campaña, y esto que halló un maestro en Sertorio, dotado sin duda de cualidades muy superiores, y que sufrió delante de aquella plaza una afrenta que le fué tanto mas cruel en cuanto se habia envanecido de terminar la guerra en pocos meses. Una altura inmediata á la ciudad le pareció ser una posicion ventajosa para los sitiadores y quiso apoderarse de ella, mas Sertorio se le anticipó y la ocupó; Pompeyo no pareció en un principio muy contrariado por aquel suceso, imaginando que podria vencer con mayor facilidad al enemigo encerrándole entre su ejército y la ciudad, y habló de lo ocurrido con el tono insolente que era el menor defecto del héroe patricio, diciendo á los Lauronitas que les daria el espectáculo de ver sitiados á sus mismos sitiadores. Sabedor Sertorio de las palabras de Pompeyo, exclamó «que enseñaria al discipulo de Sila, que un general debe mirar mas detrás que delante de sí;» y en efecto, no tardó Pompeyo en ver salir del campamento que Sertorio ocupaba la víspera y que creia abandonado, seis mil hombres que se dirigian hácia él, de modo que se hallaba á su vez bloqueado cuando se lisonjeaba de haber bloqueado al enemigo. Este movimiento produjo una batalla general entre ambos ejércitos, en la cual perdieron los Romanos diez mil hombres y todos sus bagajes, debiendo Pompeyo tomar la fuga puesto en completa derrota. Tal fué el resultado del primer encuentro entre Pompeyo y Sertorio. Desde aquel momento, activó este las operaciones del sitio, y los habitantes se rindieron con la condicion de que su vida fuese respetada y se les permitiese llevar consigo sus riquezas. El vencedor observó fielmente su promesa, mas para mayor ver-

güenza de Pompeyo, cuyas ridículas bravatas le habian irritado, mandó incendiar la ciudad, luego que sus habitantes la hubieron abandonado.

Acercábase el invierno, y Pompeyo y Metelo se retiraron hácia los Pirineos pasando la estacion que fué muy cruda, acampados en medio de un enjambre de enemigos que los hostigaban mientras que Sertorio y Perpenna se dirigieron á Lusitania.

A principios del siguiente año, el ejército español se dividió en dos cuerpos; el uno, mandado por Sertorio y Perpenna, se puso en marcha para la España citerior, y el otro, mandado por Hirtuleyo, al cual hemos visto ya figurar contra Domicio, tomó el camino de las provincias meridionales. Pompeyo se dirigió contra el primero; Metelo contra el segundo, y habiéndole alcanzado cerca de Itálica, en la Bética (hoy Sevilla la Vieja, en las márgenes del Guadalquivir, á corta distancia de Sevilla), le presentó batalla y le venció. Hirtuleyo perdió en el combate unos diez y ocho mil hombres, y quedó sin vida en el campo junto con un hermano suyo. Sertorio por su parte habia puesto sitio á Contrebia (1), ciudad que tomada dos veces por los Romanos, habia sido fortificada convirtiéndose en una de sus mejores plazas de armas. Los habitantes opusieron una viva resistencia, y Sertorio hubo de recurrir para vencerla á un medio extraordinario, como fué construir una torre movible, cuya altura excedia á la de las murallas de la ciudad, al mismo tiempo que abrió una especie de mina debajo de los cimientos de aquellas, que hizo cargar con materias inflamables. Dado el asalto, los habitantes, á quienes llenaron de espanto la accion de la torre y de las llamas que se elevaban al pié de sus muros conmovidos, empezaron á cejar y solicitaron rendirse. Sertorio hízose así dueño de Contrebia, pero no le causó daño alguno, limitándose á exigir el desarme de los habitantes y algunos rehenes. Desplegó sí un desusado rigor contra los desertores de su ejército que encontró en la plaza, pues todos hubieron de sufrir la última pena.

76 a. ant. de J. C. 677 de Roma.

A lo que parece, este sitio le ocupó casi todo el año; retiróse en seguida hácia el Ebro, y tomó sus cuarteles de invierno en una ciudad llamada Castra-Ælia.

A pesar de la toma de Contrebia, no puede llamarse feliz esta campaña de Sertorio, tanto mas en cuanto mientras se hallaba ocupado en aquel sitio, Pompeyo habia ganado mucho terreno, sugetado á la autoridad de Roma varias ciudades aliadas de Sertorio, y, junto con Metelo, héchose dueño de gran parte de España. Los dos generales romanos se mostraron en la ejecucion de sus proyectos tan activos como les era posible; todos los medios eran buenos para ellos; empleaban indistintamente la violencia, la astucia y la corrupcion y prodigaban el oro y las estratagemas. Para apresurar el desenlace que tanto deseaba, usó Pompeyo con frecuencia de aquellos ardides que se reputan permitidos en la guerra, y sirvióse á veces de medios muy semejantes á la perfidia. Como ejemplo, puédese citar la estratagema de que se valió contra una ciudad que encontró á su paso; pidió á los habitantes, no que se rindieran, sino únicamente permiso para introducir en la poblacion algunos enfermos, y aquellos lo consintieron; pero

(1) Un fragmento de Tito Livio hallado en Roma y publicado por Giovenazzi y Brunks, explica muchas circunstancias de esta guerra, sobre la cual se tienen muy pocos documentos, y describe en especial con bastante extension el sitio de Contrebia.

apenas hubo entrado cierto número de soldados en apariencia heridos ó enfermos, cuando saltaron de las camillas, atacaron á los moradores y se apoderaron de la ciudad.

75 a. ant. de J. C. 678 de Roma. Llegado el siguiente año, Sertorio envió á sus lugartenientes la órden de limitarse á conservar sus posiciones; dejó á Perpenna en las provincias marítimas, hizo una extraordinaria distribucion de armas, y teniéndolo dispuesto todo para la campaña, verificó una rápida excursion á los pueblos del interior para asegurarse de su buen celo y atraerlos mas y mas á su causa. Llamó en su auxilio á cuantos habian comprendido su pensamiento y su grandeza, y tuvo motivo para quedar satisfecho de las disposiciones que respecto á él abrigaban los Españoles.

Sin embargo, Metelo habia vencido de nuevo en la Bética á sus oficiales, y Pompeyo, despues de derrotar á Perpenna, habíase apoderado de Valencia, cuya noticia supo Sertorio en el país de los Verones, que es el actual territorio de la Rioja, á la derecha del Ebro, mas arriba de Calahorra. Sin pérdida de momento reunió algunas tropas auxiliares, y dirigióse hácia las costas orientales,, cuando halló al ejército de Pompeyo que iba á reunirse con Metelo en las montañas que separan á Castilla la Vieja del reino de Valencia. Puestos ambos ejércitos uno enfrente de otro, recibió Sertorio aviso de la total derrota de su ejército de la Bética; su espada atravesó el pecho del fatal mensagero para que nadie supiera la noticia, y sin desalentarse, mandó trabar la batalla. El y Pompeyo acaudillaban el ala derecha de sus respectivas tropas; la tierra estaba cubierta de cadáveres y ninguna de ambas partes habia cedido ni un paso. El ala izquierda de Sertorio fué la primera en cejar, y observándolo entre el fragor de la pelea, corre allí y grita: «¿Son estos los Españoles que juraron defenderme hasta morir? Id, volved á vuestras casas; á nadie necesito para buscar la muerte,» al mismo tiempo que lanza su caballo entre las primeras filas enemigas. Sus palabras reaniman el valor de los soldados, y en breve se declara por ellos la victoria; los Romanos son en todas partes arrollados, y solo un corto número encuentran su salvacion en la fuga. Entre estos hallóse Pompeyo, quien montado en un caballo ricamente enjaezado, fué detenido por un soldado al cual logró cortar una mano despues de recibir una herida en la lucha; rodeóle luego un grupo de Africanos, pero pudo huir mientras estos se disputaban su caballo y sus ricos jaeces. Sertorio persiguió vivamente al enemigo y acuchilló muchos fugitivos, tanto, que aquella jornada costó veinte mil hombres á Pompeyo. Plutarco, empero, dice que el vencedor experimentó una pérdida casi igual.

Segun otros autores, la batalla se empeñó en las márgenes del Sucron. Sertorio la empezó por la tarde á fin de hacer mas difícil la retirada al enemigo, ignorante de los caminos; Perpenna mandaba el ala izquierda que cedió en breve al empuje de los Romanos, pero Sertorio acudió al punto del peligro despues de arrollar á Afranio, y restableció, como hemos visto, la igualdad del combate. Afranio desbarató á su vez el ala derecha de Sertorio, pero este volvió prontamente á su puesto y recobró la ventaja. Aquella misma tarde introdujo el desórden en las filas enemigas, y al dia siguiente completó su triunfo, no cesando en la persecucion hasta que tuvo noticia de la llegada de Metelo.

Esta version solo se aparta de la anterior en algunas circunstancias poco

importantes; de todos modos es indudable que Sertorio quedó vencedor, y que únicamente la llegada de Metelo le impidió completar la derrota de Pompeyo. La prudencia le aconsejó no fiar á los azares de una batalla el destino de España, y no opuso obstáculo alguno á que las victoriosas tropas de Metelo se unieran con los tristes restos del vencido ejército de Pompeyo. Metelo no pudo acudir con mas oportunidad en auxilio de su cólega; dos dias mas, y Sertorio hubiera tenido en su poder á este y á los fugitivos todos; así es que al saber la llegada de Metelo, exclamó con despecho: «Sin *la vieja* (así llàmaba al anciano general) habria enviado ese *niño* (Pompeyo) á Roma debidamente azotado.» Sertorio hablaba siempre de Pompeyo con menosprecio, y sin embargo, Plutarco asegura que le tenia en mas que á su cólega Metelo, estimándole sobre todo por la seguridad de su mirada y la prontitud de sus resoluciones. Durante la batalla que acabamos de referir, extravióse la cierva de Sertorio, y como buen político, supo sacar partido de un suceso que en el fondo le afligia mucho: dijo que Diana le habia privado de su cierva para manifestar su descontento por el excaso valor que mostraran en el combate algunos de sus soldados, y que con ello le advertia la Diosa que no esperase el ataque de Metelo. Su designio era en efecto evitar un nuevo encuentro hasta haber tomado las medidas convenientes, y atribuyendo á Diana lo que era resultado de su gran prudencia, ocultaba bajo un pretexto religioso el peligro real de la situacion.

Sin perder momento, dió órden á su ejército de desbandarse y marchar por distintos caminos á un lugar designado; este era el sistema de Viriato en las circunstancias críticas: evadirse del enemigo y aplazar el combate, y en mas de una ocasion Sertorio, como el caudillo Lusitano, burló por este medio los planes de sus adversarios. A veces atravesaba los montes humildemente vestido, solo ó con un amigo, bajo la apariencia de un pastor mas que de un general, y hallábase de repente en un país fijado de antemano al frente de un numeroso ejército. Permitíase todos los ardides de guerra y de política que pueden caber en un corazon noble, y casi siempre recurria á ellos con provecho. Antes de retirarse de las márgenes del Sucron, unos forrajeadores hallaron á la cierva, y como esta corriese hácia él y le lamiera las manós cubriéndole de caricias, en el preciso momento en que, rodeado de los suyos, acababa de ofrecer un sacrificio á Diana, dijo ser aquello la señal de la reconciliacion de la diosa con los Españoles, y que en adelante estaria por ellos con tal que no cejasen como lo hicieron durante un momento el dia anterior.

Metelo y Pompeyo le alcanzaron en los alrededores de Segontia (1), en el dia Sigüenza, á poca distancia del nacimiento del Henares, y no tardó en trabarse una batalla general. Con un peloton de soldados animados del mayor ardor, precipitóse Sertorio contra el cuerpo que mandaba Metélo, pero este sostuvo bien el choque y aun obligó á los Españoles á volver la espalda. Pompeyo lanzóse entonces en persecucion suya, mas volviendo á la carga, recobraron la ventaja, y despues de una obstinada lucha, rompieron las líneas romanas é introdujeron en ellas el desórden. Sertorio tomó una parte muy activa en la pelea, puso en fuga á Pompeyo, matóle seis mil hombres, entre ellos al cuestor Memmio,

(1) Habia otra Segontia en la orilla derecha del Ebro; de ella hemos hablado antes.

y cargando al cuerpo de ejército de Metelo, hirió con su propia lanza á su antiguo enemigo. La vista de aquella sangre, dícese, comunicó nuevo ardor á los soldados romanos, y las tropas de Sertorio hubieron de retirarse ante su decision, siendo inútiles cuantos esfuerzos para contenerlas hizo su general, quien corrió inminente riesgo de caer prisionero. Tal era la costumbre de los soldados de Sertorio: marchaban al combate con una confianza extraordinaria como si el peligro no existiese, pero se desbandaban al menor contratiempo.

Sertorio pudo formar otra vez sus filas á poca distancia, pero sus pérdidas le asustaron; Metelo le habia muerto muchos miles de hombres y el desaliento era grande entre su ejército. Así, al dia siguiente, hizo marchar á sus soldados por destacamentos, con órden de no reunirse hasta Calagurris Nasica (Calahorra), pues previendo que se le sitiaria allí, era su objeto ocupar al enemigo mientras sus oficiales reuniesen por el país fuerzas suficientes para libertar á España de la presencia de los Romanos. Las cosas pasaron como habia previsto: Metelo se preparaba para sitiar en toda regla á Calaguris cuando de repente salió Sertorio de la ciudad con sus tropas, para reaparecer mas lejos al frente de un ejército que en aquel tiempo se habia formado. Esto no obstante, Metelo consideró como una victoria la retirada de Sertorio y concibió por ella una extremada alegría, atribuyéndola al temor de caer en sus manos, y aun cuando sus triunfos del momento fuesen del todo imaginarios, no vaciló en erigirse en triunfador.

Llegado el invierno, levantó Metelo el sitio de Calagurris y fué á establecer sus cuarteles á la España ulterior, á Córdoba, á lo que se cree. Entonces atrájole su ridícula vanidad la burla de las poblaciones; recorria las ciudades de aquella provincia «la mas romana de todas,» segun expresion del abate Fleury (1), haciéndose tributar honores casi divinos. Comia en público, cubierto del ropaje triunfal y con la frente coronada; no habia manjar que fuese para él bastante exquisito, y hacíase servir caza que iban á buscar para él hasta Mauritania. Coros de mancebos y doncellas cantaban sus alabanzas, celebradas por los poetas mas notables de las colonias romanas de España, y en especial de Córdoba, colonia de los patricios. Representábanse en su presencia dramas alegóricos en que se ensalzaban sus proezas, y su viaje á las ciudades inmediatas al Betis fué una série de fiestas y regocijos. Las ceremonias eran dispuestas y preparadas por el mismo; queria que le tributasen increibles honores, hasta que un dia, en una sala magnífica, adornada con preciosas tapicerías, hallándose sentado en un trono incrustado de oro y plata, hízose coronar por una Victoria descendida del cielo, mientras que multitud de cortesanos quemaba incienso, y le prodigaba alabanzas y aplausos. Metelo quiso consagrar mas sólidamente aun el recuerdo de sus altos hechos, y no solo se elevó á sí propio monumentos de piedra, cuajados de inscripciones en honra suya, de los cuales se ha conservado uno que se encuentra en medio de un campo, cerca de Guisando, sino que puso su nombre á dos ciudades, Ceciliana y Metelina, situadas ambas en Extremadura.

Mientras Metelo se conferia á sí mismo coronas y honores, Sertorio habia reunido un numeroso ejército, instruido y ejercitado á sus soldados en las maniobras, formado nuevas alianzas, obtenido auxilios de todas clases por parte de

(1) Manuscritos inéditos de Claudio Fleury (Sec. de Ms. de la Bibl. Real.)

los pueblos españoles, hecho armar en Dianio gran número de galeras para impedir el desembarco de las municiones de guerra destinadas al enemigo, en una palabra, habíalo dispuesto todo para intentar un esfuerzo decisivo contra los Romanos. Habia diseminado en las costas meridionales divisiones de tropas prontas á reunirse á una señal convenida, renovado la guarnicion de sus plazas fuertes, y dispuesto en diferentes puntos considerables cuerpos de caballería, á fin de poder hostigar al ejército romano en los principales caminos, interceptarle los víveres, atacarle de improviso y tenerle en contínua alarma, cifrando con razon grandes esperanzas en un sistema de luchas parciales que sabia ser el terror de los Romanos. Pompeyo que habia establecido en los Pirineos sus cuarteles de invierno, reunióse con Metelo, y ambos pusieron sitio á Palancia, una de las principales ciudades de la Celtiberia, desde que Numancia no existia. Minadas las fortificaciones, y dispuesto todo para el asalto, apareció Sertorio con tropas, puso en fuga á los Romanos, y los persiguió hasta el pié de los muros de Calagurris, donde al fin los alcanzó y les mató tres mil hombres. Aun cuando Sertorio no hubiese conseguido victoria alguna en batalla campal, no dejó de ser verdaderamente vencedor en aquella campaña, en la cual, evitando los combates generales, se limitó á fatigar al ejército de Metelo y de Pompeyo por medio de incesantes marchas y contramarchas y de luchas imprevistas, en las que siempre alcanzaba mayor ó menor ventaja. Semejante táctica redujo á los generales romanos á la mas triste situacion; sin medios para atender á las necesidades de los soldados, muertos de hambre y expuestos sin cesar á la guerra de emboscadas que desespera y acaba con las tropas regulares, no pudieron sostener por mas tiempo la campaña, y se retiraron al llegar el invierno Metelo á las provincias meridionales, donde el anciano patricio gozaba de cierto ascendiente, y Pompeyo, á la otra parte de los Pirineos, á la Galia Narbonense (1), desde cuyo punto pidió socorros á Roma con el tono absoluto que revelaba al futuro triunviro: «No solo he agotado mi caudal, escribia al senado, sino tambien mi crédito, y vosotros sois nuestro único recurso; si este llega á faltarnos, os advierto que á pesar mio, mi ejército, y en pos de él el de Sertorio, pasarán á Italia (2).»

74 a. ant. de J. C. 679 de Roma.

Y en efecto, á pesar de las proezas y triunfales paseos de Metelo, la España se desprendia mas y mas del senado y ¡cosa singular! cuanto mas romana se hacia por la influencia de Sertorio, quien deseaba constituir su patria adoptiva á la imágen de su patria natal, con mayor energía rechazaba el yugo romano. Los Españoles se titulaban ciudadanos romanos, y gobernábanse casi en todas partes segun el derecho latino; la aficion al idioma, á las artes y á la filosofía de Roma penetraba cada dia mas en este pueblo; cada dia presenciaba un nuevo progreso por el camino de la civilizacion y de los principios de la sociedad romana, y cada dia aumentaba tambien en la Península el odio hácia el poder establecido en

(1) En toda esta historia, jamás olvidan los Romanos mencionar los crudos inviernos de España, y á ellos atribuyen la suspension de sus operaciones militares lo mismo que á los de las Galias y de la Germania. Y en efecto, á pesar de la latitud meridional de la Península, la proximidad de las montañas hace en ella muy frios los inviernos, sobre todo en el centro y en el norte, teatro de las mas empeñadas guerras de los Romanos.

(2) Ego non rem familiarem modo, sed etiam fidem consumpsi. Reliqui vos estis: qui nisi subvenitis, invito et prædicente me, exercitus hinc, et cum et omne bellum Hispaniæ, in Italiam transgredietur. Salust., Hist., l. III.

las márgenes del Tíber. Sertorio habria querido arrancar de la ciudad de las siete colinas la sede del imperio romano, y con la herencia de virtudes, de leyes y de ideas que constituian la sociedad latina, establecer en Ebora ó en Osca la soberanía del universo.

Roma no está ya en Roma ; en mí se encuentra (1),

es un verso admirable en cuanto expresa con grandiosa sencillez la política del hombre extraordinario en cuya boca lo puso Corneille.

Por aquel tiempo era tal la fama del poder de Sertorio, que Mitridates le envió una embajada para solicitar su alianza, en el momento en que por tercera vez iba á renovar la guerra contra los Romanos. Enemigo de sus enemigos, creyó poder hallar en él un eficaz apoyo é importantes socorros. Sertorio recibió con dignidad á los embajadores y los interrogó con cierta altivez ; discutió y sentó con detencion las condiciones de un tratado mas ventajoso para él que para Mitridates, y en todas las negociaciones conservó cierta superioridad notable como expresion de la grandeza propia del héroe y como testimonio de la preeminencia del nombre romano; pues si bien era el tratado contrario á los intereses de la república como los comprendia el senado, no dejó Sertorio en la estipulacion de varias cláusulas de manifestarse aun Romano. Una de ellas por ejemplo, limitaba de un modo absoluto el círculo de las conquistas permitidas á Mitridates; entregábale es cierto la Bitinia y la Capadocia, provincias gobernadas hasta entonces por reyes, sobre las cuales no tenia Roma antiguas pretensiones, mas prohibíale apoderarse por cuenta suya del Asia Menor, que el mismo Mitridates reconocia estar en legítima posesion de la república, permitiéndole únicamente ocuparla para las necesidades de la guerra, con condicion expresa de entregar sin pérdida de momento á un procónsul de su eleccion las ciudades que tomase.

Por medio de este tratado, celebrado conforme á las bases por él prescritas, Sertorio obtuvo del rey del Ponto cuarenta naves y tres mil talentos, que forman unos catorce millones de nuestra moneda ; y él por su parte le envió un cuerpo de tropas bajo el mando de uno de sus mejores generales (2). Al saber Mitridates la actitud del proscrito de Sila para con sus embajadores, y sobre todo al leer la cláusula del tratado que solo le permitia la ocupacion del Asia Menor por cuenta de Sertorio (3), no pudo menos de exclamar: «¿Qué haria, dictador de Roma, si, desterrado, nos impone semejantes leyes ?» Esto no obstante, se ratificó el tratado, y se sometió á lo que para él contenia de duro y humillante respecto al Asia Menor. Un procónsul le siguió por todas partes en nombre de Sertorio, y es lo mas notable que así que hubo penetrado en el territorio de aquella provincia el ejército de Mitridates, tributáronse al procónsul con preferencia al rey todos los

(1) Rome n' est plus dans Rome, elle est toute où jesuis.

(2) En la guerra de Asia se distingió Aulo Mevio, natural de Ausa (Vich), de quien dice una antigua inscripcion que se lee en Morales haber obtenido por su valor el empleo de tribuno de la milicia, y grandes distinciones y privilegios. Volvió muy rico á su patria, y generoso, pagó todas las deudas de ella, y construyó en la plaza un pórtico magnífico.

(3) Esta cláusula tal como la transcriben los historiadores, dice así: «Mitridates podrá conquistar la Bitinia y la Capadocia, sin que los Romanos puedan impedírselo, en cuanto no tienen derecho alguno que para ello les autorice; en cuanto al Asia Menor, cónstale no poder apoderarse de ella, puesto que renunció á hacerlo en un solemne compromiso. Mi intento no es aumentar mi poder disminuyendo el de la república; al contrario, he de emplearlo en fomentar su gloria y soberanía.»

honores militares. Al someterse una ciudad, entraba en ella con gran pompa, precedido de sus lictores y seguido por el rey del Ponto que parecia ser uno de sus lugartenientes. Marco Mario era quien decidia de la suerte de las ciudades, concediendo la libertad á esta, inmunidades á aquella, obligando á otras á pagar tributo, y siempre en nombre de Sertorio, y sin exigir la sancion de Mitridates, al cual solo se permitia en realidad el paso por aquella provincia romana, sobre la cual por otra parte no tenia derecho alguno que defender.

Así fué como desde el fondo de la Península realizó Sertorio en cierto modo la conquista del Asia Menor, y por medio de las armas de Mitridates, privó á sus enemigos de un territorio que les proporcionaba importantes socorros. Este fué el último destello de la fortuna de Sertorio, pues mientras triunfaba en Asia, declinaba su estrella en España. Sus enemigos que desesperaban de vencerle por la fuerza, habian sembrado la traicion á su alrededor, y Metelo habia llegado á poner precio á son de trompeta á la cabeza del ilustre caudillo. Cien talentos de plata y veinte mil medidas de tierra fueron prometidas en recompensa al que le quitase la vida, y aunque tan infame excitacion no produjo el efecto que se esperaba, sembró la zozobra en el ejército que temia á cada momento perder á su jefe, y paralizó en gran parte las operaciones del general.

La situacion de Sertorio era mas crítica cada dia; la melancolía que era natural á su carácter se apoderó de su ser enteramente. Estaba triste y meditabundo; preocupábanle sin cesar funestos presentimientos, y muerta su cierva por sus enemigos, creyó ver en la suerte de aquel animal el presagio de su fatal destino.

Con su amenazadora carta al senado, habia obtenido Pompeyo numerosos refuerzos y las sumas necesarias para continuar la guerra con nuevo vigor, y esta noticia devolvió á Sertorio alguna energía, si bien era como la energía de un enfermo. Todo le irritaba y despertaba sus sospechas, pareciéndole traidores cuantos le rodeaban. Desde el vergonzoso pregon de Metelo, creyó que los Romanos no tenian por él el mismo afecto, y confió á una guardia española la defensa de su persona, medida que indispuso contra él á los Romanos, cuya fidelidad parecia poner en duda, y despertó entre ambos pueblos el espíritu de rivalidad. En su ejército habia mas de un senador y de un patricio proscritos, y entre ellos Perpenna, muy envanecido con su nobleza, y consideraban como una humillacion estar á las órdenes de un hombre que no era siquiera caballero romano. Sertorio, mas agriado á cada momento por las dificultades de su posicion, cambió entonces de genio y de carácter, y él que se habia mostrado siempre dulce y apacible, parecia inclinarse á la crueldad. Muchos actos de violencia indicaron semejante transformacion, y le enagenaron algunos de los pueblos que mas adictos le eran. Los Romanos que alimentaban contra él secreta envidia, y entre ellos ha de contarse á Perpenna, no solo le mantenian en disposiciones que habian de arrastrarle á su pérdida, sino que aumentaban los efectos de las mismas por sus propios hechos, procurando hacerle odioso y presentarle como un tirano. Maltrataban á los habitantes de las ciudades españolas como hicieran los anteriores gobernadores de los peores tiempos, los oprimian con toda clase de vejaciones y hacian creer que obraban así por órden especial de Sertorio.

Perpenna era el instigador de semejante conducta, y procuraba que se ob-

servase sistemáticamente en varios puntos á la vez, dando al fin por resultado que abandonasen la causa de Sertorio muchas ciudades de la Celtiberia. Sertorio envió á algunos generales para que sofocasen aquellos movimientos, pero ganados
73 a. ant. de J. C. 680 de Roma. por Perpenna y sus amigos, no hicieron mas que aumentar el mal. Entonces creyó Perpenna llegado el momento de intentar algo mas para satisfacer su odio y su ambicion, y tramó una conjuracion contra la vida de Sertorio, en la que tomaron parte varios oficiales del ejército. Digamos ante todo, para honra de España, que los conjurados eran todos Romanos. La trama estuvo á punto de ser descubierta por la indiscrecion de Manlio, uno de los principales jefes, el cual por via de pasatiempo refirió la conspiracion con todos sus detalles á un mancebo con el cual mantenia comercio. El jóven confiólo á Aufidio, otro de los conjurados, quien oyendo los nombres de Perpenna, de Gracino, de Quinto Fabio, de Tarquicio, de los dos secretarios de Sertorio y de otros que sabia estaban comprometidos, no dudó de que el mancebo poseia todo el secreto, y se apresuró á advertirlo á Perpenna, aconsejándole además que anticipase la realizacion del plan. Tambien Perpenna deseaba ver cuanto antes el fin de la empresa, y reuniendo á los conjurados, resolvióse de comun acuerdo no diferirlo por mas tiempo, pues toda dilacion podia ser peligrosa. Señalaron dia, hora y lugar, y creyendo lo mas conveniente dar el golpe en medio de un banquete donde tendrian ya en su poder la persona de su jefe, resolvieron invitarle á un festin. Sin embargo, no era fácil que Sertorio aceptase la invitacion, pues no gustaba de semejantes fiestas, y para conseguirlo pensóse en dar al banquete proyectado una causa que estuviese conforme con sus ideas. En su consecuencia, Perpenna le entregó una carta supuesta en la que uno de sus lugartenientes le daba parte de haber alcanzado una victoria contra los enemigos, y mientras los conjurados rodeaban á Sertorio, que se manifestaba muy complacido, felicitándole por aquel nuevo triunfo, Perpenna le rogó que asistiera al banquete que se preparaba para celebrar tan fausto acontecimiento. Sertorio aceptó, y reunidos á la hora señalada, los convidados permanecieron al principio tranquilos y graves como han de estar aun en los placeres los que dirigen y mandan á otros hombres; pero no tardaron en hablar con licencia y en prorumpir en gritos y carcajadas. En medio del banquete en fin, fingiendo estar exaltados por el vino, portáronse como hombres que han perdido todo freno, y Sertorio, que era de carácter grave y reservado, empezó por manifestarles cuanto le sorprendia su conducta; sin embargo, viendo que el escándalo aumentaba, y pensando que, ébrios como se hallaban, habian de ser inútiles sus reconvenciones, reclinóse en su lecho para evitarse el disgusto de verlos y oirlos. Perpenna entonces dejó caer al suelo una copa llena de vino; esta era la señal convenida, y Antonio, que se encontraba junto á Sertorio, le hirió con su espada; lleno de sangre, quiso el general incorporarse; pero el asesino le sujetó ambas manos y le obligó á tenderse otra vez, mientras que los demás conjurados acababan con él á estocadas. Así murió el hombre que por espacio de ocho años habia llenado á España con su gloria y con la fama de su nombre. Veleyo Patérculo dice que tan horrible escena tuvo lugar en Etosca, que se cree ser Aytona, á pocas millas de Lérida. Los Españoles, privados de su caudillo, manifestaron profundo dolor, y Perpenna fué objeto de la execracion general, sobre todo al saberse que era designado



LOS CONJURADOS DAN MUERTE Á SERTORIO.

como heredero en el testamento de su víctima. La guardia española del general, fiel al juramento que hiciera de no sobrevivirle, consumó entonces el sorprendente sacrificio de que hemos hablado: cuantos la componian diéronse muerte entre sí sin que quedara uno solo con vida, despues de escribir el admirable epitafio que antes hemos transcrito, y del cual solo repetiremos estas palabras: DUM, EO SUBLATO, SUPERESSE TÆDERET, FORTITER PUGNANDO INVICEM CECIDERE; MORTE AD PRÆSENS OPTATA JACENT, porque en ellas respiran las costumbres, el espíritu y el carácter de los antiguos Españoles. Otra inscripcion publicada por Morales, expresa que cierto Bebricio, Calaguritano, que despues de la muerte de Sertorio que *habia sido igual á los dioses*, quiso conservar su alma pura, recurrió al suicidio para librarse de sus enemigos. Las últimas palabras de esta inscripcion, muy dignas de memoria, dicen así: MEO DISCE EXEMPLO FIDEM SERVARE. IPSA FIDES ETIAM MORTUIS PLACET CORPORE HUMANO EXUTIS. Los Lusitanos en especial, que profesaban á Sertorio ardiente afecto, manifestaron abiertamente su odio y desprecio por Perpenna, y este no logró sujetarlos sino esterminando gran parte de la poblacion de sus ciudades. Esto no obstante, el ejército, ó al menos la parte considerable del mismo que se componia de Romanos, le eligió por su jefe, mas no pudo gozar por mucho tiempo del fruto de su crímen. Atacado por Pompeyo, que habia permanecido durante algun tiempo en la inaccion, fué hecho prisionero y muerto, junto con los principales autores de la conjuracion que costara la vida á Sertorio, atribuyendo los historiadores su suplicio, tan contrario á los usos de la guerra, al sentimiento de horror que inspiró á Pompeyo la traicion de que fué víctima su ilustre enemigo. Refiérese tambien que Perpenna, á cuyo poder pasaron los documentos y papeles de Sertorio, envió al vencedor para rescatar su vida muchas cartas probando que los principales senadores habian llamado á Sertorio á Italia en la época de sus victorias; pero Pompeyo las arrojó al fuego sin leerlas, y apresuró la ejecucion de Perpenna para impedir que el traidor revelase secretos que habrian podido alterar de nuevo la tranquilidad de Roma. Aquellos conjurados que no cayeron bajo el rigor de Pompeyo, murieron miserablemente dentro de muy poco tiempo, á excepcion de Aufidio, que se libró de la suerte comun para pasar sus dias en un oscuro pueblo de España, donde murió pobre, viejo y despreciado (1).

A pesar de haber muerto el caudillo de los Españoles, muchas ciudades perseveraron constantes en su causa. De este número fueron Uxana y Clunia, llamadas hoy Osma y Coruña del Conde, si bien se rindieron á Pompeyo despues de una corta resistencia; pero Calaguris, habitada por valerosos ciudadanos, quiso resistirse hasta el último extremo, y renovó la maravilla de aquellas heróicas defensas de que ofrece la historia de España tan gloriosos ejemplos. Calaguris resolvió sufrir las mas duras calamidades antes que ceder á los enemigos de Sertorio, y la historia no puede referir sin espanto el horrible estado á que sus habitantes se vieron reducidos. Sin víveres de ninguna clase, alimentábanse con los cadáveres de sus mujeres é hijos, muertos de hambre, y para prolongar su resistencia, no vacilaron, segun la enérgica expresion de Valerio Máximo, «en salar los miserables restos de aquellos cadáveres, á fin de que la

72 a. ant. de J. C. 681 de Roma.

(1) Plutarq., in Vit. Sertor. et Pomp.

juventud armada pudiera por mas tiempo alimentar sus entrañas con sus propias entrañas (1).» Pompeyo, no contento con reducir á semejante situacion á tan heróicos ciudadanos, hizo pasar á cuchillo, luego que penetró en la ciudad, á los infelices que habian sobrevivido á una desgracia mucho peor que la muerte, y mandó arrasar sus murallas. Solo entonces pudo decirse terminada la guerra sertoriana, que habia durado diez años, y la destruccion de Calaguris sembró tal terror entre los pueblos de la Península, que no hubo ya ciudad alguna que se atreviese á oponer la menor resistencia.

Antes de su partida, Metelo licenció sus tropas excepto una pequeña parte destinada á acompañarle en su triunfo, y no olvidó llevar consigo de España á muchos poetas, especialmente de Córdoba (2), para celebrar sus victorias en las ciudades del tránsito. Desde aquella época empezaron á verse en Roma gran número de Españoles, los cuales adoptaron en poco tiempo las costumbres, el idioma, el culto y las maneras de los Romanos adquiriendo algunos de ellos gran celebridad. De este número fué Cornelio Balbo, natural de Cadiz, quien obtuvo por sus servicios el título de ciudadano romano y dió motivo á uno de los bellos discursos de Ciceron.

Pompeyo no quiso abandonar la Península sin dejar en ella algunos monumentos de su gloria, y si bien es dudoso que embelleciera y diera sus nombres á la ciudad de Pamplona, es positivo que mandó erigir en los Pirineos, en el punto que lleva en el dia el nombre de Coll de Portus, un trofeo en memoria de sus triunfos. La inscripcion que en él se leia expresaba haber reducido bajo la obediencia de la república ochocientas setenta y seis ciudades, desde los Alpes hasta el extremo de la España ulterior. Al llegar á Roma compartió con Metelo los honores del triunfo.

(1) Quoque diutiùs armata juventus viscera sua visceribus suis aleret, infelices cadaverum reliquias salire non dubitavit. Valer. Max., l. VII, c. 6.

(2) Etiam Cordubæ natis poetis, pingue quiddam sonantibus atque peregrinum, a men aures suas dedebat. Cicer., pro Arch., n. 26.

CAPÍTULO VI.

César cuestor y luego pretor en España.—Expedicion contra los habitantes del monte Herminio.—Sumision de los Galacios.—Riquezas adquiridas por César.—Regreso de César á Roma.—Formacion del primer triunvirato.—Nuevas agitaciones en España.—Los Españoles son llamados en auxilio de los Galos.—Pompeyo obtiene á España en la distribucion de provincias hecha entre los triunviros.—España entre César y Pompeyo.—Guerra civil.—Expedicion de César.—Primeras operaciones de su lugarteniente Fabio cerca de Ilerda.—César al frente de su ejército.—Operaciones de César.—Paso del Sicoris.—El paso del Ebro queda cerrado á los lugartenientes de Pompeyo.—Capitulacion de estos.—Preparativos de Varron en la Bética.—César marcha contra él.—La Bética se declara por César.—Su entrada en Córdoba.—Reunion de los diputados de las ciudades.—César es dueño de España.—Deja en ella dos lugartenientes.—Excesos de Casio, gobernador de la España ulterior.—Suscita una sublevacion.—Ha de abandonar á España y muere en alta mar.—Sexto Pompeyo se forma un partido en España.—Llega á este pais con su hermano Cneo.—Nueva guerra.—Vuelta de César.—Su prodigiosa actividad.—Sitios y batallas de aquella guerra.—Operaciones de Pompeyo y de César.—Batalla y toma de Munda.—Muerte de Cneo Pompeyo.—Toma de Córdoba y de Sevilla.—Carácter y conducta de César en la guerra.—Monumentos erigidos en honor suyo.

Desde el año 72 hasta el 44 antes de J. C.

La España no se hallaba en un estado de tranquilidad tal que el senado creyese inútil la permanencia en su territorio de un numeroso ejército romano. Por estenuado que estuviese el país, que acababa de salir de manos de Sertorio, no podia ser dócil aun á la esclavitud, y Roma envió á él, como practicara en otro tiempo, pretores revestidos de poderes civiles y militares. Despues de la muerte de Sertorio pasaron algunos años sin que sucediera en España cosa que de contar sea, si bien no puede pasarse en silencio que en el año 684 de Roma apareció en ella por primera vez César en cualidad de simple cuestor, á las órdenes de Antiscio Tuberon, pretor de la España ulterior. Refiérese de aquella primera permanencia de César en la Península que, hallándose en Cadiz, vertió lágrimas ante un busto de Alejandro Magno que adornaba el célebre templo de Hércules, pensando en lo poco que él habia hecho á una edad en que Alejandro era ya famoso (1). Cesar se instruyó en las costumbres y leyes de los pueblos que hubo de visitar en el ejercicio de su cargo, y sin que tuviera ocasion de realizar cosa alguna notable en el país, que despues habia de ser teatro de sus triunfos, volvió á Italia donde pasó por todas las magistraturas exigidas por la ley para llegar á obtener el mando de los ejércitos.

69 a. ant. de J. C. 684 de Roma.

(1) Cum... Gadelsque venisset, animadversa apud Herculis templum Magni Alexandri imagine, ingemuit: et quasi pertæsus ignaviam suam, quod nihil dum a se memorabile actum esset in ætate qua jam Alexander orbem terrarum subegisset, missionem continuó efflagitavit, ad captandas quam primum majorum rerum occasiones in urbe. Sueton., in Vit. Cæs.

60 a. ant. de J. C. 693 de Roma. Por fin regresó á España en calidad de pretor. La Península, aunque oprimida y devastada como siempre por ávidos gobernadores, gozaba entonces de gran tranquilidad; pero semejante estado de cosas no podia convenir á César, quien necesitaba movimiento, estrépito, gloria. Su ambicion queria distinguirse en aquel país, donde no reconocia rival, por medio de proezas que le permitiesen un dia no reconocerle en Roma; y así fué que procuró suscitar una guerra bajo un pretexto cualquiera, pues solo la guerra podia ofrecer bastante campo á su espíritu turbulento. Llegado á Lusitania, altiva provincia que tanta sangre costara á los Romanos en los tiempos de Viriato y de Sertorio, aumentó sus tropas con diez nuevas cohortes, y marchó con quince mil hombres hácia el monte Herminio, llamado hoy Sierra de Estrella, con la declarada pretension de obligar á los montañeses que lo habitaban á establecerse en el llano, bajo pretexto de ser aquel monte una madriguera de bandidos. ¡Singular calificacion aplicada por un hombre de la moralidad de César á esforzados y rústicos montañeses cuyo único delito era odiar el yugo de Roma! Los primeros actos de César se distinguieron por su extremada crueldad; empezó por dar muerte á los primeros habitantes del Herminio que se negaron á obedecer sus órdenes; y aterrorizados los demás tomaron la fuga hácia Galicia con sus familias y ganados, mas César alcanzó la retaguardia de los fugitivos y pasó á cuchillo muchos de los que la componian. Algunos, sin embargo, lograron evitar sus golpes y pasaron el Duero, pero Cesar no se detuvo hasta la orilla del mar, donde supo que los fugitivos, despues de reunir cuantas barcas hallaron en la costa, se habian refugiado en una isla próxima, en la que se creian libres de todo peligro. César carecia de buques, mas habiendo observado que las aguas eran muy bajas al rededor de la isla y en las inmediaciones de la costa, mandó construir algunas balsas sobre las cuales envió un destacamento de sus soldados al último asilo de los infelices Herminios. Los soldados pudieron desembarcar en la isla, pero el reflujo apartó las balsas de la orilla, y los Herminios mataron á cuantos Romanos habian atacado su postrer asilo; solo uno se salvó á nado, lo que raya en prodigio, y pudo llevar á César la noticia de la muerte de sus compañeros. Varios historiadores han observado que César habria evitado aquella catástrofe y logrado sus fines si con menos impaciencia, hubiese esperado los efectos del tiempo en hombres á quienes el hambre habria lanzado en breve de una isla estéril y desierta y obligado á volver á la costa, en cuanto sus barcas eran harto frágiles para intentar una navegacion por alta mar, aun cuando hubiese sido de pocas leguas. Violento como era, quiso vengarse de un contratiempo que le humillaba, y mandó que se le reuniera á toda prisa una escuadrilla de Cadiz. El mismo se embarcó en ella con fuerzas suficientes, desembarcó en el islote y acuchilló á aquellos infelices cuyo número ascendia apenas á algunos centenares, que no contaban con medio alguno de defensa.

Créese que la isla á que hizo César tan heróica expedicion es una de las situadas al noroeste del puerto de Bayona, en el mar de Galicia; algunos dicen ser la isla de Peniche, situada en la costa de Portugal; pero esta opinion haria suponer que los Herminios se dirigieron hácia el Tajo, lo que no parece muy probable, puesto que por este lado habrian los fugitivos encontrado necesariamente al ejército romano.

Al hallarse con su escuadra en aquel mar, ignorado en parte por los Ro-

manos, César concibió la idea de reconocer sus costas y de extender en lo posible por aquellas regiones la dominacion romana, y tomó con sus naves la direccion del norte. Así costeó ambas Galicias, dobló el cabo de Finisterre (*promontorium Artabrum*), y llegó hasta el golfo de Betanzos, donde es muy dudoso que antes hubiesen penetrado los Romanos, desembarcando en un excelente puerto natural, conocido en la geografía antigua bajo el nombre de Brigantium, y en el dia bajo el de puerto de la Coruña. Acostumbrados á navegar en pequeñas lanchas de mimbres, cubiertas con pieles de animales, los hombres que entonces vivian reunidos en aquel punto, concibieron gran terror por la aparicion de las naves romanas, cargadas de soldados cuyas armaduras brillaban á los rayos del sol. Aquellos enormes buques de madera, esculpidos y cargados de adornos, aquellos altos mástiles, aquellas velas latinas que divisaron de pronto en alta mar, les llenaron de cierto estupor religioso, y sin oponer resistencia alguna al desembarque de los Romanos, se sometieron sin dificultad á César.

Desde allí envió este sus buques á Cadiz, y atravesando sin contratiempo alguno la Galicia y la Lusitania, reunióse con el resto de su ejército en las inmediaciones del Betis. Si no intentó entonces nuevas conquistas, dicen los historiadores que mejor han penetrado aquella ambiciosa naturaleza, ha de atribuirse á dos causas, que en el fondo no forman mas que una, y son: su deseo de enriquecerse, y su intencion de hallarse en Roma en la época de los comicios para el próximo consulado. Las cortas expediciones que acabamos de indicar eran bastante brillantes para dar materia á elocuentes discursos; la Lusitania enteramente sometida, libre de malhechores (palabra que produce siempre gran efecto); los *Galacios lucenses* acatando por primera vez el yugo romano; tales eran los favores que la patria le debia, y lo que César habia llevado á cabo en menos de dos años.

Enriquecerse en tan poco tiempo sin incurrir en la acusacion de cohecho ó peculado, era quizás mas difícil, y sin embargo, César lo consiguió; de las provincias colocadas bajo su gobierno supo extraer bastante oro y plata para pagar generosamente las maquinaciones de sus amigos de Italia, y si habia llegado á España agobiado de deudas, volvió á Roma cargado de riquezas. Ha de notarse empero, que no solo supo salvar las apariencias en operacion tan delicada, sino que prestó servicios realmente útiles, entre ellos el de dar una ley favorable al comercio y á la agricultura, cuyo preámbulo escribió el mismo con mucha elegancia. Prohibíase en dicha ley que los acreedores se apoderasen de los bienes de sus deudores por expropiacion forzosa, y únicamente se les asignaba las dos terceras partes de la renta hasta su completo reintegro. Semejantes medidas eran reclamadas con urgencia en España donde se ejercia la usura en gran escala por algunos potentados de la metrópoli, y habíase observado que muchas tierras quedaban incultas porque los acreedores usurarios hacian despojar de ellas á sus deudores, sin cuidarse luego de reducirlas á cultivo.

César, que á un tiempo no podia obtener en Roma el triunfo y el consulado, rehusó el primero para alcanzar el segundo, lo cual prueba que deseaba otra cosa mas que honores y gloria. Entonces fué cuando para llegar á mas alto grado de poderío é influencia, asoció á sí dos hombres con los cuales no le ligaba afecto ni simpatía alguna, formándose entre César, Craso y Pompeyo el primer triun-

virato que habia en breve de cambiar las condiciones de existencia del mundo romano.

55 a. ant. de J. C. 698 de Roma. Por espacio de algunos años no tomó España parte activa en ninguno de los movimientos que agitaron á los pueblos; mas no tardamos en ver á los Españoles otra vez en guerra, honrosamente como siempre. Los pueblos de la parte mas septentrional de la Península se declararon en favor de sus vecinos los Galos que habitaban las comarcas limítrofes de los Pirineos; los Cántabros, desde el monte Vindio, los Autrigones, los Vardulos, los Vascones y algunos moradores de las ciudades inmediatas á las márgenes del Ebro pasaron los Pirineos al mando de jefes que sirvieron á las órdenes de Sertorio, é hicieron causa comun con los habitantes de la parte de la Galia que confina con su país (1). El nuevo levantamiento de los Españoles no dejó de inspirar á Roma viva inquietud, pues segun relacion del mismo César, cincuenta mil Cántabros no podian aumentar sin peligro las filas de los Galos; y en efecto, ambos pueblos reunidos mostraron en aquella lucha un valor y una habilidad militar que amenazaron triunfar de la táctica y de los esfuerzos de los enemigos. El ejército encargado de someterlos era sin embargo muy superior en número, y sin cierta combinacion de Craso que habia de darle la victoria mas por la excelencia de los medios empleados que por el valor de los suyos, es probable que el triunfo habria sido caramente disputado. Sorprendidos y atacados por la espalda y por los flancos por fuerzas inesperadas en el preciso momento en que habian empeñado batalla campal con las innumerables legiones de Craso, los Españoles y los Galos quedaron completamente derrotados, é hízose entre ellos una de aquellas carnicerías que tanto espantan en las guerras de la antigüedad, dando á pensar con fundamento que la invencion de la pólvora ha hecho las guerras menos mortíferas.

Los triunviros dividieron entre sí como patrimonio propio las mas ricas provincias de la república. Craso se quedó con Siria y las regiones inmediatas: César, con las Galias y Germania, y Pompeyo, en fin, con España y la parte de Africa que los Romanos habian sometido. Por medio de los tesoros adquiridos en la Península obtuvo César del senado la pronta ratificacion del tratado que ponia el imperio entero en manos de tres hombres y de tres rivales: orígen de todas las calamidades que siguieron y causa primera de la próxima ruina de la república. Pompeyo, detenido en Roma por asuntos privados y en particular por su matrimonio con la hija de César, no se dirigió inmediatamente á España, sino que envió á ella tres lugartenientes, llamados Petreyo, Afranio y Marco Varron, para que la administrasen en su nombre. A Afranio tocó la España citerior con tres legiones; á Varron, el territorio comprendido entre Sierra Morena y el rio Guadiana, llamado hoy Extremadura, y á Petreyo, en fin, la Bética, la Lusitania y el país de los Vetones. El cuidado de los lugartenientes de Pompeyo mientras esperaban su llegada, fué sujetar de nuevo al yugo á varios pueblos del interior que acostumbrados, segun una feliz expresion, á consultar su valor y no sus fuerzas, jamás examinaban con qué medios podrian sostener sus primeros
49 a. ant. de J. C. 704 de Roma. actos de independencia. El resto de España permaneció tranquilo hasta que des-

(1) Duces vero ii deliguntur qui una cum Q. Sertorio omnes annos fuerant, summamque scientiam rei militaris habere existimabantur. Cæs., de Bell. Gall., l. III, c. 24.

conociendo todo freno las terribles pasiones de César y Pompeyo llevaron á este teatro la guerra civil y cuantas calamidades la acompañan. El odio que á los dos les animaba se desplegó en este vasto campo con una especie de furor, con perjuicio de los pueblos que, si bien indiferentes en el fondo acerca de la preeminencia y del triunfo del uno ó del otro de los ambiciosos generales, hubieron por necesidad de tomar parte en la contienda y de sufrir sus funestas vicisitudes. Al estallar la rivalidad de César y Pompeyo, España, lo mismo que el resto del imperio, se halló dividida en dos partidos, y los Españoles debieron de combatir por el uno ó por el otro contendiente, de modo que la guerra civil se empeñó no solo entre Romanos, sino tambien entre Españoles. Ambos caudillos usaron con habilidad de su ascendiente para crearse partidarios, sin olvidar medio alguno para conseguirlo, y los Españoles abrazaron la causa del uno ó del otro con entusiasmo y lealtad, sin conocer que con ello servian los ambiciosos proyectos de dos hombres y agravaban su propia esclavitud. Hacia cinco años que Pompeyo se hallaba investido del gobierno de España y de Africa, mas temeroso de verse suplantar en Roma por sus rivales, y en guardia siempre contra las maquinaciones del astuto César, no habia aun marchado á la Península, cuyo gobierno continuó de hecho ejercido por sus lugartenientes. Sus legiones en número de siete, compuestas de los mas animosos y aguerridos soldados romanos, y mandadas por tres jefes fieles y experimentados, habian conservado en la sujecion las provincias anteriormente conquistadas. Afranio que, como hemos visto, habia combatido con alguna gloria en la guerra contra Sertorio y tambien contra los habitantes de la Mauritania y los Partos, mandaba tres y residia en la España citerior; Petreyo, guerrero celoso y entendido, ocupaba con dos la Lusitania, y finalmente Varron, que habia mandado la armada de Pompeyo en la guerra contra los piratas, habíase establecido con una legion en la Bética hasta el Estrecho.

Pompeyo habia formado una octava legion compuesta de soldados procedentes de las colonias y de algunas provincias españolas, en especial de Cantabria, á las que habia logrado hacer entrar en su alianza, y de esta última legion tomaba las tropas auxiliares, así de infantería como de caballería. La Península se hallaba, pues, constituida bajo una poderosa organizacion militar, y Cesar no podia aspirar á la dominacion de España sin haber antes debilitado las considerables fuerzas de su rival. Para ello podia disponer de los soldados que habian conquistado las Galias, á quienes acostumbrara á las fatigas y á los peligros de la guerra durante ocho años consecutivos de combates y victorias, y su caballería, compuesta de Galos y Germanos, adiestrados á la romana y disciplinados por él mismo, era en mucho superior á la de Pompeyo, reunida á toda prisa, y no habituada todavía á combatir en órden de batalla. Resuelto César á atacar á su rival en el mismo centro de su poderío, y de llevar sin pérdida de momento la guerra á la Península, pasó á las Galias, puso sitio á Marsella, y mandó partir de Narbona á su lugarteniente Fabio, con órden de penetrar en España de improviso al frente de cinco legiones mientras él apoyaria la invasion por la parte del mar, esto es, del mediodía. Pompeyo, empero, previno el peligro, y sus lugartenientes habian recibido ya instrucciones para rechazar el ataque: Petreyo y sus legiones, reforzadas con gran número de soldados españoles rápidamente reclutados, habian atravesado el país de los Vetones y se habian reunido con

Afranio cerca de Ilerda, en las márgenes del Sicoris. Ambos generales dictaron desde allí varias disposiciones para la defensa y esperaron la llegada de Varron; pero este, tímido y vacilante entre los dos partidos, creyó mejor no abandonar la Bética. Este fué el orígen de cuantas desgracias cayeron sobre Pompeyo, y no faltó quien achacara á soborno de César la inaccion de Varron, que habia de decidir de la suerte de la campaña.

Como hemos dicho, César pensaba realizar su plan de ataque por medio de Fabio por el lado de los Pirineos y en persona por el lado del mar; de modo que si Afranió y Petreyo hubiesen disputado á Fabio el paso de los Pirineos, mientras que Varron hubiese defendido las costas meridionales, ó enviado desde Cadiz una escuadra para impedir el desembarco de César, este doble movimiento de los lugartenientes de Pompeyo habria frustrado desde nn principio el plan de su rival, ó cuando menos no habria encontrado este abierta la entrada de la Península lo mismo que la de un país amigo. La indolencia ó traicion de Varron impidieron toda resistencia, y al tiempo que Fabio atravesó los Pirineos sin obstáculo y entró en la España citerior, César desembarcó libremente en Ampurias, y se encaminó hácia el Ebro para reunirse con él. Afranio obligó entonces con gran dureza á los campesinos de las cercanías de Ilerda á transportar á la ciudad sus provisiones de boca y sus forrajes, lisongeándose con ello de asegurar la subsistencia de sus tropas y de privar al enemigo de todo socorro; pero Fabio, que no habia olvidado proveerse de víveres, acampó en la confluencia del Sicoris y del Cinca, habiendo hecho construir dos puentes en el primero de dichos rios á fin de conservar libre la comunicacion con la orilla opuesta, de la que recibia las provisiones necesarias para su ejército. Las tropas de Pompeyo se hallaban acampadas en una colina á trescientos pasos de Lérida, y habia tambien un puente en las inmediaciones del campamento por el cual comunicaban los soldados con la ciudad y las campiñas inmediatas. Los destacamentos de caballería de uno y otro bando habian cruzado varias veces sus armas en luchas preliminares; una de ellas dió lugar á un combate mas vivo que de costumbre en uno de los mismos puentes de Fabio, y roto este, parte de su caballería se encontró separada de su campamento en medio de las tropas de Afranio y de Petreyo. Atacado aquel cuerpo por nuevas y numerosas fuerzas habria sido destruido si Fabio, sabedor del suceso, no le hubiese enviado refuerzos por el otro puente. De regreso al campamento su caballería, ordenó que se reconstruyese el puente, y en aquel preciso momento llegó César con una escolta de nuevecientos ginetes, tomando en seguida el mando superior del ejército. Su primer cuidado fué reconocer la posicion del enemigo, y hecho esto formó el proyecto de romper la comunicacion entre las tropas de Pompeyo y la ciudad de donde recibian toda clase de socorros.

César mandó salir del campamento á todos sus soldados, dejando únicamente algunas cohortes para la custodia del puente, y se dirigió con todas sus fuerzas hácia la ciudad, cerca de la cual halló á Afranio y á su cólega en la posicion que hemos descrito. Adelantóse con parte de su ejército como para esperar ó retar al enemigo, mientras que sus soldados en número suficiente, se ocupaban en abrir fosos de quince piés de altura al rededor de un nuevo campamento. Esta maniobra tuvo un éxito completo, y el enemigo no advirtió la

estratagema sino cuando, terminados los trabajos del campamento, se hubo César parapetado en él. Entre el ejército de Pompeyo y la ciudad se extendia una llanura en medio de la cual se elevaba un cerrillo, el mismo, á lo que se cree, en que está situado actualmente el castillo de Gardeny. César resolvió apoderarse de él, y dirigió hácia aquel punto un cuerpo de tropas; las legiones y en especial la caballería de Pompeyo, se presentaron para defenderla, y aunque muchos soldados de César quedaron sin vida en el sangriento combate, el resto logró al fin rechazar al enemigo, y lanzóse en su persecucion hácia el lado de Ilerda. Llegados cerca de la ciudad, conocieron que su ardor los habia llevado muy lejos, sobre todo cuando una nueva tropa de soldados de Pompeyo, españoles en su mayor parte, los atacaron por todas partes. César envió refuerzos á los suyos, pero en breve faltaron flechas á los combatientes, y tirando los Españoles de sus espadas, rompieron las líneas enemigas y recobraron su posicion en la eminencia disputada. César quedó sorprendido por las inmensas pérdidas que habia experimentado, y confiesa en sus Comentarios que el modo de combatir de los Españoles, atacando con el acero en la mano allí donde les parecia, no tomando consejo sino de sí mismos, adelantando ó retrocediendo segun las circunstancias, era terrible para los Romanos, detenidos en sus filas por su severa disciplina (1).

El campamento de César estaba situado entre los dos rios, y engrosadas las aguas por las lluvias de la primavera, desbordaron y le encerraron en un espacio de unas veinte millas, sin comunicacion alguna con las inmediatas campiñas, en cuanto la violencia de las aguas habia arrebatado los puentes. En aquel entonces llegaron de las Galias nuevas tropas, carros con víveres y municiones de guerra, diputaciones de varias ciudades y muchos hijos de las mas ilustres familias de Roma que iban á hacer á sus órdenes sus primeras armas; aquel convoy hubo de detenerse en la orilla opuesta, donde no tardó en ser atacado por los generales de Pompeyo; mas los recien llegados se retiraron con prudencia á las montañas, dejando á César bloqueado por las aguas y en un estado que inspiraba compasion, pues sus soldados morian de hambre. El general comprendió la necesidad de salir de tan mal paso, y con el auxilio de algunos buques ligeros que mandó construir, pudo recobrar la libertad con parte de sus tropas; entonces, favorecido por las colinas que ocultaban sus operaciones, se trasladó á cinco leguas de distancia siguiendo siempre el rio, y despues de apoderarse y atrincherarse en una altura inmediata, mandó construir un puente por el cual pudieron pasar la caballería, los carros y las tropas auxiliares que le habian llegado de las Galias. En seguida atacó á un cuerpo de tropas enemigas y le puso en completa dispersion, al propio tiempo alcanzaba su escuadra una gran victoria contra la de Pompeyo en las aguas de Marsella. La fama de sus triunfos que procuró difundir lo mas lejos posible, no sin exagerarlos algo, atrajo á su causa muchas ciudades de aquella parte de España, acudiendo á su campamento diputaciones de Osca, de Calagu-

(1) «Los soldados de Afranio, dice, tenian una táctica particular: lanzábanse con impetuosidad contra el enemigo, se apoderaban de un punto, y sin guardar formacion, combatian por pelotones dispersos. Si habian de ceder ante fuerzas superiores, retrocedian sin vergüenza y sin creer que el honor les mandase resistir temerariamente. Los Lusitanos y los otros bárbaros les habian acostumbrado á esta clase de pelea.» Cæs., de Bell. Civil., l. I.

ris Tibularia, en el dia Loharre, y de cuatro pueblos de Cataluña, los Ausetanos, los Lacetanos, los Tarraconenses, y los Ilercavones, que hasta entonces habian permanecido neutrales entre los dos partidos, para solicitar su amistad y ofrecerle trigo y víveres para sus tropas. Otros pueblos mas lejanos aun le enviaron tambien diputados haciéndole saber que estaban dispuestos á marchar con él como auxiliares, y en tanto hacíase á cada momento mas peligrosa la situacion de los lugartenientes de Pompeyo, abandonados por las poblaciones españolas. Por fin resolvieron abandonar una posicion insostenible y dirigirse á la Celtiberia donde conservaba Pompeyo algunos amigos, esperando que si César los perseguia hasta allí, podrian fácilmente vencerle. Además de que los Pompeyanos habian de tener mas recursos en un país cuyos habitantes no fuesen aliados de César, asistíales otro motivo para tomar aquella resolucion: su objeto principal era ocupar á su enemigo, evitando al mismo tiempo una accion general, y esto podian lograrlo con mayor facilidad en Celtiberia que en otra parte alguna, en cuanto estaba cortado el país por montañas, valles y desfiladeros, que favorables para las luchas parciales, hacian imposible una batalla campal y permitian por lo mismo sostener la guerra con ventaja, aunque sin resultado decisivo por una ni otra parte. Para llegar á aquella provincia los lugartenientes de Pompeyo no tenian otro medio que pasar el Ebro y poner aquel rio entre ellos y el ejército de César, y era preciso emplear gran diligencia para que el enemigo no interceptara el paso; pero, ya fuese que tomasen mal sus disposiciones, ya que no hubiesen tenido su plan bastante secreto, es lo cierto que César fué sabedor de él y lo dispuso todo para frustrarlo. Los Pompeyanos habian atravesado el Sicoris y se encaminaban hácia el Ebro, cuando César hizo vadear el rio por su caballería poco tiempo despues, con órden de atacar la retaguardia enemiga procurando retardar su marcha hasta que él estuviese pronto. Por la mañana la infantería de César vió desde el campamento al enemigo que verificaba su retirada á pesar de las cargas de la caballería enviada á este efecto, y los soldados se quejaron de no poder tomar parte en la lucha; mas como el agua del Sicoris era harto profunda para que los infantes vadeasen el rio sin peligro, César los contuvo, quizás para mas irritarlos. A voz en grito pidieron entonces atravesar el rio á nado á pesar del grave riesgo que habrian de correr de verse arrastrados por la corriente, con tal que se les condujese al momento al enemigo; el general aparentó acceder con sentimiento á sus instancias, y los soldados se lanzaron al rio, llegándoles el agua hasta las espaldas. César habia tenido la precaucion de dejar en el campamento á los enfermos y todos los bagajes y objetos inútiles, de modo que verificó el difícil paso sin perder un solo hombre.

El ejército de Pompeyo, que llevaba consigo sus bagajes y aparatos de guerra, cuya marcha habian retardado el mal estado de los caminos y los ataques de la caballería de César, solo habia andado el espacio de seis millas, cuando vió desfilar por la llanura á la infantería que habia pasado el Sicoris, es decir, á todo el ejército enemigo, que se dirigia á impedirle el paso. Detúvose al pié de un cerro, y César practicó lo mismo para que sus cansadas tropas tomasen un momento de reposo. Los generales pompeyanos juzgaron entonces conveniente ocupar la montaña que se elevaba junto á ellos, á la cual iban á parar los caminos que conducian al Ebro, pues dueños de ella, creian poder trasladar-

se con facilidad á las márgenes del rio , que apenas distaban seis millas. Ocuparon en efecto la ladera del monte y establecieron varios destacamentos para custodiar los desfiladeros , esperando retirarse durante la noche y pasar el rio, de cuya operacion dependia el buen éxito de la campaña. Informado César por algunos desertores del designio de Afranio , hizo dar por la noche la señal de marcha como si quisiese retirarse á Ilerda ; y los soldados de Pompeyo , creyendo en la realidad de un movimiento que no era mas que aparente , y rendidos de fatiga , se consideraron afortunados al verse libres por fin de terminar su viaje sin obstáculo alguno. Júzguese , empero, de su sorpresa, cuando al despuntar del alba vieron al ejército de César allí mismo donde estaba la víspera. Reunido el consejo sin pérdida de momento, acordóse aplazar de nuevo la marcha para el dia siguiente , aun cuando muchos opinaron por ejecutarla aquella misma noche. César hizo salir de su campamento á sus tropas, y fingió con mayor apariencia de verdad aun que la noche anterior, retirarse hácia la confluencia del Sicoris y del Cinca; lo cual, visto por el enemigo, desvaneció cuantas dudas le quedaban sobre el partido que tomaria Cesar, imaginando que la falta de víveres le obligaba á abandonar su empresa. Sin embargo, llegado á cierta distancia, hizo el ejército una pronta evolucion á la derecha, dirigióse hácia otro punto del monte ocupado por los Pompeyanos, y lo atravesó á paso de carga.

Entonces comprendieron los generales pompeyanos la superioridad de la combinacion de Cesar, la enorme falta que cometieran, y cuan mal habian hecho en desperdiciar un tiempo irreparablemente perdido, no emprendiendo y no acampando en todos los caminos que dirigian al Ebro. Afranio conoció la necesidad de impedir que el enemigo cortase al fin las comunicaciones del ejército con el rio, último recurso de los Pompeyanos; pero César, apresurando su marcha por el camino mas corto aunque mas difícil, apareció de pronto en la llanura mas allá del monte que habia atravesado sin obstáculo, y frustró su postrera esperanza. Sin pérdida de momento hizo formar su ejército en órden de batalla por toda la extension del llano , y se mostró resuelto á oponerse al paso de las tropas de Pompeyo que no habian aun abandonado las alturas.

Afranio, que vió cerrado el acceso del rio, resolvió dirigirse á él por el camino de las montañas, y mandó á cuatro cohortes españolas que ocupasen un monte que le pareció ser entre todos el mas elevado ; pero la caballería las envolvió de improviso y las acuchilló á la vista de ambos ejércitos. Los soldados de César pidieron entonces marchar al enemigo; mas su jefe, avaro de la sangre de los suyos y prefiriendo vencer por medio de combinaciones estratégicas mas que por mortíferos combates , puso freno á aquel ardor y solo pensó en sacar el mejor partido posible de las ventajas de su posicion. Vió que podia bloquear al enemigo en la eminencia que ocupaba y reducirle á rendirse privándole del agua y de víveres , y así lo hizo; apoderóse de todos los puntos por los cuales era accesible la montaña, colocó guardias en los caminos que guiaban al rio, y luego acercó su campamento al de sus enemigos. Estos no podian ya comunicar con el Ebro, y además carecian de agua como previera César, si bien algunos soldados hallaron varias excasas fuentes, á las cuales abrieron canalizos para que corrieran sus aguas hasta el campamento. Entre tanto estableciése una especie de ar-

misticio; los soldados de ambos ejércitos fraternizaban y tenian iguales relaciones como si hubiesen combatido por la misma causa. César, que lo veia con placer y que favorecia su trato con todos sus esfuerzos, aprovechaba la ocasion para seducir y atraer á los soldados, hasta que conociendo, algo tarde quizás, los generales de Pompeyo, que tales comunicaciones no les eran favorables, las prohibieron bajo severas penas. Irritado Petreyo, visitó en persona las tiendas mandando dar muerte á cuantos soldados enemigos halló en ellas; y temiendo que aquellas relaciones hubiesen producido mal efecto en el ánimo de sus tropas, las reunió, las dirigió con lágrimas en los ojos palabras de union, é hízoles prestar nuevo juramento de que jamás abandonarian la causa de Pompeyo.

Afranio y Petreyo comprendieron ser necesario cambiar sus planes y decidieron encaminarse á Ilerda, donde podrian cuando menos gozar de algunos momentos de reposo. Quizás, dice el mismo César, habian concebido el proyecto de apoderarse de Tarragona, donde se hallaban almacenadas abundantes provisiones de toda clase; pero semejante marcha era harto larga é imposible para los Pompeyanos en la respectiva posicion de ambos ejércitos. Luego que se pusieron en movimiento, César no cesó de estrecharlos de cerca y mas de una vez picó su retaguardia, hasta que los hostigó al fin con tanto vigor, que hubieron de detenerse á la mitad del camino, y acampar en un lugar donde no hallaron agua ni víveres, y donde estaban expuestos á cada momento á los ataques del enemigo. Entonces envolvió César á sus adversarios de tal modo, que no pudieron hacer movimiento alguno ni hácia adelante, ni hácia atrás, y despues de mil esfuerzos para romper las líneas que los estrechaban, despues de haber carecido durante tres dias consecutivos de las cosas mas necesarias á la vida, viéronse los Pompeyanos obligados á rendirse. El hijo de Afranio recibió el encargo de negociar la capitulacion, y en ella se convino en que el ejército saldria de España obligándose á no hacer otra vez armas contra Cesar, y que los Españoles volverian libremente á sus hogares, condiciones que parecieron muy moderadas, y que los vencidos acogieron con alborozo. Así terminó la primera campaña de César contra Pompeyo en España, con gran beneficio de su fama; la audacia, la precision caracterizaron sus operaciones todas, y es lo mas digno de notarse que con sus acertadas maniobras redujo al enemigo á capitular sin haberle dado batalla y casi sin efusion de sangre. Es cierto que debió gran parte de sus ventajas á su posicion y al ascendiente de su carácter, al paso que los lugartenientes de Pompeyo no pudieron manifestar de otro modo que de aquel que lo hicieron su valor y su talento, imposibilitados como estaban de luchar en batalla campal con la fortuna de César, ya por las órdenes de Pompeyo que, deseoso de alejar á su enemigo de Roma, queria prolongar la guerra, ya por el espíritu que se manifestaba en su propio ejército, gran parte del cual habria preferido servir á César que combatirle.

Las fuerzas de Pompeyo en la Península quedaban reducidas al ejército mandado por Varron compuesto de veinte y cinco mil hombres, que ocupaba la España ulterior y defendia las costas. Varron mandó construir diez buques en Cadiz y otros varios en Sevilla, y envió una guarnicion de tres mil hombres á la primera de estas plazas, despues de hacer trasladar al palacio del gobernador las armas de los habitantes y el tesoro del famoso templo de Hércu-

les Al mismo tiempo impuso una contribucion extraordinaria de ciento veinte mil medidas de trigo, de veinte mil libras de plata en barras y de ciento noventa mil sextercios en dinero á las ciudades romanas de su gobierno, con lo cual solo logró despertar la indignacion del pueblo; y sabedor César del estado moral y político de la provincia, empezó por enviar á ella dos legiones bajo las órdenes del tribuno Casio, invitando á los habitantes á que le mandasen diputados á Córdoba, á cuyo fin les indicó el dia en que se encontraria en aquella ciudad y podria darles audiencia. El dia señalado verificó César su entrada en la ciudad con una especie de pompa militar, pero sin fausto, seguido de seiscientos de sus mejores caballeros, y fué recibido con entusiasmo por una numerosa diputacion de representantes y de magistrados, llegados de todas las ciudades de la provincia. La sola presencia de Cesar, rodeado ya de la gloriosa aureola que acompaña todavía á su nombre, á pesar de la justa reprobacion que merecen muchas acciones suyas, parecia ser suficiente para desalentar y destruir al partido de Pompeyo; pero esto no obstante, Varron, que veia los incesantes progresos del enemigo aun entre sus propios soldados, resolvió atacarle en el mismo centro de su poder político é intentó sorprenderle en Córdoba. La ciudad sin embargo cerró sus puertas, y sus murallas se cubrieron de defensores, ejemplo que imitó Carmona, reputada por la plaza mas fuerte de la provincia, despues de expulsar á la guarnicion pompeyana. Advertidos los habitantes de Cadiz de que Varron trataba de retirarse á su ciudad y de fortificarse en ella, manifestáronle sin rodeos que se hallaban determinados á aclamar á César, que rechazarian con la fuerza cualquiera tentativa hostil que se hiciese contra ellos, y que, invitada la guarnicion á retirarse, estaba dispuesta á verificarlo. Varron hallóse, pues, en los mas grandes apuros, tanto mas en cuanto acababa de ser abandonado por un cuerpo de cinco mil Españoles que se habian retirado á Hispalis, hoy Sevilla; pensó entonces en retirarse á Italia, pero tenia cerrado el paso; y viendo que ni aun le quedaba la posibilidad de huir, hubo de poner en poder de César sus tropas, sus armas y municiones de guerra, y de dar al mismo severa cuenta de su conducta, de las sumas obtenidas por sus vejaciones, del estado en fin de la provincia cuyo gobierno habia desempeñado. César le hizo sufrir tal afrenta públicamente en presencia de la asamblea de diputados, que se encontraban todavía en Córdoba, y prometió á estos restituir á las ciudades de que eran mandatarios las sumas que Varron les exigiera arbitrariamente y además el precio de los objetos de toda clase de que los habia despojado. Hecho esto, despidió á los representantes de las ciudades, rogándoles que diesen gracias á sus habitantes por las buenas disposiciones que respecto de él abrigaban, prometiéndoles su proteccion constante, y todos se separaron de él poseidos de admiracion y entusiasmo por la afabilidad de su carácter y sus generosos sentimientos.

Desde Córdoba marchó César á Cadiz, donde le esperaba igual acogida, y prodigó á los habitantes de esta ciudad, que siempre ha tenido entre todas las de España una fisonomía propia, muestras de su singular predileccion; concedió á todos la cualidad de ciudadanos romanos, muy envidiada en aquella época; mandó restituir al templo de Hércules los tesoros que Varron arrebatara de su recinto, y promulgó muchos edictos de utilidad pública.

La ciudad de Cadiz era merecedora, en efecto, de la predileccion de Cé-

sar, en cuanto se habia distinguido siempre por su adhesion á la república romana, y jamás habia faltado á la alianza que con ella contrajera cuando la expulsion de los Cartagineses. César se embarcó en Cadiz en la misma escuadra preparada por Varron, y se dirigió á Tarragona donde puso en órden los asuntos de la España citerior en las varias conferencias que tuvo con los delegados de las ciudades; y por fin, despues de confiar á Casio y á Lépido el gobierno de ambas provincias, marchó á Roma por las Galias, no sin cifrar grandes esperanzas, para la humillacion de sus rivales, en la reciente gloria de su expedicion á España.

48 a. ant. de J. C. 705 de Rom.a. Sin embargo, Casio y Lépido, encargados de gobernar el país con los menores gravámenes posibles para los habitantes, no tardaron en tomar, luego de partido Cesar, las maneras que tanto hicieron detestar á los pretores desde el principio de la dominacion romana. Casio Longino, en especial, gobernador de la España ulterior, se distinguió por su rapacidad, y apenas instalado, quiso hacer su poder lo mas productivo posible. El medio que mejor le pareceria para abrirse el camino de las riquezas, fué declarar la guerra á los Lusitanos, á quienes trató como enemigos, pues de otro modo no habria tenido pretexto para despojarlos. Dirigióse, pues, contra Mediobriga y contra los montañeses del Herminio, acordándose de que por allí habia empezado César su carrera de gloria, y fuéle tanto mas fácil vencerlos en cuanto no podian sospechar el ataque del lugarteniente de César. Para atender á los gastos de la guerra, impuso á los vencidos contribuciones enormes, y envanecido con su fácil victoria, regresó triunfante á Córdoba. Al mismo tiempo permitiase en la provincia que le estaba sometida las mismas malversaciones que César castigara en Varron, tanto que si bien los Romanos eran admitidos á la participacion de aquellas riquezas, llegaron á irritarse contra su indigno gobernador al verle tan brutalmente codicioso, y le odiaban y despreciaban no menos que los Españoles. Llegados á su colmo el odio y el desprecio, resolvieron Romanos y Españoles deshacerse de aquel hombre; pero descubierta la conspiracion fraguada contra su vida, el gobernador llamó en su auxilio á las legiones acantonadas en las cercanías de Córdoba, y lejos de considerar aquel suceso como un saludable aviso, manifestó extremado rigor contra los conspiradores que no pusieron á sus piés sus caudales en rescate de su existencia. Así pues, en vez de cambiar de conducta, aumentó con nuevos actos de tiranía la indignacion general, y esta no tardó en manifestarse terrible y poderosa. Mientras se encontraba en Sevilla ocupado en los preparativos de una expedicion que Cesar le habia mandado hacer á Africa, estalló contra él una sublevacion en Córdoba; hasta los soldados se unieron con el pueblo, y desconocidas sus órdenes, se le declaró despojado de su dignidad. La guarnicion dió el mando á un cuestor, encargado ya de la administracion interior, al tiempo que las tropas que habian de embarcarse eligieron un jefe y se encaminaron á Córdoba para hacer causa comun con la guarnicion sublevada. Acampadas al pié de los muros de la ciudad, declararon unánimemente no reconocer á Casio por pretor, y por aclamacion confiaron este cargo á un oficial de mérito, llamado Marcelo. Sabedor Casio de aquel movimiento, reunió algunas fuerzas, marchó hácia Córdoba, estableció su campamento á cuatro millas de la plaza, en la orilla opuesta del Betis, y desde allí escribió á su colega Lépido, pretor de la Es-

paña citerior, y al rey de Mauritania, pidiéndoles socorros contra los rebeldes. Estos empero no estaban dispuestos á concederle el tiempo necesario para la llegada de los refuerzos que habia buscado tan lejos, é irritados de ver al enemigo tan cerca de la ciudad, atravesaron el rio, le atacaron en su campamento y le obligaron á refugiarse bajo los muros de Ulia, poblacion situada entre Córdoba y Cabra, en el lugar, segun se dice, donde se encuentra hoy Montemayor. Transcurrido algun tiempo, llegaron los solicitados refuerzos del rey de Mauritania y de Lépido; pero este que tenia en muy poca estima á su colega y que sabia ya por Marcelo las causas y la naturaleza del levantamiento, se declaró contra Casio, de modo que en vez de los socorros que este habia esperado tuvo que combatir con un nuevo enemigo. En vano quiso socorrerle el rey de Mauritania; toda resistencia contra las fuerzas que le amenazaban habria sido inútil, y el mismo Lépido aconsejó secretamente á Casio que emprendiera la fuga antes que exponerse á un asalto cuyo resultado no podia ser dudoso. Intimidado Casio por su mala fortuna, prometió retirarse á Carmona luego que se hubiese levantado el bloqueo de la ciudad que le servia de asilo, y así lo hizo; pero en aquel mismo momento, ya fuese por traicion de Casio, ya contra su voluntad (lo cual no está bien averiguado), el rey de Mauritania atacó á las tropas romanas. Lépido acudió al sitio del peligro, rechazó el ataque, y volvió á Córdoba con Marcelo. La impericia y avidez de Casio atrajeron grandes calamidades á la porcion de España cuyo gobierno se le habia confiado, y fueron funestas no solo á la Península, sino al ejército, á la república romana y al mismo Cesar. La historia atestigua que tales han sido con harta frecuencia los generales de los grandes conquistadores.

El término de la pretura de Casio habia espirado, y no veia el momento de abandonar el país con los tesoros que amontonara; temeroso, empero, de atravesar las provincias, teatro de sus excesos, se embarcó en Málaga en un buque de pequeño porte, y fué siguiendo las costas meridionales hasta la embocadura del Ebro, donde naufragó y perdió la vida. 47 a. ant. de J. C. 706 de Roma.

Entre tanto continuaba en otra parte la lucha sobre César y Pompeyo, los dos antagonistas que se disputaban á costa de la humanidad, el imperio del mundo. La famosa batalla de Farsalia, que dió á Lucano título y argumento para su epopeya, decidió la gran querella en favor de César. Derrotado en ella el ejército de Pompeyo, vióse él mismo obligado á buscar su salvacion en la fuga, y en la memorable batalla condújose César con gran generosidad. Sin querer saber quienes eran sus enemigos, é imitando lo que Pompeyo hiciera con las cartas de Sertorio, mandó echar al fuego sin abrirla la correspondencia de su enemigo de que se apoderaron sus soldados. Dícese tambien que al reconocer el campo de batalla se entristeció y aun lloró á la vista de tantos cadáveres, exclamando: «¡Ellos lo han querido!»

Triste fin fué el de Pompeyo. Fugitivo de Farsalia, su mala suerte le condujo á Egipto, cuyo rey habia sido su pupilo, y cuyo padre habia recibido de Pompeyo grandes beneficios. Esto no obstante, el ingrato rey le hizo dar muerte para congraciarse con el afortunado César, quien, llegado á Egipto y viendo la lívida cabeza de su rival, prorumpió en llanto, pensando que si Pompeyo fuera su enemigo habia sido tambien su amigo, su pariente y su aliado.

Detuviéron á César en Egipto dos cosas muy distintas: las magníficas exe-

quias que mandó tributar á Pompeyo y la decantada hermosura de Cleopatra. Desprendido por fin de las delicias de Alejandría, tomó la vuelta á Roma, y de paso venció á Farnacio, rey del Bósforo Cimerio, y á Deyotaro, rey de Armenia. Esta guerra fué la que refirió con las célebres palabras: *veni, vidi, vici;* y llegado á Roma, fué nombradó tercera vez cónsul y tercera vez dictador. En esto estalló otra vez la guerra en Africa, promovida por partidarios de Pompeyo: César marchó allí, venció á sus enemigos, declaró la Mauritania y la Numidia provincias romanas, mandó reedificar á Cartago, y volvió á Italia, donde recibió los honores triunfales, que no habia tenido espacio para recibir aun en medio de tan contínuas victorias.

El mundo se hallaba ya como reposado de las sangrientas luchas que por tantos años le habian conmovido, mas España no habia apurado aun las desgracias que sobre ella habia de atraer la fatal rivalidad de Cesar y Pompeyo. Cneo, hijo del último, juró vengar la muerte de su padre, y llamó á su lado á cuantos amigos y partidarios contaba su padre en Europa, en Africa y en Asia; muchos acudieron á agruparse bajo su bandera, y con un ejército considerable, resolvió intentar en España un vigoroso esfuerzo contra el mortal enemigo de su familia y de su nombre. Empezó por apoderarse de las Baleares, donde alistó algunos soldados, y luego pasó á la Península en la que Pompeyo contaba aun con muchos amigos, refugiados allí en su mayor parte despues de la batalla de Farsalia. Al hacerse públicos los proyectos del jóven Pompeyo, fué expulsado de la Bética el pretor que sucediera á Casio en nombre de César, formóse casi por sí solo un ejército de sus partidarios, y Cneo Pompeyo, despues de reunir sus tropas con aquellos que ya le esperaban, encontróse al frente de considerables fuerzas. César habia vuelto á Roma, á donde le llamaban sus intereses políticos, mas la noticia de la llegada de Cneo Pompeyo á la Península y de sus primeros triunfos contra el pretor de la España ulterior, hízole comprender que habria de ir en persona á reconquistar un país, á cuya posesion daba tanto precio. Sin embargo, no queriendo salir de Roma hasta haberse robustecido, por decirlo así, con una mas larga permanencia en su recinto, envió únicamente á España las tropas indispensables para hacer frente al nuevo enemigo, y sus lugartenientes, que vieron cuan inferiores eran en fuerzas á Pompeyo, no se atrevieron á intentar el ataque y se limitaron á mantenerse en la defensiva. Cesar apresuró el término de los negocios que le retenian en Roma, y obedeciendo al interés de su gloria, volvió á España por cuarta vez.

46 a. ant. de J. C. 707 de Roma

Cesar no ha descrito en sus memorias las operaciones y vicisitudes de esta campaña fecunda en grandes acontecimientos, y esto es tanto mas sensible en cuanto la relacion que de ella ha dejado Hircio (1), oficial suyo, es de muy escaso mérito. En efecto, su relato carece de vigor, es extenso en demasía y no tiene órden, lógica ni enlace; en medio de los hechos que confusamente refiere, cuesta gran fatiga descubrir la verdad; pero la fatiga es un deber para el historiador, y ha de considerarse feliz cuando puede ahorrarla á sus lectores.

Cesar desembarcó en Sagunto, y reuniendo instantáneamente sus tropas, se

---

(1) *Commentarium de Bello Alexandrino, de Bello Africano, de Bello hispaniense.* Fracofurti et Lipsiæ, 1696.

LA ESPAÑA ROMANA

SEPTENTRIO

GALLIE

AQUITANIA

ASTURES

CANTABRI

VASCONES

CALLAECI

GALLAECI

AREVACE

VETTONES

HISPANIA

TARRACONENSIS

CITERIOR

ILERGETES

LACETANI

ILERCAONES

BALEARICUM MARE

BALEARIDES INSULE

SUCRONENSIS

EDETANI

OLCADES

LUSITANIA

ORETANI et MENTESANI

CONTESTANI

PITIUSE INSULE

MAJOR

ILLICITANUS

BASTETANI

BETURIA

CELTICI

ULTERIOR

TURDULI et TURDETANI

BETICA

BASTULI PENI

VIRGITANUS

OCEANUS

ORIENS

MERIDIES

Millas Romanas

Longitud de España

trasladó á marchas forzadas á Obulcon, una de las ciudades mas antiguas de la Bética, de fundacion fenicia, situada donde se encuentra ahora Porcuna, y desde allí tomó las medidas necesarias para la ejecucion de sus proyectos. Excepto Napoleon, pocos capitanes, aun los mas ilustres, han dado ejemplos de tal rapidez en una expedicion militar; si hemos de creer á Estrabon y Appiano, en veinte y siete dias llegó de Roma, reorganizó su ejército y penetró con él hasta las provincias meridionales. Todas las ciudades de la España citerior, situadas en las costas del Mediterráneo, se habian declarado por él, y sin perder un soldado, hallóse haber recobrado gran parte del país que le arrebatara su rival.

La instantánea aparicion de César en España causó en Pompeyo el efecto del rayo; un vago presentimiento le advertia de que habria de sostener una lucha á muerte, y la portentosa actividad de su enemigo no le habia dado ni el tiempo de prepararse para la defensa. Para colmo de desgracia su armada acababa de ser derrotada en las inmediaciones de Carteya por la de César mandada por Didio.

Desde el principio de la campaña, encontróse César en el mismo grado de poderío é influencia en que se hallaba despues de su primera expedicion contra Afranio y Petreyo. Sexto Pompeyo estaba en Córdoba; Cneo, su hermano, sitiaba á Ulia, y ambas ciudades habian enviado mensajeros á César para que acudiese á libertarlas. Con su sagacidad ordinaria y sin exponer á sus soldados á grandes peligros, obligó á sus enemigos á levantar el sitio de Ulia, introduciendo en la plaza á favor de una noche borrascosa, un cuerpo de tropas suficiente para hacerla inexpugnable, al mismo tiempo que con un ejército mas considerable se dirigia hácia Córdoba, resuelto á intentar el ataque de aquel importante centro.

Córdoba se extendia á lo largo del Guadalquivir y este rio describia un ancho círculo al rededor de la ciudad, si bien sus aguas corrian allí mansas, y su lecho era apenas bastante profundo para permitir la navegacion de pequeños barquichuelos. César que habia de pasarlo con sus tropas, y que no tenia puente ni barcas, hizo rodar hasta allí grandes peñascos y arrojar al agua grandes canastos llenos de guijarros; sobre ellos colocó enormes maderas que sostenian un tablado, y de este modo formó una especie de puente para dar paso á su ejército. Llegado cerca del enemigo, César, que deseaba empeñar una accion general, no cesó de hostigarle con ataques mil veces repetidos, pero todo fué en vano; Pompeyo no salió al llano, y temeroso César de las dificultades de un sitio como el de Córdoba, lo abandonó para dirigirse contra Ategua, distante unas diez y siete millas, y situada cerca de las ruinas de Teba-la-Vieja, con intento de apoderarse de los almacenes del ejército provistos por Pompeyo de víveres y municiones de toda clase. Ategua era una ciudad pequeña, pero fuerte, como lo eran en aquella época todas las de este país; construidas por lo regular en una altura, y defendidas por excelentes murallas, la mayor parte estaban rodeadas además de fuertes destacados y provistas de elevadas torres, que servian á un tiempo de lugares de combate, de observatorio y de retirada, circunstancias todas que explican como las ciudades mas insignificantes pudieron entonces sostener tan largos sitios. César empezó por apoderarse de un territorio inmediato á Ategua, llamado campo de Posthumio, y estableció en él su campamento, pudiendo desde allí procurarse cuanto le era necesario para el alimento

45 a. ant. de J. C. 708 de Roma.

y la comodidad de sus tropas; fuertemente atrincherado, dispuso que se rodeara la ciudad de fosos y empalizadas y que se construyera una torre en una eminencia desde donde dominaba á los sitiados. Al tener noticia de tales preparativos, resolvió Pompeyo intentar un gran esfuerzo, y saliendo de Córdoba, reunió no sin dificultad un ejército de sesenta mil hombres compuesto de Africanos, de Romanos y en su mayor parte de Españoles, y al frente de estas fuerzas se encaminó al encuentro del enemigo. El campamento de César era alternativamente custodiado por la infantería y la caballería, y Pompeyo llegó en ocasion en que esta desempeñaba aquel servicio; á favor de una noche muy oscura atacó á la guardia que, si bien vigilante, era en muy corto número para resistirle aun cuando no hubiese sido sorprendida, y la acuchilló sin que tuviera tiempo para dar la voz de alarma. No fué menos afortunado Pompeyo durante la noche siguiente, y logró introducir un cuerpo de tropas en la plaza sitiada á través de los mismos soldados de César, que los tomaron por una division de los suyos encargada por el general de alguna empresa secreta. Pompeyo estableció en seguida su campamento en la parte opuesta del Salso, hoy Guadajoz, en la falda de un cerro, entre la ciudad sitiada y Ucubi, llamada en el dia Espejo (1); atacó luego el fuerte del campo de Posthumio, donde César habia concentrado sus fuerzas, pero rechazado por la caballería experimentó pérdidas considerables, retirándose entonces á su campamento, desde donde hacia frecuentes salidas contra el enemigo. Este habia de luchar con grandes obstáculos; atacado á cada momento por Pompeyo por una parte, tenia que habérselas por otra con sitiados que se defendian con furor, y que no solo lanzaban piedras, vigas y plomo desde lo alto de sus muros, sino tambien materias inflamables que á cada nuevo asalto causaban entre los sitiadores innumerables pérdidas. Entonces recurrió César á uno de los artificios que tan habituales le eran, y empleó la seduccion y los distintos móviles que agitan al mundo, para hacerse propicios á los habitantes de Ategua; logró en efecto formarse un partido; pero descubierta la maquinacion por el gobernador de la plaza, trató á los conjurados con extremado rigor antes de que hubiesen comprometido la suerte de Ategua. Unos fueron decapitados, otros precipitados desde lo alto de los muros, otros en fin arrojados contra puntas de acero; mas lejos tales actos de producir el efecto deseado, enagenaron á Pompeyo la poblacion entera. Siempre es el mismo el resultado del rigor y de la violencia; así lo demuestra á cada paso el estudio de la historia, y creeríamos pueril haberlo hecho observar, si los partidos vencedores no echasen con harta frecuencia en olvido una leccion que tanto es de política como de humanidad. Las crueldades del gobernador de Ategua cambiaron completamente las disposiciones de los habitantes respecto de Pompeyo, y muchos ciudadanos abandonaron en secreto la ciudad para pasar al campamento de los sitiadores. Una mujer cuya familia toda habia perecido por órden del gobernador pompeyano se arrojó desde lo alto del muro, meditando proyectos de venganza, y logró atravesar los fosos sin heridas graves. Varias veces un confidente de César le instruyó del estado de la plaza y de las disposiciones de los habitantes, lanzando por sobre la

(1) Muratori confunde esta ciudad con otra llamada Aspavia, mencionada como todas las demás en el relato de Hircio.

muralla tablillas con noticias acerca de las operaciones; hasta que para determinar á los moradores á consentir en la rendicion de la plaza, les aseguró el sitiador la vida y las propiedades. Los Ateguanos quisieron obtener garantías, pero, si ha de creerse á Hircio, César les contestó que se llamaba César, y que su palabra era en todas ocasiones prenda suficiente; en efecto, Ategua se rindió y sus habitantes fueron tratados con la mayor blandura. Pompeyo dirigió entonces sus esfuerzos todos á impedir el ataque de Ucubi, que sabia entrar en los planes de su enemigo. Los muchos partidarios que este contaba en aquella poblacion fueron condenados á muerte, como habia sucedido ya en Ategua, y no hay mas que ver el relato de Hircio para venir en conocimiento de lo mucho que los Españoles hubieron de sufrir del uno y del otro bando en una guerra que fué sin disputa de las mas crueles que en tiempo de los Romanos se hicieron en España.

Al ver que las deserciones empezaban á disminuir sus filas, Pompeyo salió de Ucubi y se dirigió á Aspavia, situada á cinco millas de la primera ciudad, pero no tardó en ser alcanzado por las tropas de César. Perseguido de cerca y temeroso de empeñar una accion general, rotrecedió, indeciso sobre el camino que habia de tomar, hasta la llanura que se extiende á los alrededores de Munda, que la generalidad de los autores dicen ser la llamada hoy casi con el mismo nombre, Monda, á veinte y cuatro millas de Málaga (1). César siguió de cerca los movimientos del ejército, cuya retaguardia atacaba con frecuencia, no sin ver aumentar cada dia sus filas con los desertores de Pompeyo, y despues de varias marchas y contramarchas halláronse las legiones enemigas unas en frente de otras, separadas únicamente por un espacio de pocas millas, siendo desde aquel momento inevitable la batalla. Ambos ejércitos se componian de un número casi igual de Romanos y Españoles, y además de auxiliares africanos, alistados en los dos partidos; Hircio nos habla del hijo del rey Bocco, uno de aquellos caudillos de los pueblos de Mauritania á quienes los Romanos daban el nombre de reyes, y de otro rey del mismo país apellidado Bogud, el primero de los cuales combatia por Pompeyo y el segundo por César. A ambas partes inspiraba grandes temores el próximo combate; hallábanse todos en el estado de ansiedad que de ordinario precede á las grandes luchas en las guerras civiles, y por muchas que fuesen las esperanzas de unos y de otros, hubo un momento de angustia dolorosa é inexplicable antes de llegar á las manos. Hasta los dos jefes estaban poseidos de profunda tristeza y vacilaban al fiar á los azares de una jornada su fortuna política y todo su porvenir.

Sin embargo, era preciso. Pompeyo fué el primero en disponer su ejército en órden de batalla, y César atacó. Dada la señal, los dos generales se retiraron á retaguardia para dirigir los movimientos de sus legiones. Terrible fué el primer choque, y á los gritos de los soldados, al ruido de las armas y de las máquinas, sucedió un silencio mas terrible aun. La pelea duró algun tiempo con encarnizamiento, sin que por una ni otra parte se perdiese un palmo de terreno; las tropas de César fueron las primeras en cejar, y segun Floro, iban á empren-

(1) D. Miguel Cortés en su *Diccionario Geográfico é histórico de la España antigua*, con razones muy poderosas demuestra que la célebre Munda de que aquí se habla no puede ser la actual Monda, sino Montilla. D. Modesto Lafuente adopta esta opinion.

der la fuga, pero la vergüenza mas poderosa que el temor las detuvo, *pudore magis quam virtute*. Al ver aquel movimiento de retirada, César se precipitó en medio de sus dispersos soldados, y con sus palabras, con su ejemplo, «con su inmensa cólera,» dice un historiador, hízoles recobrar el terreno perdido. Era tanto su furor, que no pudiendo en el primer momento restablecer el equilibrio y viendo á los suyos prontos aun á desbandarse, dirigió su espada contra su propio pecho, y allí habria muerto á no detener su brazo los que le rodeaban. El rumor de la desesperada accion de César reanimó el valor de los suyos, y la lucha se hizo mas general y encarnizada. Sin embargo, el triunfo parecia aun indeciso, cuando viendo Bogud, jefe de los Africanos de César, que el campamento de Pompeyo estaba casi enteramente abandonado, corrió hácia aquel punto para apoderarse de él. Labieno, uno de los oficiales de Pompeyo, que adivinó el intento de Bogud, marchó con el cuerpo que mandaba á impedir el paso al Africano, y su maniobra decidió del éxito de la batalla. Ambos ejércitos que ignoraban su designio y que le vieron correr hácia el campamento, creyeron que emprendia la fuga, y desde aquel momento hízose general el desórden en las filas de Pompeyo, al paso que creciendo el ardor de los soldados de César, lanzáronse contra el enemigo profiriendo gritos de victoria. El campo de batalla se cubrió en poco tiempo de cadáveres y de moribundos, y Cneo Pompeyo, escoltado únicamente por ciento cincuenta caballeros, pudo con gran trabajo refugiarse en Carteya, donde se hallaban los restos de su armada; su hermano Sexto se salvó por el interior seguido de cien hombres, los únicos que le quedaban de su numeroso ejército. Algunos fugitivos pudieron refugiarse en Munda con armas y bagajes; otros intentaron defenderse en su campamento; pero no tardaron en experimentar la suerte comun. Treinta mil soldados pompeyanos quedaron sin vida, entre ellos dos jefes principales; los demás fueron hechos prisioneros ó se desbandaron. Diez y siete oficiales superiores y trece banderas quedaron en poder del vencedor, y si bien se ignoran las pérdidas que este tuvo, hubieron de ser por necesidad muy grandes, en cuanto duró el combate mucho tiempo con alternativas diversas é increible encarnizamiento.

Deseoso César de aniquilar los restos de aquel gran ejército, puso sitio á Munda, donde, como hemos dicho, se habian refugiado algunos miles de soldados pompeyanos, y á ser cierto que mandara rellenar las trincheras de que rodeó á la ciudad con treinta mil cadáveres sacados del último campo de batalla, hemos de decir que mostró inaudita barbarie. Añádese que les hizo cortar á todos la cabeza, y que estas cabezas clavadas en lanzas, despojos de los vencidos, fueron alineadas luego con el rostro vuelto hácia la ciudad á lo largo del horrible foso.

Trató luego de abrir brecha con sus arietes, pero los habitantes enviáronle entonces diputados fingiendo deseos de entrar en negociaciones, pero en realidad para permitir á los sitiados apoderarse de la terrible trinchera haciendo una vigorosa salida y atacando al enemigo de frente. Este designio, sin embargo, fué descubierto y frustrado, y desesperando de poder salvarse, la mayor parte de los habitantes se sepultaron bajo las ruinas de sus casas ó fueron á buscar la muerte en medio de las filas enemigas. Así fué, como, viuda de sus defensores, cayó la ciudad en poder del vencedor.

Cneo, retirado en Cartagena, tomó entonces el partido de embarcarse en su armada, compuesta de treinta naves, y de buscar un asilo en alguna provincia remota. Dióse á la vela, pero acosado por los buques de César y careciendo de agua, vióse obligado á retroceder despues de cuatro dias de navegacion y á volver al puerto de donde habia salido. Muchos de sus buques habian sido incendiados por el enemigo, y con gran trabajo pudo fugarse en una pequeña embarcacion, con algunos soldados lusitanos y romanos que le permanecian fieles. Una herida que recibiera á bordo le obligó en breve á tomar tierra, y sabido su desembarco marchó contra él un destacamento; sus soldados se defendieron en un principio con indecible valor, pero cediendo por fin al número, tomaron la fuga, y el hombre que poco tiempo antes era dueño de España, vióse reducido á ocultarse en una cueva. Descubierto poco despues, murió á manos de un soldado, y su cabeza fué enviada á César, que no se atrevió á ponerla á la exposicion pública. La historia nos ha conservado el nombre de aquel que la presentó al vencedor en el camino de Córdoba á Sevilla; llamábase Cesenio. Segun algunos autores, César mandó tributar los últimos honores á los mutilados restos de su rival.

¿Habria podido el jóven Pompeyo con mayor valor reunir sus tropas, reanimar su partido y conservar por algun tiempo mas su dominacion en algunas ciudades de la Península? Es dudoso que hubiese podido hacer mas de lo que hizo despues su hermano Sexto; pero de todos modos, es indudable que su precipitada fuga habia de enagenarle el afecto de los Españoles y de los Romanos á quienes abandonaba en los momentos de peligro. Los Lusitanos, que le habian seguido en su infortunio, intentaron casi inmediatamente un atrevido ataque contra la armada de César, y despues de dar muerte al comandante y á muchos marineros, pusieron á los demás en fuga. Las ciudades de la Bética, que en su mayor parte habian abrazado la causa de Pompeyo, se rindieron á César, y las únicas que opusieron alguna resistencia fueron Córdoba, Sevilla y Osuna. Hemos dicho que Sexto Pompeyo, con muchos partidarios de su padre se habia retirado á Córdoba despues de la batalla de Munda; mas previendo que no tardaria en ser allí atacado por las fuerzas de César, salió de la ciudad bajo pretexto de avistarse personalmente con su enemigo y se retiró á Celtiberia. En efecto, César sitió á Córdoba y la bloqueó por todos lados; la ciudad se puso en la defensiva con pocas esperanzas de resistir al gran general, y no tardó en apoderarse de aquellos que mas se habian comprometido por Pompeyo el temor de lo porvenir. Entre ellos habia cierto Escápula, quien al ver próximo el momento en que habia de ser vana toda resistencia, resolvió no caer con vida en poder de un enemigo cuyo rigor le asustaba, y abandonar la vida como un verdadero epicúreo. Refiérese que reunió á sus parientes y amigos en un suntuoso banquete que presidió él mismo con aire jovial; terminado que fué, distribuyó sus riquezas entre los convidados, vistió su mas rico traje, mandó encender una hoguera que estaba ya preparada de antemano, y dió órden á un criado que le clavara una espada en el pecho y á otro que le arrojara en seguida al fuego. Escápula murió segun sus prescripciones, y su resolucion, digna y fiera á la vez, parece indicar que era español, ó á lo menos que habia tomado el genio y carácter de esta nacion. Su muerte aumentó mas aun la discordia que reinaba en la ciudad; unos querian

rendirse á César, y otros, antiguos partidarios de Pompeyo, defenderse hasta el último extremo, llegando las cosas á un punto que estalló la guerra civil en la misma plaza sitiada. César habia sido llamado por sus partidarios, quienes le indicaron los medios de penetrar en la ciudad sin correr los azares de un asalto; pero descubierta su traicion por los del partido contrario, estos dieron muerte á aquellos y entregaron sus casas al incendio y al saqueo. De ahí se siguió una lucha encarnizada, y en aquel momento á favor del tumulto, verificó César su entrada en la ciudad. En el saqueo de Córdoba, las tropas del vencedor pasaron á cuchillo veinte y dos mil ciudadanos de todas edades, y la mayor parte de los que sobrevivieron á la matanza fueron expulsados de sus casas y propiedades; tan imposible es á los pueblos sustraerse del fatal imperio de los acontecimientos. Es claro que los Españoles no recogieron otros frutos directos de su alianza con las dos facciones que se dividian entonces el mundo romano, sino la ruina y la muerte; pero esta es la ley de las sociedades humanas, y no se puede moralmente acusar á los Españoles por haber seguido la una ó la otra bandera, movidos por razones de independencia y de dignidad. El rigor desplegado por César en Córdoba ha parecido á muchos inexplicable, y con razon ha causado sorpresa que tratara así á una ciudad á la que amaba especialmente entre todas las de España, en la cual poseia varias casas y jardines muy bellos, en uno de los cuales habia plantado él mismo el famoso plátano que Marcial ha celebrado en sus epígramas, y que aun en tiempo del poeta parecia sentir todavía la influencia de César, tanto era lo que se elevaba y extendia á lo lejos sus ramas y su sombra (1).

Tambien habia dos facciones en Sevilla, si bien no se hallaban los ánimos tan enconados como en Córdoba. Algunos habitantes enviaron diputados á César é introdujeron en secreto en la plaza á un batallon de su ejército, al tiempo que la faccion opuesta hacia entrar un numeroso cuerpo de Lusitanos, que mataron durante la noche á los soldados de César y sembraron el terror entre sus partidarios.

César, que se encontraba entonces muy cerca de la ciudad, fingió abandonar la empresa y tomar otra direccion; alentados los Lusitanos, verificaron una salida, y arrojándose hácia la escuadra enemiga, intentaron incendiarla. César, empero, que no los perdia de vista, mandó á su caballería caer sobre ellos, sorprendiólos á orillas del rio, los dispersó, y entró sin resistencia en la ciudad. La toma de Sevilla fué inscrita en el calendario romano y solemnizada como una festividad pública, quizás por haber sido la última accion de alguna importancia realizada por César en la Península.

La toma de Sevilla se refiere de mil maneras; pretenden algunos autores que al presentarse los diputados á César para ofrecerle la ciudad en nombre de sus partidarios, el general les dió un cuerpo de tropas mandado por Caninio con objeto de contener á la faccion contraria, y que los partidarios de Pompeyo enviaron por su parte á Lusitania á cierto Filon, en auxilio de Cecilio Neger, que combatia por la misma causa; que Filon volvió luego con gran número de Lusitanos, quienes, despues de penetrar de noche en la ciudad, dieron muerte á los soldados de

(1) «Arbol amado de los dioses, decia Marcial (l. IX, ep. 62), no temas el hierro ni el fuego sacrílegos. Puedes prometerte eterno verdor y eterna vida, pues á tí no te plantó Pompeyo.»

César; y finalmente que este general, al establecer el bloqueo, habia dejado algunos claros en la línea para que los Lusitanos pudiesen evadirse poco á poco, deseando preservar á la ciudad de un asalto y de un incendio. Aseguran otros que despues de la rendicion de Sevilla, César se retiró á Asta, llamada por Plinio Asta Regia, y supo allí la muerte de su lugarteniente Didio, quien habia sucumbido al querer salvar la armada, á la que pretendian los Lusitanos poner fuego. Desde Sevilla escribió César una carta á Ciceron para consolarle de la pérdida de su hija, cuyo esposo Dolabella peleaba en España bajo sus órdenes.

Para ser dueño de toda la Bética solo le faltaba conquistar á Osuna, cuyo nombre era entonces Ursaon (ó Versaon); en un radio de ocho millas alrededor de la ciudad no habia árboles ni fuentes, obstáculos que no impidieron á César ponerle sitio. Procuróse agua, madera y víveres en Munda y se apoderó de la ciudad al primer ataque.

La Península empezaba á respirar en paz; César reunió en Cartagena á los diputados de varios puntos de España, y ocupóse en dar á los pueblos sometidos á su dominacion una constitucion política y civil, y sobre todo un gobierno regular; sin que por esto omitiese medio alguno para atesorar cuanto podia y dejase de aprovechar las ocasiones que para conseguirlo se le presentaron. Varias veces dirigió la palabra á los diputados españoles reunidos en Cartagena, pero sus conferencias no tenian por único objeto la reorganizacion del país; César no se olvidaba de su persona, y habló á los Españoles de los beneficios de que los colmara, echóles en rostro su ingratitud; y como en efecto, con su espíritu lúcido y recto buen sentido los habia guiado en la solucion de muchas y arduas cuestiones, habian concebido por él gran admiracion, y se apresuraron, prodigándole regalos y tributos voluntarios de toda clase, á manifestarle que hacia mal en calificarlos de ingratos. Sin embargo, poco era aquello para César, quien impuso varias contribuciones, procuróse una enorme cantidad de oro y plata bajo diferentes pretextos de utilidad pública, y robó en fin, segun expresion de un historiador español, los tesoros del mismo templo de Hércules que salvara algunos años antes de la rapacidad de Varron. Esto no obstante, sus servicios y sobre todo su carácter le hicieron bien quisto de los Españoles, quienes concibieron por él gran estimacion, y él en cambio contribuyó no poco á introducir en las costumbres españolas los vicios que desde hacia algun tiempo estaban minando á la república. Desde entonces empezó á propagarse en la Península con una especie de furor el gusto por cuanto se amaba y practicaba en Roma; acercábase la época en que habia de verificarse una gran transformacion social en el país, cuya historia estamos escribiendo, y en que la España se hiciese romana por las inclinaciones, por las costumbres, y por el lenguaje mas quizás que otra provincia alguna extra-italiana del imperio. La adulacion que tanto distinguió despues á los Romanos degenerados, hízose ya en tiempo de César un vicio muy extendido entre los Españoles.

En aquel entonces muchas ciudades de la Península trocaron su antiguo nombre por el de César. Iliturgis llamóse *Forum Julium,* Itucis *Virtus Julia* y Astigis *Claritas Julia* (1), como para consagrar con semejante testimonio de grati-

(1) Nertobriga llamóse *Fama Julia* y *Concordia Julia* y Oset *Constantia Julia*, ambas en la

tud los beneficios que creian haber recibido de aquel general. Grabáronse inscripciones en honor suyo erigiéronsele altares (1), y Córdoba y Sevilla fueron las primeras en escribir en mármol sus memorables victorias, la batalla de Munda y la campaña contra los hijos del gran Pompeyo, como lo atestiguan aun en nuestros dias las preciosas inscripciones que en ambas ciudades se conservan. Rodrigo Caro cita varias descubiertas en Sevilla, todas en honor de César. Liberalitas-Julia-Ebora elevó á César (DIVO JULIO) una estátua con una inscripcion en que los habitantes le prometian eterno agradecimiento, y en la que se decia que las mujeres de aquel municipio habian tomado parte en aquella solemnidad consagrando un ceñidor á Venus.

44 a. ant. de J. C. 709 de Roma. César dejó el mando de la España citerior y de la Galia Narbonense á Lépido, y el de la España ulterior á Asinio Polion, padre de aquel Salomino cuyo nacimiento fué cantado por Virgilio, y otra vez recibió en Roma los honores del triunfo. Fiestas y públicas diversiones solemnizaron sus victorias contra Pompeyo y los Españoles, aun cuando probó la experiencia no haber sido aniquilados en España todos los gérmenes de la guerra civil. Apenas Julio César hubo salido de España cuando Sexto Pompeyo, que durante el triunfo de su adversario habia permanecido oculto en la Celtiberia con algunos amigos, empezó de nuevo la guerra en Lacetania, auxiliado por Bocco, rey de Mauritania, y por otro jefe africano. En vano Carinates, á quien César confiara el mando de las tropas romanas, quiso oponerse al paso de Sexto Pompeyo; derrotado, hubo de buscar en las plazas partidarias de César un asilo para sus soldados, mientras que Sexto recorria sin obstáculos el territorio que se extiende desde Cataluña hasta los confines de Andalucía, sublevando en su favor á las poblaciones que hallaba en su carrera.

El gobernador de la España ulterior, que supo las ventajas obtenidas por Sexto, marchó á su encuentro, y ambos ejércitos trabaron batalla. Parte de las tropas de Polion fueron dispersadas; su general hubo de emprender la fuga, y las restantes no pudieron disputar por mucho tiempo la victoria á los soldados de Sexto, á pesar de sus prodigios de valor. El hijo de Pompeyo aprovechó el entusiasmo que excitó su triunfo entre sus partidarios, y no dió al enemigo un momento de reposo.

En tanto todo parecia poco á los Romanos para honrar al vencedor de Munda. Permitiósele llevar siempre una corona de laurel, y asistir á las fiestas sentado en silla de oro. Se le hizo *Dictador perpétuo*, se le dió el nombre de *Imperator*, y el título de *Padre de la patria*. Erigiéronle una estátua con la inscrip-

---

Bética; en la Tarraconense vemos á *Juliensis Therii* y á *Juliobriga*; en la Lusitania, á *Colonia-Cæsariana* y *Castra Julia*; Lisboa cambió su nombre en el de *Felicitas-Julia*, Ebora en el de *Liberalitas Julia*, etc.

(1) Morales cita un altar con una inscripcion votiva para la salud y las victorias de Cesar, y cree haberle sido erigido con motivo de la enfermedad de que fué atacado bajo los muros de Córdoba. La inscripcion dice así:

SACRUM NUMI
NIS PRO SALU
TE ET PRO VI
CTORIA CAE
SARIS.

cion: *A César semi-dios,* y la colocaron en el Capitolio frente á la de Júpiter. Decretáronsele honores divinos bajo el nombre de Júpiter Julio, y tuvo altares y templos y sacerdotes, que así suelen despeñarse los pueblos por el abismo del servilismo y de la degradacion cuando un déspota les hace olvidar con el aparato de la gloria ó los placeres las altas máximas en que descansa la dignidad del gobierno y de los gobernados.

Al creer consolidado su imperio, dedicóse César á reformar la administracion y las leyes, y entre sus reformas se cuenta la del calendario. Aunque se le daba el título de *Emperador* y en realidad obraba como tal, pudiendo considerarse como el verdadero fundador del imperio, dejó subsistir las formas republicanas, contento con ser dictador vitalicio.

Poco tiempo, empero, gozó de tanta autoridad y tan desusados honores. Pronto se formó contra él una conspiracion, en que entraron unos por odio á la tiranía, otros por personales resentimientos: de estos era Cayo Casio, alma y autor de la conspiracion, y de aquellos Junio Bruto, escritor distinguido que profesaba la doctrina estoica, y á quien César habia colmado de mercedes, y daba el nombre de hijo. César recibió varios avisos de los planes que contra su vida se tramaban, pero no quiso creerlos. Lleno de confianza, entró un dia en el senado, y vióse al punto rodeado de asesinos, que cayendo sobre él le cosieron á puñaladas. Como entre ellos distinguiese á Bruto blandiendo el puñal sobre su cabeza, exclamó: «*¡Tu tambien, hijo mio!*» y cayó á los piés de la estátua de Pompeyo. Así pereció á los cincuenta y seis años de edad aquel hombre extraordinario, de quien se dice que habia ganado quinientas batallas y tomado por asalto mil ciudades; gran orador, político profundo y escritor eminente.

Las alarmantes noticias de España llegaron á Roma poco antes de caer César bajo el puñal asesino, y una vez muerto el dictador, el senado que deseaba terminar de una vez la guerra y que no veia sin zozobra los triunfos de Pompeyo, creyó prudente transigir, y propuso á Sexto devolverle todos sus bienes y confiarle el mando de la armada de la república, con tal que consintiese en deponer las armas. Semejante proposicion fué aceptada con gozo por Sexto, quien partió al momento para Italia. Así concluyó la famosa guerra civil que por tanto tiempo ensangrentara la tierra de España.

CAPÍTULO VII.

Segundo triunvirato romano.—España en tiempo de Augusto.—Cambio político.—Nueva division de España en dos provincias, senatoria é imperial.—Era española.—Guerra de los Cántabros y de los Asturos.—Sumision de estos pueblos.—Monumentos de Augusto en España.—Ciudades y colonias fundadas por él.—Nuevo levantamiento de los Cántabros y de los Asturos.—Son vencidos.—Pacificacion definitiva.—Mirada general sobre el período romano.—Gobierno.—Administracion.—Religion.—Costumbres.—Idioma.—Ciencias y artes.

Desde el año 44 antes de J. C. hasta el 14 de nuestra era.

43 a. ant. de J. C. 710 de Roma.

Muerto César, formóse en Roma el segundo triunvirato compuesto de Marco Antonio, Lépido y Octavio, sobrino del dictador difunto, á quien este habia nombrado su heredero. En aquel jóven de 19 años que habia hecho sus primeras armas en España al lado de su tio, nadie sospechaba entonces el futuro dominador del mundo. Repartiéronse entre sí los nuevos triunviros las provincias del imperio, al modo que lo habian practicado los primeros, y en esta distribucion tocó á Lépido España y la Galia Narbonense, á Antonio las Galias y á Octavio Italia, Africa, Sicilia y Cerdeña.

Dotado Octavio de gran talento para la intriga política, comenzó por ganarse á los partidarios de César divinizando á este, y colocando su estátua en el templo de Vénus. Con dádivas y festines atrajo luego junto á sí á los republicanos, temerosos de la tiranía de Antonio, y de ellos se sirvió para combatir á este. Hecho cónsul antes de cumplir los veinte años, constituyóse en vengador de César, y para resistir á los republicanos que seguian las banderas de Bruto y Casio, se unió con Antonio y Lépido que ya le necesitaban, y entonces se formó el triunvirato, cuyo triunfo sobre la república se decidió en la batalla de Filipos. Las antiguas instituciones perecieron con Casio y Bruto. Siguió la guerra civil de Perusa que terminó con el saqueo de la ciudad y el sacrificio de trescientos senadores inmolados por Octavio sobre el altar de César. Al regreso de Antonio procediose á nueva reparticion de las provincias, tomando Octavio para sí la España y dejando á Lépido el Africa. Antonio y Octavio despues de deshacerse de Lépido, vuélvense uno contra otro. Octavio gana la batalla de Accio, y se desvanecen cual humo todas las fuerzas de Egipto y de Oriente que Antonio dirigia contra él. El vencido se contempla abandonado entonces de todos sus amigos, hasta de su Cleopatra, por cuyo amor se habia perdido, mientras que el vencedor lo preparaba todo para descargar el golpe de gracia á la libertad romana.

Hasta este tiempo pocos sucesos notables habian ocurrido en España, y solo ha de mencionarse que luego que la Península hubo correspondido á Octavio confió este la direccion del país á magistrados que han sido por algunos considerados

como superintendentes civiles y militares encargados á la vez de la administracion y del gobierno.

Bajo aquella especie de prefectos, nada particular sucedió, si bien no podemos dejar de consignar que durante el gobierno de C. Domicio Calvino, los dos reyes mauritanos que habian combatido durante la guerra civil, el uno en favor de Pompeyo y de César el otro, y que se habian mantenido en España con sus ejércitos, tomaron otra vez partido, Bogud por Marco Antonio y Bocco por Octavio, llegando varias veces á las manos, hasta que Bogud fué vencido y expulsado de España. Los Cerretanos, pueblos que habitaban la Cerdaña, se sublevaron en favor de Bogud, aun despues de su expulsion, y solo con gran trabajo pudo Domicio sujetarlos. Como sus antecesores, abusó de la victoria, y despojó á los vencidos de inmensas riquezas que le sirvieron para pagar el triunfo que obtuvo á su regreso á Roma.

39 a. ant. de J. C. 714 de Roma.

Domicio Calvino fué reemplazado por Cayo Norbano Flaco, pero la historia se limita á mencionar á este prefecto romano sin decir de él cosa alguna. Cita luego á Estatilio Fauro, pero cuanto se sabe de Norbano y de Statilio relativamente á España, consiste en que, como Domicio, recibieron los honores del triunfo por sus victorias en este país; victorias sin duda muy oscuras que no serian otra cosa que la dura represion de algunos movimientos populares.

Tales movimientos carecieron de toda importancia, y despues de estas ligeras convulsiones, España permaneció en paz, si puede darse este nombre á la ausencia de la guerra, hasta que se hubo verificado en Roma la revolucion que dió á Octavio el imperio del mundo. Hasta entonces osciló incierta entre los tres triunviros, y, como hemos dicho, no ocurrió en ella cosa notable. A ejemplo de César, el triunviro Octavio formó para su persona una guardia española, y solo en medio de ella se encontraba en seguridad, sobre todo cuando fingiendo ser amigo de Antonio, temia en secreto su vileza y cobardía. Bajo el imperio de los triunviros, y en contra de las costumbres de Roma que solo nombraba para el consulado á ciudadanos romanos, un Español, Lucio Cornelio Balbo, natural de Cadiz, fué elegido cónsul, aunque extranjero, y obtuvo los honores del triunfo.

38 a. ant. de J. C. 715 de Roma.

Al ser elevado Octavio al rango de emperador, bajo el nombre de Augusto, las provincias de España que sufrian hacia doscientos años el yugo cruel de los Romanos, acogieron con entusiasmo al nuevo emperador, halagadas por la esperanza de un porvenir mejor; y en efecto, España mas ganó que perdió en el cambio sobrevenido en las leyes fundamentales de la gran metrópoli dominadora del mundo. En las provincias antiguamente conquistadas no tardó en manifestarse un nuevo aspecto político, una nueva escena, un estado de cosas distinto, un órden del todo diferente del que le habia precedido. Bajo el imperio de Augusto, Roma pareció menos deseosa de nuevas conquistas que de conservar y mejorar las que reconocian ya su ley, y por consiguiente aplicóse con mayor solicitud á civilizar, á instruir á los súbditos que las armas le habian dado, á asimilárselos, á identificárselos, por decirlo así. España en especial recibió en aquella época un fuerte impulso hácia la unidad, y cesó de estar dividida en un número casi infinito de naciones que no se conocian recíprocamente sino por las relaciones que un mismo clima y una idéntica situacion geográfica establecen por necesidad entre los hombres. Reunida en cuerpo de nacion bajo el poder de un solo hombre,

de un déspota, es cierto, pero cuyo despotismo fué verdaderamente ilustrado desde el momento en que no reconoció rival; España, sometida á un régimen regular y previsor, se encontró mas feliz que bajo la tiránica dominacion de los jefes militares bajo cuyos caprichos habia gemido por espacio de tanto tiempo. En la division de provincias hecha entre Augusto y el senado, al cual si bien los emperadores dominaron y corrompieron, respetaron siempre en apariencia, la parte de España no conocida con el nombre de Bética fué llamada provincia *imperial*, y la Bética provincia *senatoria*, nombres que eran expresion de dos estados políticos distintos: las provincias senatorias estaban directamente bajo el gobierno del senado y en ellas no residian tropas, al paso que las imperiales eran ocupadas por las legiones del emperador, lo cual equivale á decir que no era en ellas completa la obediencia y la sujecion, que estas no habian pasado todavía á ser un hábito, mientras que en las otras la sumision era total y casi voluntaria. España obedeció, pues, á dos magistrados supremos que residian uno en la Bética y en la Lusitania el otro, y que gobernaban diversamente, segun la diferencia que acabamos de caracterizar, uno en nombre del senado, y en nombre de César el otro. De esta época data, segun Estrabon, la revolucion rápida que se obró en las costumbres y los usos de los Españoles, y que excepto en muy pocas cosas, convirtió á estos pueblos en verdaderos Romanos.

Uno de los primeros actos de Octavio fué declarar á España provincia tributaria de Roma. El decreto en que así se establecia colocó á los pueblos todos de esta region bajo las mismas leyes, las romanas, si bien, como hemos visto, señaló una distincion entre una y otra parte de la Península; y pareció tan grande la importancia de este acto que fué tomado por base de una nueva era y de un nuevo sistema cronológico. El año en que se promulgó fué el primero de la era llamada española que estuvo por mucho tiempo en uso, y sobre la cual tendremos motivo para hablar despues de ahora.

Augusto, emperador ya, no cuidó en un principio sino de consolidar su naciente poder, y el ejército, que habia sido siempre en Roma el sólido apoyo de la autoridad, atrajo toda su solicitud; aplicóse por completo á granjearse el afecto de los soldados, á disciplinarlos, á recompensar los servicios militares, á sofocar las pasiones y la avidez de los jefes, libres antes de todo freno, y á distribuir entre las varias posesiones romanas las legiones victoriosas con cuyo auxilio habia llegado él al puesto que ocupaba. De las veinte y cinco legiones que conservó, tocaron tres á España, lo cual anuncia que el emperador confiaba en la sumision del país, tanto mas en cuanto habia creido deber enviar ocho á las márgenes del Rhin y cuatro á las del Danubio, donde los Romanos no poseian casi nada. España recibió de Augusto una nueva division en tres grandes provincias, la Tarraconense, la Lusitania y la Bética, cediendo al senado la última, como mas tranquila que las demás, para ser administrada segun el sistema ordinario, y reservándose el gobierno absoluto de las otras dos como mas belicosas. En este acto del reciente emperador ven algunos una muestra de deferencia y respeto hácia el senado, al paso que otros lo consideran, con mayor fundamento, á lo que parece, como una prueba del deseo que abrigaba de debilitar el poder del senado, y como un medio de robustecer el del emperador; en efecto, bajo pretexto de dominar á las provincias belicosas, concentraba en ellas todas las legiones, y de este mo-

do no solo quedaba árbitro y dueño de las fuerzas militares del imperio, sino tambien de las posesiones del senado.

Semejante division era quizás mas geográfica que política, y aunque en ella iba comprendida la España en toda su constitucion física, no puede decirse lo mismo de todos los pueblos de la Península. Esta no habia sido ocupada aun en todos sus puntos por los Romanos, quienes no habian subyugado ni conocido aun de cerca á los Cántabros y á los Asturos. Jamás habian penetrado en su territorio, á lo menos con sus legiones, y retirados en sus montañas, aquellos pueblos aguerridos y esforzados entonces como lo son ahora, habian conservado su libertad. Mientras que la parte mas meridional de la Península se habia sometido al yugo de buen grado, si es lícito expresarse así, ellos solos desafiaban desde sus mas inaccesibles breñas á los señores de España y del mundo. Por el mediodía y las vias marítimas habian dado principio los Cartagineses á la larga série de desastres que tan duramente pesaran sobre la Península; su yugo de hierro habia acostumbrado á la esclavitud á algunos pueblos del mediodía de España en la época en que los Romanos aparecieron allí como conquistadores, y así es como les fué mas fácil mantenerse en aquella parte del territorio que en el interior, y sobre todo que subyugar á los montañeses. Añádase á esto las riquezas de la tierra, los productos de la industria, la abundancia de dinero que se encontraban en las provincias meridionales, y la ausencia de tales bienes entre los montañeses, y se comprenderá como la rapacidad de los conquistadores se dirigió mas hácia las costas del sur y del oeste que hácia las montañas. Solo el centro de la España, de cuya conquista hizo Roma cuestion de honra, país rico, circunstancia que no ha de echarse en olvido, ocupó por espacio de mas de un siglo, lo cual no es mucho decir, gran parte de las fuerzas de la república, y hasta despues de inauditos esfuerzos y de haber guerreado allí los mas ilustres capitanes de Roma, no acabó por ser imperfectamente subyugado.

Los montes habian permanecido independientes, y como la política y la gloria de Augusto exigian que la España fuese suya en todas sus partes, intentó la conquista de aquellos pueblos rústicos y fuertes que solo poseian lo absolutamente necesario, que ignoraban el uso de la moneda, y á los cuales, segun expresion de Mariana, un númen no se sabe si fatal ó propicio habia negado el lujo y las artes. Los Romanos habíanse al fin acercado tanto á ellos que les incomodaba ya su vecindad; los Autrigones, los Murboges y los Vacceos, pueblos que confinaban con los Asturos y los Cántabros, habian sido incorporados definitivamente al imperio, y varias veces los libres montañeses de Asturias y de las sierras cantábricas habian llegado en sus excursiones al territorio de los tres pueblos que acabamos de nombrar. Sus correrías inspiraron viva inquietud á los Romanos que ocupaban el país; ocurrieron algunas peleas, y en ellas mostraron los montañeses una fuerza é intrepidez tales que la fama de su valor hízose para Augusto un motivo de descontento. Este fué el orígen de la guerra contra los Asturos y los Cántabros, la última de importancia que sostuvieron los Romanos con los pueblos de la Península.

Los historiadores no están de acuerdo acerca de los motivos que indujeron á Augusto á tomar en persona la direccion de esta guerra. La opinion mas acreditada es que hallándose el emperador en Narbona, desde donde pensaba marchar

27 a. ant. de J. C. 726 de Roma.

á las islas Británicas, aun no sometidas del todo, supo á un tiempo la insurreccion de los Salacios, que habitaban al pié de los Alpes, y la irrupcion de los Cántabros y Asturos en los dominios del imperio; que infundiéndole la primera muy poco temor, envió contra los Salacios á Terencio Varron; pero que juzgando la otra de mas difícil represion, pasó los Pirineos para sujetar él mismo al único pueblo de la Península que era todavía rebelde á los Romanos. Esto sucedia durante su octavo consulado

Augusto marchó directamente al frente de su ejército contra los Cántabros, y envió al pretor Carisio contra los Asturos. Llegado á Segisama, hoy Sasamon, entre Burgos y el Ebro, estableció allí sus reales é intentó en vano durante mucho tiempo llamar al enemigo por medio de ataques parciales á una batalla general; mas aquellos rudos montañeses, sin jefe para dirigirlos por masas, divididos en muchos y pequeños cuerpos, solo sabian entonces hacer una guerra de sospresas y emboscadas, y no cesaban de hostigar y atormentar á los Romanos ya en su campamento, ya en sus marchas, sin que nunca, por decirlo así, ofreciesen presa á sus enemigos. Aparecian y desaparecian con maravillosa rapidez; audaces y terribles en el ataque, era imposible alcanzarlos en su retirada; rechazados y perseguidos, se ocultaban entre sus breñas, cuyos senderos solo ellos conocian, y de ellas salian para caer sobre los Romanos cuando estos menos lo esperaban. Era aquella una guerra de contínuas alarmas, de rudos ataques, de milagrosas desapariciones; cuanto en fin desesperó y diezmó en 1808 á los soldados de Napoleon, produjose entonces con circunstancias de notable similitud. Augusto tenia además una escuadra que secundaba sus operaciones á lo largo de las costas, pero jamás los Cántabros se presentaban en masas, jamás se dejaban arrastrar á un combate que habria podido ser decisivo; abandonaban á sus enemigos el llano y la base de sus montes, únicos lugares practicables, y reservaban para sí las alturas, donde solo á ellos parecia reservado penetrar y residir.

Fatigado Augusto de esta interminable y enojosa guerra, contrariado por tan obstinada resistencia, retiróse á Tarragona despues de algunos meses, dejando el mando de su ejército á uno de sus mejores lugartenientes, á Cayo Antistio, quien manifestó en el difícil encargo que se le confiara una energía y habilidad superiores. Mas feliz que Augusto, lo cual prueba que era mejor militar que buen cortesano, logró, persiguiendo unas veces á los Cántabros y fingiendo otras la fuga, llevarlos al llano, al pié de los muros de Vellica, ciudad situada junto á las fuentes del Ebro; al tenerlos allí los atacó y los envolvió de repente, de modo que la accion se hizo general y la victoria quedó por los Romanos. Algunos historiadores atribuyen á Augusto el honor de la jornada, pero este punto ha permanecido muy dudoso. Puestos los Cántabros en fuga no se atrevieron á dirigirse á la costa que sabian estar ocupada por otras cohortes romanas, y huyeron hácia los desfiladeros del monte Vindio, unos de los mas fragosos de la cordillera cantábrica; pero tambien por aquella parte habíanles los Romanos cortado la retirada apoderándose de la ciudad de Aracillum, hoy Aradillos, á una legua de Fuentibre. Los historiadores que atribuyen á Augusto la victoria de Vellica, pretenden que persiguió en persona á los Cántabros, y que si se retiró á Tarragona fué por haber caido enfermo en Aracillum. Para resolver entre ambas ver-

siones carecemos de datos, y lo único que de positivo se sabe es que Antistio recogió gran cosecha de gloria del suceso que acabamos de referir, de lo cual puede deducirse, con apariencias de verdad, que á él ha de atribuirse la victoria á lo menos en gran parte. Los Cántabros para quienes estaba cerrado el camino del monte Vindio, hubieron de buscar un asilo en las montañas llamadas hoy *las Medulas*, reputadas entonces por impracticables; pero apenas llegaron á su cima cuando los Romanos aparecieron en el llano y rodearon el monte. Sin intentar perseguir á los fugitivos en sus inexpugnables posiciones, lo cual habria sido en vano, apelaron á los recursos de la estrategia, cuyos efectos son infalibles dentro de mas ó menos tiempo. Antistio hizo trazar una línea de circunvalacion alrededor de la montaña, ó en otros términos, abrió un foso ancho y profundo de quince millas de circuito, á lo largo del cual mandó construir gran número de torres que hacian imposible la salida de los fugitivos. Hubiérase dicho un nuevo sitio de Numancia; pero la España parecia formada para dar repetidas veces iguales ejemplos de resolucion y de exaltado amor á la libertad. Los Cántabros, cercados por todas partes y sin esperanza de salvacion, resolvieron darse la muerte unos á otros, y lo verificaron con una firmeza y energía increibles á no estar atestiguadas por historiadores muy fidedignos. Los Asturos que se encontraban con los Cántabros, despues de varias é inútiles tentativas para abrirse paso á través de las trincheras que los rodeaban, propusieron implorar la clemencia del vencedor. Semejante proposicion enfureció á los Cántabros, quienes volvieron sus armas contra sus compañeros bastante débiles por haber pensado en rendirse á los Romanos, y despues de una obstinada lucha arrollaron á los Asturos en número de diez mil, hasta las trincheras romanas. En este punto se observa alguna diferencia en el relato de los historiadores; unos refieren que los Romanos atacaron á los combatientes durante la lucha haciéndolos á todos prisioneros; que luego los crucificaron y que fué tal el valor de los Cántabros ante los tormentos y la muerte que espiraron entonando cantos. Segun otra version, los Asturos, arrollados hasta las líneas de circunvalacion, solicitaron rendirse con condiciones; pero Tiberio, yerno de Augusto, se negó á prometerles cosa alguna, y entonces, impulsados por la desesperacion, atravesáronse unos con sus aceros, otros bebieron un veneno extraido de las ramas del tejo (1), y casi todos murieron noblemente antes que tender sus brazos á las cadenas. Con el ejército que allí se habia refugiado, compuesto de toda la juventud de la nacion, pereció la libertad cantábrica. Sin embargo, la matanza no fué completa; los Romanos dejaron con vida á veinte y tres mil, ó por mejor decir veinte y tres mil no tuvieron aquel dia tiempo para darse la muerte, y los Romanos los desarmaron. Algunos fueron incorporados á las legiones y los demás fueron vendidos públicamente al mejor postor; muy pocos sobrevivieron á la pérdida de su libertad, y la mayor parte se dieron la muerte.

Así fué subyugada la Cantabria por primera vez, y para terminar la obra solo faltaba someter á los Asturos. Augusto marchó él mismo contra ellos al frente de la mitad de su ejército, y confió el resto á Carisio con el encargo de reducir á los Asturos que se habian refugiado en Lusitania. Estos salieron al encuentro de Carisio y aceptaron sin vacilar la batalla; la lucha fué terrible y duró por espacio 24 a. ant de J. C. 729 de Roma.

(1) Quod ibi vulgo ex arboribus taxeis exprimitur. Flor., l. IV, c. 12.



de dos dias, hasta que Carisio quedó por fin vencedor, no sin sentir gran admiracion por la excelente actitud de aquellos guerreros, tanto que les declaró tan esforzados como los mismos soldados romanos. Los Asturos que no habian abandonado su patria opusieron á Augusto y á su lugarteniente Antistio una obstinada resistencia; habíanse rodeado de fortificaciones de difícil acceso en la ribera del Ezla, no lejos de Astúrica, en el reino de Leon; pero Augusto se apoderó de Lancia, su plaza de armas, y con ella perdieron su principal fuerza, su centro de accion, y no tardaron en sucumbir enteramente. Augusto exigió rehenes á las principales ciudades, y vendió como esclavos á la mayor parte de prisioneros hechos en la guerra, en especial á los mas peligrosos, es decir, á los mas valientes. A ejemplo de César, obligó á los montañeses á establecerse en las llanuras inmediatas, y fué el primero en abrir minas en el país por medio de procederes científicos que los habitantes ignoraban por completo (1). Finalmente ocupó con mayor inteligencia que sus predecesores el territorio recien conquistado por sus armas, y difundió á su paso algunos gérmenes de civilizacion que no quedaron estériles. Cubrió el pais de edificios y monumentos útiles, construyó fortalezas y fundó numerosas colonias, como asilo y recompensa de sus veteranos. Entonces se vió á Salduba (Zaragoza) engrandecida, tomar el nombre de *César-Augusta*, y fué fundada *Augusta-Emerita*, hoy Mérida, poblada principalmente de veteranos, en latin *Emeriti*, muchos de los cuales se establecieron tambien en Cadiz y en Córdoba. Augusto mandó construir un magnífico puente en el Ebro, y levantó el templo de *Janus-Augustus*, cuyas ruinas subsisten todavía en Ecija.

Mariana refiere los sucesos de la guerra cantábrica con algunas diferencias en los detalles. Segun dicho historiador, en Segisama, que cree ser la moderna poblacion de Beisama, en Guipúzcoa, el ejército romano se dividió en tres cuerpos que ocuparon toda la provincia, excepto las montañas, donde se habian refugiado los habitantes; Augusto enfermó casi al llegar, y marchó á Tarragona dejando el mando de su ejército á C. Antistio y á P. Firmio, quienes condujeron parte contra los Galacios, mientras que el resto fué dirigido por Carisio contra los Asturos. El mismo historiador enuncia luego un hecho que es un error manifiesto, á saber, que Agripa fué á España en la época del levantamiento de los Cántabros y de los Asturos encargándose del mando supremo del ejército romano, siendo así que los historiadores antiguos, que son las mas seguras fuentes para la historia de aquellas épocas, no mencionan para nada á Agripa en aquella primera guerra. Agripa estaba entonces ocupado en otra parte, y no pasó á España hasta la segunda y última sublevacion de los Cántabros y Asturos, como despues veremos. Mariana dice que el yerno de Augusto atendió á las necesidades de las tropas romanas por medio de una armada reunida en el mar de las islas Británicas y de la Armórica, librándose con ella del hambre que amenazaba á los Romanos en un país casi estéril; refiere en seguida la batalla de Vellica, la retirada de los Cántabros hácia el monte Vindio, al cual da el nombre de Hirmio ó Vinnio, y todo lo demás de la campaña tal como acabamos de explicar nosotros con muy pocas variaciones. Segun el mismo historiador, Carisio fué el encargado de dirigir y establecer

(1) Sic Astures, et latentes in profundo opes suas atque divitias dum aliis quærunt, nosse cœperunt. Id. l. c.

la colonia militar de Augusta-Emerita. Carisio parece haber desempeñado muy importante papel en España, á juzgar por las monedas de la época que tienen su busto en una parte y el de Augusto en la otra. Además de Augusta-Emerita y de César-Augusta de que se ha hablado ya, Mariana y Masdeu enumeran otras muchas ciudades y colonias á las cuales, segun costumbre, se dió ó añadió el nombre de Augusta, entre ellas *Pax-Augusta*, fundada en los últimos confines de la Lusitania, en el dia Badajoz; Bracara, ya conocida, tomó el sobrenombre de *Augusta;* encuéntranse no solo una, sino dos *Augustobriga,* y además eleváronse en honor suyo en las márgenes del rio Ulla en Galicia torres *(Turres Augusti)* de forma piramidal, á la que parecia ir unida la idea de la inmortalidad. Al partir para Roma, despues de una guerra que habia durado tres años, tomó Augusto, como ya lo practicara siendo triunviro, una guardia española compuesta de Calagurritanos, en la cual tenia mayor confianza que en los soldados propios de su país. Por aquel tiempo fué fundada la ciudad de Leon, bajo el nombre de *Legio-Gemina,* y mandó Augusto que fuese habitada por dos legiones con especial mision de contener á los Asturos, en cuyo país se elevaba la nueva ciudad.

Augusto salió en breve de Tarragona, y despues de confiar el gobierno supremo de la Tarraconense á Lucio Emilio, partió para Roma, donde se cerró por cuarta vez el templo de Jano.

Ausente Augusto, en cuya política entraba por mucho la felicidad de los vencidos, las autoridades romanas no tardaron en incurrir en los antiguos extravíos; sus violencias causaron sobre todo gran indignacion entre los pueblos recien conquistados, y en breve ocurrió la segunda insurreccion de los Cántabros y Asturos, tan terrible en sus efectos y de tan difícil represion como la primera. Ignórase cómo empezó, y es de creer que en un principio solo se habia sublevado parte de la poblacion; el gobernador de la provincia marchó contra los sublevados, asoló sus tierras, incendió sus casas, mandó cortar las manos á cuantos prisioneros hizo, y su barbarie impulsó á toda la nacion asturiana y á sus aliados los Cántabros á sacudir el yugo, verificándose un levantamiento en masa que ocupó á las legiones en varios puntos á la vez. Esta guerra ofrece en sus detalles excasa novedad; no hubo durante ella combate alguno con circunstancias particulares, y de parte de los insurrectos viéronse los mismos prodigios de entusiasmo y de valor que caracterizaron el anterior levantamiento, quizás con mayor energía y ferocidad. La lucha duraba hacia algun tiempo, sin que hubiesen alcanzado los Romanos la menor ventaja, cuando Agusto dió el encargo de ponerle fin á Agripa, que se encontraba entonces en las Galias y que pasó á España, persuadido de la facilidad de la empresa, cuyo mal éxito solo atribuia á la impericia de los generales. No tardó, empero, en conocer su error, pues halló en aquellos bárbaros mas formidables adversarios que en los Germanos, contra los cuales acababa de combatir. Vencido en los primeros encuentros, hubo de emprender la retirada, consternado por el desaliento en que semejante guerra habia sumido á sus soldados: era mas que desaliento, era estupor. El indecible arrojo de los enemigos en el ataque, sus salvajes alaridos, su feroz aspecto, todo contribuia á sembrar el terror entre las legiones, y habíase llegado á un punto que los soldados solo á la fuerza marchaban contra sus valerosos adversarios. Agripa restableció entonces la disciplina antigua en toda su severi-

19 a. ant. de J. C. 734 de Roma.

dad y trató de reanimar el valor de los soldados por medio de discursos dirigidos á su honor, al mismo tiempo que les anunció que castigaria con todo el rigor de las leyes militares á aquellos que no cumpliesen con su deber. Sus esfuerzos, empero, no lograron comunicar á las legiones mejor actitud en el siguiente combate; todas pelearon mal, y á una de ellas que se habia portado peor que las otras, se le impuso un castigo ejemplar: Agripa la declaró indigna de llevar el nombre de *Legio-Augusta* y la disolvió por completo. Semejante severidad inspiró cierto valor á los soldados, y el general pudo continuar la guerra con tropas mejor dispuestas; el triunfo quedó por él en diferentes encuentros, hasta que por fin habiendo sorprendido á los Cántabros en una llanura, empeñóse una batalla general, en la que alcanzó completa victoria. Por propia confesion de Agripa se sabe que guerra alguna le habia sido tan penosa ni tan difícil de llevar á buen fin. El vencedor invadió por todas partes la Cantabria, tomó posesion de todas las ciudades y no dió cuartel á ninguno de los habitantes que cayeron en su poder. Cuantos Cántabros fueron cogidos con las armas en la mano perecieron; las aldeas construidas en las alturas fueron demolidas, y dueños los Romanos de todo el país, obligaron á los ancianos, á las mujeres y á los niños, únicos que de aquel pueblo quedaban, á establecerse en el llano, bajo la vigilancia de sus dominadores (1).

Esta fué la última guerra de los Españoles contra los Romanos, el postrer esfuerzo de la parte mas vigorosa de la nacion contra la opresion estranjera. De regreso á Roma, Agripa rehusó el triunfo por modestia ó adulacion, atribuyendo toda la gloria de la empresa á Augusto, bajo cuyos auspicios habia combatido, pues tales eran ya las costumbres de los Romanos. Agripa fué el primero que mandó grabar en un ancho pórtico un mapa ó figura geográfica de las tres provincias españolas tales como las conocian entonces los Romanos.

España, de la que dijo Tito Livio haber sido el primer país del continente que ocuparon las armas romanas y el último que subyugaron, habia llegado por fin á este resultado final. En la época en que nos hallamos de nuestro relato, cumplen dos siglos de la entrada de los Romanos en la Península, y su fatal política de conquistadores, su ciega fe en la fuerza, su orgullo dominador, han dilatado que no apresurado la transformacion de la España en provincia romana. Los acontecimientos nos han dicho cuanta sangre, cuantas fatigas les costó su conquista, siempre á punto de perderla, y todo ello fué resultado de la brutal explotacion de los Romanos. En vez de aliados, ó si se quiere, de súbditos, interesados en la grandeza de la república por los beneficios que de la misma reportasen, Roma no tuvo mas que enemigos; los vencidos quedaban subyugados, pero no sometidos, y no caian ante sus vencedores sino cuando la re-

(1) La derrota de los Cántabros causó en Roma gran sensacion, y en medio de la alegría que por ello se experimentaba, nadie ocultaba su admiracion por sus enérgicos esfuerzos. La literatura, expresion de la sociedad, se encargó de interpretar el sentimiento público.

Cantabrum indoctum juga ferre nostra,
HORACIO, l. II, od. 4.
Cantaber serâ domitus catenâ
Id., l. III, od. 8.
Cantaber non ante domabilis.
Id., l. IV, od. 14.

sistencia era imposible á las fuerzas humanas. Hemos visto la heróica constancia con que defendieron siempre los Españoles la tierra nacional; bajo los batallones y la disciplina romana morian, pero no se rendian, y los que sobrevivian á tantas derrotas solo pensaban en volver á luchar.

¿Han visto nuestros lectores alguna vez en Italia, en el moderno Lacio, entre Roma y Ostia, lo que se llama una *macchia*? Una macchia no es un bosque, pero sí una cosa parecida; es un vasto recinto en el que crecen árboles de todas especies, arbustos, malezas, todo ello cortado á distintas alturas; la segur del carbonero lucha siempre allí con la naturaleza, con la ardiente y fecunda naturaleza, que se rebela en vigorosos retoños luego que deja de ser atormentada. Pues bien, aquel bosque es la imágen de una nacion dotada de enérgicos principios de vida y de savia generosa; la espada del mas fuerte podrá herirla, torturarla, pero á la primera ocasion favorable se levanta otra vez y recobra sus derechos y su lozanía; aquel bosque es el retrato del pueblo español bajo la dominacion militar de los Romanos.

Durante el dilatado período que acabamos de recorrer, la España tuvo por únicas fórmulas de gobierno las máximas del régimen militar, mas ó menos despótico, mas ó menos opresivo, segun las buenas ó malas disposiciones morales de los jefes á quienes se confia el poder, pero siempre por su naturaleza absoluto, arbitrario, inclemente, proponiéndose por objeto la dominacion, no la prosperidad, el bienestar de los pueblos. La república romana no comprendió otro modo de gobierno para las naciones conquistadas; siempre consideró á la Península como un país para explotar, como una mina de riquezas, propia solo para servir sus ambiciosos proyectos, proporcionarle socorros, sustentar sus ejércitos y saciar la avidez de sus patricios. Los dos primeros Escipiones usaron de afabilidad y dulzura porque eran mejores que la mayor parte de sus sucesores, y sobre todo porque así lo exigia la política del momento. En efecto, llegados los primeros á un país que no conocian, ignorantes de las disposiciones de los habitantes, celosos del poderío de los Cartagineses, á quienes querian expulsar del territorio español, y deseosos de establecer en él la dominacion romana, su conducta fué dictada por la necesidad de las circunstancias. Es cierto que en un principio hicieron apreciar la alianza de Roma, que se limitaron á inducir á los pueblos á hacer suyas sus contiendas, puesto que no les era dable obligarlos á ello, pero no dejaron de sacar de los pueblos con quienes trataron numerosos auxiliares con que aumentar sus ejércitos primero y con que mantenerlos luego, ahorrando así el dinero y la sangre romana á expensas de sus nuevos aliados. El jóven Escipion mostró sí gran bondad en sus primeras relaciones con los Españoles, y pareció no proponerse mas objeto que granjearse su afecto; mas luego que hubo tomado á Cartagena, que, como hemos visto, reunió por primera vez una especie de asamblea nacional, declaró ser necesarios grandes refuerzos para continuar la guerra, y obtuvo en efecto dinero, tropas y víveres en abundancia. Desde aquel momento pudieron ya conocer los Españoles no haber logrado mas que cambiar de dominadores, y era evidente que los Romanos solo los habian auxiliado contra sus conquistadores para conquistarlos á su vez. Vencida Cartago con el auxilio y la cooperacion de los Españoles, aprovecharon los Romanos la posicion que en la lucha habian adquirido para sustituir su yugo al de los Cartagineses; y al quedar solos en España no tardaron en manifestarse tales como eran

por su constitucion política. Roma mostró como siempre su inmensa é insaciable necesidad de atraer á sí, de hacer suya la sustancia de los pueblos, de absorver en cierto modo cuerpos y haberes, y de ahí la lucha de dos siglos que siguió á la expulsion de los Cartagineses, lucha que hemos referido por completo con los detalles mas interesantes y generales de sus vicisitudes. En vano algunos hombres quisieron en Roma dotar á España de un gobierno regular; el senado apoyó y sostuvo constantemente con su autoridad omnipotente el desastroso sistema de los jefes militares. Limitóse á dar algunos decretos de utilidad aparente, como por ejemplo el que dividió á la Península en citerior y ulterior; y dejó que las cosas siguiesen su curso, celebrando quizás el estado de inseguridad en que permanecia su conquista, en cuanto así podia servir de pábulo á la actividad de los espíritus turbulentos al mismo tiempo que se extraian de ella á manos llenas el oro, la plata y las demás riquezas naturales que abundaban en su suelo.

Viriato y Sertorio, los dos únicos hombres que concibieron en aquel largo espacio de tiempo el proyecto de constituir un solo cuerpo con todas las naciones hispanas y de establecer en España un gobierno comun y regular, hubieron de procurar ante todo la emancipacion del país. Ambos perecieron en medio de su empresa, y por elevadas que fuesen sus nobles inspiraciones, no podian, antes de asegurar la independencia del territorio, trabajar en su obra con la energía y entereza que habria requerido.

Así, pues, España llegó á la época de Augusto chorreando sangre, por decirlo así, y cubierta de cicatrices en los miembros donde no podia enseñar heridas; y el mismo Augusto, obedeciendo al genio guerrero de la república, causóle la última lesion que habia de recibir de parte de Roma, antes de prodigarle los cuidados que sus miserias y dolores exigian. Acabamos de ver la modificacion esencial que introdujo Augusto en el gobierno del país, y veremos luego que el yugo de la metrópoli fué para España mas suave durante su reinado. El nuevo emperador extendió el mismo sistema á todas las provincias subyugadas, y fuerza es hacer justicia proclamándolo así al hombre que constituyó de un modo definitivo la unidad del mundo romano. Poco importa que realizase el bien por política, por amor al reposo, á las artes, á cuanto embellece la vida, por cansancio de la guerra; la verdad no puede desconocerse, y es indisputable la utilidad que reportó el linaje humano de la reunion en un inmenso cuerpo de los elementos todos de la civilizacion romana, á los cuales hizo Augusto presidir mas que la fuerza la inteligencia, dando así el primer ejemplo de la unidad social, civil y política que constituye la gloria y la fuerza de las naciones modernas.

Al examinar con atencion la marcha de los acontecimientos, es imposible no admirar la ley que los domina, ley singular, ley suprema, ley sabia, si la consideramos en sus excelentes resultados; ley injusta bajo el punto de vista puramente humano, por ir unida fatalmente á ella la necesidad del mal. Tal es, buen Dios, la ley que habeis impuesto al ser inmenso y múltiple que se llama humanidad. Cada progreso comprado á costa de un dolor, cada gloria por una angustia, cada magnífico resultado nacional y popular nacido de mil calamidades: el mundo romano constituido por Augusto, y destruido despues por los bárbaros, ó por mejor decir constituido y destruido por vos, por vuestra voluntad suprema, con una misma idea progresiva, á pesar de las apariencias, de los crí-

menes y de las divisiones de todas las épocas; la humanidad saliendo de sus desastres siempre mas bella, mas jóven, pero en todo, así en lo particular como en lo general, el triste é impenetrable misterio que lleva á veces la blasfemia á los labios del hombre, la necesidad, la fatalidad del mal!

Antes de Augusto, la Península solo habia tenido un gobierno militar, con cuanto lleva por necesidad consigo de arbitrario y de despótico, ó mejor, no habia tenido otro gobierno que la voluntad y los caprichos de los hombres que la conquista le imponia. La administracion se ejercia en ella á exclusivo beneficio de los vencedores, y á pesar de algunos decretos del senado que quedaron sin ejecucion, las ciudades españolas jamás pudieron tomar una parte directa, activa y eficaz en la administracion pública; hasta los magistrados españoles de las ciudades de primer órden, á los cuales se habian conferido ciertas prerogativas en virtud de los decretos senatorios de que acabamos de hacer mencion, como por ejemplo la de acusar á los robadores de las propiedades y de los caudales públicos, hallábanse en una constante imposibilidad de practicar su derecho, contenidos como estaban por la continua presencia de déspotas armados, dispuestos á apoyar con la fuerza la injusticia. Como de ordinario sucede, el hecho hacia ilusorio el derecho, y de esta lucha entre el hecho y el derecho nacian las incesantes insurrecciones que hemos descrito. Esta será, á nuestro modo de ver, la marcha inevitable de las cosas hasta que en todo y por todo quede, si es esto posible en la tierra, el derecho traducido en hecho; hasta que pueda hacerse oir, intervenir en las discusiones y en los debates de toda clase, y no haya de recurrir á la fuerza contra la fuerza; en una palabra, hasta que esté en las costumbres, en la práctica social lo mismo que en las leyes. Solo entonces podrán resolverse pacíficamente por medio de la libre discusion las dificultades de las sociedades humanas, que, segun el sistema del tiempo pasado y del moderno, únicamente se resuelven por medio del fuego y del hierro.

Las rentas públicas consistian en tributos, y una ley del senado concedia á las ciudades el derecho de fijar por sí mismas no solo las cuotas, sino tambien la naturaleza del tributo, su manera de recaudacion, etc., de cuyo derecho existen muchos é históricos testimonios. Los tributos eran pagados en productos naturales, y los historiadores originales mencionan los cereales llevados á los almacenes romanos, en proporciones tan considerables á veces que sirvieron para alimentar á toda Italia. Se ha calculado, sin que semejante cálculo se apoye en autoridad alguna, que la proporcion del tributo era de cinco por ciento en tiempo de paz; pero en épocas de guerra, los generales romanos eran señores absolutos y obraban como tales, exigiendo y apoderándose de cuanto les convenia. Esto nos suministra una nueva prueba de que la guerra fué el estado normal de Roma desde su fundacion, así en tiempo de los reyes como de la república, hasta la elevacion de Augusto, la condicion *sine quá non* de su existencia. La guerra favorecia á la vez las dos pasiones dominantes del senado y del pueblo romano, la ambicion y la codicia; dábase asi campo á los ánimos turbulentos y á las pasiones rapaces (1).

---

(1) Hemos dicho que los Romanos consideraban á España como una fuente inagotable de riqueza, y esto se fundaba en la inmensa cantidad de oro y plata que de ella sacaban sus genera-

Tres religiones se practicaban en la Península cuando los Romanos llevaron á ella sus armas, la de los Fenicios, la de los Griegos y la de los Cartagineses. El antiguo culto del país ha quedado oculto á toda clase de investigaciones por falta de monumentos.

Ninguna de las tres religiones subsistió sin mezcla despues de la invasion romana, y Roma no solo transportó á España sus divinidades, sino tambien sus instituciones religiosas. La Península, como la Italia y las Galias, no tardó en tener sus pontífices, sus flámines, sus sacerdotes y sus augures, encargados de celebrar las fiestas sagradas, los festines, los juegos y de sacrificar á los dioses hispano-romanos, segun los ritos de Roma. Sin embargo, la ciudad conquistadora admitió, segun costumbre, en su vasto Panteon á varios de los dioses que halló establecidos en las provincias conquistadas, considerados como de orígen fenicio ó cartaginés, aun cuando algunos tengan una fisonomía celta mas bien que siria; todos ellos recibieron, junto con las divinidades de Roma, los homenajes de los Romanos y de los Españoles (1), y aunque atestiguan el hecho varias inscripciones, ninguna lo hace tan explícitamente como la siguiente que tomamos de Masdeu:

Deo vexillor.
Martis socio
Baudvæ.

Excepto estos restos del antiguo culto indígena, todo lo demás fué introducido en España por los Romanos. En los monumentos, en las medallas y en las monedas antiguas del país, aparecen sucesivamente los dioses todos de Grecia y de Roma; la cabeza de Apolo, acompañada del arco y de las flechas, y á veces de la lira, su poético atributo; el caduceo rodeado de serpientes, los alados talones de Mercurio, el cuerno de la abundancia y algunos otros símbolos de importacion romana, figuran con frecuencia en las monedas de Asido, de Carteya y de Obulcon. Las efigies de Baco, de Castor y Polux, la cabeza de Cibeles con la corona mural, el delfin consagrado á Apolo y á Neptuno, la media luna de Diana, los genios no alados, invencion etrusca y latina, el Júpiter capitolino, el Júpiter hospitalario, *guardian y vencedor*; Juno con sus pavos reales, y sobre todo Hércules con atributos en cierto modo españoles, ya hendiendo los peñascos del estrecho, ya acompañado de los bueyes de Gerion, se encuentran en gran número de medallas. La loba de Rómulo y Remo se halla, aunque rara vez, en las monedas de Italica; las divinidades campestres, Pan, Silvano, Sileno, en una palabra, la teogonía toda de aquellos antiguos tiempos gozaba de gran consideracion entre los Españoles. Tales creencias se robustecieron en tiempo de Augusto, y España entera prefesó la religion de sus vencedores.

---

les. España era entonces para Roma, lo que para España fué despues América. De los tesoros salidos del país pasaba al tesoro público la menor parte, y segun hemos visto, las exacciones, ó por mejor decir, los robos cometidos en España por Galba, Craso, Lúculo y otros, exceden á toda proporcion moderna, sirviéndoles aquel oro no solo para pagar sus triunfos, sus consulados, sus poderes y sus privilegios, sino tambien para ser contados en primer lugar entre los mas ricos ciudadanos de Italia.

(1) Los nombres de estos dioses eran: 1.° Rauveana; 2.° Baudiar ó Baudua; 3.° Barieco ó Baraeco 4.° Navi ó Nabi; 5.° Iduorio; 6.° Sutonio; 7.° Viaco; 8.° Ipsisto; 9.° Dii lugores; 10.° Togotis, ó Toxotis 11.° Solambon: 12.° Neton, Neci ó Netau; 13.° Endovelico.

Las costumbres de los Españoles, en la parte de la nacion frecuentada hacia mucho tiempo por los Romanos, eran en aquella época, como antes de ahora hemos dicho, casi del todo conformes con las de la metrópoli. La aficion á las letras, muy general ya en tiempo de Sertorio, aumentó luego mas y mas, y Augusto la fomentó en España como hacia en Roma. El idioma latino hízose familiar á los Españoles, y era comprendido aun por aquellos entre los cuales no era todavía la lengua usual y vulgar. La adopcion del latin en casi toda la Península empezó en tiempo de Sertorio, y aun antes de este la mayor parte de pronombres hispanos eran latinos ó de terminacion latina, habiendo sufrido tambien los nombres patronímicos algunas modificaciones en sus sílabas finales. Entre los Cayos, los Lucios, los Publios, los Titos, los Cornelios, los Vibios, los Didios, los Metelos, los Lararios, los Balbos, etc., apenas aparecian de vez en cuando en las provincias meridionales algunos nombres de orígen cartaginés ó griego, tales como Abelox, Andubal, Colcas, y otros semejantes; y no solo las medallas, sino tambien las inscripciones de familia eran en aquel entonces en latin. Esta lengua era en la época de Augusto la generalmente usada en la Península excepto entre los Cántabros, los Asturos, los Vascones y otros pueblos del Norte, y el nuevo emperador nada omitió para hacer tal costumbre mas general aun. Abrió escuelas públicas en las principales ciudades, dispuso que las letras latinas fuesen el principal objeto de los estudios, mandó tambien que se enseñaran las griegas, y entonces fué cuando empezaron á formarse en las escuelas de su propio país algunos de aquellos hombres que habian de honrar mas tarde la literatura romana.

El estudio de las ciencias naturales, de las matemáticas y de la filosofía no quedó rezagado en el notable movimiento intelectual que se manifestó entonces en España; las artes mecánicas, y en especial la fabricacion de armas, de ciertas telas, de lana sobre todo, eran ejercidas con suma inteligencia; las obras de aquel tiempo que hasta nosotros han llegado, son preciosas no solo como monumentos de la industria nacional de la época, sino tambien por lo esquisito del trabajo. Las medallas del mismo tiempo revelan que el arte del dibujo estaba muy adelantado en España; la mayor parte de ellas, acuñadas entonces en las principales ciudades del país por operarios españoles, son de una regularidad y de una elegancia de forma muy notables, y sus tipos y caracteres están á veces expresados con tanto atrevimiento como correccion; véanse sino las de Asta, de Arva, de Asido, de Acinipo, de Calaguris, de Carmona, de Carisa, de Carteya, de Caura, de Empories, de Gades, de Ilipense, de Ilurco, de Ituci, de Obulcon, de Oset, de Sacilis, de Sœtabis, de Sagunto, de Segobriga, de Urso, etc., ciudades todas que nos han dejado monumentos de esta clase (1). Los caballos en particular, los bueyes y otros animales están en ellas representados con exactitud y con una precision de dibujo poco comun entre los monetarios de la antigüedad. Es, pues, incontestable que el dibujo propiamente dicho era en aquella época cultivado en España con tan buenos resultados á lo menos como en la misma Roma.

Mas difícil nos es figurarnos lo que podian ser en España la pintura y la es-

(1) Flores, Medallas etc., l. I y II.

cultura en la época de que venimos hablando. Ningun monumento de ambas artes ha llegado hasta nosotros, y solo se han conservado algunos excasos bajo relieves en los cuales se observan muchos rasgos felices del arte de escultura. Sin embargo, su fecha exacta es desconocida, y algunos hay que parecen ser mucho mas antiguos que Augusto; no es seguro, empero, que sean obra de artistas españoles, y por lo tanto es imposible considerarlos como monumentos artísticos de la nacion.

La influencia de Augusto en España fué enteramente civil y social, de modo es que la historia tiene que referir de su reinado muy pocos hechos dramáticos. Todo él se pasó en mejoras interiores, en estudios, en preparaciones, si bien cuenta Dion Casio (1) que en aquella época cierto Caracota ó Corocota recorria el país al frente de una cuadrilla de bandidos ó malhechores, penetrando á veces hasta en las ciudades. Corocota era un verdadero-héroe de camino real, famoso por la audacia de sus empresas, en muchas de las cuales demostró gran valor y presencia de ánimo. Los hechos del foragido llegaron á noticia de Augusto, quien puso precio á su cabeza, y al verse objeto de activas persecuciones, y realmente en peligro, asaltó á Corocota la singular y arriesgada idea de conocer personalmente al emperador. Fué á Roma, y admitido á presencia de Augusto, declaró con franqueza quien era, rogóle que le permitiese vivir en adelante como hombre honrado y reclamó además el premio prometido á quien le presentase muerto ó vivo. El emperador no pudo ver sin conmoverse la originalidad de Corocota, nombre verdaderamente español, ni su gallardo continente, y concediòle lo que de tan lejos y con tal desenvoltura habia ido á solicitar de él. Corocota recibió el precio que al ser entregado á otras manos que á las suyas habria sido la señal de su suplicio, y segun todas las apariencias, si bien la historia no lo expresa, llevó en adelante vida de hombre honrado.

Vemos, pues, que Augusto se habia hecho muy filósofo desde que era emperador, señor y dueño. Cuéntase que al serle denunciado un habitante de Córdoba por haber hablado mal de su persona, contestó al delator que habria tenido gran placer en vengarse por medio de una buena sátira de aquel á quien denunciaba á creerle en realidad culpable, pero que jamás prestaba fe á las palabras de delatores.

1 de J. C. 753 de Roma. Durante el reinado de Augusto, en el año 753 de Roma, ocurrió el acontecimiento mas grande que han presenciado los siglos. Llegó el tiempo tan anhelado por nuestros antepasados, nació el Mesías, Dios descendió á la tierra y se hizo hombre.

Augusto, señor del mundo, quiso saber cuantos hombres tenia sometidos á su autoridad, y mandó hacer un empadronamiento general en todo el imperio. Verificábase esta operacion en la Palestina como provincia tributaria de Roma, y entonces fué cuando al ir María, esposa de José, artesano de Galilea, á inscribir su nombre en Belen, nació en un humilde establo el Salvador de los hombres, Jesucristo. Cumpliéronse los tiempos anunciados por los profetas, nació el gran regenerador de la humanidad, el que la habia de colocar en el verdadero camino de la civilizacion, el que habia de darle la verda-

(1) Dion Casio, l. LVI.

dera libertad. Este suceso ocurria sin embargo en un rincon de Judea, y aunque habia de cambiar la condicion moral del universo, apenas los hombres lo supieron (1).

Augusto murió en Nola el dia 19 del mes que llevaba su nombre y que nosotros llamamos por corrupcion agosto, del año 767 de Roma. De él se dijo que nunca habria debido nacer, y que nunca habria debido morir. Dos eras ó cómputos cronológicos empezaron á usarse durante su reinado: la vulgar y la española. Esta fundada en el décimo quinto año del octavo siglo de Roma, se conservó en España aun mucho despues de la adopcion de la era de Jesucristo, á saber; en Cataluña hasta 1180; en Aragon hasta 1358; en Castilla hasta 1383, y en Portugal hasta 1415. 14 de J. C. 767 de Roma.

El entusiasmo de los Españoles por el emperador Augusto, entusiasmo que se manifestó con gran ardor durante todo el tiempo de su reinado, se explica por la feliz transformacion que se obró en su estado social y político, resultado del sistema introducido y seguido por el mismo en el gobierno del imperio. Este entusiasmo llegó hasta tributarle honores casi divinos, y erigiéronsele templos y altares. En Sevilla consagróse un monumento á su esposa Livia, á la que se llamó *generatrix orbis*, madre de todos los pueblos del mundo, cuyo padre era Augusto. El mismo emperador hubo de poner límites al excesivo celo con que los Españoles le manifestaban su afecto, pues por sincero que este fuese, asemejábase harto á la adulacion, para no ofender el buen gusto que presidia en todas sus cosas.

A unos diputados que le enviaron los Tarraconenses solo para anunciarle haber salido una palma de un altar erigido en honor suyo, contestóles francamente: «Esto prueba que no ofreceis frecuentes sacrificios.»

Véase, pues, cuanta exageracion habia en el modo como los Españoles manifestaban su gratitud á Augusto; pero téngase en cuenta que, segun hemos dicho, esta misma exageracion no carecia de excusa. Tratados antes como esclavos, con un rigor y orgullo insoportables, los Españoles sentianse poseidos de un agradecimiento real hácia el hombre que despojara á la conquista de sus atributos de terror y de arbitrariedad, que introdujera la justicia en la administracion de su país y que solo sacaba riquezas de España por medio de tributos en cierto modo consentidos. Al ver á las provincias expuestas á la rapacidad de los gobernadores, habia prohibido á estos, desde los primeros años que ejerciera el poder, exigir subsidio alguno al terminar sus funciones, permitiéndoles únicamente aceptar un don de parte de las provincias reconocidas á sus servicios, y esto setenta dias despues de haber salido de las mismas. La recaudacion de los tributos y las levas militares quedaron siendo casi los únicos objetos de que cuidaban los gobernadores y procónsules, y las ciudades se administraron por sí mismas. Cada poblacion, dividida en tres clases, los patricios,

---

(1) No todos los sistemas cronológicos hacen empezar la era cristiana en el año 753 de Roma; sino que varian de 749 á 754; pero Lecaze, en su atlas que se ha hecho clásico y que forma autoridad en estas materias, y todos los cronólogos modernos han adoptado la fecha antes referida. No es de este lugar exponer los motivos que abogan en pro de tal opinion, y únicamente diremos que hemos examinado y pesado estos motivos con detencion y que nuestro exámen nos ha convencido ser ella la sola base cronológica que se armoniza con los testos.

los ciudadanos y los artesanos, nombraba un consejo en el que residia el poder local; y fueron tan profundas las huellas que dejó aquel régimen municipal, que á pesar de los trastornos que han agitado al mundo, se encuentran en varios puntos aun en nuestros dias, con el evidente carácter de sù orígen.

A consecuencia del cambio obrado por Augusto en el gobierno político del país, la agricultura y la industria tomaron considerable vuelo, y otro tanto ha de decirse del comercio. Los Españoles exportaban con ventaja á Roma los productos de su rico suelo, y los buques españoles hacian la mayor parte del comercio del Mediterráneo. En aquella época todas las provincias españolas trabajaban para Roma, y esta hízose el centro de un movimiento mercantil é industrial de que no se ha hablado jamás en la historia del gran pueblo con la importancia que merece. En adelante todo el comercio de las costas de España se hará con Roma; todos los productos naturales ó manufacturados del país encontrarán allí un mercado, y sus riquezas aumentarán á proporcion; Roma recibirá de la Península aceite, carne y pesca salada; no adquirirá vestidos en Tarragona como poco antes de Augusto (1), pero comprará lana para sus fábricas de Italia, y será esta lana tan apreciada que se dará un talento (2) (20,140 rs.) por un carnero de España. Por todas partes se elevarán en la Península fábricas, talleres y factorías, y Estrabon y Plinio nos hablarán de las fábricas de telas establecidas cerca de las poblaciones Salacias, de las de Setabis y Zoela, famosas por la excelencia de sus productos. En las cercanías de Tarragona hacíanse tejidos de extremada finura; con ellos se vestian los Romanos mas opulentos, y eran uno de los géneros mas estimados de la antigüedad; llamábanse *carbasus*, y su elevado precio se debia no solo á su finura, sino á la consistencia y viveza de los colores con que eran teñidos. Estrabon refiere que Augusto ordenó la abertura de muchos caminos, y el mismo historiador habla del gran número de canales que facilitaban el comercio entre las ciudades y los pueblos españoles, llevando las riquezas naturales desde el interior del país hasta la desembocadura de los rios.

Tales fueron los beneficios positivos que hicieron á Augusto tan querido en España, y en ellos ha de buscarse la causa de los elogios y homenajes que se le tributaron.

---

(1) Estos vestidos se enviaban á Roma antes de la época en que escribió Estrabon. Consérvase en Córdoba el epitafio de un mercader de tales vestidos. Otra inscripcion conservada en Tarragona habla del colegio de los *centonarii*, que formaban el gremio de los sastres, de modo que en aquella época existian ya ciertas corporaciones de artesanos.

(2) Véase el cap. I. p. 13.

CAPÍTULO VIII.

España bajo los diez primeros sucesores de Augusto.—Reinado de Tiberio.—Condena de Vibio Sereno, pretor de la Bética.—Asesinato de Pison.—Odio de Tiberio hácia los Españoles.—Persecuciones.—Reinado de Calígula.—Reinado de Claudio.—Primeras predicaciones del cristianismo en España.—Reinado de Neron.—Galba es proclamado emperador en España.—Reinado de Othon.—Reinado de Vitelio.—Entronizacion de Vespasiano.—Reinado de Tito y de Domiciano.

Desde el año 14 hasta el 96 de nuestra era.

Augusto dejó al morir la corona imperial á Tiberio que no se mostró en un principio tal como fué despues; su fingida suavidad y moderacion hicieron esperar que continuaria el pacífico reinado de Augusto, y los Españoles siguieron entregados al cultivo de las artes y las letras, al comercio y á la navegacion, é hicieron nuevos progresos en los diferentes ramos de la actividad humana. Sin embargo, no tardó Tiberio en abandonarse á sus malos instintos y en poblar con hechuras suyas los gobiernos de las provincias. Llegado el octavo año de su elevacion, nombróse por recomendacion suya á cierto Vibio Sereno prefecto de la Bética, provincia que, como hemos dicho, dependia del senado, y confió á Lucio Pison el gobierno de la Tarraconense, dos hombres que, émulos de su señor, llevaron á España el mismo espíritu de despotismo y de desórden que tantos trastornos causaba en Italia. La insurreccion pareció á los pueblos españoles el único medio de poner freno á las tiranías y violencias que sobre ellos ejercian los dos prefectos, y recurrieron á ella. La sublevacion fué general, pero no tuvo igual carácter que las anteriores; no se peleaba ya por la independencia nacional, sino por los derechos que los gobernadores violaban, por las libertades reconocidas del municipio. Esto no obstante, el movimiento no dejó de parecer muy grave al senado, y apenas estuvo instruido de la realidad de las quejas, y por consiguiente de las justas causas que habian motivado el levantamiento, se apresuró á reemplazar á Vibio Sereno. Junio Bleso, procónsul de Africa, pasó á España con algunas tropas encargado empero de parlamentar y calmar las turbulencias antes de sofocarlas á la fuerza; y en efecto, Bleso, á quien animaba un recto espíritu de justicia, depuso á Sereno de su cargo. Este acto produjo un efecto inmediato; desde el momento en que los iusurrectos vieron la posibilidad de acusar á Sereno ante el senado, diéronse por satisfechos y depusieron las armas. El gobernador de la Tarraconense, mas culpable quizás, pero sostenido por el crédito del emperador, no fué despojado por este del cargo de que abusara por lo menos tanto como su cólega de la Bética, y desoidos los clamores populares, Pison fué cierto dia atacado por un campesino de Termes, Castilla la Vieja, que le derribó casi sin vida á sus piés. El asesino fué preso y

22 de J. C. 775 de Roma.

aplicado al tormento para que descubriera á sus cómplices, pero sin perder su energía manifestó no tener otros que los mismos actos de Pison. La prodigiosa entereza de aquel hombre causó tal sensacion, que los historiadores todos sin excepcion la han mencionado. El rústico enderezador de tuertos tuvo la suerte de no perecer en manos de los sicarios de Pison, y aprovechando un momento en que sus guardias se habian apartado de él, corrió á abrir su cabeza contra la pared.

Los habitantes de la Bética presentaron al senado sus quejas contra Vibio Sereno, y ¡cosa rara! obtuvieron justicia; despues de un detenido exámen (y en verdad era preciso que los agravios fuesen bien patentes para motivar semejante sentencia por parte de aquella asamblea), el ex-prefecto fué condenado á destierro, señalándole por residencia una de las islas del mar Egeo.

Tiberio era muy indulgente para con los vicios y delitos imputados á los gobernadores de su eleccion, y mas que su aprobacion merecian su simpatía las dilapidaciones y violencias que ejercian sobre los pueblos. Esto explica como consideró como una afrenta personal el ultraje hecho á Pison, representante del poder imperial, y como concibió tan gran odio contra los Españoles, que la tiranía del emperador, que hasta entonces no habia pesado de un modo directo sobre la Península, la trató desde aquel momento con igual rigor que á Roma, que á Italia, que al resto del imperio. Como si los Españoles fuesen enemigos, decretó sin cesar confiscaciones y aumentos de tributos; despojó á los ricos de sus bienes bajo los mas frívolos pretextos, disputó á los hijos la herencia de sus padres, favoreció la delacion, en una palabra, hizo experimentar á España los furores que hasta entonces solo supiera de oidas. Su odio contra los Españoles halló ocasion de manifestarse en la misma Roma: desterró al hermano de Séneca, y exigió de un rico Español, llamado Sexto Mario, que le entregase parte de sus riquezas y además su hija que era de extremada belleza. Resuelto Mario á morir antes que consentir en tan infame demanda, disponíase á la fuga, cuando acusado de incesto fué detenido y precipitado junto con su hija desde lo alto de la roca Tarpeya. Los bienes de Mario fueron confiscados y vendidos en almoneda, y Tiberio se apropió las oficinas llamadas por Tácito *aurariæ*, que algunos han creido ser minas, pero que á no dudar no eran mas que una casa de banco. El Español Sexto Mario fué, segun todas las apariencias, un banquero, el primero quizás que se viera en Italia.

A estos excasos hechos se limita cuanto se encuentra en los historiadores de aquel reinado respecto al país objeto especial de nuestra obra. Los reinados siguientes no ofrecen tampoco grandes acaecimientos dignos de la historia, y casi únicamente nos tocará referir la providencial decadencia del imperio romano en sus relaciones con la Península. Sin embargo el cetro imperial está firme todavía en las manos de los emperadores, el poder religioso no parece aun haber de abandonar á los pontífices y sacerdotes; pero la palabra de Cristo ha resonado ya en Oriente, han nacido ya los apóstoles y los mártires; los bárbaros hablan ya entre sí de Roma y del imperio, y sueñan quizás en su conquista. Esta época llegará, mas antes habrán sucedido muchas cosas en el mundo, se habrán sufrido inmensos quebrantos, y allí donde Dios ha sembrado los elementos de grandes naciones, los habremos visto condensarse mas y mas en medio de las tempestades, unirse mas fuertemente bajo la influencia de acaecimientos que

parecian haber de dispersarlos por todos lados, y formar por fin unidades sociales que se llamaran Francia, Inglaterra, Alemania y España.

Sin embargo, nuestra mision es seguir al pueblo á que hemos consagrado nuestras vigilias, en todas las fases de su existencia, en sus vicisitudes de todas épocas; hablar de él lo mismo cuando aparece á nuestros ojos brillante y glorioso, que cuando se encuentra como eclipsado y, por decirlo así, dormido á la sombra de sus Pirineos; así al lanzarse á los combates, como al entregarse á los trabajos de la paz, pues hemos contraido el compromiso de decir cuanto de él se refiere, de hacernos eco hasta de los menores detalles relativos á él mismo. Esto no obstante nos detendremos poco en los siguientes emperadores, y solo diremos lo que consideremos necesario para la inteligencia de todos los períodos de la presente historia.

En el año décimo nono del reinado de Tiberio, ocurrió en Judea un suceso que pertenece á todas las historias. Jesus, hijo de María, sufrió la muerte en el Calvario. 33 de J. C. 786 de Roma.

«Jesus, clavado en la cruz, dijo: Tengo sed.

»Habia allí un vaso lleno de vinagre, y los soldados empapando en él una esponja colocada al rededor de un hisopo, se la aplicaron á los labios.

»Luego que Jesus tomó el vinagre, dijo: Consumado está. É inclinando la cabeza, dió el espíritu.»

«Despues de haber predicado el Evangelio, dice el vizconde de Chateaubriand en sus *Estudios Históricos*, Jesucristo deja su cruz en la tierra, como monumento de la civilizacion moderna. Del pié de la cruz, plantada en Jerusalen, marchan doce legisladores, pobres, desnudos, con un baston en la mano, para enseñar á los pueblos y renovar la faz de las naciones.»

Tiberio murió sin gloria, y dejó la púrpura á un tirano peor aun, á Calígula, quien se entregó con mayor furor todavía á los instintos de su brutal y feroz naturaleza, abandonando la España á los subalternos déspotas que la gobernaban en su nombre. En ella dejáronse sentir, aunque sin circunstancias particulares, los efectos de las saturnales del imperio, y en aquel tiempo empezó la persecucion de un Español ilustre, de Séneca, natural de Córdoba, que habia de ser preceptor de otro tirano no menos odioso. Calígula fué muerto por el tribuno Chereas; algun tiempo antes un Español llamado Emilio Régulo conspiró contra la vida del déspota; pero la conjuracion fué descubierta, y Emilio Régulo condenado á muerte. 37 de J. C. 790 de Roma. 41 de J. C. 794 de Roma.

Claudio, sucesor de Calígula, mereció y obtuvo el sobrenombre de imbécil. El fué quien desterró á Séneca á la isla de Córcega, importunado por la autoridad moral del filósofo. La Bética fué gobernada entonces por Umbonio Silon, y la España citerior por Drusilano Rotundo, liberto de Claudio, quien se presentó con el título de *Dispensador*, nuevamente inventado por el emperador. A lo que parece tomó su título por antífrasis, como dicen los Griegos, y refiérese de él que se llevó de España un plato ó fuente de plata de peso quinientas libras; sus amigos, quienes le auxiliaban sin duda en sus lícitas explotaciones, lleváronse otras ocho que pesaban juntas ochocientas cincuenta libras.

Esto no obstante, Claudio mandó abrir un gran camino en Lusitania, y renovó la ley de Augusto en virtud de la cual los gobernadores, despues de llenar

su mision, habian de pasar en Roma un año sin poder ser investidos de nuevas funciones, á fin de que las provincias tuviesen el tiempo necesario para manifestar los agravios que contra ellos tuviesen. A esta ley, empero, le sucedió lo que á tantas otras, é hiciéronla inútil el poder de los nobles, la retórica de los oradores, las intrigas de los cortesanos, el envilecimiento del senado, el favor del príncipe, y mas que todo la corrupcion de las mismas provincias. Seducida España por estas vanas apariencias, y siguiendo el ejemplo de las provincias galas, erigió estátuas á Claudio, de las cuales, segun Masdeu en su *España Romana*, se ven restos todavía en Andalucía y en Toledo. Ciertos historiadores suponen, aunque sin alegar prueba alguna, que erigieron á Claudio tales monumentos por haber sido él quien introdujo entre los Españoles el uso de la toga, atributo eminentemente romano (1), que si hemos de creer á Séneca, no fué enteramente adoptado en España hasta despues de ocurrida la muerte de aquel emperador.

En aquel período de tiempo brillaron en Roma muchos Españoles ilustres, y entre ellos Pomponio Mela, natural de Melaria y Turanio Gracilis, célebres por su saber y erudicion; segun Mariana, Columela, conocido por sus obras de agronomía, era su contemporáneo. El mismo historiador cita con elogio á Cornelio y á Clodio Tirinio, oradores famosos, de quienes hace Séneca mencion en sus *Declamaciones*, y habla tambien de Porcio Latro, orador de gran elocuencia, al cual se reprendia sin embargo por mostrarse en sus exordios mas vehemente de lo que permitian su edad avanzada, la práctica y los mismos objetos de sus oraciones. Eusebio supone que murió de cuartanas, y otros aseguran que él mismo puso fin á sus dias. Sextilio Ena, mas anciano aun, que al mismo tiempo que siguiera la carrera del foro habia cultivado la poesía, aunque fué mas apreciado que por sus versos por sus discursos forenses, si bien de un estilo á veces desigual y casi siempre hinchado, vivió tambien en aquella época. Despues de un prolongado destierro en Córcega, Séneca fué llamado á Roma por Claudio á instancias de Agripina, madre de Neron, que deseaba encargarle de la educacion de su hijo, que contaba entonces once años. Algun tiempo despues Agripina, que no veia el mo-
54 de J. C. 807 de Roma mento de empuñar las riendas del imperio, hizo pasar á Claudio á la categoría de los dioses.

Mariana, siguiendo el relato de San Isidoro, y una piadosa tradicion no interrumpida por espacio de diez y ocho siglos, atribuye á España la gloria de haber recibido entonces los primeros destellos de la fé cristiana. Santiago el Mayor, dice la tradicion, predicóla en varias regiones de la Península, cumpliéndose asi la profecía de que las palabras de los apóstoles llegarian hasta los confines de la tierra. El *rayo*, el *hijo del trueno*, como le llamaba su divino maestro, derrama el fulgor de la fé en las comarcas de Galicia, donde siete de sus mas esclarecidos discípulos le ayudan á plantar la viña del Señor. Algunos de ellos le acompañan en su regreso á Jerusalen, á donde le llamaba Dios para premiar su celo. Allí re-

(1) Dícese que en los últimos dias de su reinado veia Augusto con sentimiento que los plebeyos abandonasen el uso de la toga. Siempre que encontraba á ciudadanos sin este vestido que consideraba como un símbolo nacional, exclamaba con Virgilio:

...... En inquit,
Romanos rerum dominos, gentemque togatam?
VIRGIL., *Æn.* l. I, 236.

cibe el martirio, y recogiendo sus discípulos el cadáver de su maestro, se embarcan para Galicia su patria, trayendo consigo el sagrado depósito. Dios, dice D. Modesto Lafuente, permitió que el lugar en que se guardaron las cenizas del santo apóstol permaneciera ignorado, para que su prodigioso hallazgo diera, al cabo de ocho siglos, dias de regocijo á la iglesia española y dias de gloria al pueblo cristiano.

El historiador Romey niega esta piadosa y constante tradicion, sin apoyarse en hecho alguno que la desmienta ó la haga imposible; de modo es que opinando nosotros que ha de respetarse y creerse, en cuanto nada en ella se opone á la verdad histórica, no hemos vacilado en continuarla en nuestro relato, mayormente cuando las dificultades de tiempo que algunos alegan quedan desvanecidas, diciendo que desde el año 38 en que se supone la venida de Santiago á la Península, hasta el 42 en que padeció martirio en Jerusalen, tuvo tiempo suficiente para ejercer su apostolado en España y volver á Palestina.

Con el propio objeto de difundir la doctrina evangélica en esta favorecida porcion del globo, España tuvo tambien la honra de ser luego visitada por el apóstol de las gentes, por el apóstol filósofo, san Pablo, que habia logrado hacer discípulos hasta en el palacio de los emperadores. El elocuente apóstol dirige su rumbo hácia las regiones de la Península á que no habia podido llegar la voz del hijo del Zebedeo (créese que desembarcó en Tarragona), y derrama por las comarcas orientales de la Península el conocimiento del cristianismo.

Despues de Claudio, Neron, como si dijéramos de Scyla á Caribdis. Neron, de quien ha dicho Racine que tuvo al nacer las virtudes todas de Augusto al morir, debió sin duda á las lecciones de Séneca las felices cualidades que manifestó al principio de su reinado. Al oirle decir cuando tuvo que firmar la primera sentencia de muerte: *Quisiera no saber escribir*, ¿quién no le tendria por clemente? Cuando al decretarle el senado estátuas de oro y plata, dijo: *Que aguarden á que las merezca* ¿quién no habria elogiado su modestia? Eran entonces sus maestros Afranio Burrho, jefe del pretorio, y el español Séneca, el filósofo, aquel en lo relativo al arte militar, y este en la moral y elocuencia. Habia querido Agripina, madre de Neron, aprovechándose de la corta edad de su hijo, gobernar á su arbitrio el imperio, pero Séneca cortó el pernicioso influjo de aquella mujer ambiciosa, de que murmuraba y se quejaba el pueblo. ¿Cómo no empleó la misma energía para detener á su discípulo cuando le vió despeñarse por la senda de los vicios? El moralista que encontró medio de evitar un incesto entre Neron y su impúdica madre, no le halló para impedir que el emperador expidiera sicarios para que matasen á Agripina, que les dijera: *Abrid el vientre que ha llevado á Neron*, y que se recreara despues en examinar su cadáver y en analizar sus formas; antes escribió al senado justificando el bárbaro parricidio..

No podia ser de otra manera; el contagio de la corrupcion habia alcanzado al mismo Séneca, y sus obras no estaban en armonía con sus escritos. Declamaba contra la adulacion y adulaba al tirano; contra la avaricia y ejercia la usura; contra el lujo y desplegaba en su casa y en su porte un fausto suntuoso. ¡Triste recompensa recibió el filósofo del hombre á quien sirviera! Cansado de él, el emperador le condenó á muerte, suponiéndole cómplice en la conjuracion de Pison; dióle á escoger el género de muerte que mas le gustase: Séneca se abrió las venas,

y acabó con la entereza del estoicismo una vida sobre la que pesaban indisculpables flaquezas. Su sobrino, el poeta Lucano, y Junio Galion, su hermano, todos españoles, tuvieron igual suerte.

Durante aquel tiempo, España no fué teatro de acontecimiento alguno importante, y todo seguia su curso normal. «El imperio marchaba entonces solo y por sí mismo, dice el vizconde de Chateaubriand, montado como habia sido por la esclavitud y la tiranía.» Esto no obstante, España no permaneció tranquila espectadora de las sangrientas torpezas del imperio; Neron fué allí mas odiado quizás que en otra parte alguna, y vamos á presenciar una revolucion que, nacida en aquel pais, habia de destronar al tirano. El gobernador de la España citerior se llamaba Galba y él será el sucesor de Neron. Veamos como se verificó semejante suceso.

67 de J. C. 820 de Roma Neron reinaba hacia trece años, cuando un simple propretor de la Galia leonesa, sin ejército y casi extranjero respecto á Roma, intentó librar al imperio de aquel miserable; llamábase C. Julio Vindex, descendiente de los reyes de Aquitania, un Galo convertido en Romano. Entre los jefes militares, Galba le pareció ser el mas propio para el imperio, y al mismo tiempo que le escribia proponiéndole proclamarle emperador, disponíalo todo para el buen éxito de su empresa. C. Servio Galba, anciano de setenta y dos años, antiguo consular y gobernador de España por séptima vez, no tenia la menor idea de reemplazar á Neron, cuando la proposicion de Vindex le hizo sentir la posibilidad de conseguirlo; sin embargo, ora fuese temor, ora indolencia no se atrevió á declararse y resolvió esperar. Sabedor Neron de lo que sucedia, exclamó: «No podia ocurrir cosa que mas me agradase; necesitaba dinero y no sabia de donde tomarlo; el oro de los Galos y de Galba me sacará de apuros.» El senado declara á Galba rebelde; Icelio, su liberto, es reducido á prision; sus bienes de Roma son confiscados, y obligado el conspirador á optar entre el imperio y la muerte, adopta un partido medio, y hácese proclamar teniente general de la república por una asamblea convocada en Cartagena, mandando vender por derecho de represalias lo que en España pertenecia á Neron. El partido de Galba fué en breve apoyado no solo por los pueblos de la Península, sino tambien por los de la Germania. Cornelio Fusco, en España, declaróse con su colonia á favor del pretendiente, y otros muchos imitaron su ejemplo. En vano los intendentes, los libertos del tirano quisieron oponerse al movimiento, y empeñaron algunos combates; los partidarios de Galba llevaron siempre lo mejor. Galba que se habia apresurado á reunir una legion no hubo de reprimir ningun movimiento hostil, mas no parecia resuelto aun á tomar la ofensiva.

En aquel tiempo mandaba en Lusitania M. Salvio Othon; hijo este de un hombre de genio austero é inflexible, habia en su mocedad soportado con impaciencia los rigores de su padre, y luego que este murió, entregóse sin freno á las pasiones todas de la juventud. Por medio de una liberta á quien habia seducido, introdújose en la corte de Neron, y llegó á ser uno de los favoritos del emperador; pero una intriga en la que Neron le vió con disgusto comprometido, le malquistó con él y fué como desterrado á Lusitania. La empresa de Galba le pareció brindarle con ocasion propicia para vengarse de Neron y volver á Roma bajo los brillantes auspicios de un emperador obra en parte de sus manos, y secundó el movimiento con cuantos medios le fué dable. Puso sus tropas al servicio de Gal-

ba, y como carecia este de dinero, envió á Cartagena su vajilla de oro y plata, que era de considerable valor, para que fuese acuñada.

Casi toda España tomó parte en la elevacion del nuevo emperador, pero esto no impidió que Galba se conmoviese extraordinariamente al saber que Vindex habia sido derrotado por las legiones de Virginio y se habia suicidado llevado por la desesperacion. Fué tan grande su terror que se retiró á Clunia, mal llamada Colonia por Plinio, dispuesto, dice un historiador, á renunciar al imperio y á la vida, si bien no es probable que se hallase sumido en tal desaliento cuando nada de desesperado ofrecia su causa. Sea como fuere, las cosas tomaron mas favorable giro de lo que él mismo seguramente esperaba; supo en Clunia que Neron, cargado con la execracion pública, y perseguido por los pretorianos y los soldados del senado, que le habia declarado depuesto del imperio, habíase dado la muerte en una quinta inmediata á Roma. Esta noticia reanimó el valor de Galba, tanto mas en cuanto supo á un tiempo la muerte de Neron y su propia elevacion al imperio por el senado. Esta revolucion se verificó en el año 68 de la era vulgar y en el 106 de la española, Galba tomó en seguida el nombre de César, y se dirigió á Narbona, donde recibió á los diputados del senado; desde allí marchó á Roma, llevando consigo á los veteranos que habian servido á sus órdenes durante los ocho años de su mando en España.

68 de J. C.
821 de Roma.

Es posible que bajo el reinado de Neron viajase por España Apolonio de Tyana, segun indica Mariana. Apolonio que se habia dirigido á la capital del mundo para ver, decia, qué clase de animal era un tirano (1), habia debido partir de allí á toda prisa para no experimentarlo á sus expensas, y pudo muy bien hacer una escursion á la Península. Apolonio de Tyana no era un mago como pretende Mariana, sino un hombre de talento, amante de estudios y viajes, un filósofo y nada mas. Las ciencias naturales atraian tambien su atencion, y segun él mismo nos dice en su ingeniosa apología, fué en efecto acusado de magia por haber disecado un pescado.

Mariana refiere en este lugar algunas tradiciones cristianas, atribuye á aquella época la existencia de una iglesia, de una gerarquía sacerdotal, y de prácticas religiosas que, si no se conocian entonces, lo que es dudoso, no tardaron en hacer en la Península numerosos prosélitos. Consta sí que España se mostraba muy afecta al antiguo culto, y celebraba el rigor con que eran perseguidos los cristianos.

La verdad de este hecho está demostrada por una curiosa inscripcion, monumento harto notable para que no encuentre aquí un lugar; dice así:

NERONI. CL.
CAES. AUG. PONT. MAX.
OB. PROVINC. LATRONIB.
ET. HIS. QVI. NOVAM.
GENERI. HUM.
SUPERSTITION. INCULCAB.
PURGATAM.

(1) Filost., in Vit. Apol. Tyan.

«A Claudio Neron, César Augusto, pontífice máximo, por haber librado á las provincias de los malhechores que las infestaban y de aquellos que pretendian inducir al género humano á la nueva supersticion.»

Estas palabras se han considerado por la generalidad de escritores como una prueba de que ya en tiempo de Neron se hallaba establecida en España la iglesia cristiana, y habia sufrido por la fé; pero otros advierten que no expresan de un modo explícito que en aquella época hubiese habido mártires en España. Lo probable es, dicen, que se referian á los primeros suplicios ordenados en Roma contra los cristianos.

Galba no estaba exento de vicios; en su gobierno de la España Tarraconense se habia portado con acierto, pero con extremado rigor y hasta con crueldad, que fué luego reemplazada por una gran indolencia, acostumbrando decir á los que por ella le reconvenian, que nadie podia ser acusado por lo que no habia hecho. Esto no obstante, habia reprobado altamente las violencias mandadas por el emperador, y negádose á prestarse á ellas en la provincia de su mando. Era, en una palabra, uno de aquellos hombres de quien dice Voltaire que brillan en segundo término y se eclipsan en el primero (1). Despues de su elevacion, no solo no realizó cosa alguna grande, sino que pareció desvanecerse; abandonóse ciegamente á los consejos de Vinio, y se manchó con muchas crueldades, que, desde su entrada en Roma, empezaron á enagenarle los ánimos de todos. Mandó tratar con implacable rigor al mismo país donde adquiriera cierta reputacion y que le habia elevado al imperio; despojó de parte de su territorio á las ciudades que en España y en las Galias no habian abrazado su causa cuando él mismo dudaba de su fortuna, ó que mostraron cierta oposicion en reconocerle por emperador antes de la decision del senado, y las gravó con exorbitantes tributos; dispuso que fuesen destruidas sus fortificaciones, condenó á muerte á los que se declararon contra él al iniciarse el movimiento, y desplegó en fin así en Roma como en el resto del imperio un espíritu de crueldad irresistible á ser menos reciente el recuerdo de Neron. Por tirano que Galba se mostrase, sus actos eran muy poca cosa comparados con las asquerosas barbaridades de su predecesor; sin embargo, Roma no quiso tolerarlos, y solo habian transcurrido siete meses desde su entrada en la capital del imperio cuando fué asesinado. Así pues, España no recogió fruto alguno del generoso ardor con que combatió á Neron, y no reportó otra satisfaccion que la de haber contribuido en mucho á librar al mundo de un tirano cuyo nombre reune cuanto tienen de mas detestable y vergonzoso la infamia y la ferocidad. Dícese que entre el séquito de Galba llegó por primera vez á Roma el autor de las Instituciones oratorias, Quintiliano, cuyo nombre es clásico, y cuya patria era Calaguris, hoy Calahorra.

69 de J. C.
822 de Roma.

España cifraba grandes esperanzas en el sucesor que el ejército dió á Galba. Othon habia manifestado en su gobierno de Lusitania un carácter débil y caprichoso, pero generoso y franco; y en efecto, durante un reinado que no pasó de noventa y cinco dias hizo mas por los Españoles de lo que hiciera Galba

(1) Pareció ser superior á un hombre privado, dice Tácito, hasta el momento en que dejó de serlo, y todos le habrian creido digno del imperio si jamás hubiese llegado hasta él. «Major privato visus dum privatus fuit, et omnium consensu capax imperii, nisi imperasset.»

en siete meses. Facilitó y protegió su comercio exterior, y dotó á la Bética, en cierto modo á título de colonias, de las costas mediterráneas del Africa, que tomaron el nombre de España Tingitana, *Hispania Tingitana,* y que fueron colocadas bajo la jurisdiccion de la isla de Cadiz, acto cuya importancia para España no ha sido, á nuestro modo de ver, apreciada como debia serlo. Las costas de aquella parte de Africa se hallaban entonces muy pobladas y en próspero estado, y las dos Mauritanias eran dos provincias ricas é importantes.

El ejemplo dado por las legiones de España habia cambiado la constitucion política del imperio, que se habia convertido en electivo por el ejército; los soldados pretorianos fueron desde aquel momento los supremos dispensadores del poder de los Césares, y los emperadores dependieron de sus caprichos. A imitacion de las de España, las legiones de Germania quisieron hacer un emperador y aclamaron á Vitelio; sabida es la historia de aquella lucha tan admirablemente descrita por Tácito, y el modo como terminó. Vitelio reemplazó á Othon.

El triunfo de Vitelio no produjo cambio alguno notable en la situacion de España. Refiérese únicamente que excitó á la nacion entera á ir á defenderle á Italia, cuando irritadas las provincias por la maldad é imbecilidad de aquel hombre, se hubieron levantado contra él, y que el ejército romano de Egipto, de Judea y de Iliria hubo proclamado emperador á Flavio Vespasiano. España acogió con frialdad la demanda de Vitelio, y si bien no tomó partido por Vespasiano, negóse á auxiliar á su rival. En tanto iba menguando el poder de Vitelio, y Vespasiano hacia diariamente nuevos progresos; las legiones de Judea se encontraban ya en Italia, y por fin se dió la batalla que decidió de la fortuna del imperio. Una cohorte de Vascones, reclutada por Galba y que despues formara parte de las legiones de Egipto y de Judea, contribuyó en mucho al triunfo del nuevo emperador, atacando en desórden por el flanco, á manera de los Celtíberos, á una de las alas del ejército de Vitelio; desbaratado este por la impetuosidad del ataque, el resto de las tropas pudieron consumar la derrota de sus enemigos.

Tácito ha caracterizado vigorosamente la causa de las numerosas guerras civiles de Roma, que no permitieron respirar al mundo sino en tiempo de Augusto y de los pacíficos emperadores de la época en que el gran historiador escribia.

«La pasion de dominar, introducida desde mucho tiempo en la tierra, como que es casi natural al hombre, dice Tácito, creció y estalló entre nosotros con el engrandecimiento del imperio. El equilibrio entre los ciudadanos se conserva con facilidad en un estado de regular extension; pero cuando Roma hubo subyugado al universo y hubo vencido á las naciones y á los reyes sus rivales, la ambicion pudo fijar sus miras en una república que no tenia enemigos exteriores á quienes combatir. Las primeras luchas fueron entre el pueblo y la nobleza é hízose el ensayo de las guerras civiles en el seno de la ciudad, en el foro. Mario se elevó por medio de las armas desde el lugar postrero hasta la dominacion sobre las ruinas de la libertad; vino luego Sila, el mas cruel entre los nobles; en seguida Pompeyo, no menos ambicioso, pero mas astuto; y desde entonces la dominacion fué el objeto único de todos. Las legiones ciudadanas no vacilaron en batirse entre sí en Farsalia y en Filipos; ¿habian de ser mas moderados los satélites de un Othon y de un Vitelio? La discordia tenia por principio la cólera de los dioses, la locura de los hombres y el atractivo del crímen.»

70 de J. C. 823 de Roma. El triunfo de Vespasiano puso tregua á aquellas luchas, y el mundo romano gozó al menos de algun reposo bajo sus sucesores (1). A contar desde Augusto hemos no descrito, sino recorrido rápidamente con el lector los cinco reinados que se han sucedido, procurando reunir en un corto espacio cuanto habíamos de explicar; no escribimos la historia romana, y de Roma, de su política, de su influencia, de sus costumbres, no nos toca recordar sino aquello que á nuestro objeto se refiere.

Elevado Vespasiano al imperio dió muchos años de paz á las provincias, y concedió especialmente á toda España los derechos del Lacio, con cuyo decreto fueron elevados los Españoles todos al rango de ciudadanos romanos. Por aquel tiempo llegó á España en calidad de cuestor Plinio el Mayor, y Licinio Larcio, pretor en la España citerior, y amigo y discípulo de aquel, se mostró animado de gran celo en favor del bien público. A él se atribuye la construccion del acueducto de Segovia, reputado sin fundamento alguno obra del reinado de Trajano, acueducto que sorprendió á los primeros bárbaros que invadieron á España por la grandiosidad de sus proporciones y sobre todo por los obstáculos vencidos en su ejecucion. El nombramiento de Plinio se ha considerado justamente como un testimonio de predileccion y un favor particular de parte del emperador, y en efecto realizó cuanto bien le fué dable. Al llenar con celo y exactitud las funciones de su cargo, estudió á fondo las varias regiones de España que pudo visitar, y recogió abundantes datos para su Historia natural; granjeóse el afecto de muchos Españoles distinguidos, con los cuales mantuvo luego correspondencia desde Roma, y en mas de una circunstancia importante le veremos constituirse en abogado de los pueblos de la Península, y sostener con energía sus quejas en pleno senado.

El reinado de Vespasiano parece haber sido para España una época de gran prosperidad, á la cual debió de contribuir el emperador con todo su poder, á juzgar por los muchos monumentos que de la gratitud de los Españoles hacia él se han conservado. Como se practicara por César y por Augusto, muchas ciudades adoptaron el sobrenombre de *Flavia*, derivado del prenombre de Vespasiano. Vióse en la Betica á *Arva Flavia*, hoy Alcolea; á *Auringis Flavia*, hoy Jaen; á *Axati Flavia*, ó *Municipium Flavium Axatitanum*, hoy Lora; en Galicia, á *Flavium Brigantium*, que es la Coruña ó Betanzos, donde desembarcó César por primera vez; á *Iria Flavia*, hoy el Padron, donde dice Mariana haber tomado tierra Santiago el Mayor; en la Tarraconense, á *Flaviobriga*, hoy Bermeo, cerca de Bilbao; en el país de los Asturos, á *Flavium Bergidum*, hoy Bierzo, y á *Flavium Interamnium*, ó Benavente; en Lusitania, á *Aquæ Flaviæ*, hoy Chaves etc. Por disposicion de Vespasiano abriéronse dos vias públicas, una en Galicia y otra en Extremadura; una inscripcion atribuye la última al tesoro privado del emperador; dícese en ella que fué construida *impensa suá*.

Un campesino de los alrededores de Cañete la Real, llamada *Sabora* en tiem-

(1) «Ochenta años de prosperidad, interrumpidos únicamente por el reinado de Domiciano, dieron principio con la elevacion de Vespasiano. Este periodo ha sido considerado como aquel en que el género humano gozó de mayor dicha, y no hay duda en que es así, si la dignidad y la independencia de las naciones no entran para nada en su felicidad.»

CHATEAUBRIAND, Estudios históricos.

po de los Romanos, á poca distancia de Málaga, halló reinando el emperador Cárlos V una tabla de bronce, en la que estaba grabado un curioso rescripto de Vespasiano, que es bajo muchos conceptos un monumento histórico. Dice así:

«César Vespasiano, augusto, pontífice máximo, investido por la vez octava del poder tribunicio, por la décima octava de la autoridad imperial, consul por la octava vez, saluda á los quatorviros y á los decuriones de Sabora. Visto el relato que me haceis de vuestra debilidad y de vuestros apuros, os permito como deseais edificar la ciudad con mi nombre en la llanura. Mantengo los tributos que decís haber recibido del emperador Augusto, mas para cuanto pretendeis percibir de nuevo habreis de presentaros al procónsul, pues nada puedo establecer sobre esto sin oir antes á los interesados. He recibido vuestra peticion el dia octavo de las Calendas de Augusto; el dia tercero despedí á vuestros diputados. Salud.—Hecho grabar en bronce por los duumviros C. Cornelio Severo y M. Septimio Severo, á expensas del peculio público.»

De modo que Sabora, antes de ocupar el sitio en que se ha convertido en Cañete la Real, se hallaba situada en una de las alturas inmediatas; que los habitantes, deseosos de mayor comodidad, enviaron diputados el emperador solicitando permiso para establecerse en el llano, y de ahí el rescripto que acaba de leerse, el cual nos proporciona varias noticias, en especial sobre los tributos públicos. Los moradores de Sabora reclamaban la extension del derecho de imponer tributos que habian recibido de Augusto, *ab Divo Aug. accepisse*, segun ellos decian, *dicitis;* Vespasiano les conservó el derecho que pretendian haber recibido, pero en cuanto al porvenir *si qua nova adjicere voltis,* el emperador no puede consentirlo sino con la condicion de que se dé parte al procónsul y se oiga antes á aquellos á quienes se quiere gravar: *nullo respondenti constituere nihil possum,* principio notable que en todos tiempos ha parecido á los hombres justos la única base equitativa de una buena reparticion tributaria. Sin el consentimiento prévio, la imposicion del tributo es nula. Vespasiano, empero, respetó en favor de Sabora el privilegio concedido por el primer Augusto, si bien parece deplorar semejante concesion á pesar de su evidente benevolencia hácia aquellos habitantes. La referida inscripcion prueba además que existian entonces en España ciudades *stipendiariæ*, que pagaban tributo á otras, *stipendiatæ;* Sabora era de las últimas, y debíalo á Augusto, segun afirmaba; habria recibido el derecho de percibir las contribuciones de un territorio ó distrito señalado, y solicitaba la autorizacion ya de usar de aquel derecho en mayores límites, ya de aumentar el tributo, lo cual decia muy bien Vespasiano no poder conceder por sí solo. Los magistrados de Sabora tendrian probablemente la facultad de cobrar de los ciudadanos, de los vecinos ó de los extranjeros, y parece que ya en aquella época, en España por lo menos, existia entre otros tributos el que se ha llamado municipal, que nos sorprende no ver citado por Burmann en su erudito tratado de *Vectigalibus Romanorum*.

Durante el reinado de Vespasiano fué dispersado el antiguo pueblo que Moisés fundara y al cual habia predicado en vano Jesucristo. Fué aquel uno de los grandes acontecimientos que forman época en la historia del linaje humano, y que como otra de sus consecuencias introdujo en las naciones occidentales, y especialmente en España, un elemento nuevo, una raza distinta, que habia de per-

petuarse y conservarse allí casi sin mezcla hasta nuestros dias. La guerra de Judea, que empezara en tiempo de Neron, habia seguido con alternativas varias, y desde su campamento de Judea emprendió Vespasiano el camino que le condujo al trono; de allí salió para marchar contra Vitelio, y una vez emperador, Tito recibió la mision de continuar la lucha. A Tito, famoso por su mansedumbre, estaba reservada la implacable destruccion de la ciudad y del templo, realizándose así una de las profecías de los sagrados libros.

De todos los confines de la Judea reuníanse los judíos en Jerusalen para la fiesta de los Acimos, y la multitud que acudió dentro de sus muros el año 70 de J. C. fué inmensa. Contóse por el número de corderos inmolados para la fiesta pascual, número que elevándose, segun Josefo (1), á doscientos cincuenta y seis mil quinientos, suponia aproximadamente dos millones quinientos cincuenta y seis mil comensales reunidos. Aquel tiempo fué el elegido por Tito para la destruccion de la ciudad santa.

Al aproximarse el desastre, llegó á su colmo el desórden entre los Hebreos; imagínese á una nacion reunida en una ciudad próxima á ser entregada al asesinato y á la devastacion, conociendo todo el pueblo la suerte que le espera. Las angustias, la desesperacion de la multitud fueron inmensas (2), y sabido es lo que sucedió. «El hambre, la peste y la discordia dentro de la ciudad, dice un elocuente escritor; y fuera de ella los soldados romanos crucificaban á cuantos pretendian fugarse hasta tanto que faltaron cruces y tambien sitio para clavarlas. Abríase el vientre á los fugitivos para robarles el oro que hubiesen tragado. Seiscientos mil cadáveres fueron arrojados desde la muralla á los fosos; un millon y cien mil judíos perecieron durante el sitio, y noventa y siete mil fueron reducidos á cautiverio (3).»

La turba esclava fué dispersada por las provincias todas del imperio, y Vespaciano envió parte de ella á España señalándole por residencia Emérita, Mariana pone en duda semejante hecho, mas así lo acreditan otros autorizados historiadores; desde entonces empezó España á poblarse de una raza que echó en esta tierra profundas raíces como en todas partes, y que por separada que se la haya tenido del resto de la nacion, ha sabido, perseguida, vilipendiada y escarnecida, conservarse en ella abierta ó secretamente bajo todas las formas y dominaciones, quedando por lo mismo enlazada á su historia.

79 de J. C. El reinado de Tito fué harto breve para realizar las magníficas esperanzas
832 de Roma. que hiciera concebir, y España, el imperio, el mundo no pudieron esperimentar los efectos de su bondad. Sin embargo, la magnanimidad que inspiró sus primeros actos, ¿se habria alterado con el ejercicio del poder á ser su vida mas di-

(1) Hostiarum quidem ducenta et quinquaginta sex millia et quingenta numeravere. Josefo, de Bell. Jud., l. VII, c. 17.

(2) Es indecible la desolacion de aquel pueblo en tan supremo momento, aumentada aun por los prodigios que cada dia se observaban. Vocem audiere, quæ diceret: Migremus hinc! Supra murum enim circumiens iterum: «Væ! væ! civitati, ac fano, ac populo!» Voce maximâ clamitabat: cum autem ad externum addidit: Væ etiam mihi! lapis tormento missus eum statim peremit, animamque adhuc omnia illa gementem dimisit. Id., l. c.

(3) Et captivorum quidem omnium qui toto bello comprehensi sunt, nonaginta et septem millia comprehensus est numerus, mortuorum vero per omne tempus obsidionis undecies centum millia. Id., l. c.

latada? Se ignora, aun cuando algunos han querido suponerlo así (1); pero de todos modos es lo cierto que España, agradecida siempre á los beneficios, fué la primera en comprender la grandeza de Flavio Tito y la primera en conferirle un glorioso nombre que conserva aun, segun lo atestigua una inscripcion descubierta en Mérida. El emperador Tito César Vespasiano Augusto, pontífice máximo, cónsul por la vez octava, padre de la patria, es llamado en ella GENERIS HVMANI AMOR ET DESIDERIUM ETIAM VIVUS. España no esperó la muerte de Tito ni la hora de su apoteósis para llamarle «las delicias del género humano;» título harto lisonjero para un mortal sea quien fuere. Con el cristianismo, el mundo se apartó de estas fórmulas de las épocas pasadas, y la admiracion y el amor se expresaron con menos pasion.

Conste, empero, que jamás habia gozado España de tanta prosperidad y bienandanza como en la época de Tito; consolábase de la pérdida de su libertad con el cultivo de las artes y entregándose á las dulzuras de un estado civil en muchos de sus puntos excelente.

Conservábase aun la division en tres grandes provincias establecida por Augusto; en la Bética habia ocho colonias, otros tantos municipios y cuatro colegios, ó como se dice ahora cuatro audiencias, á saber: la de Cadiz, la de Hispalis, la de Astigis y la de Córdoba. La Lusitania contaba cinco colonias, un solo municipio que era Lisboa y tres colegios judiciales, en Emérita, en Pax Augusta y en Scalabis. La España citerior tenia catorce colonias, y aun mas, segun ciertos escritores; trece municipios y siete tribunales que residian en Cartagena, Tarragona, Cesar Augusta (Zaragoza), Clunia, Asturica, Luco y Bracara. Los pretores que habian terminado su mision, no se llamaban ya propretores mientras esperaban al que habia de sucederles, sino legados. Damos estas breves explicaciones para que nuestros lectores se formen una idea del estado civil, del órden establecido en la administracion pública, y del grado de civilizacion política de los Españoles en aquella época.

Tito murió despues de reinar poco mas de dos años, en 13 de diciembre del año 81 y le sucedió Domiciano, que si bien hijo de Vespasiano y hermano de Tito, hubiérase dicho pertenecer á la raza de Neron. El nuevo emperador dejó otra vez libre el campo á los gobernadores para oprimir á los pueblos, mas por fortuna no era ya arbitraria en España la administracion de justicia. Siempre que una provincia se hallaba vejada ó tenia que sufrir las exacciones de los magistrados ó de los publicanos, que eran, á lo que se cree, arrendadores de los tributos, colocados bajo la direccion de algunos asentistas principales, podia exponer directamente sus agravios al senado romano. En tiempo de Domiciano, la Lusitania entera apoyó las justas quejas de la ciudad de Ebora contra aquella clase de hombres. Una inscripcion conservada en Mérida, nos dice que dispuesta por el emperador Vespasiano la construccion de una via pública no fué ejecutada por la negligencia de los publicanos ó destajeros, OPVS PATERN. NEQVITIA PVBLICANOR. INFECTVM, y que estos fueron severamente castigados á peticion de los interesados, EA GENTE MALE MVLCTATA mandándose que en adelante las obras de aquella clase se ejecutasen por una comision del público sin intervencion de publicanos ni destajeros. La in-

81 de J. C. 834 de Roma.

(1) Dion Casio, p. 754.

dignacion fué general contra aquellos negociantes, que no contentos con robar á título de beneficios sumas enormes en las obras públicas, habian en el caso citado percibido cantidades por un monumento que no concluyeron. Tambien la Bética recurrió al senado para librarse de las insoportables vejaciones de su procónsul; Plinio el Jóven y Erennio Senecion, nacido este en la misma provincia en la que desempeñara por algun tiempo el cargo de cuestor (recaudador de las rentas imperiales), defendieron la causa, y ninguno de los dos dejáronse abatir por la omnipotencia del acusado, extraordinariamente rico, y por lo mismo muy protegido. Esto no obstante, los bienes del procónsul fueron secuestrados para ser luego confiscados.

Neron habia dado el primer edicto contra los cristianos; Domiciano dió el segundo. Confundia con los cristianos á los matemáticos y filósofos, y los desterró á todos de Roma.

96 de J. C. 849 de Roma. Domiciano murió como mueren por lo general los tiranos, y su muerte fué celebrada como una felicidad universal. El senado decretó que su execrable nombre fuese en toda la extension del imperio borrado de los monumentos públicos, y aunque un historiador ha dudado de si fué este decreto ejecutado en España, aun cuando es posible que el nombre de Domiciano no desapareciese de todas las inscripciones grabadas en este país en honra suya, es indudable que fué borrado en la mayor parte. Para convencerse de ello basta leer las obras de los arqueólogos españoles, y en ellas se encontrarán varias inscripciones de las cuales ha desaparecido el nombre del hermano de Tito. En la piedra dedicatoria de un puente en el Tamega, en Aquæ Flaviæ, hoy Chaves, en Galicia, construido durante el reinado de Vespasiano y de sus dos hijos, no se observa mas que un lugar vacío allí donde estaba el nombre de Domiciano junto á los de su padre y de su hermano.

Entre los tiránicos edictos con que Domiciano afligió á España ha de considerarse sin duda como el mas importante el que prohibió á los Españoles plantar nuevas viñas en sus tierras. Esta medida prohibitiva, mala como todas las prohibiciones de esta clase, aun cuando tengan por objeto asegurar un monopolio al gobierno, habia sido tomada temiendo que se descuidase el cultivo del trigo, del cual se alimentaba la Italia, por el de la vid que hacia en la Península incesantes progresos. Entonces como ahora, el vino de España gozaba de gran estima y nombradía.

La tradicion de las iglesias españolas refiere que en tiempo de Domiciano, san Eugenio predicó la religion cristiana en Toledo y sus alrededores; añade que fué enviado á España desde las Galias por san Dionisio Areopagita para anunciar el Evangelio, que fué el primero en ocupar la sede episcopal de aquella ciudad, y que padeció martirio al regresar á las Galias para ver á su maestro.



CAPÍTULO IX.

España desde Nerva hasta Constantino.—Reinado de Nerva.—Adopcion de Trajano.—Reinado de Trajano.—Obras públicas en España.—Reinado de Adriano.—Viaje de Adriano á España.—Reinados de Antonino y de Marco Aurelio.—Los Mauritanos invaden á España.—Reinado de Cómodo.—Reinados de Septimio Severo, de Caracalla, de Macrino, de Eliogábalo, de Alejandro Severo, etc., etc.—Decadencia del imperio.—Filipo, Decio, Galieno, Claudio, Aureliano, Tacito, Floriano, etc.—Reinado de Constancio, Cloro y Galerio.—Hechos particulares de estos varios reinados: propagacion del cristianismo ; persecuciones; irrupciones de los bárbaros, etc., etc.—Carácter de la decadencia relativamente á España.—Estado de los hombres y de las cosas en España antes de Constantino.

Desde el año 96 hasta el 306 de J. C.

Bajo el reinado de Nerva pudo España llamarse verdaderamente dichosa, pues no solo gozó de un gobierno suave y pacífico que aspiraba al bien, sino que fué administrada por magistrados sabios y amantes de la justicia. El procónsul de la Bética en particular se concilió el aprecio y amor de la provincia ; Córdoba fué embellecida con magníficos edificios, pero no era aquello sino la aurora de mejores dias, debidos mas que todo á la eleccion que Nerva, cargado de años, mas no imbécil, como dicen algunos, hizo de un Español para sucederle en el imperio.

Trajano, nacido en Itálica (Sevilla la Vieja), fué el primer extranjero que ciñó la corona imperial. En tiempo de Domiciano habíase distinguido en la guerra de Germania, y desde Colonia (*Colonia-Agrippina*), donde recibió la noticia de su elevacion, tomó el camino de Roma, á la que llegó con la sencillez de costumbres y de maneras que formaba parte de su carácter, y que fué como una verdadera novedad en aquel centro de corrupcion, de engaño y de libertinaje que se llamaba la capital del mundo. Algunos escritores dicen que Trajano tuvo por preceptor á Plutarco, el cándido biógrafo ; pero es lo cierto que Trajano no fué docto; mas guerrero que letrado, la naturaleza suplió en él al estudio, y los preceptos filosóficos entraron por muy poco en su conducta política. Trajano comunicó á España nuevo esplendor y nueva vida, y bajo su gobierno realmente dulce y paternal, verificáronse en la Península inmensos trabajos; las artes y las ciencias florecieron en ella lo mismo que en Roma, y en todas partes viéronse abrir caminos, construir puentes y elevar edificios. Consérvanse aun magníficas uinas del arco de triunfo de Torredenbarra, en Cataluña, y el atrevido puente de Alcántara, la grandiosa colunata de Zalamea de la Serena, y otros monumentos han dejado restos que habrian de causar vergüenza á muchos edificios modernos.

99 de J. C.
852 de Roma.

El puente de Alcántara, construido sobre el Tajo, en Extremadura, para fa-

cilitar las comunicaciones entre la Lusitania y la Bética, fué construido por órden de Trajano, quien designó él mismo el sitio que habia de ocupar; y para que fuese menos gravoso á las poblaciones á las que directamente aprovechaba, impuso una ligera contribucion á los pueblos todos de la Península para la realizacion de esta obra nacional.

Los anticuarios modernos atribuyen tambien á Trajano muchas obras importantes que no pueden razonablemente atribuirse á otra época alguna; tal es la torre de la Coruña que algunos han creido de construccion anterior á la invasion romana, conocida con el nombre de Torre de Hércules, de la cual, empero, no se habla en ningun autor antiguo anterior á Constantino; tales son tambien el hermoso circo de Itálica, el Monte Furado en Galicia, y los célebres acueductos de Tarragona y de Segovia. Algunos escritores pretenden que la torre que acabamos de mencionar fué elevada por el mismo Hércules; otros la creen obra de los supuestos reyes Hispalis y Briga, y otros por fin dicen haber sido reparada por órden de César, quien, segun otra fábula mas moderna, hizo colocar en ella un espejo de enormes dimensiones, en el cual se podian ver los buques á la distancia de ciento y tantas leguas. La imaginacion ha encontrado en aquel monumento vasto campo para sus inventos; unos le consideraron como erigido á la memoria de una mujer extraordinariamente hermosa, perdida y llorada por cierto poderoso personaje; otros le creyeron elevado en memoria de una gran victoria; estos le calificaron de edificio religioso, aquellos de fortaleza, hasta que por fin se ha comprendido que no podia ser mas que un faro, un fanal elevado para señalar la costa á los buques que navegasen por aquellas aguas. Con motivo de la última reparacion de la torre hecha en tiempo de Carlos III, el erudito Cornide escribió sobre ella una obra, luminosa monografía, en la que se demuestra que la milagrosa torre fué construida en tiempo de Trajano, para un objeto de utilidad pública. Los antiguos faros de España eran por lo general obra de los Fenicios ó de los Cartagineses, acostumbrados, segun el uso oriental, á establecer en las costas torres y observatorios para facilitar la navegacion, si bien muchas de las obras de este género eran de construccion romana. El circo de Itálica mereceria ser ilustrado al igual de las mas preciosas ruinas antiguas.

Trajano fué el primero que mereció el dictado de *óptimo príncipe,* que ninguno antes que él habia obtenido; y no es que le faltaran flaquezas y vicios como hombre privado: afeábale su pasion al vino y á las mujeres; pero la sombra de sus malos hábitos como particular desaparecia ante el brillo de sus virtudes como hombre público: bien era menester que fuesen muchas, y lo eran realmente.

Trajano, dice un historiador (1), no necesitaba de estátuas; su presencia reemplazaba al mármol y al bronce; mas aunque las mejores inscripciones para él eran las alabanzas que salian de los labios de sus gobernados, gustaba de ver inscrito su nombre en las paredes de todos los edificios, lo que le valió el apodo de *Parietario:* flaquezas de que no suelen librarse los mas grandes hombres. Sus liberalidades proporcionaban el sustento á dos millones y medio de personas; y cuando algunos le tachaban de pródigo en sus larguezas, en las sumas que des-

(1) Lafuente, p. I, l. III, c. 2.

tinaba al socorro de los pobres y á la educacion de sus hijos, decia por toda respuesta : *Quiero hacer lo que yo, si fuese un mero particular, querria que hiciese un emperador*. Dedicóse á curar los males del despotismo y las llagas de la anarquía. *Toma esta espada*, dijo al prefecto del pretorio ; *esgrímela en favor mio si cumplo con mi deber, en contra si á él faltare*. Propendiendo siempre en la administracion de justicia á la indulgencia y á los sentimientos humanitarios, *prefiero*, decia, *la impunidad de cien culpables á la condenacion de un solo inocente.*

Menos instruido que vigoroso y enérgico, distinguióse su reinado por un carácter belicoso que habia faltado á los de sus antecesores. Triunfó en la Dacia, subyugó la Asiria , combatió á los Parthos , venció á varios reyes, llegaron sus ejércitos hasta la India, y para monumento perpétuo de sus victorias se erigió en Roma la famosa *coluna Trajana*, formando para ello una plaza magnífica en terreno que antes ocupaba una montaña de ciento cuarenta y cuatro piés. Su inauguracion se celebró con juegos que duraron ciento veinte y tres dias, y en que murieron mas de mil fieras. Llegó con él el imperio romano al apogeo de su grandeza.

En tiempo de este emperador, Plinio el Jóven abogó por segunda vez y con mayor elocuencia aun que la primera (1), en pro de la Bética contra Cecilio Clasico que se habia hecho culpable de graves atropellos. La facilidad de apropiarse parte de las riquezas de la Bética abusando del poder con que los procónsules se hallaban revestidos, ocasionó la pérdida de aquel. Acusado con gran empeño, los Españoles hallaron otra vez un celoso protector y abogado en Plinio que expuso sus agravios al senado. La casi impunidad del hombre á quien antes acusara él mismo fué debida á circunstancias particulares, y sobre todo á la vaguedad que reinaba en algunos puntos de la acusacion; pero eran aquella vez los cargos tan graves y fundados, tan convincentes las pruebas y tan temible el fallo que el procónsul evitó con el suicidio el castigo que le esperaba. El senado mandó la restitucion á quien de derecho correspondia de todos los bienes usurpados ó injustamente confiscados, no dejando á la hija del procónsul sino lo que poseia su padre antes de partir á España; los magistrados subalternos, cómplices en sus exacciones, fueron condenados á un largo destierro, y Plinio obtuvo entonces el aprecio y la admiracion de los hombres de bien, pues se mostró generoso y felizmente inspirado.

En aquella época gozó de gran privanza cerca del emperador, en calidad de compatriota y de hombre honrado, Cecilio Taciano, de Itálica; Trajano le nombró primeramente procónsul general del fisco, cargo que equivalia al de ministro de hacienda en nuestros dias, y luego preceptor de Adriano.

Los soldados de la legion VII, llamada *Gemina*, demolieron en aquel entonces la ciudad que fundaron en Asturias, en el lugar que en tiempo de Augusto se les señalara en la cima de una colina, y edificaron otra nueva en el llano á una distancia de ocho millas romanas, á la que dieron el nombre de *Legio*, convertido hoy en Leon. Gran número de monumentos atestiguan la excelencia de la administracion romana bajo el reinado de Trajano, quien trató á España como á una patria verdaderamente querida. En una coluna miliar hallada en el mismo sitio en que se elevó Numancia, se ve junto al nombre de Trajano el dic-

(1) En tiempo de Domiciano.

tado de padre de la patria, y jamás fué este título tan merecido, en particular por lo que toca al país donde habia nacido. En la fortaleza de Auzagua, poblacion de la Bética, veíanse no ha mucho tiempo dos piedras que habian sido los pedestales de dos estátuas erigidas en honor de Matidia y de Marcia, hermanas de Trajano.

117 de J. C. 870 de Roma. Trajano murió en Asia en el año 117 de la era vulgar y 155 de la era española, despues de diez y nueve años de reinado. Sus cenizas fueron depositadas al pié de la coluna Trajana. El cristianismo habia hecho en aquel entonces inmensos progresos, y empezaba ya á propagarse por los paises occidentales.

En tiempo de Trajano hubo algunos mártires, pero el emperador tomó poca parte en la persecucion. En algunos puntos del imperio, entre los cuales no se cita á España, los cristianos fueron perseguidos, no por su fe precisamente, sino porque los pretores los representaban como hombres muy peligrosos que formaban asociaciones prohibidas por la ley romana. Los ídolos abandonaban el imperio, y los cristianos llenaban el Oriente, donde habíase formado ya una escuela admirable, compuesta de los eminentes varones conocidos con el nombre de Padres de la Iglesia.

Elio Adriano, tambien Español, fué el sucesor de Adriano. Espartiano, que escribió una biografía de este emperador, pretende que Adriano dijo él mismo en los libros de su vida haber nacido en Roma; si esto es cierto, hubo de reconocer por causa la política, y quizás lo dijo así para hacerse amar mas por los Romanos, si bien parece lo mas verosímil que el texto de Espartiano sufrió en aquel punto alguna alteracion por manos de los copistas. Los demás historiadores sin excepcion, entre los cuales citaremos en primera línea á Appiano, á Dion Casio, á Sexto Aurelio, á Eutropio, á Latino Pacato, á Eusebio, á Themistio, á Aulo-Gelio, etc., están contestes en darle Itálica por patria. Además su filiacion no es dudosa; su padre se llamaba Elio Adriano Afer y era primo hermano de Trajano; era natural de Itálica, y su madre, Domicia Paulina, de Cadiz.

Adriano era un hombre singular é inconstante; de talla mas que mediana y de rostro agraciado, llevaba la barba y los cabellos largos. Era buen pintor, buen arquitecto, gran poeta latino y griego, excelente matemático y cosmógrafo, tan buen filósofo como orador elocuente, y con todo ello propio para el gobierno y la guerra, aunque amante de las artes y de la paz; en él se veian infinitos contrastes é hizo al imperio feliz sin acertar á serlo él. La historia ha observado que Adriano, que debia su elevacion á su parentesco con Trajano y que no podia abrigar contra este emperador el menor motivo de queja, evitó siempre seguir sus huellas, lanzándole esta secreta envidia en malos pasos y contradicciones. Esto no obstante, Adriano fué uno de los mas grandes emperadores de la época, y no tuvo mas culpa que vivir entre Trajano y Antonino. El extraño sentimiento que acabamos de indicar en él le indujo, luego que hubo tomado posesion del poder, á retirar las legiones romanas de las conquistas que hiciera su predecesor. El Asia fué abandonada, y aquel fué el primer ejemplo de un país conquistado y abandonado voluntariamente por Roma, pues hemos tenido ocasion de ver como se aferraba á las comarcas que habian pasado bajo su yugo. Sin embargo, el imperio experimentó en muchas de sus provincias los felices efectos de esta pacífica disposicion de su emperador, quien no por ello dejaba de estar dotado de cuantas

cualidades son necesarias para la guerra. Incansable viajero y aficionado á la geografía, visitó las provincias orientales y occidentales que constituian el gran cuerpo del imperio romano, entre las cuales era España la mas importante. Deseoso además de ver á su patria, fué á ella, y al reunir los estados en Tarragona, tuvo el placer de encontrar en sus compatriotas hombres de corazon que no accedieron á todas sus demandas. Eran tan vastas las posesiones romanas que aun en tiempo de paz necesitábanse para custodiarlas innumerables legiones, y Adriano pidió nuevos refuerzos á España; mas los diputados provinciales tuvieron suficiente valor para negarle este subsidio de hombres que habria arrebatado á las poblaciones españolas sus últimos brazos; así á lo menos es permitido inferirlo del texto de varios antiguos historiadores. Adriano sostuvo en persona la discusion sobre este punto y no consiguió victoria, lo cual no parece que le causase gran enojo. Sin embargo, aun mostrando tan laudable parsimonia de la sangre nacional, no dejaron los Españoles de prodigarle grandes obsequios durante su permanencia en Tarragona, y el viaje que hizo luego á otras varias ciudades de la Península fué una série de fiestas y de recepciones triunfales. Adriano, á pesar de las instancias que se le hicieron, se negó á visitar Itálica, su patria, de lo cual no nos da la historia la razon (1). Durante su permanencia en Tarragona, mientras paseaba solo por los jardines de su palacio, vióse atacado por un loco que blandia una espada desnuda; el emperador se hallaba desarmado, y despues de evitar por medio de algunos acertados movimientos los golpes que se le dirigian, pudo coger la espada de su adversario y luchando con él, le tuvo sujeto hasta que acudieron en su auxilio. Al saber que su enemigo estaba loco no quiso que fuese castigado, y mandó entregarle á los médicos (2). Mariana se limita á decir sobre este punto que Adriano corrió en Tarragona grave peligro de perder la vida sin expresar circunstancia alguna del caso.

122 de J. C. 875 de Roma.

Segun relato de Sexto-Rufo, Adriano ordenó una nueva division de la España en seis grandes provincias, á saber: la Bética, la Lusitania, la Cartaginense, la Tarraconense, la Galicia y la Mauritania Tingitana, pues ya hemos dicho que España tenia ya en aquella época colonias en Africa. Los prefectos de la Bética y de la Lusitania nombraban legados consulares, como lo atestiguan las inscripciones de la época y como se comprende por algunos pasajes del Código de Justiniano; las otras cuatro provincias eran gobernadas por procuradores. El espíritu comprensivo y ductil de Adriano se ocupó tambien en derecho civil, é hizo dar á la legislacion mas uniformidad y reformar la antigua jurisprudencia.

En tiempo de Adriano se consumó la ruina nacional de los Hebreos, y aunque mandó reedificar la ciudad de Jerusalen, prohibió que volvieran á ella sus primeros habitantes, y hasta cambió su nombre y le dió el suyo. Jerusalen se llamó *Ælia Capitolina*, y los Judíos fueron expulsados enteramente del territorio de su antigua patria y empujados mas hácia el Occidente. Entonces quizás aumentó el número de Judíos que poblaban ya á España, pero no cabe duda

134 de J. C. 887 de Roma.

(1) Lafuente lo atribuye á haber sido Itálica la única ciudad que no envió sus diputados á la asamblea de Tarragona, lo cual causó gran enojo al emperador.

(2) Romey, p. I. t. I, p. 309.

en que la primera emigracion de los Hebreos á la Península ha de fijarse despues de la destruccion de Jerusalen por Tito.

Las medallas y los monumentos de toda clase dedicados á Elio Adriano ó erigidos en honra suya, son muy numerosos en España. En una inscripcion hallada en Munda se lee: *Adriano, emperador, César, nieto del divino Nerva, Trajano, Augusto, Dácico, Grandísimo, Británico, pontífice máximo, investido por segunda vez del poder tribunicio y del consulado, padre de la patria;* la misma inscripcion nos dice que perdonó á la provincia una deuda, quizás un atraso de contribuciones públicas, importante un millon nuevecientos mil sextercios, y que en una distancia de veinte millas desde el rio Singilis á Cartima, mandó recomponer á sus expensas el camino público. Las inscripciones, y en España lo prueban á cada paso, son una antorcha de la historia antes del descubrimiento de la imprenta.

En tanto se multiplicaban los cristianos, empezaban á nacer las heregías, y la humanidad se hallaba en uno de aquellos períodos que anuncian la proximidad de una regeneracion social. Algunos de los mas claros genios de los primeros siglos del cristianismo habian aparecido ya, y Saturnino, Basílides, Carpocras y los Gnosticos, con cualidades y talentos diferentes, dividian á la Iglesia que ocupaba casi todo el Oriente. El Occidente estaba menos agitado por las nuevas ideas, aunque en ciertos puntos de las Galias y de España los cristianos hacian hablar mucho de sí. En Oriente habíase dado principio á una persecucion, pero Adriano, que manifestó siempre una laudable tolerancia, mandóla suspender. Eusebio nos ha conservado la carta que escribió el emperador á Minucio Fondato, procónsul de Asia: «Si los cristianos son acusados, decia, y se prueba que maquinan contra las leyes, juzgadlos segun su delito; pero si son calumniados, castigad al calumniador.»

Dícese que un discípulo del heresiarca Basílides, llamado Marcos, llegó por aquel entonces á España para predicar la doctrina de su maestro; segun la tradicion, pues de ello no se encuentra testimonio alguno en los historiadores contemporáneos, empezó por la conversion de una mujer noble llamada Agape, y por la de un rector del Norte, Elgidio ó Elvidio. A ser esto verdad, Marcos habria sido en la Península el precursor de Prisciliano.

En los últimos tiempos de un reinado que no careció de gloria, Adriano se vió aquejado de una cruel enfermedad que no logró abatir su ánimo esforzado; y despues de la adopcion de Antonino, eleccion que le honra mucho, no pensó mas que en morir con valor, él que tantas veces habia dicho «que un príncipe habia de morir en buena salud y no valetudinario (1).» Aunque presa de agudos dolo-
138 de J. C. 891 de Roma. res abandonó el mundo recitando festivos versos de su composicion (2).

Imposible es ocultar la gran falta de Adriano: su torpe amor por el bello

(1) Sanum principem mori debere, non debilem. Spart., in Æl. Ver.

(2)
Animula, vagula, blandula
Hospes, comesque corporis,
Quæ nunc abibis in loca,
Pallidula, rigida, nudula,
Nec, ut soles, dabis jocos.
Id.. in Hadrian, nup.

Antinoo, al cual convirtió en Dios luego que la muerte se lo hubo arrebatado (1). El, empero, que habia creado una divinidad, estuvo próximo á ser rechazado del Olimpo, y Antonino tuvo no poco trabajo antes de obtener para él los acostumbrados honores; por fin se le concedió la apoteósis.

En su lugar fué entronizado E. Antonino apellidado Pio por las finas atenciones que prodigara á su padre adoptivo. Fué este emperador muy querido por el pueblo romano, y dijo varias veces que preferia la vida de un ciudadano á la muerte de cien enemigos. Amantísimo de la exactitud, aquellos á quienes semejante cualidad disgustaba decian que habria cortado un guisante en cuatro partes perfectamente iguales (2). En muchos conceptos mereció ser comparado á Numa, y como él estaba poseido de una pasion por la justicia y las leyes (3). Por espacio de veinte y dos años y siete meses Antonino conservó la paz en el imperio y durante este largo período España fué feliz y gozó de gran prosperidad. Las inscripciones y monumentos erigidos en la Península al sucesor de Adriano se han encontrado en muy corto número, si bien algunos autores afirman que su afecto hácia este país no fué menor que el que le profesaron sus dos predecesores; sentia por él viva gratitud por ser patria de Trajano y Adriano, y nombró por sucesor á Marco Aurelio que era originario del mismo

Marco Annio convertido en Marco Aurelio, era pariente de Adriano, sobrino de la consorte de Antonino y prometido esposo de la hija de Vero César. Era de orígen español, pues su bisabuelo paterno, que fué el primero de su familia que se estableció en Roma, tenia por patria Ucubi ó Sucubis, ciudad de la Bética poco distante de Itálica, patria de Adriano. 161 de J. C. 914 de Roma.

« Dichosos los pueblos, se ha dicho siempre, cuyos reyes son filósofos y cuyos filósofos son reyes. » Esta dicha se realizó con Marco Aurelio, llamado con justicia el filósofo. *Vosotros ignorais,* decia á sus amigos al saber su elevacion al trono, *cuantas espinas crecen en las gradas de un solio.* Y al abandonar los jardines de su madre para ir á habitar al palacio de los Césares, corrieron las lágrimas de sus ojos al compas de los entusiastas clamores que proferia el pueblo. Uno de sus primeros actos fué asociarse al imperio á su hermano Lucio Vero, pero la muerte de este no tardó en dejarle solo en el trono imperial. Esto y las calamidades públicas que sobrevinieron hicieron que resplandecieran mas sus virtudes. Los horrores del hambre acosaban al pueblo, y Marco Aurelio supo aliviarlos. Como su esposa Faustina se quejara de que hubiese gastado la mayor parte de sus bienes en socorrer á los menesterosos, *la riqueza de un príncipe,* le contestó, *es la felicidad pública.* Regularizó los tributos, selló con la nota de infames á los calumniadores, y afirmó la autoridad vacilante del senado. El reinado de Marco Aurelio era el solo capaz de hacer que no se llorara el de Antonio Pio. El imperio

---

(1) Abundan las medallas é inscripciones griegas en honor de la escandalosa deificacion de Antinoo por Adriano, pero nos limitaremos á indicar una, llamada de Castromene; representa un magnífico templo erigido por el emperador Adriano en honor de su querido Antinoo, y en el exergo se leen estas palabras: « Hostilio Marcelo, sacerdote de Antinoo. Adriano erigió este templo.»

(2) Κωμινοπ ριςην επαλυν. Plut., in Numa.

(3) Οἰονει πηγης Νυμά σοφίας, τῶν καλῶν κας δικαςων απειο, τρεοντων εις αχαντας, κας δια χεαμένςπης περι ενεινον γαληνης. *Id.*, l. c.

gozaba de felicidad, y el mas infeliz era el emperador cuya vida acibaraban los desórdenes de su esposa, la impúdica Faustina.

Marco Aurelio, amante de la paz por carácter y por filosofía, hubo de sostener muchas guerras, pues los bárbaros aparecian ya en la escena del mundo. Los Cuados, los Marcomanos y los Dacios, vanguardia de las inmensas poblaciones que habian de repartirse los despojos del mundo romano, y sobreponer una nueva capa á las ya conocidas de la raza humana, hostilizaban por todas partes al imperio. Puede decirse que Marco Aurelio el filósofo hubo de filosofar siempre combatiendo, mas dotado de muchas virtudes y de gran talento, nunca olvidó el estudio y las graves ocupaciones. Sus acertados principios de gobierno hicieron la felicidad de España lo mismo que de las demás provincias, pero aquella bienandanza fué por un momento turbada por el espíritu guerrero que parecia suscitar á los pueblos todos contra las posesiones romanas. Un ejército salido de la costa y del interior del Africa, llamada Mauritania, donde se fundaron despues los reinos de Fez y de Marruecos, pasó el estrecho y devastó las provincias meridionales de la Península. El gobernador romano, M. Galo ó Valio y Severo, entonces cuestor en la Bética y luego emperador, marcharon contra los invasores; Galo, procurador ó intendente general de la provincia, obligólos á levantar el sitio que habian puesto á Singilis, hoy Antequera la Vieja, y luego no solo los arrojó de España, sino que los persiguió hasta las costas de Tanger. Una curiosa inscripcion, en cuanto nos da idea de las inmensas funciones que habia muchas veces de llenar un solo hombre en aquella época, ha sido descubierta en Gratz, Styria; dícese en ella que el mismo Valio, cuyo nombre encontramos por primera vez, era secretario de los augustos, procurador de las provincias bélgica, germánica, bética etc., prefecto de los auxiliares enviados de España á la Mauritania Tingitana: PRÆFECTVS AVXILIORVM IN MAVRIT. TINGITAN. MISSORVM, etc. Otra inscripcion hallada en la misma ciudad de Antequera, no deja duda alguna acerca del nombre del procurador que la libró del sitio. Maximino Galo, procurador ó apoderado de los augustos, es nombrado en ella como *Patron* de la órden de los Singilianos, es decir del cuerpo de los ciudadanos formado de decuriones, por haber libertado al municipio de los repetidos ataques de los bárbaros: OB. MVNICIPIVM. DIVTINA. BARBAROR. OBSIDIONE. LIBERATVM. PATRONO. CVRANTIBVS. G. FABIO. RVSTICO. ET. C. EMILIO. PONTIANO. Estos últimos eran probablemente los ediles de la ciudad. La invasion de los Mauritanos ha de fijarse en el año 171 de la era vulgar, 209 de la era española.

171 de J. C.
924 de Roma.

En el curso de las victoriosas campañas que valieron á Marco Aurelio el renombre de *Germánico*, ocurrió un suceso que manifiesta cuan extendida estaba ya la doctrina del cristianismo. Hallábase Marco Aurelio mas allá del Danubio cercado por los Marcomanos, y la falta de agua habia reducido á sus tropas á un estado muy próximo á la desesperacion. De repente se oscurece el cielo y cae una copiosa lluvia que los soldados gozosos recogen en sus cascos. Entretenidos se hallaban en esta operacion consoladora, cuando de improviso son atacados por los bárbaros, que hacen en sus filas horrible matanza. Mas luego aquella misma nube descarga sobre los enemigos un diluvio de granizo, acompañado de truenos que los llenaron de terror, y alentados á su vez los Romanos, los arrollan y los ahuyentan. Gentiles y cristianos, que habia muchos en las legiones, to-

dos tuvieron el suceso por milagroso, y hasta el mismo emperador así lo consideró. En la carta que dirigió al senado indicó, aunque muy circunspectamente, que debia la victoria á los cristianos, y es lo cierto que mandó castigar á los que profiriesen calumnias contra ellos. Este suceso está atestiguado por muchos historiadores, y Tertuliano en su Apología habla de la carta como de una cosa conocida.

Marco Aurelio murió en el año de Roma 933, cuando apenas contaba cincuenta y nueve años, despues de diez y nueve y algunos dias de reinado. El imperio pasó á manos de su hijo Cómodo, quien si heredó el poder no sucedió lo mismo con las virtudes de su padre. A los vicios de su madre Faustina unia la bajeza de alma de un gladiador; las deshonestidades que mancharon su vida fueron muchas y su crueldad era la de una fiera. Un solo rasgo bastará para darle á conocer: cierto dia que encontró á un hombre de vientre enorme, partióselo en dos partes para gozar del espectáculo de ver sus entrañas (1). Bajo semejante príncipe, España hubo de considerarse feliz por distar algunos centenares de leguas de la capital. Cómodo con su estúpida cabeza estrecha en su parte superior y ancha en las mandíbulas, no manchó este país con su presencia, y si bien no le hizo sentir tampoco rigores particulares, hubo de sufrir la Península, lo mismo que el resto del mundo romano, el detestable gobierno de aquel mónstruo. Despues de agotar el tesoro, Cómodo vendió los cargos y empleos públicos y hasta el gobierno de las provincias, siendo esta la causa de muchos infortunios sin gloria, en los cuales tuvo España buena parte. Algunos malvados enriquecidos por la rapacidad y la usura compraron las altas magistraturas, movidos no por la honra de gobernar, sino por el deseo de aumentar sus bienes; era para ellos un negocio, como se dice vulgarmente, y nada mas. Por todas partes se veian abominables exacciones; vendíase todo hasta el alma y la carne humana. Solo los cristianos pudieron gozar de algun tiempo de paz, merced á Marcia, favorita del déspota, que los protejia.

180 de J. C.
933 de Roma.

El emperador mandaba quemar vivos y dar muerte con inaudito refinamiento de crueldad á hombres, mujeres y niños y hacia lanzar á las fieras á los que no admiraban la belleza de su frente estrecha y sombría, la frente sagrada, la frente augusta del emperador (2). Ni á sus parientes perdonaba y condenó á muerte á Annia Faustina, prima hermana de su padre. Como Neron, era muy sensible á los aplausos, y cifrando toda su gloria en imitar á los gladiadores, rebajábase hasta mostrarse celoso de su mérito. Dion Cassio habla de cierto Julio Alejandro, hombre de mucha fuerza y diestro tirador, que luchó á caballo con un leon y le mató á flechazos, con gran aplauso del pueblo; su hazaña no pudo menos de irritar á Cómodo y pocos dias despues mandó la muerte de su rival. Hemos creido deber extendernos algo en la pintura de Cómodo, pues aun cuando sus furiosas pasiones se dejaron sentir en Roma mas que en el resto del imperio, podrá por ello conocerse á falta de memorias especiales lo que habia de ser durante su reinado el gobierno de España, y es probable que á haber llegado

(1) Obtunsi oneris pinguem hominem medio ventre dissecuit, ut ejus intestina subito funderentur. Hist. Aug., p. 128.

(2) Con igual suplicio castigaba á los culpables de haber leido la *Vida de Calígula* por Suetonio.

hasta nosotros escritos contemporáneos acerca del estado del país en aquella época, habríamos de referir hechos no menos graves que los que sucedian en Italia. No se olvide además que en el tiempo de que estamos tratando estuvo la historia de España unida tan íntimamente con la de Roma, que muchos historiadores han creido que no debian separarlas; al frente de cada capítulo consagrado á un emperador, Garibay jamás omite la calificacion de emperador de Roma y señor de España (1).

193 de J. C. 946 de Roma. Cómodo murió en fin de muerte violenta; Marcia su concubina le envenenó, y como tardase mucho tiempo en espirar, un atleta comprometido en la conspiracion le ahogó entre sus brazos. Cómodo reinó doce años, nueve meses y catorce dias.

Bajo el corto reinado de Pertinaz (2), no experimentó la España cambio alguno.

Pertinaz era un verdadero romano, y si Cómodo compró la paz á los bárbaros, exigióles él la devolucion del tributo que se les habia pagado. Su mayor empeño fué el restablecimiento de la disciplina, mas los pretorianos, que eran entonces los supremos árbitros de Roma, le dieron muerte (3).

Muerto Pertinaz, el imperio fué puesto en pública almoneda, entregándose el mundo al mejor pastor. Solo dos competidores quedaban y por fin hizo suya la púrpura Didio Juliano, el mas pródigo y tambien el mas desgraciado de los dos. En efecto, en el ardor de la lucha habia ido demasiado lejos, y no pudo aprontar la suma prometida importante mil doscientas cincuenta dracmas. El infeliz deudor de los pretorianos hallábase en inminente peligro, y si bien nada le sucedió durante los primeros dias, acabó por ser sacrificado. Pescenio Niger, que mandaba el ejército de Oriente, fué llamado al imperio, al mismo tiempo que se sublevaban las legiones de Iliria y las británicas; aquellas aclamaron á Septimio Severo y estas á Clodio Albino, quedando el imperio por el mas valiente y afortunado. Severo venció á Niger en tres batallas dadas en Asia, y corriendo luego á las Galias derrotó á Albino al pié de los muros de Lyon; desde entonces fué el verdadero emperador (4).

194 de J. C. 947 de Roma.

Mientras esto sucedia, España continuaba marchando por las mismas vias, y solo débilmente sentia los grandes sacudimientos del imperio á que estaban sugetos sus destinos; en ellos no tomaba parte sino de lejos y por medio de aquellos hijos suyos que entraban en la composicion de las legiones (5).

Severo se mostró gran enemigo de los cristianos: aunque era la tercera per-

(1) Véanse los XL libros del Compendio historial de las chronicas y universal historia de todos los reinos de España, por Esteban de Garibay. Amberes MDLXXI.

(2) Reinó dos meses y veinte y ocho dias.

(3) «Aunque los ejércitos no tuviesen un lugar determinado para reunirse, no obedeciesen á determinadas formas, deliberasen poco y obrasen mucho, disponian como soberanos de la fortuna pública, y el emperador no era mas que el ministro de un gobierno violento, elegido para utilidad particular de los soldados.» (Montesquieu, Consid. sobre la grand. y decad. de los Rom.)

(4) Severo nació en Leptis, en la costa de Africa. El jefe de los Romanos, dice el vizconde de Chateaubriand, hablaba la lengua de Anibal.

(5) Además de la Italia las provincias desde mucho tiempo reunidas al imperio, como la España y la Nórica, proporcionaban hombres á las legiones. Las fuerzas sacadas de los demás paises solo figuraban en ellas como auxiliares.

secucion, puede decirse que para España fué la primera, así por haber sido la mas rigurosa y cruel, como porque entonces era ya grande en España el número de los discípulos de la Cruz. Tertuliano menciona la Península entre los paises en que hiciera el cristianismo recientes progresos (1), y vemos en san Ireneo un testimonio mas concluyente aun (2). Es evidente, pues, que en aquella época el cristianismo habia penetrado en muchas provincias españolas (3), y verificólo sin duda por el Africa, en cuanto los primeros cristianos conocidos en la Península aparecieron en la Bética. Para sustraerse á la vigilancia de los magistrados celebrarian, como sus hermanos de otros países, secretas reuniones y vivirian durante los dias calamitosos en cuevas y subterráneos; poco á poco aparecerian y se mezclarian con la poblacion, y segun se desprende de los testimonios que acabamos de citar, sus asambleas ó iglesias se habian multiplicado lo bastante en la última mitad del siglo segundo para atraer todas las miradas. Entonces fué (algunos señalan el año noveno del reinado de Severo en que este emperador ordenó en efecto una persecucion) cuando por primera vez se aplicó á los cristianos de España todo el rigor de los decretos imperiales. Los detalles de la persecucion no han llegado hasta nosotros, pues los que se leen en diferentes historiadores carecen del carácter de autenticidad que ha de tener todo relato histórico, y esto es otra prueba de que las iglesias españolas de que habla san Ireneo, se hallaban entonces lo mismo que todas las de Occidente, en un estado de inferioridad real respecto á las iglesias de Oriente, pues allí donde el cristianismo contaba con gran número de discípulos, aparecian siempre gloriosos y fervientes apóstoles, escritores al propio tiempo de gran erudicion, que lo confesaban en sus libros y transmitian su historia á las edades futuras (4).

Severo pasó á la Gran Bretaña, y despues de vencer á los Caledonios y de elevar para contenerlos el muro que lleva su nombre, enfermó y murió en la ciudad de York (5). 211 de J. C. 964 de Roma.

Severo dejó el imperio á sus dos hijos Caracalla y Geta; pero divididos por un odio irreconciliable, el primero á quien su padre llamara muy injustamente Antonino, hizo dar muerte á su hermano para reinar solo. Nada se cuenta de este reinado que se refiera particularmente á España, á no ser que Caracalla tuvo por ministro á un eunuco, nacido en este país, llamado Sempronio Rufo (6). «Es probable, dice Ferreras, que aquel hombre no fuese muy bueno cuando obtuvo el favor de un príncipe tan malo.» El eminente jurisconsulto Papiniano fué otra de las víctimas de su crueldad.

---

(1) En su libro contra los Judíos, c. 7.

(2) Etenim ecclesia. . per universum orbem usque ad extremos terræ fines dispersa... Ac neque hæ quæ in Germaniis sitæ sunt ecclesiæ, aliter credunt aut aliter tradunt, nec quæ Hispaniis, aut Galliis, aut in Oriente, aut in Ægypto, aut in Africâ, aut in Mediterraneis orbis regionibus sedem habent. Verum ut sol hic á Deo conditus, in universo mundo unus atque idem est. Sanct. Iræn. Contra Hæreses, l. I, c I.

(3) La época de la primera introduccion del cristianismo en España ha sido objeto de infinitas discusiones entre los eruditos españoles. Los italianos han tomado parte tambien en la cuestion, pero esta no ha salido del campo de las congeturas. (Romey.)

(4) Romey, t. I, p. 341.

(5) Reinó diez y siete años ocho meses y tres dias, desde el año 946 hasta el 964 de Roma.

(6) Dion Cassio, l. LXXVII.

217 de J. C. 970 de Roma. Caracalla murió cerca de Edesa (1) asesinado por cierto Marcial; Macrino, prefecto del pretorio, que habia dispuesto el asesinato, obtuvo el imperio y no hizo cosa alguna notable (2).

Muerto Macrino, un concurso extraordinario de circunstancias y una intriga mugeril, llevó al imperio á un niño sirio, que manchó la púrpura con toda clase de liviandades. 218 de J. C. 971 de Roma. Pertenecia por linea femenina á la familia de Severo y llamábase Avito Basiano, si bien fué apellidado Eliogábalo, ó con mas exactitud Elagábalo (3). Despues de uno de los mas execrables reinados de aquel tiempo, Eliogábalo fué muerto junto con su madre en las letrinas (4), y luego arrastrado hasta el Tiber, cuando solo contaba veinte y dos años (5). Su nombre fué borrado de todos los monumentos, en especial en España, y existen aun varias inscripciones de las que se hizo desaparecer su nombre como una deshonra.

222 de J. C. 975 de Roma. Alejandro Severo le sucedió, y bajo su paternal gobierno, la España, secretamente atormentada por los indignos gobernadores de los anteriores reinados, gozó de completa seguridad; el emperador envió á ella hombres probos y amantes del bien público, y en poco tiempo recobró la Península la prosperidad que habian interrumpido los monstruosos príncipes que habian sido la calamidad del mundo.

Alejandro Severo afianzó el imperio que se disolvia y derrumbaba por todas partes; como un magnífico, pero carcomido monumento, solo se sostenia por medio de puntales y de apoyos momentáneos, y Severo retardó su ruina. Cuéntase de este emperador que colocó en una especie de capilla doméstica la imágen de Jesucristo entre las de Apolonio de Tyana, de Abraham y de Orfeo, y mientras duró su reinado, los cristianos, lejos de ser perseguidos, tuvieron en él un discípulo, ó cuando menos el emperador amaba su moral y se complacia en sus libros. En aquellos primeros tiempos publicábanse los nombres de los presbíteros y de los obispos, y el pueblo deliberaba acerca de su eleccion; Alejandro quiso que se practicase lo mismo con los gobernadores de las provincias; proclamábase su nombre, y podia el pueblo aprobar ó desechar la eleccion imperial. Esta ley fué recibida con transportes de alegría por los Españoles cuyos instintos de libertad halagaba, y su gratitud multiplicó los monumentos en honor del príncipe que la habia dado. Su amor se extendió á su madre Mammea, mujer fuerte y animosa, y erigiéronle una estátua en Acci, ciudad que se llamó tambien *Colonia Julia Gemina Accitana*. El pedestal llevaba la siguiente dedicatoria: *En nombre y á la majestad de la madre del emperador Alejandro Severo, pio, feliz, y augusto, madre de los reales y de los ejércitos.* Mammea era muy acreedora á semejante título, pues en mas de una ocasion se habia presentado entre los soldados, quienes encontraban siempre en ella una abogada.

235 de J. C. 988 de Roma. Despues de un reinado de trece años, Severo cayó bajo los golpes de los

(1) Caracalla reinó unos seis años, desde el 964 hasta el 970 de Roma.

(2) Los soldados le dieron muerte despues de catorce meses de reinado, en el año 971 de Roma.

(3) Debió este sobrenombre á haber sido, antes de su elevacion al trono, sacerdote en Emeso, en un templo dedicado al Sol, bajo el nombre sirio de Elagábalo, esto es, Dios de las Montañas. Lampridio, in Vit. El.

(4) Atque in latrinâ, ad quam confugerat, occisus. (Hist. Aug. p. 478.)

(5) Habia reinado tres años, nueve meses y cuatro dias; desde el año 971 hasta el 975 de Roma.

asesinos pagados por Maximino, oficial de su ejército, y fué muerto con su madre en Secila, cerca de Maguncia.

Desde aquel momento el imperio cae hecho girones, y el oculto trabajo de su decadencia empieza á manifestarse á los ojos de todos; compréndese que el mundo ha perdido su polo político, y en adelante no veremos mas que una incesante lucha entre Roma é inumerables legiones bárbaras.

El mismo Maximino, que acaba de elevarse al trono, es semibárbaro; natural de Tracia, su padre se llamaba Micca y era Godo. Alistado bajo las banderas romanas, ascendió en la milicia á causa de su extraordinaria fuerza; y el asesinato le abre el camino del trono. Vió que así lo practicaban sus predecesores, é imitó su ejemplo.

Maximino abandona la Alemania para combatir á los nuevos emperadores aclamados por los ejércitos, pues hasta llegar á Diocleciano los veremos pulular con frecuencia. Sin embargo, los dos Gordianos ya no existen; son proclamados Máximo y Balbino; la Italia entera abraza su partido, y alcanzan por fin el triunfo por haber sido Maximino asesinado en las inmediaciones de Aquilea.

En tiempo de Maximino muchos cristianos sufrieron en España el martirio, y créese que el orígen de la persecucion fué el soldado que inspiró á Tertuliano una de sus mas bellas obras (1). Era costumbre que los emperadores se mostrasen á su elevacion generosos con los soldados, y que estos saliesen á recibirlos coronados de laurel: al ser proclamado Maximino, adelantóse un legionario llevando su corona en la mano, y al preguntarle el tribuno porqué no la llevaba en la cabeza como sus compañeros, contestó: «No puedo; soy cristiano.» Maximino se mostró furioso por tan digna confesion, y mandó perseguir á los cristianos por la imaginaria ofensa que decia haber recibido de un soldado de aquella secta impía. En la misma época se fija con bastante verosimilitud el martirio de muchos santos españoles, en especial, el de san Maxin ó Máximo, llamado en Cataluña san Magin, cuya fecha exacta se expresa, esto es, el dia 20 de Agosto del año 235 de J. C. A poca distancia de Tarragona, vese todavía la cueva del monte Bufrugano, que parece haber sido el lugar de la ejecucion de Máximo (2).

Máximo y Balbino que, á pesar suyo, habian sido aclamados emperadores, 238 de J. C.
sufrieron en breve la suerte comun, y apenas reinaron un año. Los soldados 991 de Roma
les dieron muerte, y á ella siguieron los horrores de la guerra civil, llegando á encenderse el combate en las mismas calles de Roma, hasta que el senado, el pueblo y el ejército convinieron en confiar el supremo poder á un nieto de Gordiano el viejo no obstante su extremada mocedad. Pupieno Máximo era hijo de un cerrajero ó carretero; soldado valeroso, habia sido apellidado el *Triste* por su aire taciturno; Celio Balbino, versado en las letras griegas y latinas, era buen orador y poeta. La desgracia de ambos consistió en ser elevados al imperio.

Gordiano III, en caso de que puedan formar número los anteriores Gordianos (3), reinó gloriosamente, y merced á un buen ministro llamado Misitheo que

(1) El libro de la Corona.
(2) Mariana, lib. IV, cap. IX; Romey, t. I, p. 400.
(3) Ambos reinaron menos de dos meses, y esto mientras vivió Maximino, lo que hacia que

habia sido su preceptor, y con cuya hija Furia Sabina Tranquillina se casó, sostuvo con dignidad el honor del imperio. Venció á los Persas, y quizás habria sido uno de los mejores emperadores de la época á no morir tan pronto. Misitheo habia sido á la vez ministro y prefecto del pretorio, y ocurrida su muerte, sucedióle en sus funciones cierto Filipo, natural de Bosra, en Arabia, que, á lo que se aseguraba, habia sido bandido. Filipo abusó de la inexperiencia del jóven emperador, y con sus maquinaciones logró dividir con él la púrpura. Sin embargo, no se contentó con ser su asociado, y el jóven Gordiano, que veia el poder deslizarse de entre sus manos, recurrió á los soldados. Díjoles que su deseo era tener la parte de poder que le correspondia, y le fué negado; entonces consintió en no ser mas que prefecto del pretorio, y se lo negaron tambien, hasta que de humillacion en humillacion, acabó por implorar la vida; tampoco esta le fué concedida, y murió por órden de Filipo, despues de reinar cinco años y ocho meses (1).

244 de J. C.
997 de Roma.

Filipo celebró con los Persas una paz vergonzosa, y marchó á Roma despues de hacer á su rival magníficos funerales, dejando al partir á su hermano Prisco el mando del ejército de Siria, y á su yerno Severiano el de las legiones de Macedonia y de Tracia. Su hijo C. Julio Saturnio Filipo fué nombrado cesar. España, apartada por su posicion geográfica de los desordenados movimientos que agitaban el imperio, cuya ruina habia de llevar consigo la suya, permanecia espectadora tranquila, pero no indiferente de unos acontecimientos que tan de cerca le tocaban. A no haberse hecho tan romana, habria sido aquella ocasion favorable para erigirse en nacion independiente, para constituirse en España; pero en la marcha de los sucesos existe algo que no es dado al hombre penetrar: los designios de Dios conducen el mundo en que nos agitamos; y si del tiempo pasado no se desprendiese siempre una moral bella y generosa, si la misma no entrase en la práctica de los hombres, la vista de las faltas, de los crímenes de aquellos que nos han precedido, haria desesperar de la humanidad y del porvenir, y la Providencia no seria mas que una palabra vana (2).

247 de J. C.
1000 de Rom.

Mientras Filipo celebraba en Roma los juegos seculares, en el año mil de su fundacion, aparecieron dos nuevos emperadores. Prisco, hermano de Filipo, fué depuesto por las legiones por el odio que á él y á su hermano profesaban, odio cuya causa se ignora, y proclamaron emperador á Jotapiano, al tiempo que las legiones de Mesia y de Panonia reconocian á Marino en la misma cualidad. Tenemos, pues, á tres emperadores que se disputan la púrpura. Decio, uno de los mejores generales romanos, es enviado por Filipo contra Marino; mas las legiones, descontentas de este, danle muerte en vez de combatir á Decio y nombran á este general para ocupar su puesto. Decio, que no esperaba semejante desenlace, vacila, pero como se le amenaza con la muerte en caso de negarse á ceñir la corona, consiente en ser aclamado emperador.

Su elevacion, que podia ser calificada de perfidia, le afligió sinceramente, y, deseoso de apartar de sí hasta las apariencias de la traicion, aseguró á Filipo

existiesen tres emperadores. Pronto veremos que su número llega hasta treinta, reinando todos á un tiempo y en el mismo imperio.

(1) Desde el año 991 hasta el 997 de Roma.

(2) Romey, p. I, t. I, p. 402.

que abandonaria el poder luego que pudiese hacerlo sin peligro de su vida. Filipo, empero, que siempre procedia con artificio y fingimiento, juzgó el alma de Decio por la suya y se dispuso á hacer la guerra á su competidor, quien no tuvo mas recurso que marchar contra Filipo. Sin embargo, Filipo fué asesinado al llegar á Verona, y su hijo experimentó en Roma igual suerte.

Eusebio y Orosio, confirmados en esto por varios historiadores, entre otros por Baronio, aseguran que Filipo fué cristiano, y aun que hizo penitencia pública por disposicion de san Fabiano, pontífice de Roma. Este punto ha quedado muy oscuro, y de todos modos ha de adoptarse la opinion de Ferreras: «Sin atreverme á resolver semejante cuestion que me parece muy espinosa, dice, y sobre la cual puede pensar cada uno segun mejor le parezca, creo que sus maldades no son gran prueba de que fuese cristiano, y sí únicamente de que deshonró tan respetable carácter, en caso de haberlo tenido.»

Decio, que estaba adornado de eminentes cualidades, es digno de contarse 249 de J. C. 1002 de Rom entre los grandes emperadores, si bien mancha su fama la persecucion que suscitó contra los cristianos. El rigor con que les persiguió fué tan grande, que sorprendidos algunos en el reposo, se sintieron débiles para sufrir la violencia de los suplicios, y se retractaron. Entre ellos los hubo que apostataron públicamente é incensaron á los ídolos, y otros que manifestaron por escrito haber abjurado la fe de Jesucristo y sacrificado á los dioses. Los primeros fueron llamados *sacrificantes*, y los segundos *libelistas*.

En España, Marcial, obispo de Emérita, ó segun otros de Légio, y Basílides, obispo de Asturica, fueron del número de aquellos que negaron á Jesucristo, y ambos declararon adorar á los dioses del imperio. ¿En qué pueblo del mundo no habrá espíritus débiles, dice Lafuente al dar cuenta de estas apostasías, ni que nacion podrá blasonar de que todos sus hijos sean héroes? Desde aquel momento Marcial vivió en contínuo trato con los flámines y sacerdotes, pero Basílides se arrepintió, y solicitó por favor ser admitido en la comunion de los legos (1).

La debilidad de algunos no impidió, empero, que alcanzasen la corona del martirio infinitos cristianos, y entre el número de los mártires ha de contarse á san Cristóbal, segun relato de Nicéforo (2).

En aquel entonces los Godos que ya en tiempo de Marco Aurelio habian abandonado su ignorada patria, y acampado en las márgenes del Vístula, se agitaron é hicieron oscilar al mundo.

A la manera que vemos muchas veces levantarse lejos de nosotros y en lo mas apartado de nuestro horizonte pequeñas y dispersas nubes, que uniéndose y condensándose despues, van ennegreciendo la atmósfera, y apenas llega á nuestros oidos el rumor del trueno que allá en lontananza las anuncia; mas luego las vemos acercarse impulsadas por el viento, los relámpagos crecen, el fragor del trueno retumba, y por último la tempestad descarga sus furores sobre nuestras cabezas, é inundan los campos y devastan las ciudades las cataratas que de ella se desgajan: así España en los tiempos en que vamos á penetrar veia le–

(1) San Cipriano, carta 68.
(2) Mariana, l. IV. c. 9.

vantarse á lo lejos aquellas masas de bárbaros que á manera de nubes amenazaban el norte del imperio, veíalas en lontananza unirse, engrosarse, avanzar como azotadas por el viento; pero colocada nuestra patria al extremo occidental del mundo romano, el ruido de aquellas luchas llegaba á ella como el sordo rumor de un trueno lejano. Y sin embargo, aquellas nubes de Godos, de Hérulos, de Vándalos, de Sármatas, de Escitas, de Burgundios, de Hunos, de Alanos y de otras mil razas y tribus, habian de descargar sobre sus campos é inundar su suelo (1).

El imperio era invadido por dos puntos á la vez; por los cristianos que minaban los antiguos principios en que se apoyaba y por los bárbaros que inundaban sus fronteras. La irrupcion era inminente, y una voz secreta decia confusamente á todos qué el mundo antiguó habia perdido su eje y que no existia ya ley. Como sucede en semejantes casos, unos lo creian todo perdido abandonando la senda de lo pasado (2), y otros solo veian salvacion en las nuevas doctrinas; y entre las dos ideas que dividian el siglo y tendian á guiarlo en sentido diverso, el mayor número que no creia en las máximas antiguas, ni estaba harto enterado y convencido de las nuevas, sentíase presa de una duda dolorosa y como de una inquietud inmensa, temeroso de los tiempos que habian de venir.

Tal era el estado de las cosas, cuando el gran cuerpo de los Godos, que habia de dar á la Península una larga série de reyes, dió en tiempo de Decio otro paso hácia adelante.

Historia muy curiosa por cierto, á tener los elementos para formarla, habria de ser la de aquellos bárbaros que se encuentran mezclados con todas las naciones modernas y que bajo las denominaciones de Godos, de Hérulos, de Vándalos, de Gépidos, de Burgundios, de Escitas y de Hunos, subdivididos además en cien distintas tribus, han dejado sus huellas y como su aluvion en todos los paises del Occidente. ¿Cómo no deplorar sobre todo la ignorancia en que estamos acerca del orígen y la historia de unos pueblos que se han identificado para siempre con las razas que hallaron establecidas en el teatro de sus conquistas y cuya esencia renovaron?

---

(1) «Los bárbaros, en un principio desconocidos para los Romanos y luego causa de incomodidad, habian acabado por inspirarles temor. Por el acaecimiento mas extraordinario que hubiese presenciado el mundo, Roma habia aniquilado tan completamente á los pueblos todos, que al ser á su vez vencida, pareció que la tierra hubiese criado otros nuevos para destruirla.» (Montesquieu, Grand. y decad. de los Rom.)

(2) El prefecto Simmaco, ardiente sectario de la religion gentílica, escribió por aquel tiempo sobre la necesidad de restablecer el altar de la Victoria, y de atajar cuanto antes los pasos de la religion nueva. En su ceguedad, conocia el mal, sentia por instinto donde residia, pero no acertaba con el verdadero remedio.

«Roma, decia, ha dejado de prosperar desde que la impiedad se ha hecho general. Persigamos á los cristianos. No haya discusion cuando se trata de salvar al Capitolio.

«¿Qué cosa mejor para guiarnos al conocimiento de los dioses que el recuerdo de nuestra dicha pasada? Seamos fieles á tantos siglos transcurridos, é imitemos á nuestros antepasados que con tanta gloria imitaron á los suyos. Pensad que Roma os habla y os dice: Grandes príncipes, padres de la patria, respetad mis años durante los cuales he observado siempre las ceremonias de mis mayores; este culto ha sometido á mis leyes al universo entero; por él fué Anibal rechazado de mis muros y los Galos del Capitolio.»

Durante los reinados que acabamos de ver pasar á nuestra vista desde el de Marco Aurelio, los Godos, empujados quizás por otras naciones que se levantaban á sus espaldas y que tendian hácia el Occidente, se habian acercado á las fronteras romanas, y desde las orillas del Vístula, engrosados con todas las hordas que hallaron á su paso y que incorporaron sucesivamente á sí, como arrastra á los riachuelos el rio que sale de madre, se habian esparcido en direccion del Ponto-Euxino, y acampaban en sus playas, mas allá del Danubio, esperando uno de aquellos impulsos que se les comunicaban, no se sabe de donde, y que habian de llevarlos mas lejos aun, hasta la completa destruccion del coloso Romano. Conquistada la Dacia por Trajano, no existia ya valla alguna entre ellos y el imperio; estaban, por decirlo así, tocando con él, y le invadieron. La Dacia fué la primera en experimentar su furia; ved allí á los futuros señores de Occidente, ved allí á nuestros antepasados quizás. La traicion les allana el camino; Prisco, hermano de Filipo, que aspira á ser emperador, les abre las puertas del mundo antiguo; las barreras caen ante ellos, y aquellos salvajes medio desnudos se precipitan en tropel. Devastan los campos, entran por asalto en las ciudades, saquean, matan cuanto encuentran á su paso; cien mil habitantes de una sola ciudad caen bajo sus golpes (1), y luego, saciados de sangre y de botin, satisfechos por haber dado la púrpura á un emperador romano (2), la ruidosa multitud se retira embriagada de victoria, llevando en pos de sí pesados carros cargados de riquezas y aguijando con sus lanzas, como á una torada, á una muchedumbre de prisioneros, con las manos atadas á la espalda.

Sabedor de lo que acontece, acude Decio con un ejército para tomar venganza de los bárbaros; pero á ejemplo de Prisco y por el mismo precio, Treboniano Galo entra en inteligencia con ellos y le vende. Decio se ve atacado de improviso, su hijo cae á su lado, y arrastrado por fin con su ejército á un terreno pantanoso, pierde allí el imperio y la vida. 251 de J. C. 1004 de Rom.

Galo es proclamado emperador en lugar de Decio, y como la memoria de este era todavía grata al pueblo y al ejército, cree prudente asociar al imperio á V. Hostiliano, hijo segundo de su antecesor. Decio habiá reinado treinta meses (3), y en él habia reaparecido algun destello de la energía romana y de la lealtad patriótica que tan raras se iban haciendo; solo él habria quizás contenido el torrente de los bárbaros, que solo se retiró para refluir luego con mas fuerza.

Galo se apresuró á celebrar un tratado con los Godos, y se obligó á pagarles un tributo, lo cual era para el imperio, el medio mas funesto que pudiese emplearse, pues, como dice Montesquieu, «la cobardía de los emperadores algunas veces y otras la debilidad del imperio hicieron que se procurase desarmar con dinero á los pueblos que amenazaban invadirle, olvidando que la paz no puede comprarse, puesto que aquel que la vende está siempre en estado de hacerla comprar otra vez (4).»

(1) Filipópolis. (Véase. Ammiano Marcel., l. XXXI, c. 5).
(2) A Prisco, que les habia revelado el secreto de la debilidad del imperio.
(3) Desde el año 1002 hasta el 1004 de Roma.
(4) Grand. y decad. de los Rom., c. XVIII.

Hostiliano no tardó en ser sacrificado á la exclusiva ambicion de Galo (1), y el hijo de este, Vibio Volucio, ocupó su lugar. Valente Hostiliano parece haber tenido alianzas españolas, y su esposa fué quizás natural de este país. Morales habla de un monumento erigido á él y á su esposa Cnea Herennia Orbiana, por los habitantes de Valencia (2).

Durante el reinado del sucesor de Decio cesó un tanto el rigor desplegado contra los cristianos, y por los años de 254 celebráronse varios concilios, en los que se trató de la heregía de los Novacianos que acababa de suscitarse.

Antes del año 255, tomóse motivo de la peste que asolaba diferentes provincias del imperio, para encender de nuevo la persecucion contra los cristianos; y fueron muchos los mártires que se contaron en España.

En tiempo de Galo oyóse hablar por primera vez de los Escitas, quienes se habian dirigido hácia el Bósforo cimmerio. Los Escitas, los Godos, los Burgundios (Borgoñones) y además los Persas ocupaban las fuerzas todas del imperio; la Macedonia, la Tesalia, la Grecia y el Asia hacian un gran consumo de hombres, y las levas se verificaban con trabajo. España aprontaba anualmente para estas guerras la mejor parte de su juventud, y legiones habia compuestas enteramente de Españoles; casi todos abandonaban la tierra natal para no volverla á ver, é iban á morir á Mesia, á Tracia, á Persia, á Mesopotamia ó á Armenia, en defensa de un imperio al cual sus antepasados habian valerosamente resistido, con el cual se habian asociado despues así en la buena como en la mala fortuna, de modo que la caida del uno habia de producir la de la otra. Gloria y adversidad todo se habia hecho comun entre España y Roma.

Emiliano que mandaba en Panonia, marcha contra los Godos, los vence, y en el entusiasmo de la victoria su ejército le proclama emperador, encontrándose en la Mesia. Con la confianza que el triunfo inspira, Emiliano escribe al senado prometiéndole arrojar de Tracia á los bárbaros, y á los Persas del Asia menor y de la Mesopotamia con tal que se le confiriera el gobierno de las mismas provincias, en cuyo caso abandonaria al senado el resto del imperio; política mezquina y de decadencia, pues el imperio habia de ser uno y no depender mas que de Roma, ó dejaba de ser el imperio. Emiliano habia formado parte de un contingente español; era natural de la Mauritania tingitana, colonia dependiente de la Bética, y habia ascendido sirviendo en las filas romanas. De ánimo esforzado era además muy entendido general.

Galo y su hijo se conmueven al saber la traicion de las legiones de Mesia, y se preparan á marchar contra ellas; Emiliano se les anticipa y pasa á Italia. Ambos ejércitos están frente á frente, pero los soldados de Galo le dan muerte á él y á su hijo, y aclaman á Emiliano, quien queda por lo mismo único emperador.

253 de J. C.
1006 de Rom.

Al saber la muerte de Galo, las legiones de Rhecia proclaman á Valeriano, quien marcha á Italia; por uno de aquellos cambios tan comunes entre los soldados romanos de la época, Emiliano es asesinado á su vez entre Otricoli y Narni,

(1) Zósimo así lo dice, pero Victor afirma que Valente Hostiliano fué víctima de una peste que salida de Etropia causó entonces grandes estragos.

(2) Morales, l. IX, c. 44.

y Valeriano, libre de su competidor, hállase ser único soberano. Emiliano reinó menos de cuatro meses.

Las hostilidades de los bárbaros continuaban en todas las fronteras. Las Galias eran invadidas por un cuerpo de Germanos, ó de Frankos, que en la época de sus primeras expediciones fueron designados con el primero de estos nombres, y que pertenecian en efecto á la liga de los Germanos (1). Galieno fué enviado contra ellos por su padre, bajo la direccion de Postumo, cuando ya muchos de ellos habian pasado los Pirineos, atravesado el estrecho y llevado el espanto á Mauritania. Los Romanos habian peleado varias veces con aquel pueblo belicoso á quien una especie de instinto atraia hácia las Galias, y habíale rechazado y vencido antes de entonces en las inmediaciones de Maguncia. Galieno los atacó en su propio país, y obtuvo el triunfo contra ellos, existiendo medallas en que se le califica de *Germanicus Maximus*. En su expedicion á España, los Frankos tomaron á Tarragona y la entregaron al saqueo; Orosio refiere que aun en su tiempo se veian en dicha ciudad y en la campiña inmediata huellas de los estragos causados por aquellos conquistadores.

En tanto hallábase Valeriano en Iliria, donde luchaba con los Godos, con los Sármatas y con los Cuados, empleando en rechazarlos todas sus legiones, hasta que por último quedó la victoria por él; y mientras su hijo Galieno debia á Postumo sus triunfos, Valeriano se hallaba asistido en sus combates contra los bárbaros por tres hombres que habian de llegar todos á la celebridad; llamábanse Claudio, Aureliano y Probo, y eran entonces animosos generales que ganaban el imperio peleando. Los Persas mandados por su rey Sapor asolaban las posesiones romanas inmediatas á su territorio, y era su proyecto expulsar á los Romanos de Asia; sabedor de su irrupcion, Valeriano corre de Iliria á Cilicia para oponerse á sus progresos, en ocasion en que cierto Marco Cyriade, desertor greco-romano, se habia apoderado de varias ciudades en nombre de Sapor, y no contento aun, hízose nombrar augusto. Roma tenia otro emperador y se lo habia dado la mano de un rey Persa. Sapor habia de hacer espiar cruelmente á la república sus pasados triunfos, pero por medios indignos de un enemigo leal, por la traicion, cuya vergüenza recae sobre aquel á quien aprovecha, no sobre aquel que de ella es víctima. Atraido Valeriano á una conferencia bajo pretexto de tratar de la paz con el rey Sapor, apenas se halló en poder de este hombre sin honor 260 de J. C.
ni fe, cuando fué hecho prisionero y tratado indignamente. Perdida su libertad 1013 de Rom.
con menoscabo de las leyes y del derecho de gentes, es ultrajado incesantemente por Sapor y sometido á los cargos mas viles; en él sufren humillantes afrentas el nombre romano y las pasadas victorias de Roma, y Sapor llega á servirse de él como de un escabel para montar á caballo, complaciéndose su orgullo en oprimir aquellas espaldas revestidas con la púrpura imperial romana. Valeriano vivió tres años segun unos, y nueve segun otros, en tan miserable esclavitud, é ig-

(1) El nombre de Frankos no era del todo desconocido á los Romanos. En tiempo de Gordiano III, los Frankos habian aparecido en las Galias; pero fueron rechazados por Aureliano, á quien veremos luego emperador. Vopisco (in vita Aureliani, Hist. Aug.) reproduce la cancion de un soldado en que figura el nombre de los Frankos y el de los antiguos Polacos. Dice así:

Mille Francos, millie Sarmatas semel occidimus;
Mille, mille, mille Persas quærimus!

nóranse las circunstancias de su muerte; algunos dicen que cierto dia en que irritó al bárbaro monarca, este le mandó desollar vivo, y otros dicen que murió de enfermedad. No satisfecho todavía su enemigo con su muerte, hizo curtir y pintar de encarnado su piel, y rellena de paja de modo que conservase la forma humana, mandó colgarla en el principal templo de Persépolis.

¿Qué hacia en tanto el hijo de Valeriano? Anegarse en los placeres, rodeado de cortesanos. Galieno, emperador afeminado, que no carecia de valor, anduvo muy poco solícito de ocasiones para mostrarle, y complacíase en el reposo y la molicie. Su pereza se habia hecho proverbial, y aquellos que habian conservado un resto de la antigua virtud romana llamaban á Galieno una *peste impúdica*.

En tiempo de Valeriano decretóse una nueva persecucion contra los cristianos, que fué la octava, segun algunos autores. Sus víctimas en España fueron muchas y entre otras Fructuoso, obispo de Tarragona, y sus diáconos Augurio y Eulogio. San Lorenzo, cuyo martirio es tan popular, murió en Roma en la misma época; Lorenzo ó Laurencio era español y natural de Osca, que, como antes hemos dicho, es la ciudad de Huesca en Aragon.

Bajo los reinados de Decio, de Galo, de Emiliano y de Valeriano propagóse el cristianismo entre los bárbaros por la fuerza de las cosas y por un imprevisto acaecimiento. De la Tracia y de la Iliria, á donde habian ido en busca únicamente de bienes terrenos, llevántonsele vivo con sus prisioneros, y las palabras de sus cautivos cristianos no tardaron en germinar entre aquellos pueblos primitivos. Los Godos fueron los primeros en convertirse; aunque grandes destructores, estaban dotados de admirable aptitud para transformarse; y el pueblo mas bárbaro en un principio entre todos los bárbaros, apropióse en menos tiempo que otro alguno, y con una facilidad maravillosa, cuanto le pareció digno de ser adoptado de las ideas y de la civilizacion romana. Tomó no solo sus usos, sino tambien en muchos puntos sus principios y sus leyes, y esto es tanto mas digno de atencion en cuanto veremos á estos mismos Godos, bárbaros aun en la época en que nos encontramos, ocupar en España el lugar de los Romanos é introducir en ella una política, unas costumbres y una civilizacion en las que apenas se revelan huellas de la salvaje existencia que acababan de abandonar.

Al relatar el reinado de Galieno es fuerza mencionar los treinta emperadores llamados tiranos para distinguirlos del emperador legítimo (1). Sus vidas fueron escritas por Trebelio Polion. Vemos á Macriano en Siria, á Aureolo en Dalmacia, á Publio Valerio Valente en Macedonia, á Tito Cestio Alejandro Emiliano en Egipto, á Tito Cornelio en Africa, á Postumo, á quien hemos visto combatir por Galieno, en las Galias; en Isauria á Trebeliano; en Tessalia á Pison, y en Oriente y en Occidente á Ciriates, á Baliste, á Zenobia, á Loliano, á Victorino, á Victoria, á Mario, á Tetrico, á Ingenuo, á Odenato, á Regilino, á Saturnino, etc., etc.; la mano se cansa de escribir sus nombres. España tenia á Postumo que la defendió de los Frankos, pero, careciendo como carecemos de memorias contemporáneas, es imposible precisar la parte que tomó la Península en los cambios de fortuna de los treinta emperadores. Una inscripcion hallada en Córdoba y citada por Masdeu, parece acreditar la opinion de que Postumo gozó en España de

(1) Fueron á lo menos en número de treinta.

un poder absoluto ; en ella se le llama emperador, cesar y padre de la patria.

Entre los tiranos llamados con igual título y de igual manera que los soberanos legítimos, existió uno que manifestó de un modo vivo y original el desprecio que Galieno le inspiraba. Llamábase Mario y habia sido elevado en las Galias al rango de augusto por Victoria, quien tomaba igualmente el mismo título y el de madre de los ejércitos. Mario habia sido armero : «Sé, camaradas, *commilitones*, dijo al tomar posesion del poder, que podrá echárseme en rostro mi primer oficio; pero dígase lo que se quiera, siempre sabré servirme de la espada, y quieran los dioses que jamás sea enervado por el vino, las flores y las mujeres, como Galieno, indigno de su padre y de nosotros! Recuerden todos mi oficio de armero con tal que nadie olvide que he aprendido á manejar el acero; y digo esto porque lo único de que puede reconvenirme Galieno, esa peste impúdica, es de haber fabricado armas (1).»

Galieno fué muerto de un flechazo, dirigido contra él en las inmediaciones 268 de J. C. 1021 de Rom. de Milan; habia abandonado sus delicias para sitiar á uno de los numerosos competidores que su molicie le habia suscitado.

Claudio fué el sucesor de Galieno, y rechazó á los Godos y á los Germanos; despues de sus triunfos contra los bárbaros, hallábase indeciso, á lo que parece, acerca de si atacaria á Tetrico en Occidente, ó en Oriente á Zenobia que luego de asesinado su marido Odenato habia rechazado la soberanía de Roma, cuando fué el emperador víctima de la peste. Claudio no era un soberano ordinario, y obtuvo y mereció el sobrenombre de Gótico. La guerra contra los Godos le pareció al subir al trono el negocio mas importante de la república, y se dedicó á ella casi exclusivamente, siendo curioso el modo como él mismo refiere la terrible batalla en que venció á los bárbaros delante de Nissa, en la Servia.—«Claudio á Broccho (2). Hemos destruido á trescientos veinte mil Godos y echado á pique dos mil buques. Los rios están cubiertos de escudos, las orillas de anchas espadas y de picas. Las llanuras desaparecen bajo los huesos blanquecinos; no hay camino que no esté teñido de sangre; la gran trinchera formada por una multitud de carros reunidos ha sido abandonada, y hemos hecho prisioneras á tantas mujeres que los soldados han podido tomar cada uno dos ó tres esclavas.» Fué aquel el desquite de Filipópolis. Dice la historia que fué tan considerable el número de prisioneros que pudieron poblarse con ellos muchas provincias, destinándolos al cultivo de la tierra, lo que fué para los Godos una especie de iniciacion, pues de feroces guerreros aprendieron á ser labradores. Fíjase en la misma época la incorporacion de los Godos en los ejércitos romanos, y fueron en gran número alistados y organizados segun la disciplina antigua. El gobierno de los Godos era una especie de monarquía, y entre los prisioneros habia, segun Zósimo, reyes y reinas.

La fortuna habia secundado á Claudio en otro punto ; mientras vencia á los Godos, los tiranos se habian destruido entre sí. Zenobia y Tetrico eran casi los únicos que quedaban, y, como hemos dicho, se disponia á hacerles la guerra, cuando la muerte le sorprendió en Sirmicis.

(1) Quod idcirco dico, quia scio mihi a luxuriosissima illá peste nihil opponi posse nisi hoc, quod gladiorum armorumque artifex fuerim.

(2) Broccho mandaba en Iliria.

270 de J. C. 1023 de Rom. Como Claudio se habia granjeado el amor de los soldados y murió inmediatamente despues de una brillante victoria, las legiones se apresuraron á elegir al emperador que él mismo les recomendó. Llamábase Aureliano, é Ilirio de nacion é hijo de una sacerdotisa del sol y de un padre colono, eran tales su valor y denuedo, que sus compañeros de armas le habian apellidado Aureliano *manus ad ferrum*. Aureliano subyugó á los Dacios, venció á Zenobia y á Tetrico y dispuso el famoso triunfo que lleva su nombre, en el que se desplegó una pompa hacia tiempo inusitada. Muchos pueblos figuraron en él, y entre los cautivos que seguian al triunfador veíanse reyes y reinas, entre las cuales estaba Zenobia, atadas las manos con cadenas de oro. Tetrico, aunque Romano y senador, figuró tambien en él en traje de emperador. Flavio Vopisco, que ha enumerado minuciosamente las naciones que contribuyeron á la solemnidad de este triunfo, y que nombra á los Galos, á los Frankos, á los Suevos, á los Germanos, á los Alanos, á los Vándalos, á los Roxolanos, á los Sármatas, y á otros muchos, no hace mencion de España (1), y además en cuanto de Tetrico refiere no dice cosa alguna relativa á la Península.

Si pues es cierto, como todo parece acreditarlo, que España no tomó con resolucion partido por Postumo ni por Tetrico, en cuanto no se hace casi mencion de ella en la Historia Augustal, hubo de ser la única entre las provincias romanas que se abstuvo de crear un emperador de su eleccion, en una época en que aparecian los emperadores por todas partes. La Península, que habia dado el ejemplo con Galba, no participó de un modo directo en ninguna de las revoluciones del poder supremo.

Aureliano ocupa un distinguido lugar entre Claudio y Probo; dotado de gran valor, de mirada pronta, no llegaba á neutralizar estas cualidades su vanidad desmedida, y mas que hacerse realmente amar seducia por su agraciado exterior. Celoso en extremo de la dignidad del nombre romano, mostraba un rigor que degeneraba á veces en crueldad, y esto hizo que suscitara contra él implacables
275 de J. C. odios y que cayera al fin bajo los golpes de los conspiradores en Cenofrurium,
1028 de Rom. cerca del Bósforo, cuando se disponia á hacer la guerra á los Persas. Los cristianos podian agradecerlo, porque meditaba contra ellos una nueva persecucion.

Muerto Aureliano, hubo un interregno singular despues de la multitud de emperadores que acabamos de ver; los Romanos parecieron haber perdido durante algunos meses la facilidad de darse dominadores que les caracterizaba hacia algun tiempo. Al ver la lentitud con que se procedió á la eleccion del sucesor de Aureliano, hubiérase podido creer haberse verificado una revolucion en el estado; que por una parte el ejército habia abdicado en manos del senado el monstruoso poder que se habia arrogado de hacer y deshacer emperadores, y que por otra deseaba el senado elegir en conciencia al jefe del imperio. Sin embargo, la conducta del senado y del ejército era quizás efecto únicamente de capricho ó cansancio, hasta que por fin instado aquel cuerpo para que diese á conocer su eleccion, nombró á Claudio Tácito, anciano consular, muy amante de los antiguos principios de la república romana y gran admirador de las máximas de Tácito, cuyo descendiente era. El

(1) Vopisco habla de los Iberos, pero lo hace inmediatamente despues de los pueblos de la Bactriana, de modo que alude sin duda alguna á los Iberos de Asia.

reinado de Claudio Tácito fué muy corto, pero aquel anciano de setenta y cinco años supo sostener dignamente el nombre que llevaba y el honor de la república.

Durante su reinado tuvieron lugar los primeros movimientos de los Escitas Boranos, quienes atravesando el lago Meótides, penetraron hasta Cilicia. A pesar de su avanzada edad, Tácito marchó contra ellos, y manifestó al combatirlos la energía de un consumado capitan, lo que no impidió que las mismas legiones, que tan reservadas se habian mostrado algunos meses antes, le matasen al disponerse á regresar á Europa. 276 de J. C. 1029 de Rom

Su hermano Floriano, que se creyó con derechos para sucederle, hízose proclamar augusto; el senado le confirmó en tal dignidad, pero su reinado fué aun mas corto que el de Tácito.

Tácito tuvo la manía del nepotismo, y proveyó á casi los miembros todos de su familia de empleos y dignidades. Maximino, pariente suyo, gobernador de la Siria, excitó en breve por su carácter duro y colérico el odio de las legiones, las cuales se sublevaron y nombraron augusto á Probo, uno de los mejores generales de la época, cuya reputacion igualaba á su mérito. Floriano marchó contra el nuevo emperador, pero apenas hubo llegado á Tharsis, ciudad de Cilicia, cuando sus propios soldados le dieron muerte y pasaron bajo las águilas de Probo.

Probo, que no habia solicitado la púrpura, mostróse digno de vestirla, y fué uno de los mas grandes emperadores de la época de la decadencia. En otra época hubiera podido ser Augusto. Tan rígido soldado como hábil político y celoso administrador, defendió el imperio contra los enemigos y las provincias contra los excesos de los soldados, los cuales veian en él un soldado mas frugal y mas obediente á la disciplina que ellos mismos. No podian ser insensibles al ejemplo del emperador, que sentado sobre la yerba en la cima de una montaña de Armenia, comiendo legumbres en un puchero, con un sencillo vestido de lana teñido de púrpura, recibia á los embajadores del rey de Persia. La modestia de Probo era tan grande, que cuando sus soldados le aclamaban, decia: *me matais llamándome emperador*. Cuando le reconvenian por su pobreza, decia á su ejército: *¿Quereis riquezas? Allí teneis el país de los Persas. Creedme; de cuantos tesoros poseia la república romana, nada ha quedado; el mal proviene de los que enseñaron á los príncipes á comprar la paz á los bárbaros. Nuestras rentas están agotadas, nuestras ciudades destruidas, nuestras provincias devastadas. Un emperador que no conoce otros bienes que los del alma, no se avergüenza de confesar una honesta pobreza.*

Tan entendido político como gran capitan, inauguró su reinado con una expedicion á las Galias, en la cual desplegó la actividad de César. Los Frankos, los Borgoñones y los Vándalos habian invadido aquel país, y Probo no solo los arrojó mas allá del Rhin, sino que los venció en su propio territorio, reprimiendo de nuevo el ardor de aquellos pueblos á quienes su genio turbulento excitaba sin cesar á la guerra. El número de prisioneros hechos por Probo en la otra parte del Rhin, entre los diversos pueblos que logró subyugar, fué inmenso: los Germanos y los Vándalos componian la mayor parte, y muchos de ellos fueron trasladados á la Gran Bretaña. «Solo hemos dejado á los bárbaros, escribia Probo al senado, la tierra desnuda de su país; cuanto poseian está ahora en nuestro poder. Los campos de las Galias son arados por los bueyes de los Germanos; sus rebaños sirven

para nuestro alimento ; sus yeguacerías nos proporcionan caballos para la remonta de nuestra caballería ; nuestros graneros no pueden contener su trigo.» Todo ello fué ejecutado por él en menos de un año. Cerrar las Galias á los bárbaros equivalia á poner á España al abrigo de sus excursiones , pues la seguridad de esta dependia de la independencia de aquellas. Las Galias eran el camino de los Pirineos.

Los triunfos de Probo no fueron menores en Oriente ; por Alemania pasó á Iliria, venció en varios encuentros á los Sármatas, consiguió iguales ventajas contra los Getas, y aseguró por aquella parte las fronteras romanas. Penetrando luego hasta la desembocadura del Borystheno, en territorio de los Escitas Bastarnos, hizo numerosos prisioneros, á los cuales dió extensos terrenos yermos situados en la Tracia. En aquel entonces un cuerpo de Frankos , á los cuales diera tambien Probo algunas tierras en las cercanías del Ponto-Euxino, cansados de un género de vida que se avenia mal con su carácter guerrero, abandonan de pronto sus establecimientos agrícolas ; apodéranse de algunos buques en la costa inmediata, difunden el terror por la Grecia, desembarcan en Sicilia, penetran en Siracusa y la saquean, intentan sorprender á Cartago, danse otra vez á la vela, pasan el estrecho, siguen las costas de España y de las Galias, y llegan hasta el océano Germánico, desde donde regresan al fin á su patria.

El Egipto , la Tebaida y la Etiopia fueron sucesivamente teatro de expediciones en que la ventaja quedó siempre por Probo, y por aquel camino marchó á Persia, pues aunque Sapor ya no reinaba, la humillacion de Valeriano oprimia sin cesar el corazon del emperador. Entonces dirigió á su ejército una proclama , en la que se leen las notables palabras que antes hemos transcrito.

Probo opuso un fuerte dique á la inundacion de los bárbaros , y político entendido , administrador celoso, concedió gran proteccion á la agricultura. Sus legiones plantaron las primeras cepas en las Galias y en la Panonia (Hungría), su patria. Dícese que abolió el edicto de Domiciano que prohibia la plantacion de nuevas viñas en España , pero semejante hecho es dudoso , pues el edicto del insensato Domiciano jamás pudo ser rigurosamente aplicado , y habia caido hacia mucho tiempo en desuso cuando Probo fué elevado al poder. Á juzgar por lo que Probo supo realizar en la espinosa situacion en que se hallaba el imperio , no hay duda en que habria sabido gobernar pacíficamente con gran explendor si las circunstancias hubiesen sido distintas, si no hubiese sido la guerra la imperiosa necesidad de la época.

Esto no obstante, sus soldados le dieron muerte. Probo , que no gustaba de que las legiones permaneciesen ociosas cuando no se hallaban en campaña , empleábalas cuando cayó bajo los golpes de un soldado en el desagüe de un pantano, á la vista de Sirmicis, su patria. Al dia siguiente de haberle asesinado , le erigieron un sepulcro de mármol con esta inscripcion : *Aquí yace Probo , el mejor de los emperadores , el vencedor de los tiranos y de todas las naciones bárbaras.*

282 de J. C. 1035 de Roma

A Probo sucedió Caro , quien nombró césares á sus dos hijos Carino y Numeriano , y asociólos á su poder , tocando al primero el gobierno de Occidente, á saber las Galias , la Gran Bretaña y España. Vicioso este y disoluto, Vopisco nos le pinta mas ocupado en sus repugnantes placeres que en el bien de las

provincias sometidas á su poder. Segun algunos historiadores, Carino vino á España, mas el escritor ya citado, que se extiende en muchos detalles acerca de cuanto hicieron los emperadores cuya vida relata, nada dice de este viaje de Carino. Sin embargo, Vopisco, que no menciona á España en la vida de Caro, la nombra en la de Carino, como formando parte de las provincias cuyo gobierno se le habia confiado, y por primera vez quizás en un historiador romano se habla en dicho pasaje de las *Españas* en plural. Algunas inscripciones parecen, empero, indicar que Carino residió en la España citerior, y la mayor parte de ellas están consagradas á perpetuar el recuerdo de varios monumentos embellecidos ó ejecutados en la Península bajo su administracion. Una se encontró en Sagunto, en la cual á los títulos ordinarios dados al emperador, de cesar, de augusto, de pio, de pontífice máximo, investido del poder tribunicio y del poder consular, se añade el de procónsul que llevaba consigo la obligacion de una residencia personal. Segun Mariana, entonces se empezó á dar en España á los gobernadores romanos el título de *comites,* de donde procede el título nobiliario de condes; en las demás provincias del imperio, los habia desde el reinado de Marco Aurelio.

Caro murió en Oriente mientras se hallaba ocupado en su expedicion contra los Persas, despues de haber obtenido el título de Pérsico ó de Pártico (1). Su muerte fué misteriosa, y recuerda la de Rómulo, pues, á lo que se dice, fué víctima de un rayo, si bien la carta que su secretario Calpurnio escribió á Roma con este motivo hace pensar de muy distinto modo.—«Durante la enfermedad de nuestro emperador Caro, dice Calpurnio, sobrevino una horrorosa tempestad, con rayos y truenos tan violentos que sembraron la consternacion en todo el ejército, y nos impidieron distinguir exactamente lo que sucedió. Despues de un trueno mas terrible que los demás, díjose de repente que el emperador habia muerto, y desesperada la servidumbre por la muerte de su señor, puso fuego á su tienda. De ahí nació el rumor de que le mató un rayo, siendo así que murió de su enfermedad.»

Carino y Numeriano fueron reconocidos emperadores, el primero para 283 de J. C. 1036 de Roma
el Occidente y el segundo para el Oriente. Carino continuó en su vida licenciosa, y Numeriano, dotado de muy buenas cualidades, lloró tanto por la muerte de su padre, que casi perdió la vista, debiendo de ser llevado entre las legiones en una litera cubierta.

La muerte de Caro (2) habia parecido de mal agüero para la guerra contra los Persas, y Numeriano, que habia renunciado á ella, regresaba á Roma. Aper, prefecto del pretorio y suegro suyo, que aspiraba al imperio, creyó que él era el único obstáculo que se oponia á su eleccion, y le mató secretamente en su litera, abandonando al azar el cuidado de revelar la muerte del emperador. Varios dias le llevaron así sin saber que en la litera solo habia un cadáver, hasta que la pestilencia que del cuerpo se exhalaba descubrió que Numeriano no existia.

La fortuna no favoreció el crímen de Aper, pues el ejército se negó á con-
cederle el objeto de su ambicion. Las legiones proclamaron á Diocles, un Dál- 284 de J. C. 1037 de Roma

(1) En aquella época, los Romanos confundian aun á los Persas con los Partos, á pesar de la diferencia característica que existe entre ambos pueblos.

(2) Caro reinó diez y seis ó diez y siete meses.

mata que se habia distinguido en todas las guerras de la época, y que es conocido con el nombre de Diocleciano (1). Era *domesticus regens,* jefe de los empleados militares de palacio, y su eleccion se verificó en Calcedonia. Aper, muerto por la propia mano de Diocleciano, realizó la profecía de la druida de Tongres, que habia prometido á este el imperio luego que hubiese dado muerte á un jabalí (2).

Deseoso Diocleciano de entrar en la plenitud de su poder, se dispuso para despojar al hermano de Numeriano de las provincias que aun conservaba, á saber: España, las Galias, la Gran Bretaña y la Rhecia. Ambos ejércitos se encontraron, y despues de algunos combates sin resultado decisivo, los soldados de Carino, cansados de sus liviandades, le dieron muerte y se pasaron á Diocleciano.

Entonces empezó la famosa era de la Iglesia conocida con el nombre de *era de Diocleciano, ó era de los mártires.*

Al segundo año de su reinado, Diocleciano dióse por colega en el imperio á Maximiano Herculeo, y poco despues nombró césares á Constancio Chloro y á Galerio.

Constancio obtuvo el gobierno de las tres provincias que era costumbre ver reunidas en las mismas manos, y así fué como durante el reinado de Diocleciano España fué particularmente gobernada por Constancio Chloro.

El gran suceso de este reinado, el que ha dejado mas indeleble memoria, fué la persecucion de los cristianos, ordenada á pesar de Constancio Chloro y casi á pesar del mismo Diocleciano, y aplicada así á los paises sometidos al primero como al resto del imperio. Incitado por Galerio, Diocleciano firmó en Nicomedia el edicto de persecucion, cuyos efectos se limitaron en un principio al territorio donde habia sido promulgado, extendiéndose despues á todo el imperio. Prefectos elegidos entre los mas furiosos enemigos del cristianismo, recibieron el encargo de velar por su ejecucion y fueron enviados á las provincias con esta mision expresa. Daciano, en calidad de procurador ó de gobernador, fué el verdugo de los cristianos desde los Pirineos hasta el Océano, é inundó á España de sangre. Entre los santos que alcanzaron entonces la palma del martirio, cuéntanse á Felix y á Cucufate, el primero en Gerona y en Barcelona el segundo, lo mismo que la vírgen Eulalia; á Engracia, muerta en Zaragoza, y á los niños Justo y Pastor, martirizados en Alcalá de Henares.

Antes de este edicto, y en los reinados anteriores, los decretos de persecucion habian sido ó parciales ó contradictorios, y los gobernadores de las provincias, mas bien que los emperadores, eran los que empleaban, segun su carácter, la tolerancia ó el rigor con los cristianos. Ahora la persecucion se hizo general; el decreto prevenia el esterminio; Galerio no se contentaba con menos; se empezó destruyendo las iglesias y entregando á las llamas los libros santos y las actas de los pasados mártires, y siguieron los suplicios sin distincion de órden, clase ni edad: las cárceles rebosaban de víctimas; los caminos se veian cubiertos de

---

(1) El primer nombre de Diocleciano fué Diocles, nombre tomado de la ciudad en que nació, que era Dioclea, en Dalmacia. Su madre se llamaba Dioclea como la ciudad. Al ser elevado al imperio quiso dar á su nombre una forma romana y se hizo llamar Diocletianus.

(2) *Aper*, en latin, significa jabalí.

montones de hombres mutilados; los garfios, el potro, la cruz y las fieras despedazaban á niños y mujeres. Los cristianos eran arrojados á la hoguera ó precipitados al fondo del mar á centenares porque no habia verdugos para tantas víctimas.

Como hemos dicho, innumerables mártires hubo tambien en España; pero fuerza es confesarlo, hubo falta de constancia en muchos. Algunos abjuraron ó por debilidad ó por poco arraigados en la fe, y como lo manifiesta la siguiente inscripcion citada por Masdeu en su *España Romana*, los numerosos gentiles que se contaban aun en la Península dieron su aprobacion á tantas iniquidades.

III INVICTI CAESARES
MATRI DEVM
SACELLO
IN DVRII AMNIS ANCONE
INSTRVCTE
SUB MAGNAE PASIPHAES NVMINE
PRIVATVM DIANAE SACRVM
FORDAM VACCAM ALBAM
IMMOLAVERE
OB CHRISTIANAM
EORVM PIA CVRA
SVPRESSAM EXTINCTAMQUE
SVPERSTITIONEM
DIOCLEC.
MAXIMIAN
GALERIVS
ET CONSTANTIVS
IMPER. AVGGGG. PERPETVI.

El acontecimiento capital que señaló el fin del reinado de Diocleciano no ha de hacer olvidar veinte años de gloria. Al firmar el fatal decreto, Diocleciano se hallaba en el décimo nono año de un reinado feliz, y al abdicar habia devuelto al imperio cierta apariencia de solidez. Su política fué constantemente inteligente y moderada, y con la division del imperio en cuatro grandes departamentos, colocados bajo cuatro señores, ligados por el interés y la voluntad, cuya eleccion revela su conocimiento de los hombres, prontos á sostenerse y á vengarse unos á otros en caso necesario, privó á las legiones de la facilidad de cambiar de emperadores segun sus caprichos. Las reformas que en el ejército introdujo disminuyeron mucho la funesta influencia que las tropas habian usurpado en el gobierno del estado, y aunque las consecuencias de tales cambios no fueron despues todas felices, era preferible despojar á los soldados de su importancia, aun cuando el imperio perdiese con ello en gloria, que la insuportable y brutal dominacion que antes ejercian en todo por medio de la violencia y del asesinato. El turbulento despotismo de las legiones se habia hecho incompatible con todo órden y buen gobierno, y el principio que las guiaba: *Sit pro ratione voluntas* era imposible que se perpetuase.

Aquellas reformas del ejército fueron mas bien que una desorganizacion un restablecimiento de la antigua disciplina. Con ellas, las legiones se mostraron aun mas aguerridas, y en Persia, en Tracia, en la Rhecia y en las Galias hicieron prodigios de valor contra pueblos y enemigos que á cada encuentro variaban su manera de combatir.

La historia de todos los acontecimientos gloriosos del reinado de Diocleciano ocuparia aquí harta extension, y si bien no desconocemos todo su interés, no ignoramos tampoco que si nos es permitido insinuarlos brevemente y manifestar su carácter general, en cuanto á ellos va unida la historia del país objeto de este libro, y de ellos depende su destino, detallarlos pertenece exclusivamente á la historia romana. Esto no obstante, el rápido bosquejo que del imperio y de los emperadores hemos hecho y continuaremos haciendo en medio de los relatos especiales, es del todo necesario, pues el imperio lleva en la época que estamos examinando la España y su fortuna; la Península existe en él y por él, y la encontramos siempre en el fondo de su gran historia. Desde Augusto se ha retirado de España el interés de los acontecimientos militares, pero siendo romana en todo su ser hasta llegar á Augustulo, lo que á Roma interesaba le interesaba tambien. Separada del gran imperio, se renueva y empieza para ella una nueva existencia con otras costumbres, con otras ideas; pero hasta entonces sufre todas sus influencias, lo comparte todo con él, es como un envite en los azares que él atraviesa, y colocándose bajo el punto de vista de la época y en la ignorancia del porvenir, témese para los pueblos que se ha hecho ó se han convertido en romanos, el momento en que se derrumbará el gran coloso; mirámosle con ansiedad mientras lucha, se levanta, vuelve á caer, se divide, y produce en su mismo seno las ideas y los hechos que deben fraccionarle en naciones independientes, es verdad, pero desgraciadas en un principio, no conservando de él, de su idioma, de cuanto constituia su civilizacion sino la débil parte que es en cierto modo la primera capa de la civilizacion de todos los pueblos occidentales.

La persecucion ordenada por Diocleciano no se ejerció durante su reinado sino por espacio de dos años y dos meses. Despues de su abdicacion, Galerio la continuó en Oriente con nueva violencia durante ocho años; en todo se prolongó cerca de diez años, pero España mas afortunada no hubo de sufrirla sino durante los dos últimos años del poder de Diocleciano.

305 de J. C
1058 de Roma

Despues de la abdicacion de este y la no muy espontánea de Maximiano Herculeo, los dos césares Constancio Chloro y Galerio fueron proclamados emperadores, pero sus atribuciones continuaron siendo las mismas. Los paises de esta parte de los Alpes fueron dejados á Constancio; la España, la Inglaterra y las Galias quedaron bajo su dominacion, pero su hijo Constantino, como él esperaba y como habria deseado Diocleciano, no fué nombrado césar. La persecucion contra los cristianos cesó completamente en España, y abriéronse las cárceles á todos luego que Constancio Chloro fué su único soberano, mas las condiciones de la Iglesia no cambiaron en ella hasta la época de Constantino.

CAPÍTULO X.

Desde Constantino hasta Teodosio.—Política y conversion de Constantino.—Su conducta para con los gentiles.—Estado de la iglesia cristiana de España al principiar el reinado de Constantino.—Concilio de Ilíberis.—Reinado de los tres hijos de Constantino.—Magnencio y su hermano reconocidos emperadores en España.—Reinados de Juliano, de Joviano, de Valentiniano y de Graciano.—Advenimiento de Teodosio.

Desde el año 306 hasta el 379 de J. C.

¡Contraste singular! En el año 275 no hubo en ocho meses quien ocupara el trono imperial, y en 306 reinarán á un tiempo seis emperadores: Constantino, Maximiano y Maxencio en Occidente; Galerio, Licinio y Maximino en Oriente, los unos con el título de augustos, los otros con el de césares, novedad introducida por Diocleciano. Todos sin embargo, irán desapareciendo para dejar solo al que habia de reformar á la vetusta sociedad romana.

Constantino era el hijo primogénito de Constancio Chloro; nacido en Naissa, en la Messia, por los años 274 de J. C., su madre, llamada Helena, era hija de un posadero, ó quizás era ella la que tenia abierta una posada (1). Despues de su elevacion, Constancio la repudió y tomó por consorte á Teodora, hija de la esposa de Maximiano Herculeo. De su primera mujer habia tenido tres hijos y tres hijas.

Constantino se habia distinguido en la guerra desde su mocedad, y en Egipto y en Iliria, á donde habia seguido á Diocleciano, granjeóse el afecto del emperador. Despues de la abdicacion de este, Galerio le retuvo en Nicomedia bajo diversos pretextos, á pesar de que su padre, anciano y enfermo, y deseoso de llevar la guerra á la Gran Bretaña, le instase vivamente para que se reuniera con él. Se ha sospechado que Galerio abrigaba siniestros designios respecto de Constantino, y en efecto parece que á no faltarle resolucion le habria mandado matar. Constantino logró evadirse de Nicomedia, y se reunió con su padre en las 306 de J. C.
Galias, cuando este, aunque enfermo, iba á embarcarse para la Gran Bretaña. 1059 de Roma
Constancio murió en York, dejando su parte en el imperio á aquel hijo que le era particularmente querido, y que habia manifestado ser digno de la púrpura. Las legiones le reconocieron por emperador, mas Galerio solo le confirmó en el título de césar y dió á Severo el de augusto.

Constantino habia sido educado por su padre, hombre suave, justo y amigo de los cristianos, en la tolerancia religiosa, y cuando subió al imperio encon-

(1) San Ambrosio, autor contemporáneo, dice expresamente que tenia una hospedería, y que este fué el origen de sus relaciones con Constancio.

trábase en aquel estado de duda en que no se pertenece ya al pasado ni al porvenir; no era todavía cristiano, pero distaba ya mucho de ser gentil.

La fortuna de Constantino se manifestó gradualmente. Vémosle primero soberano de hecho en Occidente en el año 306; Galerio es el jefe del imperio; Constantino no es á sus ojos mas que un césar encargado de la administracion de las Galias, de España y de la Gran Bretaña, y Severo es el único cólega de Galerio en el poder, en igual rango que él. La ejecucion del cruel edicto de Diocleciano ha cesado por completo en las provincias regidas por Constantino, pero nada indica todavía que sea cristiano.

Galerio trata de imponer un tributo extraordinario, é irrita á Roma y á la Italia. Maxencio, hijo de Maximiano Herculeo, es proclamado emperador en Roma, y Severo marcha contra él. Maximiano Herculeo que otra vez ha vestido la púrpura, ataca á Severo, le vence en Ravena, y le reduce á darse la muerte. Entonces Maximiano celebra alianza con Constantino, le da por esposa su hija Fausta, y le nombra augusto.

En tanto pasa Galerio á Italia para combatir á Maxencio, pero al llegar á Narni, se espanta de su empresa y regresa á Oriente. Maximiano comparte la púrpura con su hijo Maxencio.

Galerio asocia Licinio á su poder y le nombra augusto; pero Daya Maximino, sobrino de aquel y gobernador de Siria, nombrado césar en tiempo de Diocleciano, ve semejante nombramiento con ojos envidiosos, y lanzándose al campo, obliga á su tio á declararle augusto, título que reconoce tambien á Constantino. Tenemos, pues, cuatro emperadores, y además un quinto y un sexto en Italia, que son Maxencio y Maximiano Herculeo, considerados como legítimos por los cuatro restantes.

Maximiano Herculeo se indispone con su hijo y marcha al lado de Galerio, y en seguida á las Galias, cerca de su yerno. Una vez llegado allí, conspira contra él y se apodera de algunas ciudades del mediodía de las Galias. Constantino abandona entonces las márgenes del Rhin, donde peleaba con los Frankos, marcha
310 de J. C. 1063 de Roma contra su suegro, le bloquea en Marsella, le hace prisionero, y como aquel intentase asesinarle, le gana por la mano y le da muerte.

Galerio se disponia á llevar otra vez la guerra á Italia contra Maxencio,
311 de J. C. 1064 de Roma cuando murió en Sárdica en el año 311. Maximino y Licinio dividieron entre sí sus estados.

Maxencio, que habia reunido el Africa á su imperio, declara la guerra á Constantino para unir á él las Galias, la España y la Inglaterra; pero Constantino reune sus tropas, levanta otras nuevas y marcha contra Roma. Por aquel entonces tuvo la milagrosa vision del Lábaro. «El emperador Constantino, dice Ferreras, pasaba los Alpes, pensando únicamente en la guerra que emprendia y en las consecuencias que de la misma podrian resultar. Convencido de la inutilidad de ofrecer sacrificios por el buen éxito de la empresa á los dioses que los Romanos adoraban, cuyos falsos vaticinios habian sido tantas veces reconocidos, reflexionó que el Dios Autor de la naturaleza era aquel á quien su padre venerara, y el único Dios verdadero, dispensador de toda dicha. Persuadido de esta verdad, vió un dia en el cielo, á la hora del mediodía una hermosa cruz, cerca de la cual estaban escritas estas palabras: IN HOC SIGNO VINCES (en esta señal vencerás), y este prodigio que llenó

á Constantino de admiracion y sorpresa, fué visto tambien por otros muchos del ejército.» Eusebio *(in vita Constantini)* asegura haber oido referir el hecho de su propia boca, y fija la época de la celestial aparicion en el paso de los Alpes; Lactancio dice haberse verificado al trabarse la última batalla en que Constantino venció á Maxencio. El Lábaro de Constantino fué desde entonces el estandarte del imperio (1).

Maxencio, vencido en varios encuentros, perdió por fin el imperio y la vida 312 de J. C.
en la célebre batalla del puente Milvio. Dueño de Roma, el hijo de Constancio 1065 de Roma
Chloro no tardó en serlo de todo el Occidente, y solo quedaban tres emperadores: Constantino en esta parte del Adriático; Licinio y Maximino en la otra.

Parece haber sido un error comun á los historiadores de los primeros siglos presentar la conversion de Constantino como repentina y espontánea, siendo así que es casi seguro que fué lenta y gradual. Primeramente conoció la vanidad de los antiguos ritos, escuchó luego á los cristianos, algunos de cuyos principios adoptó, y al considerar luego sus continuados triunfos, la trágica ó dolorosa muerte de los enemigos de la Iglesia, los hechos que manifestaban á todos la excelencia de la religion nueva, vió en todo ello la activa intervencion de Dios, y creyó en él.

Constantino es emperador de Occidente, pero no ha abrazado aun públicamente la religion de Jesucristo. En esto no cabe duda para cuantos han profundizado la materia. Enemigo de la persecucion, préstase, aunque por fuerza, á ciertas ceremonias gentiles, y su primer acto es dar un edicto contrario al de Diocleciano, que hace ratificar por Licinio y Maximino, á fin de que sea ejecutorio en todas las provincias del imperio.

Italia, Africa, Iliria, España, las Galias y la Gran Bretaña reconocen la ley de Constantino; Maximino y Licinio poseen el resto. La discordia no tarda en es- 313 de J. C.
tallar entre los dos últimos, y vencido Maximino, pasan sus estados en poder de 1066 de Roma
Licinio.

Licinio y Constantino eran enemigos secretos, y la guerra se enciende entre ellos. Constantino, vencedor en muchos combates, obliga á Licinio á cederle por
medio de un tratado diferentes provincias. Nueve años despues se renueva la 315 de J. C. 1068 de Roma
guerra y otra vez vence Constantino; una paz de pocos dias va seguida de una nueva derrota de Licinio, el cual, refugiado en Nicomedia y considerando imposible defenderse, se rinde él mismo á Constantino. El vencedor le envia á Tesalónica, donde fué muerto poco tiempo despues.

Muerto Licinio, Constantino quedó dueño del imperio, y solo entonces pudo 323 de J. C. 1078 de Roma
plantear mas abiertamente su sistema político y religioso. Entonces fué cuando, segun algunos autores y entre otros el P. Mariana (2), recibió el bautismo en Roma en union con su hijo Crispo.

El reinado de Constantino es por aquella parte de una importancia general en la historia; la proteccion que concedió á los cristianos, la profesion de cristianismo que hizo sin duda alguna, aun cuando no convienen los autores en la épo-

(1) Los emperadores romanos tenian su estandarte que se llamaba tambien lábaro. El de los antecesores de Constantino habia estado adornado siempre de atributos gentiles, y Constantino sustituyó á ellos la cruz y las dos letras griegas X y P.

(1) Lib. IV, cap. 16.

ca en que la verificó, tuvieron en el mundo una influencia tal que bien puede decirse que fué su reinado uno de los mas fecundos en resultados, por decirlo así, universales. Así, pues, hemos de considerarlo al mismo tiempo que examinamos sus resultados relativamente á España.

En la época de la elevacion de Constantino, los discípulos de Cristo estaban diseminados por todo el imperio, pero si bien contaban entre ellos el talento, el valor y la ciencia, distaban aun en Oriente de constituir la mayoría. Hacia cincuenta años, desde la primera escuela en que brillaron los Tertulianos, los Ciprianos, los Orígenes, el lenguaje de los cristianos ardiente y figurado, conmovia mas á la multitud, y las conversiones eran cada dia mas numerosas. El gentilismo, empero, conservaba todavía mucha de su autoridad, y su caida, como la del imperio romano, fué lenta y en cierto modo secreta.

Al ceñir la corona Constantino, los cristianos que se veian libres de la persecucion mas terrible que jamás hubiesen sufrido, hubieron naturalmente de celebrar y exagerar su triunfo. La sangre de los mártires habia corrido con gloria; contra ellos se habian empleado cuantos medios de coaccion puede inventar el genio de la tiranía, y en vez de abatir lo que los gentiles llamaban la hidra de la supersticion cristiana, habia subido al trono un emperador amigo de los cristianos. Motivos eran estos para alegrarse y entonar cantos de gozo.

Sin embargo, el cristianismo no habia hecho aun tales progresos que, humanamente hablando, pudiese considerarse segura su victoria. Como hemos dicho, el gentilismo era aun en todo el imperio la religion del mayor número, y para muchos la religion revelada por el Hijo de Dios era todavía *prava et immodica superstitio*. Nadie se atrevia á acusarla, como en los primeros tiempos, de *enemiga del género humano* (1); no se creia ya en el *promiscuus concubitus* y en los *epula thyestea* de que se hizo cargo á los primitivos cristianos, pero era odiada por sus adversarios por la realidad de sus principios. En el fondo de la religion divina habia, en efecto, algo radicalmente distinto de los principios en que descansaba la sociedad romana, algo que no podia acomodarse con el órden establecido, y los amantes de este mismo órden se habian levantado contra ella. El número de los que así opinaban era aun muy grande en tiempo de Constantino, y concretándonos á España, es casi cierto que á principios del siglo cuarto los gentiles constituian una gran parte de la poblacion. Con Constantino, la religion cristiana no tuvo que luchar sino con la opinion de sus adversarios; el jefe del estado no solo la dejaba respirar, sino que alentaba sus esfuerzos, no conservando al culto antiguo mas derecho que el de mantenerse á sí mismo sin oprimir á sus enemigos.

A esto se limitó lo que Constantino hizo políticamente por la religion de Jesucristo, y fué bastante; dióle la libertad, única cosa que necesita la Iglesia de los poderes terrenos. Como emperador no era justo que hiciese mas, pero como

(1) Tácito explica así la primera persecucion de Neron: «Para calmar la pública indignacion (con motivo del incendio de Roma de que Neron habia sido autor), el emperador supuso culpables y castigó con crueles penas á los hombres que, hechos odiosos por su infamia, son vulgarmente llamados cristianos, nombre que les viene de Cristo, ejecutado durante el reinado de Tiberio por el procurador Poncio Pilatos. Reprimida por un momento aquella funesta supersticion reaparecia sin cesar no solo en Judea, cuna del mal, sino tambien en Roma. Presos cuantos declaraban profesarla, fueron convictos, no de haber puesto fuego á la ciudad, pero sí de estar animados de *odio contra el género humano*.»

hombre profesó pública y abiertamente el cristianismo, y su ejemplo produjo gran número de conversiones. La abolicion forzosa del gentilismo en una época en que eran aun tantos los gentiles, habria sido , además de un acto impolítico, un acto injusto; y Constantino, carácter, que si ofrecia como el de todos los hombres una mezcla de bien y de mal, era en realidad grande, no podia hacerse culpable de semejante yerro. No destruyó los templos, no prohibió bajo severas penas el culto de la antigua theogonía, y su accion se limitó á conceder iguales derechos á cristianos y gentiles, á favorecer indirectamente á la Iglesia, de que era miembro. Esta no queria ni necesitaba mas para cambiar en poco tiempo la faz del imperio.

Constantino era de la escuela de Lactancio: *Nihil est tam voluntarium quam religio*, y durante su reinado procuró inculcar en cristianos y gentiles la práctica de esta teoría. Con una política hábil y prudente, con una templanza que no es comun en los innovadores, autorizó el culto público de la religion cristiana, pero tolerando el gentilismo. «Consiento, decia en un edicto que nos ha transmitido Eusebio de Cesarea (1), que los que están imbuidos en los errores de la idolatría gocen del mismo reposo que los fieles. La justicia que se guardará con ellos, y la igualdad con que unos y otros serán tratados, contribuirán á atraerlos al buen camino. Que nadie inquiete á otro ; que cada cual elija lo que le parezca mejor; que los que se niegan á obedeceros tengan templos consagrados á la mentira, pues quieren tenerlos; que nadie atormente á los que no participan de sus convicciones. Si alguno ha alcanzado la verdadera luz, sírvase de ella para iluminar á los demás; sino, que los deje tranquilos. Una cosa es combatir para alcanzar la corona de la inmortalidad , y otra usar de violencia para obligar á abrazar una religion.» A los que pedian el exterminio de los gentiles, respondia: «La religion quiere que se padezca por ella la muerte, pero que no se dé á nadie.»

En cambio mostraba su predileccion hácia el nuevo culto, ya publicando edictos y leyes en favor de los cristianos, ya erigiendo y dotando templos, ya otorgando á las iglesias y sacerdotes inmunidades y privilegios. Dotó las iglesias de Roma con expléndidas rentas y decorólas con todo el lujo y magnificencia que era capaz de desplegar el que era señor del mundo, al propio tiempo que proscribia las fiestas escandalosas y las luchas de gladiadores.

Mas luego que la Iglesia se vió convertida de perseguida en dominadora, comenzó á verse trabajada mas seriamente por las heregías que muy desde el principio habian empezado á combatirla. Las heregías, dice Lafuente, eran como las sectas filosóficas del cristianismo, y era menester que las hubiera para que la controversia y la discusion depuraran mas la verdadera doctrina. En este sentido produjeron saludables efectos, y demostraron que el cristianismo ni aborrecia la luz, ni esquivaba los debates de la discusion. Celoso se mostró tambien Constantino en ayudar á los prelados ortodoxos á extirpar las que entonces se propalaban por la Iglesia de Occidente. En un concilio que hizo congregar en Arles, fué condenada la de los Donatistas; pero la que llegó á turbar mas profundamente no solo la paz de la Iglesia, sino tambien la tranquilidad del estado, fué la famo-

(1) In Vit. Constant.

sa heregía de Arrio, que negaba la consubstancialidad del Padre y del Hijo, llamando á Cristo la primera de las criaturas.

Penetrado Constantino de lo peligroso de esta doctrina, y en vista de la rapidez con que se propagaba y del ardor sedicioso con que era sostenida, convocó un concilio general en Nicea de Bitinia á que concurrieron trescientos diez y ocho obispos de todas las provincias del imperio : acaecimiento grande en la historia de la humanidad, pues se trataba de discutir libremente en la asamblea mas respetable que se habia congregado jamás entre los hombres lo que estos habian de creer. Esto sucedió en el año 325. Quiso tambien asistir á ella el mismo emperador y la heregía de Arrio, condenada ya en otros concilios particulares, fué anatematizada tambien por la solemne asamblea. En ella se compuso el símbolo de la fe que por mas de quince siglos repiten los cristianos en todo el universo. El ilustre y venerable Osorio de Córdoba, gloria de su época, obtuvo la honra de presidir el concilio en nombre del papa, y á él se atribuye la redaccion del símbolo de Nicea. (Véase el Apéndice.)

La Iglesia española habia padecido mucho en la anterior persecucion, y luego que se vió libre de la tormenta pensó en tratar de las cosas de la fe y del culto en una asamblea general. A pesar de la opinion de varios escritores, es casi seguro que antes del siglo cuarto se elevaron en España monumentos públicos para la celebracion del culto ; y el solemne acto que luego tuvo lugar manifiesta sin dejar sombra de duda la gran importancia y el gran número de cristianos que habia en la Península.

El primer concilio que entonces se celebró en España verificóse en Illíberis, ciudad que estuvo asentada donde está hoy Granada (1), y sus actas que han llegado hasta nosotros son un precioso documento para juzgar de la situacion de la Iglesia española en aquella época (2).

El primer cánon prohibe á todo el que haya recibido el bautismo, á menos de no haber llegado á la edad de la razon, entrar en los templos de la idolatría para entregarse en ellos á actos de adoracion, bajo pena de ser excluido para siempre de la comunion de los fieles.

Se prohibe á los cristianos dar sus hijas en matrimonio á los gentiles, judíos y herejes.

Se prohibe la grangería á los obispos y á los presbíteros.

Se prescribe el ayuno excepto en los meses de julio y agosto á causa de los grandes calores.

Se prohibe á los cristianos subir al Capitolio de los gentiles para asistir á los sacrificios. Semejante falta habia de ser espiada por diez años de penitencia.

Los cristianos que hubiesen aceptado las funciones de flámines y sacrificado sufrirán igual pena; si se hubiesen limitado á dar juegos , recibirán el perdon despues de cumplir la penitencia que les sea impuesta.

Los sacerdotes de los ídolos que hubiesen llevado corona, pero no hubiesen sacrificado ni contribuido con su dinero á los gastos del falso culto, serán recibidos en la comunion despues de dos años de prueba.

(1) Mariana, lib. IV, cap. 16.

(2) Aguirre, Collectio maxima conciliorum Hispaniæ, t. I, Concil. Illiberitanum, l. 1, c. 2, 3, 4 y sig.

El decumviro cristiano (magistrado municipal) habrá de abstenerse durante el año de su magistratura de entrar en las iglesias, porque las obligaciones de su cargo le obligan á asistir á ciertas ceremonias gentiles.

Se prohibe á las mujeres ceder sus galas para las funciones del culto gentílico, y á los propietarios de tierras poner en cuenta lo que se hubiese empleado en la construccion de un ídolo.

El concilio exhorta á los fieles á no tolerar en lo posible ídolos en sus propiedades; en caso de temer la resistencia de sus esclavos, han de procurar á lo menos conservarse ellos puros.

Se recomienda la continencia á los obispos, presbíteros y diáconos; á los que estaban casados se les encarga vivir con su esposa como hermanos.

Se prohibe pintar imágenes en las paredes de los templos, acaso porque los infieles no acusaran á los cristianos de idolatría, ó porque en las persecuciones no estuvieran expuestas á la profanacion.

Los cristianos galos, godos y españoles tenian por costumbre lavar los piés á aquellos què recibian el bautismo, y se prohibe á los presbíteros seguir tal costumbre lo mismo que recibir por aquel ministerio retribucion alguna.

Condénase tambien la costumbre de encender cirios en los cementerios durante el dia, porque así, dicen los padres, se turba el reposo de los espíritus bienaventurados. Las mujeres no deben tampoco de pasar allí las noches, porque tales velas pueden dar lugar á graves desórdenes.

Los pantomimos y los cocheros del circo no podrán ser recibidos en la comunion si antes no renuncian á su oficio para el presente y para el porvenir.

El cánon LX declara que no ha de considerarse como mártir el cristiano muerto en el acto de romper un ídolo, en cuanto, dice, el Evangelio no lo ordena y los apóstoles jamás se entregaron á acciones semejantes.

Los obispos que asistieron á este concilio fueron en número de diez y nueve, casi todos de la Bética. Osio, obispo de Córdoba, que desempeñó gran papel en los asuntos religiosos de la época, fué una de sus lumbreras (1).

Los demás obispos que á él asistieron fueron Felix de Gades, quien obtuvo la presidencia por ser el mas antiguo, Sabino de Hispalis, Sinago de Egabro, Pardo de Mentesa, Cantono de Virgis, Valerio de César-Augusta, Melancio de Toletum, Vicente de Osonuba, Succeso de Eliocrota, Patricio de Málaga, Camerino de Tucci, Secundino de Castulon, Flavio de Ilíberis, Liberio de Emérita, Decencio de Legio, Jano de Salaria, Quintieno de Ebora, y Eutychieno de Basta. Además de estos obispos, concurrieron treinta y seis presbíteros y muchos diáconos.

El año en que se celebró este concilio no fué, como generalmente se cree, el mismo en que Constantino fué proclamado emperador por las legiones de Bretaña, y es indudable que se reunió despues de la persecucion de Diocleciano; ¿cómo habria podido verificarse tan numerosa asamblea rigiendo el riguroso edicto? Lo cierto es que èl concilio de Ilíberis fué anterior al general de Nicea, reunido en el año 325, puesto que uno de los padres que le compusieron fué Valerio, obispo de César-Augusta, muerto antes del de Nicea; pero no existen pruebas

(1) Véase sobre Osio á Isidoro de Sevilla, Operum, t. I, de Vir. illustr., c. 5, p. 156 y sig.

auténticas que acrediten haberse celebrado en el año 306 mas bien que en los siguientes hasta el 310, época en que murió Valerio.

Esta reunion de tan dignos prelados, repetimos, estos célebres cánones, estas disposiciones disciplinarias, revelan la fuerza que habia adquirido ya el cristianismo en España á pesar de los obstáculos que una persecucion reciente y cruelísima habia opuesto á sus progresos, y cuan lejos está de la verdad el historiador Romey al asegurar que hasta á principios del siglo IV no aparecen en España obispos y pastores, y que al advenimiento de Constantino encontrábanse en España excaso número de cristianos. Romey, que pertenece á la escuela llamada libre-pensadora, y que, siguiendo á Masdeu, tan concienzudo se muestra en muchos puntos históricos, parece perder todo su criterio y espíritu crítico al tratarse de las cosas eclesiásticas. ¡Tan difícil es no dar oidos á la voz de las preocupaciones!

Antes de terminar el reinado de Constantino, España recibió un principio de constitucion religiosa. Las capitales de la Bética, de la Lusitania, de Galicia, de la Tarraconense, de la provincia de Cartagena, de las islas Baleares y de la Mauritania tingitana, en número de siete, á saber: Hispalis, Emerita, Bracara, César-Augusta, Cartago la Nueva, Palma y Tingis, fueron elevadas á la categoría de metrópolis; mas á pesar de esto la Iglesia española no adquirió su organizacion completa y definitiva hasta el reinado de Teodosio.

Grandes novedades políticas introdujo tambien Constantino en el gobierno del imperio. Roma iba á perder en importancia político lo que estaba destinado á ganar en importancia religiosa. La ciudad llamada á ser capital de los pontífices y centro del orbe cristiano, dejaba de ser poco á poco la corte de los Césares y el centro del mundo idólatra. Con su residencia fuera de sus muros, Diocleciano la habia acostumbrado á pasar sin la presencia del emperador, y dividiendo el imperio entre augustos y césares, habia destruido la antigua unidad. Constantino va mas adelante aun: despues de residir alternativamente en Roma, en Milan, en Tréveris, en Syrmium y en Tesalónica, resuelve fijar su residencia en Bizancio, desde donde podia observar con un ojo á los bárbaros de la Germania y con otro á los Persas, los dos enemigos mas formidables del
329 de J. C. 1082 de Roma imperio. Comenzó, pues, á sentar los cimientos de la nueva capital; los trabajos se emprenden y llevan á cabo con actividad maravillosa. Calles, plazas, palacios, circos, termas, templos y basílicas se levantan como por encanto. Las estátuas de los héroes de Roma van á decorar los monumentos de la nueva ciudad, y el orbe entero es puesto á contribucion para llevar allí sus objetos mas preciosos. En la nueva corte se ostenta el fausto, el lujo oriental; dedícase un magnífico templo á la Sabiduría eterna con el nombre de Santa Sofía, y la nueva poblacion que ha tomado modestamente en un principio el nombre de Nueva Roma, llamóse luego Constantinopolis, ó ciudad de Constantino.

Se ha hecho cargo á Constantino de haber dado al imperio una segunda capital, afirmando los que tal hacen que sin la division de las fuerzas imperiales resultado de semejante traslacion, jamás Italia y España habrian llegado á ser góticas. A esto contestaremos que la fundacion de una segunda capital era una necesidad en el estado á que las cosas habian llegado, y que no ha de buscarse en ello la causa que ocasionó la caida del imperio romano de Occidente.

En efecto, hacia mucho tiempo que el imperio solo se sostenia por milagro ; la energía de los hombres, el temperamento militar que habian dado á los Romanos largos años de luchas, resistieron en un principio á los bárbaros, mas el imperio se derrumbaba por el interior. La grandeza de los Estados solo en los principios se cimenta, y no existia principio alguno; la fuerza era el único poder reconocido, y los Romanos eran para sí mismos sus mas encarnizados enemigos. Los pueblos agonizan á veces por espacio de siglos, y este fué el destino del pueblo romano. Desde mucho tiempo antes de Constantino, el órden no podia ser mas que temporal, la virtud y la gloria no podian ser mas que individuales; la cosa pública no existia; el mundo ofrecia la imágen de un inmenso crisol donde la humanidad entera parecia sometida á una refundicion general, si es permitido espresarse así, y si algo ha de causar sorpresa es que tan gran fusion se prolongara durante tantos años.

Al considerar con atencion aquella época ha de reconocerse un mérito superior en los hombres que supieron mantener en pié aquel coloso con piés de barro contra el formidable vigor de los bárbaros. Constantino es de este número, y manifestó gran habilidad en las disposiciones que tomó por conseguirlo. En vez de dos prefectos del pretorio nombró cuatro que se apoyaron mútuamente, y confió á cada uno el gobierno de una gran fraccion del imperio confiriéndoles todos los poderes necesarios así en la guerra como en la paz. Habia dos en Oriente y dos en Occidente; uno de estos mandaba en Italia y el otro en cuantas provincias constituian el imperio mas acá de los Alpes (1); este residia en las Galias y gobernaba en España por medio de un vicario, el cual lo mismo que los gobernadores acudian al prefecto supremo en caso necesario. Habia además en España, como ya hemos dicho, condes, *comites*, á quienes estaba confiado el gobierno y mando de las tropas; habia tambien un maestro ó jefe de escuela, *magister scholæ*, del cual dependia la administracion de los víveres, de los cereales, y segun puede inferirse, de todas las rentas públicas. Hiciéronse además en España otras modificaciones en las diversas magistraturas, cuya esplicacion puede verse en el código Teodosiano y en la obra del P. Labbe sobre las dignidades y funciones públicas del imperio romano, titulada: *Notitia dignitatum Imperii.*

Constantino, ostentando la vana pompa de un soberano asiático, rodeóse de una aristocracia fastuosa, y entonces aparecieron los títulos de *ilustrísimo,* de *serenísimo,* de *venerable,* de *vuestra excelencia,* de *vuestra alteza magnífica,* y otros con que se distinguian las diferentes gerarquías de los dignatarios imperiales, que han llegado hasta las naciones modernas. Los oficiales de palacio tenian igualmente sus títulos honoríficos, como el *comes domesticorum,* el *præfectus sacri cubiculi,* y otros muchos. Las tropas se dividian en *palatinas* y *fronterizas,* y mientras las primeras de guarnicion en la corte y en las ciudades, se desmoralizaban y afeminaban en la ociosidad, las segundas habian de combatir incesantemente con los bárbaros, naciendo de ahí celos, rivalidades y disgustos. La admision de los bárbaros como auxiliares acabó de perder al ejército, llegando el

---

(1) El prefecto del pretorio de Italia tenia bajo su dependencia Roma, Itália, Iliria y Africa; las Galias, la Gran Bretaña y España, incluso las islas Baleares y la Mauritania tingitana, dependian del pretorio de las Galias.

horror de los Romanos para la milicia, hasta el punto de mutilarse para evitar el servicio militar. Godos y Germanos poblaban no solo el ejército, sino tambien las magistraturas y los oficios palatinos, y las dignidades se envilecian cada dia. Era aquella, en una palabra, una sociedad que se moria.

Débense á Constantino gran número de saludables leyes. Restituyó al senado las prerogativas de que le despojaran sus antecesores; libró al mundo de la soldadesca pretoriana que con tanta facilidad elevaba y derribaba emperadores; impuso penas á la delacion, abolió la inhumana costumbre de exponer á los recien nacidos á quienes sus padres no podian alimentar; protegió la manumision de esclavos, publicó edictos contra los parricidas, y dictó varias disposiciones justas y humanitarias cuya enumeracion seria por demás prolija. Sin embargo, mezcla de virtudes y de vicios, de lo grande y de lo pequeño, de mansedumbre y de crueldad como muchas de las grandes figuras que ofrece la historia, veíasele lanzar á las fieras del circo los prisioneros de la cuarta campaña germánica, condenar á muerte con gran misterio á su propio hijo Crispo y ahogar en el baño á su esposa Fausta, acusada de adulterio. Modesto en el concilio de Nicea hasta permanecer de pié mientras los prelados no tomaron asiento, ostentaba por otra parte un lujo asiático yendo cargado de oro y pedrería, imponiendo nuevas cargas á sus súbditos para sostener tanta esplendidez. Ahí, en este singular conjunto de defectos y virtudes, en la circunstancia de haber sido un innovador religioso y político, han de buscarse las causas de los contradictorios juicios que de él hace la historia.

Escritores hay que dicen de él «haber sabido pelear y vencer como César, gobernar como Augusto, trabajar por la felicidad del mundo como Tito y Trajano, y dirigir á la gloria de Dios todo el poder que de él habia recibido.» Segun otros «no supo reprimir sus pasiones, ni afianzar el imperio.» Achácanle algunos una ambicion desmedida, un natural feroz, una prodigalidad escandalosa, y gran aficion á los placeres sensuales; quien dice que reinó diez años como un buen príncipe, otros diez como un brigante, y los otros diez como un pródigo. Nosotros creemos que se está en la verdad considerando á Constantino como un grande hombre, como un gran corazon, sin despojarle de los vicios de su época y de los que son fácil patrimonio de los poderosos.

Otro de los grandes acaecimientos del reinado de Constantino fué la heregía de Arrio, segun hemos dicho, y si bien algunos creen que por haber al fin de su vida favorecido al heresiarca y perseguido al gran Atanasio, el emperador se apartó de la fe católica, es muy dudoso semejante hecho, siendo lo mas probable que ha inducido á muchos en error el testimonio de Eusebio Cesariense, historiador de Constantino, y gran favorecedor de la secta arriana, engañando además á muchos la semejanza de nombres entre Constancio y Constantino para que atribuyesen al padre lo que sucedió al hijo. De todos modos es lo cierto que por todas estas dudas siempre se ha negado la Iglesia latina á poner á Constantino en el número de los santos, á pesar del ejemplo de la Iglesia griega que le tiene puesto en su calendario á veinte dias del mes de abril y su imágen en los altares (1).

---

(1) Mariana, lib. IV, c XVI.

Hasta ahora hemos considerado particularmente este reinado en sus relaciones con la religion cristiana y la política en general; en cuanto á su gobierno civil fué casi siempre moderado y suave. España, empero, no obtuvo gran parte en sus favores; excepto el restablecimiento de una via pública entre los Pirineos y Emerita, y otros beneficios secundarios, los Españoles no recibieron de Constantino testimonio alguno particular de interés, de modo que aun cuando su reinado fué el mas largo que desde Augusto se habia visto, las inscripciones y los monumentos del público agradecimiento no se multiplicaron en honor suyo en la Península tanto como para sus predecesores. Muy pocas inscripciones se han hallado que hablen de Constantino, y entre ellas hemos de citar la siguiente que Masdeu nos presenta como expresion de los sentimientos que abrigaban los cristianos del país hácia el primer emperador cristiano. Dice así:

IMP. CAES.
FLAVIVS CONSTANTIN. AVG.
PACIS ET IVSTICIAE CVLT.
PVB. QVIETIS FVND.
RELIGIONIS ET FIDEI AVCTOR
REMISSO VBIQUE TRIBVTO
FINITIME PROVINC. ITER
RESTAVR. FECIT.
CXIIII.

Constantino murió el año 337 de nuestra era á los treinta y uno de reinado 337 de J. C.
á contar desde el momento en que fué proclamado por las legiones de Constancio 1090 de Roma
Chloro, dejando el imperio á sus tres hijos, Constantino, Constancio y Constante, ninguno de los cuales habia llegado á la edad de veinte y un años. Dos sobrinos suyos, hijos de su hermano, llamados Dalmacio y Anibaliano, fueron llamados por él á compartir el poder con sus propios hijos. La España, las Galias y la Gran Bretaña correspondieron al primogénito.

Por una influencia ignorada cometiéronse entonces muchos asesinatos entre los miembros de la familia de Constantino; los soldados que parecian haber olvidado el asesinato bajo el reinado del último emperador, se mostraron animados de pronto de muy distinto espíritu, y mataron sucesivamente sin que la historia nos diga la causa á Dalmacio, á Anibaliano, á Julio Constancio, hermano de Constantino, á otro hermano suyo, á cinco de sus sobrinos, y al patricio Optato, marido de su hermana. Muchos de sus principales oficiales, y entre ellos el prefecto del pretorio Ablavio, fueron igualmente asesinados, mas Juliano y Galo, sus sobrinos, se libraron de la matanza.

Constantino II toma posesion de sus estados, pero en breve estalla la guerra
entre él y Constante; aquel muere en la lucha y este se hace emperador de 340 de J. C. 1093 de Roma
Occidente y *señor de España,* para servirnos de la expresion de Garibay.

En tiempo de Constantino II, el prefecto del pretorio de las Galias, bajo cuya dominacion se hallaban las provincias españolas, era Tiberio, que habia gobernado en España bajo el título de conde y de vicario. En cuanto á los gobernadores de las provincias, solo se hace mencion de Ignacio Faustino como presidente de la Bética.

347 de J. C. 1100 de Roma Constante era cristiano y piadoso y convocó el concilio general de Sárdica, que presidió tambien Osio de Córdoba, y al que asistió el infatigable Atanasio, mientras los Orientales desidentes reunidos en Filipópolis se vengaban escomulgando al papa Julio, á Osio y á Atanasio. Constante, empero, que era al propio tiempo un príncipe inepto y vicioso, no tardó en atraerse el odio público, y de ahí se originó una guerra civil.

Flavio Magnencio, uno de los buenos generales del ejército romano y muy querido de los soldados, se reviste de la púrpura en Autun (1), y marcha contra
350 de J. C. 1103 de Roma él. En vez de resistir, Constante huye hácia España, pero es alcanzado y muerto en Elna, al pié de los Pirineos, y Magnencio victorioso nombra á su hermano Decencio por césar y heredero suyo.

Las siguientes inscripciones prueban que España los reconoció á ambos á ejemplo de las provincias galas:

D. N.
IMPERATORI
SEMPER AVG. MÁXIMO
MAGNENTIO
TERRA MARIQ. VICTORI
PROV. DEDICAVIT.

La Lusitania donde se halló esta inscripcion declaraba á Magnencio *vencedor por tierra y por mar*. En otra provincia de la Península se daban á Decencio los títulos de *nobilísimo y muy floreciente césar*.

D. N.
MAGNO DECENTIO.
NOBILÍSSIMO
ET. FLORENTISSIMO CÆSARI
B. R. P. NATO
M. P. XXXII.

Esta inscripcion fué descubierta en una coluna miliar en Volta de Cobo (2).

El hijo tercero de Constantino, Constancio, estaba ocupado en hacer la guerra á los Persas, cuando Verranio ó Vetranio, distinguido general, fué proclamado emperador en Hungría; sin embargo, solo usa del nuevo poder que le habia sido conferido para sostener los derechos de Constancio, y uniendo su ejército al de este, marchan ambos contra Magnencio. Este les resistió por espacio de tres años, hasta que al fin, viéndose sin fuerzas y en peligro de caer en manos de sus enemigos, dióse muerte en la ciudad de Leon de Francia.

355 de J. C. 1108 de Roma Constancio quedó entonces único dueño de todo el imperio de su padre Constantino; pero codicioso y cargado de vicios, fué el tormento de los pueblos

(1) Magnencio, que todo lo tenia dispuesto segun sus miras, reunió á un banquete á sus principales oficiales; antes de terminarse el festin abandonó la sala fingiendo una necesidad, y en breve volvió á aparecer con la púrpura imperial y la diadema. En aquel mismo momento fué proclamado emperador y presentáronle á los soldados que hicieron lo mismo.

(2) D. N. B. R. P. *nato*, M. P. XXXII. significan *Domino nostro bono rei publicæ nato. Millia passuum triginta duo.*

sometidos á su poder. Por aquel entonces hubo en las Galias algunos movimientos, y los Frankos continuaron en sus excursiones; semejante situacion exigia un entendido caudillo, y Constancio encargó á Juliano, sobrino de Constantino, el gobierno de las Galias y de todo el territorio trasalpino.

Durante el reinado de Constancio, España vió en lamentable estado la administracion pública, y sufrió mucho por el mal acierto con que procedia el emperador á la eleccion de sus gobernadores. La prefectura pretoria de las Galias y el vicariato de España fueron sucesivamente desempeñados por Rufino, Honorato, Florencio y Nebridio, hombres que adolecian si no de toda la incapacidad del príncipe, á lo menos de todos sus vicios.

Constancio agregaba á sus malas cualidades ser ardiente sectario de la heregía arriana, y esto dió lugar á no pocos trastornos y persecuciones y á la celebracion de muchos concilios, figurando honrosamente en casi todos ellos el elocuente Osio.

Asi que Juliano se halló en medio de su ejército se grangeó el afecto de todos por sus buenas cualidades y por su elocuencia, siendo proclamado augusto en Lutecia; la guerra era, pues, inevitable, y disponíase á luchar contra Constancio, cuando este fué atacado de la enfermedad que le condujo al sepulcro. 361 de J. C. 1114 de Roma

Sabido es que Juliano, llamado el *apóstata*, abandonó, á pesar de sus relevantes dotes, la verdadera religion para abrazar el gentilismo, pretendiendo nada menos que restablecerlo en todo el imperio. Mostróse gran enemigo de los cristianos, á quienes no daba otro nombre que el de Galileos, prohibióles el acceso en los cargos y en las magistraturas públicas, y escribió contra ellos muchos folletos en prosa y en verso, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros.

Tambien Juliano, como todos los príncipes reformadores, ha servido de original á bien distintos retratos. Los autores cristianos le han vituperado con razon por haber restablecido la idolatría y por su afan de rejuvenecer las creencias caducas y prácticas gentílicas; pero desconociendo en él al literato, al erudito, le han negado como hombre y como sabio todas las buenas cualidades. Los hombres de ciertas ideas por el contrario le han ensalzado en demasía, le han llamado un nuevo Marco Aurelio, y han ponderado su sabiduría, su talento filosófico, sin ver que no daba pruebas de muy sabio ni de gran filósofo quien intentaba restablecer en el mundo el inmoral y degradante culto de los dioses, retardando así la marcha de la humanidad. Fanático y supersticioso, segun le califica un historiador gentil (1), su enemistad contra los cristianos tuvo dos épocas distintas: una de tolerancia, en que quiso desempeñar el papel de Constantino de los gentiles, permitiendo la libertad de cultos, si bien favoreciendo la idolatría así como Constantino habia protegido el cristianismo; en una carta que escribió á Scebola, le decia: « Quiero usar de dulzura y humanidad para con los Galileos, y no tolerar que se haga fuerza á ninguno para que concurra á nuestros templos, ni que se les obligue con violencia á que hagan cosa alguna contraria á su modo de pensar.» Y otra tambien de intolerancia en que sufrieron los fieles una persecucion mas corta, pero no menos cruel que la de Diocleciano. Viéronse horrores que hacen estremecer, y llegó el fanatismo del emperador hasta el punto de prohibir á las cristianos la enseñanza de la retórica y de las bellas letras. Llevado

(1) Amm. Marc.

por el odio que les profesaba, constituyóse en protector de los judíos, y quiso reedificar el templo de Jerusalen; pero un terremoto acompañado de erupciones volcánicas frustró su intento. Las profecías habian de cumplirse. Mala época fué aquella para nuestra religion, perseguida por el soberano idólatra y desgarrado su seno por mil heregías.

363 de J. C. 1116 de Roma Por fortuna este reinado fué corto, y el último emperador gentil murió despues de dos años y meses de haber ceñido la corona, en un encuentro que tuvo con los Persas, dejando á su ejército en situacion muy comprometida.

Los soldados proclamaron emperador á F. C. Joviano, hijo de Verranio, quien puso fin á las hostilidades por medio de un tratado poco glorioso, pero necesario. Cristiano, devolvió la paz á la Iglesia, y de su reinado solo se ha conservado en España el nombre de Julio Próculo, encargado de terminar las diferencias sobrevenidas acerca de sus lindes entre tres ciudades de la Bética. Joviano solo
364 de J. C. 1117 de Roma imperó siete meses y murió en el año 364. El ejército dióle por sucesor á Valentiniano.

Valentiniano cedió á su hermano Valente las provincias orientales y reservó para sí las de Occidente. Valente era arriano y gran perseguidor de los católicos, y aunque en Occidente la heregía dió tambien dias de luto á la Iglesia, no llegó jamás á haber sangre derramada como en las provincias de Valente. Durante el reinado de Valentiniano dióse á conocer Honorio Teodosio, español de nacion, cuyo hijo habia de ser proclamado algunos años despues emperador de Oriente. Teodosio se distinguió en varias guerras contra los bárbaros y especialmente en Africa, donde cansados los pueblos de la Mauritania del yugo romano habian proclamado á un emperador de su eleccion, llamado Fermin, hijo de Nubel. Enviado Teodosio para reducirlos, fué tal la habilidad con que dirigió la expedicion, que Fermin, atacado de improviso, hubo de limitarse á ganar tiempo para lo cual fingió gran arrepentimiento, sometióse él y sus pueblos, y ofreció rehenes. No tardó empero en estallar otra vez la guerra que duró dos años hasta que viéndose Fermin sin ejército solicitó la paz y la obtuvo. Tampoco fué esta paz mas que una tregua, y un innumerable ejército de Mauritanos cayó sobre Teodosio; por una y otra parte se hicieron prodigios de valor, mas las tropas de Fermin acabaron por ser derrotadas. Su caudillo, empero, no dió la partida por perdida aun, y reuniendo nuevos soldados reapareció al frente de un ejército. Por algun tiempo llevó lo mejor de la campaña, pero en cierto encuentro arrollóle Teodosio hasta los inaccesibles montes del país; de allí descendió otra vez, y obligó al general romano á retirarse, hasta que por fin vencido y perdida toda esperanza acabó por darse él mismo la muerte.

La gloria de Teodosio no tardó en excitar la envidia; díjose á Valente que aquel general, querido por las tropas, podria aspirar al mando supremo; los adivinos vaticinaron su futura grandeza, y el supersticioso emperador mandó decapitar al gran capitan que poco antes habia recibido el bautismo.

Mientras Teodosio se cubria de gloria en la Mauritania, su hijo, llamado tambien Teodosio, se distinguia á pesar de su juventud por sus proezas en Oriente.

La tiranía de Maximino, gobernador romano, habia sublevado á los pueblos inmediatos al Danubio, los cuales, unidos con otras naciones septrientonales, habian pasado el rio entregándose á sus acostumbrados excesos. Teodosio el jó-

ven, que era gobernador de la Mesia, se puso al frente de sus tropas, y despues de hacer en ellos gran carnicería, los obligó á emprender la retirada.

La muerte de Teodosio no satisfizo el odio de los enemigos de su nombre, y resolvieron perder al hijo como habian perdido al padre. Esto fué causa de que disgustado aquel del gobierno lo depusiese en manos de Graciano y se retirase á España, su país natal.

Su madre Termancia habia nacido en España lo mismo que su padre. Casó en primeras nupcias con Flacila, española tambien, y de ella tuvo por hijos á Arcadio y á Honorio, nacido el primero en España y el segundo en Constantinopla. En cuanto á la ciudad natal del futuro emperador se está en duda entre Cauca é Itálica. Idacio opina que fué la primera, y el P. Mariana la segunda.

En aquel entonces, mientras se hallaba ocupado en hacer la guerra á los Cuados, falleció Valeriano en Alemania, despues de reinar once años; antes de su muerte habia nombrado césar á su hijo Graciano. 375 de J. C 1128 de Roma

Durante la guerra que se hicieron Constantino y Maxencio, habíanse apoderado los Godos del pais de los Sármatas, pero atacados y vencidos por Constantino, habian debido solicitar la paz. El emperador habia tomado á sueldo un cuerpo de Godos, y se habia servido de ellos contra Licinio, como hiciera Maximiano contra los Partos.

Desde aquella derrota de los Godos habian transcurrido sesenta años de paz, cuando de nuevo invadieron la Sarmacia, mas la guerra que estalló entre ellos y los Hunos les obligó en breve á volver á su país; los Hunos quedaron vencedores, y los Godos hubieron de buscar una nueva patria.

Su caudillo Hermanrico solicitó de Valente una concesion de territorio obligándose á auxiliarle con sus guerreros en cuantas guerras emprendiese.

Valente acudió á su peticion felicitándose de recibir en su imperio aquellas masas de bárbaros, semi-cristianos la mayor parte, que le prometian hacerse cristianos y defenderle, pero á condicion de que le entregasen sus hijos y sus armas. Convinieron los Godos en ello. El emperador mandó reunir gran cantidad de barcos, balsas y troncos de árboles para que los Godos pasasen en el Danubio, y los Romanos ocupáronse noche y dia en trasladar al imperio á sus futuros destructores. Mas de un millon de individuos se establecieron en la Servia y la Bulgaria, y aun cuando fueron separados los hijos de los padres, no dejaron sus armas. Con las riquezas que llevaban sobornaron á los oficiales del emperador y pudieron conservar sus aceros.

Los Romanos habian de suministrar víveres á los Godos, pagándolos estos, pero privados de todo recurso por la avidez de los generales romanos, no tardaron en sublevarse. Fritigernes, su caudillo, estaba cierto dia convidado á un festin por Lupicino, general romano, y entonces estalló la rebelion en Marcianópolis: una riña entre algunos soldados romanos y otros de la guardia goda hizo que llegasen las voces hasta la casa del banquete. Fritigernes y los suyos desnudan sus espadas, salen de la ciudad y se dirigen á su campamento. Lupicino marcha contra ellos, empéñase el combate y los Romanos quedan vencidos. Desde aquel momento aquella turba salvaje se creyó señora del imperio.

Envanecidos con la victoria marchar sobre Andrinópolis; saquean por segunda vez la Tracia; y sabedor de tanta novedad, sale Valente de Antioquía con 378 de J. C. 1131 de Roma

numerosas fuerzas para contrarestarlos. Encuéntranse los dos ejércitos á ocho millas de Andrinópolis; la infantería romana no resiste á la numerosa caballería de los bárbaros ; las legiones se desbandan; el emperador cae herido de un flechazo, y retirado á una cabaña, es esta incendiada por los Godos, muriendo Valente entre las llamas con todo el esplendor de su régia pompa (1). Horrorosa fué la matanza , y el ejército romano quedó destruido.

Los vencedores pusieron sitio á Constantinopla donde la emperatriz se defendió vigorosamente ; Graciano, su sobrino, que habia sucedido á Valente como antes á Valentiniano, llamó cerca de sí á Teodosio, no considerándose capaz de resistir á los Godos. Teodosio mostró en aquella guerra el talento de un gran general, y despues de muchos combates en que alcanzó siempre la victoria, concedió á Atanarico la paz que este solicitaba.

Graciano, único emperador, contaba diez y seis años al subir al trono, y como los bárbaros hostilizasen mas y mas el imperio, creyó conveniente dividirlo para mejor afirmarlo recayendo su eleccion en el esforzado capitan que antes 379 de J. C. 1128 de Roma los obligara á retirarse. Graciano, pues, dióse á Teodosio por colega, confirióle el título de augusto y le cedió el imperio de Oriente, reservándose para sí el de Occidente, que compartió con su hermano Valentiniano.

Bajo su reinado, Sextilio Agesilao fué vicario en España, y Ausonio y Syagrio se sucedieron en la prefectura pretoria de las Galias.

(1) Cum regali pompa crematus est. Jornand., c. 26.



CAPÍTULO XI.

Reinado de Teodosio.—Eleccion de Máximo.—Muerte de Graciano y de Valentiniano II.—Arbogasto y Eugenio.—Teodosio único señor de ambos imperios.—Algunas leyes de Teodosio.—Muerte de Teodosio.—Arcadio y Honorio emperadores.—Estado del gentilismo en España al morir Teodosio. —Rápida decadencia del poder romano en tiempo de Honorio.—Alarico en Italia.—Irrupcion á España de los Suevos, Vándalos y Alanos.—Toma de Roma por Alarico.—Muerte de Alarico.—Sucédele Ataulfo.

Desde el año 379 hasta el 413 de J. C.

Pocos emperadores habian llegado al trono por el honroso camino que hasta él llevara á Teodosio: hijo de un general sacrificado, á pesar de sus grandes servicios, por el supersticioso terror del soberano al odio de sus rivales, habia renunciado voluntariamente á la carrera de las armas, en la cual habíase ya distinguido; y retirado á una oscura aldea de Galicia, su patria, sacóle de allí la eleccion de Graciano. Puede decirse que debió la corona no mas que á su reputacion.

Los historiadores están contestes en afirmar que solo Teodosio podia hacer frente á los bárbaros y que los Romanos, así cristianos como gentiles, confiaban sin distincion en su valor y en su talento para evitar los peligros que les amenazaban. Sus esperanzas no quedaron frustradas.

Renovando Teodosio los dias de los Fabios y de los Escipiones, restablece la disciplina en el menguado y desconcertado ejército, acostúmbrale á los combates parciales primero y generales despues, y reporta de los bárbaros completa victoria. Teodosio, guerrero y político, aprovecha las divisiones que reinaban entre ostrogodos y visigodos, atrae á Constantinopla á Atanarico, que se dice háber sido el primer rey godo cristiano, le deslumbra con la magnificencia de la ciudad imperial, y le reduce á implorar la paz. Teodosio se la concede ; los Godos se comprometen á guardar los pasos del Danubio contra los demás pueblos, y cuarenta mil bárbaros son incorporados á las tropas del imperio. 382 de J. C. 1135 de Roma

Teodosio intentó lo que ningun emperador se habia atrevido á disponer antes que él ; quiso abolir el gentilismo y mandó derribar los templos de los ídolos.

Contra la costumbre que tenian los grandes de la época de no recibir el bautismo hasta la hora de su muerte, contra cuya costumbre habia protestado con elocuencia san Ambrosio (1), Teodosio hízose administrar dicho sacramento el año siguiente de su elevacion al imperio, y declaróse abiertamente contra el arria-

(1) San Gerónimo escribió tambien contra semejante costumbre.

nismo. En los primeros años de su reinado, en 382, se celebró en Constantinopla un concilio general, y en él se confirmó el dogma de la consubstancialidad.

La abolicion del antiguo culto, la unidad de la Iglesia fueron desde entonces el fin de todos sus esfuerzos, y aun cuando el gentilismo y el arrianismo no sucumbieron por desgracia bajo sus golpes, es lo cierto que á su celo en pro de la religion verdadera, se debió que llegase la Iglesia á un estado de esplendor y bienandanza de que no habia gozado todavía.

Graciano vivió hasta el año de 383. Durante su vida, Teodosio intervino poco en los negocios de Occidente, cuyo gobierno habia dividido aquel con su hermano Valentiniano II.

383 de J. C. 1136 de Roma. Máximo, que se encontraba en la Gran Bretaña al frente de un numeroso ejército, hízose proclamar emperador por sus tropas al saber la elevacion de Teodosio, y atacó á Graciano en las Galias. Este, despues de oponer alguna resistencia, tomó la fuga seguido por trescientos caballeros; mas perseguido por Andragato, general de la caballería de Máximo, fué alcanzado y muerto en el instante que iba á penetrar en Leon. Máximo se apresuró á hacerse reconocer emperador por los Galos y los Españoles, y tomó el camino de Italia; pero san Ambrosio, obispo de Milan, mensajero de paz, y deseoso de evitar á las poblaciones los horrores de la guerra, salió á su encuentro, para prometerle la pacífica posesion de su conquista y el título de emperador de Occidente junto con Valentiniano II, con tal que consintiese en cesar las hostilidades. Máximo accedió á lo que le propuso el santo obispo, y los embajadores de Teodosio ratificaron todo lo obrado.

Tranquilo posesor Máximo de la herencia de Graciano, estableció la sede imperial en Tréveris, y nombró por su cólega en el gobierno á su hijo Victor, reinando los tres emperadores con aparente armonía por espacio de cuatro años (1). De repente declara Máximo la guerra á Valentiniano, marcha contra Roma y se
387 de J. C. 1140 de Roma. apodera de ella; pero su triunfo fué de corta duracion. Valentiniano, que se habia refugiado en Tesalónica, implora el auxilio de Teodosio, su cuñado, quien, no olvidando deber su elevacion al hermano de Valentiniano, se apresura á empuñar las armas.

Máximo divide sus fuerzas en tres cuerpos, á saber: una armada que confia á las órdenes de Andragato, y dos ejércitos de tierra, uno de ellos mandado por su hermano Marcelino, con encargo de defender los Alpes, y otro acaudillado por él, con el cual sale al encuentro de Teodosio. Este, empero, le habia ganado por la mano, le ataca y le vence; y cayendo luego con igual impetuosidad sobre las tropas de Marcelino, las dispersa, y retrocede en seguida para poner sitio á Aquilea, donde perece Máximo con los restos de su ejército.

Solo faltaba reducir á Victor, hijo de Máximo, y á Andragato, general de la armada; el primero, muy niño todavía, se hallaba en las Galias, y fué muer-

(1) Imperando Máximo fué condenado á muerte y ejecutado en España el heresiarca Prisciliano, natural de Galicia, junto con dos sacerdotes, dos diáconos, un poeta y una viuda.

Máximo fué el primer príncipe católico que derramó la sangre de sus súbditos por opiniones religiosas, y san Ambrosio, obispo de Milan y san Martin de Tours condenaron estas crueldades hasta el punto de negarse el primero á toda comunicacion con el emperador.

to por Arbogasto, general de Teodosio; el segundo, que temia experimentar la suerte de Máximo, prefirió darse á sí mismo la muerte.

Las rápidas victorias de Teodosio devolvieron á Valentiniano el imperio de Occidente, que solo conservó cuatro años; asesinado en el año 392, dejó á su cuñado señor de ambos imperios. 392 de J. C. 1145 de Roma

Un Franko, que habia llegado á ser general romano, y cuyo nombre ocupó un lugar en la anterior relacion, mató por su propia mano á Valentiniano II. Arbogasto, á quien hemos visto combatir á Máximo, habia servido contra los Godos bajo las banderas de Teodosio, y tambien á las órdenes de Valentiniano II habia hecho la guerra á sus compatriotas. Su valor era proverbial en el ejército, y los soldados de quienes era muy querido quisieron elevarle al imperio, luego de muerto Valentiniano. Arbogasto, empero, rehusó la púrpura, y árbitro de Italia, designó para el trono á un gramático y senador llamado Eugenio, con quien habia contraido en Roma relaciones de amistad. Eugenio fué, pues, emperador titular, pero Arbogasto continuó siendo el verdadero soberano.

Zosimo refiere en los siguientes términos esta revolucion (1):

«Arbogasto, dice, reflexionó lo que habia de hacerse, y adoptó el partido siguiente: habia en la corte imperial un varon llamado Eugenio, tan superior á los demás por su ciencia que profesaba el arte oratorio y dirigia una escuela (2). Ricomer, que trataba á Eugenio como á un hombre activo, erudito y cortés, le recomendó á Arbogasto aconsejándole que le admitiera en el número de sus amigos, y díjole que le seria útil si algun dia necesitase de una afeccion sincera. Ricomer marchó poco despues á la corte de Teodosio, y relaciones frecuentes elevaron á su mas alto grado la amistad de Arbogasto por Eugenio, hasta el punto de tener en él ilimitada confianza. Acudióle cierto dia la idea de que Eugenio, por su gran erudicion y la gravedad de su carácter, era muy propio para ser un buen emperador, y le habló en este sentido, procurando vencer la oposicion de su amigo y exhortándole á no rechazar los dones de la fortuna; Eugenio acabó por dejarse convencer, y Arbogasto resolvió entonces derribar á Valentiniano y transmitir el poder á su amigo.»

Sin embargo, Eugenio temia á Teodosio, y Arbogasto le apreciaba, por lo cual intentaron obtener de él la confirmacion de lo que habia sucedido, creyendo sin duda que su poder era ya bastante grande para ser dividido sin pesar, y pidiéronle únicamente la Italia y sus dependencias naturales, esto es, la Sicilia, el Africa, la España, las Galias y la Gran Bretaña; quizás habrian llegado á limitar sus pretensiones á la Italia y al Africa, pero Teodosio recibió muy mal á sus embajadores, y tomó sus disposiciones para vengar la muerte de su cuñado Valentiniano. Arbogasto y Eugenio reunieron tambien un ejército, celebraron alianza con los Frankos, y preparáronse para resistir á Teodosio.

Este, con la rapidez que caracterizaba sus expediciones guerreras, pasa los Alpes Julianos, penetra en Italia, encuentra al ejército de Arbogasto y Eugenio y empeña la batalla. Ya no son Romanos los que combaten en Roma, sino bárbaros contra bárbaros: los soldados de Eugenio son Frankos y Alemanes, 394 de J. C. 1147 de Roma

---

(1) Zosimo, l. IV, c. 51.
(2) Era lo que los Romanos llamaban *magister scriniorum*.

los de Teodosio son Godos, mandados por sus príncipes indígenas, Gainas, Saul y Alarico. La victoria fué muy disputada por las tropas del general franko, pero al fin fueron derrotadas. Eugenio, que habia manifestado gran valor en el combate, fué hecho prisionero y conducido á presencia de Teodosio, quien mandó decapitarle á su vista. Arbogasto pudo retirarse con los restos de su ejército, pero conociendo desesperada su situacion y no queriendo sobrevivir á su vencimiento, quitóse él mismo la vida dos dias despues de la batalla.

Así, pues, Teodosio se encontró en el año 394 dueño absoluto y respetado de todo el imperio, cuando ciertos síntomas de enfermedad le impulsaron á fijar su suerte, para lo que llamó á Italia á su segundo hijo y le nombró emperador de Occidente. Estilicon, de raza bárbara, que habia entrado en su familia por medio de un matrimonio, fué por él encargado de la tutela de sus hijos, disposiciones que pueden considerarse como su testamento.

Teodosio fué el vivo retrato de Trajano, cuyas grandes cualidades de alma y de cuerpo poseia. Sabia recompensar magníficamente las acciones virtuosas y compadecer las debilidades de los hombres, y tan generoso como desinteresado, daba siempre con placer, no permitiendo que se impusiesen tributos en su nombre. Frugal y moderado en sus gustos, mostróse enemigo de las fiestas suntuosas, y supo armonizar la magnificencia de un emperador con una prudente economía, sin que jamás gastara en su utilidad particular las sumas que podian ser empleadas en alivio de la desgracia. Trataba á sus parientes con distincion, á los sabios con respeto, á los grandes con cortesía y á sus súbditos todos con afabilidad. Los testimonios que dió de su piedad fueron muchos y solemnes, y conocida es la humildad con que se sometió á la penitencia que le impuso san Ambrosio, obispo de Milan, y sufrió ante todo el pueblo las amonestaciones de aquel prelado por haber mandado pasar á cuchillo á los habitantes de Tesalónica que en un motin habian dado muerte á algunos empleados públicos.

Para admitirle de nuevo en el seno de la Iglesia púsole Ambrosio por condicion que ordenase una ley en que estableciese que ninguna sentencia de muerte se ejecutase antes de pasados treinta dias despues de dictada; y ordenóle asimismo que cuando se sintiese sañudo, no hablase palabra alguna antes de pronunciar por su órden todas las letras del alfabeto, todo á propósito para que la ira con la tardanza perdiese sus brios y prevaleciese la razon.

Entre las leyes dadas por Teodosio hay una digna de especial mencion; dice así:—«En cuanto á los que se hallan presos en las cárceles, mandamos que no se omita diligencia alguna para apresurar la libertad del inocente, y que no se cometa la injusticia de prolongar la prision del culpable, lo cual agravaria su pena. Los carceleros y demás agentes de la justicia que se permitan vejaciones y violencias para con los infelices presos, serán castigados con penas muy graves; y los administradores de las cárceles que no presenten mensualmente un estado detallado y exacto de los presos, de su edad, de la naturaleza de su delito y de la duracion de la pena á que cada uno viene condenado, habrán de pagar á nuestro tesoro una multa de veinte libras de oro. El juez, que por su negligencia prolongue una causa, pagará sin remision una multa de diez libras de oro.»—No se olvide que esta ley, cuya memoria no está por demás en tiem-

po alguno, fué promulgada á fines del siglo cuarto, hace mas de mil cuatrocientos años.

Otra ley no menos notable, y que hace gran honor á la sabiduría y moderacion de Teodosio, es la que promulgó Rufino por encargo suyo en el año 393. Los libelistas escribian mucho contra él y se permitian difundir acerca de su persona los mas calumniosos rumores:—«A aquel, dijo á Rufino, que olvidando la reserva y la prudencia, se permita propalar contra nos irreflexivas y malévolas noticias ó se haga por orgullo el detractor sedicioso del tiempo presente, prohibimos que se le imponga pena alguna y que se le haga sufrir la menor violencia. Si la ofensa procede de ligereza, ha de ser despreciada; si de locura, es digna de piedad, y si de perversidad, es necesario perdonarla.»

Sus leyes son uno de los monumentos mas curiosos de la época, y en él ha de ser estudiada la sociedad romana. En casi todas ellas preside el mismo espíritu de sabiduría y de justicia que en las que acabamos de trasladar.

Teodosio murió en Milan á los 17 de enero del año 395, á los cincuenta de 395 de J. C. 1148 de Roma
su edad, despues de un reinado de diez y seis años, siendo Petronio vicario de España y Teodoro prefecto del pretorio de las Galias.

Arcadio y Honorio tomaron posesion por mitad de la herencia de su padre, correspondiendo el Oriente al primero y el Occidente al segundo.

¿Cuál era el estado del gentilismo en España en la época del fallecimiento de Teodosio? Segun san Agustin, oíase repetir por todas partes durante los primeros años del reinado de Honorio: «No llueve, los cristianos tienen de ello la culpa,» y estas palabras manifiestan que, á pesar de los esfuerzos de la Iglesia y de los emperadores, el gentilismo contaba todavía con cierto número de secuaces.

Y aun entre los cristianos, era tal en España la aficion á los juegos y espectáculos, que al abandonar el santuario, los recien convertidos corrian á recrear sus ojos en los sangrientos juegos del circo y en las groseras escenas que se representaban en los teatros públicos. Segun dice Salviano, hacíanse en el teatro cosas que no pueden relatarse y de las cuales hasta la memoria se asusta; en vano, dice el mismo escritor, los sacerdotes cristianos se esfuerzan en inspirar sentimientos mas tiernos y una moral mas severa á los nuevamente convertidos; sus palabras no producen efecto alguno, y el pueblo, adherido á las antiguas costumbres, no se determina á abandonar los placeres de sus gentiles antepasados.

A fines del siglo cuarto, san Paciano, obispo de Barcelona, irritado al ver que los fieles continuaban celebrando la fiesta del primer dia del año á la manera antigua, esto es, con una ceremonia llamada *Hennula Cervula*, la fiesta del ciervo, escribe un libro para demostrar su inmoralidad á los cristianos y apartarlos de ella. Esta obra no ha llegado hasta nosotros, pero el mismo san Paciano nos dice en otra obra suya (1) que sus exhortaciones habian sido infructuosas, tal era el imperio que en los Españoles tenian aun las antiguas costumbres; y continuaron, pues, cubriéndose como antes con pieles de animales, corriendo por la ciudad y la campiña en este ridículo disfraz y entregándose á las mas asquerosas liviandades. La idolatría estaba todavía en las costumbres aun despues de haber sido abjurada públicamente, y como dice el mismo san Paciano hablando de

(1) In Biblioth. Máx. Patr., t. IV, p. 116.

los moradores de Barcelona, *multi idolis mancipati*. Otro autor del siglo quinto manifiesta que los pueblos que habitaban la isla y el territorio de Cadiz adoraban, *cum maximâ religione*, una estátua de Marte, que entre ellos era conocida con el nombre de Neton, lo cual quizás podria indicar su orígen fenicio.

Un hecho curioso, pero indudable, es que aun dada la ley que privaba de sus bienes al sacerdote gentil, los cristianos en competencia con los idólatras, solicitaban las funciones sacerdotales de la antigua religion. La ley publicada en 16 de junio del año 386 que es la 112, t. I, l. 12 del código Teodosiano, dice: «Es impropio, ó por mejor decir ilícito que el cuidado de los templos y de las solemnidades religiosas esté confiado á aquellos cuya conciencia ha sido iluminada por la verdadera religion divina, quienes habrian de rechazar tales cargos aun cuando no les estuviesen prohibidos.»—En su consecuencia prohibe á los cristianos que los soliciten y con mayor razon á los gentiles que les obliguen á su desempeño.

El fin principal que Teodosio se propuso, aquel á que dirigió sus esfuerzos todos fué la ruina del gentilismo, fué expulsar del órden político la religion antigua; obra ardua y difícil, á la que, si bien hizo dar un gran paso, merced á su laudable celo y á la cooperacion que le prestaron los grandes varones que eran entonces las lumbreras de la Iglesia, no pudo ver, empero, completamente realizada. El politeismo habia sido la religion del estado; tenia sus leyes, sus instituciones, sus riquezas propias; contaba con la sancion de los tiempos, con lo que se ha llamado el *consensus majorum;* estaba estrechamente unido á la política, y llegado de la Grecia con el famoso buque que por mucho tiempo se conservó en el Capitolio, y en el cual habia traido Eneas á Ausonia la gloria y los futuros destinos de los Romanos, *famamque et fata nepotum*, habia protegido el nacimiento de Roma, habia crecido con ella; con sus armas se habia extendido y habia consagrado en cierto modo sus conquistas. Religion siempre abierta á nuevos dioses, hasta Jesucristo fué colocado un dia por cierto emperador en aquel *Pandæmonium,* llamado el Panteon. Sin embargo, los cristianos continuaban proclamando sus elevados principios, principios que como enteramente opuestos á los de la sociedad romana, fueron considerados como peligrosos. Atacado en sus privilegios, en su misma existencia, el politeismo se conmovió; á no ser Jesucristo mas que un nuevo dios le habria adoptado; pero no era esto, era para él un enemigo, y de ahí la saña, las calumnias y las persecuciones con que fueron atacados los primeros fieles. Neron los hizo servir de antorcha en sus jardines; azotáronlos, lanzáronlos á las fieras, y una vez dueños de la autoridad moral primero y de la material despues, no ha de causar sorpresa que en su fuerza de expansion hiciesen cada dia perder terreno á los partidarios de los antiguos principios.

Esta fuerza de expansion es la que Teodosio secundó con todo su poder, y sin embargo, hemos de observar una diferencia característica entre el Occidente y el Oriente. En Oriente, las leyes restrictivas del antiguo culto son mas ó menos aplicadas; en Occidente, empero, no llegan á experimentarse sus efectos, y en tanto los fieles ardian en deseos de derribar los ídolos, y muchos obispos hubieron de poner freno á su irreflexivo celo. Tenemos de san Agustin una alocucion para calmar el ardor de los cristianos contra los ídolos, que pinta muy bien el estado

de los ánimos, y que por lo tanto merece que le demos lugar aquí. El Santo se expresa en estos términos:

«La Escritura dice: *Destruid sus altares, sus bosques sagrados y sus libros.* Hacedlo, pues, así cuando tengais poder para ello, pero absteneos siempre que no lo hayais recibido. Muchos gentiles tienen en sus propiedades aquellas abominaciones; ¿habremos de destruirlas? Empecemos por derribar los ídolos en su corazon, y luego que serán cristianos, ellos mismos nos invitarán á realizar aquella santa tarea ó se anticiparán á nosotros. Roguemos á Dios por ellos y no demos cabida á la saña en nuestras almas. Sabed, queridísimos hermanos, que los gentiles unen sus quejas á las de los Judíos y hereges, y todos ellos oponen la unidad á la unidad... Porque Dios ha querido intimidarlos figúranse que vamos en busca de los ídolos y que destruimos cuantos encontramos; y sin embargo, sabiendo donde están los gentiles, donde los ídolos, nada hacemos; ¿por qué? Porque Dios no nos ha dado poder para ello, y ¿cuando le da? cuando el propietario se hace cristiano, pues solo con esto autoriza el acto. Si conserva sus derechos en su propiedad, si no la da á la Iglesia, entonces no existen ídolos... Hermanos mios, lo que atormenta á los gentiles, no satisfechos aun con que no destruyamos sus simulacros, es no poderlos conservar hasta en nuestras propiedades. Prediquemos contra los ídolos, extraigámoslos del fondo de los corazones, seamos sus perseguidores, así como los gentiles son sus defensores. Sin embargo, no obremos allí donde no podamos obrar; si el propietario se queja, nada hagamos; pero si lo aprueba, obremos, y hasta seríamos culpables no haciéndolo.»

Así, pues, á fines del siglo cuarto, el gentilismo contaba aun con partidarios, y en Oriente, donde era mas perseguido, era defendido todavía por Claudiano, Eunapio, Zosimo, Libanio y otros escritores. En Roma tenia por apoyo á Símmaco, cuya correspondencia es un precioso monumento del espíritu conservador que con tanta viveza se manifestó en aquella interesante época. Eran los postreros esfuerzos de la antigua sociedad espirante.

Aun abolido enteramente el gentilismo, hállanse de él, como así habia de suceder, numerosos vestigios en las costumbres y en las ideas; y esta verdad que el estudio de los hechos ulteriores demostrará respecto á España, ha sido muy bien expresada por un escritor francés, por M. Beugnot, en su obra sobre la sociedad romana.

«No se crea, dice, que las huellas todas de la antigua religion quedasen borradas, que se estableciese en Europa una civilizacion enteramente nueva, y que nada, excepto los anales históricos, recordase las ideas, las creencias, los errores y las costumbres que dominaran antes en esta parte del mundo. No son estas las reglas que rigen á la sociedad humana que perpetuamente se modifica y transforma; su aspecto cambia á veces con lentitud y por grados, á veces con sorprendente rapidez. Hállase á veces en situacion tan extraordinaria que ella misma cree haber abjurado todo lo pasado; y sin embargo, en medio de sus metamórfosis sucesivas, conserva siempre el recuerdo de lo que antes ha sido, y es tan poderoso este recuerdo, reprodúcese con tanta frecuencia y energía que el hombre observador se pregunta si puede jamás borrarse por completo aquello que en una época cualquiera ha influido fuertemente en la vida de una sociedad.

«Las creencias religiosas y el lenguaje son los dos principios de civilizacion

que mas resisten á la accion del tiempo y al cambio de las ideas; pueden ser modificados, alterados, corrompidos, pero no se ha observado todavía que hayan sido en parte alguna destruidos de una manera absoluta.

«Si toda civilizacion liga á aquella que le sucede parte de sus elementos, ninguna ha debido dejar en pos de sí mas rica herencia que la civilizacion romana, en cuanto descansaba en muy dilatadas bases y habia penetrado profundamente en las costumbres. El cristianismo nada omitió para que la Europa repudiase semejante herencia, pero sus esfuerzos fueron en parte impotentes, y gran número de creencias absurdas, de prácticas ridículas y de errores peligrosos, nacidos claramente del culto romano, se arraigaron en la sociedad cristiana, y existen todavía en ella.»

¡De qué dependen los destinos de los imperios cuando para ellos ha empezado el período de la decadencia! Muere un hombre y todo cambia. Mientras vivió Teodosio conservóse la paz y los bárbaros mantuviéronse en reposo; el emperador espira, y todo se trastorna, y el edificio de la grandeza romana, detenido por un momento al borde del abismo, se despeña y desaparece.

El reinado de Honorio fué la época fatal del imperio que durante el reinado de Teodosio recobrara fuerza por la valía propia del emperador. Bajo sus sucesores, harto débiles para sobrellevar semejante peso, el mal se agrava, las derrotas irreparables se multiplican y se asiste á su agonía; en breve caerá para no volverse á levantar, y solo el nombre conservará por algun tiempo hasta que los bárbaros de grado ó por fuerza, por medio de tratados ó de victorias, se habrán dividido por completo sus despojos.

Los Godos, que por sus triunfos y derrotas se habian iniciado en los secretos del mundo antiguo, que habian recibido la nueva fe, tal como Arrio la habia predicado, que se habian despojado en gran parte de sus primitivas costumbres, van á precipitarse ahora con todas sus fuerzas sobre la sociedad romana. Verémoslos, sin embargo, lo que es un rasgo característico de las invasiones bárbaras, llegar, retirarse, avanzar para retroceder de nuevo, fatigar al imperio con su incesante flujo y reflujo, hasta que por fin se desbordan para apoderarse definitivamente del territorio que hasta entonces se habian limitado á asolar. *Quo Deus impulerit.*

Hémoslos visto en tiempo de Valente sitiar á Constantinopla y obligar al emperador á hacerles varias concesiones, de las cuales gozaron en paz durante todo el reinado de Teodosio. Su jefe Alarico, de la familia de los Baltos, que quiere decir osado y valiente, la mas ilustre entre ellos despues de la de los Amalos, habia celebrado con este emperador una sincera alianza; habíale proporcionado auxilio contra los Hunos y contra Arbogasto, y hasta habia combatido personalmente contra los primeros; pero mal recompensado de sus servicios, descontento de que Gainas hubiese sido preferido á él para el mando de los Godos que el emperador tenia á sueldo, resolvió tomar de los Romanos terrible venganza. De re-
396 de J. C. 1149 de Roma pente declara la guerra al imperio, y devasta la Tracia, la Panonia, la Iliria y la Macedonia; Estilicon sale á su encuentro y consigue en un principio algunos triunfos, mas Alarico evita los combates, y continua sus correrías por el Epiro hasta los muros de Atenas.

Dícese que Alarico emprendió esta expedicion instigado por Rufino, á quien

ha hecho célebre el odio de sus contemporáneos (1); Rufino, hombre ambicioso, avaro y cruel, y jefe de las tropas todas del imperio de Oriente, buscó en ello una ocasion para apoderarse del imperio, y tutor del débil Arcadio, habria sin duda realizado su proyecto, á no haber adivinado sus planes Eutropio, que ocupaba un puesto elevado cerca del emperador. Rufino fué decapitado en medio de las legiones, y era tal el odio que habia llegado á inspirar, que se cometieron en su cadáver toda clase de excesos. Hecho pedazos, su cabeza fué paseada en la punta de una pica entre los aplausos populares, y hubo un hombre que tuvo el bárbaro placer de apoderarse de sus manos y cortando los tendones que mueven los dedos, recorrer la ciudad pidiendo limosna en nombre de Rufino, abriendo y cerrando aquel sangriento despojo cada vez que se la daban.

Alarico, vencedor en Grecia, toma de nuevo la ofensiva y marcha contra Constantinopla; asustado el emperador, entra en negociaciones con él, y le cede la soberanía de la Iliria.

En breve se turba otra vez la paz, y Alarico dirige entonces sus armas contra Italia, cuyo país abandonó aquel mismo año por motivos que se ignoran. Transcurridos dos años vuelve allí con fuerzas mas considerables, pero Estilicon le ataca en Polentia, cerca de Turin, y consigue contra él un señalado triunfo. Alarico hace vanos esfuerzos para rehacerse de su derrota, y se decide por fin á abandonar á Italia por segunda vez. Esto sucedia en el año 403.

402 de J. C. 1155 de Roma

403 de J. C. 1156 de Roma

En 405, Radagasio, otro caudillo godo, pasa los Apeninos al frente de un ejército de doscientos mil hombres, y llega hasta Florencia sin encontrar enemigos; Estilicon le sale al encuentro seguido de treinta legiones y de dos cuerpos auxiliares, uno de Hunos y otro de Godos, á sueldo del imperio, y en la sangrienta batalla que allí se empeñó quedaron en el campo Radagasio y cien mil de los suyos: los demás fueron hechos prisioneros.

405 de J. C. 1158 de Roma

Al tratar de tan calamitosa época, el vizconde de Chateaubriand dice lo siguiente: « Vemos á los destructores del imperio establecidos en el imperio; á los Hunos y á los Godos sirviendo á los príncipes á quienes habian de exterminar; á oficiales frankos haciendo y deshaciendo emperadores; á Caledonios, á Moros, á Sarracenos, á Persas y á Iberos acantonados en las provincias, de modo es que la ocupacion militar del mundo romano precedió de cincuenta años á su division, y hasta los hombres que defendian aun el trono de los Césares, vacilante bajo los golpes de tantos enemigos, no descendian de la estirpe de Sila ó de Mario: Estilicon era de raza vándala, y Ecio de raza goda. El imperio latino-romano se habia

---

(1) Entre los enemigos de Rufino no ha de olvidarse á Claudiano que compuso expresamente un poema contra él:

Sed cum res hominum tantâ caligine volvi
Adspicerem, lætosque diu florere nocentes,
Vexarique pios: rursus labefacta cadebat
Religio, causæque viam non spontè sequebar
Alterius, vacuo quæ currere semina motu
Affirmat, magnumque novas per inane figuras
Fortuna non arte regi: quæ numina sensu
Ambiguo vel nulla putat, vel nescia nostri.
Abstulit hunc tandem Rufini pœna tumultum,
Absolvitque deos....

(Clau., in Rufin., l. I, v. 12 y sig.)

convertido en el imperio romano-bárbaro, y parecíase á un inmenso campamento que ejércitos extranjeros hubiesen tomado al pasar por una especie de patria comun y transitoria. Para la consumacion de la conquista solo faltaban algunas destrucciones, la mezcla momentánea de las razas, y luego su separacion.»

Es opinion comun poner á Estilicon en la misma línea que á Rufino, y por una especie de consentimiento unánime acusarle de haber desperdiciado las ocasiones de destruir á los ejércitos enemigos, y hasta de haberles franqueado las puertas del imperio para mejor realizar sus ambiciosos proyectos. Nada, empero, en su conducta justifica tales acusaciones; en la última batalla probó cuan infunda-
408 de J. C. 1161 de Roma das eran, y sin embargo el dia 23 de agosto del año 408 fué ejecutado por órden de Honorio en la ciudad de Rávena. Olimpo, jefe de los oficiales de la corte, fué el enemigo que le perdió cerca del emperador, de quien obtuvo con facilidad la sentencia de muerte y el poder que ambicionaba.

Y sin embargo, el tutor de Honorio era el único hombre de bastante talento militar para oponerse á las irrupciones de los bárbaros; su muerte les abrió las puertas de Italia.

«¡Siempre guerras! exclama san Agustin, guerras entre las naciones para elevarse al imperio, entre las sectas, entre los Judíos, entre los gentiles, entre los cristianos y entre los hereges. ¡Siempre guerras! por todas partes se multiplican; aquí se baten por el error, allí por la verdad!»

«La mente siente horror al recordar los desastres de nuestra época, dice á su vez san Gerónimo. Desde hace veinte años la sangre romana corre á rios desde Constantinopla hasta los Alpes Julianos. La Escitia, la Macedonia, la Dardania, la Dacia, la Tesalia, la Acaya, el Epiro, la Dalmacia, las Panonias son devastadas por el Godo, el Sármata, el Cuado, los Hunos, los Vándalos y los Marcomanos. ¡Cuántas madres, cuántas vírgenes, cuántos cuerpos nobles y puros han sido juguete de aquellas fieras en figura de hombre! Los obispos encadenados, los presbíteros y los clérigos asesinados, las iglesias destruidas ó transformadas en caballerizas, hé aquí lo que hemos visto. Por todas partes desolacion, llanto, imágenes de muerte. El mundo romano se derrumba, y sin embargo, nosotros no nos desalentamos.»

Habia llegado su vez al Occidente, y las mismas calamidades que arrancaban tan nobles lágrimas á los ojos de san Gerónimo, habian de caer con no menos rigor sobre los pueblos de esta parte de los Alpes.

A principios del siglo, los Vándalos, los Alanos y los Suevos habian invadido las Galias; detenidos un momento por los Frankos en el paso del Rhin y destruidos en parte, los Vándalos habian llamado en su auxilio á los Suevos y Alanos, y recobrado las ventajas en la lucha. Unidos luego con los Burgundios, todo el Norte experimenta los efectos de su terrible paso; la Germania, las dos Bélgicas, la segunda Leonesa son asoladas; penetran luego en las provincias meridionales y en 406 llega á su vez á la Aquitania y á la Narbonense; vedles ya casi al pié de los Pirineos, preguntándose lo que habrá tras aquellos altos picachos y nieves eternas, y prometiéndose descubrirlo en breve.

En aquel desórden general, las legiones de Bretaña, abandonadas á sí mismas, eligen un emperador, luego otro, y luego un tercero, con muy corto intervalo. Graciano sucede á Marco, y un oficial llamado Constantino, quizás á causa

de su nombre, es proclamado en lugar de Graciano. Mas afortunado que sus predecesores para quienes fué la púrpura su mortaja, el último reduce en poco tiempo toda la Gran Bretaña hasta la muralla de Severo, y en seguida marcha á las Galias con algunas legiones para oponerse al paso de los bárbaros. Constantino, que tomaba por lo serio su papel de augusto, habia nombrado césar á su hijo Constante, y revestido este de su nuevo título, pasa los Pirineos, confia su custodia á numerosas fuerzas, y toma disposiciones para hacer reconocer á su padre como emperador en toda la Península.

La expedicion de Constante sublevó por todas partes las pasiones. Dos hermanos, Didimio y Veriniano, de Palencia, pertenecientes á una familia aliada á la de Teodosio y próximos parientes de Arcadio, toman las armas en defensa del emperador legítimo, y marchan contra Constante; pero este, que se hallaba al frente de fuerzas superiores, los vence, los persigue hasta Lusitania y subyuga la mayor parte de la Península. Hechos prisioneros, son llevados á Arles, donde Constantino habia establecido su cuartel general ó su corte, y son decapitados por órden del usurpador. Esta captura y sus repetidos triunfos dieron á Constante la púrpura y el título de augusto, que su padre compartió con él. Dueño ya de muchas provincias, Constantino envió embajadores á Honorio para anunciarle su elevacion, justificada por la suprema voluntad de las legiones, pedirle que sancionase lo que la victoria habia hecho y participarle que con tal condicion se contentaria con los dones que de la fortuna habia recibido sin buscar otros nuevos. Estilicon habia muerto, y no se encontraba cerca de Honorio hombre alguno capaz de defender sus derechos ; el emperador no era mas que una sombra, y cediendo á sus tímidas inspiraciones, reconoció el usurpado título de su competidor y le aceptó por cólega. De repente y á la vez elévanse tres enemigos contra Constantino. Geroncio, á quien confiara Constante la custodia de su conquista, enojado, á lo que se dice, por alguna injusticia, ó movido quizás por ambiciosos designios, seduce á las tropas colocadas bajo sus órdenes, atrae á su partido á los habitantes de las comarcas inmediatas, y proclama á un emperador llamado Máximo; sin embargo, su triunfo y el del soberano hechura suya fueron de corta duracion, y las tropas no tardaron en darles muerte á los dos. Constantino, sitiado en Arles por el ejército que contra él enviara por fin Honorio, cae en poder de sus enemigos, y paga con la vida su traicion.

409 de J. C.
1162 de Roma

Durante esta lucha de mezquinas ambiciones, los Vándalos, los Suevos y los Alanos, á quienes hemos dejado en la Aquitania y la Narbonense, se adelantan hasta los Pirineos. Detenidos por algun tiempo ante aquellos imponentes montes, deliberan si pasarán adelante ; la suerte está echada, y salvados los Pirineos, continuan en la Península su excursion, derribando y destruyendo con igual furor cuanto encontraban al paso. Esta invasion tuvo lugar el año 409.

Aquellos bárbaros recorrieron la España como triunfadores acaudillados por jefes militares á quienes se ha dado el nombre de reyes. Cada pueblo tenia el suyo : Ermenerico capitaneaba á los Suevos, Atacio á los Alanos, y Gunderico á los Vándalos, quienes eran los mas poderosos y siempre son mencionados los primeros. Sus huestes entraron en España á sangre y á fuego, y aunque algunas ciudades intentaron resistirles, el desaliento y la desesperacion estaban en todas partes, siendo tan grandes las calamidades de aquellos tiempos que nadie sabia

si alegrarse ó afligirse de lo que estaba sucediendó. El triunfo de la barbarie habia de consumarse para su propia iniciacion, pues la humanidad no adelanta sino á fuerza de generaciones ; el progreso solo se manifiesta en los siglos, que son los años del género humano, y de ahí la doble tendencia que en nuestro ser experimentamos: sabemos las vias por las cuales se realiza el progreso, sabemos que este se realizó sin duda alguna, pero nos quejamos de lo tortuoso de aquellas, de los dolores que padece el hombre, el cual ve el fin, pero no llega á él (1).

Los invasores esparcieron por todas partes el terror y la desolacion; muchas ciudades fueron tomadas, saquedas, destruidas ; muchos pueblos fueron incendiados ; los campos quedaron devastados y sembrados de cadáveres ; la peste y el hambre unieron sus azotes á los males públicos, y un autor contemporáneo y testigo ocular refiere que los lobos se multiplicaron extraordinariamente, y que millares de cuervos se posaban con horribles graznidos en los campos cubiertos de amontonados cadáveres. Los Romanos, encerrados en las ciudadelas, padecieron todos los horrores del hambre, y en algunas ciudades se alimentaron los habitantes con los cuerpos de los que habian fallecido : *ad tantam miseriam incolæ deducti fuerunt, ut famis indigentia humanas carnes ederent* (2). Otro historiador cuenta que una madre mató á sus propios hijos y comió su carne, por la cual indignado el pueblo la apedreó. Asturias, Galicia, la Lusitania y parte de la Bética fueron las provincias que mas padecieron ; las demás se pusieron en estado de defensa. La dominacion de los Romanos se conservó en las provincias orientales, pero no habia en ellas suficientes tropas ni buenos generales para rechazar al asolador torrente. Al saber las desgracias que pesaban sobre sus compatriotas, los Hispano-Romanos se conmovieron, pero no pudieron hacer mas. Era preciso sufrir la cólera de Dios.

Roma iba á experimentarla á su vez: Alarico se hallaba á sus puertas. Un riguroso bloqueo reduce á la inmensa muchedumbre que se albergaba en la ciudad de Rómulo al estremo de apurar hasta los alimentos mas asquerosos, y de la capital del orbe salen dos diputados para implorar la paz del caudillo godo. *Aun hay mucha gente en Roma,* le dijeron para intimidarle.—*Mejor,* respondió Alarico, *cuanto mas espesa es la yerba mejor se corta,* y les pidió cuanto oro, plata y objetos preciosos encerraba la ciudad, y la libertad de todos los esclavos bárbaros. —*¿Qué nos dejas, pues?* preguntáronle los diputados.—*La vida,* contestóles el Godo; mas por fin redujo la contribucion que habian de aprontarle á cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, otras tantas de pimienta, cuatro mil túnicas de seda y tres mil piezas de púrpura. Los Romanos que no podian completar el precio del rescate, despojaron las imágenes de los templos y fundieron las estátuas de oro de la *Virtud* y del *Valor,* y en efecto, ¿para qué las querian los que no tenian ya valor ni virtud ?

Sin embargo, no habia apurado aun Roma el cáliz de sus amarguras; Alari-

---

(1) Romey, t. II, p. 30.

(2) Gundericus, filius Modigisilli, regis Vandalorum, per hæc tempora cum Alanis et Suevis Hispanias occupaverat. Qui, ut refert divus Antoninus, ad tantam miseriam incolas deduxerunt, ut famis indigentia humanas carnes ederent. (Francisci Taraphæ, de Regibus Hispaniæ, in Scott., Hisp. Illust., t. I, p. 539).

co volvió al pié de sus muros al cabo de poco tiempo, é irritado contra Honorio que continuaba encerrado en Rávena por algun agravio que le habia inferido, obligó al senado á reconocer por emperador á Atalo, prefecto de la ciudad. Satisfecho con haber dado un emperador á Roma, retiróse el bárbaro; pero ¡ay! en breve reapareció y entonces sí que pudieron repetir los infelices ciudadanos las palabras del profeta: «Esto dice el Señor: Hé aquí que viene un pueblo de tierra del Aquilon, y una nacion grande se levantará de los fines de la tierra. 410 de J. C. 1163 de Roma

«Arrebatará saeta y escudo; cruel es, y no se apiadará. Su voz sonará como el mar, y sobre caballos montarán, dispuestos como varon á la pelea, contra tí, hija de Sion.

«Oimos la fama de él, se aflojaron nuestras manos, y nos alcanzó la tribulacion, los dolores como á la que está de parto (1).»

«A dónde vas?» preguntó un ermitaño á Alarico. «No lo sé, contestó el jefe bárbaro; dentro de mí siento una voz secreta que me dice: Anda y destruye á Roma! *(perge et Romam derue!)*» Y en efecto, la hora de cumplirse el destino de la ciudad eterna habia sonado. El 24 de agosto del año 410 de nuestra era, á los 1163 años de su fundacion, asaltaron sus muros las legiones de Alarico, el Capitolio recibió la sombra de otra bandera, y una nueva raza de hombres entró en posesion del mundo antiguo. La opresora del universo fué á su vez oprimida por las feroces huestes, y por espacio de diez y seis dias sufrió todos los horrores de la devastacion. «La señora de las naciones ha quedado viuda; la reina de las ciudades ha sido hecha tributaria... porque el Señor ha hablado contra ella á causa de la multitud de sus iniquidades (2).» El incendio, el asesinato, la violacion, la fuerza con todo su horror tuvo ancho campo para ejercer en Roma sus desafueros todos. Estátuas, vasos, sepulcros, ídolos, los preciosos objetos del culto, las obras maestras de las artes, todo caia á los golpes de los bárbaros conquistadores; palacios, templos, termas y jardines eran devastados por la soldadesca. Solo son respetadas las reliquias de los mártires y algunas iglesias donde se refugia parte de la poblacion aterrorizada. Los bárbaros abandonan el pillaje para acompañar en procesion junto con los sacerdotes las santas reliquias y los sagrados vasos del culto del Crucificado. «Así, dice D. Modesto Lafuente (3), los perseguidores del cristianismo deben su salvacion á aquellos mismos lugares que ellos intentaban derribar, á aquella misma religion que tan crudamente perseguian. Aquella procesion es el cristianismo que viene á anunciar al mundo que ha concluido la idolatría, y que el culto de los dioses paganos ha terminado con el imperio de los Césares. Es la idea religiosa, que traian ya desde sus bosques los destructores providenciales de los disolutos emperadores y de las falsas divinidades. Es la sociedad cristiana que viene á reemplazar á la sociedad idólatra. Es el principio civilizador, que la espada de un bárbaro ayuda á triunfar, sin que él mismo lo conozca, de la resistencia que aun oponia á las doctrinas de los apóstoles y de las escuelas.»

Alarico habia abierto á la capital del mundo una de aquellas heridas que se cierran y cicatrizan, pero que jamás se olvidan.

(1) Jerem. c. VI, v. 22, 23 y 24.
(2) Jerem. Lament., c. I.
(3) Hist. gen. de Esp. P. 1, l. 3, c. III.

San Gerónimo, sorprendido en medio de sus trabajos por la fatal noticia, exclama: «*Hæret vox et singultus intercipiunt verba dictantis. Capitur urbs quæ totum cepit orbem!*»

Fué tal la profundidad de la caida de Roma, que durante mucho tiempo ofreció la imágen de un desierto. La mayor parte de los Romanos habian huido, las propiedades todas habian quedado abandonadas. «Quién hubiera jamás pensado, escribia san Gerónimo á Eutochio, que Roma elevada á tanta altura por sus victorias, pereceria, y que despues de haber sido la madre seria el sepulcro de sus pueblos; que las playas de Oriente, de Egipto y de Africa, recientes posesiones de Roma la dominadora, se cubririan de esclavos, y que cada dia la santa Belen recibiria en sus muros una muchedumbre de personas antes nobles y opulentas y mendigos ahora? Aunque no nos sea dable socorrerlos, los compadecemos y mezclamos á las suyas nuestras lágrimas.»

Pocos dias despues del saco de Roma, murió Alarico en Cosenza, lugar de Calabria. Sus soldados abrieron su tumba en el lecho de un rio, el Busento, cuyas aguas habian desviado volviéndolas á su ordinario curso despues de la ceremonia. Dícese que dieron muerte á cuantos cautivos emplearon en la operacion á fin de que el sepulcro de su capitan permaneciese ignorado.

La caida de Roma fué el golpe de gracia para el poderío romano; herida la cabeza, el cuerpo cayó sin vida.

Es tal en este mundo el enlace de los acaecimientos que la toma de Roma fué el orígen de la dominacion de los Godos en España. Muerto Alarico, sucedióle Ataulfo, pariente suyo, quien obtuvo de Honorio por medio de un tratado, segun dice Jornandes, la cesion de parte de la Narbonense en la otra parte de los Pirineos y de la Tarraconense en esta. Ataulfo victorioso habria podido apoderarse de dichas provincias por derecho de conquista, pero como tuviese junto á sí á Placidia, hermana de Honorio, hecha prisionera en Roma, y desease granjearse su afecto, mostróse complaciente con el hermano por deferencia á la hermana. Es de observar además que los jefes de los Godos, distintos en esto de los bárbaros, parecieron siempre animados de un secreto aprecio hácia Roma aun en medio de sus mayores excesos contra ella. Ataulfo, pues, en aquellas críticas circunstancias trató á Honorio con mas benignidad de lo que podia esperarse de él, y obedeciendo al obrar así al amor de Placidia, ó á otro sentimiento secreto, evacuó la Italia, pasó los Alpes y condujo los Godos victoriosos á la Galia Narbonense.

En aquel entonces habia aparecido en las Galias un usurpador llamado Jovino, y segun un relato que no merece entera fe á los historiadores de mas nota, Ataulfo le propuso dividir con él el Occidente; pero ya fuese esto así y Jovino se negase á ello, ya no hiciese el caudillo godo semejante proposicion, es lo cierto que Ataulfo tomó partido por Honorio mediante un tributo estipulado en un nuevo tratado. Algun tiempo despues, y como el emperador faltase á alguno de los
412 de J. C. 1165 de Roma pactos convenidos, los Godos se apoderaron de Narbona, y allí fué donde Ataulfo tomó por esposa á Placidia con pompa imperial, y vestido á la usanza romana. Atalo, el emperador que Alarico proclamara en menosprecio de la grandeza romana, y al cual llevaba su sucesor en pos de su ejército como un objeto de irrision, fué otro de los que tomaron parte en la ceremonia. (Véase el Apéndice.) Es-

to no obstante, Honorio no tardó en celebrar la paz con Ataulfo cediéndole por un tratado la Aquitania para que se estableciese en ella con sus tropas prestando fe y homenaje al imperio y obligándose á darle la paga de sus soldados y los víveres necesarios para su subsistencia; y asi fué como en aquel gran movimiento durante el cual vemos la desorganizacion en todas partes, aparecieron los primeros gérmenes del órden feudal de la edad media. Ataulfo dirigió entonces sus armas contra Jovino y su hermano Sebastiano, recientemente nombrado augusto, y venciólos; Sebastiano pereció en el último combate, y Jovino, que se habia retirado á Valencia, en el Delfinado, no pudo resistir á Ataulfo y fué sentenciado á muerte.

Hasta entonces Ataulfo no habia salido de las Galias, y refiérense de diverso modo los motivos que le impulsaron á pasar los Pirineos. Segun algunos, obtuvo amistosamente de Honorio la concesion de la parte oriental de España mas inmediata á los Pirineos, conocida con el nombre de Cataluña, y segun otra version, habiéndose suscitado una nueva guerra entre el emperador y su aliado, Ataulfo pasó á la Península para evitar un encuentro con las legiones de Constancio, general de Honorio. 413 de J. C. 1166 de Roma

A esta relacion se han mezclado algunas circunstancias novelescas, segun las cuales Constancio, desde mucho tiempo enamorado de la hermana de Honorio, fué el verdadero autor de esta guerra. General de las tropas romanas en las Galias, y encargado de aprontar el dinero y los víveres prometidos á Ataulfo, se abstuvo de verificarlo, previendo que su conducta irritaria al bárbaro y produciria nuevas hostilidades. La guerra era su deseo así porque veia con sentimiento la alianza de Honorio con los destructores de Roma, como porque esperaba arrebatar á Placidia de manos del rey godo. Segun él, Placidia se habia casado con Ataulfo á viva fuerza y mas que á su esposo queria robarla á su tirano.

De ahí se originó la guerra, la entrada de Ataulfo en la Tarraconense, la toma de posesion de Barcelona y la especie de establecimiento monárquico que á ello se siguió. Por esto Ataulfo es considerado como el primer monarca godo en la larga série de reyes de la misma raza que despues se sucedieron; pero aun cuando sea este en efecto el orígen en la forma, no se puede admitir como el principio verdadero de la monarquía gótica en España. Esta tampoco era ya romana, y sean cuales fueren las luchas que se empeñen, compréndese que Roma solo ejerce en la Península un poder ilusorio, que de ella son los bárbaros los verdaderos señores.

En medio de estas agitadas masas de bárbaros, de estas contínuas guerras, indágase con triste curiosidad qué suerte cupo á la poblacion hispano-romana. Vencida, diseminada, destruida, oprimida allí donde pudo mantenerse, presa en todas partes de elementos destructores de su pasada prosperidad, hubiérase dicho ser disposicion divina que fuese atropellada por aquellos Alanos, por aquellos Vándalos, por aquellos Suevos, por aquellos Godos que habian sido enviados contra ella; que fuese, por decirlo así, reconstituida en la gran transformacion que su destino le imponia. Perdiendo sus nombres, corrompiéndose su idioma, padecia los dolores todos de la conquista, y en medio de ellos recibia los gérmenes que, al crecer y propagarse, habian de renovar la faz de la nacion. Profundamente modificados aquellos pueblos por el cristianismo que durante los

últimos años habia invadido todos los corazones, nuevas ideas, nuevos infortunios, una lengua extraña que se mezclaba por necesidad con la suya, y la mezcla no menos necesaria de las razas, todo preparaba y conspiraba á la vez á su renovacion.

Las costumbres cambian; el latin se corromperá en breve, y por espacio de muchos años las masas hablarán una jerga compuesta de latin, de vándalo, de suevo, de alano y de gótico; las tradiciones se perderán, se andará entre tinieblas; y en el general trastorno, el capricho humano, la exaltacion del infortunio, las pasiones y las necesidades nuevas crearán nuevos sonidos, un lenguaje que, nacido de muchos, no se parecerá á otro alguno, saliendo en fin de este torbellino de naciones y de lenguas la nacion y la lengua españolas, que no se fijarán definitivamente hasta haber recibido otros elementos de otro pueblo y de otra lengua, llegados de la otra parte del estrecho.

En la parte segunda y en los capítulos siguientes explicaremos la historia de España en tiempo de los Godos con igual amplitud con que lo hemos hecho en la época romana, una de las mas interesantes de la presente historia en cuanto fué la primera en reunir y constituir en cuerpo de nacion á las poblaciones españolas; relataremos con todos sus detalles el establecimiento definitivo en España de los Godos y de la monarquía gótica electiva; diremos las vicisitudes de los bárbaros de raza escita ó germánica que la invadieron en tiempo de Honorio, y presenciaremos el último cuadro que habrá de ofrecernos un mundo que acaba y otro mundo que comienza.

Sin embargo, antes de dar principio á la relacion y al análisis de tales cosas y acaecimientos, séanos permitido resumir en algunos capítulos especiales que pondrán fin al período romano el conjunto de hechos que, así en el órden civil, como en el político y religioso, constituyó bajo la dominacion de los Romanos la existencia de la nacion española. Séanos lícito examinar con una postrera ojeada el estado del mundo que acaba, y formalizar en cierto modo el inventario de lo que hereda el mundo que comienza.

CAPÍTULO XII.

Division territorial.—Organizacion judicial.—Municipios, colonias, ciudades de derecho latino.—Ciudades aliadas y tributarias.—Administracion de las ciudades.—Sistema de hacienda empleado por los Romanos en España.—Obras públicas.—Puentes, acueductos, circos.—Minas.—Agricultura, comercio, navegacion.—Literatura hispano-latina.—Letras gentílicas.—Letras cristianas.

Hemos visto que España se dividia en tiempo de Augusto en tres provincias, la Tarraconense, la Bética y la Lusitania, cuyas capitales eran Tarragona, Hispalis (Sevilla), y Augusta Emerita (Mérida). Cada una de estas provincias comprendia cierto número de distritos judiciales, ó por mejor decir, de jurisdicciones, llamadas *conventus juridici*, semejantes á las actuales *audiencias*. La Tarraconense que, inmediata á los Pirineos, se extendia oblicuamente desde el mar Ibérico hasta el océano Galo (1), contaba siete, á saber: Tarragona, Cartagena, César-Augusta, Clunia, Luco, Asturica y Bracara; la Bética, cuatro: Gades, Corduba, Astigis é Hispalis; la Lusitania, tres: Emerita, Pax-Julia y Escalabis. Cada provincia tenia un gobernador, que en la Bética, mientras fué provincia senatoria, tomaba el título de procónsul; en las otras dos llamábase pro-cuestor ó legado imperial. Cuando en los calamitosos tiempos del imperio, perdió el senado el derecho que le concediera Augusto de gobernar ciertas provincias con independencia del emperador, los gobernadores de España se llamaron presidentes, título que conservaron hasta Constantino; algunos historiadores designan tambien á los gobernadores romanos, desde el reinado de Marco Aurelio, con el nombre de condes, *comites*, y atribuyen á dicho emperador el primer empleo de este título: *præfectos provinciarum comites nominasse fertur*.

Las ciudades se distinguian en colonias, en municipios romanos ó sea habitadas por ciudadanos romanos, en ciudades de derecho latino y en ciudades aliadas ó tributarias. Con su ordinaria exactitud, Plinio enumera las ciudades que en su época existian en las tres grandes divisiones de la Península, colocando á cada una en la clase que le correspondia.

Segun Plinio, del cual tomamos esta enumeracion que puede dar una idea de la importancia que tenia la Península bajo la dominacion romana, la Bética, la provincia mas rica por su cultivo y por el esplendor de vegetacion que le es particular, contaba en sus cuatro diócesis ó jurisdicciones, ciento setenta y cinco ciudades que habian de clasificarse así: nueve colonias, ocho municipios, veinte y nueve ciudades de derecho latino, seis ciudades libres, tres ciudades aliadas y

(1) Plinio, Hist. nat., l. III.

ciento veinte ciudades tributarias. Plinio expresa á continuacion el nombre de las mas notables y de las mas fáciles de ser nombradas en latin (*ex his digna memoratu, aut latiali sermone dictu facilia*), y lo mismo hace respecto á las demás provincias. En la Tarraconense se contaban además de doscientas noventa y cuatro ciudades *contributæ*, dependientes de las otras, ciento setenta y nueve ciudades de derecho latino, una aliada y ciento treinta y cinco tributarias.

Dice el mismo Plinio que en Tarragona se fallaban los pleitos de cuarenta y tres pueblos (1); César-Augusta, colonia franca, comprendia en su jurisdiccion ciento cincuenta y dos pueblos; Cartagena sesenta y cinco, sin contar los habitantes de las islas; Clunia catorce, Asturica veinte y dos; Luco diez y seis y Bracara siete.

La Lusitania, inclusos los tres *conventus*, Emerita, Pax-Julia y Escalabis, comprendia cuarenta y seis pueblos, entre ellos cinco colonias, un municipio de ciudadanos romanos, tres municipios de antiguo derecho latino y treinta y seis tributarios.

En todo, en la época romana existian en España seiscientas catorce ciudades cuyo mayor número lo formaban las ciudades tributarias, y el menor las ciudades aliadas, libres y en cierto modo anseáticas; luego de estas venian las colonias, en número de veinte y seis, las que pobladas principalmente de ciudadanos y veteranos romanos, gobernábanse por sus propias leyes y gozaban de derechos y privilegios particulares. Las medallas de las colonias españolas ofrecen con frecuencia en el reverso un arado al que está uncido un buey ó una vaca, guiado por un sacerdote, emblema de la institucion de las colonias, pues antes de establecerse en ellas los colonos, un sacerdote trazaba su recinto y las consagraba en nombre de la religion. En un principio, los Romanos hicieron en España lo mismo que en todas partes, y obligaron á los naturales á cederles enteramente la tierra, pero despues se asociaron á los Españoles.—Los municipios se gobernaban tambien por sus propias leyes, pero no gozaban de los derechos de ciudadanía; sus habitantes solo por via de concesion ó de recompensa eran admitidos á los empleos honoríficos de la capital, mas tenian el derecho de sufragio para la eleccion de los magistrados. César fué quien instituyó los municipios en España.—Las ciudades de derecho latino eran las que, pobladas por los habitantes del Lacio, formaban parte del gran pueblo sin tener, empero, todos los derechos de ciudadanos romanos; sus habitantes no se hacian iguales á los de Roma hasta haber sido revestidos de una magistratura.

Los límites que separaban á las ciudades aliadas de las tributarias se confundieron insensiblemente á medida que España adoptó los usos y las costumbres de sus dominadores, y acabaron por desaparecer del todo. Othon empezó por conceder á muchos Españoles los mismos derechos de que gozaban los ciudadanos de la metrópoli; Vespasiano extendió el derecho latino á todas las provincias, y por fin Antonino declaró á todos los súbditos del imperio ciudadanos romanos, é igualmente admisibles para todos los cargos públicos.

Las ciudades españolas eran administradas por un consejo llamado *curia*, compuesto de diez miembros, llamados decuriones. En las ciudades provinciales

(1) Tarracone disceptant populis XLIII quorum celeberrimi, etc. (Plin., Hist. nat., l. III.)

habia *duumviros*, cuyas funciones duraban dos y á veces cinco años. En los monumentos y sobre todo en las monedas se ven con frecuencia las letras DD, que se interpretan *decreto decurionum*. Los decuriones eran elegidos entre los mas ricos é ilustres ciudadanos; sus funciones eran gratuitas, y aunque la recaudacion de los tributos fuese otra de sus atribuciones, parece, que lejos de ser lucrativas, eran, por el contrario, sumamente onerosas.

Además de los decuriones y duumviros, habia en las ciudades de España, lo mismo que en las de Italia, ediles encargados de velar por la policía de la ciudad y de sus calles, por la conservacion de los edificios públicos, por el órden de las ceremonias y fiestas, por las provisiones públicas, etc. Algunas veces daban los ediles fiestas á sus expensas; los embellecimientos, las obras municipales se hacian bajo su direccion, y con frecuencia contribuian á ellas con sus fondos particulares. Una inscripcion hallada en Málaga recuerda un monumento erigido á Augusto con motivo de la batalla de Accio á expensas de cuatro ediles de aquella ciudad. De todas estas materias trataremos con mas extension en el capítulo siguiente.

Los depósitos públicos donde se guardaban el trigo y las demás subsistencias de primera necesidad, tenian sus empleados especiales llamados *curadores;* los puentes y los caminos estaban colocados tambien bajo la inspeccion de magistrados particulares, llamados por Morales y Masdeu III *viri viarum curandarum* ó II *viri vice muniendæ*. En los últimos tiempos del imperio, muchas ciudades (Masdeu dice todas) tenian un tribunal para la decision de las causas civiles, compuesto de diez jueces llamados X *viri litibus judicandis*. En los grandes centros, en Tarragona, por ejemplo, habia los *triumviri capitali*, encargados de las causas criminales. En la organizacion judicial de las ciudades españolas, tal como ha podido investigarse por varios monumentos, habia además esclavos dependientes de los tribunales bajo el nombre de *stationarii; beneficiarii*, mensajeros ó hujieres; *accensi*, secretarios; *cornicularii*, copistas ó escribanos, y por fin el *questionarius* ó interrogante, que era quizás el juez instructor. Los *tabularii* formulaban, bajo las órdenes de los decuriones, el inventario de los bienes muebles é inmuebles de cada ciudadano, y sobre esta base se establecian luego los tributos. Estos tabularios no han de confundirse con el *tabularius* instituido por Antonino, que era una especie de oficial civil encargado de recoger y conservar los actos públicos en tablas ó registros especiales.

La poblacion de la Península, muy numerosa ya en la época de la conquista, segun lo atestiguan muchas relaciones de los vencedores y sobre todo de los historiadores contemporáneos, habia aumentado considerablemente en tiempo del imperio. Esto no obstante, es difícil fijar el número de sus habitantes de una manera precisa: Osorio hace ascender la poblacion de España durante el primer período de los emperadores á setenta millones de habitantes, pero este número es seguramente exagerado. «Segun los censos romanos, dice, Tarragona en tiempo de Augusto encerraba dos millones quinientas mil aldeas, y Mérida, en Extremadura, mantenia una guarnicion de noventa mil hombres.» Esta base le sirvió para fundar sus cálculos, y fácil es conocer la causa que le indujo á aquella exageracion. «*Civitas*, dice Viardot, hablando de este pasaje de Osorio, ha de traducirse aquí, no por ciudad, sino por *provincia*, y su error procede de haber comprendido mal esta palabra.» Sin embargo, aun señalando mas de dos millones de

habitantes, no á la ciudad, sino al distrito de Tarragona, la poblacion de España, continua Viardot, seria á lo menos el triple de lo que es ahora, cálculo que parece muy verosímil en vista del siguiente pasaje de Ciceron: «No hemos sobrepujado á los Españoles por el *número*, ni á los Galos por la fuerza, ni á los Griegos por las artes *(nec numero Hispanos, nec robore Gallos, nec artibus Græcos superavimus)*.»

El sistema de hacienda empleado por los Romanos en España, el modo de recaudacion de los tributos, y cuanto constituye el importante ramo de la administracion pública, experimentaron la influencia de las diferentes circunstancias durante la ocupacion romana. A las enormes contribuciones exigidas arbitrariamente y por derecho de conquista en los dos primeros siglos de la dominacion de Roma en la Península, sucedió en tiempo de Augusto un sistema regular de recaudacion bastante complicado. Además de los tributos ordinarios, España sufria algunas cargas y obligaciones particulares, todas en interés de Roma; tal era entre otras la de enviar anualmente á la metrópoli la vigésima parte de sus trigos, no á título gratuito, pero sí á título de objeto de primera necesidad, cuyo precio fijaba el senado. Tambien se cobraba una vigésima sobre las herencias, á título esta de verdadero tributo; las donaciones entre vivos y entre próximos parientes, las herencias que no llegaban á cierto valor, estaban exentas de todo gravámen así como los legados piadosos, en los que se continuaba la fórmula: *sin deduccion de la vigésima*. La contribucion sobre las herencias fué establecida por Augusto para atender á las necesidades del ejército, y con ella habia de formarse una caja militar; Trajano modificó esta ley y rebajó la contribucion sobre las sucesiones; Caracalla exigió la décima en lugar de la vigésima, pero su sucesor repuso las cosas en su antiguo estado. Restablecida definitivamente, no existe monumento alguno que manifieste la época en que fué abolida en España esta contribucion, que parece haber sido particular á este país en cuanto no se hace de ella mencion en tiempo de Justiniano respecto á las demás provincias del imperio. La recaudacion de este tributo, que era sin disputa el mas productivo y seguro, pero que exigia grandes gastos de contabilidad, ocupaba á gran número de empleados, hasta que en los últimos años de la república y á principios del imperio, encargáronse de su cobro compañías mercantiles á su cuenta y riesgo, realizando en ello muy buenas ganancias. Los recaudadores representantes de tales compañías se llamaban *vicesimarii*. Tiempo despues, la recaudacion se hizo directamente por el estado y se confió á un intendente, supremo director de otros agentes inferiores, llamados *procuradores de la vigésima de las sucesiones*, para distinguirlos de los demás recaudadores de tributos. Bajo estos funcionarios habia colocados otros agentes subalternos, conocidos con el nombre de *subprocuratores*, *tabularii* (veedores), *rationales* (contadores) y *a comentariis* (tenedores de los libros ó registros). Estos empleos, segun de ello dan fe algunas inscripciones de Tarragona y de Emerita, podian ser desempeñados por libertos.—En tiempo de la república exigíase tambien el derecho de la vigésima por la emancipacion de los esclavos, pero fué abolido llegado el imperio ó cuando menos considerablemente reducido. En las obras especiales que tratan de los tributos romanos se hallarán cuantos detalles sobre esto pueden desearse, habiéndonos parecido suficiente indicar aquí en materia de contribuciones lo que parece haber sido particular á España.

En tiempo de la república, cuando los Españoles hubieron sido subyugados é incorporados definitivamente al gran imperio, añadióse á todas las cargas públicas lo que en nuestros dias se llama contribucion de sangre, y los diferentes pueblos de la Península dieron á Roma numerosas cohortes, legiones enteras. Desde las Islas Británicas hasta las fronteras de Persia, en las orillas del Rhin, en Iliria, en Tracia, en Capadocia, en Armenia, los Españoles corrieron igual fortuna que los Italianos, y Masdeu cita numerosos monumentos elevados en la Gran Bretaña, en Germania, en las Galias y hasta en Egipto, en honor de los soldados españoles. Mientras los naturales de la Península derramaban su sangre por la causa de Roma en Europa, en Asia y en Africa, ocupaban su país legiones formadas únicamente de Romanos, siendo difícil precisar en cada época el número de las tropas de guarnicion en España, pues varió segun las circunstancias y vicisitudes del imperio, desde Augusto hasta el último de sus sucesores. Tambien fué distinta segun las épocas la fuerza de las legiones (1), pero puede decirse que las tres á quienes confió Augusto la custodia de España eran formadas por unos diez y ocho mil hombres (2). El número de soldados tomados de esta provincia por los emperadores que sucedieron á Augusto, tampoco consta de un modo positivo. Segun algunos escritores, fué un cargo militar especial de España el de prefecto de las costas, *præfectus oræ maritimæ,* jefe de las cohortes destinadas particularmente á la defensa de las costas mediterráneas: Masdeu transcribe varias inscripciones en que se hace mencion de dichos prefectos, halladas casi todas en Tarragona, donde cree el mismo autor que tenian su ordinaria residencia.

Tal era, descrito á grandes rasgos, el estado civil y político de España en tiempo de los Romanos, no siendo de menos importancia la explicacion del movimiento que experimentaron las artes y obras públicas; los progresos entonces verificados por los Españoles en las artes, el grado de prosperidad de las ciudades españolas han dejado huellas que el tiempo no ha podido borrar completamente.

El museo de Madrid, los de otras muchas ciudades y los gabinetes de algunos arqueólogos, contienen estátuas antiguas de mucho mérito, halladas en los lugares donde antes existian establecimientos romanos. Las inscripciones que acompañan tan preciosos restos recuerdan por lo general su inauguracion, y prueban que muchas ciudades poseian embellecimientos semejantes; sin embargo, en ellas no se indican los nombres de los escultores, de modo que no puede decirse con certeza si son dichas estátuas obra de artistas griegos, romanos ó españoles. Los zócalos y pedestales se han encontrado en mas abundancia que las estátuas; cuantas se han hallado intactas ó poco menos son de mármol, lo cual no es decir que el bronce y otros metales no fuesen empleados por los estatuarios españoles; por el contrario, muchas inscripciones atestiguan la existencia de gran número de estátuas de varios metales, y hasta se habla de algunas de plata y oro, las cuales, como se comprende, debieron de librarse con menos facilidad que las demás de las devastaciones de los bárbaros.

Los templos, convertidos en iglesias por decreto de Honorio, fueron mas res-

(1) El número de hombres que componian las legiones no fué siempre el mismo; por término medio puede fijarse en doce mil quinientos.

(2) Hispaniæ recens prædomitæ tribus habebantur. Tacit., Annal.

petados que los otros edificios públicos por los bárbaros convertidos al cristianismo; esto no obstante, fueron destruidos algunos, cuyo dibujo (el de la fachada á lo menos) se encuentra en las medallas de Tarragona, de Emerita, de Ilicis, de Abdera, de César-Augusta (Zaragoza), de Cadiz, etc., acuñadas en tiempo de los emperadores. Algunos de dichos templos parecen anteriores á la época de dichas medallas; pero la mayor parte pertenecen al reinado de los Antoninos, época en que España gozó de gran prosperidad material, y en que sus ciudades recibieron grandes embellecimientos. Barcelona tenia un templo dedicado á Esculapio; un templo famoso entre los pueblos españoles se elevaba en las márgenes del Jenil, no lejos de Córdoba; en Alcántara habia otro no menos bello, levantado por el arquitecto con cuyos planos habia sido construido el magnífico puente de que en otro lugar hemos hablado (reinado de Trajano). En Antequera existia un Panteon á semejanza del de Roma, y cítase todavía el templo de Diana en Clunia, cuyo arquitecto, Apuleyo, ha visto sobrevivir su nombre al tiempo y á las revoluciones; el de Cintra (Mons-Lunæ), dedicado al sol y á la luna, su hermana; el de Júpiter en Enjarrama, á dos millas de Villa de Torrao en Portugal; el de la Concordia en Lisboa y el de Minerva en Cadiz, habiendo hablado ya del erigido á Hércules en la misma ciudad, célebre entre todos los de la Península. En casi todas las ciudades españolas habia edificios religiosos, levantados en honor de los dioses de la theogonía greco-romana, y tambien á ciertos dioses, como Endovellico y Neton, cuyo orígen y significacion son difíciles de penetrar, si bien parecen haber sido conocidos y adorados por los pueblos de la Península mucho antes de la ocupacion romana. Estos templos, empero, construidos sucesivamente en el largo período de la conquista no eran en su mayor parte de arquitectura tal que pudiesen ser considerados como verdaderos monumentos artísticos.—En todas las épocas de la dominacion romana, así en tiempo de la república como en el de los emperadores, las artes de Roma dotaron á España de monumentos que ofrecian si no igual magnificencia, los mismos caracteres al menos que los de la metrópoli. Sabido es que durante la república, el arte griego, aunque cultivado por artistas secundarios, gozó de gran boga entre los Romanos, y á juzgar por algunos restos en los que se encuentra el carácter que acabamos de indicar, España tuvo tambien sus artistas griegos. Las antiguas ruinas que se ven todavía en distintos puntos de la Península pertenecen todas á estas épocas y llevan impresas las huellas del gusto dominante en diferentes edades. En Talavera descubriéronse dos templos á la vez, ó á lo menos sus colunatas y pavimentos, de un tipo que es imposible fijar con exactitud. En Cabeza del Griego se hallaron las paredes de un templo rústico adornado de bajos relieves en que están representadas diversas imágenes de caza. Segun la Academia de Historia de Madrid, estaba este edificio dedicado al dios de la caza; segun otros, lo estaba á Diana ó á Vénus, en cuyas fábulas desempeñan gran papel los cazadores Endimion y Adonis.

En las ciudades donde residian los procónsules y gobernadores romanos, á quienes bajo distintos títulos estaba confiada la administracion de la Península, veíanse palacios de gran magnificencia. Cítase en particular el de Tarragona que sirvió de morada á algunos emperadores; á lo que se dice, su fachada tenia dos mil piés de extension, y era tan vasto que contenia dentro de él casi todo el recinto de la ciudad moderna; parte de él se conservó hasta las guerras del prin-



Puente de San Pablo.





Torre del Arzobispo en Tarragona, y muralla romana levantada sobre los vestigios del muro ciclópeo

cipio de este siglo, y se le daba comunmente el nombre de *palacio de Augusto*, á pesar de haber sido transformado en depósito de leña. Cerca del palacio se hallaba el circo del cual existen todavía algunos restos. La provincia tarraconense, varias veces visitada por los emperadores, y en la cual residian los mas altos magistrados romanos, era la mas rica en edificios públicos, y se conserva aun en parte el arco de triunfo de Bará, construido con grandes sillares cuadrados, y erigido en honor de Trajano, segun ha hecho creer un fragmento de inscripcion. En Barcelona y en varias ciudades de Galicia se han conservado durante mucho tiempo magníficos restos de termas romanas, principalmente en los puntos donde existen manantiales de aguas sulfurosas.

Despues del lujo de los baños, ninguno llevaron los Romanos tan lejos como el de los sepulcros, á los cuales iba unida para ellos, como para todos los pueblos civilizados, una idea religiosa, no tardando esta costumbre suya en propagarse á España, donde se han hallado muchos monumentos de este género adornados con gran arte y riqueza. Y no eran únicamente las familias las que mandaban elevar estos suntuosos sepulcros; hacíanlo tambien las ciudades en honor de sus mejores ciudadanos. Cuando un hombre se habia distinguido por sus servicios ó por su talento, el municipio, la curia ó el senado votaban fondos para consagrar por medio de un sepulcro la memoria del hombre de bien, del ciudadano útil.

Los mármoles mas finos empleados en la ornamentacion de los sepulcros eran extraidos de Numidia, y se los designaba en Roma con el nombre de mármoles africanos. En España se empleaban comunmente mármoles blancos del país, y se han encontrado muchos sepulcros adornados con bajos relieves y estátuas de notable mérito. Los mas humildes se contentaban con consagrar un cipo á los manes de los suyos, ó como dice Masdeu, una coluna terminada en punta. Las cenizas eran recogidas y depositadas en urnas preciosas, á veces de mucho valor, de mármol, de barro, de pórfiro y hasta de ágata. Los epitafios eran por lo regular muy sencillos y en casi todos se veia la fórmula S. T. T. L. *sit tibi terra levis;* algunos hacian gala de pretensiones filosóficas, como por ejemplo: «No existia, he existido, y ahora ya no existo.» Ó bien: «La vida es un don que llega, se aumenta y se evade (1);» pero nada en materia de epitafios iguala en sublimidad al de los compañeros de Sertorio, magnífica expresion de la energía y abnegacion españolas.

---

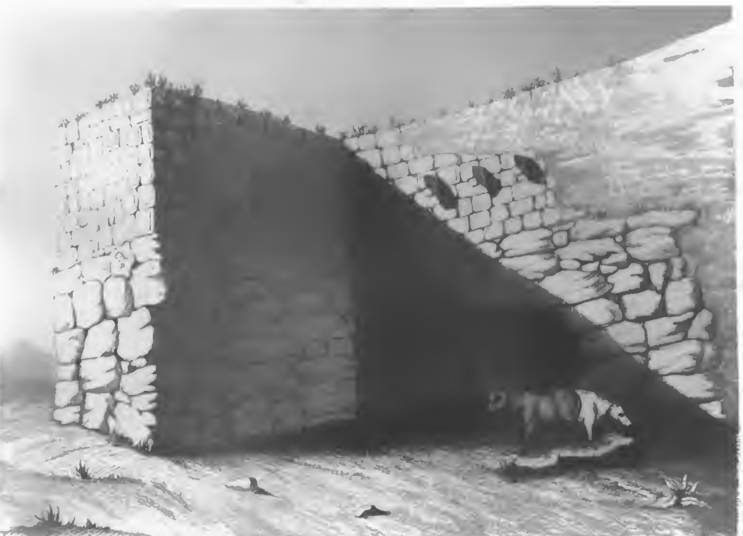
(1) Como en todo, se hacia gran abuso de los sepulcros entre los Romanos de los corrompidos tiempos del imperio. La imágen de aquel cuyas cenizas contenian, imágen por lo regular de mármol, con frecuencia de bronce, ó de plata y á veces de oro, era el mas indispensable adorno del sarcófago de un opulento romano. Pero donde se manifestaba una vanidad ridícula que traspasaba todos los límites de la alabanza y del orgullo era en las inscripciones de la piedra cineraria: «Yo, que sin voz vivo en este mármol, nací en Tralles, dice un Romano; he visitado los baños de Baia y las playas del mar, llenas de delicias; y á fin de eternizar tan *honrosa vida*, he señalado cincuenta mil sextercios para elevar este templo á los manes. Transeunte que leas estas líneas, pide á los dioses que la tierra sea lijera á Sócrates Astomacho.» Tal era la moral de los Romanos corrompidos por el imperio del mundo. Sócrates Astomacho llamaba una *honrosa vida* á una existencia resumida en estas palabras: he gozado; nací en tal parte; he sido rico, y no te digo el cómo: poco importa que mis riquezas procedan de mis padres, ó de mis rapiñas; la ley me las reconoce y he disfrutado de ellas. Mis títulos al respeto y á la consideracion de la posteridad, son haber visitado los baños de Baia y las playas del mar, llenas de delicias. (ROMEY, t. II, p. 58).

Entre los monumentos de utilidad pública han de citarse en primera línea los puentes y acueductos de los Romanos. Admirables restos en esta clase de obras manifiestan su indisputable superioridad en este género.

El puente de Alcántara, obra maestra de la arquitectura romana, es admirable tanto por su solidez como por la grandiosidad de sus proporciones. Construido con sillares de igual dimension , descansa sobre seis arcos, de los cuales los dos del centro tienen ciento veinte piés de ojo ; los pilares de forma cuadrada en que se apoyan tienen treinta y ocho piés de circunferencia, y cuenta en todo seiscientos setenta piés de ancho por veinte y ocho de largo, de modo que pueden pasar pór él cuatro carruajes de frente; la altura desde el nivel del agua al borde del parapeto es de doscientos cuatro piés. Fué construido en una época que no consta de un modo positivo con las contribuciones recaudadas, *stipe conlatâ,* por varios municipios de Lusitania, como lo explica una inscripcion que se ha conservado intacta en el arco central del puente. Masdeu opina que el arquitecto de tan sorprendente obra fué cierto C. Julio Lacer, cuyo nombre se encontró no lejos de allí en las ruinas de un templo. Otros puentes eran célebres tambien por su magnificencia, como eran el de Epora, en el Betis, y los de Calatrava y Aquæ-Flaviæ (en el dia Chaves) en el Tamaga; el mas antiguo era el de Salamanca que amenazaba ya ruina en tiempo de Trajano, y que este emperador, que cubrió de monumentos útiles el suelo del imperio y mas aun el de su patria, reparó y restauró como los Romanos sabian hacerlo. Levantado sobre el rio Tormes, el puente de Salamanca formaba parte de la via romana llamada *Argentea;* tenia unos quinientos pasos de largo, y veinte y seis arcos, cada uno de setenta y dos piés de ojo; los pilares tenian veinte y seis piés de circunferencia.

La grandeza de los Romanos se revelaba principalmente en sus acueductos, y con ellos fueron dotadas todas las ciudades del imperio que carecian de aguas naturales. En otro lugar hemos hecho mencion de los acueductos de Ebora, que databan del tiempo de Sertorio. El de Tarragona tenia cincuenta mil metros de largo, y de un reconocimiento practicado en él hace algunos años resultó hallarse aun en bastante buen estado veinte mil metros del mismo, y no ser difícil la reparacion de los quince mil restantes, sino por estar sepultados bajo el nivel del suelo. El acueducto de Segovia, si bien se arruina en muchos puntos, sirve todavía para el uso para que fué construido, y hace apenas dos siglos, existian aun del mismo ciento cincuenta y nueve arcos intactos. Las piedras cuadradas que lo componen no están unidas por argamasa ni betun alguno, y solo se han encontrado entre ellas algunos restos de plomo, resultando la solidez de tan admirable obra de la perfecta colocacion de sus piedras. Cerca de Sevilla, vense igualmente los restos de otro acueducto antiguo que llevaba aguas á la ciudad pasando por encima del muro.

Muchas ciudades españolas poseian grandes puertas de entrada construidas con piedras de sillería, y en el interior pórticos públicos muy bellos, segun puede juzgarse por el fragmento que se encuentra en las ruinas de Talavera. Habia además una gran plaza rodeada tambien de pórticos que servian de paseo y de lugar de reunion, y en ellos se trataban la mayor parte de asuntos mercantiles. Inscripciones halladas en Cartama, en Cartagena y en Canama, prueban que dichas ciudades gozaban de este recreo. Sagunto poseia un teatro que existe aun



Torre y parte del muro romano construido sobre el muro y puerta ciclópea en Tarragona.

en parte, y que ha sido muy bien descrito por el escritor Palos y Navarro, en una obra publicada en 1793. Los espectadores que le ocupaban gozaban de la deliciosa vista de la campiña y de la playa, y una colina situada frente del edificio, repetia la voz de los actores, como ha sido experimentado con el auxilio de una máscara antigua. El edificio pertenecia al órden toscano, y estaba construido con piedras largas y estrechas unidas entre si por medio de un betun; solo el circo está formado por grandes sillares. El escenario tiene doscientos cuarenta y cuatro piés de largo por cuarenta y cuatro de ancho, y debajo de él existen trece subterráneos ó bóvedas, cuyo destino es un problema, á menos que sirviesen de mansion á las fieras, indispensables actores en los juegos antiguos. En el fondo del escenario habia tres grandes arcos ó puertas; por la del medio aparecian las divinidades, y por las dos laterales los músicos y los coros; en los cuatro ángulos del escenario se encontraban los puestos reservados á los forasteros por derecho de hospitalidad. No hace mucho tiempo, distinguíanse aun el proscenio, la orquesta, los aposentos en que los actores se vestian y junto á la orquesta unas treinta gradas del anfiteatro. Nueve escaleras dividen las graderías *(cunei)* y corresponden á otras tantas puertas de entrada. Una doble hilera de pórticos, uno exterior é interior el otro, rodean el edificio, y en ellos se encuentran las puertas, arruinadas ahora en su mayor parte. Algunas piedras salientes que se ven en la pared exterior del edificio han hecho creer que servian de punto de apoyo á los toldos que libraban á los asistentes de los ardores del sol.

La época en que fué construido este teatro no consta de un modo positivo, si bien sus caracteres todos son los de un teatro romano. Esto no obstante, algunos autores creen que fué obra de los Griegos, mucho antes de la invasion romana. Sagunto era, en efecto, de orígen griego, y su fundacion se atribuye á Hércules: *Saguntina urbs ab Hercule condita. Hercules græcus, maximus pirata,* añade el cronista (1).

En el circo de Murviedro existia un mosaico que se ha perdido por completo habrá cosa de un siglo. Admitiendo que en realidad el teatro de Sagunto fuese obra primitivamente de los Griegos, es casi cierto que tal como está fué restaurado, si no completamente renovado por los Romanos. Cerca del rio de Palencia se ven los restos de otro circo de forma oval, de mil veinte y seis palmos de

---

(1) Gargoris, cognomento Mellicola, ab excidio troiano anno primo proditur in Hispania imperasse (Justino teste), id est, ante humanæ salutis adventum 1102. Hic primus fuit qui Hispanos colligare mella docuit, et usque ad primum annum Æneæ Sylvii Latinorum regis pervenit, id est, annis 70, ut in Eusebio computari potest. His temporibus Gallaici populi (unde Gallecia regio, vulgo Gilizia) á Galathe Herculis græci filio denominati sunt, teste Silio et Justino. Per hoc tempus Hercules græcus, maximus pirata, in Hispaniam transfretavit, et post eum alii duces ex Græcis; unde in dominium Græcorum Hispaniæ tota venit, et sub diversis Græciæ gentibus quæ inferius enumerabuntur, per multos annos extitit: tandem á Pœnis ab ipsá expulsi sunt. Hic Saguntiam urbem condidit sive restituit, et á nomine Zacynthi comitis sui illic sepulti nominavit, ut ait Silius his versibus:

Prima Saguntinas turbarunt classica portas,
Bellaque sumpta viro belli majoris amore.
Haud procul Herculei tollunt se littore muri,
Clementer crescete jugo, quis nobile nomen
Conditus excelso sacravit colle Zacynthus
Hic comes Alcida remeabat in agimine Thebas.

(F. Taraphæ, de Reb. Hisp.)

largo por trescientos veinte y seis de ancho, tan grande por consiguiente como el gran circo de Roma.

El hermoso mosaico descubierto hace algunos años en la plaza del circo de Itálica, manifiesta claramente el grado de explendor á que habia llegado España durante los felices dias del período romano. Consta de treinta y ocho piés de largo por veinte y siete de ancho; en el centro representa un circo de forma oblonga, con todos los detalles de su arquitectura interior; en una parte una carrera de carros, y en la otra, una lucha de gladiadores; en los espacios circulares que forman la orla vense las nueve Musas, muchos animales y varias figuras alegóricas, entre las cuales se distingue un centauro (reputado entre los antiguos como el genio de los juegos del circo), y las cuatro estaciones, cada una con colores semejantes á los de los vestidos usados por los atletas que combaten en la arena.—En una obra publicada á fines del siglo último se describen los restos, que ahora ya no existen, del anfiteatro de Tarragona, construido á orillas del mar, de modo que las olas lamian sus paredes, con gran placer de los espectadores en la estacion calurosa, dice un autor antiquísimo.

Nada tan sólido y bello como los caminos del imperio, ante los cuales son muy poca cosa las obras todas de los pueblos modernos. La gran red de comunicacion que unia entre sí las principales ciudades del imperio se extendia desde el centro á la circunferencia en una extension de mas de cuatro mil ochenta millas romanas, y si es imposible fijar con exactitud la época precisa de los varios monumentos de que acabamos de hablar, sabemos que á la magnificencia de los Antoninos, de Marco Aurelio, de Trajano y de Adriano han de atribuirse los grandes caminos de la Península, cuyos restos, que diez y seis siglos no han logrado borrar de la tierra, forman todavía la admiracion del viajero. En el próspero período de los emperadores, vió España allanados sus montes, cegados sus precipicios y cubierto su territorio de anchos y cómodos caminos, como los quisiera hoy dia. Los mas frecuentados y célebres se dirigian de Oriente á Occidente y se prolongaban por las Galias hasta Italia. La via de Roma á Arles descendia luego á Narbona, y terminaba en Cadiz pasando por Cartagena y Malaca; otra partia de Milan, atravesaba la Galia Narbonense y los Pirineos, pasaba por Barcelona, Tarragona y Zaragoza, y terminaba en Leon; de esta se conservan aun algunos restos. De Zaragoza partian ocho grandes vias hácia los Pirineos, hácia Tarragona, hácia Galicia pasando por Numancia, hácia Mérida, Sevilla, Coimbra, Toledo etc.; nueve caminos se reunian en Mérida, siete en Asturica, cuatro en Lisboa, otros tantos en Bracara, tres en Sevilla y siete en Córdoba, calculándose que en todo ocupaban los caminos españoles tres mil ochocientas cincuenta leguas (1). La mayor parte de ellos estaban cubiertos de una mezcla de arena gruesa

(1) La comunicacion no era menos expedita por mar. El Mediterráneo se hallaba encerrado entre las provincias del imperio, y la Italia se avanzaba como un promontorio en medio de aquel gran lago. En general las costas de Italia no ofrecen á los buques abrigo seguro, mas la industria humana habia reparado este defecto de la naturaleza, y el puerto artificial de Ostia, abierto por órden del emperador Claudio en la desembocadura del Tiber, era uno de los mas útiles monumentos de la grandeza romana. Solo distaba cinco leguas de la capital, y con un viento favorable podíase llegar en siete dias á las colunas de Hércules y en nueve ó diez á Alejandría de Egipto. (Gibbon, Hist. de la Grand. y Decad. del Imp. rom.)

y cal, y algunos de pequeños guijarros muy blancos, por lo cual se dió el nombre de *Argentea* al camino militar que pasaba por Salamanca. En todos los caminos encontrábanse elegantes colunas miliarias, muchas de las cuales se han conservado hasta nuestros dias; y sus inscripciones expresan el nombre del emperador que mandó abrir el camino, ó el del magistrado que le hizo reparar; algunas, pero muy raras veces, recuerdan un gran acontecimiento contemporáneo. La distancia que separaba á los grandes centros de poblacion se indica en ellas con exactitud.

Augusto limitó á un reducido número de ciudades, casi todas de la Bética, el derecho de acuñar moneda, y sin embargo, no hubo provincia del imperio que como España pusiese en circulacion tantas monedas en el solo espacio de ochenta años, desde Augusto hasta Calígula (1). Bajo el reinado de este emperador que nombró cónsul de Roma á su caballo Incitato, prohibióse absolutamente á las provincias usar de un derecho de que hasta entonces habian gozado, y Roma fué la única en acuñar las monedas del imperio. Las medallas imperiales de las ciudades españolas son de cobre, de diferentes pesos y tamaños, y las de plata no pertenecian propiamente á la ciudad, sino á algunas familias opulentas cuyo nombre llevaban La única medalla de oro que se ha conservado es la acuñada por la ciudad de Cartagena en honor de Galba. La mayor parte de las medallas de aquella época no ofrecen un trabajo muy delicado, y no parecen hechas con la habilidad que revelan otras mas antiguas; la plata es mas fina, pero el trabajo del artista mas grosero. Flores opina que antes de convertirse en Romanos, los Españoles sobresalian en la fabricacion de monedas y es fácil convencerse de ello por las que han sobrevivido á la accion de los siglos. Antes de la conquista su trabajo en este ramo es de rara elegancia y respira la pureza del arte griego. Su forma es aun mas notable, y muchas monedas de la época imperial son muy mal cortadas y no tienen la forma redonda, lo cual parece indicar que no se empleaba máquina alguna en su acuñacion, y sí únicamente yunque, martillo y tenazas. La marca, empero, que se ve en algunas, prueba que los Españoles conocian el punzon. La acuñacion de monedas se hallaba bajo la inspeccion de los ediles, cuyo nombre se encuentra muchas veces en ellas, lo mismo que el de los duumviros monetarios. Los Españoles preferian para las monedas el bronce y la plata al oro, porque, divisibles mas fácilmente aquellos metales en fracciones de corto valor, servian para el comercio y la compra y venta de los objetos de la vida ordinaria.

En la época de sus primeras conquistas, los Romanos no cuidaron de explotar las numerosas minas que encontraron en España, y contentáronse con apo-

(1) Flores, Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España, etc.—Las ciudades españolas en las que se acuñaba moneda se elevaban á un número considerable, y eran: en Lusitania, Ebora, Emerita, Osonoba, Pax-Julia y Salacia; en Bética, Abdera, Asinipo, Asido, Asta, Arsa, Arva, Astapa, Baillo, Callet, Carbula, Carino, Carisa, Carteya, Cavra, Celti, Corduba, Gades, Iliberis, Ilipa, Ilipla, Iliturgis, Ilurco, Ipagro, Italica, Ituci, Julia, Laelia, Lastigi, Mirobriga, Munda, Murgi, Nema, Obulco, Onuba, Orippo, Osca, Oset, Romula, Salici, Searo, Sisapo, Tartessus, Julia Traducta, Tucci, Ventippo, Ugia, Ulia y Urso; en la Tarraconense, Acci, Ausa, Bilbilis, Cæsar-Augusta, Calagurris, Cartagho-Nova, Cascantum, Castulo, Celsa, Clunia, Dertosa, Emporiæ, Ercavica, Gracurris, Ilercavonia, Ilerda, Ilici, Osca, Osicerda, Ostur, Palantia, Rhoda, Saetabis, Saguntum. Segobriga, Segovia, Tarraco, Toletum, Turiaso y Valentia. Existen además medallas de algunas ciudades inciertas como Bora, Ceret, Ipora, Irippo y Lont-Olont.

derarse de las riquezas metálicas de la Península, tales como las hallaron entre los naturales, dejando á estos la libertad de extraerlas de la tierra. Caton fué el primero que trató de aprovechar en beneficio del Estado aquella fuente de riquezas, y decretó un tributo sobre todas las minas de la Península, concediendo las de los paises conquistados, como por via de locacion, á los particulares que quisieren explotarlas, lo cual era en cierto modo declararlas de dominio público. Las condiciones de esta especie de arriendo, que, segun disposicion de los emperadores Augusto y Tiberio, no pasaba de cinco años, eran escritas en tablas de bronce. Tiempo despues, el mismo Estado ordenó los trabajos y se atribuyó exclusivamente la explotacion de cierto número de minas; las demás eran abandonadas á particulares ó á compañías con la única condicion de pagar al fisco una contribucion fijada de antemano, contribucion tan crecida que mejor le habria convenido el nombre de alquiler ó de arriendo. Por lo regular los arrendadores de minas eran Romanos ó Italianos, y estos nombraban sub-arrendador á un Español; casi nunca presidian por sí mismos los trabajos de escavacion, y esto ha hecho suponer que se reportaban de ellos cuantiosos beneficios. Llegada la última época del imperio, quedaron en gran parte agotados los preciosos filones, y dejaron de presentarse arrendadores, de modo que al invadir los bárbaros la Península encontraron abandonadas casi todas las minas. Las de oro y plata no eran las solas que se hallasen en España; las habia tambien de plomo en gran abundancia, y los Romanos concedieron tierras para su subsistencia á algunos pueblos de la Península con la única condicion de que trabajarian en dichas minas en beneficio del Estado. Los habitantes de Mediobriga en Lusitania no pagaban ótro tributo, y por esto eran llamados *plumbarii*. Las poblaciones empleadas en estos trabajos estaban por lo regular enfermizas, y los arrendadores en posesion del derecho de explotar las minas eran generalmente publicanos, hombres de negocios, que tenian á su servicio gran número de esclavos, cuya suerte era la mas infeliz que puede imaginarse. Los malhèchores de baja ralea eran condenados á las minas, y estaba limitado á cinco mil el número de hombres libres que podian ser empleados por los arrendadores durante su arriendo. Dábase unas veces á las minas el nombre de los emperadores ó de sus favoritos, y otras el de los arrendadores; habia una llamada Antonia, en honor del triunviro Antonio; otra Livia en el de la mujer de Augusto, y otra Salustia, en el de un amigo del mismo emperador. Plinio dice que el arriendo de la primera daba anualmente una suma que en moneda actual puede calcularse en 1.520,000 reales.

Es singular que los Romanos, que no dejaron de aprovecharse directamente de las riquezas metálicas de España, no abriesen nuevas minas en este país, y se ha creido que sin duda antes de su invasion fueron los ricos filones descubiertos y explotados por los Cartagineses. Los Romanos, sin embargo, perfeccionaron mucho el trabajo de las minas que hallaron ya en via de explotacion, y segun la obra de Gobet sobre la metalurgia de los antiguos, sus pozos eran circulares, sus galerías regulares y revestidas interiormente de una especie de betun que hacia muy lisa y unida la superficie de las paredes. España proporcionaba á los Romanos los metales todos que mas uso tienen aun en el dia; la Lusitania les daba plomo en abundancia, y Galicia estaño; de las montañas Marianas y de las minas de Livia se extraia mucho y excelente cobre y tambien zinc. Plinio

observa que el cobre de las Marianas se vendia muy caro y que acuñado que era ofrecia el aspecto del laton mas pulimentado.

El oro que de las minas se extraia no era todo elaborado en España, y gran parte de él era enviado en barras á Roma, donde era acrisolado despues de reducido á polvo.

En la España citerior, y especialmente en Bilbilis (Calatayud) habia fábricas de armas de gran reputacion, y de ellas hablan todos los autores antiguos. «Luego que los Romanos conocieron la espada española, dice Montesquieu, abandonaron la suya;» y esto que los Romanos eran muy conocedores en esta materia. Mucho antes de la conquista, Bilbilis proveia de armas á toda la Celtiberia, y con el tiempo perfeccionóse mucho en sus talleres la fabricacion del acero. Philon, matemático de Bizancio, explica el modo como los armeros españoles probaban sus espadas para asegurarse de su temple: elevábanlas sobre su cabeza teniendo con una mano la punta y con la otra la empuñadura, y las bajaban luego hasta tocar las espaldas; si la espada se enderezaba despues quedando tan recta como antes, era buena; sino, era considerada inservible. Bilbilis llegó á una gran opulencia, merced á su comercio de armas, las cuales se vendian á precios fabulosos.

En tiempo de los emperadores, los artesanos, los operarios de toda clase eran muy numerosos en España. Las artes y los oficios formaban en las ciudades colegios ó corporaciones colocadas por lo regular bajo la presidencia de un patrono elegido entre los ciudadanos mas ilustrados, cuyas funciones, enteramente paternales, solo duraban por espacio de un tiempo determinado. Semejantes cargos eran honoríficos, y por una inscripcion hallada en Córdoba sabemos que Junio Basso Miloniano, ciudadano ecuestre de la misma ciudad (duumviro), era al propio tiempo patrono de los herreros. Otras inscripciones relativas á los gremios de operarios se encuentran en gran número entre las de Porcuna, de Tarragona, de Cabra etc., y tambien muchos epitafios consagrados á los mismos operarios que sin duda se habrian distinguido en su estado. Los marmolistas, los lapidarios, los plateros, los fundidores y los cinceladores figuran entre ellos particularmente, y algunos se dan el título de servidores del emperador. Una curiosa lápida hallada en Aragon dice que cierto Paphio Paphiano, *barbero imperial*, era al mismo tiempo catador de los manjares que se servian en la mesa del emperador, *tonsor et prægustator cæsaris*. Este Español, que sin duda habia desempeñado sus funciones en Roma, volvió á morir al suelo natal, y en su epitafio declara haber mandado hacer el sepulcro en que yace, para sí, para Eufronia, su esposa, y para sus hijos (1). En la historia de los emperadores se habla varias veces de esos catadores de sus manjares, *prægustatores*, y por lo regular solo se confiaba este cargo á oficiales de cierta categoría. En Sevilla y en

(1)
Q. PAPHIVS.
Q. F. PAPHIANVS.
TONSOR.
ET. PRAEGVSTATOR. CAESARIS.
FECIT. SIBI.
ET. EVPHROSINAE.
VXORI. AMABILI. B. M.
ET. NATIS III.

Astorga se encuentran tambien inscripciones en las que se hace mencion de los *dispensatores cæsaris*, ó proveedores del césar, y recomendamos á los que deseen hacer un estudio especial de las costumbres de aquella época que vean los monumentos é inscripciones que la misma nos ha dejado, y que por fortuna no escasean en España.

Las comunicaciones abiertas entre España y las demás provincias del imperio romano debieron por necesidad de alentar y excitar la agricultura en los campos, no menos que la industria en las ciudades. Antes de Augusto, en las provincias septentrionales de la Península solo se cultivaba la tierra para obtener de ella lo necesario, pero en tiempo de los emperadores comunicóse gran impulso á la agricultura española, y como Africa fué contada España entre las provincias que alimentaban á Roma (*nutrices Romæ*). Recogíanse granos en abundancia, si bien los cereales mas cultivados eran el trigo y la cebada; esta se segaba en Celtiberia dos veces al año, á lo menos así sucedia en tiempo de Plinio. Los granos se depositaban en silos enladrillados, ó en simples fosos abiertos en terreno seco, sin desprenderlos de la espiga; en Cartagena y en casi toda la España citerior, era guardado en pozos, cuyo fondo y paredes estaban cubiertas de paja menuda, á fin de impedir el contacto del aire.—En las provincias meridionales se cultivaba con gran esmero el cardo, y las huertas de Cartagena y de Córdoba, aunque de poca extension, rendian por aquel solo producto considerables sumas.—El vino se habia hecho muy comun á pesar de todos los edictos, pero se hacia tambien gran consumo de un licor extraido de diferentes frutos, y además de cidra y de cerveza. El vino de Tarragona era preferido á los mejores de Italia, y todo el litoral del mediodía y de levante se hallaba plantado de viñas muy apreciadas. En tiempo de Plinio teníase en España en gran estima un racimo grueso y negro llamado *cocolobi*, del cual existian dos especies, uno dulce y otro agrio; ambas clases son cultivadas todavía en la provincia de Granada. Las viñas de la Bética y las de la costa mediterránea se hallaban expuestas á la accion de un viento que las perjudicaba, al que se daba el nombre de *Volturno*, lo mismo que al que desolaba las costas de la Pulla, y para librar de él á las vides, cubríaselas al principiar la canícula con anchas hojas de palmera.—El aceite era objeto en la época del imperio de un comercio de exportacion mas considerable y productivo que el mismo vino, y segun dice Columela, era preparado en grandes vasijas de hierro, en las que se derramaba agua caliente; agitábase fuertemente y se separaba el líquido que subia á la superficie, mezclándole luego con el jugo de algunas hojas tiernas de oliva, lo cual le comunicaba cierto sabor amargo de que gustaban mucho los Romanos. Galeno recomienda el uso del aceite de España y le considera como un astringente, quizás á causa de la mezcla que se le hacia sufrir.

El lino era cultivado con gran fruto en España, y en Asturias, en Galicia y en la provincia de Tarragona haciase con él una tela de una blancura y finura extraordinarias. El lino de Zeolico era preferido, segun Plinio, para la fabricacion de redes, y con él se fabricaban tambien tamices muy finos, que eran célebres en toda la Italia. Sin embargo, el lino de Setabis era superior á todos los demás, y era tal su reputacion que los pañuelos ó servilletas no tenian entre los Romanos otro nombre que el del mismo tejido y se llamaban *setabinas*.—*Per-*

España romana.



1 Lacrimatorio de vidrio. 2 y 3 Lacrimatorios de barro. 4 y 5 Anforas comunes de barro. 6 y 7 Lámparas de barro. 8 Lámpara de bronce. 9 Vaso é inscripcion celta 10 Sortija de oro. 11 Pondos. 12 Silbato militar 13 Stilus. 14 y 15 Vasijas de barro.

mutabis prioribus sætabis, dice Plinio en su dedicatoria *á su querido Tito Vespasiano César*, y el mismo escritor no vacila en decir (lib. 19, sec. II), que Setabis se llevaba la palma en Europa en el cultivo del lino. *(Similiter et in regione alliana inter Padum Ticinumque amnes, ubi á Sætabi tertia in Europa lino palma)*.

Léese además en Silio Itálico (lib. III):

Sætabis et telas Arabum sprevisse superba,
El Pelusiaco filum componere lino.

Y en el *Cinegeticon* de Graciano (vers. 41):

Hispanique alio spectantur sœtabes usu.

Los habitantes de la Tarraconense cultivaban con gran esmero el *spartum*, planta de la familia de las gramíneas *(Stipa tenacissima* de Lineo), que no ha de confundirse con la *genista* de los naturalistas. Esta utilísima planta, que crecia en abundancia en las extensas llanuras de las regiones meridionales, proporcionaba la materia primera de excelentes cuerdas, de las cuales se hacia gran comercio, y servia además para diferentes usos. Cartago, Grecia, Roma y el Africa toda habian, desde los tiempos mas antiguos, reconocido la importancia y adoptado el uso del esparto; Plinio y Varron hablan de él muy extensamente, y segun un autor contemporáneo, empleábase de mas de cuarenta modos distintos.

Roma se proveia tambien en España de toda clase de frutos secos; y en especial los higos que se cogian en abundancia en la isla de Ibiza, eran muy apreciados. Segun cuentan los autores antiguos, dejábanse secar en el mismo árbol que los producia, y eran luego encerrados en cajones para lanzarlos al comercio. Wernsdorf deduce de un pasaje de Stacio que en aquella época se cultivaba en la misma isla de Ibiza la caña de azúcar. Muchos infelices ganaban su sustento recogiendo los depósitos que de sus huevos hace en ciertos árboles un gusano llamado karmes, con los cuales se producia el color carmesí; Plinio y Dioscórido mencionan tambien el color de púrpura, el azul ultramarino y una especie de caparrosa cenicienta (creida por algunos el sulfato de zinc), de lo cual proveia España al resto del imperio. La púrpura se encontraba quizás en las costas de la Península ó de las islas inmediatas, pues en Ibiza se hallaba establecida una *baphia*, ó tintorería de púrpura. El lápiz-lázuli, indicado por Plinio entre las producciones naturales de España, se ha hecho muy raro, si no ha desaparecido del todo. Volviendo á los vegetales, vemos muy celebrados por Plinio los abetos de España que compara á los cedros en belleza; el mismo escritor dice que en Sagunto se emplearon dichos árboles en la construccion del templo de Diana que se creia fundado en la mas remota antigüedad (1). Pondera tambien los plátanos de este país, que algunos han creido haber sido importados á la Península por los Romanos; estos hacian gran aprecio de estos árboles por su forma airosa y por su frondoso follage, y no hace mucho tiempo que en Asturias y en las inmediaciones de Valladolid existian magníficas arboledas de plátanos que se creian

(1) Per hæc tempora (aut auctor et Bocchus, referenter Scilio) idem Zacynthus comes Herculis, templum Dianæ apud Saguntum condidit, in quo trabes juniperi posuit, quibus Annibal, ultimus Carthaginensium imperator, religione ductus pepercit: quæ adhuc tempore Plinii, ut ipse narrat libro XVI, cap. 41, stabant, nempe annis 1770. F. Taraphæ, de Reb. Hispan., in Scotto, Hisp. Illust.

datar de la época romana. Lo mas probable sin embargo, es que el plátano, indígena en España, fué cultivado por los Romanos con mayor esmero y en mas grandes proporciones. La riqueza de vegetacion hacia que la caza fuese muy abundante en España; la excelencia de los pastos permitia que se criaran numerosas razas de caballos y de mulos que eran uno de los mas importantes ramos del comercio nacional.

Sin embargo, lo que aumentó extraordinariamente el comercio de exportacion de los Españoles, y les comunicó la aficion á los negocios que se ha perpetuado en los puertos de mar, fué el vuelo inmenso que en tiempo de los Romanos tomó el lujo de los emperadores. Para satisfacer sus apetitos, siempre progresivos, Roma llamó al mundo entero para proporcionar joyas á sus mujeres, adornos á sus palacios y manjares á sus mesas, y entonces devolvió á España parte de las riquezas que sus procónsules le arrebataron. Las naves de la Bética llevaban sin cesar á Roma abundantes cargamentos de trigo, de vino, de frutos, de aceite, de kermes, de cinabrio, de lana, de cera, de miel, de pez, de salazon, de paños y telas de Galicia; el comercio de Barcelona, de Cartagena y de Rosas no era menos abundante ni menos activo, y todas las ciudades situadas en las márgenes del Betis y en el litoral del Mediodía, desde donde se llegaba con gran facilidad al estrecho y al mar Interior, como Hispalis, Canama, Oducia, Nema, hasta Córdoba, tenian compañías de navegantes mercaderes, llamados *scapharii* en una inscripcion de Sevilla; en Málaga, estas compañías ejercian únicamente el tráfico de la pesca salada. Cada una de ellas tenia en Roma grandes almacenes y casas de banco, y entre los patricios ó ilustres ciudadanos un patrono ó protector, habiéndose conservado una inscripcion dedicada á Q. Petronio, prefecto de la primera cohorte rhecia, *patrono de los negociantes de aceite de la Bética*. Sennio Reguliano, caballero Romano era á un tiempo protector, ó como se ha supuesto, agente ó procurador, interesado sin duda, de los comerciantes de aceite de la Bética, de los comerciantes de vino de Lyon y de los barqueros del Saona *(Araris)* (1). Otras sociedades mercantiles establecidas en Roma, mantenian contínuas relaciones con Cantabria y con Galicia, de donde extraian metales, principalmente estaño y lino. En el primer período de los emperadores, es decir en los corrom-

(1) D. M. S.
C. SENNIO. REGVLIANO.
EQ. R.
DIFFVS. OLEARIO. EX. BAETICA.
CVRATORI. EIVSDEM. CORPORIS.
NEGOT. VINARIO.
LVGVDVN. IN CANABIS. CONSISTEN.
CVRATORI. ET. PATRONO.
EIUSDEM. CORPORIS.
NAVTÆ. ARARICO
PATRONO. EIVSDEM. CORPORIS.
PATRONO.
IIIIII. VR. LVGVDVNI. CONSENTIUM
L. SILENVS. REGINVS. AVVS.
FILII. EISVDEM.
PONENDVM. CVRAVERVNT
PROCVRANTE.
DIONISIO. ET. BELLICIANO.

pidos tiempos de Tiberio, de Calígula, de Claudio y de Neron, los navegantes españoles se habian hecho célebres en Roma, y si hemos de creer á Horacio, durante el reinado de Augusto, las nobles damas romanas se dejaban seducir por el lujo que desplegaban aquellos mercaderes extranjeros. Los marinos de Cadiz, de raza fenicia, eran los que emprendian mas lejanas expediciones, y mas se aventuraban por mares entonces desconocidos, no pudiendo caber duda alguna en que llegaron á las costas occidentales de Africa. Algunos autores opinan que doblaron el Cabo de Buena Esperanza y comerciaron con las Indias, y lo fundan en ciertos pasajes de antiguos escritores. En efecto, Plinio habla de restos de buques españoles hallados en su tiempo en el golfo Arábico, y añade, copiándolo de Cornelio Nepote, que, á fin de librarse de la venganza del rey Laturno, Eudoxio se habia embarcado en el mar Rojo y llegado hasta España costeando las playas africanas. Otro autor dice que, impulsado un Español por el amor del lucro, abandonó su patria y penetró hasta Etiopía por el océáno Atlántico ; lo que sí parece cierto es que los Gaditanos pescaban el atun hasta en las costas de Guinea, á las que llegaban en lijeros buques cuya proa iba adornada con la imágen de un caballo, debiendo por mucho tiempo su opulencia á sus activas expediciones. Cadiz, empero, perdió mas que ganó en la prolongada paz del reinado de Augusto, durante el cual se desarrolló el genio mercantil en el resto de la Península y en otras provincias del mundo romano ; no porque perdiese sus riquezas adquiridas, sino porque vió evadirse de sus manos la especie de monopolio que habia ejercido cuando mantenia relaciones con las regiones mas apartadas.

España tuvo la gloria de dotar á la antigüedad con una literatura especial. Dejando aparte el reducido número de poetas y escritores puros, elevados y clásicos del siglo de Augusto, puede decirse que cuanto se escribió en Roma lo fué por Españoles. Nada mas natural y lícito que disputar la preeminencia entre ambas literaturas, que preferir la una á la otra; pero imposible es desconocer que sea una muy gloriosa lista de oradores, poetas y filósofos aquella en que, para no hablar sino de los mas ilustres, figuran los dos Sénecas, Lucano, Marcial, Quintiliano, Silio Itálico, Floro, Columela y Pomponio Mela. Tales son los maestros de la literatura hispano-latina gentílica, tales son tambien los primeros entre los escritores de Roma, despues de la época en que escribieron Virgilio y Horacio, y su escuela tiene un carácter que le es propio y que no deja de guardar cierta relacion con el genio literario español de las edades siguientes. En la singular energía de ciertas imágenes de Lucano, en la exaltacion de sus sentimientos, en la elevacion de sus ideas, en cuanto constituye su estilo se admira el aire noble y grande que forma uno de los principales caracteres por qué se distinguen los claros ingenios de la literatura española.

Dos Sénecas existieron igualmente célebres, Marco Anneo Séneca, el orador, y Lucio Anneo Séneca, su hijo, filósofo y poeta, á cuyos nombres va unido el de Lucano, su compatriota y sobrino del primero, hijo de otro Español ilustre, el orador Anneo Mela. Toda su familia era de Córdoba, ciudad que, segun dice Marcial, puede gloriarse de haber sido cuna de dos Sénecas y de un Lucano:

Duosque Senecas, unicumque Lucanum
Facunda loquitur Corduba.

Entre los eruditos se ha agitado mucho la cuestion de si Séneca el filósofo

era autor del teatro publicado con su nombre; segun lo que dice Sidonio Apolinario, parece poder resolverse por la negativa:

Non quod Corduba præpotens alumnos
Facundum ciet, sui putes legendum,
Quorum unus colit hispidum Platona
Incassumque suum monet Neronem;
Orchestrum quatit alter Euripidis, etc.

mas los dos versos de Marcial citados antes nos parecen decisivos. En vano se pretende fundándose en el siguiente verso del mismo Marcial:

Et docti Senecæ ter numeranda domus,

que fueron tres los Sénecas; Marcial comprende sin duda alguna á Anneo Lucano entre los tres Sénecas que menciona.

Conocida es la singular fortuna de Lucio Anneo Séneca; arrastrado desde muy jóven por el torbellino de la corte imperial, declaróse primeramente en favor de Claudio; desterrado luego á la isla de Córcega, donde la tradicion del país da todavía su nombre á una ruina, llamada *la Torre de Séneca*, fué despues preceptor de Neron, opulento ministro, temido mentor del hijo de Agrippina. El desprecio de la muerte se halla varias veces expresado en sus obras; en tiempo de Neron, convenia á los filósofos armarse de valor, y así fué que al decretar el emperador su sentencia de muerte le halló pronto para dejar el mundo. Desangrándose y próximo á espirar, filosofaba aun con su esposa Paulina, que murió con él. Como Ciceron, no habia de decir de él: *Nimium timemus esilium famemque ac mortem.*

Lucano tuvo la misma suerte y hubo de sufrir igual muerte que su tio. Neron le profesaba un odio particular, pues el incendiario de la ciudad eterna que se envanecia de ser tan buen poeta como excelente músico, veia en él un rival favorecido. Tácito nos dice que murió recitando versos de la *Farsalia* adecuados á su situacion. Lucano contaba entonces veinte y siete años.

Séneca y Lucano habitaron muy poco tiempo en su patria; ambos se lanzaron con ardor á la vida política, y aunque nunca olvidaron el recuerdo de su pais, no tuvo este suficientes fuerzas para arrancarlos de entre el torbellino de Roma que debia devorarlos.

Quintiliano, el grave retórico de Calaguris, vivió absorto enteramente en los estudios de su profesorado, é hizo en Italia una prolongada permanencia (1). Silio Itálico, natural de Italica, como su nombre indica, recorrió toda España, y su poema de las *Guerras púnicas,* exacto, preciso y circunstanciado, revela que su autor ha visitado y retenido en la memoria los lugares de que habla. A ser poeta como Homero ó Virgilio, que eran como él grandes geógrafos, aquel viaje por los lugares que sirven de escena á su poema le hubiera servido de mucho, sacando de él admirables efectos. Si su mirada es exacta, si jamás altera la forma material de las cosas, la armonía entre ellas, el hombre y la naturaleza pasa para él desapercibida, en una palabra, no es poeta; es exacto, pero no es verdadero. Versifica y describe á la perfeccion, pero no habla al alma; dibuja, pero no

(1) No es este lugar á propósito para explicar la biografía ni para hacer un estudio crítico de los escritores de la segunda literatura romana, limitándonos á enumerarlos rápidamente para que se vea el grado de perfeccion intelectual á que habian llegado los Españoles en tiempo del imperio.

pinta. Su poema es un curioso caudal de erudicion acerca de los lugares que fueron teatro de la segunda guerra púnica; en él se encuentran compiladas todas las tradiciones populares, todas las nociones auténticas; si no es una obra de genio no puede negársele la cualidad de útil.

Floro vivió tambien muy poco tiempo en España, pero animábale un ardiente amor hácia su patria; en su relato histórico realza con entusiasmo la gloria de España, y la llama: *Viribus armisque nobilis Hispania*.

Sin embargo, ninguno de los hijos de este suelo que escribieron bajo el imperio del politeismo, se mostró tan amante de la tierra patria como el fecundo Marcial. Valerio Martialis nació en Bilbilis, ciudad de Celtiberia, de que hemos ya hablado, famosa por sus armas, y una de las mas antiguas poblaciones de la Península. Sus padres habian vivido y muerto en ella, y así lo recuerda en el siguiente verso, homenaje de un alma religiosa á la memoria de los suyos:

Dat patrios manes quæ mihi terra potens.

Durante treinta y cinco años que permaneció en Roma, Marcial escribió extraordinariamente, y catorce libros de epígramas manifiestan su fecundidad; en todos ellos menciona á su país y habla de él con efusion, con entrañable cariño, complaciéndose en ridiculizar á aquellos que le trataban de bárbaro.—« Lucio, escribe á un poeta compatriota y amigo suyo, honor de nuestra época y de nuestra patria, no permitamos que nuestro antiguo Ibero y nuestro Tajo sean menos ilustres que las regiones de Italia. Dejemos que otros celebren á Tebas, á Micenas y á Rodas; nosotros, hijos de los Celtíberos, no nos avergonzaremos de cantar en nuestros versos los nombres, aunque bárbaros, de Bilbilis, donde se prepara el metal que á las armas conviene, del Salon cuyas aguas templan el acero, de Testilis, de Rixancar, de Choros, del Peteron, famoso por sus jardines y sus flores, de Molena, cuyos moradores manejan con tanta destreza la lanza. Cantaremos tambien el lago de Targa, Petusia y Vetovisa, los deliciosos vergeles del Baradon y las fértiles campiñas del Mantineso. Te causan risa, ó lector, estos bárbaros nombres; pues yo prefiero hablar de ellos que de Bitunto (1). »

« Oh Licinio, exclama en otra parte Marcial, gloria de nuestra España y famoso entre los Celtíberos, tú verás la preclara Bilbilis, célebre por sus aguas y sus armas; el estéril monte Cauno, de nevada cima; la horrible roca de Vadaveron y la deliciosa selva de Bothroda, tan cara á Pomona. Bañarás tu cuerpo en las tibias ondas del Congedo y en los lagos de las cercanías, morada favorita de las ninfas, y si tus miembros están entumecidos por el ardor de la atmósfera, los refrenarás en las aguas del Salon que hielan el hierro. Cerca de allí, Voberta te ofrecerá abundante caza, y desde aquel punto irás á buscar en las márgenes del amarillento Tajo, bajo los árboles de frondoso ramage, un abrigo contra los ardores de la estacion. La fuente de Dirceno, y mejor la de Nemeo, mas que la nieve fria, apagarán tu sed, y cuando diciembre llegue, cuando los vientos impetuosos y las tempestades turben y agiten esas quebradas regiones, buscarás en las playas de Tarragona y de la Laletania un clima mas suave. Allí podrás coger en sus redes á los gamos y jabalíes, ó perseguir montado á la liebre voladora, abandonando á los campesinos la caza poco agradable del ciervo. Si quieres calentarte

(1) Marcial, l. IV, epigr. 55.

junto á un buen fuego, la selva inmediata descenderá á tu hogar, rodeado de rústicas fisonomías. Si prefieres una sociedad mas escogida, convida al cazador á compartir tu campestre comida, pero en parte alguna deslumbrarán tus ojos los trajes de púrpura ni los mantos de la nobleza. Lejos del horroroso Liburno, tus oidos no serán importunados por los gritos de los clientes ni por los lamentos de las viudas; ningun culpable de semblante pálido interrumpirá tu sueño profundo, y podrás abandonarte á él toda la madrugada. Afánense otros para lograr los favores y aplausos de la metrópoli donde la multitud se empuja; tú gozarás tranquilo de una felicidad que sin esfuerzo alguno tuyo encontrarás delante de tí (1).»

Oigamos por última vez al poeta. Escribe ahora á Juvenal, amigo suyo, á quien ha dejado en Roma. Despues de treinta y cinco años de vigilias y de agitada vida vuelve á Bilbilis, resuelto á no abandonarla mas; habitará los deliciosos jardines que le diera su esposa Marcela, natural tambien de Bilbilis, aquella de quien decia: «Tú sola vales para mí toda la ciudad de Roma.»—«Mientras que atormentado é inquieto, escribe á Juvenal, discurres por las tumultuosas calles de Roma, descanso ya al fin en mi cara ciudad natal, y me abandono á los goces campestres en Bothroda y en Plutea, así se llaman mis haciendas. En ellas duermo á pierna suelta, y reparo mis fuerzas cansadas por una vigilia de treinta años. Aquí no veo togas, y para ataviarme saco de un armario lleno de polvo el primer vestido que me viene á la mano. Al levantarme encuentro un buen fuego; junto á él me espera el cazador, mientras que el mayordomo señala á los esclavos el trabajo de aquel dia. Hé aquí como vivo ahora, hé aquí como deseo vivir hasta el fin de mis dias (2).»

Despues de estos epígramas, dignos de ser envidiados por los poetas de todas las edades, no conviene hablar de las *Obscœna*, estravíos del genio inspirados por la relajacion de los sentidos y fruto de la civilizacion gentílica; y sin embargo, en medio del desbordamiento de las pasiones carnales, Marcial, por su natural bondad, se mantuvo en un equilibrio moral muy notable. La pérdida de esta obra, á pesar de la perversidad de la misma, habria sido muy de deplorar, pues ella sirve como de testimonio de las detestables costumbres de la época; ella revela los gérmenes de muerte que en sí misma llevaba la sociedad politeista; cuando todo era ceniza y podredumbre, bajo brillantes apariencias, ella hace sentir la necesidad del espíritu de vida y regeneracion. En tiempo de Marcial, nadie sospechaba que las catacumbas de Roma encerrasen á los hombres que llevaban en sí el espíritu de emancipacion y de progreso que habia de librar á la sociedad humana del imperio de las ideas y de los sentimientos gentílicos, para reconstituirla segun un plan enteramente nuevo.

Transcurren algunos siglos, y preséntanse los cristianos; mueren, pero cuantas mas son las víctimas, mas crecen sus filas. En Oriente y en Italia aparecen sucesivamente dos admirables escuelas cristianas, que se formaron ellas mismas por la sola accion del nuevo espíritu, y en España vemos ya muy florecientes las letras cristianas á principios del siglo cuarto.

(1) Marcial, l. I, epigr. 50.
(2) Martial., l. XII, epigr. 18.

Entre los Españoles distinguidos, ortodoxos ó heresiarcas, que ocupan un buen lugar en las letras cristianas, hemos de citar á Aquilio Severo, autor de una especie de autobiografía de la cual hace mencion san Gerónimo en sus obras; á Cayo Vectio Aquilino Juvenco, que puso en versos exámetros la vida de Jesucristo; á Osio, obispo de Córdoba, lumbrera de su tiempo, quien emprendió varios viajes á Oriente, asistió á muchos concilios, y fué hasta la edad de cien años el elocuente adversario de los arrianos, si bien dicen algunos que ya por miedoso, ó por caduco, se mostró mas flaco de lo que convenia en los últimos dias de su vida; á Prisciliano, autor de la famosa heregía que lleva su nombre, escritor elocuente y fácil; á Abundio Avito, de Tarragona, que tradujo en elegantes versos latinos un poema griego sobre el cuerpo de san Estéban; á Licinio, natural de la Bética, gran admirador de san Gerónimo, á quien envió copistas españoles para que trasladasen sus imperecederas obras; á san Gregorio, de Iliberis, autor de un libro titulado *de la Fe*, dirigido contra los arrianos; á san Paciano, obispo de Barcelona, autor de varios tratados sobre materias religiosas que pueden dar mucha luz acerca del estado del cristianismo en España en el siglo cuarto; al poeta Prudencio (Aurelio Prudencio Clemente), nacido en Zaragoza en 358, si bien no escribió hasta los cincuenta años de su edad, autor de varios poemas latinos; á san Isidoro, comentador del libro de los reyes; á Draconcio, autor de un poema latino sobre los seis dias de la creacion, y de una elegía dedicada á Teodosio el jóven; al cronista Idacio; á Orosio, autor de una notable historia *adversus paganos*, y por fin á Montano, de Toledo, muerto en 468, autor de varias cartas estimables. Conviene mencionar tambien á Ditino, célebre entre los priscilianistas; á Sinforiano, que logró adquirir gran nombradía entre los novacianos, y á Desiderio y á Ripario que escribieron contra Vigilancio defendiendo el culto de las imágenes, escritores todos en los cuales se adquieren gran copia de noticias acerca del verdadero estado de las cosas y de los ánimos en el siglo en que vivieron, pues ninguno de ellos es anterior al cuarto, y algunos de los últimos es de creer que pertenecieron al quinto. Mucho mas podríamos extender esta nomenclatura, pues las letras latinas fueron cultivadas en España aun mucho tiempo despues del establecimiento de los Godos, pero el órden que en esta obra nos hemos propuesto no permite que adelantemos mas nuestro exámen; la España, considerada desde aquel gran acaecimiento, será objeto de los volúmenes sucesivos.

A fines del siglo cuarto, el cristianismo, protegido por los emperadores casi sin interrupcion desde el año 306, habia hecho inmensos progresos; España era en su mayor parte cristiana; las heregías habian dividido los ánimos y excitado las inteligencias, y en la Península, lo mismo que en todo el mundo romano, solo se hablaba de religion. Las letras en manos de los discípulos de Jesucristo cesan de ser un fin como en las épocas de reposo y bienandanza, para convertirse en un arma, en un medio: en aquellos tiempos de lucha y de agitacion expresan los sentimientos, los dolores, las preocupaciones del mayor número; como la elocuencia política, aplícanse á las necesidades públicas, á la investigacion de la verdad, y son *expresion del estado social*, por voluntad, por pasion. No se escribe por el mero gusto de escribir, sino para comunicar un pensamiento; los intereses graves, los sufrimientos de todos hallan abogados suscitados por Dios, y en los escritos de los cristianos españoles vemos brillar el mismo espíritu que dió

tanta fuerza á los cristianos de Roma, de Constantinopla y de Nicomedia. Los escritores de la época de Augusto trataron poco de las grandes cuestiones sociales que interesan á la humanidad entera. La civilizacion de Roma, excelente bajo muchos aspectos, consagraba la esclavitud ; en el politeismo no existia precepto alguno que ordenase la caridad, y la dignidad humana era muy poca cosa para aquellos adoradores de la fuerza que para ellos era la virtud. El respeto del ciudadano no significó jamás en las repúblicas antiguas el respeto del hombre: el ciudadano lo era en ellas todo, y el hombre nada hasta que llegaba á ser ciudadano. Así pues el cristianismo, divina doctrina de amor, de libertad y de igualdad de las almas, habia de ser contrario á la institucion romana que consagraba la esclavitud legal, que consideraba todo lo que no era romano como indigno de la libertad, como creado y puesto en el mundo para la mayor felicidad del senado y del pueblo de Roma. Muy distinto era el divino espíritu de Jesucristo ; sus discípulos decian al señor que azotaba á su esclavo: *Toda carne es vil,* y al esclavo que sufria : *Todo espíritu es divino,* humillando al uno por el cuerpo y elevando al otro por el alma. *Los hombres todos son hijos de Dios é iguales ante él; amaos los unos á los otros,* añadian, y concíbese que esto habia de parecer monstruoso á los domadores de hombres, á los poderosos Romanos que vivian hollando y menospreciando á sus hermanos. Los que en todas épocas han pretendido que el cristianismo, que la religion divina nada tenia de político, han padecido un singular error ; porque es social, porque es político sufrió las persecuciones de Roma la descreida.

Tal era España bajo los conceptos que en el presente capítulo se consideran, en tiempo de los Romanos, y en el mismo estado se encontraba el imperio todo cuando los bárbaros lo invadieron. Gentiles, cristianos y bárbaros mezclaron entonces sus ideas, su sangre, su lenguaje, su alma y su vida, y de aquella mezcla hemos nacido nosotros. Allí empieza la historia moderna.



CAPÍTULO XIII.

Fenómeno singular que se observa en España y en todo Occidente durante la invasion de los bárbaros.—Ruina y desaparicion de la clase media del Imperio romano, en la época de la conquista.—Necesidad, para explicar este hecho, de comprender bien la historia del régimen municipal romano desde su orígen hasta la caida del Imperio.—Tres épocas en esta historia:—1.ª del régimen municipal bajo la República romana;—2.ª del régimen municipal en tiempo del Imperio, desde Augusto hasta Constantino;—3.ª régimen municipal desde Constantino hasta la caida del Imperio.—De las varias condiciones sociales en el Imperio romano antes de la definitiva invasion de los bárbaros:—1.ª privilegiados.—Cinco clases de privilegiados.—Cuales eran sus privilegios; el principal era la exencion de las funciones curiales.—2.ª De los curiales; sus obligaciones, sus cargos, beneficios de que gozaban.—Magistraturas y cargos municipales.—Como esta situacion de los curiales llevó consigo la destruccion de la clase media.

La caida del Imperio romano en Occidente que acabamos de presenciar ofrece un fenómeno extraño: no solo la poblacion no sostiene al gobierno en su lucha contra los bárbaros, sino que, abandonada á sí misma, no intentó para salvarse la menor resistencia. Hay mas, en Italia, en España, en las Galias nada revela en la dilatada contienda, que existe una nacion; apenas se sabe si está allí para sufrir; sobre ella caen todos los males, todas las calamidades de la guerra, del pillaje, del hambre; sus destinos y su estado sufren una transformacion completa, y en todo esto están los Italianos, los Españoles y los Galos sin obrar, sin hablar, sin aparecer siquiera en la escena en que tan gran espectáculo se desempeñaba.

Este fenómeno no solo es singular, sino que es sin ejemplo. El despotismo, la corrupcion han reinado en otras partes que en el Imperio romano; mas de una vez la invasion extranjera y la conquista han devastado paises á los que oprimiera una prolongada esclavitud, y aun allí donde la nacion no ha resistido, manifiéstase de un modo ú otro su existencia á los ojos de la historia. Sufre, se queja y, á pesar de su envilecimiento, se agita y protesta contra su infortunio; relatos, monumentos atestiguan lo que ha padecido, lo que ha sido de ella, y si no lo que ha hecho, á lo menos lo que le han obligado á hacer.

En el siglo v, en la época á que de nuestra historia hemos llegado, los restos de las legiones romanas disputan á las hordas bárbaras el inmenso territorio del imperio, y hubiérase dicho que este territorio era un desierto. Una vez han marchado ó sido vencidos los soldados imperiales, no se ve á nadie ni á nada; los pueblos septentrionales se arrancan sucesivamente las provincias, y junto á ellos solo aparece en los hechos una sola existencia viva y real, la de los obispos, la del clero, la del cristianismo que todo lo salva. Si no tuviéramos las leyes para decirnos que una poblacion romana cubria aun el territorio, la his-

toria nos dejaria en duda acerca de este hecho. En las provincias sometidas hace largo tiempo á Roma, donde la civilizacion se halla mas avanzada, es sobretodo donde el pueblo ha desaparecido. En la época de que estamos tratando, en la situacion en que se hallaba entonces la Europa, los Españoles, los Italianos y los Galos carecen de historia: el imperio se ha retirado de su país, y los bárbaros le han ocupado sin que la masa de los habitantes haya desempeñado el menor papel, haya tomado el mas insignificante lugar en acaecimientos que le entregaban á tantas calamidades.

Y sin embargo, Italia, España y las Galias estaban cubiertas de ciudades poco antes ricas y populosas; la civilizacion, el refinamiento habian llegado en ellas á un grado sumo de perfeccion; en su recinto abundaban los caminos, los acueductos, y los circos; en una palabra cuanto atestigua la riqueza y procura á los pueblos una existencia animada y brillante era su patrimonio. Ahora bien, los bárbaros se presentaban para apoderarse de estas riquezas, para dispersar estas poblaciones, para destruir todos estos placeres; jamás fué tan completamente transformada la existencia de una nacion; jamás los individuos tuvieron que sufrir mayores males, ni que abrigar mas grandes temores; y sin embargo, las poblaciones permanecen mudas y como muertas. ¿Por qué tantas ciudades saqueadas, tantas situaciones destruidas, tantas vidas tronchadas, tantos propietarios despojados, han dejado tan excasas huellas, no diremos de su resistencia activa, pero ni aun de sus dolores?

Semejante hecho que repetimos no tiene precedente ni imitador en la historia de las naciones, es digno de ser observado y meditado en todas las historias, y por esto es que en la de España le hemos consagrado este capítulo especial.

Alégase el despotismo del gobierno de los emperadores, la abyeccion de los pueblos, la corrupcion de las costumbres, la profunda apatía que se habia apoderado de los dominadores y de los dominados; y en efecto esta es en realidad la gran causa de un hecho tan extraño. Pero no basta enunciar así, de un modo general, una causa que, la misma aparentemente en otras partes, no ha producido nunca iguales resultados. Conviene penetrar mas adentro en el estado de la sociedad romana tal como el despotismo la habia formado; es preciso investigar por qué medios le habia arrebatado hasta este punto toda consistencia y toda vida.

El gran suceso, efecto del despótico sistema imperial, el único que basta á explicar el fenómeno en que nos ocupamos, es la destruccion, la desaparicion de la clase media en el mundo romano: al llegar los bárbaros esta clase no existia, y por esto es que tampoco existia nacion. Este aniquilamiento de la clase media en el imperio romano fué resultado sobre todo de un régimen municipal que la hizo á la vez instrumento y víctima del despotismo de los emperadores. Todas las baterías de este despotismo fueron dirigidas contra dicha clase, encerrada por el poder en el régimen municipal para explotarla, y para subvenir explotándola á las necesidades de su propia existencia.

Hecho semejante vale la pena de ser estudiado, y con él todos los resortes de la máquina que llegó á producirle. Quien ignore la organizacion del régimen municipal en aquella época y sus efectos en la sociedad romana, es imposible que pueda darse á sí mismo razon de la historia.

En la constitucion y existencia de las ciudades en el seno del mundo roma-

no, puédense señalar tres épocas muy distintas, indicadas por verdaderas revoluciones.

Hemos visto que los Romanos, siguiendo en sus conquistas un sistema diferente del de la mayor parte de los pueblos antiguos, no exterminaron ni redujeron á esclavitud la masa general de las naciones vencidas; y esta diferencia provino quizás de la situacion en que se encontraban la mayor parte de las naciones vecinas á las que Roma hizo en un principio la guerra. Hallábanse estas, segun hemos visto por lo que toca tambien á España, reunidas en ciudades y no dispersas en los campos; formaban cuerpos mas ó menos compactos, cultivando y gobernando un territorio de cierta extension, y eran estas ciudades en gran número é independientes. Una nacion es destruida ó esclavizada cuando se halla dispersa por las campiñas que explota; pero esto es mas difícil y menos provechoso cuando la nacion está encerrada dentro de murallas y ha tomado la consistencia de un pequeño estado.

Además, los pueblos esclavizados ó exterminados en la antigüedad, lo fueron casi siempre por conquistadores que buscaban una patria y se establecian en un terreno conquistado. Los Romanos volvian á Roma despues de la guerra, y así el exterminio como la esclavitud no se llevan á cabo de pronto ni de lejos: es necesario que los vencedores, siempre presentes en medio de los vencidos, tengan que disputarles sin cesar la riqueza, la libertad y la tierra. Esta situacion primitiva de los Romanos al principio de sus conquistas, ejerció en la suerte de los pueblos una influencia decisiva. En su orígen, parece que los Romanos no se atrevieron á dejar en las ciudades vencidas sus antiguos habitantes. Dícese que la violencia pobló de mujeres á Roma, é igual proceder habia de darles nuevos ciudadanos. Los vencidos llevados á Roma, haciánse Romanos como los vencedores; la ciudad conquistada era ocupada, ya por soldados, ya por habitantes de Roma, tomados en la ínfima clase del pueblo, y enviados allí para formar una especie de colonia.

La ciudad de Ceres es la primera que, reunida á Roma, conservó sus leyes, y sus magistrados recibiendo á lo menos en parte el derecho de ciudad romana. Segun Tito Livio, en el año de Roma 365, un senadoconsulto dispuso *ut cum Cœretibus publice hospitium fieret.*

Este sistema prevaleció y tomó mayores proporciones. Las ciudades vencidas se unieron á Roma recibiendo el derecho de ciudad; las unas, como Ceres, no recibieron para sus habitantes sino el título de ciudadanos romanos, y conservaron su senado y sus leyes; otras fueron admitidas en la ciudad romana, pero sin obtener el derecho de sufragio en los comicios de Roma, y respecto á otras, por fin, su incorporacion política fué completa y sus habitantes tuvieron derecho de sufragio en Roma lo mismo que los Romanos.

El derecho de sufragio fué sucesivamente otorgado á muchas ciudades que no lo habian en un principio recibido, hasta que la Italia toda, despues de la guerra de los aliados, y gran parte de las conquistas romanas, recibieron el derecho de ciudadanía en toda su plenitud.

Fuera de Italia, la condicion de las ciudades y de los paises conquistados era todavía muy diversa, y hemos visto en el capítulo anterior las varias denominaciones de los pueblos, indicando modos de existencia distintos, bajo la domi-

nacion de Roma y distintos grados de dependencia. Segun hemos dicho, estas diferencias fueron desapareciendo sucesivamente y para nuestro objeto, solo debemos ocuparnos aquí en los *municipios*.

Antes de conferir á una poblacion el pleno derecho de ciudadanía, preguntábasele si queria ó no recibirlo. En vista de su consentimiento, y segun la expresion legal, *ubi fundus ei legi pactus erat*, verificábase la concesion. Sus principales consecuencias eran las siguientes.

Procedíase en la ciudad á la separacion de los derechos, de los intereses y de los oficios municipales de los derechos é intereses políticos. Los primeros permanecian atribuidos á la ciudad, y ejercíanse en ella por los habitantes con absoluta independencia; los segundos eran transferidos á Roma, y solo en sus muros podian ejercerse.

Así los derechos de hacer la paz ó declarar la guerra, de dictar leyes, de imponer tributos, de administrar justicia, cesaban de pertenecer aisladamente al municipio, pero los ciudadanos los compartian y ejercian en Roma, junto con los ciudadanos que habitaban en la capital. A ella se dirigian para votar en los comicios las leyes ó los nombramientos de magistrados, advirtiendo que podian solicitar y obtener todos los cargos del Estado. La ciudad de Roma gozaba del privilegio de que los derechos políticos solo podian ser ejercidos dentro de sus muros, mas sus habitantes no tenian prerogativa alguna sobre aquellos investidos de la ciudadanía romana.

Los derechos, intereses y oficios que llamamos en el dia municipales, y cuya entera disposicion continuó radicando en cada localidad, no están en parte alguna distinguidos y enumerados de un modo regular. En aquel grado de civilizacion, los gobernantes y los gobernados no experimentarian la necesidad de preverlo, de definirlo, de determinarlo todo; el buen sentido de los hombres y la naturaleza de las cosas entraria por mucho en la administracion; mas á pesar de esto, la historia indica las principales atribuciones que continuaron siendo locales. Fueron estas:

1.° El culto, las ceremonias y fiestas religiosas. No solo cada ciudad conservó sobre este punto sus antiguos usos y una autoridad independiente, sino que las leyes romanas velaron tambien para su conservacion é hicieron de ella un deber. Cada municipio conservó, pues, sus sacerdotes, sus flámines, y el derecho de nombrarlos y de determinar cuanto á ellos se referia.

2.° Cada municipio conservó igualmente la administracion de sus bienes y rentas particulares. Los edificios públicos, de utilidad ó de recreo, las fiestas, las diversiones, todos los gastos de este género y todas las rentas que debian sufragarlos eran asuntos puramente locales. Los habitantes nombraban á los magistrados que cuidaban de los mismos.

3.° La policía se hallaba tambien, hasta cierto punto, á lo menos, en manos de los magistrados locales, encargados de velar por la seguridad interior y de detener provisionalmente á los que la turbaban.

4.° A pesar de que se hubiese quitado á las localidades el poder judicial, encontramos algunas huellas de una jurisdiccion semejante á la que llamamos ahora correccional, relativa á contravenciones de los reglamentos sobre la salud pública, sobre los pesos y medidas, sobre los mercados, etc.

Estos asuntos locales eran administrados, ya por magistrados á quienes nombraban los habitantes, ya por la curia de la ciudad ó colegio de los decuriones, es decir de los habitantes que poseian una renta territorial determinada.

En general, la curia nombraba los magistrados; hállanse ejemplos sin embargo de haber sido nombrados estos por la totalidad de los habitantes; mas téngase en cuenta que en aquella época, por una consecuencia necesaria de la esclavitud, habia pocos hombres libres que no entrasen en la curia.

El orígen del nombre *decurio* es muy incierto. Unos creen que era un decenario, un pequeño jefe puesto al frente de diez familias, como el *tythingman*, el *tunginus*, etc. de los pueblos germanos; otros dicen que decurio quiere decir sencillamente miembro de la curia, opinion que parece la mas probable. Mas tarde los decuriones se llamaron *curiales*.

Esta era en los últimos tiempos de la república romana la constitucion de los municipios, que ofrece por resultado los hechos generales siguientes:

1.° Todos los derechos, todos los intereses, la existencia política entera estaban centralizados en Roma, no solo moralmente y de derecho, sino materialmente y de hecho. Solo dentro del recinto de Roma podian consumarse los actos todos del ciudadano Romano.

2.° En lo que llamamos en el dia intereses administrativos no regia centralizacion alguna, y cada ciudad habia permanecido en este punto aislada y separada, gestionando ella misma sus negocios como un mero particular.

3.° El nombramiento y la vigilancia sobre los magistrados encargados de los asuntos locales tenia lugar en la misma ciudad, sin intervencion de la autoridad central, y por la asamblea de los principales habitantes.

4.° A esta asamblea eran admitidos todos los habitantes que poseian cierta renta, y todo indica que pocos hombres libres permanecian extraños á ella.

Aquí comienza una segunda época en la historia del régimen municipal romano.

La separacion absoluta de la existencia política y de la existencia local, y la imposibilidad de ejercer los derechos políticos en otra parte que en la misma Roma, debian arrebatar á las ciudades sus principales ciudadanos y gran parte de su importancia. Así, en la época que acabamos de recorrer, los intereses puramente locales ocupaban muy poco lugar; Roma lo absorvia todo, y la independencia dejada á las demás ciudades, en todo aquello que no se ventilaba ó no emanaba de Roma, procedia de la excasa importancia de estos mismos asuntos.

Luego que empezó á declinar la libertad en Roma, la decadencia de la actividad política de los ciudadanos hubo de disminuir la concentracion de los mismos. Los hombres principales de los municipios marchaban á la capital para participar en ella en el gobierno del mundo, ya votando en los comicios, ya desempeñando cargos públicos; pero cuando los comicios y las altas majistraturas no tuvieron casi influencia alguna en el gobierno, cuando la vida política se extinguió en Roma con el movimiento de la libertad, la afluencia de los hombres importantes á Roma disminuyó tambien. Esto convenia al despotismo naciente, y es claro que no pensó en oponerse á ello; aquí, como en todo, las consecuencias necesarias de los hechos generales se revelan en hechos particulares y positivos. Hasta entonces no habia podido verificarse acto alguno político, ni darse el voto

fuera del recinto de Roma; Suetonio nos dice que Augusto concedió á los ciudadanos de muchos municipios de Italia el derecho de dar su voto sin salir de la ciudad, y de enviarlo sellado á Roma, donde se hacia el escrutinio en los comicios. Así se iban revelando á la vez los progresos de la indiferencia pública y los del poder absoluto.

Estos progresos fueron muy rápidos: aboliéronse los comicios, como ha de suceder con todos los simulacros; desapareció toda libre intervencion de los ciudadanos en el gobierno, y como los engañadores beneficios de una mentida igualdad constituyen siempre uno de los medios de que se vale el despotismo naciente, el derecho de ciudadanía fué casi al mismo tiempo concedido indistintamente á todo el mundo romano. Semejante derecho no significaba nada en el órden político; no conferia á aquellos que lo recibian importancia alguna real, y sin embargo, esta concesion despojaba á aquellos á quienes confundia con la multitud, de la importancia que podia aun quedarles. Este era el curso natural de las cosas: los pueblos envilecidos han de sufrir su destino, y no todo ha de ser imputado al dueño del rebaño: el odio que la tiranía inspira, no salva del desprecio á las naciones incapaces de la libertad.

No obstante, como la degradacion y ruina de un imperio no se realizan en un momento ni de una vez, como quedaban aun en el mundo romano hábitos de libertad que el despotismo no habia tenido tiempo ni necesidad de destruir, era necesaria á esta completa desaparicion de los derechos y de la vida política una especie de compensacion que resultaba naturalmente del cambio sobrevenido. Parte de la importancia que perdiera Roma habia vuelto á los municipios; muchos é ilustrados ciudadanos no los abandonaban, y apartados del gobierno del Estado, fijábase su atencion en los asuntos de su propia ciudad. Nada impulsaba aun al poder central á descender hasta allí para invadirlos: los tesoros de Roma, las contribuciones ordinarias de las provincias bastaban para sus necesidades y tambien para sus locuras. La tiranía romana no experimentaba la necesidad de penetrar por todas partes, de organizar hasta los menores detalles, y quizás aun cuando hubiese querido, hubiérale sido imposible conseguirlo por estar aun en su infancia la ciencia de vejar y oprimir á los hombres. Así pues, el régimen municipal conservó una gran independencia, y se constituyó con mas regularidad y segun derechos mas positivos, mas latos quizás que los que antes poseia.

Desde el reinado de Nerva hasta el de Diocleciano, preséntase bajo un nuevo aspecto el estado de los municipios. Gran número de leyes tienen por objeto aumentar y asegurar las propiedades y rentas de las ciudades; Trajano les permite aceptar herencias por via de fideicomiso, y en breve pudieron recibirlas directamente; Adriano les concedió el derecho de aceptar legados, y dispuso que el administrador que defraudase los bienes de una ciudad, fuese considerado como culpable, no de simple defraudacion, sino de peculado. Las rentas ordinarias bastaban comunmente para cubrir los gastos, y no era necesario cargar con nuevos tributos á los ciudadanos. El Estado no imponia á las ciudades las cargas que no les concernian directamente, y solo un reducido número de ciudadanos estaban exentos de lo que habia de oneroso en los deberes y obligaciones municipales. El pueblo bajo contribuia con su trabajo personal en las obras públicas que interesaban á la ciudad, y la dignidad de los decuriones era reconocida y

sancionada. Adriano les libró de la pena de muerte, excepto en caso de parricidio; el decurionato era aun deseado y solicitado como un honor, y por fin atestiguan la importancia y la extension que tomó durante esta época el régimen municipal, el crecido número de leyes de que fué objeto y la atencion particular que á él daban los jurisconsultos. Es evidente que á falta de derecho y garantías políticas, procurábase que existieran en el régimen municipal los derechos y las garantías de los ciudadanos.

Sin embargo, la tentativa no podia producir por mucho tiempo felices resultados. Preciso es fechar las revoluciones del dia en que estallan; esta es la única época precisa que puede asignárseles, pero no es aquella en que se verifican. Los sacudimientos llamados revoluciones son mas que el síntoma de lo que empieza, la declaracion de lo que ha sucedido. La crísis del régimen municipal en tiempo de Constantino es de ello otra prueba entre muchas.

Desde Septimio Severo, el poder central se desmoronaba en el imperio romano; sus fuerzas disminuian á medida que aumentaban sus cargas y sus peligros, y necesario era que confiase á otros las cargas que no podia ya sobrellevar y que buscase fuerzas nuevas contra nuevos peligros.

Formábase al mismo tiempo, hemos dicho, en el seno de la caduca sociedad romana, una sociedad jóven, ardiente, y animada de creencias firmes y fecundas, dotada de principios muy propios para cimentar su constitucion interior, y tambien de una gran fuerza de espansion en el exterior; hablamos de la sociedad cristiana.

Por la accion de estas dos causas, en un principio divididas y unidas despues, el régimen municipal del imperio romano quedó disuelto y acabó por no ser mas que un principio de ruina, un instrumento de opresion.

El despotismo, entre mil otros vicios, tiene el de que sus exigencias crecen en la misma proporcion que disminuyen sus medios; cuanto mas se debilita, mas necesita exagerar sus fuerzas; cuanto mas se empobrece, mayores son sus gastos. Así en materia de fuerza como de riqueza, la esterilidad y la prodigalidad le están por igual impuestas, y la sociedad, hombres y cosas, solo es en sus manos una materia muerta y circunscrita que gasta para sostenerse, en la cual se ve obligado á penetrar mas y mas á proporcion que desaparece y que se halla él mismo próximo á perderlo todo.

El despotismo de los emperadores romanos vivia amenazado por tres peligros: los bárbaros que avanzaban sin cesar, y á quienes era preciso comprar ó vencer; el populacho que continuamente aumentaba, el cual habia de ser alimentado, divertido y subyugado; los soldados, única fuerza contra este doble peligro y fuerza tanto mas peligrosa en cuanto era necesario robustecerla y hacerle cada dia nuevas concesiones.

Semejante situacion imponia al despotismo obligaciones inmensas, y para procurarse recursos debió de crear una máquina administrativa capaz de llevar su accion á todas partes, pero que al propio tiempo se convirtió en una nueva carga. Este sistema de gobierno, que empezó en tiempo de Diocleciano y terminó reinando Honorio, no tenia mas objeto que extender por la sociedad una red de empleados ocupados sin cesar en extraer fuerza y riqueza para depositarlas luego en manos del emperador.

Las rentas de las ciudades lo mismo que las de los particulares habian de sufrir las exigencias del poder, y en breve se hicieron estas muy numerosas. Varias veces apoderóse el emperador de propiedades municipales, y sin embargo, las obligaciones locales que con dichas propiedades habian de satisfacerse, continuaban siendo las mismas. Decimos mal, aumentaban cada dia, pues cuanto mas aumentaba el bajo pueblo y cuanto mas dispuesto estaba para la sedicion, mayores gastos se necesitaban para alimentarle y divertirle, y mayores fuerzas para contenerle. El poder central, agobiado tambien, dejaba caer sobre las ciudades parte de su carga, y siempre que las rentas propias de un municipio no bastaban para cubrir sus obligaciones, la curia, es decir, la corporacion de los ciudadanos acomodados, los decuriones debian atender á ellas con sus propiedades personales. Habia mas: recaudadores, segun hemos dicho, de los tributos públicos y responsables de esta recaudacion, sus bienes propios suplian la insolvencia de los contribuyentes para con el Estado, lo mismo que la insuficiencia de las rentas comunales.

Así fué como la calidad de decurion se convirtió en una causa de ruina; esta condicion fué la mas onerosa de todas las sociales, y era al propio tiempo la de los habitantes acomodados de todos los municipios del imperio.

Luego que tan oneroso fué el cargo de decurion, experimentáronse tendencias y beneficios en evitarlo. La exencion de los empleos curiales hízose un privilegio que recibia cada dia una extension mayor. Los emperadores que tenian en su mano la concesion de todas las dignidades y de todos los empleos públicos, concedíanlos á los hombres y á las clases que querian atraer á sí, y de este modo nació en el Estado, como una necesidad del despotismo, una clase inmensa de privilegiados. A medida que disminuian las rentas de las ciudades, aumentaban sus cargas y recaian en los decuriones cuyo número hacia el privilegio mas y mas reducido.

Preciso era sin embargo que quedasen bastantes para sobrellevar el cúmulo de obligaciones impuesto á las curias; y de ahí la larga série de leyes que hacian de cada curia una cárcel en la cual los decuriones estaban hereditariamente encerrados, que les privaban en infinitos casos de la disposicion de sus bienes ó que disponian de ellos en beneficio de la curia, que les persiguian en el campo, en el ejército, en todas partes donde intentaban refugiarse para devolverlos á las curias, de cuyo yugo pretendian sustraerse; leyes que esclavizaban á una clase inmensa de ciudadanos, así en bienes como en personas al servicio público mas oneroso y mas ingrato, como se destinan los animales á este ó aquel trabajo doméstico.

Este fué el lugar que el despotismo asignó por fin al régimen municipal, esta la condicion á que los propietarios de los municipios quedaron reducidos por las leyes. Y mientras el gobierno se esforzaba para estrechar los lazos del régimen municipal y obligar á los habitantes á ejercer como una carga funciones que antes habian sido un derecho, la segunda causa de que hemos hablado, el cristianismo, tendia á disolver ó á despojar la sociedad municipal para sustituirle otra.

Segun hemos podido ver en el decurso de esta historia, la sociedad cristiana se formó sordamente por espacio de tres siglos en medio de la sociedad civil, y por decirlo así, bajo su corteza. Desde un principio fué una sociedad verdadera con sus jefes, sus leyes, sus gastos y sus rentas, y su organizacion libre y fun-

dada en lazos puramente morales, no dejaba de ofrecer una fuerza que no tenia la sociedad civil. Ella era la única asociacion que procurase á sus miembros los goces de la vida interior, que poseyese en las ideas y en los sentimientos que reconocia por base, un medio para ocupar á las almas bien templadas, para ejercitar las imaginaciones activas, para satisfacer en fin las necesidades del ser intelectual y moral que la opresion ni el infortunio pueden destruir por completo en un pueblo. El habitante del municipio, hecho cristiano, cesaba de pertenecer á su ciudad para ingresar en la sociedad cristiana cuyo jefe era el obispo; allí únicamente habian de estar y estaban en adelante su pensamiento, sus afecciones, sus superiores y sus hermanos; á las necesidades de la asociacion nueva estaban consagradas en caso necesario su fortuna y su actividad, y á ella en fin se trasladaba en cierto modo su existencia moral entera.

Verificada tal revolucion en el órden moral, no tardó en consumarse tambien en el órden material. La conversion de Constantino fué de hecho el triunfo de la sociedad cristiana y aceleró sus progresos, y desde entonces se vió al poder, á la jurisdiccion, á la riqueza afluir hácia la Iglesia y los obispos, como hácia los únicos puntos á cuyo alrededor quisiesen los hombres agruparse, y que ejerciesen sobre las fuerzas sociales todas la virtud de la atraccion. No fué ya á su ciudad, sino á su iglesia á quien el ciudadano quiso legar sus bienes. No ya por medio de la construccion de circos, de acueductos, sino por la de templos cristianos experimentó el opulento la necesidad de granjearse la estimacion pública. La parroquia ocupó el lugar del municipio, y el mismo poder central, arrastrado por el curso de las cosas á que acababa de asociarse, lo secundó con todas sus fuerzas. Los emperadores despojaron á los municipios de parte de sus bienes para darlos á las iglesias, y á los magistrados municipales de parte de su autoridad para investir con ella á los obispos. Conseguida la victoria, uniéronse los intereses á las creencias para aumentar la sociedad de los vencedores, y como los clérigos estaban exentos de las cargas municipales, necesitáronse leyes para impedir á los decuriones entrar en el clero. Sin ellas, sin estas leyes, la sociedad municipal se habria disuelto por completo, y era preciso que subsistiera para llevar la carga á que habia sido condenada. Vióse entonces á los emperadores mas favorables al órden eclesiástico, mas solícitos de extender sus prerogativas, luchar á un mismo tiempo contra la tendencia que impulsaba á los hombres á abandonar todas las asociaciones para ingresar en la única en que podian encontrar honor y proteccion.

Tal era, pues, el verdadero estado de las cosas. El gobierno, cediendo á sus propias necesidades, agravaba sin cesar la condicion de la curia mientras que la de la Iglesia se elevaba y mejoraba sin cesar. Era preciso volver á la curia los decuriones, deseosos siempre de abandonarla, y cuanto mas disminuia su número, mas arruinados se hallaban los que en ella habian quedado, mayor era la imposibilidad en que estaban de sobrellevar la carga, mas habia de agravarse su suerte. Así pues, el mal nacia del mal; la opresion apresuraba la ruina esforzándose en retardarla, y el régimen municipal, convertido, segun hemos dicho, en un verdadero tormento para cierta clase de ciudadanos, destruíase cada dia y al propio tiempo aniquilaba á la clase que á él estaba consagrada.

Este fué en cuanto á los municipios, institucion importantísima en la soci-

dad romana, el curso de los acontecimientos y de las leyes, desde Constantino hasta la caida del imperio de Occidente. En vano algunos emperadores intentaron realzarlo; en vano Juliano les devolvió parte de los bienes que habian perdido; estas alternativas de la legislacion no produjeron el menor efecto: una necesidad fatal pesaba sobre los municipios, y cada vez que, viendo el régimen municipal próximo á aniquilarse, experimentábase la necesidad de sostenerlo, solo supo hacerse redoblando la energía de las causas que á su ruina le empujaban. Cada dia eran mas y mas sacrificados los municipios al Imperio, y los decuriones á los municipios; las formas exteriores de la libertad existian aun en el interior de las curias, en lo que tocaba á la eleccion de magistrados y á la administracion de los negocios de la ciudad; pero estas formas eran vanas, pues los ciudadanos llamados á animarlas con su accion, estaban heridos de muerte en su independencia personal y en su fortuna. En este estado de ruina material y de aniquilamiento moral hallaron los bárbaros al establecerse en el territorio romano, las ciudades, sus magistrados y sus habitantes.

Estas fueron las grandes revoluciones del régimen municipal en el mundo romano, y por consiguiente tambien en nuestra España, revoluciones que pueden ser caracterizadas diciendo que, en la primera época, el régimen municipal fué una libertad concedida de hecho á los habitantes de las ciudades; en la segunda, un derecho legalmente constituido como indemnizacion de la pérdida de los derechos políticos, y en la tercera, una carga impuesta á cierta clase de ciudadanos.

Penetremos ahora en el exámen mas detenido de la época tercera, y él nos dirá el estado de la sociedad romana en la época que de nuestra historia hemos llegado, esto es, el verificarse la definitiva invasion de los bárbaros.

A principios del siglo quinto, los súbditos del imperio se hallaban divididos en tres clases que formaban tres condiciones sociales muy distintas, á saber: los privilegiados, los curiales y el pueblo bajo. Entiéndase que no hablamos aquí sino de los hombres libres.

La clase de los privilegiados comprendia: 1.° á los senadores y á cuantos tenian derecho de llevar el título de clarísimos; 2.° á los oficiales reales; 3.° al clero; 4.° á la milicia cohortal ó milicia empleada en el interior para la conservacion del órden y la ejecucion de las leyes; 5.° á los militares en general, incorporados ya á las legiones, ya á las tropas palatinas, ya á los cuerpos de bárbaros auxiliares.

La clase de los curiales comprendia á los habitantes de las ciudades, ya hubiesen nacido en ellas, ya se hubiesen establecido en las mismas, que poseian cierta fortuna territorial y no pertenecian por título alguno á la clase privilegiada.

El pueblo bajo era la masa de los ciudadanos, á quienes la falta casi absoluta de propiedad no permitia colocar entre los curiales.

Los privilegiados de la primera clase eran numerosos, distintos y repartidos con desigualdad entre las cinco órdenes que la formaban; pero entre estos privilegios el mas considerable de hecho, el mas solicitado, el que valia él solo mas que todos los restantes era comun á las cinco órdenes de esta clase, y consistia en la exencion de las funciones y cargas municipales.

Al tratar de los curiales, veremos la estension de sus obligaciones; consignemos ante todo explicitamente quienes estaban exentos de las mismas. Eran estos:

1.° Todo el ejército, desde el último *cohortalis* hasta el *magister equitum peditumve;*

2.° Todo el clero desde el mero clérigo hasta el obispo.

La designacion de estas dos clases puede hacerse sin dificultad: pero no está tan determinada la de los senadores y clarísimos.

El número de los senadores era ilimitado; el emperador los nombraba, los destituia á su voluntad y podia elevar á esta categoría hasta los hijos de los libertos.

Cuantos habian ocupado las principales magistraturas del imperio, ó únicamente recibido del príncipe el título honorario de estas magistraturas, eran llamados clarísimos y tenian derecho para sentarse en el senado; de modo que la clase de los clarísimos comprendia á todos los funcionarios de cierta importancia y eran nombrados y revocables todos por el emperador.

El cuerpo de los privilegiados componíase, pues, primero, del ejército; segundo, del clero; tercero, de todos los funcionarios públicos empleados así en la corte como en las provincias.

El privilegio, y en especial el de la exencion de cargos curiales, no era puramente personal, sino tambien hereditario. Eralo en el órden militar con la condicion de que los hijos abrazasen la profesion de las armas, y en el órden civil gozaban de él los hijos nacidos despues de pertenecer sus padres á la clase de los clarísimos ó de desempeñar funciones en palacio.

Entre las clases exentas de las funciones curiales era la última la de la milicia cohortal, servicio subalterno al que quedaban hereditariamente obligados los que en él habían ingresado, y del cual no podia salirse para pasar á una clase superior.

La clase de los curiales comprendia á los vecinos de las ciudades que poseian una propiedad territorial de mas de veinte y cinco fanegas, *jugera*, y no pertenecian á la clase privilegiada. Perteneciase á la clase curial por orígen ó por designacion. El hijo de un curial era curial tambien y estaba obligado á cuantas cargas iban anexas á esta cualidad; el vecino que adquiria una propiedad territorial de mas de veinte y cinco fanegas, habia de ser reclamado por la curia, sin que pudiese alegar él escusa alguna.

Ningun curial podia salir de su condicion por un acto voluntario; estábale prohibido habitar en la campiña, ingresar en el ejército y ocupar empleos que le habrian librado de las funciones municipales antes de haber pasado por todos los grados desde simple miembro de la curia hasta las primeras magistraturas de la ciudad. Solo entonces podia ser militar, empleado público y senador. Los hijos que hubiese tenido antes de su elevacion, continuaban en la condicion de curiales.

No podian ingresar en el clero sino dejando el goce de sus bienes á alguien que quisiere ser curial en lugar suyo, ó abandonándolos á la misma curia.

Hemos dicho que los curiales procuraban incesantemente salir de su condicion, y por esto era que infinitas leyes prescribian la prision de los que habian huido ó entrado furtivamente en el ejército, en el clero ó en los empleos públicos, para ser devueltos á la curia.

Así encerrados los curiales en la curia de grado ó por fuerza, sus obligaciones eran las siguientes:

1.° Administrar los negocios del municipio, sus rentas y sus gastos, ya deliberando en la curia, ya ocupando las magistraturas municipales. En esta doble situacion, respondian los curiales no solo de su gestion individual, sino tambien de las necesidades de la ciudad que estaban obligados á llenar por sí mismos, en caso de insuficiencia de las rentas.

2.° Recaudar los tributos públicos, bajo la responsabilidad tambien de sus bienes propios. Las tierras sujetas al tributo territorial y abandonadas por sus poseedores, eran atribuidas á la curia, la cual habia de pagar la contribucion hasta encontrar á alguien que quisiese encargarse de las mismas. En caso de no encontrar á nadie que quisiese tomarlas, el tributo de la tierra abandonada se repartia entre las demás propiedades.

3.° Ningun curial podia vender sin permiso del gobernador de la provincia los bienes que le conferian aquella calidad.

4.° Los herederos de los curiales, que eran extraños á la curia, y las viudas ó hijas de curiales que se casaban con un hombre no curial, habian de abandonar á la curia la cuarta parte de sus bienes.

5.° Los curiales sin hijos no podian disponer por testamento sino de la cuarta parte de sus bienes; lo demás tocaba de derecho á la curia.

6.° No podian ausentarse del municipio, ni siquiera por un tiempo limitado, sin autorizacion del juez de la provincia.

7.° En caso de que lograsen evadirse de la curia sin poder ser habidos, eran confiscados sus bienes en beneficio de aquella.

8.° El tributo conocido bajo el nombre de *aurum coronarium*, consistente en cierta suma que habia de pagarse al príncipe con motivo de determinados acaecimientos, pesaba exclusivamente sobre los curiales.

Las prerogativas concedidas á los curiales en cambio de semejantes cargas eran:

1.° La exencion de la tortura, á no ser en casos gravísimos;

2.° La exencion de ciertas penas aflictivas é infamantes reservadas para la masa general del pueblo, como ser condenados á las minas, á la hoguera, etc.

3.° Los decuriones que hubiesen caido en la miseria eran mantenidos á expensas del municipio.

Estos eran los únicos beneficios que los curiales poseian sobre lo restante del pueblo, quien tenia en cambio sobre ellos el de estarle abiertas todas las carreras y el de poderse elevar á la clase privilegiada, ya entrando en el ejército, ya desempeñando los empleos públicos.

Así pues, la condicion de los curiales en el Estado y como ciudadanos era altamente gravosa y estaba desprovista de toda libertad. La administracion municipal era un servicio oneroso á que estaban condenados los curiales, y no un derecho de que estuviesen investidos. Veamos ahora la condicion de los curiales, no ya en el Estado y respecto de las demás clases de ciudadanos, sino en la misma curia y entre ellos mismos.

Todos los curiales eran miembros de la curia y tenian asiento en ella. La capacidad de sobrellevar las cargas llevaba consigo la de ejercer los derechos y

tomar parte en los negocios; los nombres de los curiales de cada municipio estaban inscritos segun cierto órden determinado por la dignidad, los años y otras circunstancias en un registro llamado *album curiæ*. Siempre que habia de deliberarse sobre algun negocio, eran convocados todos por el magistrado superior del municipio, decenviro, edil, pretor ú otro, y daban todos su opinion y su voto, decidiéndose las cuestiones por mayoría; no era válida deliberacion alguna de la curia á no estar presentes las dos terceras partes de los curiales.

Las atribuciones de la curia en corporacion eran: 1.° el exámen y la decision de ciertos asuntos: 2.° el nombramiento de los magistrados y empleados municipales. En parte alguna se encuentra la enumeracion de los negocios cuyo conocimiento pertenecia á la curia; pero todo indica, sin embargo, que la mayor parte de los intereses municipales que exigian mas que la mera ejecucion de leyes ú órdenes ya espedidas, eran discutidos en la curia. La autoridad propia é independiente de los magistrados municipales parece haber sido muy limitada, y por esto ha de creerse que no se podia hacer inversion alguna de fondos sin autorizacion de la curia. Esta fijaba la época y el lugar de las ferias, concedia recompensas, etc.

Ocasiones habia en que no bastaba la autorizacion de la curia y en que era preciso obtener la de todos los vecinos, curiales ó no; por ejemplo, para la venta de una propiedad del comun, para enviar diputados al emperador, etc. Por otra parte es evidente que el poder imperial se inmiscuia cada dia mas en los negocios de los municipios y limitaba la independencia de las curias, llegando esto al punto de que no pudieron construirse nuevos edificios sin autorizacion del gobernador de la provincia; la reparacion de los muros estaba sujeta á igual formalidad, la que era tambien necesaria para la emancipacion de los esclavos y todos aquellos actos que tendieran á disminuir el patrimonio de la ciudad.

Por grados tambien aquellos negocios cuya decision definitiva habia pertenecido á las curias cayeron por via de súplica ó de apelacion bajo la autoridad del emperador y de sus delegados en las provincias. La concentracion absoluta del poder judicial y fiscal en manos de los funcionarios imperiales fué causa de que así sucediera, y la curia y los curiales quedaron entonces reducidos á no ser mas que los últimos agentes de la autoridad soberana, no quedándoles apenas otra cosa que el derecho de consulta y el de queja.

Respecto al nombramiento de los magistrados municipales, fué ejercido largo tiempo y en realidad por la curia, sin necesidad alguna de ser confirmados por el gobernador de la provincia á no ser en casos de excepcion y tratándose de ciudades á quienes se queria oprimir ó castigar. Sin embargo, este mismo derecho hízose luego ilusorio por la facultad concedida á los gobernadores de provincia, de anular los nombramientos á peticion de los elegidos, resultando de ahí que cuando las funciones municipales se convirtieron en onerosas, los curiales electos, que gozaban de algun valimiento cerca del gobernador, pudieron, bajo cualquier pretexto, hacer anular su eleccion y librarse así de la carga que se les habia impuesto.

Los oficios municipales eran de dos clases: los primeros llamados *magistratus* conferian ciertos honores y cierta jurisdiccion; los segundos, *munera*, eran simples empleos sin jurisdiccion y sin dignidad alguna particular.

La curia nombraba para unos y otros, y únicamente los magistrados le proproponian las personas á quienes juzgaban apta s para desempeñar los *munera;* pero estas no eran realmente nombradas hasta despues de obtener los votos de la curia.

Los magistrados eran:

1.° *Duumviro* era el nombre que se daba ordinariamente al primer magistrado municipal. Pero en ciertos lugares llamábase tambien *Quatorviro*, *Dictador*, *Edil*, *Pretor*. Su cargo era anual, y correspondia con bastante exactitud al de nuestros alcaldes; el Duumviro presidia la curia, desempeñaba la administracion general de los negocios de la ciudad, tenia una jurisdiccion limitada en asuntos de poca importancia, y ejercia tambien una autoridad correccional que le daba derecho para imponer ciertas penas á los esclavos y detener provisionalmente á los hombres libres.

2.° El *Edil* era un magistrado inferior comunmente al duumviro, y tenia á su cargo la inspeccion de los edificios públicos, de las calles, de los graneros y de las pesas y medidas.

Ambos magistrados estaban obligados á dar fiestas y juegos públicos.

3.° El *Curator reipublicæ* ejercia, como el Edil, cierta vigilancia sobre los edificios públicos; pero su atribucion principal era administrar la hacienda, y por lo mismo dar en arriendo los bienes del municipio, examinar las cuentas de las obras públicas, prestar y tomar prestado en nombre de la ciudad, etc.

Los empleados, *munera*, eran:

1.° *Susceptor*, perceptor de los tributos, bajo la responsabilidad de los curiales que le nombraban.

2.° *Irenarchæ*, comisarios de policía encargados de la investigacion de los delitos y de la formación de las primeras diligencias.

3.° *Curatores*, empleados á cuyo cargo estaba un servicio municipal particular, como *curator frumenti*, *curator calendarii*, etc.

4.° *Scribæ*, empleados subalternos en ambos oficios; á esta clase pertenecian los *tabelliones*, que desempeñaban á poca diferencia las funciones de nuestros escribanos.

En los últimos tiempos, cuando fué evidente la decadencia del régimen municipal, cuando la ruina de los curiales y la impotencia de los magistrados para proteger á la poblacion de las ciudades contra las vejaciones de la administracion imperial, se revelaron al mismo gobierno que sufria en fin la pena de sus propias obras y veia que la sociedad le abandonaba por todas partes, intentó este procurar á los municipios cierta seguridad é independencia con la creacion de una nueva magistratura. Dióse á cada ciudad un *defensor*, cuya mision primitiva era defender al pueblo, y sobre todo á los pobres, contra la opresion y las injusticias de los oficiales imperiales y de sus subalternos. Su importancia y sus atribuciones sobrepujaron en breve á las de todos los magistrados municipales; hasta llegaron á tener cierta competencia en materia criminal, y para dar algunas garantías de su fuerza é independencia, empleáronse dos medios: por una parte tuvieron derecho para salvar los varios grados de la administracion y llevar directamente sus quejas al prefecto del pretorio; quísose así emanciparlos de las autoridades provinciales; y por otra parte fueron elegidos no solo por la curia,

sino por la generalidad de los habitantes del municipio, incluso el obispo y los clérigos todos, resultando de ahí que, como el clero era entonces el único que poseia energía y gozaba de crédito, cayó en sus manos en casi todas partes la nueva institucion, y por consiguiente cuanto subsistia aun del régimen municipal. Esto que era muy poco para realzar los municipios bajo la dominacion del imperio, era bastante para procurar al clero una gran influencia legal en las ciudades cuando la invasion y el establecimiento de los bárbaros. El resultado mas importante de la institucion de los defensores fué colocar á los obispos al frente del régimen municipal, que se habia disuelto ya por sí mismo á causa de la ruina de los ciudadanos y de la nulidad de las instituciones.

Tales fueron los hechos que no solo explican muchos de los sucesos que tendremos ocasion de examinar en lo sucesivo, sino que demuestran el fenómeno que antes hemos indicado, esto es, la destruccion de la clase media en el imperio. Esta clase fué aniquilada materialmente por la ruina y dispersion de los curiales, moralmente por la abolicion de toda influencia del pueblo acomodado en los negocios del Estado y por fin en los de la ciudad. De ahí en el siglo quinto tantos eriales y ciudades casi desiertas ó llenas de una poblacion hambrienta y ociosa, á lo cual contribuyó el régimen que acabamos de explicar tanto quizás como las terribles devastaciones de los bárbaros.

Así, pues, no ha de causarnos sorpresa, ni la desaparicion completa del pueblo que caracteriza la caida del imperio romano, ni la influencia bienhechora de que fué investido el clero en el nuevo órden de cosas; ambos fenómenos se explican por el estado de la sociedad en aquella época, y especialmente por el estado del régimen municipal que por su importancia nos ha parecido necesario describir detalladamente. El obispo se habia convertido en cada ciudad en el jefe natural de los habitantes, en el verdadero señor; su eleccion y la parte que en ella tomaban los ciudadanos, fueron el asunto mas importante de la poblacion; y por el clero se conservaron en parte en las ciudades las franquicias y libertades para pasar mas tarde á la legislacion de Estado. Entre el antiguo régimen municipal de los Romanos y el régimen municipal de los comunes de la edad media, el régimen municipal eclesiástico está colocado como una transicion, y este hecho importante, en parte alguna se vió con tanta claridad y se dejó sentir tan vivamente como en la monarquía fundada en nuestra Península por los bárbaros invasores.

Por esto es, pues, repetimos, que hemos tratado la presente materia en un capítulo especial; ella al mismo tiempo que nos ilustra y explica la existencia de la sociedad romano-española, que habíamos de presentar á nuestros lectores bajo todas sus faces, nos dará luz para penetrar y comprender los sucesos posteriores. La época antigua que aquí acaba legó á su heredera muchas instituciones mas ó menos modificadas, y una de ellas fué la municipal; para conocerla teníamos, pues, un doble interés: el que va unido á su existencia pasada, y el que ha de despertar en nosotros su existencia futura.



CAPÍTULO XIV.

Algunas noticias sobre el arte militar de los Hispano-Romanos.—Armas defensivas.—Armas ofensivas.—Religion primitiva.—Politeismo.—Sus sacerdotes y ministros.—El politeismo, gran causa de la corrupcion moral.—Escuelas filosóficas.—Epicúreos.—Estóicos.—Cristianismo.—Primeras iglesias españolas.—Persecuciones y mártires en España.—Osio de Córdoba.—Liturgia y disciplina eclesiástica.—Heregías: Priscilianistas, Donatistas, Arrianos.—Legislacion.—Conclusion del período romano.

Los Romanos no hubieran tomado en todo tiempo tantos guerreros de España, segun hemos visto en los precedentes capítulos, si no hubiesen conocido por experiencia propia el valor militar de esta nacion. Es cierto que los ejércitos de Roma, al pasar los Pirineos, trajeron muchas costumbres y leyes militares que no eran conocidas en este país, pero tambien es cierto, como hemos notado en varios lugares de esta historia, que aprendieron muchísimo de los Españoles en materia de armas, fortificaciones, estratagemas y otras cosas semejantes. Dice á este propósito un escritor griego en su *Arte-Táctica,* que los Romanos á varias evoluciones militares aprendidas en España, pusieron nombres españoles, y describe particularmente al que llamaban en la caballería *círculo cantábrico*, que era bellísimo á la vista, y servia para ejecutar con el mejor órden una descarga contínua de saetas sin la menor interrupcion.

Es cosa muy digna de observarse que al paso que los demás pueblos subyugados por los Romanos solo eran admitidos en los ejércitos de la república y del imperio en clase de auxiliares, los Españoles aun en los buenos tiempos de Roma, cuando regia en los ejércitos la severa disciplina que hizo invencibles á las armas romanas, ingresaban en aquellos en clase de legionarios lo mismo que los ciudadanos de Roma y los aliados de las ciudades italianas. Innumerables son, como en otra parte hemos dicho, los elogios que al denuedo y á la pericia de los soldados y caudillos españoles tributó Roma en varias ocasiones, y habríamos de extendernos mucho si quisiéramos dar aquí una lista de los guerreros que se distinguieron combatiendo bajo las águilas romanas.

Hemos dicho que las manufacturas en que nuestros artífices ponian particular esmero eran las armas, y por esto los Romanos hicieron tanto aprecio de ellas asi en tiempo de la república como del imperio. Los yelmos comunmente eran de metal cubiertos de pieles ásperas y pelosas para dar terror al enemigo, pero adornados los mas de ellos con tres crestas y bellísimos penachos. Los petos ó corazas en unas partes se hacian de lino y en otras de cuero, y en algunas tambien de malla, como se usaban en Roma. Los botines de que usaba solo la infantería no eran de hierro pesado como los de las tropas

romanas, sino de cerdas bien tejidas que defendian la pierna sin agravarla. Lo que llevaban de metal, eran una especie de brazaletes que los Romanos llamaron *vilias celtibericas*, porque los verian por primera vez en los ejércitos celtibéricos de la Tarraconense. En los escudos habia bastante variedad: unos iban á la guerra con la *syrtia*, que era redonda y de la medida del *clipeo romano*; otros llevaban la *pelta*, que era convexa y hecha de nervios, y tenia solos dos piés de diámetro, con una lista de cuero en medio por donde se metia el brazo; y otros finalmente usaban un escudo ovalado y harto grande, aunque no tanto como el de los Galos que se cubrian con él todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los piés.

Entre las armas ofensivas de los Españoles, la mas celebrada era la espada, que los escritores antiguos llaman *gladio hispaniense*. Los Romanos, hemos dicho, empezaron á usarla luego que la conocieron aun antes de las guerras ibéricas, y no la dejaron jamás, porque era la mejor de todas, no solo por el temple, sino tambien por su forma y medida, pues era medianamente larga y manejable, y tenia buena punta y dos filos, al contrario de la francesa que era larguísima, roma y de un solo corte. Los Italianos pusieron fábrica de ellas en la capital, mas no les fué posible darlas aquel temple finísimo que tenian las de los Celtíberos, de cuyo método para templarlas hablamos en otro lugar. Nuestros antiguos llevaban la espada al lado izquierdo, como se ve en el escudo de Escipion hallado en el Ródano y en una moneda de *Ventipone* del tiempo de la república, mas no adoptaron los Romanos todos esta costumbre española que ahora es comun en Europa: en la coluna Trajana y en otros monumentos de aquella edad, hay soldados con espada que les cuelga sobre el lado derecho.

Las armas cortas de nuestra nacion eran tres: la *sica*, que era una daga ó puñal de un palmo solo; la *securis* ó *bipennis*, que era una hacha de dos filos, y la *falcata*, que era á modo de una hoz con solo un corte por dentro, como se ve en algunas monedas del tiempo de la guerra cantábrica.

En las armas de enristrar y lanzar habia mas variedad, y algunas fueron invento de los mismos Españoles. El *asta* era un palo largo, armado de una punta con dos filos de hierro, cobre ó plata, cuya forma ó medida se descubre en varias monedas celtibéricas. El *bidente* y *tridente*, que se hallan tambien dibujados en algunas medallas, eran palos cortos con dos ó tres puntas de hierro ya muy agudas y derechas, ya dobladas en forma de media luna, pero siempre con dos filos. La *lanza* era una especie de *asta*, pero mas corta y arrojadiza, y de los Españoles, que la inventaron, recibió, segun dice Varron, este nombre, adoptado despues por los Latinos y ultimamente por todas las naciones modernas. El *geso*, era una lanza pequeña, armada de un hierro con tres puntas, la de en medio derecha y con dos filos, y las otras dos á manera de anzuelos; tambien esta arma fué invencion de los Españoles, como lo dijo expresamente Atheneo. El *saunio*, que era tambien arma hispánica, segun dice Apiano Alejandrino, no se distinguia del *geso*, sino en ser todo de metal sin mango alguno de madera, y por esto muchos le llamaban *lancea-soliferrea*. La *falarica* y la *tragula* eran dos armas terribles de que usaron los Saguntinos contra los Cartagineses antes de la entrada de los Romanos en nuestra Península. Una y otra eran de madera con punta larguísima de hierro, y las dos se arrojaban ó con máquina ó con la mano, segun era su tamaño; pero el hierro de la primera tenia la particularidad de

estar envuelto con azufre y otras materias combustibles que abrasaban vivo al enemigo.

Las flechas de que usaban los Españoles, no tenian todas la misma forma ni el mismo uso. Las que llamaban *sparos* eran pequeñísimas y curvas, y se arrojaban muchas de un golpe; los *verutos* eran derechos y agudos y celebrados por su ligereza; los *aclides* estaban rodeados de puntas sutilísimas, como de alfileres, y el soldado que manejaba esta arma la tenia atada de un cordel para poderla tirar y recoger cuantas veces queria; las *sudes*, finalmente, eran de madera con la punta quemada y á veces con aguijon de hierro. Estas eran las flechas propias de los isleños Baleares, si bien estos preferian y hacian mas uso de sus varias hondas.

Para dar entero cumplimiento á la historia de la España romana falta únicamente que digamos algo en este lugar especial de las materias de religion, si bien en el curso de esta historia, como cosa indispensable, hemos apuntado respecto de ella algunos hechos á medida que se iban produciendo. Los Escipiones y demás conquistadores de nuestra Península poco tuvieron que trabajar en defensa de la idolatría en que estaban criados, pues habiéndola encontrado en España bien arraigada, no pudieron hacer otra cosa sino dilatar el culto de las falsas divinidades que habian ya introducido los Fenicios, Griegos y Cartagineses. Júpiter, Osíris, Apolo, Esculapio, Baco, Mercurio, Marte, Hércules, Pan, Castor, Polux, Cupido, Caco, Vulcano, Neptuno, Nereo; Junó, Diana, Proserpina, Isis, Venus, Minerva, Cibeles, Circe, Urania, Flora, Ceres, Pasifae; el Sol, la Luna, la Salud, la Concordia, la Tutela, la Fortuna, la Victoria y la Fé pública; la Libertad, la Quietud, la Luz, la Piedad; el Hado, el Evento, el Relámpago; los Manes, los Genios, las Fuentes, las Ninfas, las Gracias y las Parcas, todas estas divinidades se hallan nombradas expresamente en las antiguas lápidas de España. Pero en ellas se hace tambien memoria de otros objetos de adoracion no conocidos en Roma (véase la página 196 de este tomo, nota 1.ª), y aun cuando estos dioses exóticos son tenidos comunmente por originarios de España, opina el erudito Masdeu que, ó son todos Romanos con denominaciones de la antigua lengua celtibérica, ó los introdujeron en España los tres pueblos extranjeros que habitaron mas antiguamente la Península.

A todas las divinidades dichas se levantaban templos y altares, se dedicaban imágenes y estátuas, y se hacian fiestas y sacrificios. La dedicacion de las estátuas se solia celebrar con un banquete público á expensas del dedicante, y á veces con esta ocasion se ofrecian varios dones á la misma divinidad á cuyo honor se erigian. De las fiestas que se celebraban en España, segun el uso de Roma, nos quedan todavía algunas memorias, en particular dos bajos relieves, representando el uno unas fiestas Bacanales y el otro una pompa ó procesion que se hizo en honor de todos los dioses.

El sacerdocio era en España lo mismo que en Roma, tenia los mismos privilegios, era igualmente respetado y se conferia unas veces para toda la vida y otras para tiempo limitado. Los pontífices, sacerdotes y flamines, como tambien las sacerdotisas y flamínicas tenian ya á su cargo una provincia entera, ya un convento, ya una sola ciudad: los primeros atendian al culto general de todos los dioses, los segundos al de algunas divinidades determinadas, y los terceros al

de un solo númen particular, proviniendo de aquí los varios títulos que se les dieron en las lápidas antiguas, de ministros de Júpiter, de Venus, del Divo Octaviano, de los Divos Augustos, del Genio de Roma, de los Genios de la casa imperial y otros semejantes. Entre los sacerdotes habia algunos adivinos, unos llamados *augures*, que para hacer sus pronósticos observaban el vuelo y canto de las aves, y otros *aruspices*, que hacian sus observaciones sobre las entrañas de los animales. Varias inscripciones de España hablan de esta supersticion en cuyo ejercicio, segun dice Lampridio, se distinguieron mucho los Españoles y en particular los Vascones. En ellas se hallan tambien nombrados los *escribanos sagrados*, que servian con su oficio á los sacerdotes; los *feciales* que comunicaban al pueblo los tratados de paz y guerra; los *orgiofantas* que eran ministros de Baco; los *maestros del Fano* que eran como presidentes del templo, y los *maestros de los Lares*, que tenian á su cargo el *Larario* en que se daba culto á los dioses tutelares de los emperadores. Habia tambien en España colegios de personas sagradas que tenian cada uno su presidente; como lo era el de los *flamines* ó *filamines* á quienes dieron este nombre por el *filum* ó *hilo* con que se ceñian la frente; el de los *seviros augustales*, destinados al culto de los augustos divinizados; el de los *sacerdotes salios*, que eran ministros de Marte; el de los *sodales Herculanos* que lo eran del dios Hércules, y el de los *quindecimviros*, que presidian á los sacrificios mayores.

Todo el mundo sabe lo que era esta religion de la cual acabamos de dar algunas noticias, y no ha de extrañarse por lo mismo que la hayamos calificado de una de las grandes causas de la corrupcion moral que gangrenaba al mundo romano. Los hombres de la sociedad antigua que no habian alcanzado el conocimiento de la verdadera Divinidad, se fabricaron dioses con las mismas pasiones, con los mismos defectos que ellos, y si en un principio les tuvieran respeto, fuéronselo perdiendo despues. Habia dioses para todas las virtudes, pero habia tambien dioses para todos los vicios, y los hombres encontraban mas fácil asemejárselos en estos que imitarlos en aquellos. «Si Júpiter, transformado en lluvia de oro, dice Terencio, seduce las mujeres ¿por qué yo, miserable mortal, no podré hacer otro tanto?» Prostituidas públicamente las mujeres en los templos dedicados á Venus, ¿por qué habia de haber vestales? En los últimos tiempos del degenerado imperio nadie queria ya serlo, y no se encontraba quien mantuviese el fuego sagrado. En cambio las madres llevaban á sus hijas á las fiestas Lupercales, asistian con ellas á las danzas impúdicas de Flora y las acompañaban al teatro á ver representar con demasiada realidad los amores lascivos de Pasifae. En cambio las doncellas llevaban priapos colgados al cuello, y las cortesanas ostentaban su desnudez en los combates de gladiadores, y exigian que estos escogiesen para morir las posturas mas lúbricas.

No eran únicamente el sensualismo y la lascivia los que contaban con protectores en el Olimpo, ni solos los altares de Venus, de Adonis y de Priapo los que tenian adoradores; á ningun vicio le faltaba su divinidad, inclusos el homicidio y el robo. Hasta la hipocresía era pedida á los dioses como una virtud, y Horacio suplicaba á la hermosa Laverna que le enseñara el arte de engañar y de parecer justo y santo. Los templos de la Piedad, de la Castidad, de la Concordia, de la Virtud y del Honor, estaban olvidados ó desiertos; los votos y las ofrendas se

hacian á *Júpiter Prædator*, para que fuese propicio á sus devotos en sus latrocinios. Todo esto hizo que Ciceron y los hombres notables de su tiempo se burlaran ya públicamente de aquellas divinidades, avergonzados del absurdo del politeismo, sin que se hallara otra cosa que oponerle á no ser una filosofía ineficaz.

En ayuda de una religion y de unas leyes que, segun hemos podido ver en el decurso de esta obra, así autorizaban la tiranía y la esclavitud y así conducian á la disolucion de costumbres, vino la filosofía de Epicuro, transportada de Grecia con sus doctrinas de material egoismo, de goces y placeres sensuales, á poner el sello del refinamiento á la inmoralidad y corrupcion del mundo romano. Abrazáronla emperadores y patricios y entregáronse sin freno á los goces del lujo, de la lubricidad y de la crápula, llevando el fausto, la molicie y hasta la gula á un punto que nos cuesta violencia creer aun atestiguándolo por unanimidad todas las historias romanas.

Los dones mas preciosos de la naturaleza, los metales mas ricos, las maderas mas estimadas, las piedras de mas precio eran materias comunes del ajuar de sus palacios. Las proas de las galeras en que costeó Calígula las costas de Campania estaban guarnecidas de perlas, y con perlas adornaba Neron los lechos de sus liviandades; las matronas romanas llevaban sobre sí un tesoro en piedras preciosas, y el aderezo de Lolia Paulina se valuaba en cuarenta millones de sextercios. La Arabia, la India, la Persia, el Africa, el Oriente, el Mediodía, el Norte, los mares, los golfos, las islas, los bosques y los campos de todas las regiones, dice D. Modesto Lafuente (1), no bastaban á surtir á los voluptuosos Romanos de perfumes y aromas, de perlas, de piedras preciosas, de telas, de metales y de maderas olorosas. Cada magnate sostenia á una turba de perfumistas, bañistas y otros ministros de la molicie y de la afeminacion; las ricas matronas además de la multitud de mujeres que en su tocador empleaban, no salian jamás en público sin un cortejo numeroso de eunucos, de galanteadores y rufianes y de otros viles servidores de la prostitucion.

Léase el pasaje que dedica Lampridio á la vida de Eliogábalo, y nos estremeceremos sin duda de horror y de sorpresa al ver hasta donde habia llegado la locura de la sociedad romana, que otro nombre no merece su voluptuosidad y despilfarro. «Alimentaba á los oficiales de su palacio, dice el indicado historiador (2), con entrañas de barbo de mar, con sesos de faisanes y de tordos, con huevos de perdiz y cabezas de papagayos. Daba á sus perros hígados de ánades, á sus caballos uvas de Apemenes, á sus leones papagayos y faisanes. El emperador comia carcañales de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, lenguas de pavos reales y de ruiseñores, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras de una sustancia alterada por el rayo, habas guisadas con pedazos de ambar, y arroz mezclado con perlas... Eliogábalo nadaba en lagos y en albercas rociadas de bálsamos los mas esquisitos y hacia vaciar el nardo á calderadas... Iba vestido de seda: nunca usaba dos veces el mismo calzado, ni la misma sortija, ni la misma túnica; nunca conoció dos veces una misma mujer. Los almohadones en que se reclinaba llenábanse con una especie de vello de pluma de las alas de las

(1) Hist. gen. de Esp., p. 1.ª, l. III, c. IV.
(2) Hist. Aug. in Vit. Heliog.

Ynterior y atrio de una casa romana.



Peristilo. Jardin. Galeria. Patio. Corredor. Ala ó crucero. Dormitorio.

perdices... A un carro de oro, embutido de piedras preciosas, pues desdeñaba los de plata y marfil, uncia dos, tres ó cuatro mujeres hermosas con el seno descubierto; algunas veces iba desnudo como su elegante tiro, y semejante al Sol conducido por las Horas, rodaba por debajo de los pórticos levantando á su paso una polvareda de oro fino, con que se habia antes rociado el suelo.»

Esta depravacion de costumbres, este lujo insensato de que ofrecia muestra no solo la capital, sino las ciudades todas del imperio, atrajeron como forzosa consecuencia el escepticismo y la perversidad de alma; y mientras el populacho se entregaba simultáneamente á los vicios de la supersticion y á los de la incredulidad, los corazones generosos, las almas viriles buscaron un asilo contra la corrupcion general en las doctrinas de otra filosofía, en el estoicismo, que un escritor ha calificado de consuelo noble para las almas solitarias, pero estéril para la sociedad.

En efecto, ¿á qué conducia el estoicismo? pregunta D. Modesto Lafuente (1). ¿A qué guiaba? Al desprecio de la vida, al suicidio. «Si no podeis soportar tanta disolucion, si os desesperan los males de la humanidad, decia Séneca á sus discípulos, suicidaos.» La escuela estóica, continua el mismo historiador, enseñaba á los individuos á desprenderse de la vida con fria insensibilidad, con la impasibilidad del fatalismo, pero no hallaba medio de corregir los males que sentia la humanidad sino destruyéndola. Sabian los estoicos morir y no sabian vivir. Se ha elogiado mucho la sangre fria de aquel ciudadano que condenado á muerte por Calígula y estando jugando á damas cuando le anunció el centurion ser llegada la hora de su muerte, exclamó: esperad á que cuente los peones. Pero ¿qué ganaba con ello la sociedad? Las costumbres no mejoraban porque hubiese algunos hombres á quienes importaba tanto la vida como la muerte, y como semejantes actos llegaron á practicarse solo por vanidad, añadióse otra corrupcion nueva á la corrupcion antigua, sin deberse olvidar tampoco al juzgar de la ineficacia de la doctrina estóica, que la filosofía que enseñaba no podia llegar jamás hasta el vulgo que no comprendia la metafísica que la servia de base.

«Aquel estado del mundo era intolerable, dice el historiador citado tantas veces en este capítulo. Habia una necesidad de creer y nadie creia: habia una necesidad de reformar las costumbres públicas y nadie hallaba el medio de reformarlas. El politeismo habia recorrido todas sus faces y se encontraba desacreditado; se recurria á las escuelas filosóficas, y las unas desmoralizaban mas, y las otras eran ineficaces para contener la desmoralizacion. Necesitábase una revolucion general en los espíritus y en los corazones. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde habia de venir? ¿Del cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente.»

Dios se hizo hombre, la Suma Verdad descendió á la tierra y las tinieblas que la envolvian desaparecieron. Doce apóstoles, pobres, desvalidos parten del pié de la Cruz para anunciar al mundo la buena nueva; y no se dirijen en un principio á los reyes y á los sabios poderosos para alcanzar el auxilio de su poder y de su ciencia. ¿Por qué habian de hacerlo, si llevaban en sí la fuerza que destruye los impe-

(1) L. c.

rios y la ciencia que rige las esferas? ¡Cosa singular! todas las revoluciones del mundo, todos los sistemas filosóficos, todas las creencias religiosas habian nacido hasta entonces en el entendimiento de un rey ó de un sabio; de allí por medio de la fuerza ó de la propaganda habian llegado á las inteligencias de segundo órden y acabádose por difundir entre las masas populares. No sucedió así ahora; de la ínfima clase del pueblo, el cristianismo subió á las escuelas, invadió los palacios, hizo suyos á los sabios y filósofos, y llegó hasta el trono de los Césares. ¡Sorprendente fenómeno, que ha hecho decir á muchos escritores lo que está en la conciencia de todos, esto es: que era milagrosa la doctrina ó milagrosa su propagacion!

Los elevados principios predicados por el Hombre-Dios, de algunos de los cuales hemos hecho mencion en el decurso de esta historia, no podian menos de hacer discípulos entre el pueblo que, á diferencia de los antiguos principios filosóficos, los comprendia, ó por mejor decir, los sentia. Los discípulos de Cristo, pocos y débiles en un principio, invadiéronlo por fin todo, aldeas, ciudades, escuelas y palacios; nada quedó á los gentiles, segun la enérgica expresion de Tertuliano, sino los templos de sus divinidades; y mientras la sociedad pagana continuaba entregada á sus excesos, mientras era su patrimonio la disolucion, la inmoralidad, y la prostitucion, los seguidores de Cristo profesaban la moralidad, la pureza y la inocencia. Mientras los mancebos idólatras acudian al templo de Diocles donde se coronaba al mas lascivo, los cristianos proclamaban la virginidad como el estado mas perfecto del hombre. Mientras los gentiles repudiaban sus mujeres, exponian sus hijos en los caminos ó en las plazas, los cristianos predicaban la indisolubilidad del matrimonio, hacian de la fidelidad conyugal una de las primeras obligaciones y miraban como un deber sagrado el sustento y la educacion de los hijos. Mientras aquellos se recreaban con los sacrificios humanos ó con los sangrientos espectáculos del Circo, estos visitaban á los presos, daban limosna á los pobres, asistian á los enfermos y consolaban á los moribundos.

Estas prácticas, estas costumbres eran la mas elocuente censura de los vicios dominantes y el arma mas poderosa contra la sociedad que los habia producido. De ahí las horribles persecuciones que regaron con sangre generosa la tierra del imperio desde Neron hasta Diocleciano; de ahí las numerosas conversiones de los infelices oprimidos, de las matronas y doncellas entusiastas, de los hombres de corazon no corrompido ó de ideas elevadas, en una palabra, de cuantos sufrian ó deploraban la abyeccion del mundo, hasta que por fin el cristianismo subió al Capitolio, y franqueando los límites y barreras del imperio, cundió por regiones y lugares en los que era todavía un misterio la existencia de Roma y de su civilizacion.

En su lugar correspondiente hemos hablado de la venida á España del apóstol Santiago el Mayor, de las predicaciones de sus discípulos, de los progresos que hizo en nuestra Península la nueva doctrina. Los siete primeros obispos, discípulos de Santiago, consagrados por S. Pedro para nuestra España, llamábanse á lo que se cree, Torcuato, Indalecio, Tesifonte, Eufrasio, Cecilio, Esichio y Secundo, y las sillas episcopales que fundaron, siguiendo el mismo órden con que los hemos nombrado, fueron las de Acci (Guadix), Urfi, antigua ciudad destruida en el lugar que se llama ciudad del Garbanzo, Bergium que corresponde á Ver-

ja en el reino de Granada, Iliturgis, situada en el territorio de Santa Potenciana, Illiberis (Granada), Carcesa ó Carteja (Torre de Cartagena), Obila ó Abila (Avila), ciudades todas de Granada y Andalucía, menos la última que está situada en Castilla la Vieja. La tradicion constante y el mas antiguo de todos los documentos eclesiásticos de España nos dan testimonio de la predicacion de estos siete varones apostólicos, que niegan algunos escritores, dispuestos siempre á rechazar la tradicion como monumento histórico, especialmente en materias religiosas; pero como en apoyo de su negativa, repetimos aquí, no aducen prueba ninguna, y como aquella no contradice en nada los hechos históricos reconocidos, sino que al contrario los fortifica y robustece, creemos que ha de ser tenida por verdadera y recibir como tal cabida en obras de la clase de la presente.

Además de las iglesias dichas, fundadas por los siete discípulos de los apóstoles, se tienen por de igual antigüedad las de Toledo, Astorga y Sevilla la Vieja, y mas todavía las de Braga y Ecija, la primera entregada por Santiago á San Pedro de Rates, y la segunda instituida por S. Pablo. Los documentos de estas fundaciones antiquísimas y el órden con que se fueron multiplicando consecutivamente los obispos de toda la Península pueden verse en la obra del padre Flores (1); aquí solamente hemos tratado de manifestar cuan errónea es la opinion de algunos escritores que dicen haber sido España uno de los últimos pueblos que recibió las luces evangélicas.

Hemos visto que las persecuciones contra los cristianos empezaron durante el abominable reinado de Neron; los emperadores siguientes renovaron la guerra con mas ó menos furor contra los discípulos de Cristo; pero por lo que toca á España la persecucion mas feroz y sangrienta fué la de los emperadores Diocleciano y Maximiano que cubrieron de víctimas estas provincias en los primeros años del siglo IV. Los dos perseguidores mas ardientes de este período fueron Daciano y uno de sus colegas llamado Diogeniano; el primero era presidente y juez de las tres provincias españolas (2) y tenia por sustituto en la Bética á Dion, hombre no menos sanguinario. Estas persecuciones, y en particular la que llevamos dicho, poblaron el cielo de innumerables mártires españoles cuyas interesantes actas há recopilado Dom Ruinart (3). En el decurso de nuestro relato hemos hecho mencion de muy pocos, pues casi todos merecian una historia particular, no habiendo ciudad alguna de importancia que no se envanezca con justicia de los mártires que contó en aquellas épocas de sangre Toledo nombra á su primer obispo Eugenio y á su patrona Leocadia, vírgen y mártir; Alcalá de Henares, á los niños Justo y Pastor; Avila, á los santos hermanos Vicente, Sabina y Cristeta; Calahorra, á los soldados Emeterio y Celedonio; Burgos, á las dos vírgenes Centola y Elena; Cea, à los santos Facundo y Primitivo; Leon, á los consortes Marcelo y Nonia, con todos sus hijos; Astorga, á la vírgen Marta; Orense, á Marina y Eufemia; Braga, á los santos Victor, Silvestre, Cucufate y Susana; Lisboa, á los tres hermanos Verisimo, Máximo y Julio; Ebora, á la santa

(1) La España Sagrada.

(2) En un monumento destinado á señalar los límites entre Ebora y Beja, léese una inscripcion en que se llama á Daciano *vir perfectissimus*.—TERMINVS INTER PACENS. ET. EBORENS CVRANTE P. DACIANO V. P PRÆSIDE. H. H. N. M. Q. EORUM DEVOTISSIMO. HEINC PACENSES. HEINC EBORENSES.

(3) Acta primorum Martyrum etc.

vírgen Columba; Mérida, á las dos mujeres fuertes Eulalia y Julia; Córdoba, á los santos Zoylo, Secundo, Acisclo y Victoria; Arjona, á Bonoso y Maximiano; Ecija, á san Crispin; Sevilla, á las hermanas Justa y Rufina; Cadiz, á los santos Servando y Germano; Málaga, á san Ciriaco y santa Paula; Ilíberis, á su primer obispo Cecilio; Valencia, á san Vicente; Tarragona á Máximo y á su obispo Fructuoso, quien padeció martirio junto con sus dos fieles diáconos Augurio y Eulogio; Barcelona, á su patrona Eulalia y á su obispo san Severo; Iluro, á las hermanas Juliana y Semproniana; Gerona, al diácono Victor martirizado con sus padres; Lérida, al soldado Anastasio con setenta y tres compañeros; Pamplona, á su obispo Firmino, y Zaragoza, ilustre entre todas, llamada por Prudencio la patria de los mártires *(martyrum patria)*, es célebre por el número de fieles que murieron dentro de sus muros confesando el nombre de Jesucristo. No hubo ciudad que mas sufriera de la saña y crueldad de Daciano; el odio del Presidente hácia los cristianos era tal que quiso librar de ellos á Zaragoza con un solo golpe, y para ello recurrió á la astucia. Publicó un decreto prometiendo á los fieles el libre ejercicio de su culto en ciertos lugares que señaló fuera del recinto de la poblacion, y luego que estuvieron muchos allí reunidos envolviéronlos los soldados de Daciano y los sacrificaron á los dioses.

Tarea larga y prolija por demás seria nombrar á todos los Españoles ilustres que entregaron con fortaleza sus vidas en defensa de Jesucristo; asi es que abandonando tan calamitosos tiempos, nos trasladaremos á aquellos en que ocupa el solio del imperio el hijo de Constancio Chloro, el amigo de los cristianos. Entonces no fueron solamente mártires los que produjo la iglesia española, sino varones y prelados eminentes en letras y en erudicion. Entre ellos, Osio, el venerable obispo de Córdoba, el terrible enemigo del paganismo y de la heregía, lumbrera de la cristiandad y presidente futuro de casi todos los concilios de su época, comenzaba á asombrar con su erudicion y con su fogosa elocuencia no solo á España, sino al mundo entero. A él se atribuye la definitiva conversion de Constantino: «Un egipcio (dice Zósimo, ardiente gentil, haciendo una injuria de este nombre de egipcio) que fué desde España á Roma, aseguró á Constantino (agitado por los remordimientos) que todo delito podia ser espiado por los sacramentos de la religion cristiana (1).» Este egipcio seria probablemente el grande Osio de Córdoba, el que nacido en el año 256, fué elegido muy jóven obispo de su ciudad natal y padeció por la fe en tiempo de Maximiano. Dada la paz á la Iglesia, verificó varios viajes á Oriente, combatió con todas sus fuerzas contra las heregías de Arrio y de Donato, presidió muchos concilios, llenó el orbe con su fama y murió á la edad de ciento y un años, despues de merecer el magnífico elogio que hizo de él S. Atanasio.

«Es superfluo, dice el santo, que yo haga elogios de este ilustre anciano y confesor insigne de Jesucristo. Todos pueden saber que fué desterrado por la fe, pues no es hombre desconocido, sino muy famoso en el mundo. ¿Qué concilio hubo en que él no tuviese la presidencia? ¿Cuándo jamás habló delante de otros obispos, sin que todos quedasen convencidos de sus razones? ¿Qué iglesia hay que no conserve memoria de haberla él ayudado y defendido? ¿Qué alma enfer-

(1) Zósimo, l. II.

ma ó desconsolada se le arrimó jamás sin recobrar aliento y salud? ¿Qué hombre afligido ó menesteroso no encontró en él lo que deseaba?»

El primer efecto de la libertad concedida por Constantino Magno á la religion de Jesucristo, fueron las iglesias públicas destinadas al culto. Sin embargo, es tradicion que la primera iglesia cristiana de Europa fué la que el apóstol Santiago por órden de Nuestra Señora dedicó en Zaragoza al verdadero Dios; y en efecto, pudieron los cristianos españoles edificar la capilla del Pilar antes de las persecuciones, cerrándola luego de encrudecidas estas.

La liturgia y gerarquía eclesiástica fueron en España las mismas introducidas en Roma por los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, conservándose así durante los cuatro primeros siglos, que son los únicos de que aquí se trata. Los obispos eran todos iguales en dignidad é independientes entre sí, y no habia entre ellos otra preeminencia que la de mayor edad en la consagracion y ministerio, ni otro título de distincion sino el de *Obispo de la primera silla*, que era el que distinguia al Decano en cualquiera iglesia que estuviese; pues los nombres de *primado, arzobispo y metropolitano* son mas recientes, como veremos en el decurso de esta obra.

Como hemos tenido ocasion de ver en los capítulos anteriores, ocasionó gran daño á la Iglesia la mala doctrina que, segun se dijo, introdujo en nuestras provincias un egipcio llamado Marcos, discípulo de Maniqueo. Elpidio, maestro de retórica, y Ágape, mujer noble, engañados y pervertidos por aquel herege gnóstico, instruyeron en la heregía á Prisciliano, hombre rico y cultísimo, natural de la antigua Galecia, quien, con el mal uso del ingenio y de su dinero, ganó despues de la mitad del siglo cuarto gran número de sectarios cuyo partido llegó con el tiempo á darle el obispado de Avila. Para remediar el daño, juntóse en Zaragoza en el año 380 un concilio nacional que declaró hereges y excomulgados á los hereges priscilianistas; y como ni aun así se pusiese freno al escándalo, los obispos católicos imploraron la proteccion del emperador Graciano, quien desterró á los obispos contumaces. Devueltos algun tiempo despues á sus sillas por el mismo emperador, levantaron persecucion gravísima contra los obispos ortodoxos, obligando á Itacio á refugiarse á Francia. Tomadas las riendas del imperio por el emperador Máximo, convocóse un concilio en Burdeos que dió sentencia contra los hereges; pero, obstinados estos y no queriendo ceder, apelaron inmediatamente al emperador, obligando al mismo tiempo á los católicos á presentarse en la corte que estaba entonces en Tréveris. En vano San Martin de Tours y otros obispos ortodoxos se opusieron con mucha firmeza á que se tratasen causas eclesiásticas en tribunales seculares; el tribunal del emperador condenó á muerte á los hereges, sentencia que fué ejecutada á pesar de las súplicas y protestas del mismo San Martin y de otros varios eclesiásticos.

Otra heregía muy ruidosa del siglo IV fué la de los Donatistas que, aunque nacida y formada en Africa, debe tener lugar en la historia de España por la mucha parte que tuvo en ella una española muy rica. Lucilla, que así se llamaba, tenia enemistad antigua con Ceciliano, obispo de Cartago, porque desde diácono la habia amonestado públicamente por su mal proceder. Hallándose, pues, ella en Africa, derramó su dinero por muchos obispados para desacreditarle y se granjeó por este medio tantos amigos, que se juntaron en Cartago casi setenta obis-

pos bajo la direccion de Donato, y despues de haber condenado y depuesto á Ceciliano dieron el obispado al clérigo Mayorino, doméstico de dicha mujer. El cisma acompañado de varios errores dogmáticos inficionó aun fuera de Africa mucha parte de Europa, y dió ocasion á muchos obispos de la cristiandad para ejercitar su celo, distinguiéndose entre ellos dos españoles, Osio de Córdoba y Olimpio de Barcelona.

Tambien se combatieron entonces victoriosamente los errores de Vigilancio, de nacion francés; pero la heregía mas famosa, la que mas daño causó, la que tuvo mas influencia en los sucesivos destinos de nuestra patria, fué la del presbítero Arrio que desde Oriente llevaron los Godos á nuestra nacion. Contra ella fué reunido el concilio ecuménico de Nicea y contra ella redactó Osio el célebre símbolo que en él fué aprobado. En el apéndice de este tomo damos algunas noticias sobre Arrio y los principales puntos de su doctrina.

Pocos serán entre nuestros lectores aquellos que no hayan oido hablar de la legislacion romana, que fué la nuestra durante la época que venimos examinando, de ese inmenso monumento que mas que sus colosales monumentos de piedra atestigua y pregona la grandeza del pueblo rey. «Si las leyes romanas, dice Bossuet (1), han parecido tan sabias que su majestad subsiste aun despues de la ruina del imperio, es porque el buen sentido, principal maestro de la vida humana, reina en ellas, y porque no se ha hecho en parte alguna mejor aplicacion de los principios de la equidad natural.»

Tan extendidas como duraderas, estas leyes son consultadas por todas las naciones aun en la época presente, y cada una recibe de ellas respuestas de eterna verdad. Los Romanos son todavía intérpretes seguros de nuestras propias leyes; ellos prestan, por decirlo así, su espíritu á nuestros usos, su razon á nuestras costumbres, y por los principios que nos dan nos sirven de guias aun cuando marchamos por un camino que les fué desconocido. La legislacion romana es la base en que descansan todas las legislaciones modernas, incluso la española, y así es que hemos de convenir en su gran importancia, lo mismo que convienen la mayor parte de escritores en reconocer su profunda sabiduría.

La legislacion romana, empero, llevaba consigo dos vicios capitales: el de la esclavitud, y el del omnímodo poder concedido á los padres de familias sobre sus hijos y esposa. Los pueblos modernos han abolido como debian el primero, y han modificado, quizás con exceso, el segundo.

La esclavitud, base y vicio radical de las antiguas sociedades, estaba prescrita en Roma por las leyes, y el imperio se hallaba poblado de esclavos que no eran mirados como hombres. La ley los consideraba como *cosa*, como propiedad de sus señores ellos y sus hijos. La mas ligera falta, el mas insignificante descuido en el servicio doméstico, autorizaba al dueño para castigarlos con la muerte. Los enfermos eran abandonados como muebles inútiles, y la mas remota sospecha bastaba para sujetarlos al tormento. Una sociedad edificada sobre semejante base habia de llevar y llevaba consigo la causa de su muerte.

La legislacion romana, obra en un principio de una sociedad en que el gobierno era muy débil y en la que por lo mismo habian de ser muy fuertes los de-

(1) Hist. Univ., p. 579.

rechos de los jefes de familia, concedia á estos las facultades de un tirano. Para él eran *cosas* así los hijos como la esposa, podia matarlos, venderlos, donarlos, en una palabra, disponer de su persona y de su suerte como mejor le pareciese.

El progresivo lujo, engendrado por la corrupcion de costumbres, hizo que todo el mundo huyese de las cargas del matrimonio, los unos por la falta de medios con que sustentar la familia, los otros por preferencia á las caricias facilmente compradas en un celibatismo licencioso. Hubo necesidad de establecer leyes penales contra los célibes, pero la union á que muchos se sujetaron, por no incurrir en las penas de la ley Pappia-Poppea, hizo del matrimonio una prostitucion escandalosa. Caido en desprecio, facilitáronse los divorcios y llegó á hacerse legal el adulterio. Juvenal habla de una mujer que llevaba en cinco otoños ocho maridos, y san Gerónimo nos dice haber conocido en Roma á un hombre viudo de su vigésima primera esposa, la cual á su vez habia tenido veinte y dos maridos. Júzgase cual deberia ser la educacion de los hijos, dice D. Modesto Lafuente; sirviendo á sus padres de estorbo y de carga, ó perecian antes de nacer, ó los dejaban abandonados en la via pública.

Con estas suscintas palabras acerca de las leyes damos fin á la historia de la España romana, seguros de que la reseña que de la sociedad hispano-romana y de sus instituciones llevamos hecha en los tres últimos capítulos, no ha de parecer prolija á nuestros lectores, atendiendo á los muchos artículos que hemos comprendido en ella, políticos, civiles, eclesiásticos, literarios, militares, geográficos, físicos y comerciales, que son los menos considerados en lo comun de las historias, pero al mismo tiempo los mas útiles y dignos de la memoria de la posteridad. «Sin esto, diremos con Masdeu, la España romana nos presenta una historia tan noble y elevada y tan llena de glorias memorables y de variedad de acaecimientos que ningun trabajo que sirva para ilustrarla podrá parecer inútil y sobrado.» En efecto, gran cosecha de glorias y padecimientos, cosas ambas que así enaltecen la vida de las naciones como la de los individuos, ha recogido España durante los siglos que en el presente tomo han sido objeto de nuestro relato y exámen, pero ningunos fueron para ella tan fecundos en sucesos como los de la época romana. Entró bajo el yugo del pueblo rey hallándose aun muy cerca, por decirlo así, de su estado primitivo, y vémosla ahora gozando de todas las delicias de la civilizacion romana y sufriendo todos sus sinsabores; sus pequeñas poblaciones se han convertido en opulentas ciudades; sus hijos dan inmarcesible gloria á las legiones, á las letras, á las ciencias y hasta ocupan el trono imperial. La España primitiva, fenicia y cartaginesa, es tan romana como la Italia, como la misma Roma. Con ella combate, con ella triunfa, con ella se encenega en los vicios, con ella admira al mundo con los destellos de su genio, con ella presta adoracion á las falsas divinidades del Capitolio, y con ella se postra delante de la cruz del que murió en el Gólgota.

Compárese la España tal como la dejamos en el año 413 de nuestra era con lo que fué al tiempo de la llegada de los Romanos á sus fronteras, y dígase si nos asistia la razon al asegurar que, á través de los sufrimientos, de los dolores, de los vicios, de las miserias, de los trastornos y de las calamidades de la conquista, veríamos clara y patente la ley del perfeccionamiento de las sociedades, á quien Dios, lo mismo que á los individuos, jamás abandona en las azarosas sendas de

este mundo. Sin esta conviccion, á no descubrir en la historia este resultado, su estudio, segun en otros lugares hemos indicado, seria estéril para el alma y muy ingrato para el corazon. Tócanos ahora ver como da España un gigantesco paso hácia un estado mejor, como entra en el pleno goce de su dignidad, como se convierte por fin en nacion, y en nacion poderosa y grande. Hasta ahora su existencia ha estado subordinada á la existencia de otros; desde hoy verémosla vivir sola y regir ella misma sus propios destinos. Las luchas, los dolores, los gloriosos sucesos que en esta senda le esperan serán objeto de los capítulos sucesivos de la presente Historia.

APÉNDICE

AL

TOMO PRIMERO.

APÉNDICE AL TOMO PRIMERO.

I.

De un pasage del periplo de Scylax de Caryanda relativo á la Península.

(Véase la pág. 14.)

Hemos dicho no tener noticia de los primeros pueblos de Hispania sino por los escritos de los Griegos y Romanos. El primer autor antiguo (entre aquellos cuyos escritos han llegado hasta nosotros) que habló de España fué un escritor griego anterior á Herodoto, Scylax, de Caryanda, ciudad de Caria.

Scylax de Caryanda vivia en tiempo de Dario, hijo de Histaspes, por los años 522 antes de J. C.; conócense otros dos Scylax, uno de los cuales vivia en la época de Platon y el otro era contemporáneo de Polibio, y si bien Dodwell atribuye al último el periplo en que se trata de los Iberos, se ha demostrado por Fabricio (*Biblioth. græca*, lib. IV, c. 2), que pertenece á Scylax contemporáneo de Dario.

El pasage en que este navegante hace relacion á la Península dice así:

«Los primeros pueblos de Europa que se encuentran son los Iberos, nacion indígena cuyo territorio riega el rio Ibero. Vense allí dos islas llamadas Gades, en una de las cuales está situada una ciudad que dista una jornada de las colunas de Hércules. Existe además una ciudad griega llamada Emporium, poblada por una colonia de Marselleses. Las costas de la Iberia permiten una navegacion de siete dias con sus noches. Despues de los Iberos vienen los Liguros, cuya poblacion está mezclada con la de los primeros, y se extiende hasta el rio Ródano.»

Así, pues, en sus expediciones por el Mediterráneo, Scylax visitó la parte mas occidental de Africa; vió la Bética sin aportar á ella, pero oyó hablar de dos islas llamadas Gades, en una de las cuales habia una ciudad «que dista una jornada de las colunas de Hércules.» En seguida hace mencion de la ciudad griega de Emporium, aunque situada en el extremo opuesto de la region en que

dice habitar los primeros pueblos de Europa, «los Iberos, nacion indígena cuyo territorio riega el rio Ibero.» A lo que parece Scylax, recogió sus noticias sobre la Península en Emporium; allí se detendria su buque, y á sus compatriotas los Foceos Masaliotas de Emporium oiria hablar de los Iberos cuyo territorio riega el rio Ibero.

Sin dar precisamente el nombre de Iberia á todo el territorio comprendido entre las colunas de Hércules y la ciudad griega de Emporium, Scylax dice que allí habitan los primeros pueblos de Europa que se encuentran, á cuyos pueblos llama Iberos. «Allí, añade, vense dos islas llamadas Gades, en una de las cuales está situada una ciudad que dista una jornada de las colunas de Hércules.»

En vista de ello, no puede caber duda en que Scylax creia habitada toda esta region por los pueblos á quienes designa con el nombre de Iberos, á pesar de hacer mencion de la ciudad de Gades. ¿Ignoraria acaso que fuese dicha ciudad una colonia fenicia? No es probable, pues los Griegos de Emporium lo sabian muy bien, mas no lo expresa. Para él, pues, los «primeros pueblos que se encuentran en aquellas costas que permiten una navegacion de siete dias con sus noches,» desde el estrecho de las Colunas hasta Emporium, «los pueblos indígenas,» son los Iberos; y aun cuando el Ibero corra mucho mas cerca de Emporium que del estrecho, el Ibero «riega su territorio,» porque este rio, precisamente á causa de su proximidad á Emporium y de su importancia, fué el primero que en la Península conocieron los Griegos.

Falta saber ahora quienes eran estos pueblos iberos de que habla Scylax; si eran en realidad una nacion indígena, segun opinion de Guillermo de Humboldt, para quien son expresiones sinónimas pueblos iberos y pueblos de lengua vascongada, ó si pertenecian á una familia menos difícil de averiguar que la del singular pueblo vascongado, cuyo orígen misterioso es todavía un problema, á pesar de las eruditas investigaciones de M. de Humboldt.

Para nosotros (1), dos palabras del vocabulario breton ilustran mucho esta parte de los orígenes hispanos, y demuestran que los Iberos de Scylax eran hombres de raza gala, Celtas de la misma familia que aquellos que habitaban en la otra parte de los Pirineos, á quienes dieron los Griegos este nombre antes de la época de César. Las dos palabras que así lo testifican son el nombre de Iberia dado por los Griegos á la Península, y el que llevan los montes que la separan del continente europeo, nombres que á todas luces reconocen un orígen galo, segun hemos indicado en otra parte y demostraremos aquí.

El nombre de Iberos, decimos, se daba á los pueblos de raza gala establecidos segun ciertas circunstancias de lugar que les hacian propia semejante denominacion; lo mismo sucedia con el nombre de Celtíberos; los Celtíberos no eran ni podian ser otra cosa que los Celtas del Ibero.

Prueba evidente de ello es lo que hemos dicho acerca del orígen de las antiguas poblaciones de Hispania, á saber: que la radical *aber, iber, ebro, ebur, euro,* en sus diversas formas, se encuentra en todas partes donde la raza gala ha formado establecimientos con conocimiento de la historia, remontándonos de Occidente á Oriente hasta la presunta cuna de esta raza en la península de India.

(1) Romey, t. II, pág. 280.

El cuadro que damos en este Apéndice con el número II, indicativo de todos los puntos de la antigua geografía en que vemos la radical consabida, lo prueba incontestablemente; ahora nos limitaremos á manifestar el orígen, galo sin duda alguna, de los nombres Pirineos é Ibero, el primero de los cuales se deriva de *Bir, Pir, Biren, Piren* en varios dialectos, significando en lengua bretona flecha, punta, altura ó cima, su plural *Birennou,* que los griegos pudieron convertir con facilidad en Πυρῆνη, y el segundo se halla bajo una de sus formas primitivas ó alteradas en la palabra que aun en el dia significa en la misma lengua, abertura, desembocadura de rio, *aber,* su plural *aberiou,* que los Griegos pudieron convertir con igual facilidad en» Ιβηρ casi sin alteracion, y en «Ιβηρες, bajo una forma particular á su idioma, así como los latinos la convirtieron en *Iberus* y en *Iberi.*

Así, pues, este nombre parece haber sido enteramente local y no haberse aplicado en un principio, así en Oriente como en Occidente, sino á una tribu ó confederacion de tribus habitantes en una misma comarca, generalizándose luego á todo un país por extension ó abuso. En efecto, los Griegos que fueron los primeros en aportar á las costas orientales de la Península, hallaron en ellas á hombres que habitaban en la desembocadura de un gran rio al que oyeron llamar *Aber, Eber ó Iber,* y á Galos, que sin duda para distinguirse de sus compatriotas de la Galia meridional llamados Celtas, se daban á sí mismos el nombre de Iberos; entonces los Griegos tomaron este nombre por el genérico de los habitantes todos de aquella tierra, y diéronla en su mayor extension el nombre comun de Iberia que propiamente hablando solo hubo de pertenecer á una limitada porcion de su territorio. No ha de olvidarse tampoco, segun observa el erudito Amadeo Thierry «que los nombres de las grandes confederaciones galas (ó célticas) eran en su mayor parte locales y pertenecian á un sistema particular de nomenclatura (1).»

«El formal testimonio de Estrabon, añade Thierry, viene en apoyo de esta hipótesis. Dice que los Galos de la provincia Narbonense se llamaban antiguamente Celtas, y que los Griegos, en especial los Masaliotas que entraron en relaciones con ellos antes de conocer á los demás pueblos de la Galia, tomaron por error su nombre por el comun á todas las Galias.»

«Polibio, dice el mismo escritor, coloca á los Celtas en los alrededores de Narbona;» Diodoro de Sicilia «mas allá de Masalia en el interior del país, entre los Alpes y los Pirineos;» Aristóteles «mas allá de la Iberia;» Dionisio Periageto «en las fuentes del Po;» y por fin Eustaquio, comentador griego de Dionisio, destruye el error vulgar que atribuia á toda la Galia el nombre de una sola comarca (2). El error subsistió en cuanto á la Hispania; una vez la hubieron llamado los Griegos Iberia, no le dieron otro nombre.

Respecto al nombre mixto de Celtíberos, así como habia Celtorii, (3) Celtas de la montaña (Véase la Hist. de los Galos, t. I, p. xxx), en la época de la segunda emigracion de los Celtas Galos á esta parte de los Pirineos (motivada, á lo que

(1) Historia de los Galos, introd., p. XXX.

(2) Es decir el nombre de Céltica. Un antiguo geógrafo griego (Ephoro) designa con esta denominacion y llama Céltica á toda la Europa occidental.

(3) *Tor*, altura, montaña, *Celt.-Tor*, Celtas de la montaña.

parece, por la invasion de la Galia por los Kimris) hubo Celtas del rio, *Ceill-Aber*. La facultad de modificar en composicion el valor del nombre Celta es reconocida por el mismo Thierry como « una prueba de que era una denominacion local, » y es singular que no atine inmediatamente en que si podia haber *Celtas de la llanura* (Ceill-Ach) y *Celtas de la montaña* (Ceilt-Tor), podian existir tambien *Celtas del rio,* de la desembocadura, de la gran desembocadura, del Ebro en fin (Ceilt-Aber).

Resulta, pues, de lo que antecede: 1.° Que antes de la conquista romana, la Península hispana solo superficialmente era conocida por los Griegos, á lo menos por los Orientales, puesto que antes de Herodoto, Scylax de Caryanda no conocia mas que cuatro puntos principales de ella, esto es: las colunas de Hércules, las dos islas de Gades, los pueblos Iberos y la ciudad griega de Emporium; 2.° que de él aprendieron los Griegos el nombre de Iberia, que conservaron á la Península, aun durante los siglos posteriores en que habia prevalecido el de Hispania, segun se ve en Polibio y en Estrabon; 3.° que este nombre, lo mismo que el de Pirineos, es de orígen galo, y no puede indicar pueblos de otra familia y de otra lengua como lo son sin duda alguna los pueblos vascongados; por consiguiente pueblos iberos y pueblos vascongados no son uno mismo como pretende Humboldt, sean cuales fueren el número y la importancia de los establecimientos de los últimos en España y en la Galia meridional, antes ó despues de los pueblos de raza gala; 4.° y finalmente que conviene distinguir por otras denominaciones distintas de las acreditadas desde la publicacion de la obra de M. Humboldt sobre los Vascongados, esto es tipo celta y tipo ibero, á los dos tipos en que pueden dividirse las poblaciones de la antigua Hispania; que por lo mismo ha de designarse al segundo de dichos tipos con un nombre mas exacto que el vago y erróneo de familia ibera, pudiendo dársele el nombre nacional y persistente de raza ó familia euskara (1).

En cuanto al orígen del pueblo vascongado, no hemos podido desvanecer las tinieblas que le ocultan. En medio de tanta diversidad de opiniones es imposible determinar con seguridad á que emigracion antigua pertenece; unos le hacen descender del Atlantides de Platon, segun otros es originario de Africa, y el erudito dinamarqués Shum ha creido observar alguna analogía entre el idioma vascongado y la lengua *shilla ó chilla* hablada por los Bereberes del Atlas, que se suponen restos de los primitivos habitantes del Africa septentrional. Estas opiniones, repetimos, carecen del carácter de certeza, único que conviene á las afirmaciones históricas, y así es que hemos de resignarnos á considerar esta cuestion como uno de aquellos poblemas etnográficos para cuya solucion faltan los datos.

---

(1) Véase p. 16.

II.

Estado de las denominaciones de la Geografía antigua y moderna en las que se encuentra la radical *Aber*, *Eber*, *Iber*, *Ebur*, *Ebro*, *Euro*, mas ó menos modificada en su composicion.

(Véase la pág. 15.)

ESPAÑA.

Ebora, en la orilla izquierda del Betis, segun Estrabon.
Ebora, en Lusitania.
Epora, en el territorio de los Túrdulos, cerca de Córdoba.
Illiberis, en Andalucía (Granada).
Ripepora Fœderatorum, en el territorio de los Bastetanos.
Æbura, ciudad de los Oretanos.
Consaburus, id.
Libora, en la confluencia del Tajo y del Alberche.
Ebora, en la orilla derecha del Tajo, al oeste de Lisboa.
Eburobritium, en la desembocadura del Vaccua ó Vacca (Vuga) en Portugal.
El rio Ibero en la España citerior (el Ebro).
El rio Ibero en la Bética, que corre por los lugares en que Plinio, Estrabon y Ptolomeo colocan á los Celtas (hoy Rio Tinto).
Los Galacios Neurios ó Nebrios, en cuyo territorio se encuentra el promontorio Nerium ó Neurium en la desembocadura del Nelo.

LAS GALIAS

Illiberis, en el Rosellon.
Ibarra, Ibarrola, en el Bearne, Bajos Pirineos.
Abera, aldea cerca de Pau, Bearne.
Eburodunum, Eberodunum, Ebrodunum, ciudad de los Bajos Alpes, Embrun.
Ebrogilum, Ebreuil, pueblo de Auvernia, departamento del Allier.
Ebreon, pueblo cerca de Aigre, Charente.
Evre, riachuelo del Berry.
Ebronium (postea Aurio), Evron, pueblo del Maine, departamento del Mayena.
Ebura, el Eure.
Ebroicæ, Ebroas, ciudad de los Eburovicios, Eburovicium-Mediolanum, Evreux.
Iberiacum, Euricum, Ivry.
Eboriacum, Faremoutiers, en Brie, á 14 leguas de París.
Evry, cerca de Pont-sur-Yonne, Champaña.
Evry del Sena, Seine-et-Oise.
Abricantui, antiguo nombre de un pueblo de la Normandía superior.
El Havre ó Aber de Gracia, en la desembocadura del Sena.
Aber, la isla de Aber, cerca de Brest, Finisterre.
Aber-Wrach, el puerto de Aber-Wrach, formado por un rio del mismo nombre que desagua en el mar cerca de Landeda, Finisterre.
Aber-Yidut, rio tributario del canal de Four, cerca de Lan-Yidut.

Aber-Benoest, rio que forma ensenada cerca de Lan-Ylis.
Aber, riachuelo que desagua en la bahía de Douarnenez.
Habernas, Havernas, cerca de Doullens, Picardía.
Eburones, antiguo nombre de los habitantes del país de Lieja.
Ebreodunum, Iverdun.

ISLAS BRITÁNICAS.

Aberdeen (Aberdonia), ciudad marítima de la Escocia septentrional.
Aberbrotwick, ciudad de Escocia, en el condado de Forth.
Aberdour (*dour*, agua), ciudad de Escocia en el estrecho de Forth.
Aberdalgy, ciudad de Escocia á legua y media de Perth.
Abernethum, en el dia Abernethy, antigua ciudad de Escocia en las márgenes del Lay, que se supone haber sido residencia de los reyes Pictos.
Aberfran, ciudad de la isla de Anglesey.
Aberconway, ciudad del principado de Gales.
Aberford, á cinco leguas de York.
Abergavenny, en las márgenes del Gavanny.
Aberystivium, en el dia Aberyswith, puerto de mar en el principado de Gales.
Eboracum ó Brigantium, capital de los Brigantes, York.

ALEMANIA.

El Iber, antiguo nombre del Rhin, segun Estéfano de Bizancio.
Eberach, ó Eborach, castillo del círculo del Mein inferior.
Ebrach, rio de Baviera.
Eberbach, cerca de Haguenau, Alsacia.
Eberbach, cerca de Lauterburgo.
Eberbachium, *Eberbach*, villa del círculo de Necker (Baden).
Eberburg, plaza fuerte á una legua de Maguncia.
Ebersmanstad, pueblo de Baviera.
Ebern, pueblo del Mein inferior.
Eberndorf, aldea del círculo de la Regencia.
Ebersbach, pueblo de Wurtemberg.
Ebersberg, ciudad del Austria superior.
Ebersdorf, pueblo de la orilla derecha del Danubio.
Otras muchas poblaciones llevan el mismo nombre en la Alta y Baja Alemania, justificando con su situacion la etimología gala de la primera parte de su nombre.

EUROPA ORIENTAL.

Eburum, Olmutz, capital de la Moravia.
Ibar, pueblo de la Servia, á orillas de un rio que lleva igual nombre.
El Hebro, Hebrus, rio de Tracia.
Ebropus, antigua ciudad de Macedonia.
El Cebro, rio de la Mesia.
Euripo, canal entre la isla de Eubeo y la Grecia (Negroponto).

ASIA.

El Ibero de la Iberia asiática (hoy Georgia), situada entre la Armenia, la Cólcida y la Albania.
Ibora, ciudad situada en la desembocadura del Halys.
El Siberis, rio tributario del Sangario.
Iburar, ciudad de Anatolia (Asia Menor), la Cibyra de los Griegos.
Abher, Ebher, ciudad del Irak (Persia), situada á orillas de un rio del mismo nombre.
Aber-Koh, ciudad del Farsistan.
En la India hállanse tambien varios nombres de lugares y pueblos, en que aparece la misma radical, y entre otros:
Los Uberos, de Plinio;
Los Iber-Ingæ, de Ptolomeo;
Sitt-Iberis, ciudad de la provincia de Rhandamarcotta;
Rhing-Iberi, ciudad de la misma provincia;
Sip-Iberis, situada, segun Anville, en el extremo oriental de las Indias.

III.

Noticias sobre la antiquisima lengua vascuence.

(DE MASDEU. t. I.)

Para que el lector se pueda convencer de la antigüedad de la lengua vascona, y de la diferencia que corre entre esta y las lenguas de diversos pueblos antiguos y modernos, que en diferentes siglos penetraron en España, bastará examinar un poco las voces simples, ó compuestas de que se forma, sus nombres, verbos, artículos, sus trasposiciones, y tantas particularidades características, que constituyen aquel lenguaje. Él, en primer lugar, tiene todos los nombres indeclinables, y esto en un modo tan particular, que no tienen diversidad de casos, ni aun de números, ni géneros. Una cosa masculina, ó femenina, singular ó plural, nominativo ó genitivo, se profiere siempre de una misma suerte. No le falta por esto el modo, antes bien le tiene bellísimo, de distinguir cada cosa en el hablar. Diferencia los números y casos como los Griegos, Italianos y Españoles con el uso de los artículos; pero posponiéndolos constantemente al nombre. De todo esto tenemos un ejemplar claro é inteligible en el artículo *ez,* que indica genitivo y corresponde al *di* italiano, y *de* español. Para decir de Pedro, de Rodrigo, de Martin, dicen los Vascones Per-ez, Rodrigu-ez, Martin-ez. En este ejemplo se puede observar la terminacion no ya gótica, como se cree vulgarmente, sino vascona de los apellidos mas antiguos de España. Pero mas elegante y singular es el modo de distinguir los géneros, los cuales no se distinguen en los nombres, como en otras lenguas, sino en el verbo, el cual termina de un modo cuando habla con un hombre, y de otro cuando con una mujer, guardando siempre mas aspereza en la terminacion masculina, y mas dulzura en la femenina. Para decir á un hombre: *si yo viniese á vos,* se dice:

etorri-banaquic, y á una mujer *etorri–banaquin*, ó *etorri–banaquiñan*. Fuera del masculino y femenino, el vascuence no conoce otros géneros, en lo cual es superior en facilidad á las demás lenguas, que distinguen los nombres masculinos, femeninos, neutros y comunes, haciendo, sin saber la razon, masculinos al peñasco y clavel: y femeninos la peña y la rosa, embarazándose por este modo en las concordancias de los artículos con los nombres, y de los adjetivos con los sustantivos; dificultad que no se halla en el vascuence. Pero en donde se ve mas claramente la disposicion original y maravillosa de esta lengua es en los verbos. Estos tienen dos números, singular y plural. El plural tiene tres personas, que corresponden á nosotros, vosotros, aquellos; pero en el singular tiene cinco, porque tú tiene tres inflexiones, una para hablar popularmente con los hombres, otra para hablar popularmente con las mujeres y la tercera para el trato mas cortés y respetuoso. No hay en los verbos aquella confusion de modos y tiempos, que hace tan difícil el estudio de otras lenguas. Los solos verbos auxiliares, activo uno, que corresponde al verbo haber, otro pasivo, que equivale al verbo ser, están sujetos á la variedad de tiempos y modos. En todos los demás, tres participios solos de presente, pretérito y futuro con la conjuncion, ó union de los verbos auxiliares, lo suplen todo. Por ejemplo, en vez de decir *vengo,* dicen los Vascongados *soy el que viene,* y para exprimir el futuro vendré, dicen *seré el que viene ó soy el que vendrá*. Lo que sin duda hace mas simples y fáciles las conjugaciones de los verbos. No obstante, estas son mas en número y mas varias que en nuestras lenguas. Por ejemplo: el verbo correspondiente al italiano *prendo,* y al español *tomo,* puede tener veinte y tres inflexiones. Una inflexion, para cuando se habla de una cosa sin nombrar persona; otra, cuando se nombra la persona sin la cosa; diferente, al hablar de la cosa y de la persona juntamente; una inflexion, refiriéndose á una sola, diversa, si á muchas personas; varia cuando se trata de cosa singular, que cuando de cosa en el número plural. De diverso modo se usa hablando con hombre que con mujer: una inflexion, si el discurso se endereza á la primera persona, otro si á la segunda, si á la tercera, diferente: una inflexion popular masculina, otra popular femenina, diferente de trato cortés y respetuoso. Estas y otras semejantes variedades de las conjugaciones hacen muy elegante y copiosa la lengua vascuence, y la hacen aparecer muy diferente de las otras. Esta diversidad se observa tambien en el modo singular de explicar en cualquier verbo la voluntad, la costumbre, y el poder de hacer la accion significada. En vez de los verbos *querer, poder, soler,* juntan los Vascongados á cualquiera verbo ciertas voces indeclinables, significativas de la voluntad, potencia, ó uso de aquella accion, á manera del *utinam* latino, y *ojalá* español, que denotan el deseo de la accion expresada en el verbo. Así, para dar un ejemplo, la voz indeclinable *oi* corresponde al verbo *soler*, la voz *al,* al verbo *poder, gurá* al verbo *querer*. Diciendo el Vascon *etortennaiz*, que literalmente quiere decir el que viene-soi, si quiere decir suelo venir, puedo venir, quiero venir, añade entre el que viene y el soy una de aquellas voces, y dice *etorten-oi-naiz*, *etorten-al-naiz*, *etorten-gurá-naiz*. Estos ejemplos hacen ver el gusto de la construccion vascona, la cual no tiene preposicion alguna, sino solamente posposiciones, diciéndose en lugar de la blanca nieve, *elur-su-ria* que corresponde nieve-blanca-la: y para decir el tiempo es bello, *eguzaldi–galant-a–dago,* esto es:

tiempo-bello-el-es. La pronunciacion de esta lengua es suavísima, no tiene ni guturales al uso de los Castellanos y Florentinos, ni aspiraciones al modo de otras lenguas orientales. El señor Bowles, que pocos años há viajó la España en calidad de historiador natural, asegura que aquella lengua suena dulcísimamente al oido. «La lengua que los Españoles llaman vascuence (dice Scaligero citado por Moret) nada tiene de bárbaro, nada de estridor de dientes, nada de aspiracion: es dulcísima y suavísima y sin duda antiquísima, y estaba en uso en aquellos paises antes de los Romanos.» A mas de esto, está llena de varios sonidos, á veces difíciles á quien no es práctico, pero diversísimos mas que en las otras lenguas, á causa de los acentos, que se ponen con suma variedad, hallándose frecuentemente bajo de un acento, no solo una sílaba, dos ó tres, al uso de la lengua latina y de la castellana; ni cuatro solas como usan los Italianos en la voz *stimolano* por ejemplo; sino cinco tambien, y seis, como se ve en el vocablo *dáramatzigu,* y *dáramatzizute,* voces esdrújulas con exceso, y de velocísima pronunciacion. La energía del vascuence es superior á la de las lenguas nuevas, y conserva el gusto enteramente oriental, teniendo muchas palabras, que son otras tantas definiciones concisas de la cosa que se nombra. Llaman á Dios *Jaungoicoa,* que vale *señor de lo alto,* al sol *eguzquia, ó hacedor del dia,* á la luna *Ilarguia, luz de mes,* como si dijera el latino *lux menstrua*, á la noche *gab-a,* que significa falta de luz, á la muerte *eriotza,* enfermedad fria. Es verdad que quizá no todas estas voces parecerán primitivas de la lengua vascuence, porque parece increible que la luna, por ejemplo, no tuviese nombre entre los Vascones antes de haber observado que era la medida del mes. El aspecto de aquel planeta por sí mismo debia estimular á aquellos primitivos hombres á imponerle algun nombre antes de llegar á hacer todas las reflexiones y combinaciones de ideas necesarias para conocer la relacion entre la medida del mes y el curso de aquel astro. Pero aunque esta voz y muchas otras no sean acaso de las primitivas, muestran no obstante el gusto característico de la lengua, ó el de las gentes, que sucesivamente las formaron. Podria hacer observar otras muchas particularidades de esta lengua; pero basta lo que he insinuado para que todos se puedan persuadir que ella no es hija de la galo-céltica, ni de la griega, y mucho menos de la latina; sino lengua matriz, y probablemente una de las que hablaron los primitivos pobladores.

IV.

De las antiguas poblaciones del Africa Septentrional y Occidental antes de la conquista romana.

(Traduccion de Salustio, de Bello Jugurth., c. 17.)

XVII. Mi asunto me obliga á decir ahora algunas palabras acerca del clima de Africa y de las naciones que la habitan con las cuales hemos tenido guerras ó alianzas. En cuanto á los paises y á los pueblos que por razon de su ardiente clima, de las montañas y de los desiertos que de ellos nos separan son menos frecuentados, nada podré decir con seguridad; de los otros hablaré muy brevemente.

En la division del globo terrestre, el mayor número de autores consideran á Africa como la tercera parte del mundo, y algunos, aunque muy pocos, solo mencionan dos partes, Europa y Asia, considerando á Africa como parte de Europa. Los límites de Africa son por occidente el estrecho que une nuestro mar al Océano; por oriente un vasto páramo inclinado llamado por los naturales Catabath-mont (bajada). El mar es tempestuoso, las costas carecen de puertos y son de muy peligroso acceso. La tierra es fertil en granos y favorable para los ganados aunque estéril en árboles por la excasez de aguas así pluviales como corrientes. Los hombres son robustos de cuerpo, ágiles, ligeros y avezados al trabajo. La mayor parte mueren de vejez, cuando no perecen por el hierro ó las garras de las fieras, pues las enfermedades son rarísimas. Los animales dañinos existen allí en gran abundancia. Lo que he logrado saber acerca de sus primeros habitantes, de aquellos que despues han sobrevenido y del modo como se han mezclado entre sí, difiere de las opiniones admitidas; pero como he adquirido mis noticias en los libros púnicos llamados del rey Hiempsal, que me han sido explicados, y como por otra parte las tradiciones que en ellos se conservan son conformes con las de los habitantes, diré sobre este punto algunas palabras, sirviéndome como garantía de los hechos los mismos libros citados.

XVIII. Los Gétulos y los Libios fueron los primeros poseedores del Africa; naciones bárbaras y feroces se alimentaban con la carne de los animales silvestres y paciendo la yerba como nuestros ganados. No reconociendo costumbres, leyes, ni autoridad alguna, siempre errantes al azar, hacian alto al sorprenderlos la noche. Por aquel tiempo, Hércules pereció en España, segun creen los Africanos, y su ejército, compuesto de gente de diversas naciones, no tardó en disolverse y en dispersarse. Entre los pueblos que de él formaban parte contábanse los Medos, los Persas y los Armenios, quienes dirigiéndose á Africa con sus buques, ocuparon las tierras inmediatas á nuestro mar. Los Persas, empero, se establecieron mas cerca del Océano, y como el país no les ofreciese materiales, ni pudiesen proporcionárselos por medio de compra ó de permuta de los Españoles, con quienes les prohibia toda relacion mercantil la extension del mar y la ignorancia de su lengua, construyeron sus cabañas con sus naves vueltas al revés. Poco á poco se mezclaron con los Gétulos por medio de matrimonios, y como en sus frecuentes emigraciones de un territorio á otro, habian habitado sucesivamente distintos lugares, diéronse á sí mismos el nombre de Númidas. Aun hoy las moradas de los Númidas, á las que dan el nombre de *mapalas*, largas y con los techos inclinados, se asemejan mucho á una nave.

Con los Medos y los Armenios se mezclaron los Libios, pueblo mas inmediato al mar de Africa que los Getulos, quienes habitaban mas cerca del sol y de la region del fuego. Desde muy antiguo tuvieron ciudades y, separados de los Españoles únicamente por el estrecho, establecieron con ellos comercio. Los Libios corrompieron poco á poco su nombre y en su bárbaro lenguaje les llamaron Moros en vez de Medos.

El poderío de los Persas creció en poco tiempo, y los jóvenes que hubieron de separarse de sus padres á causa de su excesivo número, emigraron bajo el nombre de Númidas y fueron á ocupar en las cercanías de Cartago la comarca que aun ahora lleva el nombre de Numidia.

Desde allí, prestándose mútuo apoyo, subyugaron por la fuerza ó el terror á las naciones inmediatas y propagaron á lo lejos su nombre y su gloria, en especial aquellos que, mas inmediatos á nuestro mar, habian hallado en los Libios enemigos menos temibles que los Gétulos. Finalmente toda la parte inferior del Africa fué ocupada por los Númidas, y las tribus vencidas, uniéndose á sus conquistadores, tomaron su nombre y formaron con ellos una sola nacion.

XIX. Posteriormente los Fenicios, deseosos unos de librar á su país de un exceso de poblacion, y por miras ambiciosas otros, impulsaron á expatriarse á la multitud indigente y á algunos hombres ávidos de novedades, fundando estos á Hipona, Hadrumeta, Leptis y otras ciudades en la costa que no tardaron en aumentarse, sirviendo para fortuna y gloria de sus fundadores. Por lo que toca á Cartago, prefiero no hablar de ella á decir poco, apremiado como me veo por mi asunto á pasar á otra cosa.

Llegando por el Catabathmont que separa al Egipto de Africa, la primera ciudad que se presenta junto al mar es Cyrene, colonia de Thera; vienen luego las dos Syrtes y entre ellas Leptis; en seguida los aras de los Philenos que limitaban por la parte de Egipto el imperio de los Cartagineses, y por fin las demás ciudades púnicas. El resto del país hasta la Mauritania está ocupado por los Númidas; en las inmediaciones de España están los Moros. Mas allá de la Numidia encontramos á los Gétulos, unos habitando en chozas, y otros mas salvajes aun, errantes todavía. Despues de ellos vienen los Etiopios, y luego regiones quemadas por los ardores del sol.

En la época de la guerra de Yugurtha, el pueblo romano gobernaba por medio de sus magistrados la mayor parte de las ciudades púnicas, así como las fronteras adquiridas por los Cartagineses en los últimos tiempos de su poderío. Casi todo el territorio de los Gétulos, y la Numidia, hasta el rio Mulucha, obedecian á Yugurtha; el rey Bocco ejercía imperio sobre los Moros reunidos bajo su dominacion, y así como él solo conocia de nombre al pueblo romano, tampoco nosotros le conocíamos como aliado ni como enemigo.

Lo dicho sobre el Africa y sus habitantes bastará, á mi modo de ver, para la inteligencia de mi relato.

V.

Fundacion de Gades, de Utica y de Cartago.

La península española se halló en íntimas y directas relaciones con el Africa desde la mas remota antigüedad, y por esto es que para mas ilustrar la historia de nuestra patria unimos á ella algunas breves noticias sobre el continente por donde llegó España á conocer á los pueblos que precedieron á todos los demás en el camino de la civilizacion.

El orígen del pueblo africano ha de interesarnos, pues, vivamente, y en particular el de las colonias púnicas de la costa septentrional de Africa, descollando entre todas Cartago que tan gran influencia tuvo en los antiguos destinos de Hispania, y cuyo nombre, á pesar de la enemistad romana, ó quizás á causa de esta misma enemistad y de las gigantescas guerras que fueron su consecuencia, ha

permanecido grande y glorioso entre los mas ilustres que proclama la historia.

Las noticias relativas á la fundacion de Cartago abundan, las que tenemos sobre la de Gades y Utica son menos numerosas, pero mas precisas. Entre estas tres colonias tirias la mas apartada de la madre patria fué la primeramente fundada; despues de Gades lo fué Utica, y por fin Cartago que mas tarde habia de dominar á las otras.

Empezando por Cartago (1), vamos á enumerar las distintas opiniones relativas á la época de la fundacion respectiva de las tres colonias.

Apiano (2) dice que Cartago fué fundada 50 años antes de la caida de Troya, la que se verificó en el año 1270 antes de J. C., segun la cronología ordinaria, en el 1209 segun las tablas de Arundel, y en el 1199 segun los cálculos de San Martin. Segun el aserto de Apiano habríamos de fijar la fundacion de Cartago en el año 1370 antes de J. C.

Eusebio, empero, señala el año 1211 (3), y en otra parte (4) parece vacilar entre el 1013 y el 1040.

Otros autores indican el año 883 antes de J. C. Solin sienta en virtud de un discurso de Caton *(ut Cato in oratione senatoria autumat)*, que Cartago contaba 737 años de existencia al caer bajo el impulso de las armas romanas en el año 146 antes de J. C. (5), lo que supondria su fundacion en el año 883 antes de nuestra era.

Dodwell (en su Disert. in Hannon, § XVII) refuta esta fecha, y colocando, segun testimonio de Josefo, el destierro de la fenicia Dido en el año 867 antes de J. C., deduce de ahí que la fundacion de Cartago es mas reciente y data del mismo año en que fué desterrada la viuda de Sicheo. Pero ¿es seguro que fuese Dido la fundadora de Cartago?

Considerado todo, y comparando entre sí las diferentes relaciones de los antiguos, puede fijarse esta fundacion con algunos visos de seguridad en el año 833 antes de J. C.

En efecto, segun Veleyo Patérculo, Gades fué fundada en tiempo de Codro, es decir por los años 1116, y poco despues lo fué Utica (6) (en árabe ***Otik,***

---

(1) Kartha-Hadtha (Civitas Nova), por oposicion quizás á Kartha-Otik (Civitas Vetus).— Elissa mulier exstruxit et Carthadam dixit, quod Phœnicum ore exprimit civitatem novam. Solin., c. 30.— En un pasaje perdido de su historia (que Servio nos ha conservado), Tito Livio explicaba el nombre de Cartago de la misma manera: Carthago est linguæ Phœnorum nova civitas, ut docet Livius (Servil schol. in Æn.).— En cuanto á la etimología del nombre Utica puede considerarse ya adquirida para la ciencia. La afinidad de las lenguas fenicia y árabe queda demostrada por los vestigios de la primera, cuyas radicales todas se encuentran en la segunda.— M. Kopp nos da la traduccion latina de una inscripcion púnica hallada en los alrededores de Cartago, y prueba evidente de esta semejanza; dice así: Deploravit familia traditum (positum) dum operata est (intulit) ad lapidem nostrum. Baal Haman (Deus solis) vos subjecit succidendo tempora. Lex (fatum) Hassad filium Abamel subjecit.

(2) Appian., de Bell. Punic., §. I t. I. p. 304.

(3) Euseb. Pamphil., Cr. l. II, p. 91, ed. Scaliger.

(4) Ibid. ead. edit. p. 101 y 102.

(5) Post annos septingentos triginta septem exciditur, quam fuerat extructa. Solin. c. 30.

(6) «Entonces fué (eodem fermè tempore Codri), dice Valeyo Patérculo, cuando una armada de Tirios, nacion muy poderosa por mar, que se habia adelantado hasta los extremos de España y de nuestro continente, puso los fundamentos de la ciudad de Cadiz, en una isla del Océano separada de tierra firme por un pequeño estrecho. Pocos años despues fundaron á Utica en Africa.» — Vel. Paterc., l. I, c. 2.

Atik, esto es *Vetus)*, la cual era 287 años mas antigua que Cartago, segun las memorias púnicas consultadas por Aristóteles (1).

Admitiendo, como parece demostrado, que fuese fundada en el año 1104 antes de J. C. y sustrayendo de este número los 287 años que, segun Aristóteles, llevaba Utica de ventaja á Cartago, resulta que esta fué fundada en 833.

Por otra parte, los anales tirios, al decir de Josefo, fijaban la fundacion de Cartago en el séptimo año del reinado de Pigmalion, que corresponde al 867 antes de nuestra era. Sin embargo, ya con las dos autoridades citadas por san Gerónimo en su crónica la fijemos 668 ó 748 años antes de la toma de Cartago sucedida 146 años antes de J. C. (2), ya la creamos con Justino y Orosio anterior de 72 años á la fundacion de Roma, ya de 65 con Veleyo Patérculo (3), el resultado será siempre haber ocurrido en el siglo nono antes de nuestra era, á saber: con las dos primeras autoridades en 894 ó en 814, y con las dos últimas en 824 ó en 817. Las autoridades mas sólidas están contestes en este punto, de modo que aunque no se adopte la fecha mas verosímil, la indicada por Aristóteles, segun las memorias púnicas consultadas por él, es decir el año 833, habremos de rechazar siempre como erróneas las indicaciones de Apiano y de Eusebio, sea cual fuere el testimonio que adoptemos entre los citados, todos los cuales fijan esta fundacion en el siglo nono.

Con toda verosimilitud y sin temor de incurrir en un error grave, podemos fijar la fundacion de Gades en el año 1116, la de Utica en 1104, y la de Cartago en 833 antes de J. C.

VI.

Fábulas introducidas por la mitologia griega en la historia primitiva de España.

(DE MASDEU, t. 4.)

(Véase p. 15).

La mitología griega que desde los siglos mas remotos halló lugar en las antiguas historias, lo ha ocupado sucesivamente no solo en las de la edad media, y de los siglos bárbaros, sino tambien en las modernas hasta nuestros dias, sin que haya perdido aun aquel antiguo dominio, que obtuvo sobre todas las historias de las naciones de Europa. Euhemero, escritor griego, mas de trescientos años antes de la venida de Cristo, se esforzó en hacer pasar por verdadera historia la mitología de su nacion, á cuyo fin con el título de *Historia sagrada*, escribió las vidas de Urano, de Saturno, de Júpiter, de los Curetes, y de muchos otros dioses y semidioses de la antigüedad. Pretende en su obra, que todos estos fueron héroes naturales de Grecia, deificados en la série de los años en premio de su mérito, en valor extraordinario, ó en otro género. El vulgo novelero de los Griegos recibió con gusto esta opinion; pasó despues con buena fe á los Romanos, los

(1) Utica fertur condita fuisse 287 annis ante ipsam Carthaginem, ut inscriptum manet in punicis libris. Arist. de Mirab. Auscult., p. 1165, ed. de 1619.

(2) Sanct. Hier. Chr., p. 147, ed. Scaliger.

(3) Justin., l. XVIII, c. 6; Oros. Histor., l. IV, c. 2; Vel. Paterc., l. I, c. 2.

cuales la comunicaron á los bárbaros, y estos á nosotros. Calímaco, Plutarco, Polibio, Eratóstenes, Estrabon, y de los modernos Pedro Vesselingio, y el abate Foucher hablan de Euhemero, como de un escritor embustero; pero aunque su autoridad no estuviese tan desacreditada, el orígen extranjero de las griegas divinidades, la inverosimilitud, y aun imposibilidad de los hechos, y la variedad de opiniones de los Griegos mismos y de los Latinos acerca de su mitología, son tres argumentos capaces de convencer la falsedad de aquella historia. Algunos escritores modernos, con un respeto excesivo á la venerable antigüedad, han sudado fatigándose en hallar á lo menos un sentido real de verdad histórica en cada una de las fábulas griegas. Otros, dejándose transportar del mismo espíritu, han creido sériamente que cada cuento, el mas mínimo de los antiguos mitólogos, es un tejido maravilloso de alegorías y misterios ingeniosos. Yo pienso de un modo muy diferente. Creo que los antiguos Griegos eran capaces de inventar y de mentir tanto y acaso mas que nosotros, y considero su historia teológica como un romance ó novela forjada de la supersticion y de la vanidad sobre el modelo de otras mitologías extranjeras, particularmente de los Fenicios, de los Egipcios y Africanos. Quien quiera persuadirse basta que haga alguna observacion filosófica sobre el carácter de los Griegos, sobre su religion, y sobre la de las demás antiguas naciones.

El famoso imperio de los Titanes se puede decir la principal de las muchas fábulas, que los Griegos han incluido en la historia de España. Demos una breve noticia de lo que refieren de ellos: Uranio y Titea, ó como dijeron Griegos y Latinos, el Cielo y la Tierra, hijos de Acmon ó del Altísimo, hermanos y consortes juntamente, fueron señores de la Siria y de la Fenicia. Abandonó Uranio aquellas regiones, pasó el estrecho de Constantinopla, y llevó sus armas á Tracia, á Grecia y á la isla de Creta, cuyo gobierno fió á su hermano, el cual hubo diez hijos varones llamados Curetes, que dieron orígen y propagaron la estirpe de los sacerdotes de los Titanes. Prosiguió Uranio sus conquistas, y corriendo triunfante por el resto de Europa, llegó á lo mas remoto de España, penetró en Africa, y volviendo sus armas victoriosas atacó las demás provincias europeas de septentrion y mediodía. Tuvo dos hijos, Titan, el primogénito, y Saturno, el mas querido. Ambos aspiraban á la sucesion de los dominios vastísimos de su padre: Saturno, mas dichoso, se apoderó de ellos con la fuerza y con la industria capitulando con su hermano Titan, á quien prometió que daria la muerte á todos los hijos varones que le naciesen, para que despues de sus dias la casa de Titan entrase sin oposicion alguna en todos los derechos á la corona. Efectivamente Saturno, conforme el bárbaro artículo de la capitulacion, iba matando todos los hijos como nacian, ó segun la historia, á guisa de fiera los devoraba. Tres de ellos conocidos con los nombres de Jupiter, Neptuno y Pluton, tuvieron la suerte de sobrevivir á la desgracia de sus hermanos; la solicitud de la piadosa madre pudo salvarlos, y procuró que los Curetes los educasen ocultamente en la isla de Creta. Irritado Titan habiendo descubierto el engaño, declaró la guerra á Saturno y á su consorte, y vencidos los cargó de prisiones. Júpiter ya adulto, auxiliado de los Curetes, atacó á Titan, le derrotó, y libró de la esclavitud á sus padres. Dominado de la ambicion, se levantó contra su mismo padre, dióle una batalla decisiva en las vecindades de Tarteso, y por fruto de su victoria se hizo dueño del

imperio paterno, que se extendia desde el Eufrates hasta lo mas occidental de España, y los extremos de la Mauritania. Era demasiada la extension de estos dominios, y así dividió el gobierno con sus dos hermanos. La regencia de España y de las Galias tocó á Pluton, como si dijéramos Rico á causa de los tesoros y riquezas de España, y se llama tambien rey del infierno y del Tártaro, por motivo de la situacion occidental de aquel país, y la semejanza entre los vocablos de Tártaro y Tartesio. Mercurio, hijo de Júpiter y sobrino de Pluton, sucedió á su tio en el gobierno de España, de las Galias, y de todo el resto del Occidente. Este príncipe sabio para adquirir con la mayor perfeccion el arte de los agüeros y de la mágica, viajó tres veces á Egipto en donde tomó, como se cree, el nombre de Theut á imitacion del antiguo Mercurio Egipcio, que antes que él tuvo este nombre, y se hizo tan célebre entre los pueblos del Nilo. Este monarca iluminado civilizó todos nuestros pueblos de Occidente, les dió leyes sapientísimas de paz, inventó las artes mas útiles, estableció el comercio y tráfico, no conocido hasta entonces en Europa. Segun algunos escritores, murió en Egipto, conforme otros en España, en donde y en tiempo de Escipion y de Anibal, si creemos á Tito Livio, se veia cerca de Cartagena un sepulcro llamado comunmente Mercurio Theutat. Esta es suscintamente la historia, mejor diré novela del imperio de los Titanes, los cuales se pretende, que son los mismos que conocemos con variedad de nombres, ya de Gigantes por la grande estatura que se les atribuye; ya de Hijos de la tierra por el dominio universal que tenian.... Basta dar una ojeada á la incertidumbre é incoherencia de las épocas, á la inverosimilitud de los hechos, á la variedad con que lo cuentan los autores, y sobre todo al gusto característico de los Griegos de inventar y de fingir, para que cualquiera hombre cuerdo quede persuadido de la falsedad de sus relaciones. Si yo quisiera dar lugar en mi historia á cualquiera gloria ó verdadera ó falsa de mi nacion, como lo hacen varios escritores de otras, hallaria en España muchos monumentos de los emperadores Titanes: nombraria muchos lugares de aquellas provincias que conservan corrompidos los nombres de Saturno, de Júpiter, de Mercurio, y de los otros Héroes de aquella raza; diria que he visto con mis propios ojos en Tarragona, ciertas danzas populares, que cada año se renuevan, y se llaman en lengua catalana *Els Titans* baile de los Titanes; acaso, segun pienso, porque en ellos subiendo unos hombres derechos, y manteniéndose en pié sobre los hombros de otros se representa ó la pretendida estatura gigantesca de los Titanes ó aquella hazaña portentosa de haber colocado un monte sobre otro, como otras tantas gradas, para escalar el cielo. Pero yo indago las verdaderas, no mendigo falsas glorias de España, y facilmente creeré que estas memorias son dejadas de los Griegos; pero no restos de los príncipes Titanes, como piensa el vulgo...

La persona de Hércules es tambien acreedora á los Griegos del lugar distinguido, que ocupa en las historias españolas. La muchedumbre de Hércules, que se hallan en las historias de casi todas las naciones de oriente, la uniformidad de hazañas, que de ellos se leen, y otras circunstancias persuaden su existencia fabulosa: solo podremos conceder que el nombre de Hércules ó fué apelativo, que significaba hombre fuerte y valeroso, ó que, si fué nombre propio, lo fué de algun guerrero famoso de esfuerzo extraordinario, el cual se aplicó despues á otros varones de un carácter semejante; así como el nombre de Vénus

fué acaso en su orígen propio de alguna mujer de singular hermosura, y se hizo despues comun para denotar la peregrina belleza de otras. La semejanza que hay entre los Hércules antiguos, y la conformidad dicha en sus acciones me induce á creer que la emulacion de los pueblos orientales les movió á inventar Hércules portentosos, guerreros invencibles y conquistadores ilustres, contando á competencia cada uno del suyo, proezas y maravillas superiores á las de los héroes de otras naciones. Esta puede ser la razon porque el Griego Tebano es el mas famoso de todos los Hércules; fué el último, y el orgullo griego, acostumbrado á no ceder en cosa alguna, quiso ser tambien en esto superior á todas las naciones. Estas pocas reflexiones son suficientes para poner en duda todas las expediciones que se cuentan de los Hércules antiguos al Océano y á España; principalmente si se observa que España, segun creian los antiguos, era la última extremidad de la tierra, y el Océano español se llamaba entonces Atlántico, esto es innavegable. Objetos espléndidos por cierto (como en los siglos vecinos lo han sido la India y las Américas) capaces de excitar la vanidad de las naciones iluminadas, para aspirar á la gloria de que se les atribuyese la conquista. Cuatro son los Hércules principales, que, segun se pretende, pusieron el pié en España, el Egipcio, el Fenicio, el Cretense y el Tebano. Los Griegos hacen á Hércules egipcio general de las tropas de Osiris, rey de Egipto; en cuya compañía, dicen, pasó á la conquista de España. Yo no me atreveré á afirmar la verdadera existencia de estos dos campeones. Herodoto dice que Osiris es uno de los ocho primeros dioses de Egipto, y cuenta á Hércules entre los cuatro, que aumentaron hasta doce el número de aquellas divinidades. Alega la autoridad de los sacerdotes egipcios para sostener que aquellos pueblos nunca veneraron á deidad alguna en forma humana. Diodoro Siculo distingue los dioses egipcios en celestes de orígen eterno, y en terrestres de naturaleza mortal, elevados despues á la inmortalidad. En el número de los primeros pone á Osiris, el cual cree que es el sol; y aun piensa que el nombre de aquella divinidad significa en griego Πολυόφθαλμος, el de muchos ojos, con cuyo significado concuerda perfectamente (segun dice) aquel verso de Homero

Del cielo el sol todo lo ve y escucha.

En este sistema, Osiris no puede haber tenido nunca existencia humana. Otro Osiris hallamos introducido por Diodoro Siculo entre los dioses terrestres, cuyos ejércitos mandaba Hércules. Eusebio piensa que así este Osiris, como las otras divinidades egipcias han existido realmente, pues son los primeros reyes de Egipto deificados despues, y colocados por la supersticion en un planeta ó en un astro. Esta opinion no es improbable, y difiere poco de la de Monseñor Huet, quien por aquellos dioses entiende á Noé, á sus hijos, y nietos coetáneos por lo menos, cuando no sean los primeros reyes de Egipto, de quienes habla Eusebio. En esta hipótesis, la mas favorable á la conquista de España por Osiris y Hércules, se ha de establecer la época de ella en los principios de la monarquía egipcia, imperio que se dice fundado catorce años despues del diluvio. La antigüedad de esta época solo basta para que se niegue toda fe á una historia tan inverosímil. ¿Quién podrá creer que en unos tiempos tan vecinos al diluvio se pudiesen ya hacer viajes tan largos, y navegaciones tan difíciles: que sucediesen guerras tan crueles, se diesen batallas tan sangrientas, se derro-

tasen tiranos, y se arruinasen monarquías, cuando ni habia imperios, ni acaso aun hombres, que pudiesen poblar las regiones? Es probable que cuanto se refiere de Hércules egipcio, venido con ejércitos á España, no sea mas que una alusion á los pueblos orientales, que vinieron á poblar el occidente, lo que pudo acontecer con corta diferencia por aquellos tiempos.

Algo mas verosímil es el viaje á España de Hércules Fenicio, siendo cierto que los Fenicios entraron en España, penetrando hasta llegar á las colunas, que conservan el nombre de Hércules. Sin embargo, el silencio de Herodoto, que habiendo viajado á Tiro, y leido de propósito los anales de los Fenicios, no hace mencion alguna, me obliga á juzgar que no pasó á nuestro continente ningun Hércules de la Fenicia, y aun pienso que ningun otro capitan ó guerrero, á quien se puedan atribuir las proezas que se refieren de Hércules. Los Fenicios, como veremos en esta historia, fueron á España, huyendo de las armas de Josué, entraron en aquellas regiones pacíficamente en traje de mercaderes, no con el aire de soldados, buscando el comercio, no proyectando la conquista. Es verdad que muchos creen que el nombre de Hércules quiere decir mercader; y si fuese así ¿quién duda que pudiera aplicarse al jefe de los Fenicios comerciantes, que navegaron al estrecho de Cádiz? Mas, como con otros nota Petavio, es un error vulgar: pues segun los peritos de la lengua árabe, hija de la púnica y de la fenicia, el vocablo Hércules significa un hombre célebre por sus hazañas, un héroe esforzado y valiente. Las colunas llamadas de Hércules, el famoso templo de Cadiz que se le dedicó, el culto religioso con que lo adoraban los Fenicios en aquellas partes, probarian tal vez que ellos deificaron á Hércules su conductor, si no supiéramos que antes de este viaje ya lo veneraban en su patria, como tambien en Egipto los naturales de aquella region, y que el culto que le daban en el templo de Cadiz era el mismo con que le honraban Tirios y Egipcios, siendo uno mismo el Hércules de Tiro y de Egipto, segun Herodoto, y Pomponio Mela llama egipcio al Hércules de Cádiz. El rito tirio con que los Gaditanos tributaban los honores divinos á su Hércules, se halla registrado en Diodoro Sículo. De todo lo que se infiere que el Hércules de Cadiz, el de Tiro y el de Egipto eran una sola deidad, cuyo culto pasó sin duda á Cadiz juntamente con los Fenicios. ¿Con qué fundamento, pues, se supone un Hércules fenicio, que pasó á España á conquistarla? Es verdad que Pomponio Mela, nacido en las vecindades de Cadiz, y que sin duda visitó no pocas veces aquel templo, asegura que los huesos de Hércules se conservaban allí religiosamente; pero de esto no se infiere el viaje de Hércules guerrero á Cadiz, cuyos huesos se conservaban en honorífica urna, pues el mismo Mela asegura que eran de Hércules egipcio: y así solo se podrá decir, ó que los Fenicios, cuando fueron á España, llevaron consigo alguna reliquia verdadera ó falsa de aquella deidad de Egipto, ó que la posteridad supersticiosa creia que en el templo de Cadiz estaba depositado el cuerpo, que verdaderamente no existia.

Hercules Cretense, se supone que fué uno de los sacerdotes ó sabios del monte Ida de Frigia, conocidos con nombres diferentes de *Ideos*, *Coribantes*, *Curetes*, *Cabiros*, *Satyros*, *Titiros*, *Gefireos*, y finalmente *Datilos*, porque eran diez como los dedos de las manos. Este es otro personaje que con el nombre de Hércules hace papel en la historia de España, haciéndolo navegar á aquellas regiones y á otras partes acompañado de algunos Ideos de Frigia. Dicen que tomó

el nombre de Cretense de la isla de Creta, uno de los gloriosos términos de sus navegaciones. No han faltado quienes han hecho mas célebre la fábula, añadiendo que este es aquel Gargoris, pretendido rey de España, de quien hace mencion Justino. La falsedad de estas relaciones se convence, reflexionando que los Curetes, de quienes se supone conductor Hércules Cretense, eran los doctores ó sabios de la nacion fenicia; de lo que se colige que este Hércules solo en el apelativo Cretense se distingue del Fenicio, cuyo viaje á España hemos visto ya despojado de todo fundamento histórico. Se descubre tambien el orígen de la fábula de Gargoris, rey de los Curetes, y de Abide su nieta por parte de hijo que, segun Justino, reinaron en Tarteso de España, enseñaron la agricultura, establecieron la vida social, dieron leyes, é introdujeron otras cosas útiles que hicieron mudar semblante á la España, formando de una nacion rústica y grosera, un pueblo culto y civil. Pero ¿quien no ve que todo esto solo significa que los Curetes ó sabios de la Fenicia pasaron á España, como es cierto, y cultivaron aquellos pueblos, y que acaso Justino dió al jefe de estos sabios el nombre de Gargoris, tomado de Gargora, cumbre del monte Ida, de donde eran originarios?

El héroe de quien se cuentan mas portentos es Hércules Tebano, á quien los antiguos inventores de las fábulas condujeron tambien á España. Manifestado siendo niño su esfuerzo, y habiendo hecho jóven cien prodigios de valor, bajo de la conducta de Euristeo, rey de Micenas, fué con los Argonautas á la famosa expedicion de Colcos, venció en batalla á las Amazonas con su reina Hypolita, derrotó á Laomedonte, dió el reino de Troya á Priamo, viajó despues á España y á Italia unos cincuenta y cinco años antes de la última ruina de Troya; volvió finalmente á Grecia, en donde, habiendo celebrado los juegos Olimpicos, enfermó gravemente, y desesperado se arrojó en el fuego, donde murió consumido de las llamas. Añaden los Griegos que en España mató á Gerion, y hurtó las famosas vacas de aquel rey, las cuales conducia siempre consigo en sus viajes; en el estrecho erigió las nombradas colunas, en una palabra, obró las mismas hazañas, y muchas mas que los Hércules mas antiguos. Esta sola reflexion de la uniformidad de proezas de todos los Hércules que pasaron á España basta para persuadirnos de la necia emulacion con que se han inventado los Hércules de las demás naciones, copiando las modernas el suyo del original antiguo; para decirlo en una palabra, los cuarenta y mas Hércules que celebra la antigüedad se pueden reducir, á mi juicio, al dios Hércules de los Egipcios y de los Fenicios, el cual ó realmente fué, ó se creyó haber sido un guerrero denodado, un ilustre conquistador. Oian los Griegos contar con admiracion las insignes acciones del primitivo Hércules, ellos lo adoraban tambien, y notando la incertidumbre de su orígen, y la oscuridad de la época por la distancia grande de los tiempos, le dieron cuna en la Grecia, y no contentos de atribuirse como propias las hazañas de Egipto y de la Fenicia, siendo como eran de un carácter jactancioso é inclinado á las fábulas, añadieron nuevas glorias al Hércules que se habian forjado por capricho, para que obtuviese un lugar superior á los otros. Efectivamente, las fatigas y proezas de Hércules no se hallan todas unidas en los historiadores griegos; mas las inventaron sucesivamente, observándose que los escritores mas modernos son los que mas exageran los prodigios de aquel hé-

roe, aumentando maravillosamente el número de las hazañas. Herodoto vivió quinientos años antes de Jesucristo, y yo no hallo en sus escritos la décima parte de los cuentos estupendos que se leen cuatrocientos ó quinientos años despues en Diodoro Siculo, en Dionisio Alicarnaseo, y en Apolonio de Tyana. Estos y otros autores semejantes escribieron varias circunstancias, enriqueciéndolas de nuevos ornamentos, que los Griegos añadian al primer embrion fabuloso al paso que adquirian alguna mayor noticia de la topografía de España, y de las cosas que observaban en ella los Fenicios. Se puede asegurar con fundamento que es una mera fábula todo cuanto se refiere de Hércules Griego, principalmente si se observa que no solo por tal lo juzgan antiguos y célebres escritores, entre los cuales Plinio; mas que varias veces los Griegos no concuerdan en las relaciones. Ecateo (para traer un ejemplo á nuestro intento) pone el combate de Hércules con los Geriones en Ambracia, region de Epiro, y los demás Griegos lo suponen en España. Añádese á esto que en tiempo de Hércules Tebano los Griegos no conocian á España, ni muchos otros paises vecinos, ni acaso los confinantes: no tenian, como se verá en el discurso de esta historia, marina, ni ciencia náutica suficiente para empeñarse en tan largas navegaciones.

¿Qué diremos pues, de tantos escritores modernos, aun de nuestros dias, célebres algunos y de mérito que escriben como hechos ciertos, dignos de la historia, las empresas de Hércules, haciendo particular mencion de sus viajes á España, y de aquellos reinos á Italia con gran número de gentes, asegurando, que dejadas varias colonias en Córcega, y otras partes, hicieron mansion en el monte Capitolino, uno de los siete collados de Roma? Yo diré sinceramente que no me puedo reducir á dar fé á estas griegas narraciones: que las pocas reflexiones hechas hasta aquí me convencen de su falsedad: que las razones que alegan nuestros escritores modernos en prueba de aquellos viajes, son muy débiles, y poco dignas de la autoridad de unos sabios de crédito. Aseveran que las memorias de Hércules se conservan no solo en las colunas, en el estrecho, en el templo y en otras muchas partes, sino en las medallas antiguas tambien, que se encuentran de Antequera, de Lampurdan, de Cadiz, Carteya, Clunia, y de otras ciudades españolas, ora con el símbolo del Leon Nemeo, primera empresa de aquel héroe, ora con la Clava, ora con el celebrado Jabalí Erimanteo, ya finalmente con la famosa piel del Leon con que cubria su cabeza. Alegan en prueba de su opinion el puerto de Hércules, *Porto-di-Ercole*, en Toscana, y otras ciudades, que antiguamente se honraban con su nombre; hacen mencion de los altares, que este insigne héroe consagró á Saturno y á Júpiter, y de la *Ara maxima* (así llamada de los Romanos) que Evandro, siguiendo el consejo de su madre Carmenta, erigió en honor de Hércules. En favor del referido viaje citan no solo la autoridad de los escritores griegos, los cuales lo han pasado á la posteridad en sus obras, mas tambien los libros Pontificales de la ciudad de Roma donde se halla escrito, de los cuales se valieron despues los historiádores romanos para su historia. Digo sinceramente que no alcanzo que fuerza tengan estas razones para convencer á un crítico. Las memorias de Hércules conservadas en España, en Italia, en Francia, y otros paises, ya en las monedas, ya en ciudades, ya en templos ú otros edificios, no me parecen pruebas suficientes para prestar fe al tránsito personal de Hércules por aquellas regiones. Está lleno el mundo de se-

mejantes monumentos y memorias de Júpiter, Saturno, Neptuno, Juno, Venus, y de otras mil antiguas divinidades; con todo seria una grande estravagancia el querer hacer viajar á todos estos héroes deificados par todos los reinos, donde se hallan algunas de sus memorias. Esto puede solo ser indicio del culto que aquellos pueblos daban á estos dioses. ¿Porqué no juzgaremos á este modo de las memorias que se conservan de Hércules? Los Fenicios, los Celtas, los Griegos introdujeron su culto en España, en Francia y en Italia. Habiéndose hecho de esta manera Hércules objeto de religion ¿qué maravilla debe causar, que los pueblos le batiesen medallas, le consagrasen templos, le dedicasen ciudades, montañas y puertos de mar? Cosas todas que han hecho las naciones idólatras con Júpiter, con Venus y con otras deidades mentirosas.......

Yo no puedo dejar de maravillarme, viendo que muchos escritores de nuestros dias reciben bien, y dan autoridad á la fabulosa historia de Hércules en un tiempo, en que por otro extremo contrario se suele poner la crítica en la incredulidad de todo cuanto no se toca con la mano....... Limperani, escritor italiano, cuenta históricamente la venida de Hércules á Italia; pero segun su parecer, fué el Fenicio, no el Griego, y *reinó* aquel *mas de mil años antes* que este..... *en España y en Italia, plantando en aquella extremidad de Europa las colunas con el mote en lengua Fenicia: Non plus ultra.* Despues de este acontecimiento, Hércules Fenicio, segun Limperani, pasó los Alpes con su ejército mientras navegaba el mar *una armada naval numerosísima de tropas y de marineros.* Esta dejó *en Cerdeña y en Córcega dos príncipes hijos de aquel héroe, los cuales fueron aclamados y coronados reyes.* El ejército venció y sujetó á los Ligures, *precisados de allí adelante á vivir súbditos de Faetonte, uno de los primeros capitanes del ejército de Hércules.* Tomás Dempstero, célebre inglés, cuya obra *De Etruria regali* ha sido en nuestro siglo la madre, se puede decir, de todas las fábulas etruscas acrecentadas despues excesivamente por Monseñor Guarnacci, y por otros escritores italianos, Dempstero, digo, tiene por verdadero hecho histórico la venida de Hércules desde España á Italia, y nombra particularmente algunos de sus hijos, que reinaron en estas bellas regiones. Etrusco, segun el citado autor, vino de España con su padre y gobernó á los Etruscos á quienes dió su nombre: Tusco, de quienes se apellidaron Tuscos los pueblos que ahora llamamos Toscanos: Cyrne, que denominó Cyrne á la isla de Córcega, la cual, segun el cómputo de Limperani, ya mil años antes se llamaba Corcica de Corso, hijo del Hércules Fenicio, héroe de este autor........

El viaje de los célebres Argonautas de la Tesalia tiene tambien lugar entre las fábulas introducidas en la historia de España. No contrastaremos la opinion de los escritores antiguos, los cuales aseguran que treinta años antes de la guerra de Troya, los Griegos hicieron una expedicion marítima á la Georgiana para apoderarse de las lanas, ó arenas ú otras mercancías de la Mingrelia. Pero una navegacion tan corta y fácil, que hoy dia haria poco honor al piloto menos hábil, no tiene cosa alguna de inverosímil para aquellos tiempos. Toda la dificultad consiste en los giros increibles que hicieron, y de los diferentes rumbos que tomaron aquellos poco prácticos marineros de la Grecia, ora por el Océano, ora por el Mediterráneo, á su vuelta. Segun varias opiniones, dos son los itinerarios de esta pretendida navegacion: conforme el primero, habiendo los Argonautas

zarpado de la Mingrelia, costearon la parte septentrional del mar Negro, pasaron el Bósforo Cimerio, y la laguna Meotides, entraron en el Tanais, lo navegaron en nueve dias, remando contra la corriente hasta la embocadura de este rio, que los introdujo en el Océano septentrional, y costeando las riberas de Europa, arribaron á las columnas de Hércules; finalmente, pasado el estrecho, llegaron por el Mediterráneo á las Baleares. El fundamento sobre que se apoya este itinerario es el poema de los Argonautas atribuido á Orfeo; pero verdaderamente compuesto por Onomacrito, casi siete siglos despues de la grande aventura que canta. En el segundo itinerario se lee que los Argonautas, abandonada la Mingrelia, atravesaron el mar Negro, entraron en la embocadura del Istro ó Danubio, navegaron por este rio hácia arriba hasta donde se le une el Savo: aquí tomaron la navecilla y cargándola sobre los hombros, la llevaron por un espacio corto de tierra, la vararon despues en otro rio, que les condujo al mar Adriático, penetraron en el Mediterráneo, y corrieron todas las costas de Italia, de Francia y de España hasta el estrecho. Este itinerario es el mas bien recibido de los escritores italianos, que sostienen, como punto de historia, el viaje de los Argonautas á Italia, porque efectivamente hace mas á su intento. Y últimamente el Sr. Alberto Fortís, miembro como se intitula de la *Sociedad Imperial y Real de Sena*, para darle mayor probabilidad, pensó el modo como ahorrar á los Argonautas la dura fatiga de cargar sobre sus hombros la famosa nave, descubriendo con su ingenio una antigua comunicacion, que no existe ya, entre el Danubio y el otro rio, por donde navegando desembocaron en el Adriático. La sincera relacion sola de estos itinerarios los convence de fabulosos, de modo, que no creo haya un hombre cuerdo y desapasionado capaz de prestarles fe alguna. Llévese el pensamiento á aquellos tiempos, reflexiónese no solo que era grande la ignorancia en la náutica de los antiguos Griegos; mas la circunstancia particular de ser ellos los primeros navegantes de la Grecia, y aquella nave la primera fusta de alguna grandeza que botaron al mar. ¿Quién podrá creer hazañas tan prodigiosas de unos hombres sin práctica aun de los mares, y rudos en el arte náutica? ¿Quién no ve la distancia que hay desde las fuentes del Danubio hasta el Adriático, y cuanto mas dista el origen del Tanais del Océano septentrional? Transportar la nave por tierra de uno á otro rio es decir que era muy pequeña y ligera; ó que pudo deshacerse en piezas menores; lo que probaria sobrada pequeñez del leño, y su ineptitud para una navegacion larga por vastos mares. Querer vencer esta suma dificultad hallando comunicaciones de rios sin mas fundamento que el del capricho, como lo hace el Sr. Fortís, es una temeridad indigna de un historiador, cuyo principal oficio, como hemos dicho en otra parte, es de indagar la verdad y certeza, no de proponer la verosimilitud. No es gloria de un individuo de una sociedad Real é Imperial el empeñarse en dar toda la fuerza de verdad histórica á una novela increible, la cual hasta Diodoro Siculo la llama *un error*. Este historiador, en aquellos tiempos creidos menos iluminados que los nuestros, ya insinuó críticamente que el equívoco del nombre *Istro,* comun al Danubio, que desagua en el mar Negro, y á otro rio de Istria, que se pierde en el Adriático, dió ocasion al error de los ignorantes, los cuales creyeron que los Argonautas navegaron por el Danubio hasta el mar de Venecia. Fuera de esto, ¿cómo nos persuadiremos que una nacion de tan poca pericia pudiese empren-

der una navegacion por el Océano septentrional, por un mar casi siempre helado, por las frilsimas costas de la Laponia Dinamarquesa; rumbos los mas difíciles y peligrosos que llenan de terror á los navegantes aun en este siglo en que vemos la náutica y la arquitectónica naval en un punto sublime de perfeccion! El corto y fácil viaje de Tesalia á Mingrelia, fué el pasmo de los Griegos, que lo consideraron como un esfuerzo de la náutica tan prodigioso, que elevaron al grado de divinos á aquellos navegantes como superiores al resto de los hombres. Esta reflexion desvanece todo cuanto se ha dicho de los increibles rodeos y rumbos atribuidos á estos héroes. Ni son alguna prueba de las referidas navegaciones los vestigios de los Argonautas, que algunos pretenden hallarse en las costas del Océano y Mediterraneo, porque en realidad únicamente son restos de la vanidad de los Griegos mas modernos, los cuales dieron á muchos países europeos diferentes nombres de los Argonautas, para que la posteridad creyese que fueron antiguas colonias griegas. La adoracion que muchos piensan haberse dado en los tiempos remotos en las costas del Océano septentrional á Castor y Polux, dos Argonautas á quienes la griega mitología hizo ocupar el signo de Geminis en el Zodíaco, es una fábula compuesta en siglos mas modernos, cuando los Griegos por medio de los Cartagineses y de los Gaditanos, que navegaban á las Casiterides, adquirieron las primeras noticias del Océano septentrional, y supieron que tambien en aquellos mares se veian los fuegos fátuos ó errantes, llamados por la griega superstición *Castor* y *Polux*, que hoy la supersticion de nuestros marineros los da el nombre de San Telmo, y en Italia el de San Nicolás.

El nombre de Ulises, de quien se han escrito tantas y tan famosas aventuras, es celebérrimo en la historia de España. Homero que en su Odisea hizo un argumento de este héroe, y lo siguieron Osiodo, y Licofronte, cuenta mil portentos de aquel capitan y lo introduce por el Océano Atlántico, navegando á islas desconocidas. Los historiadores griegos, y despues de ellos los latinos, adoptaron la relacion poética, y la vistieron, como acontece, de nuevos adornos, haciéndolo arribar á Portugal, donde echó los cimientos de la nombrada Ulysippo, vulgarmente Lisboa. El fundamento de este viaje no es otro que la autoridad de un poeta, poeta griego, y griego que solo habla de las glorias de su patria: tres circunstancias bastantes á mi juicio para dejar sin crédito aquella historia. Fuera de esto, los mismos escritores griegos censuran á Homero por haber confundido los verdaderos con los falsos viajes de Ulises. Y Estrabon, queriendo defenderlo, observa, que en un poema no es necesario buscar la verdad; basta la verosimilitud. Justa reflexion, con la cual se reprime á un tiempo la mordacidad de los críticos censores de Homero, y se advierte al lector la incertidumbre de las narraciones del poeta. Es verdad que Estrabon se esfuerza en hallar algun apoyo á favor del príncipe de los poetas en otros escritores griegos, los cuales aseveran que todavía se descubren vestigios de la navegacion de Ulises en Adra, villa de Andalucía, y en la ciudad de Málaga; mas no por esto intenta defender la realidad de aquel viaje, que él mismo creyó fabuloso; solo pretende por el honor del poeta que se tengan por verosímiles aquellas largas navegaciones, que refieren varios historiadores, los cuales deben indagar la verdad y certeza, no contentándose con la verosimilitud, la cual es materia suficiente en un poema. Ni me parece que alguno deba maravillarse de que Homero hablase del mar Atlántico,

y de las costas españolas, cuando aun los Griegos no habian surcado aquellos mares, ni visto aquellas riberas: este poeta así en Smirna donde fué educado, como en otras ciudades griegas del Asia menor, cercanas á los Fenicios, pudo adquirir noticias de las derrotas de los Tirios por las costas de España, y océano Atlántico, é informarse de las fértiles islas de aquel mar con otras cosas, las cuales él adaptó despues al héroe de su poema.

Muchos otros príncipes de gran nombre, celebrados por la fama, vemos tomar el rumbo en aquellos tiempos hácia España. Justino conduce á Teucro, hijo de Telamon, á las riberas de Cartagena, Silio Itálico le hace fundador de aquella ciudad, y segun opinion de varios modernos, este príncipe condujo los Solaminos á Salamanca y los Galatas á Galicia. En su compañía pasó Amfiloco á España por testimonio de Asclepíades Mirleano, y fué padre de los Amfilochios. Algunos autores citados, no seguidos de Estrabon, afirman que el rey de Lacedemonia Menelao, esposo de la celebrada Helena, causa de la guerra y ruina de Troya, navegó por el mar de Cadiz á la India. El viaje de Diomedes, rey de Etolia, tiene por fiador á Dionisio Alejandrino, y segun Silio Itálico, echó los cimientos de Tide, conocida el dia de hoy con el nombre de Tuy, en Galicia. Algunos han creido que la ciudad del Puerto de Santa María, antiguamente denominada Meneste, debe sus principios á Menesteo, rey de Atenas. Segun Asclepíades, Opsicela, compañero de Antenor en el viaje de Troya á Italia, fundó despues en la Cantábria una ciudad á la que dió su nombre. Estos son los héroes mas famosos de aquellos tiempos, los cuales varios pretenden que han dado el orígen á muchos pueblos de España, con especialidad á los Lusitanos, Gallegos, y Cántabros. A los Lusitanos los hacen descender de Ulises, fundador, como ya notamos, de Lisboa, y de Luso compañero de Baco; del cual no falta quien neciamente derive el nombre de Lusitania. En prueba del griego orígen de los Gallegos se citan la ciudad de Tuy, fundada, dicen, por Diomedes, los pueblos Gravios originarios de los Grayos, y el mismo vocablo de Galicia, tan semejante al de Galacia, en Grecia. Los Troyanos finalmente, compañeros de Opsicela, y los Lacedemonios, vasallos de Meneleao, poblaron la Cantabria. ¿Mas en qué se fundan todos estos orígenes y descendencias? Yo no hallo por la mayor parte otro fundamento que la autoridad de Asclepíades Mirleano, el cual, siendo maestro de lengua griega en España en tiempo de Sertorio, creyó acrecentar la gloria de su nacion, dando etimologías griegas á las ciudades y poblaciones españolas. Los demás autores, Plinio, Justino, Estrabon, Silio Itálico, Dionisio Alejandrino y otros, en cuyos escritos se halla mencion de estos orígenes, no han hecho mas que copiar de Asclepíades: todos bebieron de esta fuente, y no pueden añadir autoridad á esta historia. Fuera de que, en las obras de Justino y Dionisio se hallan muchas falsedades en otras materias. Estrabon, autor juicioso y digno de fe, no hace mas que insinuar los orígenes griegos ya referidos, sin dar crédito á la autoridad de Asclepíades. Silio Itálico, natural de Itálica, en las cercanías de Sevilla, y Plinio, que estuvo en aquellas regiones, se pudieron engañar del rumor popular excitado y difundido por el solo Asclepíades, y sin otro exámen escribieron lo que habian creido con facilidad, como si fuese una tradicion constante de los Españoles. Me parece que lo que hemos dicho basta para desvanecer los fundamentos sobre que se apoya el orígen griego de los Cántabros, Ga-

llegos, Lusitanos y algunos otros pueblos de la Bética. Corrobora nuestra opinion el reflexionar que Polibio, el cual estuvo en España con Escipion Emiliano antes que Asclepíades hubiese ido á inventar las griegas etimologías, Polibio, digo, autor exacto y verídico, afirma que toda aquella parte de España, bañada del mar exterior, que es decir, todo aquel espacio de país, que comprende la Cantabria, Galicia y Lusitania, lo poblaban un gran número de *naciones bárbaras*, las cuales ni Asclepíades, ni otro alguno dirán que fuesen Griegos de orígen. Estrabon tambien afirma que los *bárbaros* habitaban las costas septentrionales de España, y nota particularmente que los Gallegos no adoraban á los dioses de la Grecia. Fuerte argumento por cierto en prueba de que los Griegos no penetraron en aquellas provincias, y de que antes de Asclepíades no tenian los Españoles noticia de los orígenes y etimologías griegas de que hemos hablado. De todo lo cual se deduce el poco crédito que merecen en esta materia así Asclepíades, como los demás autores griegos y latinos posteriormente á él. Estrabon advirtió sabiamente que sobre las cosas de la España septentrional y occidental se procediese con cautela en creer á los autores griegos y latinos: la razon que alega es, porque los primeros, ignorándolas, las aseveraban falsamente, pecando contra la veracidad; y los segundos, sin detenerse en examinarlas, copiaban á los Griegos. Efectivamente se pudieran traer no pocos ejemplos de la ignorancia en que estaban los Griegos de las provincias de España situadas á la otra parte del estrecho. Herodoto, aquella gran lumbrera de la Grecia, en dos lugares de su historia colocó las fuentes del Danubio hácia la parte mas allá de las colunas de Hércules; error grosero, que el dia de hoy daria vergüenza á un jóven, que hubiese solo empezado los principios de la geografía. Eratóstenes y Timóstenes, segun testimonio de Estrabon, no tenian conocimiento de la situacion de los paises occidentales y septentrionales de España, Francia, Alemania, é Inglaterra. Casi cuatro siglos despues de la época de los celebrados viajes á España de los príncipes griegos y troyanos, que confutamos, los habitantes de Tera, isla del mar Egeo, por órden del oráculo debian enviar una colonia á Africa, y no sabiendo, dice Herodoto, que parte del globo ocupaba esta region, hicieron una embajada á Creta para informarse de la situacion: igualmente la ignoraban los Cretenses, motivo porque se suspendió la expedicion, hasta que Corobio, mercader de púrpuras, á lo que parece, de nacion Fenicio, les sirvió de práctico en la navegacion. En una palabra, quien quisiere certificarse de la ignorancia de los griegos en la geografía basta que lea á Polibio: oirá como habla de los escritores griegos sus antecesores, y verá los viajes que hizo, y la fatiga que le costó el corregir la geografía antigua, sin que estos trabajos y estudio le eximiesen á él de caer en varios errores de no poco momento, los cuales observó y corrigió Estrabon.

VII.

Otras fábulas é invenciones introducidas por los autores en el origen de los pueblos y ciudades de España.

(DE MASDEU, T. 1.)

No solo los antiguos y jactanciosos escritores de Grecia, de quien hemos ha-

blado hasta ahora, han oscurecido el origen de los pueblos de España; mas lo han viciado tambien y corrompido varios escritores modernos de diferentes naciones, teniendo por guia al famoso Dominicano de Viterbo Juan Nanni, llamado vulgarmente Annio. El año de 1498 publicó algunas obras hasta entonces inéditas y desconocidas de varios escritores antiguos, particularmente las historias del célebre Beroso de Caldea, sobre las cuales fundó su obra latina; *De los tiempos antiguos y de los veinte y cuatro primeros reyes de España*, y para acreditarla mas la dedicó á los Reyes católicos, don Fernando y doña Isabel. Este religioso extendió con tal puntualidad y exactitud cronológica la historia antigua de los monarcas españoles, que si hubiese vivido en todos aquellos tiempos no la pudiera haber escrito mas extensamente. Da principio á su catálogo por Tubal, primer soberano y legislador, el cual fijó su corte rústica en Tarragona el año despues del diluvio; y la continua sin interrupcion por el espacio de diez siglos hasta Abides, nieto de Górgoris el Melifluo, debajo de cuyo imperio empezaron los Españoles á contar el segundo milenario. En estos años empuñaron el cetro sucesivamente veinte y cuatro monarcas, de quienes nuestro Annio, sin discrepar en el tiempo de su gobierno, nota el primero y último de los años de su reinado. Presento á los lectores un índice compendioso de estos soberanos.

Tubal, fundador de Tarragona donde tuvo su corte.

Ibero, el cual dió nombre al rio Ebro, á los Iberos y á Iberia.

Jubalda, de quien se deriva (cierto con mucha corrupcion) el nombre de Gibraltar.

Brigo, padre y fundador no solo de las muchas ciudades terminadas en *Briga*, mas de la Frigia tambien en Asia, y de Bracciano en Italia.

Tago, de quien debia tomar el nombre el rio Tajo, como el Ebro lo tomó de Ibero.

Beto denominó al rio Betis, el dia de hoy Guadalquivir, y á toda la Bética, al presente Andalucía.

Gerion el Africano, el cual en el fin del cuarto siglo fué el primer tirano de la nacion española.

Gerion el Tergémino, muerto á manos del valeroso Hércules Livio, hijo de Osiris.

Hispalo, que honró con su nombre á la célebre Hispalis, tan conocida en nuestros dias con el de Sevilla.

Hispano, de quien tomó nombre España y los Españoles sus naturales.

Hércules el Livio, sepultado con pompa extraordinaria en el famoso templo de Cadiz.

Héspero, apareció solo para dar á España el nuevo nombre de Hesperia.

Atlante, de quien sin duda se apellidó Atlántico el Océano.

Sicoro, que dió orígen al nombre del rio Sicoris, hoy Segre, en Cataluña.

Sicano, que vino á Italia y fué padre de los Sicanos.

Siceleo, del cual descienden los Sicilianos.

Lino, español, no el griego, coronado monarca para ilustrar á la Lusitania con su nombre.

Siculo, el segundo, ó tal vez el tercero que dió nombre á los Sicilianos.

Teste, padre de los Contestanos, pueblos de los reinos de Valencia y Murcia.

Romo, el cual echó los cimientos de la ciudad de Roma en España, llamada Valencia de los Latinos.

Palatuo, que edificó la ciudad de Palencia, y dió origen á los Palatinos, pueblos Valencianos.

Caco el Celtibero, cuyo nombre se conserva para perpétua memoria en Moncayo, monte de Aragon, donde se fortificó contra Palatuo.

Palatuo, segunda vez soberano despues de haber obligado á Caco á huir á Italia.

Eritro, el cual desde el mar Eritreo tomó el viaje para reinar en Cadiz.

Gárgoris, llamado Melifluo, dulcísimo rey que enseñó á los Españoles el arte de recoger la miel, y tuvo por sucesor á aquel Abides, su nieto, de quien habla Justino.

He diseñado sucintamente, como en un cuadro, toda la fabulosa fábrica de Annio, para que los lectores puedan observarla á una sola ojeada, y formar de ella el concepto que merece. En un cúmulo tan grande de falsedades, alguna parte acaso parecerá menos increible, siendo cierto que entre estos príncipes fabulosos del Beroso, que ha confundido el Viterbiense, hay algunos de quienes hacen mencion los historiadores griegos y latinos; motivo porque el insigne Mariana y otros modernos escritores los cuentan entre los reyes verdaderos de España. Tales son Gerion el padre, Gerion el Tergémino, Hércules Livio, Híspalo, Héspero, Atlante, Gárgoris y Abides. Su historia la refieren Justino y otros; mas con variedad: en sustancia es como sigue. Tiranizaba á las Españas y sus nacionales Gerion Africano, llamado tambien Chrysauro; para librar á la nacion de aquella esclavitud, Osiris ó Baco, rey de Egipto, penetró con sus tropas en aquellos reinos, y dando una campal batalla, perdió en ella Gerion la vida. Osiris hizo alarde de su corazon piadoso y magnífico: esplicó su piedad con los tres hijos del vencido rey, dejándolos bajo de la direccion de algunos sabios de Egipto: su munificencia con el padre, erigiéndole en el estrecho de Gibraltar un suntuoso mausoleo, donde á poco tiempo le tributaron los honores que solo se deben á la Divinidad, cuyo culto transfirió despues Hércules á Italia, introduciéndole principalmente en Padua y en Sicilia. Los tres Geriones vengaron la muerte de su padre, haciendo quitar alevosamente la vida á Osiris en Egipto. Otro hijo de este príncipe, conocido tambien con los nombres célebres de Apolo, Marte y Hércules Egipcio ó Livio, va á España con numerosas tropas eriteas, entra con denuedo en aquellos reinos con ánimo de castigar la alevosía de los Geriones, los busca, combate cuerpo á cuerpo con ellos en singular desafío, y les da la muerte sucesivamente á uno despues de otro. Sepultó sus cadáveres en la isla de Cadiz, levantó las famosas colunas, y habiendo dado el gobierno de España á su fiel compañero Híspalo, vino triunfante á Italia. Algunos autores añaden que Híspalo tuvo por sucesor á Héspero, y este á su hermano Atlante, cuya hija Rome, segun Favio Pictor, uno de los autores citados de Annio, puso los fundamentos de la ciudad de Roma mucho tiempo antes de aparecerse Rómulo en estas regiones. Justino cuenta en el número de estos reyes otros dos soberanos de la Bética, Gárgoris y Abides, de los cuales refiere muchas cosas. Toda esta historia queda desvanecida, habiendo rechazado, como vimos, los viajes de Hércules y Osiris por fabulosos. Fuera de esto, muchos autores modernos, y algunos de los antiguos la proponen

como una fábula. La diversidad misma con que la escriben los autores que la defienden, convence su falsedad. Estos discrepan sustancialmente en los puntos mas esenciales, de suerte que no faltan entre ellos quienes (con particularidad Ecateo) han situado el reino de Gerion en Epiro de Grecia, no ya en España, cuya gran distancia de regiones la conoce cualquiera por poco versado que esté, como haya saludado los umbrales solos de la geografía. Por lo que mira á Gárgoris y Abides, Justino es el único fiador de su historia. Es verdad que la admite el famoso P. Juan de Mariana, y mas modernamente Ferreras. Sin embargo de la autoridad de estos dos grandes hombres, la referida historia se nos representa con tal aspecto, y con tantos colores de inverosimilitud por sus circunstancias, que el célebre analista de Aragon Gerónimo Zurita, y otros muchos escritores españoles la han reputado fabulosa. En una palabra, en todo el catálogo del Viterbiense no hay punto alguno de historia que no sea abiertamente fabuloso, ó á lo menos sospechoso de tal modo que no permite sentar el pié con alguna seguridad para entrar á hacer prudentemente algun uso de las materias que se tratan...

Otras muchas fábulas, á mas de las dichas hasta aquí, hallamos introducidas por los modernos en nuestras historias. En los tiempos del Santo Rey de Judá Ezechías, mas de 700 años antes de la era cristiana, dominaba Tarracon ó Thearca, soberano de Etiopía, de quien hacen mencion las divinas letras en la profecía de Isaías, y en el libro cuarto de los Reyes. Estrabon fiado en la autoridad de Megastenes, historiador de la India, piensa que este príncipe marchó de la Etiopía, sujetando á su dominio varias provincias, que conquistó hasta las columnas de Hércules. Mariana y otros modernos lê atribuyen la fundacion de Tarragona. Es cierto que Tarracon sujetó el Egipto; pero no se habla de la calidad de tropas que condujo á la expedicion de España, motivo que ha dividido los pareceres de los historiadores. El barcelonés Tarafa y los Ingleses son de opinion de que su ejército se componia de soldados egipcios; otros piensan que sus tropas eran todas sacadas de la Etiopía. Pero el único garante de estas noticias es Megastenes, de cuya veracidad tenia poco concepto el mismo Estrabon, y así queda este punto de historia en aquel equilibrio de duda que suspende el ánimo sin atreverse á una decision. Lo demás que añaden los modernos de la fundacion de Tarragona hecha por aquel rey, y de la victoria que contra él alcanzó Therones, rey ó capitan de Cataluña, despojándole del reino y arrojándole de España, ó es inventado, ó está destituido de todo fundamento en las historias antiguas.

Algunos modernos, sin mas razon ni otra prueba que la autoridad del citado Megastenes, han dado fe tambien al arribo á España de Nabuco, aquel soberbio rey de Babilonia, de cuya potencia y valor hacen mencion las Sagradas Escrituras. El historiador indiano lo aventaja á Hércules en esfuerzo, y extiende sus conquistas desde el Egipto al Africa, y de allí las dilata á la mayor parte de España. Josefo Hebreo y Estrabon las han referido con solo la autoridad de Megastenes, y las han recibido Tarafa, Mariana, Petavio, los historiadores ingleses, y otros graves escritores modernos de varias naciones; con la diferencia de que estos han amplificado esta historia con muchas circunstancias y conjeturas para hacerla mas agradable y verosimil. El motivo, aseguran, que impelió á aquel soberano á emprender la conquista de España, fué el deseo de tomar venganza de esta na-

cion por el socorro que los Gaditanos enviaron á Tiro, de donde eran originarios, estrechada del sitio que le habia puesto Nabuco. Este príncipe, ó Pyro, su general, marchó con numerosas tropas de Israelitas, nacion rendida y sujetada á él, sojuzgó la España, reinó nueve años en ella y dejó muchas colonias judías en Cadiz, Sevilla, Granada, Toledo, Yepes, Escalona, Avila y Guardia. Algunos autores españoles han examinado este punto histórico con todas las reglas de la crítica. Aldrete en particular, y el marqués de Mondejar, á quienes cita D. Manuel Martí y los autores de la historia literaria de España, la han juzgado fabulosa, y se han esforzado en desacreditarla. Ellos juzgaron con Josefo Hebreo, que esta expedicion la inventaron los Caldeos para oponerla á la de Hércules, celebrada de los Griegos mentirosos, para que el orgulloso Nabuco no tuviese que ceder al héroe de Grecia. Demás de esto, creen que los rabinos españoles de la edad media propagaron esta fábula, y la adornaron de variedad de colores para dar algun viso de antigüedad á la posesion en que estaban de muchas ciudades de España, principalmente de las que se decian fundaciones de Nabuco, sobre lo cual hacen varias reflexiones, que yo expondré brevemente. Aquel soberbio, dicen, y poderoso rey de Babilonia pudo aspirar con ambicion insaciable al dominio universal de la tierra, como parece que lo insinuan las Sagradas Escrituras; mas no pudo ejecutar todos sus vastos y ambiciosos designios. Si en el sitio de la ciudad sola de Tiro empleó trece años, muchos mas por cierto debió consumir en la toma de Cartagena y Cadiz, y en la conquista de toda España. Contando Ezequiel que Dios prometió á Nabuco el dominio de Egipto para recompensarle de los daños y trabajos padecidos, ni una palabra sola dice de España, cuya conquista hubiera sido mayor recompensa, y mas digna de memoria por los inmensos tesoros de que abunda aquel reino. Finalmente hasta el tiempo de Alejandro Magno, poco mas de tres siglos antes de la era cristiana, ningun monarca de Oriente pensó en expedicion alguna militar, penetrando por el Africa hasta las colunas de Hércules, para sujetar á España: proyecto que ni Alejandro mismo, oponiéndosele acaso los Cartagineses, pudo ejecutar. Me parecen justas y de peso estas reflexiones, que nuestros críticos españoles han hecho contra la asercion de Megastenes, autor efectivamente digno de poco crédito, principalmente en una materia que el mismo Josefo Hebreo la juzga, como dijimos, mera invencion del orgullo y jactancias de los Caldeos. No obstante, confieso con la candidez debida, que no quedo plenamente convencido. He expuesto las sabias reflexiones de aquellos críticos; me permitirán que exponga yo tambien las razones que se me ofrecen para no persuadirme del todo. Pudieron, no lo dudo, los rabinos de la edad media mentir en el punto de las fundaciones de ciudades y orígen de las colonias, que ellos atribuyen á los Israelitas de las tropas de Nabuco; mas no pudieron inventar la marcha de este rey guerrero á España, siendo la citada historia de fecha anterior: con que pudo ser verdadera aquella expedicion, sin que lo fuesen todas las circunstancias. Tampoco seria cosa maravillosa que la ciudad de Tiro, ciudad la mas rica y poderosa del mundo, bien defendida por su misma situacion, hubiese costado mas gente, trabajo y tiempo que la toma de Cartagena, Cadiz y otras ciudades de España y Africa, menos poderosas y acaso debilitadas por los socorros que habian enviado á la angustiada Tiro en un sitio de tanta duracion. Si á proporcion del tiempo que empleó Nabuco en la expugnacion de

esta ciudad, se hubiera de medir el de las demás conquistas, no eran bastante los cuarenta y tres años de su reinado para apoderarse, como lo hizo, de los vastos dominios de Egipto, y otros muchos paises confederados de la Palestina, Etiopía, Libia y otras provincias. Pero la experiencia demuestra que un ejército victorioso, despues de rápidas conquistas de paises de menor resistencia, no pocas veces quebranta su orgullo contra una fortaleza, como el mar sus ondas contra los escollos. ¿Y cuántas veces las mas bravas tropas han visto ocioso su valor, y detenido el ímpetu de su ira al pié de unas murallas, y despues se han extendido en breve tiempo á manera de torrente con increibles progresos, haciendo temblar las provincias enteras? El silencio de Ezequiel no es una prueba muy fuerte contra la narracion de Megastenes. Aquel profeta, que tenia motivo para hablar de la conquista de Egipto, no lo tuvo para hacer mencion de la de España......

Igualmente inciertas se deben juzgar las transmigraciones de otros pueblos á nuestra península, las cuales han aseverado con sobrada facilidad varios modernos escritores. La expedicion de Sésaco, rey de Egipto, en el siglo décimo antes de Cristo, se afirma modernamente sin mas fundamento en las historias antiguas, que el hablarse de él como de un guerrero y conquistador. El viaje de los Iberos de Asia solo le hallo apoyado en un testimonio mal entendido de Varron. Aun con menos razon se afirma el de los Persas, Medos y Armenios. Ningun autor antiguo, exceptuado Silio Itálico, ha pensado jamás en el arribo á España de los habitantes de la Sarmacia, Bosnia y Tartaria; y aunque el citado Silio se ha tenido por mas historiador que poeta, no por eso debe ser garante seguro de un acontecimiento remotísimo, cuando obsta el silencio de todos los demás escritores.

No debo omitir aquí un suceso extraordinario, probablemente fabuloso, referido de muchos modernos. Cuentan que una sequedad espantosa de diez y siete, ó mas años contínuos, devastó de suerte la España, que la hambre obligó á sus habitantes á abandonar en tropas el país. Los historiadores ordinariamente atribuyen á esta causa las antiguas transmigraciones de los Españoles á Francia, Italia, Africa y Asia. Mariana fija la época despues de David, el cual reinó el siglo once antes de Cristo. Ferreras la supone mas antigua, y cree que acaeció en tiempo de la famosa carestía de Egipto, de la cual habla la Divina Escritura, que vino á ser el siglo diez y ocho antes del Mesías. Funda su opinion en el verso trece del capítulo cuarenta y siete del Génesis, donde se lee, que entonces en todo el *orbe faltaba el pan*. Pero Ferreras tal vez no observó que en el original hebreo no se lee como en la Vulgata *en todo el orbe,* sino *en aquel país ó en aquella tierra*, cosa por cierto muy diferente. Fuera de que es una expresion comun el llamar *universal* una carestía, si comprende un espacio grande de país. De cualquiera suerte, la frase del intérprete latino tomada en el sentido demasiado literal de Ferreras, se podrá adaptar igualmente á las demás provincias de la tierra que á la España. ¿Quien no ve que en este caso en vano irian los Españoles á otras regiones á buscar la subsistencia de que ellas carecian, y que sus naturales debian promiscuamente desampararlas para solicitar el mantenimiento, reduciéndose á un desierto espantoso toda la tierra? Lo cierto es que no se encuentra autor antiguo que haga mencion de una sequedad tan universal y horrible, que despoblase la España, razon que me induce á colocar este hecho

en el número de los absolutamente fabulosos, ó á lo menos muy inciertos.

Hemos procurado desterrar de nuestra historia todas las fábulas y cuentos apócrifos, que por la mayor parte han venido de paises estranjeros á desfigurarla. La nacion española no necesita de glorias poéticas, ni honores mendigados, para que pueda presentarse en las historias con toda aquella pompa y majestad que le hagan respetable al mundo, aun en cotejo de cualquiera otra de las naciones mas cultas de la Europa. Yo creo poderlo afirmar sin la nota de aquel espíritu de partido y vanidad que suele empañar el crédito de la mayor parte de los historiadores.

VIII.

Del viaje de Hannon y de Himilcon á la otra parte de las columnas de Hércules.

(Véase pág. 61.)

§ 1.°

Hemos dicho poseer del Periplo de Hannon una traduccion griega, y algunos fragmentos del de Himilcon; los originales se han perdido como todos los libros escritos en lengua púnica.

La traduccion griega del Periplo de Hannon es, segun todas las apariencias, obra de algun viajero griego que lo tradujo para su uso, si bien conviene advertir que, segun Bougainville, es posible que lo que llamamos nosotros el Periplo de Hannon no sea mas que un extracto del mismo, y funda esta opinion en la brevedad del relato comparada con lo largo del viaje. Este extracto, dice el mismo escritor, fué obra quizás del traductor, ó quizás del mismo Hannon que de un diario completo y circunstanciado que los exclusivos principios de la política de Cartago no le permitian hacer público, tomó lo principal para que fuese grabado en mármol ó en bronce y colocado en el templo de Saturno, lugar frecuentado por todos los pueblos comerciantes, donde le veria el traductor griego. Los fragmentos de Himilcon tienen un carácter menos positivo de autenticidad, y solo han llegado hasta nosotros en el poema de Festo Avieno (Ora Maritima). Nada mas conciso que estos notables documentos, y por lo mismo hemos creido conveniente insertarlos aquí traducidos de la obra de M. Heeren (de la política y del comercio de los pueblos antiguos) añadiendo á ellos algunas observaciones del historiador Romey.

PERIPLO DE HANNON, REY DE LOS CARTAGINESES, Á LOS PAISES DE LA LIBIA SITUADOS EN LA OTRA PARTE DE LAS COLUNAS DE HÉRCULES, EXPUESTO POR ÉL EN EL TEMPLO DE KRONOS.

Los Cartagineses resolvieron que Hannon navegase mas allá de las colunas de Hércules y fundase allí colonias libi-fenicias, para lo cual salió al mar con sesenta pentecontoros (naves de cincuenta remeros), llevando muchos hombres y mujeres en número de treinta mil, víveres y todas las provisiones necesarias.

Partimos, y despues de pasar las colunas de Hércules, navegamos dos dias y fundamos una primera ciudad á la que llamamos Thymiaterion, junto á la cual habia un campo muy dilatado. Dirigímonos luego hácia occidente y llegamos á Soloes, promontorio de la Libia cubierto enteramente de árboles; allí elevamos un templo á Neptuno (ó á la divinidad cartaginesa á que los Griegos llamaban Neptuno), y hecho esto nos dirigimos durante media jornada hácia el oriente hasta que descubrimos una laguna situada cerca del mar y llena de grandes juncales, entre los cuales pacian elefantes y otros animales en gran número. A un dia de navegacion de aquel estanque, fundamos algunas colonias á las que dimos el nombre de Carikon-Teikos, Gytté, Acra, Melitta y Arambys.

Desde allí navegamos hasta el gran rio Lixus que desciende de la Libia; en sus márgenes apacentaban sus rebaños los hombres nómadas llamados Lixites, entre los cuales permanecimos algun tiempo, despues de haber trabado amistosas relaciones con ellos. Mas allá habitan los Etiopios, nacion inhospitalaria, que ocupa un territorio poblado de fieras y cortado por elevadísimas montañas, en las cuales nace el Lixus, segun nos han referido. En estas montañas moran los Trogloditas, hombres de singular aspecto, mas ligeros en la carrera, dicen los Lixites, que los caballos mas veloces.

Despues de tomar intérpretes entre los Lixites, navegamos por espacio de dos dias á lo largo de una playa desierta, en direccion al mediodía, y luego al oriente por espacio de un dia. En el fondo de un golfo hallamos una isla de cinco estadios de circunferencia, y establecimos en ella una colonia á la que dimos el nombre de Cerné. Segun nuestros cálculos, pareciónos que habia de hallarse situada á espaldas de Cartago (en la costa opuesta del Africa), pues la navegacion de Cartago á las colunas es igual á la de las colunas á Cerné.

Encontramos luego un lago formado por un gran rio llamado Cremetes, que contenia tres islas mayores que Cerné, desde las cuales á la orilla del lago empleamos un dia; elévanse allí altas montañas habitadas por hombres salvajes cubiertos de pieles de animales, quienes nos lanzaron piedras y nos impidieron desembarcar. Continuamos, pues, nuestra navegacion y llegamos á otro rio, caudaloso y ancho, lleno de cocodrilos é hipopótamos, desde donde retrocedimos á Cerné.

Desde allí navegamos otra vez hácia el Sur durante doce dias, siguiendo siempre la configuracion de la costa, habitada toda ella por Etiopios que tomaban la fuga así que nos divisaban. La lengua de que usaban era desconocida aun para los Lixites que iban en nuestra compañía. El último dia (de los doce) fuimos arrojados (por una tempestad sin duda) contra elevados montes cubiertos de bosques, cuyos árboles eran de especies distintas y de una madera odorífera, y despues de emplear dos dias en dar la vuelta á dichos montes, entramos en un inmenso golfo en cuyas orillas se extendian dilatadas llanuras. Llegada la noche, vimos brillar en ellas muchas hogueras que por intervalos se elevaban á gran altura. Hicimos aguada, y luego navegamos otros cinco dias sin perder de vista la costa, hasta que llegamos á un gran golfo que nuestros intérpretes dijeron llamarse Cuerno del Oeste (de Hesperia). En aquel golfo habia una gran isla, y en ella un lago de agua salada, que á su vez encerraba otra isla. Desembarcamos en ella y nada vimos durante el dia á no ser una dilatada selva; mas durante la

noche encendiéronse muchas fogatas y oimos el sonido de flautas, el estrépito de atambores é incesante gritería. Sobrecogidos de terror, abandonamos al instante la isla, pues así lo dispusieron nuestros adivinos, y llegamos á una region ardiente, llamada Thymiamata. Torrentes de fuego salian de ella y llegaban hasta el mar, y como la tierra no era accesible á causa de su excesivo calor, nos alejamos de ella prontamente. Durante cuatro noches vimos siempre la costa cubierta de hogueras descollando entre ellas una que parecia tocar á las nubes; mas con la luz del dia vimos ser un monte de gran elevacion, llamado Theon-Ochema (propiamente escala, grada, mansion, carro de los dioses). Libres por fin de los torrentes de fuego, nos encontramos despues de una navegacion de tres dias en un golfo, llamado Notu-Ceras (el Cuerno del Sur), en cuyo fondo habia una isla semejante á la primera (de que antes se ha hablado) con un lago y en este una isla habitada por hombres salvajes, y por muchas mujeres cubiertas de vello, á quienes nuestros intérpretes llamaban Gorillas. En vano perseguimos á los hombres; no nos fué posible dar alcance á ninguno, pues todos se refugiaron en inaccesibles precipicios lanzándonos piedras. Cogimos sí á tres mujeres que hicieron cuanto les fué dable en su defensa, mordiendo y arañando á aquellos que las arrastraban. Muertas y desolladas, llevamos sus pieles á Cartago. La falta de víveres nos impidió proseguir adelante en nuestra navegacion.

OBSERVACIONES.

Difícil es, si no imposible, determinar de un modo preciso la época del viaje de Hannon, si bien existen límites á los cuales parece razonable atenerse, y por lo mismo nada diremos de la opinion de Vossio que fija esta expedicion cien años antes de la guerra de Troya, es decir aun antes de la existéncia de Cartago. Dodwell solo discurre para establecer el intervalo en el que cree haber debido verificarse, y opina que no pudo ser anterior al año 408, ni posterior al 260 antes de J. C., pero sin adoptar entre ambos términos fecha alguna ni aun conjetural. Campomanes señala el año 406, Florian de Ocampo el 440, Mariana el 448, y finalmente Bougainville, Sainte-Croix y Falconer el 570. Las razones que estos alegan en pro de su opinion no dejan de ser de algun peso, y en efecto, si se atiende á que precisamente en aquel siglo habia llegado Cartago al estado de esplendor en que la representa Plinio en la época de la empresa de Hannon; á que el imprudente llamamiento de los Gaditanos, hostigados en sus establecimientos inmediatos al Betis por la poblacion celta del interior, la habia hecho señora de las colonias fenicias de aquella parte de la España, y á que dominaba ella sola la entrada del estrecho, se concibe que acudiera á los Cartagineses la idea de explorar las costas de la Libia bañadas por el océano Atlántico y de fundar en ellas colonias, ya como escalas de un comercio de cabotage, ya para transportar allí útilmente para la metrópoli, el excedente de la poblacion libi-fenicia. El deseo de conocer los límites del continente en que se habia elevado la fortuna de Cartago, de extender por todo él la dominacion de la república, no era menos natural, y hubo de inspirar en todas épocas á sus ciudadanos la idea de empresas como la de Hannon.

Sin embargo, mas que la fecha de la expedicion, importa saber que resulta-

dos tuvo para el comercio y la navegacion de los Cartagineses, dueños de Cadiz, y hasta que punto aumentó los conocimientos geográficos de los antiguos relativamente al Africa.

Sobre este punto las opiniones son tan distintas como sobre la época de la empresa ; pero comparando las varios testimonios de los viajeros con las conjeturas de los críticos, puédense fijar los principales puntos del viaje de Hannon del modo siguiente, si no con seguridad, con probabilidad á lo menos.

Pasadas las colunas de Hércules, Hannon navegó durante dos dias á lo largo de la costa africana, despues de lo cual tomó tierra y fundó una primera colonia á la que dió el nombre fenicio de Dumathir, tomado de su situacion en medio de una extensa llanura, y cambiado por el traductor griego en Thymiaterion (1).

Segun M. Heeren, Thymiaterion habia de estar situada cerca de Larache, ó entre Larache y Mamora, y segun Ramusio, en el mismo punto donde se encuentra hoy la poblacion de Azimur, á los 32° de latitud norte y en la desembocadura del Omm-Rabye (el Asana de Plinio). Una notable circunstancia del lugar parece autorizar la última opinion, y es que al sur de Azimur se halla en efecto una vasta y fértil llanura que se extiende hasta las puertas de la Maraksch de los Arabes (Marruecos). El territorio ofrece allí todas las cualidades apetecibles para el establecimiento de una colonia : « El Asana, hasta el cual llega la marea, dice Plinio, tiene un buen puerto y es continuacion del Fut, que corre á doscientas millas del Dyris (nombre del Atlas en el idioma del país); un rio llamado Vior atraviesa el camino que allí conduce, y dícese que se han encontrado en aquella comarca vestigios de viñas y de plantíos de palmeras, señales de antiguas habitaciones (2)».

Despues de permanecer allí el tiempo necesario para la fundacion de la nueva colonia, las naves cartaginesas continuaron su camino, y el cabo Soloes que Hannon avistó en breve, es sin duda el promontorio Solis de Plinio, y por lo mismo el cabo Blanco, situado cerca de Azimur. Existen dos cabos de este nombre, el uno en los 33° de latitud norte, y el otro en los 70° de igual latitud. El Soloes de Hannon es el primero, segun M. Heeren, pero Rennel opina que ha de ser el cabo Kantin, distante de aquel un dia hácia el sur. Hannon le consagró elevando en él un templo á Neptuno y es probable que dejase algunos sacerdotes para el servicio del templo, pudiendo ser este considerado como un punto intermedio en el cual se detenian los navegantes para sacrificar y tomar reposo.

En adelante el almirante cartaginés parece haberse ocupado principalmente en el objeto mas importante de su mision, y estableció de distancia en distancia cinco colonias á las que dió nombres fenicios de un significado fácil de descifrar bajo la forma griega con que han llegado hasta nosotros; llamólas Carikon-Teikos, Gytten, Akra, Melitta y Arambys (3). Segun M. Heeren, aquellas cinco factorías cartaginesas habian de estar escalonadas á lo largo de la costa en el

---

(1) Dumathir, quasi πεδιάδα dixeris, id est campestrem urbem.

(2) Plinio, l. V, c. I.—Observemos de paso que los Kábilas montañeses dan todavía al Atlas los nombres de Adraes, Adras, Edrarin, Aderim, segun las diferentes pronunciaciones.

(3) Καρικὸν-Τεῖχος, Murus-caricus, en púnico *kir-chares*, muro del sol ; Isaías en el c. 16, v 2. menciona una ciudad de este nombre.—Γύττην, Gytten, en siro *geth*, rebaño, plural *gitthin*;—Ἄκραν, Acra, Hakra, en sirio y en hebreo fortaleza, ciudadela , *arx* ;—Μελίτταν, en hebreo Melitta, ciudad

país de Safy ó Asafi, mas allá del cabo Kantin, entre este cabo y el Lixus.

Hecho esto, y sin duda solo con parte de su armada, el almirante cartaginés continuó su viaje hácia el sur, mas, á lo que parece, con el designio de explorar la costa que de establecerse en ella, llegando en breve á la vista del rio Lixus, á lo largo del cual estaban diseminados los pastores errantes ó nómadas, á quienes Hannon llama Lixites. Las naves cartaginesas anclaron en la desembocadura de aquel rio, y Hannon entró en relaciones con los nómadas Lixites. ¿Quiénes eran esos hombres? Quizás pastores de las tribus errantes, llamados por otros autores de la antigüedad, Perorses ó Pharusos, descendientes de los Persas de Salustio, y próximos parientes de los Númidas vecinos de Cartago, aunque mas bárbaros. De todos modos habia de existir alguna afinidad de lenguaje entre aquel pueblo nómada y los Libi-Fenicios de Hannon, en cuanto estos se entendieron sin dificultad con él hasta el punto de haber llevado el almirante cartaginés algunos de sus individuos en clase de intérpretes. La situacion exacta del Lixus de Hannon no ha podido ser fijada de un modo positivo, pero entre las muchas opiniones parece la mas verosimil la de M. Heeren que dice ser el Marrokos (ó Tersif); Bougainville, empero, que en sus comentarios sobre el Periplo se complace en ensanchar sus límites tanto como Gosselin los estrechó despues, cree que el Lixus de Hannon es el Rio do Ouro de los Portugueses, especie de brazo de mar ó lago de agua salada que Hannon, dice, pudo muy bien tomar por la desembocadura de un gran rio.

La posicion de la isla donde Hannon fundó la última colonia tampoco ha sido determinada. Cerné, segun M. Heeren, ha de estar situada cerca de Mogador ó cerca de Santa Cruz; Bougainville y Rennel quieren que sea la isla de Arguin.

Segun Bougainville, que hizo este mismo viaje, el cálculo de Hannon, segun el cual la navegacion de Cartago á las colunas es igual á la de las colunas á Cerné, es exacto aplicado á la isla de Arguin. «Segun el itinerario de Antonino, dice, la distancia de Cartago al estrecho es de mil quinientas dos millas romanas, siguiendo de cerca la costa, distancia que equivale á veinte grados, y si se aplica la misma distancia á la otra parte del estrecho en cartas marítimas exactas, se verá que es la que separa el cabo Espartel de cabo Blanco, situado á diez y seis ó diez y siete leguas al oeste de la isla de Arguin.»

Hannon dejó probablemente el grueso de su armada en Cerné, y queriendo explorar mas aun la costa que se extiende hácia el sur, partió con algunos buques, y navegó con las circunstancias descritas hasta encontrar un gran rio lleno de cocodrilos y de hipopótamos, que Rennel y Heeren no vacilan en reconocer por el Senegal. «Desde allí, dice Hannon, retrocedimos á Cerné» ¿Por qué causa interrumpió su navegacion y volvió por el mismo camino? El almirante cartaginés no lo expresa.

Fuese por lo que fuere, Hannon volvió á Cerné de donde habia salido, y partió en breve otra vez, sin duda con mejores buques y mas abundantes provisiones, internándose resueltamente por aquellas ignoradas regiones. Esta es la parte del viaje que ofrece circunstancias mas extraordinarias y hasta fabulosas en

---

de cimientos de arena y cal;—Αραμβυν, Arambyn, *har-anbin*, monte idóneo para las viñas. V. Bochart, Geogr. sagr., l. II, c. 87.

apariencia, aunque muy fáciles de explicar. Por espacio de doce dias, Hannon siguió una costa habitada, dice, por Etiopios salvajes que huian á la vista de los Cartagineses; en vano quiso trabar relaciones con ellos por medio de sus intérpretes Jixites; estos no consiguieron darse á entender. Los Cartagineses desembarcaron en una isla para pasar la noche; el lugar parecia desierto, pero, llegada la noche, vieron grandes hogueras y oyeron horrible estruendo de voces é instrumentos. Sobrecogidos de terror, abandonaron la isla.

Despues de aquel pánico, continuaban turbando la imaginacion de los Cartagineses las hogueras que todas las noches veian en la costa; pero sobre ello ha de observarse que la misma costumbre tenian aun los naturales de aquella region cuando la descubrió el capitan portugués Cintra, y que á consecuencia de aquellas fogatas dió el nombre de *Rio dos fumos* al que corre ciento cuarenta millas mas allá del cabo Santa Ana. «Mosto, redactor de las memorias de Cintra, asegura, dice Bougainville, que los negros encendian aquellas hogueras para advertirse recíprocamente del prodigio que heria sus ojos, es decir de la proximidad de los buques portugueses que tomaban en un principio por aves monstruosas á causa de sus velas. Los Etiopios ó negros de la época de Hannon estaban en igual caso que los del tiempo de Cintra, y la vista de la armada cartaginesa habia de producir en ellos igual efecto.»

Estas cosas sucedieron á Hannon hácia la desembocadura del Gambia, segun opina M. Heeren. El Cuerno del Sur del almirante cartaginés seria, segun dicho escritor, la misma desembocadura de aquel rio, y se funda para esta interpretacion en que los Griegos llamaban cuernos del rio á los brazos del mismo.

El ardiente país de Thymiamata, segun el mismo crítico, ha de buscarse en las costas de la Senegambia, donde muchas circunstancias naturales corresponden muy bien al relato que acaba de leerse.

M. Heeren, que como Rennel rechaza las razones por las cuales ha intentado Gosselin reducir la navegacion de Hannon á los mas estrechos límites, demuestra perfectamente, por medio de un pasaje de Herodoto, que en tiempo de este historiador, los Cartagineses habian establecido una navegacion regular hasta la Costa de Oro, cuyo camino, dice, fué quizás descubierto por el viaje de Hannon (1). En su consecuencia, Heeren y Rennel toman las Gorgadas de Plinio, las modernas islas Bisagos, inmediatas á Gambia, por las Gorillas de Hannon, y por consiguiente por el término del derrotero de nuestro navegante. Bougainville, empero, cree, que el término del viaje fué la isla de Icboo, inmediata al lago Couramo.

(1) Aquel pasaje de Herodoto (IV, 196), dice así:—«Los Cartagineses afirman que mas allá de las columnas de Hércules, en las costas de la Libia, existen paises habitados; añaden que llegan hasta ellos á bordo de buques mercantes, y en seguida depositan en la playa sus mercancías, volviendo luego á sus buques y dando señal de su presencia con una gran humareda. Los naturales del país acuden entonces á la playa, colocan junto á las mercancías la cantidad de oro que ofrecen en cambio y se retiran al interior. Los Cartagineses desembarcan otra vez, y si el oro ofrecido les parece bastante, dejan la mercancía y se llevan el oro. Si el precio no les parece aceptable, se vuelven á sus buques y esperan nuevas ofertas. Los naturales se presentan de nuevo y añaden cierta cantidad de oro, hasta que por ambas partes se cierra el trato, y no hay ejemplo de haberse faltado recíprocamente: los unos no tocan el oro hasta que la cantidad ofrecida es igual al valor de la mercancía, y los otros no tocan las mercancías hasta que su oro ha sido aceptado.» Este comercio mudo que supone tanta buena fe, está todavía en uso en muchos pueblos de la costa de Africa.

En cuanto á las mismas Gorillas, á aquellas mujeres de cuerpo velludo, de las cuales solo pudieron coger á tres, cuya piel fué llevada á Cartago, eran probablemente monas de la especie mas corpulenta. Es claro que no podian ser negros, únicos hombres que habitaban en aquellas playas, y pruébalo lo dicho por Hannon acerca del vello que cubria su cuerpo. El negro tiene el cuerpo enteramente mondo; en su cráneo y barba, en vez de cabello y pelo, crece una especie de lana rizada, y nada se asemeja menos que el negro á un animal velludo. Es, pues, imposible engañarse, pero con facilidad se comprende que en aquella época tomase Hannon á monos de gran talla por una raza desconocida de hombres. Las siguientes explicaciones que da un viajero (1) acerca de los monos Pongos ó Gigantes no pueden dejar duda alguna sobre esto.

«El Pongo tiene mas de cinco piés; su talla es la de un hombre ordinario, pero es dos veces mas gordo. Su rostro sin vello se asemeja al del hombre; sus ojos son grandes y hundidos, y una larga cabellera le cubre la cabeza y las espaldas. Su cuerpo, excepto las manos, está cubierto de vello; tiene los piés sin calcañar y semejantes á los monos, pero esto no le impide mantenerse en pié y correr. Estos animales pasan la noche encaramados en los árboles, y se construyen en ellos una especie de abrigos contra las lluvias que inundan el país durante el verano. Se alimentan de frutos y de yerbas, y cubren sus muertos con hojas y ramas, lo que consideran los negros como una especie de sepultura. Al encontrar los Pongos por la mañana los fuegos que los negros encienden por la noche, viajando á través de aquellas selvas, se acercan é ellos con ademanes de placer, pero jamás han imaginado mantenerlos arrojando leña á las llamas. Su fuerza es sorprendente; atacan á los elefantes con palos y á veces consiguen victoria; y como rompen cuantos lazos se tienden para cogerlos, los negros los matan con flechas emponzoñadas.»

«Por esta razon, añade Bougainville, los Cartagineses hubieron de dar muerte á las tres hembras que cogieron. El reino de Mayombe, donde son muy comunes tales animales, forma parte del de Benin, y se concibe que los Pongos pasen con facilidad á la isla de Ichoo, inmediata al lago Cauramo. Cuanto de ellos refieren los negros debió de hacerlos tomar por hombres salvajes á viajeros que solo podian juzgar de su figura.»

§ 2.°

Heeren ha dado como pertenecientes al Periplo de Himilcon detalles que Avieno no pudo tomar de este; en efecto, Himilcon no pudo decir que Gades hubiese perdido su esplendor y se hallase desierta en su tiempo, y que exceptuando la fiesta de Hércules, nada vió en ella sorprendente; Avieno es quien habla aquí, no Himilcon. Resulta, pues, que los pasajes de su poema, tomados del relato de Himilcon son aun mas cortos de lo que se supone, y se limitan á algunos detalles que con facilidad se distinguen de los que pertenecen á Avieno. Mas adelante daremos otro pasaje del poeta geógrafo relativo á las mismas costas de España, sacado tambien, á lo que parece, de antiquísimas memorias cartaginesas cuyas copias existirian todavía en su tiempo.

(1) Andres Battel.

FRAGMENTOS DEL PERIPLO DE HIMILCON Á LAS COSTAS SEPTENTRIONALES DE EUROPA, SEGUN AVIENO.

I. Ora Marítima, v. 80.—180.

Las tierras del vasto universo se extienden á lo lejos y las aguas las rodean por todas partes. En el lugar en que las olas del Océano se chocan y se precipitan hácia nuestro mar, empieza el golfo Atlántico, y allí se encuentra la ciudad de Gaddir, llamada antes Tartessus, y las colunas de Hércules, Abila y Calpé. Las tierras inmediatas de la izquierda pertenecen á la Libia, y la otra region (en su parte mas remota) está expuesta á recios vientos del norte. Ocúpanla los Celtas, y allí se eleva el promontorio llamado antes Œstrymnon , cuya cima peñascosa se inclina y se prolonga hácia el templado mediodía (1). Á sus piés se abre el golfo llamado Œstrymnico por los habitantes, y en él están situadas las islas Œstrymnidas , ricas en metales de estaño y plomo. El pueblo activo y fiero que las habita está entregado al comercio, y atraviesan los abismos del turbulento Océano que los separa de la tierra firme, en canoas no construidas, segun costumbre, de madera de pino ó de abeto, sino fabricadas, ¡oh prodigio! con simples pieles de animales cosidas entre sí, con las cuales se arriesgan hasta en alta mar. Empléanse dos dias para ir desde allí á la isla Sagrada, como antes era llamada, la que ocupa un gran espacio en el mar y sirve de morada al pueblo de Hibernia. Immediata á ella se encuentra de nuevo la isla de los Albiones.

Los Tartesios llegaban en sus expediciones mercantiles hasta las Œstrymnidas; el pueblo de Cartago y de sus colonias navegaba tambien por aquel mar, y empleaban cuatro meses en el viaje, segun nos dice el cartaginés Himilcon, á causa de faltar el viento á las naves y de estar las olas en impasible calma. Himilcon añade que la superficie de las aguas aparece cubierta de juncos y plantas marinas que con frecuencia impiden el paso del buque; el mar está lleno de bajíos apenas cubiertos por el agua, y los buques, á los cuales rodean sin cesar mónstruos marinos, se arrastran con trabajo en medio de tantos escollos (2).

II. v. 263—271.

A lo lejos se ve el fuerte de Geryon; aquí empieza el vasto golfo de Tartessus, siendo necesario un dia de navegacion para llegar al rio del mismo nombre. Allí está situada la ciudad de Gaddir (nombre que en lengua púnica significa

(1) «El promontorio Œstrymnon, dice Heeren, ha de buscarse en la costa occidental de España. ¿Es el cabo de Finisterre ú otro distinto? difícil es determinarlo cuando el mismo poeta no tenia de él sino una idea confusa.» Sin embargo, quizás el poeta, siguiendo á Himilcon, para quien era ya muy conocida la costa occidental de España, salva de un salto un largo espacio, y habla desde un principio del cabo á cuyo pié se extiende el golfo en que están situadas las Œstrymnidas. Esta opinion es muy probable, y es fácil que Avieno, que escribia teniendo á la vista el Periplo de Himilcon, no se detenga en describir la costa occidental de España, de la que hablará despues y se traslade al océano Británico. En este lo que mas parece haber sorprendido á Himilcon es el gran cabo de Land's-End, el mas occidental y meridional á la vez de la isla de los Albiones, «cuya peñascosa cima se inclina y se prolonga hácia el templado mediodía.»

(2) Reconócese en esta pintura la política cartaginesa. El relato de Himilcon se proponia sin duda popularizar el horror hácia aquellos mares y apartar de ellos á los navegantes, pues nada de lo que en él se dice está conforme á la verdad; ni las aguas muertas, ni la falta de vientos, ni el gran número de bajíos, ni por fin la abundancia de aquellas yerbas y mónstruos que rodeaban á los buques. La idea que tales relatos infundieron se hizo sin embargo popular en la antigüedad, y aun despues de la expedicion de César, Tácito llamaba todavía al mar de Escocia, *pigrum mare*.

rodeada de diques); antes se llamaba Tartessus, grande y opulenta ciudad en las edades antiguas, y ahora degenerada, pequeña, miserable, llena de sus propias ruinas; excepto la fiesta de Hércules, nada ví en ella sorprendente.

III. v. 301—317.

La encumbrada fortaleza y el templo de Geryon se adelantan é inclinan hácia el mar, y el golfo penetra entre altísimas rocas; cerca de la segunda eminencia (aquella en que está edificado el templo), desagua el rio. No lejos de allí se levanta el monte Tartessus, coronado de espesos bosques, y encuéntrase luego la isla Erythia, en otro tiempo poseida por los Cartagineses, pues sus primeras poblaciones fueron colonias de Cartago. Un canal de cinco estadios separa del continente al fuerte Erythia, y á una jornada de navegacion hácia el occidente se halla una isla consagrada á la Venus marítima. En ella existe un templo en honor de la diosa y un profundo antro donde explica sus oráculos.

Mas allá de las colunas, en las costas europeas, los ciudadanos de Cartago poseyeron antes muchos pueblos y ciudades, pues tenian por costumbre construir sus buques de escaso fondo á fin de poder penetrar por entre los bajíos. Mas adelante, al occidente de las colunas, dice Himilcon, el mar se extiende inmenso y sin límites; nave alguna se ha aventurado aun por aquel mar, donde ningun soplo propicio hincha las velas, y donde espesas nieblas cubren siempre el abismo y oscurecen el dia. Aquel es el vasto Océano, el mar infinito que mugiendo rodea y aprisiona al mundo.

Esto es lo que refiere el cartaginés Himilcon por haberlo visto y experimentado él mismo, y para que llegue á tu noticia, lo he tomado yo de los antiguos anales de Cartago.

IX.

Fragmento de Avieno sobre las costas é islas de la España Oriental, segun los mas antiguos autores.

Ora Marítima, v. 459—533.

Estas tierras (las de la Bastetania) eran habitadas antiguamente por Fenicios; prolóngase inmediata á ellas una playa arenosa, frente la cual hay tres islas, de distancia en distancia. Allí terminaban antes los dominios de los Tartesios; allí estuvo situada la ciudad de Herna, allí moraban los Gymnetos. Ahora aquel territorio está desierto, y el sonoro Alebo corre y murmura solo para sí. Mas lejos está situada en alta mar la isla Gymnesia, que dió su antiguo nombre á los habitantes de aquellas playas, incesantemente teñidas de espuma por las olas encrespadas. En las mismas aguas se encuentran las islas Pithyusas, y ocupan gran espacio las islas Baleares. Frente á ellas habitaron los Iberos, cuyos dominios se extendian á lo lejos, á lo largo del mar interior hasta la elevada cima de los Pirineos, siendo su capital Ibera (1). La orilla se ofrece en un principio cubierta de estériles arenas. Viene en seguida Hemeroscopium, ciudad antiguamente muy populosa, y que ahora no es mas que un territorio sin habi-

(1) Los manuscritos dicen Idera, pero esto es sin duda falta del copista.

tantes infestado por aguas detenidas. Mas lejos se encuentra la ciudad de Sitana, allí llamada por los Iberos, por su proximidad á un rio del mismo nombre. A poca distancia, el rio Tyrius rodea la ciudad de Tyris, y en el interior de las tierras se extiende una vasta region cubierta de malezas, por donde divagaban con sus numerosos rebaños los Beribracios, nacion salvaje y feroz, que se alimentaba únicamente de leche y de queso, y vivia como los brutos sin hacer uso de su razon. Aparece luego la elevada punta de Caprasia internándose en el mar, y el resto de la costa se extiende desierto hasta el territorio inhabitado del triste Chersoneso, el cual confina con el lago de los Naccareos, llamado así por antigua costumbre. En medio de él, se eleva una isla fértil en olivos y por ello consagrada á Minerva. En aquel territorio existieron muchas ciudades, tales como Hylactes, Histra, Sarna y la noble Tyrichæ, nombres todos que datan de la mas remota antigüedad. Los habitantes mas célebres de aquellas sinuosas costas fueron los Griegos, quienes, poseedores de una tierra fértil, abundante en ganado, en viñedos y en los dones gratos á Ceres, transportaban sus mercancías por el Ibero hasta el interior de las tierras. El monte Acer proyecta luego su soberbia sombra, y el rio Oleus que divide en dos los inmediatos campos, corre entre las dos cimas gemelas de la montaña. Otro monte inmediato, el Sellus (cuyo nombre es antiquísimo) se eleva hasta las nubes; en él se encontraba en tiempos muy remotos, la ciudad de Labedontia, mas ahora no es mas que un desierto, morada de fieras. Sigue durante un largo espacio, una llanura arenosa en que existieron la ciudad de Salauris y la antigua Callipolis que se envanecia de sus antes elevadísimas murallas y de la magnificencia de sus edificios, llenando con sus numerosos lares un vasto recinto rodeado de un lago abundante en pesca. Mas lejos está la ciudad de Tarraco, luego la agradable residencia de los opulentos Barceloneses, cuyo puerto abre en el mar sus dos tutelares brazos y cuya campiña se ve regada por frescos manantiales. Vienen en seguida los groseros Indigetas, raza dura y feroz, que solo vive de la caza y habita en cavernas; á su territorio pertenece el Celebandicus, cuyas pendientes llegan hasta el mar, y en él estuvo situada, á lo que se dice, una ciudad llama de Cypsela, cuyos vestigios todos han desaparecido. Abrese allí un puerto semejante á un vasto y profundo golfo, junto al cual se prolonga el territorio de los Indigetas hasta la cima del alto Pirineo.

OBSERVACIONES.

Para la inteligencia del relato de Avieno, es necesario dividirlo en cuatro artículos, referentes á cuatro objetos distintos.

Es evidente que Avieno divide el litoral que describe en cuatro partes. Los ocho primeros versos tienen por objeto las costas orientales de Murcia y Valencia, desde el cabo de Palos hasta Benidorme; en el verso noveno y siguientes habla el poeta de las islas situadas entre ambos puntos, y luego continua describiendo las costas del continente que considera de un modo general como morada de los Iberos, quienes, segun él, ejercian su dominacion á lo largo del mar interior hasta los Pirineos. Esta circunstancia es muy de notar, pues precisamente se encuentran los Iberos en los puntos donde los Griegos se han establecido. En el verso décimo sexto continua su descripcion, desde Benidorme hasta la orilla izquierda del Ebro, y por fin el cuarto y último capítulo, que empieza

en el verso 19, comprende la descripcion de todo el litoral de Cataluña, desde la desembocadura del Ebro hasta la punta de los Pirineos, ó con mas precision hasta el cabo de Creus.

En la primera division, es decir, desde el cabo de Palos hasta Benidorme, coloca tres pequeñas islas anónimas, una ciudad llamada Herna, un pueblo al que da el nombre de Gymnetos, y un rio llamado Alebo. Las tres islas que ocupaban á larga distancia una de otra toda la extension de la costa, son, segun Masdeu, las de Escombrera, Santa Pola y Benidorme, separadas en efecto entre sí por un espacio de muchas leguas, y situadas la una al principio, la otra en el centro y la otra al fin de aquel litoral. Masdeu opina que el rio Alebo, que mereció el nombre de sonoro, habia de ser el Segura que desagua en Guardamar, y que es en realidad el rio mas caudaloso de aquella comarca.

Los Gymnetos, nombre griego que en otra parte hemos ya explicado, habitaban sin duda junto el golfo de Alicante, en cuyas inmediaciones estaria tambien situada la ciudad de Herna.

En la segunda division Avieno hace mencion de la isla Gymnesia, de las Pithyusas y de las Baleares, y luego por segunda vez de los Iberos en general. Por Gymnesias muchos autores antiguos entienden las islas de Mallorca y Menorca, pero no parece haber sido esta la idea de Avieno; lo mas probable es que quiso designar otra cosa, y en efecto, nombra las islas de aquella costa con el mas escrupuloso órden topográfico; primeramente las mas inmediatas, las mas lejanas luego, y designando á Mallorca y Menorca por el nombre dominante de islas Baleares, entiende por isla Gymnesia, Formentera, situada delante del golfo de Alicante, á cuyos habitantes llama Gymnetos. Avieno da en seguida el nombre de Pithyusas á la isla de Ibiza y á los islotes que la rodean, extendiendo el nombre de Baleares á Dragonera y Cabrera, inmediatas á ellas (1). Por Iberos en fin entiende todos los habitantes de raza bárbara de la costa oriental de Hispania, que no podrian ser mas que Galos de la primera emigracion, ó Celtas, desde las tierras de Benidorme hasta los Pirineos.

En la tercera division, desde Benidorme á la desembocadura del Ebro, el poeta nombra muchos pueblos y rios, y en primer lugar Hemeroscopium, ciudad griega cuyo nombre significa *lugar desde donde se observa de dia*, y que corresponde al pueblo de Jabea, inmediato á Denia, que era, como ya sabemos, una colonia de Marselleses. El Sitanus y el Tyrius que dieron su nombre á las ciudades de Sitana y de Tyris parecen ser el Sucron (hoy el Jucar), y uno de sus últimos confluentes hácia el mar. Quizás este rio no era otro que el Turia ó Turis de la antigua geografía, de modo que las dos ciudades podian estar situadas la primera no lejos de Cullera, en la desembocadura del Jucar, y la segunda cerca de Valencia, en la del Guadalaviar, y esto en caso de que Sitana y Tyris no hayan sido los nombres originarios de las mismas ciudades de Cullera y Valencia. Sea como fuere, el poeta coloca mas allá de la ciudad de Tyris una nacion nó–

(1) Las verdaderas Pithyusas, πιθύουσσαι, Islas de los Pinos, eran en número de dos, cuyos nombres particulares eran Ebusus y Ophiusa (Ibiza y Formentera). Entre las islas de la Propontida habia una Ophiusa (véase á Plinio, l. V., c. 44.), llamada así, como la Ophiusa española, por las muchas serpientes de que estaba poblada; hoy se llama Afzia, segun d'Anville.

mada á la que llama de los Beribracios; algunos sustituyen á este nombre el de Belerices para la cadencia del verso, pero Masdeu observa con mucha oportunidad que muchos versos de Avieno empiezan por un pié anapesto, es decir, compuesto de dos sílabas breves y otra larga, como en esta misma palabra Beribracios. Estos pueblos ocupaban, segun todas las apariencias, las tierras del norte de Murviedro y de Burriana. Algo mas allá coloca el poeta geógrafo un promontorio al que llama Caprasia, correspondiente en la moderna geografía al cabo situado al sudoeste de Peñíscola, y despues una playa desierta hasta el Ebro donde habla de un chersoneso, es decir, de una península, y del lago de los Naccareos con una isla en su centro consagrada á la diosa cuyo atributo es el olivo. El *Chersonnesus cassa*, el *lacus Naccarorum*, y la *Insula Minervæ sacra* de Avieno han de buscarse, segun Masdeu, hácia Benicarló ó Etovesa de la antigua geografía, y, segun Romey, hácia la misma desembocadura del Ebro, donde se hallan el puerto de los Alfaques y la torre del Olivar. El monte Acer y el rio Oleus parecen deberse encontrar el primero en uno de los cabos del golfo de Amposta, y el segundo cerca de la antigua Oleastrum. En cuanto á las misteriosas ciudades de Hylactes, de Hystra, de Sarna y de Tyrichæ estuvieron situadas sin duda en ambas márgenes del Ebro, y una de ellas á lo menos parece haberse elevado á media legua de Alcalá de Chisvert, en un territorio que conserva todavía el antiguo nombre de Histra. A últimos del siglo pasado, el conde de Luminares, erudito anticuario, escribió á Masdeu sobre esta cuestion lo que transcribimos á renglon seguido:—«Cuatro meses hace que he salido de mi casa y que estoy sin domicilio fijo viajando por montes y valles para investigar los límites de la Celtiberia y de la Ilercavonia. En mis expediciones he encontrado varias inscripciones inéditas, algunas medallas y muchas antigüedades dignas de aprecio, y creo haber descubierto la antigua Histra de Avieno; á lo menos es positivo que á media legua de esta poblacion (Alcalá de Chisvert) se encuentra una pequeña eminencia llamada Histra desde los tiempos mas remotos, segun cuenta la gente del país. Vense allí todavía algunos restos de notables antigüedades, y hállanse vasos de tierra de Sagunto, medallas de letras desconocidas, y muchos pedazos de hierro y de plomo del tamaño de un guijarro. Los Beribracios que, segun Avieno, habitaban esta region, usarian la honda como los Baleares, y se servirian en vez de piedras de esta especie de proyectiles. Entre los objetos curiosos que allí se han encontrado, he visto un ápis de bronce, un medallon de mármol, dos medallas de plata con la figura de un buey y caracteres desconocidos, y muchas de cobre con testas bárbaras entre dos arados y un caballero montado en el reverso.»

Finalmente, la cuarta division comprende las costas de Cataluña desde el Ebro hasta los Pirineos. El Sellus, que es, á lo que parece, la montaña que se adelanta dentro del mar y forma el cabo Salou, y la ciudad de Sabedontia estuvieron situados sin duda entre Tortosa y el mar. No lejos de allí se encontrarian las ciudades marítimas de Salauris y de Callipolis, ciudades griegas, á juzgar por sus nombres, el primero de los cuales significa *agitada por el mar*, y el segundo *civitas pulchra*. El poeta nombra en seguida las ciudades de Tarragona y Barcelona, y segun parece, extiende los dominios de los opulentos Barceloneses hasta el cabo de Palamós, á lo menos no hace mencion de otra ciudad alguna en todo este intervalo. El Celebandicus, promontorio saliente de que habla en último lu-

gar, es conocido hoy con el nombre de Palafurgell, y ofrece todavía los caracteres todos que le atribuia Avieno. Allí se encontraba Cypsela, que significa en griego *reclinada*, de la cual no quedaban ya restos en tiempo del poeta. El puerto vasto y profundo, semejante á un golfo que menciona por fin de su relato sin nombrarlo, no puede ser sino el golfo de Rosas. Desde allí hasta la cima del alto Pirineo, dícenos el poeta que se extendia el territorio de los Indigetas, y pasa luego á describir las costas de las Galias.

X.

Geografia, confines, pueblos y ciudades de la España antigua segun Plinio, Estrabon y Ptolomeo.

§ 1.°

ESPAÑA CITERIOR, Ó TARRACONENSE.

« En el cabo Pirenaico, dice Plinio, empieza España (1). La primera costa que se presenta es la de la España citerior, llamada por otro nombre Tarraconense. Junto al Océano y mas allá de los Pirineos se encuentra la selva de los Vascones, luego Olarso y las ciudades de los Vardulos en el lugar que ahora ocupa la colonia de Flaviobriga. Viene en seguida el país de los Cántabros que tiene nueve ciudades, y luego el rio Sanda, el puerto de la Victoria, que pertenece á Juliobriga y dista cuarenta millas de las fuentes del Ebro, el puerto Blendium, los Orgenomesques, nacion cántabra, y Vereasueca, uno de sus puertos. En el territorio de los Asturos está situada la ciudad de Noega, y en una península habitan los Pésicos. » El naturalista sigue nombrando los principales pueblos y lugares que se hallan hasta el Durio, esto es, los Cibarques, los Egovarres Namarinos, los Jadones, los Arrotrebes, el cabo Céltico, los rios Florio y Nelo, los Celtas Nerios, los Tamaricios, de los cuales posee la Península tres aras Sestias dedicadas á Augusto, los Capores, la ciudad de Noela, los Celtas Presamarcos, los Galecos, divididos en varias naciones, los Brácaros, los Helenos, los Gravios, cuyo nombre galo de *Craghii*, *Graghii*, *Gravii*, por alteracion de *crag*, *craig*, *graig*, piedra, roca, como si dijéramos *habitantes en sitios pedragosos*, toma Plinio por un nombre griego; el fuerte Tyde, Abobrica, ciudad de Galecia calificada de importante, el Minio cuya desembocadura tiene cuatro millas de ancho, los Leunes, los Seurbes, Augusta, ciudad de los Brácaros, la Lisinia, el Durio, uno de los rios mas caudalosos de la Península, que

(1) En otra parte (l. III., c. 7) explica Plinio del modo siguiente la division general de la España bajo este título: Tum Hispaniæ totius: « La primera region que se encuentra en Europa llegando por el Africa) es la España ulterior ó Bética. En Urges empieza la Citerior ó Tarraconense que termina en la cordillera de los Pirineos. La ulterior se divide en dos provincias; la Bética, y mas al norte la Lusitania. El límite de ambas comarcas es el Anas, famoso rio que nace en las tierras de Laminium, en la España citerior, y que ya formando pequeños lagos, ya estrechando su alveo, ya desapareciendo en el fondo de subterráneos abismos, como si se complaciese en nacer y en renacer, desagua por fin en el Atlántico. La Tarraconense, inmediata á los Pirineos, ocupa una parte de la cordillera, y se extiende despues oblicuamente desde el mar Ibérico al océano Galo. El monte Soloro y las cordilleras Oretánicas, Carpetánicas y Astúricas la separan de la Bética y de la Lusitania.

nacido, dice, en el territorio de los Pelendones, baña Numancia, atraviesa las tierras de los Arévacos y Vacuos, separa á Asturias de los Vetones, á la Lusitania de Galecos y á los Túrdulos de los Brácaros (Plinio, l. IV, c. XXXIV.)

En otra parte (l. III, c. IV) Plinio habla de la Tarraconense y dice que en su tiempo se componia de siete círculos *(nunc universa provincia dividitur in conventus septem: Carthaginiensem, Cæsaraugustanum, Cluniensem, Asturum, Lucensem, Bracarum)*, los cuales comprendian las islas. La provincia entera contenia además de ciento noventa y cuatro villas *contributæ* dependientes de las otras, ciento sesenta y nueve ciudades, á saber: doce colonias, trece ciudades romanas, diez y ocho de derecho latino, una aliada y ciento treinta y cinco tributarias. Entre los pueblos, Plinio nombra, ya á las grandes agregaciones de hombres de la misma raza ó mezclados que en razon de alguna circunstancia ignorada ó conocida de su historia ó de su primitiva situacion territorial, recibieron un nombre nacional, como los Bástulos, ya á los habitantes de una ciudad, como los Mentesani. Los de la primera categoría mencionados por Plinio, como pertenecientes á la Tarraconense, se encuentran en el interior de las tierras, y son los Oretanos, los Carpetanos, á quienes coloca en las márgenes del Tajo, los Vacceos, los Vetones y los Celtíberos Arévacos. Muchos, así del interior como de la costa, no son nombrados y sí únicamente designados por el nombre de su país, siendo algunos desconocidos. Las ciudades y los rios que nombra son los siguientes: Urci, Barca, limítrofe, ó por mejor decir, perteneciente á la Bética, la Mavitania, la Deitania, la Contestania, el Tader, Ilicis, Lucentum, de derecho latino hacia mucho tiempo, Dianium, tributaria, el Sucron, las ruinas de una ciudad del mismo nombre, la Edetania, Valencia, colonia romana, Sagunto, no colonia, sino ciudad romana *(civium Romanorum oppidum, fide nobile)*; el rio Uduba, el país de los Ilergaones, y luego el Ibero «caudaloso rio cuya navegacion, dice Plinio, procura á España la riqueza mercantil; nace en el país de los Cántabros, cerca de Juliobriga, y es su curso de cuatrocientas cincuenta millas, de las cuales doscientas sesenta son navegables á contar desde la ciudad de Varia. De su nombre formaron los Griegos el de Iberia, por ellos aplicado á toda la Península;» vienen luego los Cosetanos, el rio Subi, Tarragona, el país de los Ilergetas, una ciudad llamada Subur, el Rubricato, los Lacetanos, los Indigetas, y penetrando hácia el interior, los Ausetanos, los Lacetanos, y en las mismas gargantas de los Pirineos, los Cerretanos y los Vascones. «En la costa, añade, Barcelona, colonia, lleva el nombre de Favencia; y Bétulo, Iluro, el Larn y Blandes, Alba y Empories, ciudad doble, habitada por antiguos naturales del país y por Griegos, descendientes de los Foceos, preceden á Vénus Pirenaica, situada en la otra parte del cabo y á cuarenta millas de este.»

Plinio enumera y clasifica despues en sus círculos respectivos varios lugares célebres, distintos de los nombrados hasta aquí.

1.° Tarragona, donde litigan cuarenta y tres pueblos, entre los cuales los mas conocidos son: entre los ciudadanos romanos, los Dertusanos y los Bisgargitanos (sin duda los Bargusianos); entre los pueblos de derecho latino, los Ausetanos, los Cerretanos, divididos en Julianos y en Augustanos, los Edetanos, los Gerundianos, los Gesorianos, y los Teari Julienses; entre los tributarios, los Aquicaldinos, los Onenses y los Beculoneos.

2.° Ceseraugusta, colonia franca bañada por el Ebro, situada en el lugar que ocupó la antigua Salduba, en Edetania, extiende su jurisdiccion sobre ciento cincuenta y dos pueblos. Entre los ciudadanos romanos nombraremos á los Belitanos, á los Celsos, á los Calagurritanos Nasios, á los Ilerdios (tribu de los Surdaones, que moraba junto al rio Sicoris), á los Oscenses de la Vescitania y á los Turiasonenses; entre los pueblos de derecho latino, á los Cascantinos, á los Ergavicos, á los Gracurios, á los Leonicenses y á los Osicerdenses; entre los aliados á los Tarraginos, y entre los tributarios á los Arcobricos, á los Andologios, á los Arocelitanos, á los Bursaonenses, á los Calaguritanos Fibularenses, á los Complutenses, á los Carenses, á los Cencenses, á los Cartoninos, á los Damanitanos, á los Larnenses, á los Lursenses, á los Lumberitanos, á los Lacetanos, á los Lubianos, á los Pompelonianos y á los Segianos.

3.° Cartago reune sesenta y cinco pueblos, sin contar los habitantes de las islas. Entre ellos, las de la colonia de Accis Gemella y de Libisosona Foroaugustana gozan de los derechos itálicos; los de Castulo, originarios de la colonia de Salaria y tambien llamados Cæsari Venales, los Setabitanos Augustanos y los Valerianos tienen los privilegios del antiguo Lacio, y los tributarios mas conocidos son los Alabanenses, los Bastetanos, los Consaburinos, los Dianenses, los Egelestanos, los Ilorcitanos, los Laminitanos, los Mentesanos Oretanos, los Mentesanos Bastulos, los Oretanos Germanos, los de Segobriga, capital de los Celtiberos, los de Toledo junto al Tajo, capital de los Carpetanos, los Viaceos y los Vergilianos.

4.° En Clunia reúnense catorce pueblos Vardulos de los cuales solo nombra Plinio á los Albaninos; cuatro pueblos Turmogidas (ó Turmodiges) y entre ellos los Segisamoninos y los Segisama Julianos, los Carietos y los Vennenses, que poseen cinco ciudades, y entre ellas Velia; cuatro pueblos Polendones (ó Pelendones), á los que pertenecian los Numantinos; diez y ocho ciudades vacceas, siendo las principales Intercacia, Palancia, Lacobriga y Cauca. Entre los siete pueblos cántabros, solo merecen mencionarse los de Juliobriga; los Autrigones poseen diez ciudades, y entre ellas Tricium y Virovesca. Los Arévacos, llamados así del rio Areva, tienen seis ciudades, Saguntia y Uxama, cuyos nombres se reproducen en varios otros puntos, Segovia, Nova-Augusta, Termes y Clunia donde termina la Celtiberia. Bájase luego hácia el Océano y encuéntrase á los Vardulos ya nombrados, y á los Cántabros.

5.° Los Asturos, sus vecinos, se componen de veinte y dos pueblos divididos en Augustanos y en Transmontanos, teniendo por capital la magnífica Asturica. Distínguense entre ellos los Cigurros, los Pesicos, los de Lancia y los Zoeles. La poblacion asciende á doscientos cuarenta mil hombres libres.

6.° El círculo de Lucum comprende además de los Celtas y de los Lebunos, diez y seis pueblos poco conocidos y de nombres bárbaros; cuéntanse en él ciento sesenta y seis mil hombres libres.

7.° En el círculo de los Bracaros, donde veinte y cuatro ciudades poseen ciento setenta y cinco mil hombres libres, solo es posible nombrar despues de los Bracaros, á los Bibalos, á los Celerinos, á los Galecos, á los Hequæsos, á los Limicios y á los Querquernios.

La España citerior, dice Plinio al concluir, cuenta desde Castulo hasta el

cabo Pirenaico, seiscientas siete millas de largo y algo mas siguiendo la costa; su anchura, desde Tarragona hasta la costa de Olarso es de trescientas siete millas; pero como desde la base de los Pirineos, donde la Península se ve estrechada por ambos mares, se ensancha insensiblemente hasta llegar á la España ulterior, aumenta aquella hasta hacerse doble. La España y las Galias tienen por límites comunes dos cabos formados por los Pirineos, uno en un mar y otro en otro.

Plinio omite algunos pueblos, aunque pocos, mencionados por Estrabon y Ptolomeo, y tomando de su relacion los mas importantes, hecha abstraccion de aquellos que toman su nombre del de su ciudad (como los Segobrigos, los Calagurritanos, etc.) y añadiendo aquellos de que nos hablan los dos autores citados, puédense agrupar del modo siguiente las principales naciones de la España Tarraconense:

- **ESPAÑA CITERIOR ó TARRACONENSE.**
  - **Pueblos septentrionales.**
    - Callaici vel Gallæici.
    - Lucenses.
    - Bracari.
    - Celtici.
    - Præsamarci.
    - Neriæ.
    - Tamarici.
    - Artabres.
    - Arrotrebæ.
    - Pæsici.
    - Astures.
    - Augustani.
    - Cintabra.
    - Murbogii.
    - Turmodiges.
  - Naciones inmediatas á los Pirineos.
    - Autrigones.
    - Caristi.
    - Varduli.
    - Vascones.
    - Iaccetani.
    - Vescitani.
    - Ilergetes.
    - Cerretani.
    - Bargusii.
    - Lacetani.
    - Indigetes.
  - Pueblos de la costa oriental.
    - Ausetani.
    - Laletani.
    - Cosetani.
    - Ilercavones.
    - Suessetani.
    - Contestani.
  - **Pueblos del interior.**
    - Vaccæi.
    - Arevaci.
    - Carpetani Caracitani.
    - Pelendones.
    - Berones.
    - Lusones.
    - Celtiberi.
    - Edetani.
    - Turdetani Turbulenses.
    - Lobetani.
    - Olcades.
    - Oretani
    - Bastetani.

§ 2.°

ESPAÑA ULTERIOR.

(Comprende la Bética, la Beturia, la Lusitania y la Vetonia).

1.° Bética y Beturia.

Plinio continua su relacion en estos términos (l. III, c. III):

«La Bética, llamada así del rio que la divide en dos, sobrepuja á todas las demás provincias por su esmerado cultivo y por la riqueza de vegetacion que le es propia. Cuéntanse en ella cuatro cabezas de jurisdiccion, á saber: Gades, Córdoba, Astigis é Hispalis, y en todo ciento setenta y cinco ciudades, entre ellas nueve colonias, ocho municipios, veinte y nueve ciudades de derecho latino, seis libres, tres aliadas y ciento veinte tributarias. Las mas importantes y mas fáciles de nombrar en latin son: desde el Anas en la costa del Océano, Onoba Æstuaria, separada del gran rio por los rios Urium y Luxia, y luego pasado el Bétis y la costa de Cores que forma un golfo, Gades, de que hablaremos al tratar de las islas. El cabo de Juno, el puerto de Besippo y las ciudades de Belon y de Mallaria preceden al estrecho por donde penetra el Atlántico. Vienen luego Carteya, llamada por los Griegos Tartesia; el monte Calpe, y en la costa mediterránea la ciudad de Barbesula, con un rio de igual nombre; Salduba, Suel, Malaca, ciudad aliada, cerca de un rio del mismo nombre; Menoba, situada tambien en las márgenes de un rio; Sexi Firmum Julium, Selambina, Abdera y Murgis, límite de la Bética. Segun Agrippa, toda aquella costa está poblada de colonias púnicas. La parte oriental del Anas, opuesta al océano Atlántico, pertenece á los Bastulos y á los Túrdulos. Varron dice que la España entera está poblada de Iberos, de Persas, de Fenicios, de Celtas y de Cartagineses, añadiendo que los juegos de Baco ó sea el furor que se demuestra en tales juegos, han dado á la Lusitania su nombre que recuerda á las Bacantes, y que el de Hispania se deriva de Pan. Respecto á lo que refiere de Hércules, de Pyreno y de Saturno, me parece todo invencion y fábula.

«Nace el Betis, no como han dicho algunos en Mentesa, en la España Tarraconense, sino en la selva de Tugium, de donde sale tambien el Tader, que baña el territorio de Cartago; en Ilorca se desvia del sepulcro de Escipion, se dirige hácia el oeste y desagua en el océano Atlántico. Poco caudaloso en un principio, recibe despues las aguas de numerosos tributarios, que engrandecen á un tiempo su alveo y su fama; penetra en la Bética por Ossigitania, y desde allí su corriente se desliza mansamente por entre magníficas ciudades.

«Entre este rio y la costa del Océano, en el interior, las ciudades principales son: Segeda Augurina, Julia Fidencia, Urgao Alba, Ebura Cerealis, Iliberi Liberini, Ilipula Laus, Artigi Julienses, Vesci Faventia, Singili, Attegua, Arialdunum, Agla Minor, Bebro, Castra Vinaria, Espisibrium, Hippo-Nova, Ilucro, Osca, Escua, Saccubo, Nuditanum y Tuati-Vetus, ciudades todas de la Bastetania marítima y del distrito jurídico de Córdoba. Junto al rio se encuentran Ossigi Laconicum, Iliturgi ó Forum Julium, Ipasturgi la Triunfal, Sitie, Obulco Pontificense, retirada á catorce millas hácia el interior, Ripa Epora, ciudad aliada,

Sacili Martialium, Onoba, á la derecha Córdoba la Patricia, colonia, donde el Betis se hace navegable, y luego Carbula, Decuma y el Singulis, que desagua en el Betis en la orilla izquierda.

«En el círculo de Hispalis se hallan Celti, Arue, Canama, Evia, Ilipa Ilia, Itálica, Hispalis, colonia apellidada Romúlea, Osset ó Julia Constancia, Vergente ó Julñ Genius, Orippo, Caure y Siare. Encuéntrase luego el Menoba que desagua en el Betis en la orilla derecha, y entre las bocas del mismo vense Nebrissa, Veneria y Colobona. Asta Regia y Asido Cesariana, en el interior, tienen el título de colonias.

«El Singulis que, como se ha dicho, se pierde en el Betis, riega la ciudad de Astigi, por otro nombre Augusta Firma, colonia, y en este punto se hace navegable. Las demás colonias libres del círculo de Hispalis son Tucci, apellidada Augusta Gemella, Itucci ó Virtus Julia, Attubi ó Claritas Julia, Urso ó Genua Urbanorum, y Munda, que fué tomada al ser vencido el hijo de Pompeyo. Astigi la Antigua y Ostipo son libres. Callet, Calucula, Castra Gemina, Ilipula, Merucro, Sacrana, Obulculo, y Oningis son tributarias. Junto á la orilla del Menoba, que es tambien navegable, habitan los Alontigicelos y los Alostiges.

«El país que se extiende desde el Betis hasta el Anas, independiente de aquellos que acabamos de describir, se llama Beturia, y divídese en dos partes habitadas por dos naciones, los Celtas, que confinan con la Lusitania y pertenecen al círculo de Hispalis, y los Túrdulos, limítrofes de la Lusitania y de la Tarraconense, pertenecientes al círculo de Córdoba. Los Celtas son Celtíberos llegados de Lusitania, como lo prueban el culto, el idioma y los nombres de las ciudades correspondientes á los usados en Bética. Así Fama Julia es Seria; Concordia Julia, Nertobriga ; Restituta Julia, Segides ; Julia, Contributa; la actual Curiga, Uculturiacum ; Constancia Julia, Laconimurge ; Fortunales, Tereses, y Emanici, Callenses.

«La Céltica contiene además Acinipo, Arunda, Aruci, Turobriga, Alpesio, Sepone, y Serippo. La otra porcion de la Beturia, la que poseen los Túrdulos, y depende del círculo de Córdoba, cuenta entre otras ciudades con Arsa, Mellaria, Mirobrica, y en la Osintiada con Sisapo.

«En el círculo de Gades se encuentran Regina, ciudad romana, Regia Carissa, apellidada Aurelia, ciudad de derecho latino, Urgia por otro nombre Castrum Julium, y Cesaria Salutariensis, ambas de derecho latino, y trece ciudades tributarias, á saber: Besaro, Belippo, Barbesula, Lasippo, Besippo, Callet, Cappage, Oleastre, Itucci, Brana, Lacibi, Sagoncia y Andorises.

«Agripa señala á la Bética cuatrocientas setenta y cinco millas de largo por doscientas cincuenta y siete de ancho, pero en aquel entonces la provincia se extendia hasta Cartago, diferencia de la que provienen sin cesar grandes errores de cálculo, ya á causa de los nuevos límites dados á las provincias, ya por la desigualdad de los pasos geométricos mas largos ó mas cortos. Además, en tan gran espacio de tiempo unas veces los mares han invadido terrenos, y otras las playas han aumentado en extension; los rios han cambiado y modificado su curso; el punto de partida, las líneas que se siguen son distintas, y de ahí que jamás den dos cálculos igual resultado.

«En el dia cuenta la Bética doscientas cincuenta millas de largo desde Cas-

tulon á Gades, y veinte y cinco millas mas, partiendo de Murgis en la costa. Su anchura desde la costa de Carteya es de doscientas treinta y siete millas, de manera que por un extraño acaso, Agripa ha faltado á su proverbial exactitud en una obra en la que fijó toda su atencion, en aquel mapa del mundo que queria desplegar á los ojos del universo. Y Augusto participó de su error, pues mandó terminar el pórtico empezado por su hermana conforme al plano y á las memorias de Agripa, cuyo mapa fué grabado en él.»

LUSITANIA Y VETÓNIA.

«En el Durio, continua Plinio, empieza la Lusitania donde se encuentran los antiguos Túrdulos, los Pésuros, el rio Vacca, la ciudad de Talabrica, y las de Eminio, á orillas de un rio del mismo nombre, de Conimbrica, de Collipo y de Eburobritium. Penetra luego en el mar el cabo Artabrum, llamado por algunos gran cabo y por otros cabo Olisipo, enorme promontorio que separa dos vastas regiones, dos inmensos mares, dos cielos. Allí termina el flanco de la España, y una vez doblado, vese de frente á la Península.

«En una parte se halla el norte y el océano Galo, y en la otra el oeste y el Atlántico ; la longitud del cabo fijada por unos en sesenta millas, es aumentada por otros hasta noventa, y desde él hácia el Pirineo, muchos autores cuentan mil doscientas cincuenta millas... El Minio, segun Varron, dista doscientas millas del Eminio, al cual algunos autores colocan en otra parte y llaman Limeo; su nombre antiguo era el de rio del Olvido, y referíanse acerca de él mil fábulas. Desde el Durio hasta el Tajo habia igualmente doscientas millas, y entre ambos rios corre el Munda. El Tajo es célebre por el oro que arrastra entre sus arenas, y ciento sesenta millas separan su desembocadura del cabo Sagrado, sito en el centro de la costa de España. Desde él hasta los Pirineos cuéntanse, segun Varron, mil cuatrocientas millas, ciento veinte y seis hasta el Anas, límite de la Lusitania y de la Bética, y ciento dos á lo mas hasta Gades.

«Pueblos : los Celtas, los Túrdulos, los Vetones junto al Tajo, y los Lusitanos, desde el Anas hasta el cabo Sagrado. Ciudades notables en la costa desde la desembocadura del Tajo : Olisipo, famosa por sus yeguas á quienes hace fecundas el viento del oeste ; Salacia, apellidada Imperatoria; Merobrica, antes del cabo Sagrado y del Cuneico; Ossonoba, Balsa y Myrtilis.

«La provincia entera comprende tres círculos ó consejos, á saber: el de Emérita, el de Pax y el de Scalabis, y cuarenta y seis pueblos, entre ellos cinco colonias, un municipio de ciudadanos romanos, tres municipios de antiguo derecho latino, y treinta y seis tributarios. Las colonias son : Augusta Emerita, á orillas del Anas, Metallinum, Pax y Norba Cesariensis, de la que dependen Castra Cecilia y Scalabis por otro nombre Præsidium Julium. El municipio de derecho romano es Olisipo, apellidado Felicitas Julia. Las tres ciudades de derecho latino son Ebora ó Liberalitas Julia, Myrtilis y Salacia; y entre las ciudades tributarias puédense nombrar además de las antes citadas, Augustobriga, Ammium, Arandite, Arabrica, Balsa, Cesarobrica, Capera, Caure, Colarmun, Cibilis, Concordia, Elbocora, Interamnia, Lancia, Mirobriga Celtici, Medubriga ó Plumbaria, Ocelum ó Lancia, Turdeles ó Bardules y Tapores. La Lusitania, junto con Asturias y Galicia cuenta, segun Agripa, quinientas cuarenta millas de longitud por

quinientas treinta y seis de anchura. La España entera, siguiendo sus costas desde el uno al otro cabo Pirenaico, tiene de circunferencia tres mil nuevecientas veinte y dos millas, segun algunos autores, y segun otros, dos mil quinientas.» (Plin., l. IV, c. 35).

A ejemplo de lo que hemos practicado respecto de la España citerior, agruparemos los principales pueblos de la España ulterior del modo siguiente:

ESPAÑA ULTERIOR.	Betica y Beturia.	Pueblos.	Bastetani.
			Bastuli-Pœni.
			Turdetani.
			Turduli.
			Celtici.
	Lusitania y Vetonia.	Pueblos.	Lusitani.
			Cynetæ vel Cunetæ.
			Turdetani Celtæ.
			Turduli Veteres.
			Vettones.
			Celtici.
			Turduli Veteres.
			Turdetani Celtæ.
			Vettones (circa Tagum).
			Lusitani (ab Ana ad Sacrum).
			Turduli Barduli.
			Tapori.

Dividido el imperio en tiempo de Constantino en cuatro prefecturas pretorias, la España fué subdividida en siete provincias, y formó parte de la prefectura de las Galias que era la cuarta del imperio, y contaba tres diócesis, á saber: la España, las Galias y la Bretaña, de modo que un solo hombre gobernaba personalmente ó por medio de vicarios todo el país que forma en el dia los reinos de España, de Portugal, de Inglaterra, de Francia y de Bélgica. A continuacion puede verse el cuadro de esta prefectura con la subdivision en provincias de las tres diócesis en ella comprendidas.

LAS GALIAS y sus tres diócesis.	I Galia. 17.	1	Vienesa.
		2	Primera Leonesa.
		3	Primera Germania.
		4	Segunda Germania.
		5	Primera Bélgica.
		6	Segunda Bélgica.
		7	Alpes marítimos.
		8	Alpes Peninos y Griegos.
		9	Maxima Sequanorum.
		10	Primera Aquitania.
		11	Segunda Aquitania.
		12	Los nueve pueblos.
		13	Primera Narbonesa.
		14	Segunda Narbonesa.
		15	Segunda Leonesa.
		16	Tercera Leonesa.
		17	Leonesa senoniana.
	II España. 7.	1	Bética.
		2	Lusitania.
		3	Galicia.
		4	Tarraconense.
		5	Cartaginense.
		6	Tingitana.
		7	Baleares.
	III Bretaña. 5.	1	Máxima Cesariense.
		2	Valentiana.
		3	Primera Bretaña.
		4	Segunda Bretaña.
		5	Flavia Cesariense.

§ 3.°

Para poner fin á estas noticias sobre la geografía antigua de la Península, daremos un cuadro con los nombres que tenian las principales ciudades, rios, montañas, golfos y promontorios de la España antigua y su correspondencia en la España actual. Este trabajo histórico comparado, que tomamos del historiador Romey, ofrece un interés grandísimo para la ciencia que no nos detendremos en demostrar, pues él está el alcance de todos los lectores.

Cuadro comparativo indicando los lugares de la España moderna á que corresponden las principales denominaciones geográficas de la antigua Hispania, ciudades, rios, montañas, golfos y promontorios.

(LAS CIUDADES EN QUE SE ACUÑABA MONEDA VAN SEÑALADAS CON UN ASTERÍSCO.)

PRIMERA REGION.

BÉTICA, BETURIA, LUSITANIA, Y VETÓNIA.

Nombres latinos y sinonimia antigua.	*Nombres modernos ó posiciones á ellos correspondientes.*
Anas. Fl.	Rio Guadiana.
Carteia.	Cartaya.
Læpa.	Lepe.
* Onuba, Onuba Æstuaria (Plinio), Ονεβαλισεμρια (Ptol.).	En la desembocadura del Odiel, Palos ó Moguer.
Bætis, antea Tartessus (Avien.), Perces (Steph. Byz). Ciricus (Tit. Liv.)	Rio Guadalquivir.
* Ebora.	En la desembocadura del Guadalquivir, hácia San Lucar de Barrameda.
Cæpionis Turris.	Chipiona.
Portus Gaditanus.	Puerto de Santa María.
* Gadir, Gaddir (Avien), Γαδειρα (Ptol.), Gades, Augusta Julia Gaditana (Plin.).	Cadiz.
Menestheus-Portus.	Puerto Real.
Bæsippo.	Vejer.
Junonis Pr. et Templ.	Trafalgar.
* Baillo (Med.) Belo, Bælon.	Balonia.
Mellaria.	Torre de la Peña (Mannert), Tarifa (Gossel.).
* Julia Traducta vel Transducta, Ioza Julia (Strab).	En la desembocadura del Gualmesi, Tarifa (Mannert).
Barbesula, Barbesola.	Algeciras.
* Carteia.	Rocadillo, en el fondo de la bahía de Algeciras, segun de Anville.
Calpe, mons et columna.	Gibraltar.
Barbesol, Barbesula, Fl.	Rio Guadiaro.
Barbesula, urbs.	Torre de Guadiaro.
Barbariana.	Manilba.
Lacippo.	Desconocida.
Salluba, Fl.	Rio Verde.
Salduba ó Salluba.	Marbella.
Suel, Municipium Suelitanum.	En la desembocadura del Guadiaro, quizás Fuengirola.

Miænaca.	Desconocida.
* Malacha, Malaca (aspirat. dempta).	Málaga.
Μαινοϐα (Strab.), Mænoba, Menoba.	Velez Málaga.
Selambina.	Solobreña.
Hexi, Ex (Mela), Sex (Ptol.), Sexi, Sexti Firmum Julium (Plin.)	Motril.
* Αϐδήρα (Ptol.), Αὔδυρα, Αϐδαρα (Strab.), Audera, Abdara, Abdera (Mela, Plin., etc.).	Adra
Portus Magnus.	Almería.
Charidemi vel Charidemum Promontorium.	Cabo de Gata.
* Murgi.	Mujacar.
Barea.	Vera.
Ilorcis.	Lorca.
Rogrum Scipionis.	Sepulcro de Escipion.
Urgao Alba.	Purchena.
Ilipula Montes.	Las Alpujarras.
* Acci.	Guadix.
* Eliberis, Iliberis, vel Illiberi Liberini.	Lugar al este de Granada.
Ilipula Laus.	Loja.
* Ilurco.	Illora la Vieja.
Æbura Cerealis	Alcalá la Real.
* Tucci, Augusta Gemella Tuccitana, Gemella Augusta, civitas Martis.	Martos.
Aurinx, Auringis vel Oringis, Flavium Aurgitanum.	Jaen.
Egabro, Egabrum.	Cabra.
* Castulo.	Cazlona la Vieja.
Bætulo.	Baeza.
* Illiturgis, Illiturgi Fornm Julium.	Ubeda.
Ipasturgis.	Desconocida.
Ossigi Laconium.	Andújar.
* Obulco.	Porcuna.
Urcao, Urgao.	Arjona.
Epora.	Montoro.
* Sacili Martialium (Plin).	Alcorrucen.
Axatis.	Alcolea.
Calphurniana.	A 15 millas al este de Córdoba.
* Corduba, Corduba Patricia.	Córdoba.
Decuma.	Almodovar.
* Carbula.	Casalunga.
* Carmo, Carmona.	Carmona.
Obulcula.	Fuentes.
* Ulia, Julia Fidentia (Plin).	La Rembla, ó quizás Montilla.
* Itucci, Ιτυκη (App.), Archa Tucci, Acatucci (Itin. Ant.), Tucci Vetus], Itucci.	Castro el Rio.
Attubi vel Ucubis.	Espejo.
* Astigi, Astigitana Colonia Augusta Firma (Plin.), Astigi. (Itin. Ant.), Astigis. (Ptol.).	Ecija.
Astigi Julienses.	Santaella.
Singilis, vel Singulis, Fl.	Rio Jenil.
Singilis civitas.	Puente de Don Gonzalo.
* Cavra.	Cabra, al N. E. de Lucena.
* Ipagro, Ipagrum.	Lucena ó Priego.
* Ara.	Araceli.
* Urso, Orson (App.), Ursao (Hirt.), Urso Genua	Osuna.

Urbanorum (Plin.), Ourbona Ούρβώνη (Ptol.).	
Episibrium.	Desconocida.
Hippo Nova (Plin.).	id.
* Ventipo Ventisponte (Cæs. de Bell. Hisp. c. 76),	Cerca de Estepa.
* Astapa.	Estepa.
Angellæ.	Benamejí.
Vescia Faventia.	Archidona.
Antikaria vel Antiquaria.	Antequera.
Attegua.	Teba Vieja ó Aguilar.
Arcaldunum (Plin.).	Desconocida.
Castra Vinaria.	Castro del Rio.
Arunda.	Ronda.
* Munda.	Monda ó Montilla.
* Irippo.	Zara del Pinal.
* Acinipo.	Cerca de Ronda.
Alpeca.	Utrera.
* Searo, Seare, Siarium.	Zarracatin.
* Callet (Plin.), Calathe (Steph. Byz.) alii Calathusam.	Hácia el estrecho, al norte de Carteja.
* Asido, Asindo.	Medina Sidonia.
* Carisa, Carissa, Regia Carissa Aurelia (Pl.).	Carisa, cerca de Bornos, á orillas del Guadalete.
Seguntia (Tit. Liv.), Saguntia (Pl.).	Cigonza, ruinas entre Arcos y Jerez de la Frontera.
* Ceret (Med.); quizás la Ξηρα que Steph. de Byz. coloca en las inmediaciones de las Colunas de Hércules, apoyado en Theopompe.	Ruinas en el sitio llamado Cera, entre Jerez y Medina Sidonia; Jerez, segun algunos autores.
Cappagum (Plin.).	Desconocida.
Oleastrum (id.).	id.
Andorisæ (id.).	id.
* Asta, Asta Regia (Plin.), Astaldonia (Mela), Hasta (Itin. Ant.); habia en ella un cuerpo de caballeros romanos; equites romani *Astenses*, Cæs., de Bell. Hisp., c. 26.	Mesa de Asta, entre Jerez y Tribugena.
Nebrissa, Nebrissa Veneria (Plin.).	Lebrija.
Ligusticus Lacus Avieni.	Marisma del Guadalquivir.
Ugia, vel Castrum Julium.	Las Cabezas de San Juan, cerca de Lebrija.
* Carula (Itin. Ant).	Entre Ecija y Sevilla.
Orippo.	Lugar llamado de las Dos Hermanas.
Caura.	Coria.
Brana.	San Pablo de la Brena.
*Hispalis, Hispalis Romulensis (Pl.).	Sevilla.
* Ilipa Ilia (Plin.).	Alcalá del Rio.
* Arua (Plin.), Arve.	Villa de Alcolea.
* Laelia.	Berocal, al O. de Sevilla.
Colobona.	Tribugena.
* Canema, Canama, Nema, Nama.	Villanueva del Rio.
* Italica.	Santiponce, Campos de Talca.
Basilippo.	Cantillana.
* Tucci, Ptucci, Ητοῦκκι (Pt.), Virtus Julia.	Tejada.
* Ilipla vel Ilipula.	Niebla.
Callenses Æmanici.	Calamas.
Ad Rubras.	Cabezas Rubias.
Præsidium.	El Redusta.
* Canaca (Ptol.), Kanak (Med.).	S. Lucar de Guadiana.
Serpa.	Serpa.

Mons Mariorum, vel Marianus Mons.	Sierra Morena.
* Celti, Municipium Celtitanum.	Pueblo de los Infantes.
Turobriga.	En la Sierra.
Sæpone.	Desconocida.
Serippo.	id.
Curiga.	id.
Serca Fama Julia.	id.
Aruci.	Aroche.
Laconimurgis Constantia Julia.	En la Sierra de Constantina.
Moron.	Mura.
Regiana.	Llerena.
* Arsa (Plin. et Ptol.) Erisane. (App. c. 69).	Aracena.
* Astigis Vetus, vel Lastigi.	Alameda.
Neritobriga vel Nertobriga.	Valera la Vieja.
Utulniacum.	Desconocida.
* Oset, Osset Julia Constantia.	Constantina.
Vergentum.	Desconocida.
* Callet.	Cala.
Mellaria.	Fuentes Ovejuna.
* Sisapo; habia tambien un distrito de Sisapon (*Sisaponensem regionem*) célebre por sus minas de cinabrio.	Almaden del Azogue (al-maden, en árabe la mina).
* Mirobriga.	Mira de Capilla.
Metallinum (Plin.), Metellinum.	Medellin.
* Emerita Augusta	Mérida.
Pax-Augusta.	Badajoz.
* Pax-Julia, Colonia Pacensis.	Beja.
* Ebora, Liberalitas Julia.	Ebora.
Arcobriga.	Os Arcos, cerca de Estremoz.
Alpesa.	Elvas.
Ad Septem Aras.	Campo Mayor.
Ammaia, Ammæa (Ptol.), Ammium (Plin.).	Portalegre.
Arunci.	Arronches.
Herminius mons, de *Ar-Menez Ar-Meneiou*, montañas en lengua gaélica.	Sierra de San Mamed.
Medobriga, Meidobriga, Medubriga, Medubrigo, Plumbaria (Plin.).	Ruinas cerca de Marvao, en el lugar llamado Haraminia.
Tagus, del fenicio *Dag*, pez, *Dagi*, abundante en pesca.	Tajo, en esp., Tejo, en port.
Norba Cæsarea, Laceri Pons.	Alcântara,
Igæditania, vel Igædita.	Idanha á Velha.
Caurium.	Coria.
Capara.	Las Ventas de Caparra.
Castra Cæcilia.	Cáceres.
Castra Julia.	Trujillo.
Libora (Ptol.), Æbura (Tit. Liv.).	Talavera de la Reina.
Ambracius, Fl.	Rio Ambroz ú Ombroz.
Ambracia vel Ambraca.	Hácia Caparra.
Pagus Ambracensis.	Entre el Ambroz, el Alagon y el Tietar.
Banienses.	Bayo, al este de Guarda.
Alvia, Albia.	Avila.
Cauca.	Coca.
Salmantica.	Salamanca.
Lancia Transcudana, quia trans Cudam, (Fl.)	Castel Rodrigo ó Almeida.
Cuda, Fl.	Rio Coa.

Tribola.	Hácia Aguier da Beira.
Elcoboris, vel Elbocoris 'Ελβοκωρις (Ptol.).	Celorico.
Munda, Fl.	Rio Mondego.
Lancia Oppidana.	Guarda.
Araducta.	Hácia Puente Almarguem.
Caladunum.	S. Joao de Pesqueira.
Lama, Lamaca.	Lamego.
Lancobriga.	Villa Nova do Douro, al sur de Oporto.
Talabriga.	Al oeste de Albergueria Nova, entre el Vouga y el Aneja.
Vacus, Fl. (Ptol.), Vacua (Strab.).	Rio Vouga.
Eburobritum.	En la desembocadura del Vouga.
Avarum Promontorium.	Cabo de Aveiro.
Mirabriga.	Mira.
Conimbrica, vel Conimbriga.	Coimbra.
Arabriga.	Povos.
Naban, Fl.	Rio Nabao.
Ocecarus, Fl.	Rio Zezere.
Scalabis.	Santarem.
Ierabriga vel Hierobriga.	Villafranca, ó quizás Alemquer.
Olisipo (Plin., Itin. Anton.), Ulisippo (Mela), Felicitas Julia (Plin.).	Lisboa.
Lunæ montis, vel Magnum Promont.	Cabo de Roca de Cintra.
Ebora, Ebura (Ptol.).	Oleiras.
Æquabona.	Almada, ó quizás Coyna.
Lancobriga.	Hácia Mondeira.
Barbarium Promontorium.	Cabo de Espichel.
Cetobriga, vel Cætobrix (Ptol.).	Setubal ó Cezimbra.
Salacia, Fl.	Rio Sadao.
Troja.	En la orilla izquierda del Sadao, delante de Setubal.
* Salacia Imperatoria.	Alcázar de Sal.
Callipus, Fl., Calippos (Ptol.).	Rio Caldao, ó rio Melidez (Goss.).
Merobriga.	Odemira.
Hannibalis Portus Melæ.	Barra de Odemira.
Promontorium Sacrum.	Cabo San Vicente, Punta de Sagres.
Mons Cicus.	Sierra de Monchique.
Silbis.	Silos.
Lancobriga.	Lagos.
* Ossonoba, vel Ossonuba.	Villa Nova do Portimao, ó Faro.
Portus Hannibalis.	El puerto de Villa Nova do Portimao.
Balsa.	San Lorenzo, ó quizás cerca de Tavira.
Cuneus.	Cabo Santa María.
Myrtilis.	Mertola.

SEGUNDA REGION.

GALLECIA, ASTURIAS, CANTABRIA, VASCONIA, CELTIBERIA, CARPETANIA, EDETANIA, LALETANIA, CERRETANIA, ETC.

Durius, Fl., Dorius (Ptol.), de *dour*, agua en leng. gael.	El Duero.
Calle, Cale, Portus Calle, Castrum Portu Cale.	Oporto.
Avus vel Ave, Fl.	Rio Ave.
Bracara Augusta.	Braga.
Nebius (Ptol.), Nebis (Mela), vel Celadus, Fl.	Rio Cavado.

Limius, Fl., Limia (Ptol.), Lethes (Mela), Æminius, Fluvius Oblivionis (Plin.).	Rio Lima
Limia, Forum Limicorum.	Ponte de Lima.
Aquæ Flaviæ.	Chaves.
Veniatia.	Vinhaes.
Compleuctica.	Val do Prado.
Petavonium.	En las márgenes del Tera, á 29 millas al sur de Astorga.
Forum Bibalorum.	San Martin.
Forum Gigurorum vel Egurrorum.	La Rua.
Interamnium Flavium.	Ponferrada.
Bergidium Flavium.	La Vega.
Nemetobriga.	A 47 millas al S. O. de La Vega.
Lucus Augusti.	Lugo.
Minius vel Bœnis, Fl.	El Miño.
Aquæ Origines.	Orense
Tuda (Ptol., Itin. Anton.) Tyd (Plin.)	Tuy.
Orubium Promontorium.	Cabo Silleiro.
Aquæ Celinæ	Caldas del Rey.
Ulla, Fl.	Ulla.
Lambriaca, postea Iria Flavia.	El Padron.
Corrubium Promontorium	Cabo Corrobedo.
Tamaris vel Tamara, Fl.	Rio Tambre.
Novium.	Noya.
Claudiomerium.	Desconocida.
Sars, Fl.	Rio Lezaro.
Turris Augusti.	Hácia Cea.
Artabrum vel Celticum Promont.	Cabo de Finisterre.
Via, Fl., Uia (Ptol). Oὐία.	Rio de Mujia.
Artabrorum Portus.	Puerto de Laxe.
Nelo, Fl.	El rio que en él desagua.
Nerium Promontorium.	Punta de Nerija.
Aræ Sestianæ vel Solis Aræ Prom.	Punta de San Adrian.
Caronium.	La Coruña.
Mearus, Fl.	Rio del Burgo.
Magnus Portus.	Puerto de la Coruña.
Bregantium. Habia una ciudad de igual nombre en la Gran Bretaña (en el dia York).	Betanzos.
Medullius mons.	Las Medullas.
Ibia, Fl.	Ria del Ferrol.
Abobrica.	El Ferrol.
Metarus, Fl.	Rio de Mera.
Trilencium vel Lapatia Cory Prom.	Cabo Ortegal.
Barum.	Bares.
Florius, Fl.	Rio de Bares.
Arrotreba, Fl.	Rio de Vivero.
Melsus, Fl.	Rio Masma de Mondoñedo.
Ægo, Fl.	Rio Eo.
Narbius vel Navius fluvium.	Rio de Navia.
Navillubio, Fl., Navillovion (Ptol.).	Rio de Cadavedo.
Flavionaria.	En la desembocadura de la ria de Pravia.
Flavionaria, Fl.	Ria de Pravia.
Nœlus, Fl.	Rio Nalon.
Scythicum Promontorium Melæ.	Cabo de Peñas.
Pæsici in peninsula Plinii.	Entre Gijon y Pravia.

Noega Ucesia, Fl., Nagancesia (Ptol.).	Ria de Villaviciosa.
Salia, Fl.	Rio Cella.
Nerva, Fl.	Rio de Llanes.
Diva, Fl.	Rio Deba.
Sanda, Fl.	Rio Saja Nansa.
Portus Blendium.	Santander.
Menlascus, Fl.	Ria de Santoña.
Vereasueca.	San Martin de la Arena en Suances.
Amanus Portus.	Portugalete.
Flaviobriga.	Bermeo.
Oeaso promontorium Pirinæi (Ptol.).	Cabo Machichaco.
Oeaso civitas (Ptol.).	Hea.
Olarso vel Olarsus.	Oyarzun.
Turissa (Itin. Anton.), Iturissa (Ptol.).	Iturin, cerca de San Esteban de Lerin.
Pompelo.	Pamplona.
Juliobriga.	Quizás Bricia, cerca de Espinosa.
Iberi Fons.	Fuentibre.
Concana.	Cangas de Onis.
Lucus Asturum.	El lugar donde está situado Oviedo.
Polontium.	La Pola de Lena.
* Asturica Augusta. En una medalla se llama Asturica Amakur, y Asturica 'Ἀμακῶν por Ptolomeo.	Astorga.
Asturis, Fl.	Rio de Astorga.
Urbicus.	Rio Orbigo.
Lancia (Florus, Dio Cass.), Lanciati (Ptol.).	A dos millas al N. E. de Leon
Legio Septima Gemina.	Leon.
Brigecium.	De situacion incierta en las márgenes del Orbigo.
Interamnium.	Ardon.
Saguntia.	Sahagun.
Intercatia.	Vecilla ó Villa Mayor.
Amallobriga.	Medina de Rio Seco.
Septimanca.	Simancas, Toro.
Pisorica, Fl.	Rio Pisuerga.
* Pallantia.	Palencia.
Vindius mons.	Asturias
Vallisoletum.	Valladolid.
Rauda.	Roa.
Aranda.	Aranda.
* Clunia.	Peña de Aranda ó Coruña del Conde.
Uxama.	Osma.
Termes, Termantia (App.).	Nuestra Señora de Tiermes, entre Osma y el Duero.
Visontium.	Vimiesa.
Numantia.	Ruinas cerca de Soria.
Idubeda montes.	Sierra de Oca.
Virovesca.	Bibriesca.
Varia.	Logroño.
Venna.	Viana.
Aragven, Araguen, Fl.	Rio Aragon.
* Calagurris.	Calahorra.
* Cascantum.	Cascante.
* Turiaso.	Tarazona.
Malia.	Mallen.
Gallæcus, Fl.	Rio Gállego.

Forum Gallorum.	Al N. de Zaragoza á orillas del Gállego, Villanueva del Gállego.
Ebellinum.	Baillo.
Iacca.	Jaca.
Summum Pyrenæum.	Pico del Mediodía.
Calagurris Nassica vel Nissica.	Lobarre.
* Osca.	Huesca.
* Cæsar Augusta, antea Salduba.	Zaragoza.
Tolous.	Monzon.
*Celsa.	Chelsa.
* Osicerda.	Cherta.
Calenda.	Calanda.
Leonica Colonia.	Alcañiz.
Belgade vel Belia.	Belchite.
Segontia.	A poca distancia al S. O. de Zaragoza.
Salo, Fl.	Rio Jalon.
* Bilbilis.	Cerca de Calatayud.
Caunus mons.	Sierra de Moncayo.
Aquæ Bilbilitanorum.	Bambola.
Arcobriga.	Arcos.
Solorius mons.	Porcion de los montes Idúbedos.
Mediolum.	Medinaceli.
Segontia.—Este nombre galo se encuentra con frecuencia en España, y en todos los países en que los Galos han residido algun tiempo. En la Bretaña romana habia un pueblo de Segontiacos (Segontiaci), vecinos de los Tribonatos, mencionados por César, y una ciudad de Segontium (Caernarvon), en el país de los Ordovices, pueblos del país de Gales.	Sigüenza.
Turbula, vel Turdetanorum caput (Tit. Liv.).	Teruel.
Lobetum.	Requena.
Egelesta.	Castillejo de Iniesta.
Valeria.	Valera.
Valeponga.	Hácia las fuentes del Tajo.
Caracca.	Caravalla.
Complutum.	Alcalá de Henares.
Mantua.	Quizás Madrid.
* Ergavica.	Aranjuez.
* Segovia, Segobia, Segubia, (Ptol).	Segovia.
* Toletum.	Toledo.
Contrebia.	Santavert.
Occilis.	Ucles.
Segobriga.	Cabeza de Griego.
Consaburus.	Consuegra
Æbura.	Urda.
* Oret, Oretum.	Oreto.
Alce, Althea Titi Livii.	Alcazar de San Juan.
Laminium.	Osa de Montiel.
Caput fluminis Anæ.	Ojos del Guadiana.
Orospeda montes.	Sierra de Segura.
Libisosa.	Ruinas en el lugar llamado Lebazuza ó Lezuza.
Bigerra.	Bogarra.
Turba.	Tobarra.
Ripepora Fœderatorum.	Riopar.

Tugiensis Saltus.	Sierra de Cazorla.
* Castulo, in finibus Bæticæ, supra dicta.	Cazlona la Vieja.
Baza.	Baza.
* Osca.	Huesca.
* Carthago Nova.	Cartagena.
Spartarius Campus.	Campos Espartarios.
Vergilia.	Murcia.
Orcelia vel Orcelis.	Orihuela.
Tader, Fl.	Rio Segura.
* Ilici.	Elche.
Lucentum.	Alicante.
Arbacala.	En la sierra de Onid, entre Villena y Alcoy.
Acra Leuce.	Hasta sus restos han desaparecido.
Dianium Pr.	Cabo Martin.
Hemeroscopium.	Jabea.
Dianium.	Denia.
* Sætabis.	San Felipe de Játiva.
Sucro, Fl.	Rio Jucar.
* Valentia.	Valencia.
Turia, vel Turis, Fl.	Rio Turia ó Guadalaviar.
* Saguntum.	Murviedro.
Turulis, Fl.	Ria de Murviedro.
* Segobriga, vel Corbio.	Segorbe.
Uduba, Fl.	Rio Mijares.
Etovesa.	Oropesa.
Indibilis.	San Mateo.
Iberus, Fl.	Rio Ebro.
* Dertosa.	Tortosa.
Traja Capita.	Perellós.
Oleastrum.	Cambrils.
Tulcis, Fl.	Rio Francolí.
* Tarraco.	Tarragona.
Palfuriana.	Vendrell.
Antistiana.	Villafranca del Panadés.
Sabur.	Sitjes.
Fines.	Venta del Triquet.
Telobis civit.	Martorell.
Telobis, Fl.	Rio Noya.
Rubricatus, Fl.	Rio Llobregat.
Rubricata civit. (Ptol.).	Olesa ó Molins de Rey.
Barcino.	Barcelona.
Egara (Ptol.).	Tarrasa.
Aquæ Caldenses.	Caldas de Monbuy.
Minorisa.	Manresa.
Medulius mons.	Monserrat.
Caressus, Karessus (Ptol.).	Cervera.
Cissa vel Sisso, Gessa y quizas Gessum, (nombre deducido de los Gessorienses de Plinio).	Guisona.
Sicoris, Fl.	Rio Segre.
Bergusia.	Balaguer.
* Ilerda.	Lérida.
Cinga, Fl.	Rio Cinca.
Octogesa.	Mequinenza.
Gallica Flavia vel Fravia (Ptol.).	Fraga.
Nucaria Ripacuriensis, Fl.	Noguera Ribagorzana.

Nucaria Palliarensis, Fl.	Noguera Pallaresa.
Æsona.	Isona.
Setelsis (Ptol.), Setelsona.	Solsona.
Bergidum.	Berga.
Bacassis.	Bagá.
Orcia vel Orgia (Ptol.), Orgela, Urgelis, Orgelitana Civitas.	Urgel.
Podium Cerretanum.	Puigcerdá, de *puy*, *puig*, *pudge*, *pech*, eminencia en una montaña.
Julia Lybica vel Livia.	Livia.
Volturarium, vel Volturaria.	Oltrera.
Engosa (Ptol.).	Camprodon.
Besildunum vel Beseldunum (Ptol.).	Besalú.
Gerunda.	Gerona.
Rhoda.	Roda, cerca de Vich.
* Ausa, Ausona, Vicus Ausonensis.	Vich.
Subis civit.	Sabadell.
Subis, Fl.	Rio Ripollet.
Alba, Fl. vel Bátulo, Fl. (Mela).	Besós.
Bætulo civit.	Badalona.
Iluro (Plin.), Eluro (Mela), Deluron (Ptol.).	Mataró.
Prætorium.	La Boca.
Blanda.	Blanes.
Larnum, Fl.	Rio Tordera.
Lunarium Promontorium Ptolomæi.	Cabo de Tosa, ó Punta Maladaire.
Cysela Avieni, postea Iecsalis, Guixolis.	San Feliu de Guixols.
Secerræ.	Vidreras.
Palamosium.	Palamós.
Celebandicus Promontorium Avieni.	Palafurgell.
Doria, Turis vel Tezeris, Fl.	Rio Ter.
* Emporium vel Emporiæ.	Ampurias.
Clodianus, Fl.	Rio Fluviá.
Aquæ Voconæ.	Caldas de Mallavella.
Ciniana.	Cervia.
Juncaria.	La Junquera, ó quizás Figueras.
Summum Pyrenæum.	Bellegarde, puerto del Canigó.
Techis vel Tichis, Fl. ad Rhodam Melæ.	Rio Muga.
* Rhoda (Ptol. Mela), Rhodope (Strab.).	Rosas.
Pyrenææ Veneris Templum.	Cabo de Creus.

IX.

De las grandes vias militares de los Romanos en España segun el itinerario de Antonino.

Las vias militares de los Romanos, por medio de las cuales pusieron en comunicacion el occidente, el oriente y parte del norte de la Europa, así como el Asia y el Africa, con su ciudad eterna, son el mas admirable testimonio de la grandeza de aquel pueblo. Nada tan bello, tan sólido, tan magnífico como los grandes caminos del imperio, que como inmensas calles convertian al mundo entero en una sola ciudad.

> Fecisti patriam diversis gentibus unam:
> Profuit injustis te dominante capi.

Dumque offers victis proprii consortia juris,
Urbem fecisti, quod prius orbis erat,

decia Rutilio Galciano, y por esto tambien en su entusiasmo, Claudiano llama á la ciudad de Roma *Armorum Legumque Parentem;* Sidonio Apolinar, *Verticem mundi*, Julio Frontin, *Reginam ac dominam orbis*, y Propercio

Omnia Romanæ cedant miracula terræ:
Natura hic posuit, quidquid ubique fuit.

Dos de aquellas vias conducian á España atravesando las Galias, extendiendo luego sus ramificaciones en todos sentidos.

La primera partia de Roma por la puerta Aurelia, y por la Toscana llegaba á Génova; desde esta ciudad se dirigia á Arles por los Alpes marítimos, y desde Arles á Narbona, á Cartagena, á Cazlona la Vieja, á Málaga y á Cadiz. Llamábase via Aurelia.

VIA AURELIA.

A Roma per Tusciam et Alpes Maritimas Arelatum usque.	M. P. DCCXCVI.
Ab Arelate Narbonem. . . .	M. P. CI.
Inde Tarraconem.	M. P. CCXXXIV.
Inde Carthaginem Spartariam	M. P. CCCLX.
Inde Castulonem.	M. P. CCCIII.
Iter à Castulone Malacam. .	M. P. CCXCXDI.
Iter à Malaca Gades. . . .	M. P. CXLV.

Los puntos por donde pasaba este camino eran:

Ex itinerario Antonini.

VIA AURELIA.

A Roma per Tusciam et Alpes Maritimas Arelatum usque.	M. P. DCCXCVI.
Lorium.	M. P. XII.
Ad Turres.	M. P. X.
Pyrgos.	M. P. XII.
Castrum novum.	M. P. VIII.
Cemtumcellas.	M. P. V.
Martham.	M. P. X.
Forum Aurelii.	M. P. XIIII.
Cosam.	M. P. XXV.
Ad Lacum Aprilem. . . .	M. P. XXII.
Salebronem.	M. P. XII.
Manliana.	M. P. VIIII.
Populonium.	M. P. XII.
Vada Volaterriana. . . .	M. P. XXV.
Ad Herculem.	M. P. XVIII.
Pisas.	M. P. XII.
Papiriana.	M. P. XI.
Lunam.	M. P. XXII.
Boaceas.	M. P. XII.
Bodetiam.	M. P. XXVII.
Tegulatam.	M. P. XII.
Delphines.	M. P. XXI.
Genuam.	M. P. XII.
Libanum.	M. P. XXXVI.
Detornam.	M. P. XXXV.
Aquas.	M. P. XXVIII.
Crixiam.	M. P. XX.
Cannalicum.	M. P. X.
Vada Sabatia.	M. P. XII.
Pullopicem.	M. P. XII.
Albingaunum.	M. P. VIII.
Lucum Bormani.	M. P. XV.
Costam Balenæ.	M. P. XVI.
Albintimilium.	M. P. XVI.
Lumonem.	M. P. X.
Alpem Summam.	M. P. VI.

Huc usque Italia, ab hinc Gallia.

Cemenelum.	M. P. VIIII.
Varum.	M. P. VI.
Antipolim.	M. P. X.
Ad Horrea.	M. P. XII.
Forum Julii.	M. P. XVIII.
Forum Voconi.	M. P. XXII.
Mautavonium.	M. P. XII.
Ad Turrem.	M. P. XIIII.
Tegulatam.	M. P. XVI.
Aquas Sextias.	M. P. XVI.
Massiliam.	M. P. XVIII.
Calcariam.	M. P. XIIII.
Fossas Marianas. . . .	M. P. XXXIV.
Arelate.	M. P. XXXIII.

Ex charta Peutingeriana.

VIA AURELIA.

Lorio.	XII.
Bediana.	»
Alsium.	VI.
Pyrgos.	X.
Punicum.	VI.
Castro Novo.	IX.
Aquas Apollinaris.	»
Gravisca.	»
.... ..co.	»
Tabellaria.	V.
Marta Fl.	»
Foro Aurelii.	III.
Armenta Fl.	IV.
Succosa.	III.
Ad Novas.	II.
Cosa.	»
.......co.	»
Albinia Fl.	VIIII.
Telamone.	IIII.
Hasta.	VIII.
Fluvius Umbro.	VIIII.
Salebrona.	XII.
Maniliana.	VIIII.
Populonio.	XII.
Vades Volateris.	X.
Valinis.	X.
Ad Fines.	XIII.
Piscinas.	VIII.
Turrita.	»
Pisis.	»
Fossis Papirianis.	VIII.
Ad Taberna Frigida.	XII.
Luno.	X.
Boron.	
In Alpe Pennino.	II.
Ad Monilia.	XIII.
Ad Solaria.	VI.
Ricina.	XV.
Genua.	VII.
Liburnum.	XXVI.
Dertosa.	XXVII.
Aquis Tatelis.	X.
Crixia.	XXII.
Calanico.	XX.
Vadis Sabates.	XII.
Albingauno.	XXVIIII.
Luco Boramni.	XV.
Costa Bellenæ.	»
Albentimillo.	XVI.
In Alpe Marítima.	VIIII.
Gemenello	VIIII.
Varum.	VI.
Antipoli.	X.
Ad Horrea.	XII.
Foro Voconii.	XVII.
Matuone.	XVII.
Ad Turrem.	XXII.
Tregulata.	XVI.
Aquis Sextis.	XV.
Massilia Græcorum.	XVIII.
Calcaria.	XXXIII.
Fossis Marianis.	XXXIII.
Arelato.	XXXIII.

En Arles se atravesaba el Ródano, y el Itinerario continua hasta Narbona del modo siguiente:

ITER AB ARELATE AD NARBONEM.	M. P. CI.
Nemausum.	M. P. XIIII.
Ambrusum.	M. P. XV.
Sextantionem.	M. P. XV.
Forum Domitii.	M. P. XV.
Arauram vel Ceseronem.	M. P. XVIII.
Beterris.	M. P. XII.
Narbonem.	M. P. XII.

Desde Narbona, dos vias conducian á España, una de las cuales se prolongaba á lo largo de la costa. Dice así el Itinerario:

Ad Vigesimum.	M. P. XX.
Combustam.	M. P. XIII.
Ruscionnem.	M. P. VI.
Ad Centuriones.	M. P. XX.
Summum Pyrenæum.	M. P. V.
Juncariam.	M. P. XVI.
Cinnaniam.	M. P. XV.
Aquas Voconias.	M. P. XXIIII.
Secerras.	M. P. XV.
Praetorium.	M. P. XV.
Barcinonem.	M. P. XVII.
Fines.	M. P. XX.
Antistianam.	M. P. XVII.
Palfurianam.	M. P. XIII.
Tarraconem.	M. P. XVII.

Ab Tarracone Castulonem.

Oleastrum.	M. P. XXI.
Trajam Capitam.	M. P. XXIIII.
Dertosam.	M. P. XXVII.
Intibilim.	M. P. XXVII.

Ildum.	M. P. XXIIII.	Thiar.	M. P. XXVII.
Sepelaci.	M. P. XXIIII.	Carthaginem Spartariam.	M. P. XXV.
Saguntum.	M. P. XXII.	Eliocrocam.	M. P. XLIIII.
Valentiam.	M. P. XVI.	Ad Morum.	M. P. XXIIII.
Sucronem.	M. P. XX.	Basti.	M. P. XXVI.
Ad Statuas.	M. P. XXII.	Acci.	M. P. XXVI.
Ad Turres.	M. P. VIII.	Accatucci.	M. P. XXVIII.
Adellum.	M. P. XXIIII.	Viniolis.	M. P. XXVIII.
Aspida.	M. P. XXIIII.	Mentesam Bastia.	M. P. XX.
Ilicim.	M. P. XXIIII.	Castulonem.	M. P. XX.

Desde Castulo, una via seguia la costa y llegaba por Málaga y Gibraltar á Cadiz; la otra pasaba por Córdoba.

ITER À CASTULONE MALACAM.	M. P. CCXCI.	Turanianam.	M. P. XVI.
Tugiam.	M. P. XXXV.	Murgi.	M. P. XII.
Fraxinum.	M. P. XVI.	Saxetanum.	M. P. XXXVIII.
Hactaram.	M. P. XXIIII.	Caviclum.	M. P. XVI.
Acci.	M. P. XXXII.	Menobam.	M. P. XXXIIII.
Albam.	M. P. XXXII.	Malacam.	M. P. XII.
Urci.	M. P. XXIIII.		

Iter á Malaca Gadis.

Sivel.	M. P. XXI.	Belonem Claudiam.	M. P. VI.
Cilnianam.	M. P. XXIIII.	Besipponem.	M. P. XII.
Barbarianam.	M. P. XXXIIII.	Mergablum.	M. P. VI.
Calpe Carteiam.	M. P. X.	Ad Herculem.	M. P. XII.
Portum Album.	M. P. VI.	Gadis.	M. P. XII.
Mellariam.	M. P. XII.		

Otra via conducia desde Castulo á Gades por Córdoba.

Iter á Castulone Gadis.

Iliturgi.	M. P. XXXIIII.	Ilipam.	M. P. XVIII.
Urgaonem.	M. P. XX.	Carulam.	M. P. XXIIII.
Calpurnianam.	M. P. XXV.	Basilipponem.	M. P. XXI.
Cordubam.	M. P. XVIII.	Hispalim.	M. P. IX.
Uliam.	M. P. X.	Oripponem.	M. P. XXIIII.
Ipagrum.	M. P. XX.	Ugiam.	M. P. XXVII.
Angellas.	M. P. XXIII.	Astam.	M. P. X.
Antiquariam.	M. P. XXIIII.	Portum Gaditanum.	M. P. XV.
Barbam.	M. P. XX.	Ad Pontem.	M. P. XII.
Ostipponem.	M. P. XIIII.	Gadis.	M. P. XII.

El segundo camino pasaba por Milan, y atravesando los Alpes Cotios y la Galia Narbonense, llegaba al extremo de Galicia. A diferencia de la via que conducia á Gades, la que se prolongaba á lo largo de la costa meridional, esta cortaba verticalmente á la España en dos partes. Los puntos por donde pasaba eran:

IN HISPANIAS.

Iter de Italia in Hispanias.

A Mediolano Vapincum trans Alpes Cottias mansionibus infra scriptis.	M. P. CCLV.	Legionem VII Geminam.	M. P. D.CCCCLVXV. (sic)
Inde á Gallæciam ad		Ticinum.	M. P. XXII.
		Laumellum.	M. P. XXII.
		Cottias.	M. P. XXIII.

Carbamtiam (ad confluentes Padi Sessitisque ubi La Grangia)	M. P. XII.
Rigomagum.	M. P. XII.
Quadratas.	M. P. XV.
Taurinos (Turin).	M. P. XXIII.
Ad Fines (hoc loco significare videtur fines inter Alpes Cottias et Taurinas).	M. P. XVIII.
Segusionem (Suza).	M. P. XXXIII.
Ad Martis (Orsi).	M. P. XVI.
Brigantionem (Brianҫon).	M. P. XVIII.
Ramem vel Roama, vel Rosama (Porta Rosans).	M. P. XVIIII.
Eburodunum (Embrun).	M. P. XVIII.
Caturigas (Chorges).	M. P. XVII.
Vapincum (Gap).	M. P. XII.
Alabontem (Alamont).	M. P. XVIII.
Segusteronem (Sisteron).	M. P. XVI.
Alaunium.	M. P. XXIIII.
Catolucam.	M. P. XXVI.
Aptam Juliam (Apt).	M. P. XV.
Fines (Oppéde).	M. P. XVI.
Cabellionem (Cavaillon).	M. P. XII.
Glanum (Lansac, Maillane ó Saint-Remi).	M. P. XVI.
Ernaginum ('Ερναγινον, Ugernum, Tarascon)	M. P. XII.
Arelate (Arles)	M. P. XII.

Una antigua tradicion atribuia al Hércules Tirio, es decir á los Fenicios, que diez siglos antes de J. C. intentaron fundar colonias en los paises inmediatos á las Bocas del Ródano, en los mismos sitios donde los Rodios se establecieron despues, la apertura de este camino á través de los Alpes, que habia de servir á Anibal para penetrar en Italia.

Como en el itinerario anterior, ambas vias se confundian en Arles hasta Narbona; al llegar á este punto se separaban de nuevo: la una se dirigia á Gades por los puntos ya mencionados, y la otra á Legio VII Gemina por los siguientes:

Iter Narbone Legio VII Gemina

Salsulas.	M. P. XXX.
Ad Stabulum.	M. P. XLVIII.
Ad Pyrenæum.	M. P. XVI.
Juncariam.	M. P. XVI.
Gerundam.	M. P. XXVII.
Barcinonem	M. P. LXVI.
Stabulum Novum	M. P. L...... I.
Tarraconem.	M. P. XXIIII
Ilerdam	M. P. LXII.
Toloum.	M. P. XXXII.
Pertusam.	M. P. XVIII.
Oscam.	M. P. XXVIIII.
Cæsaraugustam.	M. P. XLVI.
Cascantum.	M. P. L.
Calagurrim.	M. P. XXIX.
Variam vel Verelam.	M. P. XVIII.
Tritium.	M. P. XVIII.
Olbiam vel Libiam.	M. P. XVIII.
Segesamunclum.	M. P. VII.
Virovescam.	M. P. XI.
Segesamonem.	M. P. XLVII.
Lacobrigam.	M. P. XXX.
Camalam.	M. P. XXIIII.
Lanciam.	M. P. XXIX.
Ad Leg. VII Geminam.	M. P. IX.

Así pues, desde Milan á la VII Legion Gemina habia 1230 millas itálicas que corresponden á unas 492 leguas españolas. Esta via era sin duda la de que habla Polybio, en la cual se encontraban señales de piedra á cada ocho estadios en toda la extension de la misma. Desde Legio se prolongaba por Galicia y por la Lusitania hasta Emerita Augusta, y consérvanse de ella todavía algunos restos en ambas provincias, empedrados con grandes sillares, lo que ha hecho decir

á Resendio que los Romanos prodigaban la piedra de sillería con una profusion casi insensata: *Quadratis pœne insana profusionis* (1).

Otras treinta y cuatro magníficas vias, cuya descripcion ocuparia aquí harto lugar, surcaban la Península en todas direcciones. Su indicacion general, segun el Itinerario de Antonino, es la siguiente:

Iter ab Arelate Narbonam	M. P. CL.
Inde Tarraconem.. . . .	M. P. XXXIIII.
Inde Carthaginem Spartariam.	M. P. CCCLX.
Inde Castulonem.. . . .	M. P. XCVIII.
Alio itinere á Corduba Castulonem.	M. P. LXXVIII.
Iter á Castulone Malacam.	M. P. CXCI.
Iter á Malaca Gades. . .	M. P. CVLV.
Iter á Gadibus Cordubam	M. P. CCXCV.
Iter á Hispali Cordubam..	M. P. XCIII.
Iter á Hispali Emeritam..	M. P. CLXIII.
Iter á Corduba Emeritam.	M. P. CXLIIII.
Iter ab Olisipone Emeritam.	M. P. CLXI.
Iter á Salacia Ossonobam	M. P. XVI.
Iter á Olisipone Emeritam	M. P. CXLI.
Iter alio itinere ab Olisipone Emeritam. . . .	M. P. CCXX.
Iter ab Olisipone Bracaram Augustam. . . .	M. P. CCXLIIII.
Iter á Bracara Asturicam.	M. P. CCXLVII.
Iter per loca maritima á Bracara Asturicam.. .	M. P. CCVII.
Iter de Estri Pacem Juliam.	M. P. CCLXIIII.
Iter alio itinere á Bracara Asturicam.	M. P. CCVII.
Iter á Bracara Asturicam	M. P. CCCXCVIIII.
Iter ab Esuri per compendium Pacem Juliam. .	M. P. LXXVI.
Iter ab ostio fluminis Anæ Emeritam usque. . .	M. P. CCCXIII.
Iter ab Emerita Cæsaraugustam.	M. P. D.CXXXII.
Alio itinere ab Emerita Cæsaraugustam.. . .	M. P. CCCXLVIIII.
Iter ab Asturica Cæsaraugustam.	M. P. CCCTYCVII.
Iter Asturica per Cantabriam Cæsaraugustam . .	M. P. CCCI.
Iter á Turiasone Cæsaraugustam.	M. P. LVI.
Per Lusitaniam ab Emerita Cæsaraugustam. . .	M. P. CCCCLVIII.
Iter á Laminio Toletum..	M. P. XCV.
Iter á Laminio alio Itinere Cæsaraugustam. . .	M. P. CCXLVIIII.
Iter ab Asturica Tarraconem.	M. P. CCCCCXXXXVI.
Iter á Cæsaraugusta Beneharnum.	M. P. CXII.

Tres caminos conducian desde España á la Aquitania, siendo el mas famoso entre todos el de Legio VII Gemina á Burdigala.

(1) Andrea Resendio, de Antiquit. Lusitaniæ, lib. III, c. de viis militaribus.—Resendio (l. c.) menciona en solo Lusitania ocho de estos magníficos caminos de que habla en los siguientes términos: Talium viarum septem in Lusitania, eeque in Bracaris supersunt adhuc: et una in Vettonia, altera Lusitaniæ provincia; verum magna ex parte adgestionibus stratisque vetustate corruptis, et collapsis milliariorum columnis. Prima cujus meminit Antoninus Pius in Itinerario pág. 34. Ab Olisipone ducebat Emeritam, cujus verba apponam aliquanto emendatius, quam vulgo codices circumferunt. Y lo corrige del modo siguiente:

Ex itinerario Ant.

ITER AB OLISIPONE.

Iter ab Olisipone Emeritam.	M. P. CLXI. (sic).
Equabonem.	M. P. XII.
Catobrigam.	M. P. XII.
Cæcilianam.	M. P. VIII.
Malcecam.	M. P. XVI.
Salaciam.	M. P. XII.
Eboram..	M. P. XLIIII.
Ad Adrum flumen. . .	M. P. IX.
Diponem.	M. P. XII.
Evandrianam. . . .	M. P. XVII.
Emeritam..	M. P. IX.

Ex Andrea Resendio, p. 176.

ITER OLISIPONE.

Iter ab Olisipone Emeritam. .	M. P. CCIIII. (sic).
Equabona.	M. P. CCIIII.
Cæciliana.	M. P. CIIII.
Salacia.	M. P. XII.
Ad Anam flumen.	M. P. LX.
Dippone.	M. P. XII.
Celtebrica.	M. P. XII.
Malceca.	M. P. XVI.
Ebora	M. P. XL.
Evandriana.	M. P. XVII.
Emerita..	M. P. IX.

De Hispania in Aquitaniam.

AB ASTURICA BURDIGALAM.	M. P. CCCXXXI.	Albam.	M. P. XII.
Vallatam.	M. P. XVI.	Aracelim.	M. P. XXI.
Interamnium.	M. P. XIII.	Alamtonem.	M. P. XVI.
Palantiam.	M. P. XIV.	Pompelonem.	M. P. VIII.
Viminacium.	M. P. XXXI.	Turissam.	M. P. XXII.
Lacobrigam.	M. P. XV.	Summum Pyrenæum.	M. P. XVIII.
Segisamonem.	M. P. XV.	Imum Pyrenæum	M. P. V.
Deobrigulam.	M. P. XV.	Carasam.	M. P. XII.
Tritium.	M. P. XXI.	Aquas Tarbellicas	M. P. XXXIX.
Virovescam.	M. P. XI.	Mosconnum.	M. P. XVI.
Vindeleiam.	M. P. XII.	Segosam.	M. P. XII.
Deobrigam.	M. P. XIV.	Losam.	M. P. XII.
Beleiam.	M. P. XV.	Boios.	M. P. VII.
Suissatium.	M. P. VII.	Burdigalam.	M. P. XVI.
Tullonium.	M. P. VII.		

XII.

Cuadro cronológico de los gobernadores romanos de la Península desde la primera invasion de las legiones romanas en España hasta la caida del Imperio.

(Desde el año 218 antes de J. C. hasta el 423 de nuestra era.)

§ 1.°

GOBERNADORES ROMANOS DE ESPAÑA ANTES DE QUE FUESE DIVIDIDA EN DOS PROVINCIAS.

(218—199 antes de J. C.)

A. de R.	A. ant. de J. C.	
535	218	Cneo Cornelio Escipion, lugarteniente general de su hermano Publio Cornelio Escipion, cónsul.
536	217	El mismo conservado en su gobierno.
537	216	Publio Cornelio Escipion, procónsul.
538	215	El mismo, segundo año.
539	214	El mismo, tercer año.
540	213	El mismo, cuarto año.
541	212	Lucio Marcio, pro-pretor, nombrado por el ejército.
542	211	Claudio Neron, pro-pretor.
543	210	Publio Cornelio Escipion, llamado despues el Africano, procónsul.
544	209	El mismo, segundo año.
545	208	El mismo, tercer año.
546	207	El mismo, cuarto año.
547	206	El mismo, quinto año.
548	205	Lucio Cornelio Léntulo. / Lucio Manlio Acidino. } procónsules.
549	204	Los mismos, segundo año.
550	203	Los mismos, tercer año.
551	202	Los mismos, cuarto año.
552	201	Los mismos, quinto año.
553	200	Cayo Cornelio Cethego. / Lucio Manlio Acidino. } procónsules.
554	199	Lucio Estertinio. / Cneo Cornelio Léntulo. } procónsules.

§ 2.°

GOBERNADORES ROMANOS DE LA ESPAÑA DIVIDIDA EN DOS PROVINCIAS.

(199—27 antes de J. C.)

		España citerior.	*España ulterior.*
555	198	Cneo Cornelio Léntulo, procónsul segundo año.	Lucio Estertinio, procónsul, segundo año.
556	197	Cayo Sempronio Tudetano, pretor.	Marco Elvio Blacion, pretor.
557	196	Q. Minucio Termo, pretor.	Quinto Favio Butheon, pretor.
558	195	Marco Porcio Caton, cónsul. / Publio Manlio, pretor.	Appio Claudio Neron, pretor.

A. de R.	A. ant. de J. C.	*España citerior.*	*España ulterior.*
559	194	Sexto Digicio, pretor.	P. Cornelio Escipion Nasica, pretor.
560	193	Cayo Flaminio, pretor.	Marco Fulvio Nobilior, pretor.
561	192	El mismo, pro-pretor, segundo año.	El mismo, pro-pretor, segundo año.
562	191	El mismo, tercer año.	Lucio Emilio Paulo, pretor.
563	190	El mismo, cuarto año.	El mismo, pro-pretor, segundo año.
564	189	Lucio Plaucio Hipseo, pretor.	Publio Junio Bruto, pretor.
565	188	Lucio Manlio Acidino, pretor.	Cayo Atinio, pretor.
566	187	El mismo, segundo año.	El mismo, pro-pretor, segundo año.
567	186	Lucio Quincio Crispino, pretor.	Cayo Calpurnio Pison, pretor.
568	185	El mismo, pro-pretor, segundo año.	El mismo, pro-pretor, segundo año.
569	184	Aulo Terencio Varron, pretor.	Publio Sempronio Longo, pretor.
570	183	El mismo, pro-pretor, segundo año.	El mismo, pro-pretor, segundo año.
571	182	Quinto Fulvio Flaco, pretor.	Publio Manlio, pretor.
572	181	El mismo, pro-pretor, segundo año.	El mismo, pro-pretor, segundo año.
573	180	Tiberio Sempronio Graco, pretor.	Lucio Posthumio Albino, pretor.
574	179	El mismo, pro-pretor, segundo año.	El mismo, pro-pretor, segundo año.
575	178	Marco Ticinio Curvo, pretor.	Tito Fonteyo Capito, pretor.
576	177	El mismo, pro-pretor, segundo año.	El mismo, pro-pretor, segundo año.
577	176	El mismo, tercer año.	El mismo, tercer año.
578	175	Appio Claudio Cento, procónsul.	Cayo Memmio Galo, pretor.
579	174	Publio Furio Philon, pretor.	Cneo Servilio Cæpio, pretor.
580	173	El mismo, pro-pretor, segundo año.	Marco Macieno, pretor.
581	172	Marco Junio Penno, pretor.	Espurio Lucrecio, pretor.
582	171	Lucio Canuleyo, pretor, encargado de ambas provincias.	
583	170	El mismo, pro-pretor, segundo año.	
584	169	Marco Claudio Marcelo, pretor, encargado de ambas provincias.	
585	168	Publio Fonteyo Balbo, pretor,	id.
586	167	Cneo Fulvio, pretor.	Cayo Licinio Nerva, pretor.
587	166	Aulo Licinio Nerva, pretor.	Publio Rutilio Calvo, pretor.
(165 hasta 155 antes de J. C.—Son desconocidos los pretores de ambas provincias.)			
598	155		Manlio ó Manilio, pretor.
599	154		Calpurnio, pretor.
600	153	Quinto Fulvio Nobilior, cónsul	Lucio Numnio, pretor.
601	152	Marco Claudio Marcelo. cónsul.	Marco Atilio, pretor.
602	151	Lucio Licinio Lúculo, cónsul.	Sergio Sulpicio Galba, pretor.
603	150	El mismo, procónsul, primer año.	El mismo, pro-pretor, segundo año.
606	147	Cayo Nigidio, pretor.	Cayo (ó Marco) Vetilio, pretor.
607	146	Cayo Unimano, pretor.	Cayo Plaucio, pretor.
608	145	El mismo, pro-pretor, primer año.	Quinto Fabio Máximo Emiliano, cónsul.
609	144	Cayo Lelio Sapiente, pretor.	El mismo, procónsul, segundo año.
610	143	Q. Cecilio Metelo, cónsul.	Q. Cocio, pretor.
611	142	El mismo, procónsul, segundo año.	Q. Fabio Máximo Serviliano, cónsul.
612	141	Q. Pompeyo Rufo, cónsul.	El mismo, procónsul, segundo año.
613	140	El mismo, procónsul, segundo año.	Q. Servilio Cæpio, cónsul.
614	139	Marco Popilio Lænas, cónsul.	El mismo, procónsul, segundo año.
615	138	El mismo, procónsul, segundo año.	Decio Junio Bruto, cónsul.
616	137	Cayo Hostilio Mancino, cónsul durante seis meses. Marco Emilio Lépido, id. id.	El mismo, procónsul, segundo año.
617	136	Publio Furio Philon, cónsul.	El mismo, tercer año.
618	135	Q. Calpurnio Pison, cónsul.	El mismo, cuarto año.
619	134	Publio Cornelio Escipion Emiliano, cónsul.	El mismo, quinto año.
620	133	El mismo, procónsul, segundo año.	El mismo, sexto año.
630	123	Q. Cecilio Metelo, cónsul.	Q. Fabio, cónsul.
639	114	»	Cario Mario, pretor.
644	109	L. Calpurnio Pison, pretor.	Q. Servilio Cepion, pretor.
645	108	»	Sergio Sulpicio Galba, pretor.
650	103	Z. Fulvio, pretor.	»
651	102	El mismo, pro-pretor, segundo año.	Junio Silano, pretor.
652	101	»	El mismo, pro-pretor, segundo año.
653	100	»	Lucio Cornelio Dolabella, procónsul.

A. de R.	A. ant. de J. C.	*España citerior.*	*España ulterior.*
654	99	»	»
655	98	Tito Didio, cónsul, encargado de ambas provincias.	
656	97	El mismo, procónsul, id.	segundo año.
657	96	El mismo, id. id.	tercer año.
658	95	El mismo, id. id.	cuarto año.
659	94	Tito Didio, quinto año.	Publio Licinio Craso, procónsul.
660	93	Nasica, pretor.	»
661	92	Cayo Valerio Flaco, pretor.	»
670	83	Principio del gobierno independiente de Q. Sertorio (desde el año 83 hasta el 73 antes de J. C.) durante el cual se sucedieron los siguientes pretores, cónsules y procónsules:	
672	81	Cayo Annio, pretor.	»
673	80	Lucio Domicio, pretor por Q. Cecilio Metelo, procónsul.	Didio (ó Tufidio) pretor por Q. Cecilio Metelo Pio, cónsul.
674	79	Q. Cecilio Metelo Pio, procónsul, encargado de ambas provincias.	
675	78	El mismo, segundo año.	id.
676	77	Cneo Pompeyo Magno, procónsul.	Q. Cecilio Metelo Pio, procónsul, tercer año.
677	76	El mismo, segundo año.	El mismo, cuarto año.
678	75	El mismo, tercer año.	El mismo quinto, año.
679	74	El mismo, cuarto año.	El mismo, sexto año.
680	73	El mismo, quinto año.	El mismo, séptimo año.
		(Muerte de Sertorio; la guerra continua por algun tiempo sostenida por los mismos generales).	
681	72	Cn. Pompeyo Magno, procónsul, sexto año.	Q. Cecilio Metelo Pio, procónsul, año octavo.
682	71	El mismo, séptimo año.	El mismo, año nono.
683	70	Marco Pupio Pison Calpurnio, procónsul, encargado de ambas provincias.	
684	69	»	Vetero Anthistio, pretor.
685	68	»	»
686	67	Calpurnio Pison, mayor, pretor.	»
687	66	Cn. Calpurnio Pison, menor, pro-pretor.	Lucio Porcio, pro-pretor.
693	60	»	Cayo Julio César, pretor.
695	58	Publio Léntulo Spinther.	»
697	56	Q. Metelo Nepos, procónsul.	»
698	55	Lucio Afranio, pro-pretor por Pompeyo.	Varron y Petreyo, pro-pretores por Pompeyo.
699	54	El mismo, id. segundo año.	Los mismos, id. segundo año.
700	53	El mismo, id. tercer año.	Los mismos, id. tercer año.
701	52	El mismo, id. cuarto año.	Los mismos, id. cuarto año.
702	51	El mismo, id. quinto año.	Los mismos, id. quinto año.
703	50	El mismo, id. sexto año.	Los mismos, id. sexto año.
704	49	Afranio y Petreyo, pro-pretores por Pompeyo, séptimo año.	Marco Varron, pro-pretor por Pompeyo, séptimo año.
705	48	Marco Emilio Lépido, pro-pretor por César.	Q. Casio Longino, pro-pretor por César. M. Cl. Marcelo Sertino, pretor del ejército.
706	47	El mismo, id. segundo año.	Cayo Trebonio, pro-pretor por César.
707	46	Q. Pedio, pro-pretor por César.	Q. Fabio Máximo, pro-pretor por César.
708	45	El mismo, id. segundo año.	El mismo, id. segundo año.
		(Muerte de César).	
709	44	Carinates, gobernador de ambas provincias durante el interregno. M. Emilio Lépido, procónsul por César.	Cayo Asinio Polion, pro-pretor por César,
		(Formacion del triunvirato entre Octavio, Antonio y Lépido).	
710	43	N. N. gobernador de ambas provincias por M. E. Lépido, triunviro.	
711	42	Q. Salvidieno Rufo, pro-pretor de ambas provincias por Octaviano.	
712	41	El mismo, id.	segundo año.
713	40	El mismo, tercer año.	
714	39	Cn. Domicio Calvino, pro-pretor de ambas provincias por Octaviano.	
715	38	Este año empezó la era española por haber quedado reducida casi toda la Península á la dominacion de César Octaviano. Continuacion de los poderes de Cn. Domicio Calvino, pro-pretor	
716	37	El mismo, tercer año.	»

A. de R.—A. ant. de J. C.		España citerior.	España ulterior.
718	36	Cayo Narbono Flaco, pro-pretor de ambas provincias por Octaviano.	
719	35	El mismo, segundo año.	»
724	29	Statilio Tauro, pro-pretor por Octaviano.	»
725	28	Sexto Opuleyo, pro-pretor por Octavio.	»
726	27	Publio Silio Carisio, id.	»

Llegado este año, la España fué dividida en tres provincias, á saber: la Tarraconense, la Lusitania y la Bética. Octaviano tomó el nombre de Augusto, é hízose entre el senado y el emperador, la division de la Península que en su lugar hemos explicado.

§ 3.°

GOBERNADORES DE LA ESPAÑA ROMANA HASTA CONSTANTINO.

(26-306 de J. C.)

1. *Augusto.*

Año de R.	Año de la E. de E.	Antes de J. C.	
727	13	26	Cayo Anthistio, lugarteniente de Augusto para la guerra de Cantabria.
729	15	24	Lucio Emilio, lugarteniente de Augusto en la Tarraconense.
731	17	22	Cayo Furnio, lugarteniente de Augusto en la Tarraconense.
734	20	19	Marco Vipsaurio Agrippa, gobernador de la Tarraconense durante 5 años, desde el 19 al 15 antes de J. C.

Nace Jesucristo el año 753 de Roma y 38 de la era de España.	Desde el año 15 antes de J. C. basta el año 14 de la era vulgar.	Lucio César, gobernador de la Tarraconense. Cayo Vibio Latro, cuestor en la Tarraconense. Cneo Pison, legado augustal en la Lusitania y en la Tarraconense. Odecio, legado augustal pro-pretor en Lusitania. Q. Thorio Culleon, procurador augustal en la Bética.

Augusto muere el 19 de agosto y le sucede Claudio Tiberio Neron.

2. *Tiberio.*

(14—37 de J. C.)

Año de J. C.	
14—17	Lucio Pison, pretor en la Tarraconense. Lucio Aruncio, id. Paulo Emilio Regilio, cuestor en la Tarraconense. Cayo Ummidio Durmio Quadrato, legado en Lusitania. Vibio Sereno, procónsul en la Bética. Junio Blesso, id. Marco Casio Agrippa, procurador augustal en la Bética.

Tiberio muere en 16 de marzo del año 37 de J. C., y le sucede Cayo César, apellidado Calígula.

3. *Calígula.*

37—41	Cayo Ummidio Durmio Quadrato, legado pro-pretor en Lusitania. Cayo Appio Silano, prefecto.

4. *Claudio.*

41—54	Publio Plaucio Romano, legado augustal y recaudador de tributos en la Tarraconense. Drusilano Rotundo, tesorero en la Tarraconense. Albano, id. Tiberio Alcino Celer, procurador de la vigésima en la Bética. Umbonio Silon, prefecto en la Bética. Cayo Appio Silano, prefecto.

5. *Neron.*

54—68	Sergio Sulpicio Galba, procónsul en la Tarraconense. Marco Othon, legado en Lusitania. Marco Vettio Valente, procurador augustal en Lusitania. Cluvio Rufo, gobernador de la Bética. Seneca Tarquino, cuestor en la Bética. Aulo Cæcina, id. Lucio Licinio Glacus Lucreciano, prefecto pro-pretor en las Baleares.

Año de J. C.

6. *Galba.*

68—69 Cluvio Rufo, gobernador de las tres provincias.

7. *Othon.*

69 Cluvio Rufo, gobernador de las tres provincias.

8. *Vitelio.*

69
Cluvio Rufo, gobernador de las tres provincias.
Marco Calpurnio Séneca Turpion, procurador imperial en Lusitania y en Vetonia.

9. *Vespasiano.*

69—79
Tiberio Plaucio Silvano, enviado augustal á las tres provincias.
Larcio Licinio, legado en la Tarraconense.
Cayo Calpetano Rancio, legado augústal pro-pretor en la Tarraconense.
Publio Licinio Levino, cuestor en la Tarraconense.
Decio Cornelio Meciano, legado augustal en Lusitania.
Lucio Bebio Avito, procurador augustal en Lusitania.
Cayo Plinio, cuestor y procurador del Erario en la Bética.
Herennio Seneciano, cuestor en la Bética.
Lucio Aruncio Máximo, procurador augustal en Legio VII Gemina.

10. *Tito.*

79—81
Nonio Celer, gobernador de la Tarraconense.
Lucio Cæcina Severo, cuestor en la Tarraconense.
N. N., procurador augustal en la Bética.

11. *Domiciano.*

81—90
Publio Rómulo, procónsul en la Tarraconense.
Marco Voconio Vaccula, cuestor en la Tarraconense.
Quinto Licinio Silvano, procurador augustal en la Tarraconense y prefecto de las costas marítimas de la España oriental.
Bebio Massa, procónsul en la Bética.
Cecilio Clásico, id.
Octavio Rufo, id.
Tito Flavio Archelao, legado augustal en Lusitania.
Lucio Voconio Paulo, cuestor en Lusitania.
N. N., prefecto de Galicia.

12. *Nerva.*

96—98
Septimio Acindino, juez supremo en la Tarraconense y agente augustal en las tres provincias.
Cayo Egnatuleyo Séneca, cuestor en la Tarraconense.
Calestrio Tiron, procónsul en la Bética.
Pudens, procurador augustal en la Bética.
Cayo Junio Flaviano, procurador augustal en la Bética y en Asturias.
Q. Modesto, procurador augustal en Galicia y en Asturias.

13. *Trajano.*

98—117
Aulo Cornelio Palma, gobernador de la Tarraconense.
Tiberio Cándido, legado augustal pro-pretor en la Tarraconense.
Q. Glicio Attilio Agrícola, legado augustal en la Tarraconense.
Cayo Voconio Plácido, cuestor en la Tarraconense.
Macron, gobernador de la Bética.
Instancio, id.
M Epuleyo Próculo Cepion, procónsul en la Bética.
Cayo Occio Curio, id.
Cayo Calvo Hispano, pretor en la Bética.
Publio Besso Betuniano, procurador augustal en la Bética.
Tito Prifernio Peton, procurador augustal en Galicia y en Asturias.

14. *Adriano.*

Año de J. C.	
117—138	Tiberio Claudio Quartino, legado en la Tarraconense. Lucio Domicio Galicano, legado augustal pro-pretor en la Tarraconense. Lucio Numisio Montano, cuestor en la Tarraconense. Q. Cecilio Fronton, cuestor y procurador augustal en la Tarraconense. Publio Curio Blesso, procurador de la vigésima en la Tarraconense. Lucio Tucio Cerealis, legado augustal pro-pretor en Lusitania. Publio Stacio Paulo, procónsul en la Bética. Egnacio Taurino, id. Lucio Cecilio Virgiliano, procurador augustal en la Bética. Q. Cecilio Marcelo, id. Marco Tertulo Semproniano, legado en la Bética y despues procurador augustal en Lusitania. Cayo Javoleno Calvino Gemino, procónsul en la Bética y luego legado augustal pro-pretor en Lusitania. Cayo Oppio Sabino, legado augustal pro-pretor en Lusitania; despues legado en la Bética, y finalmente procónsul en la misma provincia.

15. *Antonino Pio.*

138—161	Calpurnio Quadrato, procurador augustal en la Tarraconense. Lucio Stacio Quadrato, legado augustal pro-pretor en Lusitania. Elio Marciano, procónsul en la Bética. Marco Cucio Prisco, legado augustal pro-pretor en la Bética. Cayo Julio Oppio Clemente, cuestor en la Bética.

16. *Marco Aurelio.*

161—180	Valerio Juliano, presidente en la Tarraconense. Septimio Severo, cuestor militar en la Bética y despues pretor en la Tarraconense. Mesio Mariano, procurador en Tarragona. Marco Ulpio Gresiano, receptor del fisco (tabularius) en Lusitania. Publio Elio Vetalis, receptor del fisco en Lusitania y en Vetonia. Tito Varco Clemente, procurador augustal en Lusitania y en Vetonia, residente en Mérida. Ipathico, lugarteniente procurador augustal en Lusitania. Julio Nemesio Nomentano, gobernador imperial en la Bética. Lucio Castrucio Honorato, pro-pretor en la Bética. Galo Maximiano, procurador augustal en la Bética. Marco Mannio Corneliano, procurador augustal de las provisiones en la Bética. Sexto Julio Possessor, sucesivamente prefecto de las provisiones en la Bética, procurador augustal en las márgenes del Rhin, y procurador en Hispalis y en Asta-Regia.

17. *Cómodo.*

180—193	Felix, receptor de la vigésima en la Tarraconense. Hilaro id. en Lusitania.

18—19. *Pertinaz y Juliano.*

193	Publio Magonio Rufo Magoniano, procurador augustal de la vigésima en la Bética y Lusitania, procurador augustal en la Bética y receptor del tributo del dozavo en la misma provincia.

20. *Septimio Severo.*

193—211	Q. Poshumio Sergio, notario augustal en la Tarraconense. Q. Epidio Rufo Loliano, censitor y quatorviro monetario en la Tarraconense. Cestio Acidio Perennis, legado augustal pro-pretor en Lusitania. Q. Julio Saturnino, cuestor en Lusitania. Druso Valerio Celiano, procurador augustal en Lusitania. Lucio Corneliano Licomedes, procurador augustal en la Bética.

21. *Caracalla.*

211—217	Cayo Valerio Arabino, presidente de los archivos censitarios de la Tarraconense. Cecilio Emiliano, procónsul en la Bética.

Año de J. C.	
	22. *Macrino.*
217—218	Succeso, receptor del fisco en la Tarraconense.
	23. *Heliogábalo.*
218—222	Marco Julio Candito, procurador imperial en Itálica.
	24. *Alejandro Severo.*
222—235	Alio Máximo, legado augustal pro-pretor en la Tarraconense. Q. Atrio Clonio. Cayo Cesonio Macer Rufiniano, legado augustal pro-pretor en Lusitania, y luego vice-legado en la Bética.
	25. *Maximino.*
235—238	Q. Decio, legado augustal pro-pretor en la Tarraconense.
	26. *Máximo y Balbino.*
238	Q. Umbro Próculo, legado augustal en la Tarraconense.
	27. *Gordiano el Jóven.*
238—244	Lucio Tadio Similis, legado augustal en la Tarraconense.
	28. *Filipo.*
244—249	El mismo.
	29. *Decio.*
249—251	Paterno, procónsul en la Tarraconense.
	30. *Galo.*
251—253	El mismo.
	31. *Emiliano.*
253—259	El mismo.
	32. *Valeriano.*
259—260	Emiliano, presidente en la Tarraconense. Publio Licinio Galieno, procónsul en la Bética.
	33. *Galieno.*
260—268	Emiliano, presidente en la Tarraconense. Publio Licinio Galieno, procónsul en la Bética.

Durante el reinado de Galieno elevárонse treinta tiranos en distintas partes del imperio; uno de ellos, Postumio, fué reconocido por algun tiempo en la Península.

	34. *Claudio II.*
268—270	» » »
	35. *Aureliano.*
270—275	Saturnino, gobernador de las tres provincias. Lucio Furio, procurador augustal en las tres provincias.
	36. *Tácito.*
275—276	Aurelio Julio, vice-presidente en la Bética.

Año de J. C.

37. *Probo.*

276—282 | Aurelio Julio, vice-presidente en la Bética.
Anrelio Ursiano, procurador en Itálica.

38. *Caro.*

282—283 » » »

39. *Carino y Numeriano.*

283—284 M. Aurelio Valentiniano, presidente y legado augustal pro-pretor en la Bética.

40—41. *Diocleciano y Maximiano Herculeo.*

284—305
Publio Daciano, presidente de las tres provincias.
Cneo Arrio Aximio, procurador augustal.
Posthumio Luperco, presidente en la Tarraconense.
Valerio, procónsul en la Tarraconense.
Maximiano, id.
Rufino, lugarteniente de Daciano en la Tarraconense.
Lucio Elio, procónsul y juez supremo imperial en la Bética.
Dion, lugarteniente de Daciano en la Bética.
Eugenio, id.
Calpurniano, lugarteniente de Daciano en Lusitania.
Máximo, juez imperial en Calagurris.
Asterio, Eglisio, Fortunato, Diogeniano, y Marciano sucesivamente jueces imperiales en Calagurris, Burgis, Legio VII Gemina é Hispalis.

42—43. *Constancio Chloro y Galerio.*

305—306 | Badio Macrino, presidente en la Tarraconense.
Decimio Germiniano, procónsul en la Bética.

§ 4.°

GOBERNADORES DE LA ESPAÑA ROMANA DIVIDIDA EN CINCO PROVINCIAS DEPENDIENTES DE LA PREFECTURA DE LAS GALIAS.

(306-423 de .C.)

44. *Constantino.*

306—337
Quinto Esclanio Hermiaso, vicario y juez supremo en las cinco provincias.
Viator, vicario en las cinco provincias.
M. Mario Máximo, procurador imperial en las cinco provincias.
Octaviano, conde (comes) en las cinco provincias.
Tiberiano, id.
Severo, id.
Badio Macrino, presidente en la Tarraconense.
Fulcano Julio Vero, id.
Q. Elio Januario. id.
Marco Acilio Rufo, procurador de los Césares en la Tarraconense.
Decimio Germaniano, consular en Bética.
Octavio Rufo, presidente en Bética.
Ignacio Faustino, id.
Lucio Aradio Próculo, receptor del censo en Galicia.
Lucio Valerio Balbino, legado augustal en Asturias.
Q. Mamilio Capitolino, id.

45. *Constantino el Jóven.*

337—340 | Tiberiano, prefecto del pretorio de las Galias, residente en Autun.
Ignacio Faustino, vicario en Bética.

46. *Constante.*

343—350
Ticiano, prefecto del pretorio de las Galias.
Albino, vicario en las cinco provincias.
Tito Ticiano, presidente en la Tarraconense.
Lucio Ranio Optato, legado augustal en Galicia y en Asturias.
Lucio Albino Saturnino, id.

Año de J. C.

47. *Magnencio.*

350—353 Magnencio es contado entre los tiranos que con tanta frecuencia interrumpieron la série regular de los emperadores, haciendo incierto su número; su hermano Decencio le hizo reconocer en España durante su usurpacion.

48. *Constancio II.*

350—361
Rufino, prefecto del pretorio de las Galias.
Honorato, id.
Florencio, id.
Nebridio, id.
Clementino, vicario en las cinco provincias.
Celestino, consular en Bética.
Vectio Agorio Pretextato, consular en Lusitania.
Flavio Acco Catulino, presidente en Galicia.

49. *Juliano.*

361—363
Nebridio, prefecto del pretorio de las Galias.
Salustio, id.
Venusto, vicario en las cinco provincias.

50. *Joviano I.*

363—364 Julio Próculo, juez imperial en Bética.

51. *Valentiniano.*

364—375
Germaniano, prefecto del pretorio de las Galias.
Florentino, id.
Vivencio, id.
Valeriano, vicario en las cinco provincias.
Arthemio, id.
Phalangio, consular en Bética.

52. *Graciano.*

375—383
Ausonio, prefecto del pretorio de las Galias.
Syagrio, id.
Sextilio Agesilao, vicario en las cinco provincias.

53. *Valentiniano II.*

383—392
Constanciano, prefecto del pretorio de las Galias.
Mariniano, vicario en las cinco provincias.
Volventio, procónsul.
Tiberiano, procurador en Tarragona.

54. *Teodosio el Grande.*

392—395
Teodoro, prefecto del pretorio de las Gálias.
Petronio, vicario en las cinco provincias.
Lucio Novio Vero, presidente en Lusitania.

55. *Honorio.*

395—423
Felix, prefecto del pretorio de las Galias.
Vincencio, id.
Limenio, id.
Dardano, id.
Petronio, vicario en las cinco provincias.
Macrobio, id.
Maurocello, id.
Asterio, conde en las cinco provincias.

Como hemos explicado, durante el reinado de Honorio, España quedó casi separada por completo del imperio, cuya rápida decadencia se verificó bajo los emperadores cuyos nombres siguen:

EN OCCIDENTE.			EN ORIENTE.	
Año de J. C.			Año de J. C.	
395	Constantino Jovino Sebastian Attalo etc.	Tiranos en tiempo de Honorio.	395	Arcadio.
424	Valentiniano III.		408	Teodosio el Jóven.
455	Máximo.		450	Marciano.
456	Avito.			
456	Interregno de 10 meses.			
457	Mayoriano.		457	Leon I.
461	Vibio Severo.			
465	Interregno de mas de un año.			
467	Anthemio.			
472	Olybrio.			
472	Interregno de 4 meses.		474	Leon el Jóven.
473	Glycerio.		474	Zenon.
474	Julio Nepos.			Basilisco. } Tiranos.
475	Rómulo Augustulo.			Marciano. } Tiranos.

XIII.

Noticia sobre el primitivo estado de los bárbaros.

A los escritores griegos y romanos se deben los excasos conocimientos que acerca de esta materia poseemos. Afortunadamente dos de estos antiguos escritores, tal vez los mas capaces de observar con profundo discernimiento y de pintar fiel y enérgicamente las costumbres é instituciones de aquellos pueblos, nos han dejado un cuadro que está en armonía con cuanto han dicho los demás historiadores; aludimos á César y á Tácito. En pocas palabras retrata el primero á los antiguos Germanos en algunos capítulos del libro sexto de sus Comentarios, y el segundo escribió expresamente una obra sobre este asunto, escritos que son los monumentos de la antigüedad mas preciosos é instructivos para los actuales habitantes de Europa. Hé aquí su breve resúmen.

Entre los antiguos Germanos era muy grosero y sencillo el estado social, y solo vivian de la caza y de la ganadería. *César, l.* 6, *c.* 21. Despreciaban la agricultura, y en general se alimentaban de leche, queso y carne. *Id. c.* 22. Tácito dice lo mismo á corta diferencia, de *Morib. German. c.* 14, 15 *y* 23. Los Godos tampoco se dedicaban á la agricultura. El estado social no se hallaba mas adelantado entre los Hunos, pues se desdeñaban de cultivar la tierra y de manejar el arado. *Amm. Marcel., l.* 31, *p.* 475. Idénticas eran las costumbres de los Alanos, y mientras la sociedad permaneció en este estado primitivo, al reunirse los hombres sacrificaron, una muy pequeña parte de su independencia natural.

Entre los antiguos Germanos era muy limitado el poder civil; en tiempo de paz carecian de un magistrado fijo y comun, pues los jefes de cada distrito administraban justicia y ponian término á las diferencias. *Ces. l.* 6, *c.* 23. No gozaban sus reyes de poder absoluto é ilimitado, pues su autoridad consistia mas bien en el privilegio de aconsejar que en el de mandar. Los jefes decidian de los

negocios de poca entidad, pero los de mas importancia y general interés estaban sometidos al cuerpo entero de la nacion para su juicio. *Tácito, c.* 7 *y* 11. Los Hunos deliberaban asimismo sobre los asuntos mas esenciales y no se sujetaban al poder de un rey. *Amm. Marcel., l.* 31, *p.* 474.

Todos los individuos de la Germania eran libres de alistarse ó no para una expedicion militar, y parece que en este punto no les imponia obligacion alguna la autoridad pública. «Cuando un jefe proponia una expedicion, dice César, los que la aprobaban, y consentian en seguirle se levantaban y declaraban su resolucion, mas si faltaban despues á su promesa eran reputados cobardes, traidores á la patria é infames.» *Ces. c.* 23. Igual costumbre indica Tácito, si bien en términos menos categóricos.

Cada individuo era independiente y dueño absoluto de sus acciones, y el que aspiraba á ser jefe tenia gran interés en ganarse partidarios que aprobasen sus proyectos y le siguiesen. César los llama *ambacti* y *clientes*, como si dijésemos partidarios; Tácito les da el nombre de *comites*, compañeros. La principal distincion del poder de un jefe consistia en ir acompañado de brillante tropa de jóvenes escogidos, pues la juventud era la gloria y el honor del Estado en tiempo de paz y su seguridad durante la guerra. Los jefes conservaban el afecto de sus compañeros por medio de regalos de armas y caballos, ó por banquetes mas que delicados, abundantes. *Tácito*, *c.* 14 y 15.

Por consecuencia de este personal espíritu de libertad é independencia, conservado por los Germanos aun despues de reunidos en sociedad, redujeron á estrechos límites la jurisdiccion personal de sus magistrados, y reserváronse y ejercieron todos los derechos de la venganza individual; de manera que no competia á un magistrado facultad para prender á un hombre libre ni para aplicarle pena alguna corporal. *Tácito, c.* 7. Aun mas; todo individuo estaba obligado á vengar las afrentas ó agravios inferidos á sus parientes y amigos. Sin embargo, no por hacerse familiares y hereditarias las enemistades eran implacables, pues hasta el asesinato era expiado con cierto número de cabezas de ganado. *Tácito, c.* 21. Parte de la multa tocaba al rey ó al Estado y lo restante á los ofendidos ó á sus parientes. *Id, c.* 21.

Las madres y mujeres de los Germanos los acompañaban á la guerra, llevaban víveres á los combatientes y los excitaban á la pelea. Ejércitos hubo que despues de desordenados, consiguieron la victoria, gracias á los esfuerzos y súplicas de las mujeres, que les rogaban que no se deshonrasen con una fuga vergonzosa.

En épocas de paz, dedicábanse á la caza, ó pasaban el tiempo en la ociosidad, entregados al sueño y á la intemperancia. Los cuidados domésticos estaban encomendados á las mujeres y á los ancianos.

Se casaban con una sola mujer, en lo cual se distinguian de los demás bárbaros; no obstante, algunos de sus jefes tenian muchas esposas, mas bien por ostentacion que por libertinaje.

Las mujeres no dotaban á sus maridos, sino que por lo contrario, ellos eran quienes constituian la dote, consistente, no en presentes destinados á placeres afeminados, ó para engalanar á la novia, sino en bueyes, en jaeces, en armas y en escudos.

En una nacion tan numerosa se cometian pocos adulterios; la pena se aplicaba con rapidez y el marido era su ejecutor. Desnuda la mujer, cortados sus cabellos, era arrojada de la casa del marido á presencia de sus padres, y se la paseaba por toda la poblacion, azotándola con varas.

Los hombres se entregaban tarde á los placeres del amor, con lo que se conseguia que no enervasen su juventud.

Los sobrinos maternos eran tan queridos de sus tios como de sus padres, y muchos juzgaban aun mas estrecho y sagrado este vínculo de parentesco.

Los Germanos no conocian los testamentos. *Tácito de Morib. Germ. c.* 14, 15, 17, 20, 21.

Todos aquellos pueblos eran dados á diversas supersticiones, mayormente los Godos, por persuadirse de que no les sucederia prósperamente en la guerra si no ofrecian por el ejército sangre humana: sacrificaban los prisioneros al dios Marte, al cual principalmente eran devotos, y asimismo acostumbraban á ofrecerle las primicias de los despojos, y colgar de los troncos de los árboles las pieles de los que mataban.

Profesaban la creencia de la inmortalidad del alma y la de futuros premios y castigos. Cuando tronaba tiraban saetas en alto para con esto ayudar á Dios, por pensar que se le hacia fuerza y que le echaban del reino, y celebraban con cantos y tonadas los hechos y las proezas de sus mayores.

Hemos presentado este resúmen de los usos y costumbres de los Germanos, aun cuando sea cosa ya sabida por los hombres versados en la antigua literatura, porque ellos tuvieron gran influencia en los destinos posteriores de las naciones que invadieron, y son la mejor llave para penetrar en los sucesivos secretos de la historia.

Ha de observarse que la obra de César fué escrita doscientos años antes que la de Tácito, y en este espacio de tiempo, relacionadas estrechamente con los Romanos, las tribus germanas pudieron pulir mucho sus costumbres. No se olvide tampoco que no en todas las tribus era uno mismo el estado social; los Suetones, por ejemplo, se habian civilizado en tal manera que empezaban ya á corromperse, *Tácito, c.* 46; al paso que los Fennes eran tan bárbaros que nos admira que hayan podido subsistir. *Id. c.* 46. Estas dos circunstancias no han de ser despreciadas por los que traten de escribir sobre las costumbres germánicas, ó de establecer alguna teoría en punto á su estado social.

XIV.

Devastacion y calamidades de Europa en la época de la irrupcion de los bárbaros.

Varios historiadores y entre ellos Robertson opinan que los bárbaros exterminaron á la mayor parte de la poblacion de Europa, sin lo cual, dicen, habria sido imposible la mudanza radical y repentina que se observó en la política, en la jurisprudencia, en las artes y en la literatura. Do quiera, dicen, se introdujeron formas de gobierno, leyes, costumbres, trajes, idiomas enteramente nuevos, y esto no habria podido verificarse sin aquella espantosa catástrofe, pues de otro

modo vanamente lo habria intentado todo conquistador, por hábil y temible que hubiese sido.

En justificacion de su aserto, el mencionado historiador coloca una extensa nota al fin del tomo I de su obra relativa al emperador Carlos V, nota que copiamos íntegramente. Dice así:

«Procopio manifiesta que, movido de humano sentimiento, no entra en pormenores sobre la crueldad de los bárbaros. «No quiero, dice, transmitir á la pos« teridad monumentos y hechos de barbarie.» *Procop. de Bello Goth. l.* 3, *c.* 10; mas como la revolucion de que he hablado y que reputo consecuencia del establecimiento de los bárbaros en las provincias que antes fueron de Roma, no hubiera tenido lugar sin la destruccion de la mayor parte de los antiguos moradores, creí que tan gran suceso, al que se deben tan grandes efectos, merecia ser examinado detenidamente. Esto me induce á ofrecer á mis lectores parte del deplorable espectáculo sobre el cual juzgó Procopio que habia de correr un velo; no entraré con todo en detalles, contentándome con referir algunos casos de las crueldades cometidas por dos pueblos de entre los muchos que conquistaron el imperio romano. Los Vándalos fueron los primeros en invadir la España, rica y poblada provincia del imperio, cuyos habitantes habian defendido bizarramente su libertad con mas obstinacion y por mas tiempo que los demás europeos. Sin embargo, la dominacion romana los debilitó de tal modo, que habiendo los Vándalos entrado en España en 409, la conquistaron en dos años y se la repartieron en 411. Idacio, testigo ocular de la devastacion que siguió á la conquista, dice: «Los bárbaros lo talaban todo con la mayor ferocidad, la peste completó el horror, y siguióse despues el hambre que obligaba á los vivientes á alimentarse de cadáveres: tan terribles azotes devastaron á un tiempo á estos desgraciados reinos.» *Idatii*, *Chron.*, *vol.* 7. Atacaron los Godos á los Vándalos y les hicieron sangrienta guerra, talando ambas partes el país; las ciudades que se libraron del furor de los primeros fueron reducidas á cenizas y quedaron los habitantes expuestos á los horrores mas crueles. Léase la descripcion de Idacio, y además véase á S. Isidoro de Sevilla y á otros autores coetáneos que refieren idénticamente la devastacion.

«Asolada la España, pasaron los Vándalos al Africa en 428, pues esta region era, despues del Egipto, la mas fértil provincia de Roma, uno de los graneros del imperio, y, como dice cierto antiguo escritor, el alma de la república. Con solo treinta mil hombres la conquistaron en menos de dos años, y un escritor contemporáneo nos hace una terrible pintura de los desastres que causaron. «Encontraron, dice, un país cultivado, una tierra fértil y risueña, y la talaron con el hierro y el fuego, destruyendo y despoblando toda la provincia; arrancaron las viñas y los árboles para que los refugiados en las cavernas no pudiesen encontrar alimento; trataron á los prisioneros con crueldad inaudita para que descubriesen sus tesoros, y cuantos mas descubrian, mas querian descubrir; no perdonaron sexo, edad ni distinciones de nobleza y de religion; al contrario, toda distincion acarreaba mas ultrajes; arrasaron los edificios salvados de las llamas, y dejaron sin habitantes muchas ciudades; al llegar á la vista de un fuerte que no pudiesen rendir por falta de disciplina, degollaban al rededor innumerables prisioneros y los dejaban insepultos, para que la infeccion de los cadáveres

obligase á los sitiados á rendirse.» VICTOR VITENS, *de Persec. Af. ap. Bibl. pat., vol.* 8.°, *pág.* 666. San Agustin describe de un modo idéntico la crueldad de los Vándalos. *Oper. vol.* 10, *pág.* 372. Belisario atacó á los Vándalos cien años despues de su establecimiento en Africa y los arrojó de ella. Procopio, historiador de la misma época, describe así las devastaciones. «Estaba de tal suerte despoblada el Africa que se viajaba por espacio de muchos dias sin encontrar á un hombre, pudiendo decirse sin exageracion que durante la guerra perecieron cinco millones de almas.» PROCOP. *Hist. arc. cap.* 18. *ab Bysant. script. vol I, pág.* 315.

«Si me he detenido en referir las calamidades de esta provincia, es porque, además de autores contemporáneos, las describen testigos de vista. El actual estado de Africa es una prueba de lo que afirmaron, pues muchas de sus mas florecientes y pobladas ciudades fueron arruinadas de tal suerte que no quedan de ellas vestigios; la fecunda tierra que sustentaba al imperio otomano, y la provincia llamada por Victor en su bárbaro latin *Speciocitas totius terræ florentis*, es hoy únicamente una guarida de piratas.

«Mientras que una parte del imperio romano era devastada por los Vándalos, era la otra asolada por los Hunos, los bárbaros mas formidables y feroces entre todos. Ammiano Marcelino, escritor de aquel tiempo y uno de los mejores historiadores del Bajo Imperio, representa sus costumbres y su gobierno. Parecíanse mucho aquellos pueblos á los antiguos Escitas y á los Tártaros modernos, y tambien se observa en su carácter y en sus usos cierta conformidad con los salvajes del norte de América. Su pasion belicosa y su actividad excedian á toda comparacion. «Los pueblos cultos, dice Ammiano, gustan del sosiego, y los Hunos de los combates y peligros; para ellos es una dicha morir guerreando, y una infamia morir de enfermedad ó de vejez. Se envanecen con el número de enemigos que han muerto, y sus adornos consisten en atar á los arreos de sus caballos la cabellera de aquellos á quienes han sacrificado.» En el siglo cuarto empezaron sus excursiones por el imperio, y aunque acostumbrados los Romanos al furor de otros bárbaros, se asombraron al saber las devastaciones de los Hunos. Primero talaron la Thracia, la Panonia y la Iliria, y, segun Procopio, en cada una de las irrupciones que hacian en Europa, mataban ó esclavizaban á mas de doscientas mil personas. La Thracia, provincia rica y muy bien cultivada, se convirtió en un desierto, y cuando Prisco acompañó á los embajadores enviados á Atila, encontró muchas ciudades deshabitadas, y solo algunos miserables fugitivos ocultos entre las ruinas de los templos, cubriendo los campos en muchas leguas de extension las osamentas de las víctimas. Atila, aclamado rey de los Hunos en el año 434, taló la Germania y las Galias pasando luego á Italia, que convirtió en un vasto desierto, segun lo manifiesta el estado en que quedó por muchos siglos despues que los bárbaros se establecieron en ella. Al despoblarse un país, crecen árboles y matorrales en los terrenos sin cultivo, fórmanse insensiblemente inmensos bosques y los rios y aguas estancadas llenan la tierra de lagos y pantanos. La antigua Italia, centro del lujo romano, estaba cultivada con el mayor esmero, pero los bárbaros la devastaron de tal suerte destruyendo todas sus obras de industria y de cultivo, que en el siglo octavo, á lo que parece, estaba llena de bosques y lagunas. Muratori entra en pormenores sobre

el estado y los límites de esta region, y prueba con testimonios auténticos que parte del territorio de Italia estaba cubierto de bosques ó sumergido por las aguas; siendo preciso creer que no fuesen solo los parajes estériles por naturaleza ó poco importantes, sino los mismos cantones que los antiguos escritores nos dicen ser muy fértiles y que están en el dia muy bien cultivados. MURAT. *Antiquitit., Ital. med. ævi. Dissert.* 21.

«Las devastaciones de los bárbaros fueron iguales en los demás países europeos. En muchos documentos hállanse terrenos otorgados á monasterios ó á particulares, y se les distingue por terrenos cultivados y habitados, y otros desiertos, *eremi*. Vense ejemplos de tierras cedidas á particulares porque las tomaron en desierto, *ab eremo*, y despues las poblaron y cultivaron, como lo prueba un título de Carlomagno publicado por Eckart, de *Reb. Franciæ orient.*, y otros muchos expedidos por sus sucesores y citados por Du Cange en la palabra *Eremus*. Muratori añade que en los siglos octavo y nono estaba la Italia infestada de fieras, nueva prueba de su casi total despoblacion.

»No dudo que habrá exageracion en alguno de los anteriores relatos, y sé que los bárbaros no obraron todos del mismo modo en sus establecimientos, pues si unos parecian resueltos á destruir del todo á los antiguos moradores, otros parecian animados del deseo de asimilarse á ellos; mas los hechos que van referidos son suficientes para probar que las invasiones y los establecimientos de los bárbaros en el imperio, produjeron en la humanidad una destruccion mas terrible de lo que parecen creer la mayor parte de los escritores.»

XV.

Consideraciones sobre la caida del imperio Romano.

(DE MASDEU T. X.)

Montesquieu, Eduardo Gibbon, y otros escritores, queriendo examinar en sus obras los motivos primeros y originales de la caida del imperio romano, no han hecho otra cosa que ensangrentarse solapadamente contra la religion inmaculada de Jesucristo, ó bien echar proposiciones generales y misteriosas, que de nada sirven al intento. Ya nos representan por ejemplo las monarquías como grandiosos edificios, que cuando se elevan sobrado, deben ceder por sí mismos á su propio peso; ya describen una rueda, cuyos rayos cuando han llegado á lo mas alto, no pueden moverse de aquel punto sin dar vuelta hácia abajo: ya pintan la necesaria instabilidad de las cosas humanas, que por su naturaleza deben subir á la cumbre y luego bajar á lo mas hondo. Todo esto son metáforas y generalidades inútiles, que nos llaman á la memoria el fin que debe tener toda cosa humana; pero no nos declaran los motivos ó causas porque un cuerpo político dura menos que otro, sin cuyo conocimiento no podemos impedir ó retardar su caida. Yo juzgo que el retrato que hacen de Roma los que vivian en aquel tiempo es el único espejo en que podemos descubrir sin engaño como

estaba constituido entonces el Imperio, y cuales fueron las enfermedades internas que lo enflaquecieron y desconcertaron. Los defectos que se descubren en esta pintura son tres: la falta de unidad en la relijion: el abandono de las artes y ciencias, y la corrupcion de las costumbres.

En toda la larga série de emperadores romanos desde Octaviano Augusto hasta Constantino, la religion dominante fué la gentílica, pero siempre una. Dioses, altares, sacrificios, pontífices, sepulturas, festividades, todos los ritos y usos de religion, fueron siempre los mismos, y del mismo modo respetados. Hubo emperadores que toleraron á los Judíos, y no persiguieron á los cristianos; pero ni á cristianos ni á Judíos se permitió jamás la profesion externa de su religion, y todo culto diferente del romano estaba severamente vedado en los dominios del imperio. Cuando Dios para felicidad de los hombres penetró con los rayos de su luz eterna en lo íntimo del alma de Constantino, entró á dominar la religion de Jesucristo en lugar de la falsa de los gentiles; y desde entonces se vió claramente que la conservacion y felicidad del Estado depende en mucha parte de la unidad en la religion. Obsérvese como el emperador Constantino, ocupado con toda su alma, en extender la religion católica, y tener limpia la Iglesia de toda secta, mantuvo el imperio largamente contra enemigos los mas formidables, y en circunstancias las mas críticas, pues además de los rivales y enemigos que se levantaron, el mismo con sus propias manos estaba fabricando en Constantinopla el sepulcro de Roma. Al contrario, los emperadores Constancio, Juliano y Valente, que dieron favor á hereges y Judíos, experimentaron por sí mismos que al paso que se multiplicaban las religiones, iban creciendo las inquietudes públicas, y los vaivenes del imperio. Subió al trono el gran Teodosio, persiguió á todo gentil y sectario, no aprobó otra religion en sus dominios sino la católica; y luego el estado volvió á sosegarse y á cobrar el esplendor antiguo, y su imperio fué uno de los mas gloriosos y felices. Murió el príncipe intolerante de toda secta; Rufino y Estilicon metieron en Europa y en Italia una nacion arriana, y apenas dividida la Iglesia, se dividió y se deshizo el imperio romano. En suma, la unidad religiosa lo conservó cinco siglos, y solo cincuenta años de tolerancia bastaron para arruinarlo: estos son hechos históricos é incontrastables. Los filósofos impíos de nuestro siglo, que vienen con capa de amigos, y con el sagrado renombre de cristianos á despedazar en sus entrañas la religion de Jesucristo, no pueden defender la tan deseada tolerancia de toda secta sin echar por tierra las historias, y ponerse á mentir libremente con la mayor insolencia y descaro. ¿Con qué fundamento pudo afirmar Gibbon, que en Roma era máxima de política el dejar correr con indiferencia toda especie de religion? ¿Con qué verdad pudo decir Montesquieu que el imperio romano se mantuvo por el favor que dió á todo género de culto, y se acabó de destruir con las guerras que hizo á las diferentes sectas de religion? ¿Con qué filosofía pudo escribir que Justiniano arruinó sus estados por no haber querido sufrir en ellos otra religion sino la católica, riéndose el mismo de aquel emperador, porque teniendo en su pecho una doctrina, toleraba otra en su mujer, y en todos los favorecidos por ella? El filósofo de Ginebra no consultaba otro libro de historia sino el de su corazon estragado, y pregonaba con tono de oráculo sus invenciones, persuadiéndose que los demás hombres, como mas pequeños, no llegarian á descubrir entre los adornos de su estilo

engañoso sus incoherencias y falsedades, ó bien que conociéndolas, no se atreverian á manifestarlo por temor ó por respeto. El tono de superioridad con que escribe, ha engañado efectivamente á la mayor parte de los hombres con demasiada ignorancia de nuestro siglo. Pero la historia descubre los engaños del filósofo maligno y superficial, y la experiencia nos ha enseñado mil veces aun en nuestros dias, que mejor se conserva un reino católico, y de una sola fe, que un estado de muchas religiones.

Otra máxima perversa, que ha reinado mucho en el mundo, es la de exaltar y promover la ignorancia como conducente á la conservacion y felicidad de los reinos. No hay desvarío mas contrario á la razon humana, y aun á la misma sabiduría de Dios de quien el entendimiento nuestro es una viva centella. El siglo de oro de la literatura romana, en medio de tantas guerras y discordias, fué para Roma el de su mayor exaltacion, y fué la época en que se dilataron sus dominios y se aumentaron sus riquezas. Despues de este tiempo, por cuatro siglos enteros, como subian y bajaban las ciencias y los bellas artes, así fué subiendo y bajando la felicidad del imperio. Trajano que favoreció la literatura mas que otro alguno, fué el emperador mas dichoso, y de mas dilatados dominios. Galieno al contrario, el mas ignorante de todos los emperadores, y el mayor enemigo de los hombres sabios y estudiosos, perdió muchísima parte de sus estados, y dejó el imperio á la orilla del precipicio. La época por fin de mayor ignorancia de Roma fué la misma cabalmente en que se comenzó y acabó su destruccion, desde la mitad del siglo cuarto hasta la mitad del quinto. Oigase esta verdad por boca de Ammiano Marcelino, que fué testigo ocular de lo que se cuenta, y no se hubiera atrevido á hablar de una capital y de un imperio con falsedades y calumnias de que los mismos emperadores hubiesen podido desmentirlo, y aun castigarlo. «Las casas, dice, que estaban antes destinadas para los estudios, ahora son albergue de la ociosidad, y teatro de músicas y cantos. Los filósofos en Roma se han convertido en cantores, los profesores de elocuencia en maestros de diversiones y de niñerías, las bibliotecas están cerradas como sepulcros, y los instrumentos de música y de baile son la única maniobra de los artífices. Habiéndose mandado por temor de carestía, que saliesen de Roma los extranjeros, la ciudad arrojó antes de todos á los pocos literatos que habia, permitiendo al mismo tiempo, que se quedasen en ella tres mil bailarinas con su infinidad de músicos y cómicos..... Ha llegado á tal exceso la ignorancia y supersticion de Roma que muchos no se atreven á comer, ó á lavarse, ni á salir de casa, sin examinar antes el lunario con el mayor cuidado, y ver donde para, por ejemplo, el planeta Mercurio, y á que parte del cáncer corresponde la luna.» Efectivamente en el siglo de que ahora tratamos, la historia literaria de Roma causa compasion y grima; pues absolutamente no se halla en ella un orador, ni un poeta, ni un historiador, ni un filósofo, ni un médico, ni un legista, ni un teólogo, ni un gramático, ni memoria alguna de bibliotecas ni estudios: verdad increible y amarga, de que da repetidos testimonios el mismo historiador de la literatura italiana. «En todo este espacio, dice, de casi dos siglos (desde Constantino Magno hasta la caida del imperio) es menester confesar que la oratoria, la poesía y las ciencias tuvieron mas séquito en Francia que en Italia... No queda monumento alguno de elocuencia profana, de que podamos gloriarnos los Italianos con algu-

na sombra de razon..... En Alejandría y Atenas florecian los estudios de filosofía, pero en Roma iban cada dia cayendo á toda prisa..... Símaco nombró algunos filósofos de su edad, mas no sabemos de ninguno que fuese romano, ó á lo menos italiano... Todos los fueros y privilegios amplísimos, concedidos por los emperadores á la medicina, no bastaron para formar en Roma un solo médico que mereciese nombre en la posteridad; y habiéndolos entonces famosos en otras partes del mundo, Roma no solo estuvo sin médicos romanos, pero ni aun los tuvo extranjeros....; y es preciso confesar que toda la Italia estaba entonces como Roma, sin un médico digno de memoria. Aunque Roma por disposicion de los emperadores era la única ciudad de todo occidente en que estaban permitidas las escuelas de jurisprudencia, sin embargo de esto no tenemos noticia de ningun jurisperito italiano..... No hay memoria de que pensasen en tan largo tiempo los emperadores en abrir en Roma una biblioteca ó profana ó sagrada.» ¿Puede dudarse despues de esto que concurrió la ignorancia visiblemente á destruir el imperio romano, como habia de concurrir la cultura á su formacion y aumento? El exagerar los provechos que pueden resultar á un príncipe de tener súbditos ignorantes, que no conozcan su servidumbre, son voces de sedicion, enemigas cruelísimas del soberano, porque se dirigen á formar un gobierno duro y aborrecible, cuyo último fin y principal es la ruina del príncipe, como consecuencia necesaria del ahogo y opresion de los súbditos.

La tercera causa de la caida del imperio romano fué la relajacion de las costumbres, que habia llegado entonces al mayor esceso. Ammiano Marcelino, despues de haber hecho algunas descripciones horribles de las costumbres malvadas y escandalosas que reinaban en su tiempo en la ciudad de Roma, prosigue hablando de esta manera: «la ciudad de los hombres fuertes se ha convertido en ciudad de eunucos, de bailarinas y cantores..... A cualquiera parte que se vuelvan los ojos, no se hallan sino mujeres lascivas, que en lugar de casarse y educar á sus hijos, se ocupan enteramente en la danza y en pantomimas de teatro. Los caballeros de Roma, que antiguamente daban acogida á los extranjeros de virtud y honor, desprecian ahora á todo hombre forastero, y solo hacen caso de los célibes, honrando con muy particular distincion á cualquiera que no tenga hijos..... Lo mas extraño es, que siendo tan enemigos del honesto vínculo matrimonial, aun despues de haber perdido el vigor por sus muchos vicios, corren á casarse fuera de Roma por el vil interés del dinero, y de una dote cuantiosa. Entre la gente baja y mediana, unos pasan los dias y las noches en las tabernas, otros se retiran á la sombra de tiendas ó enramadas jugando y bostezando con vergonzosa holgazanería; y otros desde la mañana hasta la noche se están con lluvias y soles á ver correr los coches y caballos; de manera que en toda Roma no se hace ya cosa séria, ni digna de racionales..... Es vergüenza el decirlo, pero es innegable que en la capital del imperio no queda mas trato ni amistad, sino la del juego, y que desterradas todas las virtudes, el robo, el engaño, la mentira, la lujuria, la deshonestidad, y todos los demás vicios han logrado en ella su asiento .... ¿Quién podia pensar que llegase á tales escándalos esta ciudad, donde antiguamente fué despojado Manilio de la dignidad senatoria, solo por haber besado á su propia mujer delante de una hija doncella?... No parece creible, pero es una cosa cierta que la corrupcion de las costumbres ha

llegado á tal punto, que ahora el mal es incurable, y aunque saliera del sepulcro Epimenides, el reformador de Atenas, no podria Roma limpiarse de sus hediondeces y fealdades.» Muchas mas cosas dice Ammiano Marcelino, y las confirman otros autores citados por Federico Lindembrogio y Enrique Valerio. ¿Cómo se podrá dudar, pues, del gravísimo daño que hicieron al imperio romano las torpezas y vicios de la capital? No hay cosa que tanto debilite á los hombres como la ociosidad y la corrupcion de costumbres; pues el pueblo entregado á los placeres pierde insensiblemente las fuerzas del cuerpo y el vigor del alma; teme los riesgos de la guerra, huye del trabajo y del estudio, aborrece las artes y las ciencias, abandona el comercio y todo género de industria; y por su flojedad é inaccion, ó deja perecer el estado con vergonzosa indolencia, ó queriendo impedir su ruina, no tiene fuerza para hacerlo. La caida, pues, del imperio romano debe atribuirse sin duda á las tres causas que dije: falta de unidad en la religion, falta de aplicacion y cultura y falta de buenas costumbres. La religion, la cultura y la honestidad son los medios mas eficaces para conservar un reino; y al contrario la impiedad, la ignorancia y la perversion son los caminos que toma la malicia para destruirlo.

XVI.

Noticias sobre el alfabeto y las cifras numeradas Fenicias.

(DE MASDEU, TOMO III.)

Una arte, entre muchas de los Fenicios, merece particularísima atencion y se me permitirá que hable de ella con mas extension. El arte de escribir es la invencion mas ingeniosa del hombre, las palabras son una pintura volante y pasajera de nuestros pensamientos. Las letras escritas son un retrato permanente que sobrevive no solo á los pensamientos, sí tambien á nosotros mismos. El entendimiento humano solo sucesivamente y por muchos grados ha llegado á esta arte tan gloriosa. Se comenzó por el diseño, ú por el retrato de los objetos, y de este se pasó por motivo de mayor brevedad á los geroglíficos. No sé con que razon se atribuye á los Egipcios la gloria de este género de escritura simbólica. Los Indianos, los Chinos, los Fenicios, los Etiopes, los Etruscos, hasta los Scythas del Septentrion, los salvajes del Africa, y los moradores del América, todos tienen un derecho igual á este género de honor. Antes bien me parece cosa poco honorífica al Egipto, que despues de muchos siglos de la invencion del alfabeto, haya proseguido haciendo uso de sus antiguas jerigonzas. Los Fenicios al contrario, observaron ingeniosamente que un número determinado de sílabas, con diversas combinaciones forman todas nuestras palabras, y que por consiguiente, contadas todas las sílabas de una lengua, no seria difícil establecer un número igual de signos ó señales diferentes. Descubiertos en las sílabas los miembros de la palabra, prosiguieron la anatomía, y hallaron tambien en cada sílaba sus pequeños miembros, á los cuales dieron el nombre de letras, ó caracteres. Advirtieron que de estos, aunque poquísimos en número, se forman admirablemente todas las sílabas, todas las palabras y todos los idiomas, y establecieron otros tantos signos, con los cuales, combinados en mil modos diferentes, pudiese la

pluma representar en el papel tantas cosas, cuantas exprimen el sonido y articulaciones de la voz del hombre. Se asegura constantemente que la historia no nos da el nombre del inventor de este arte admirable, y nos quieren persuadir que el entendimiento mas feliz, y el ingenio mas glorioso de todos se ha ocultado á la fama de la posteridad. Pero Sanconiaton, el mas antiguo de los profanos escritores, da este honor á *Joaut*, el cual inventó las trece primeras letras, á las cuales añadió tres *Isiris*, hermano de *Chna*, llamado el Fenicio, segun los Griegos. *Joaut*, que floreció en el siglo veinte y uno, fué natural de Fenicia, consejero de Ilo, uno de los reyes mas antiguos de aquella nacion. Inventado el alfabeto, enseñó el arte de escribir á siete primos suyos, hijos de Sydic, y les dió el empleo de públicos analistas, y despues de algunos años se transfirió al Egipto, acompañando en este viaje á Ilo su soberano, de cuya mano recibió el cetro de un reino, en aquellos paises. Las historias egipcias, las hebreas, las griegas y las latinas están conformes en esto, de suerte que no nos permiten dudar de la veracidad de la relacion de este escritor. Es verdad que el Egipto atribuye esta y otras nobles invenciones al famoso *Jhout;* pero sabemos por los testimonios de Filon, Porfirio y Eusebio, que este hombre extraordinario es el mismo *Taaut*, que de la Fenicia habia pasado á aquella region. La ciudad fenicia conocida con el nombre de Dabir en tiempo de Josué, dice la Historia Sagrada, que antiguamente se llamó *Carial Sepher*, que significa la ciudad de las letras, ó cuentas, ó de los archivos ó libros. En la Idumea, confinante de la Fenicia, estaba ya en uso la escritura, pues Job, que floreció en el siglo décimo octavo, la sabia perfectamente; pero no se sabe que los Hebreos, mientras se mantuvieron en Egipto escribiesen, ni que hubiesen tenido aun noticia de la escritura, y su primer escritor fué Moisés, posterior dos siglos á Job, y solo escribió en los contornos de la Idumea. Los autores griegos, que, á pesar de su natural orgullo, se muestran ciegamente apasionados por los Egipcios, confiesan haber recibido de los Fenicios la escritura alfabética en el siglo décimo quinto, y atribuyen esta gloria á Cadmo. De los latinos no hay uno solo que haya dudado de este punto de historia, teniendo constantemente á los Fenicios por inventores de esta arte, de suerte que Gonguet en vano nos ha querido persuadir que Plinio fué de opinion contraria.

Somos deudores de la utilísima invencion de la aritmética al feliz hallazgo del alfabeto. En dos maneras se sirvieron los antiguos de las letras en lugar de cifras numerales. La primera fué señalar el número con la primera letra de la palabra, ó nombre con que se denomina. Así por ejemplo, los Griegos con una *J* querian decir *Ja:* esto es *uno,* con una *P Pente* ó *cinco*, con una *D Deca, diez*, con una *E Ecaton, ciento,* con una *X Xilia, mil:* para señalar el resto de los números intermedios desde uno á cinco, de cinco á diez, de diez á ciento duplicaban, triplicaban, ó cuadruplicaban las notas del uno, cinco y diez. El otro modo de dar á las letras el valor numérico, fué cortando en dos partes el alfabeto: con las nueve primeras letras se señalaban las unidades; de suerte, que la primera servia al uno, la segunda al dos, y así de las otras: las demás señalaban las decenas, la décima indicaba el número diez; la undécima el veinte, la duodécima el treinta. Para seguir multiplicando se añadió alguna coma, ó pequeña raya equivalente á nuestro cero árabe. Estas dos formas de numeracion

que usaban los Griegos, de las cuales á la primera yo llamaria *verbal,* y *literal* á la segunda, sin duda tuvieron orígen de los Fenicios, hombres, dice Estrabon, *que dieron principio á sus ciencias por la logística ó arte de calcular.* Si los Griegos hubieran sido los inventores de la una ó de la otra manera de contar, hombres tan vanos y orgullosos no eran capaces de sepultar en el olvido esta gloria de su nacion; por el contrario, constándonos que los Fenicios inventaron el alfabeto, y que instruidos antes que los demás hombres en la náutica y astronomía, fueron padres del comercio, se puede con razon juzgar que se aplicaron tambien antes que los demás á la aritmética, tan útil y necesaria á los referidos ejercicios, y que ellos hallaron tambien las cifras numerales, género de escritura propiamente mercantil. Hoy dia en Europa se usan dos formas de cifras aritméticas, las romanas y las arábigas: aquellas son una copia perfecta del primer sistema fenicio, que yo llamo *verbal:* quien desee enterarse lo puede hacer fácilmente con pocas reflexiones. Las segundas, ó las arábigas, sospecho que se formaron sobre el modelo de las fenicias literales. Doy una tabla de cotejo dispuesta con las letras, ó caracteres de nuestro alfabeto, que me ha parecido sustituir á los Fenicios para mayor claridad é inteligencia.

NÚMEROS.

Fenicios.	*Arábigos.*	*Fenicios.*	*Arábigos.*	*Fenicios.*	*Arábigos.*	*Fenicios.*	*Arábigos.*
a.	1	na.	21	a'b.	102	f'.	600
b.	2	nb.	22	a'l.	109	g'.	700
c.	3	nl.	29	a'm.	110	i'.	800
d.	4	o.	30	a'n.	120	l'.	900
e.	5	p.	40	a'v.	190	m'.	1000
f.	6	q.	50	b'.	200	n'.	2000
g.	7	r.	60	b'a.	201	o'.	3000
i.	8	s.	70	b'b.	202	p'.	4000
l.	9	t.	80	b'l.	209	q'.	5000
m.	10	v.	90	b'm.	210	r'.	6000
ma.	11	va.	91	b'n.	220	s'.	7000
mb.	12	vb.	92	b'v.	290	t'.	8000
mc.	13	vl.	99	c'.	300	v'.	9000
ml.	19	a'.	100	d'.	400		
n.	20	a'a.	101	e'.	500		

Sin mucho estudio se puede ver en esta tabla la gran semejanza de los dos sistemas. Ambos proceden por decenas: uno y otro, terminadas las cifras ó los números, los vuelve á repetir, y esta repeticion aumenta el valor con el socorro de un cero, ú de otra figura, que por sí sola no la tiene. Toda la diferencia consiste en el número de las cifras, que en el sistema fenicio son diez y ocho, y en el arábigo solas nueve. El menor número de cifras ó figuras, es una perfeccion del sistema arábigo; pero precisa á hacer uso del cero y á multiplicar las figuras desde el número diez. El mayor número de cifras es un defecto del sistema fenicio; pero trae consigo la ventaja de no multiplicar las figuras en las decenas, de llegar hasta el número ciento sin cero, y con uno solo hasta nueve mil. El erudito Vasio no observó esto, cuando dijo que ni Romanos ni Griegos podian exprimir con sus cifras los períodos de las decenas; razon porque no podian alcanzar la perfeccion de la Aritmética. No es mi ánimo preferir el sistema fenicio al arábigo; me contento de haber demostrado, que el segundo se formó sobre el modelo del primero.

XVII.

Algunas consideraciones sobre el arrianismo.

(Véase pág. 248.)

La heregía de Arrio desempeñó tan gran papel durante un largo período de tiempo en los asuntos de España, que consideramos casi indispensable dar á nuestros lectores algunas explicaciones sobre el carácter y doctrina de la misma.

Los escritos de Arrio han desaparecido, pero san Atanasio nos ha conservado algunas líneas de su *Thalia* que bastan para dar á conocer su pensamiento.

Dios, decia el heresiarca, no ha sido siempre Padre, sino que hubo un tiempo en que no era mas que Dios, y en que no era todavía Padre. El Hijo no ha sido de toda eternidad, pues hechas todas las cosas de la nada, el divino Verbo, que ha de contarse entre las obras y las criaturas, ha sido hecho tambien de la nada. Hubo un tiempo en que no existia, esto es, antes de haber sido hecho como las demás criaturas, porque Dios estaba solo y el Verbo y la Sabiduría no eran todavía. Sin embargo, al concebir la idea de producirnos, creó Dios un ser al que llamó Verbo, Hijo y Sabiduría, á fin de servirse de él para nuestra produccion.

De ahí la proposicion de Arrio que se encuentra en las dos ó tres cartas que de él han llegado hasta nosotros, á saber: *Que Jesucristo es una criatura, á quien Dios sacó de la nada como á las demás, y que por lo mismo es inferior al Padre, quien, propiamente hablando, es el único y verdadero Dios.*

Arrio, segun el retrato que de él ha dejado san Epifanio, poseia gran talento para seducir. Dícese que era ya muy anciano cuando empezó la predicacion de su heregía, y que todo anunciaba en él el ardor y el celo. Su exterior era grave, su estatura elevada, y su semblante revelaba la meditacion y la penitencia. Todo su porte era austero, y no llevaba mas que una túnica sin mangas y un pequeño manto, traje de los filósofos y de los monges. Sus modales y su conversacion seducian y cautivaban el ánimo.

El emperador Constantino, afligido por la division que desgarraba el seno de la Iglesia, escribió una carta á *Alejandro, obispo, y á Arrio, presbítero,* en la cual les ruega que pongan fin á sus controversias, pero ni la carta de Constantino, ni el viaje de Osio á Alejandría pudieron conseguir cosa alguna. Preciso fué acudir á medios mas eficaces, y entonces fué cuando pensó el emperador en apelar á una asamblea general de la Iglesia. La ciudad de Nicea en Bithinia fué elegida para lugar de reunion del solemne concilio, que á causa de haber sido el primero ecuménico y de la importancia de la heregía que en él fué condenada, ha sido y es tan célebre en los fastos de la Iglesia.

A él asistieron trescientos diez y ocho obispos, acompañado cada uno de los mas sabios varones de su clero. Alejandro llevó consigo á Atanasio, su diácono, y despues su sucesor, quien, por lo mucho que se distinguió entonces combatiendo contra los arrianos, se convirtió en el objeto principal de su odio. El concilio dió principio á sus trabajos en 19 de junio del año 325, y Arrio, y algunos de sus mas celosos partidarios, como Eusebio de Nicomedia, sostuvieron las proposiciones sentadas. Largos fueron los debates, hasta que por fin mas de trescientos

obispos condenaron la doctrina de Arrio, anatematizaron á cuantos en adelante la profesasen, y redactaron la fórmula de fe conocida con el nombre de *Símbolo de Nicea* en la que se expresó que *Jesucristo ha nacido del Padre, antes de todos los siglos, que es Dios de Dios, luz de luz, engendrado y no hecho, consubstancial (omousios) á su Padre,* etc.

La sentencia del Concilio fué dada en presencia de Constantino quien la recibió con gozo y sumision, declarando que la haria respetar y amenazando con el destierro á cuantos la contradijesen. Arrio, que se negó á acatarla, fué desterrado á Iliria; en un principio imitaron su conducta diez y siete obispos, que luego quedaron reducidos á cinco y por fin á dos, uno de ellos Eusebio de Nicomedia, que fueron tambien desterrados. Sin embargo, algunos de los sometidos sustituyeron la palabra *omoiousios,* de substancia semejante, á la de *omousios,* de sustancia igual, usada por el concilio, hallándose la Iglesia dividida otra vez en *Hamousianos* y en *Hamoiousianos,* es decir en fieles que creian en la consubstancialidad, y en partidarios de la opinion que reputaba á Jesucristo un Dios por participacion.

«Es fácil, decia Gregorio Nazianceno, vencer ó evitar las demás heregías; pero nada hay tan peligroso como los arrianos, que, conformes con los otros artículos de nuestra religion, corrompen con una sola palabra, como con una gota de ponzoña, la verdadera fe con la cual creemos en Nuestro Señor Jesucristo y en la tradicion de los apóstoles.»

Resumiendo: para nosotros los católicos, el Verbo hecho carne, Jesucristo, es el pensamiento eterno de Dios, coexistente con su eterna actividad.

Para los arrianos, era un ser distinto de Dios, una criatura típica engendrada por Dios para servir de modelo á los hombres, y por lo mismo no era hombre, propiamente hablando, sino la idea divina realizada en toda su perfeccion, pero tampoco era Dios. Participaba, empero, de la naturaleza divina, así lo dice Arrio en un fragmento de la *Thalia,* citado por san Atanasio: *Jesucristo no es verdadero Dios, pero ha sido hecho Dios por participacion.* (San Atanasio, *Orat. III contra Arrianos.)*

Hija legítima de esta doctrina es la religion mahometana.

XVIII.

Casamiento de Ataulfo y de Placidia.

(VEASE PÁG. 272.)

Los Godos llegaron á la Galia Narbonense por la época de la vendimia, en el año 412 (1); poco despues Ataulfo tomó por esposa á Placidia, y sus bodas se celebraron segun las costumbres romanas.

«Las bodas se verificaron en Narbona, dice Olympiodoro (2), en la casa de Ingenuo, uno de los mas notables ciudadanos. Allí, en el extremo de un pórtico decorado al efecto, segun la usanza romana, hallábase sentada Placidia, con todo el lujo de una reina, y junto á ella Ataulfo, cubierto de la toga, y vestido comple-

(1) Gothi Narbonam ingressi vindemiæ tempore. Idatii Cr., Olymp. CCXCVIII.

(2) En enero de 413.

tamente á la romana. Entre los presentes que ofreció á Placidia, sobresalia el de cincuenta mancebos, con trajes de seda, y llevando un disco en cada mano, lleno el uno de monedas de oro, y el otro de piedras preciosas de inestimable valor, procedentes del saco de Roma por los Godos. El epitalamio, entonado por Attalo, fué cantado por Rustacio y Phæbadio, y la fiesta terminó con juegos que embelesaron igualmente á los bárbaros y á los Romanos.»

En esta pintura es fácil reconocer á Ataulfo, deseoso en un principio de borrar del mundo el nombre romano, y convirtiéndose luego en amante é imitador de cuanto practicaban los degenerados conquistadores del mundo. «Acuérdome de haber oido en Belen al bienaventurado Gerónimo, dice Paulo Orosio, referir como habia conocido á cierto habitante de Narbona elevado á muy altas funciones en tiempo del emperador Teodosio, y además muy religioso y sabio, que habia gozado en su ciudad natal de la familiaridad de Ataulfo. Este sugeto repetia con frecuencia que el rey de los Godos, hombre de gran corazon y de despejado entendimiento, decia que su mas ardiente ambicion habia sido destruir el nombre romano, y constituir en toda la extension del territorio de Roma un nuevo imperio gótico, de modo que todo lo que era el imperio romano fuese Gotia, soñando para sí el papel de un nuevo César Augusto; pero que despues de haberle convencido la experiencia de que los Godos eran incapaces de obedecer las leyes, á causa de su barbarie indisciplinable, y considerando que sin leyes no puede subsistir la república, habia resuelto hacer su nombre glorioso consagrando las fuerzas de los Godos á restablecer en su integridad y aun á aumentar el poderío y esplendor del nombre romano, á fin de que la posteridad le aclamase al menos como restaurador del imperio al cual no podia reemplazar. Con semejantes miras, se abstenia de la guerra y procuraba conservar la paz.»

XIX.

Concilios de la España Romana.

No se conservan cánones ó decretos sino de tres concilios antiguos, el Illiberitano, el Cesaraugustano y el Toledano: pero sin estos, en los cuatro primeros siglos se celebraron otros muchos que no sabemos; pues (sin hacer caso de los apócrifos, aunque recibidos por Padilla y Aguirre) los padres de Toledo en el cánon primero citaron un concilio lusitano; el autor del Libelo Sinódico nombra uno que tuvo Osio en la ciudad de Córdoba, y Ferreras, con varios documentos antiguos, prueba que uno se celebró el año de 362, sin que se sepa en que ciudad; y por fin el padre maestro Flores pretende con muchas razones, que en Toledo se tuvo un concilio cuatro años antes del que llamamos Toledano primero. Todo esto prueba que antiguamente en España hubo muchos sínodos, aunque no tengamos noticias de ellos, y que sin razon Cayetano Cenni (segun su costumbre) echa en cara á los Españoles el excaso número de sus concilios nacionales, como si las demás naciones de Europa tuviesen mas documentos que nuestra España, de concilios antiguos celebrados en sus Iglesias.

Concilio Illiberitano.

El concilio Illiberitano, que podemos llamar de Granada, es el mas antiguo, no solo de los de España, sino tambien entre todos los del mundo, cuyas determinaciones han llegado enteras hasta nuestros dias. Se celebró en los primeros años del siglo IV, algunos años antes del Niceno, y asistieron de todas las provincias de España diez y nueve obispos, y treinta y seis presbíteros, y segun conjeturas de Mendoza, cincuenta y cuatro diáconos. Se hicieron en él ochenta y un cánones, que es número muy crecido en cotejo de los concilios antiguos de las demás naciones; y los asuntos de que se trata en ellos son: el Bautismo, la Confirmacion, la Eucaristía, la Penitencia sacramental y ceremonial, el Matrimonio, las Ordenes sagradas, el voto de Virginidad, la continencia de los eclesiásticos, el ayuno, los Oficios divinos, y otros varios artículos de doctrina católica y disciplina eclesiástica. La autoridad de este concilio es grande, no solo por ser tan antiguo y sus cánones tantos y tan varios, pero mucho mas porque toda la Iglesia católica lo ha mirado siempre con veneracion, hallándose copiadas y adoptadas sus definiciones canónicas en los sínodos de otras naciones, y en las Decretales de muchos Pontífices Romanos.

Concilio Cesaraugustano.

El concilio de Zaragoza, que fué tambien nacional, se celebró en el año de 380 con asistencia de doce obispos, de quienes sabemos los nombres, pero no las iglesias. El motivo porque se juntó fué la heregía de Prisciliano, y por esto los ocho cánones que se hicieron en él, se dirigen todos á condenar los errores de esta secta en materias de ayuno, excomuniones, Eucaristía, vida monástica y asistencia á las iglesias.

Concilio Toledano primero.

Los obispos del concilio primero de Toledo, que se tuvo el año de 400 fueron diez y nueve, y no se sabe tampoco sus iglesias, sino las de Exsuperancia, de Caldas de Galicia, y las de algunos otros, que por otra parte son conocidos, como Patruino, de Mérida, y Asturio, de Toledo. Acerca de este respetable concilio tres cosas son dignas de observarse: la primera, que antes de toda resolucion se recibieron en él los cánones de Nicea, en particular los que tocan á las Ordenaciones de los eclesiásticos: la segunda que se compuso en él un símbolo de fe, en que se declaró expresamente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, verdad católica que no se habia definido hasta entonces, y que se vió recibida despues de ochocientos quince años por toda la iglesia universal en el concilio cuarto Lateranense: la tercera, finalmente, que por sentencia de todo el concilio se restituyeron sus antiguas dignidades á dos obispos y á un presbítero, que habian sido depuestos canónicamente por motivo de heregía; y esta determinacion sinodal, que no agradó á todos en España, mereció los elogios y aprobaciones de Inocencio I. Los veinte cánones, que se hicieron en el concilio, tienen por asunto principal el Sacramento de Ordenes, la castidad y vida ejemplar de las monjas, y la continencia de los eclesiásticos y de sus viudas.

El concilio que se dice celebrado en Braga en 411 parece ser apócrifo por varios títulos, y no tiene mas autoridad que la del Padre V. Bernardo de Brito. Por tal lo reputan á lo menos los críticos mas autorizados.

XX.

Literatos de la España Romana.

EPOCA I.

OCTAVIANO EMPERADOR.

POESÍA.

Lucio Cornelio Balbo, promotor de la poesía teatral.

Emilio Severiano, escritor de farsas en Tarragona.

Julio Secundo, de la España citerior, autor de versos acrósticos.

Sextilo Hena, cordobés, poeta de estilo desigual, pero de buen gusto en la latinidad.

Lucio Junio Moderato Columela, natural de Cadiz, digno dé cotejarse con Virgilio.

Marco Anneo Lucano, cordobés, poeta hinchado, pero de verso muy fácil y de mucho fuego y elocuencia.

Séneca el trágico, autor de las únicas tragedias latinas que han llegado hasta nuestros dias.

ORATORIA.

Marco Porcio Latron, cordobés, el primer profesor de mérito que tuvo Roma en sus escuelas de oratoria.

Junio Salion, uno de los cuatro mejores oradores de Roma despues de la muerte de Ciceron.

Victor Estatorio, cordobés, docto y elocuente.

Cornelio Hispano, buen orador.

Gavio Silon, uno de los hombres mas elocuentes de su siglo.

Turrino Clodio el mayor, abogado excelente.

Acilio Lucano, hombre muy acreditado en el foro.

Quintiliano el abuelo, buen orador.

Marco Anneo Séneca, cordobés, escritor de mucho juicio y buen gusto, y de estilo fácil y puro.

Turrino Clodio el menor, orador de mucha pompa.

Quintiliano, el padre, causídico de mal gusto, y amante de niñerías.

Marco Anneo Lucano, cordobés, orador griego y latino, de estilo hinchado, pero ardiente, enérgico y sentencioso.

Anneo Mela, cordobés, amante de la buena elocuencia.

Anneo Novato Galion, cordobés, declamador de estilo dulce.

HISTORIA.

Lucio Cornelio Balbo el mayor, natural de Cadiz, escritor purísimo y elegante.

Cayo Julio Higino, historiador doctísimo.

CIENCIAS.

Attilio Hispaniense, hombre doctísimo y el mas antiguo entre los literatos españoles conocidos.

Herotes, andaluz, médico.

Lucio Cordio Sinforo, de Extremadura, médico.

Cayo Allio Januario, de Beja, médico.

Tiberio Claudio Apolinar, de Tarragona, médico.

Marco Lucinio Filomuso, de Mallorca, médico.

Julio Saturnio, de Mérida, instruido en medicina.

Cayo Julio Higino, uno de los mejores literatos de la antigua Roma, escritor de Agricultura, Gramática, Historia, Geografía, Astronomía, Teología y Arte militar.

Lucio Anneo Séneca, cordobés, excelente filósofo, físico, geógrafo, astrónomo, escritor de mucha erudicion, y superior en sabiduría á todos los romanos de su edad.

Pomponio Mela, andaluz, escritor muy limpio y elegante, príncipe de los geógrafos latinos.

Turriano Gracula, andaluz, escritor de geografía.

Galian, escritor de botánica.

Marco Columela, gaditano, instruido en muchas ciencias.

Lucio Tunio Moderato Columela, natural de Cadiz, escritor elegantísimo de agricultura, astrología y teología.

Moderato, gaditano, filósofo pitagórico doctísimo.

Anneo Cornuto, hombre de mucha doctrina y erudicion, filósofo estóico y poeta trágico.

Anneo Sereno, filósofo estóico estudiosísimo.

EPOCA II.

VESPASIANO EMPERADOR.

POESÍA.

Marco Valerio Marcial, bilbitano, escritor amante de agudezas, pero de estilo purgado, claro y conciso.

Canio Rufo, gaditano, poeta burlesco, y escritor de tragedias, elegías é historias.

Teófila, mujer de Canio, poetisa excelente.

Lucio, natural de Tuy, el Horacio de su siglo en la poesía lírica.

Unico el primero, autor de poesías amatorias.

Unico el segundo, imitador de Catulo y Ovidio.

Cayo Silio Itálico, de Sevilla la vieja, poeta de ingenio mediano, pero de buen gusto.

Trajano Augusto, de Sevilla la vieja, poeta griego y latino, y escritor juicioso y elegante.

Adriano Augusto, de Sevilla la vieja, poeta griego y latino, épico, anacreóntico, epigramatario, y de gusto ateniense mas que romano.

Cayo Voconio Romano, natural de Murviedro, poeta excelente y escritor de mucha elegancia.

ORATORIA.

Marco Fabio Quintiliano, de Calahorra, el primer profesor extipendiado de Roma, inferior en latinidad y elocuencia á solo Ciceron, y por sus leyes de oratoria superior á todos.

Antonio Juliano, orador erudito, de latinidad purísima, y de facundia robusta y amena.

Cayo Voconio Romano, natural de Murviedro en Valencia, causídico de mucha fama.

Materno, natural de Calatayud, uno de los abogados mas famosos de su edad.

Deciano, de Mérida, causídico insigne, filósofo estóico y poeta.

Liciniano, de Calatayud, óptimo orador y buen poeta.

Adriano Augusto, declamador de estilo mediano y agradable.

HISTORIA Y CIENCIAS.

Erennio Senecion, de la España Bética, filósofo insigne y abogado famoso.

Lucio Floro, historiador elegante y floridísimo.

Trajano Augusto, autor de la historia de su guerra de Dacia.

Adriano Augusto, historiador griego de su propia vida, y escritor de gramática, oratoria, filosofía, leyes y arte militar.

Antonio Juliano, historiador de las guerras judaicas de su edad.

Flavio Mela, jurisconsulto.

Felix de Zaragoza, hombre docto.

EPOCA III.

CONSTANTINO MAGNO

Emperador.

POESIA.

Cayo Vectio Aquilino Juvenco, el primer poeta sagrado de occidente, escritor sin fuego poético, pero de estilo puro y sencillo.

Aurelio Prudencio de Zaragoza, el mejor y mas elocuente entre todos los poetas sagrados de la antigüedad.

Latroniano, hombre erudito y poeta cultísimo.

Acilio Severo, autor de una obra en prosa y verso.

San Paulino, francés, instruido en España en los estudios de poesía y religion.

San Damaso, papa, poeta mediano, y autor de obras históricas y teológicas.

Rufo Festo Avieno, poeta, geógrafo, astrónomo é historiador; pero de estilo áspero y obscuro.

ELOCUENCIA.

Pedro, de Zaragoza, orador insigne.

Elpidio, profesor de elocuencia.

Actio Tiron Delfidio, maestro de retórica y poética.

Itacio Claro, obispo de Estoy, insigne por su elocuencia.

Desiderio, presbítero catalan, hombre docto y escritor facundo y culto.

San Paciano, obispo de Barcelona, ilustre por sus costumbres, y por la propiedad y pureza de su lenguage.

HISTORIA.

San Gregorio Bético, obispo de Granada, historiador y teólogo, mediano en el estilo.

Flavio Dextro, Barcelonés, ciceroniano en su estilo y doctísimo en las historias.

San Filastrio, obispo de Brescia en Italia, autor de una historia de las heregías, é instruido en las ciencias sagradas y profanas.

TEOLOGÍA.

Osio, obispo de Córdoba, hombre docto y erudito, escritor robusto y elegante, autor de varias obras sagradas.

Olimpio, obispo de Barcelona, teólogo elocuente.

Ripario, presbítero catalan, docto en materias teológicas,

Potamio, obispo de Lisboa, teólogo.

Prisciliano, natural de la antigua Gallecia, herege, escritor docto y elocuente.

Tiberiano Bético, historiador hinchado y afectado.

Dictinio, obispo de Astorga, autor de libros teológicos.

Craterio, obispo, escritor en teología dogmática.

Audencio, obispo, teólogo controversista.

Lucinio Bético, hombre estudioso y erudito.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO I.

ESPAÑA PRIMITIVA, CARTAGINESA Y ROMANA.

Desde el año 1600 antes de J. C. hasta el 413 de nuestra era.

CAPÍTULO I.

Desde el año 1600 hasta el año 450 antes de J. C.

CAPÍTULO II.

Desde el año 450 hasta el 201 antes de J. C.

CAPÍTULO III.

Desde el año 201 hasta el 149 antes de J. C.

CAPÍTULO IV.

Desde el año 150 hasta el 133 antes de J. C.

CAPÍTULO V.

Desde el año 133 hasta el 72 antes de J. C.

CAPÍTULO VI.

Desde el año 72 hasta el 44 antes de J. C.

CAPÍTULO VII.

Desde el año 44 antes de J. C. hasta el 14 de nuestra era.

CAPÍTULO VIII.

Desde el año 14 hasta el 96 de nuestra era.

CAPÍTULO IX.

Desde el año 96 hasta el 306 de J. C.

CAPÍTULO X.

Desde el año 306 hasta el 379 de J. C.

CAPÍTULO XI.

Desde el año 379 hasta el 413 de J. C.

CAPÍTULO XII.

CAPÍTULO XIII.

CAPÍTULO XIV.

APÉNDICE AL TOMO PRIMERO.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO I.



